Universidad de Deusto
Biblioteca



Universidad de Deusto
Biblioteca

10 E-

LA VOZ DEL PASTOR.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA VOZ DEL PASTOR.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA VOZ DEL PASTOR.

DISCURSOS FAMILIARES PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO,

DEL SEÑOR REGUIS,

CURA DE AUXERRE.

TRADUCIDOS DEL FRANCES AL ITALIANO, y ahora de éſte al Eſpañol.

Veni non in ſublimitate Sermonis. Corint. 1. 2.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En MADRID: En la Imprenta de Don Antonio de Sancha. Año de MDCCLXXIII.

Se hallará en la Libreria de Don Bernardo Alberá, Carrera de San Gerónymo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

INDICE

DE LOS SERMONES QUE SE CONTIENEN en esta Obra.

I. SERMON para el primer Domingo del Adviento. *Creer en Jesu-Christo.* Pag. 1.

II. Sermon para el segundo Domingo del Adviento. *Prepararse para el Juicio de Dios.* Pag. 14.

III. Sermon para el tercer Domingo del Adviento. *Sobre el respeto humano.* Pag. 23.

IV. Sermon para el quarto Domingo del Adviento. *Sobre la frequente Comunion.* Pag. 31.

V. Sermon para el Domingo de la Octava de Navidad. *Sobre el conocimiento de Jesu-Christo.* Pag. 43.

VI. Sermon para el Domingo entre la Circuncision, y Epifanía. *Sobre la obligacion de los padres, y madres.* Pag. 51.

VII. Sermon para el primer Domingo despues de la Epifanía. *Sobre la obligacion de los hijos para con sus padres.* Pag. 59.

VIII. Sermon para el segundo Domingo despues de la Epifanía. *Sobre el Matrimonio.* Pag. 66.

IX. Sermon para el tercer Domingo despues de la Epifanía. *Sobre la oracion del pecador que no quiere dejar su pecado.* Pag. 76.

X. Sermon para el quarto Domingo despues de la Epifanía. *Sobre los enemigos de nuestra salvacion, y la manera de vencerlos.* Pag. 84.

XI. Sermon para el quinto Domingo despues de la Epifanía. *Sigue el Sermon antecedente.* Pag. 92.

XII. Sermon para el sexto Domingo despues de la Epifanía. *Sobre la Religion.* Pag. 101.

XIII. Sermon para el Domingo de Septuagesima. *Sobre el trabajo.* Pag. 110.

Universidad de Deusto
Biblioteca

XIV. Sermon para el Domingo de Sexageſima. *Sobre la Palabra de Dios.* Pag. 120.

XV. Sermon para el Domingo de Quinquageſima. *Sobre los divertimientos del Carnaval.* Pag. 130.

XVI. Sermon para el primer Domingo de Quareſma. *Sobre la Penitencia.* Pag. 139.

XVII. Sermon para el ſegundo Domingo de Quareſma. *Sobre la Oracion.* Pag. 149.

XVIII. Sermon para el tercer Domingo de Quareſma. *Sobre el maldecir, y juzgar mal.* Pag. 160.

XIX. Sermon para el quarto Domingo de Quareſma. *Sobre el encontrarſe comunmente la virtud en el Pueblo.* Pag. 169.

XX. Sermon para el Domingo de Paſion. *Sobre la Confeſion.* Pag. 178.

XXI. Sermon para el Domingo de Ramos. *Sobre la Comunion.* Pag. 187.

XXII. Sermon para el dia de Paſcua. *Sobre la Reſurreccion eſpiritual del pecador.* Pag. 196.

XXIII. Sermon para el primer Domingo deſpues de Paſcua. *Sobre los medios de obtener la paz.* Pag. 204.

XXIV. Sermon para el ſegundo Domingo deſpues de Paſcua. *Sobre el carácter, y la autoridad de los Paſtores.* Pag. 212.

XXV. Sermon para el tercer Domingo deſpues de Paſcua. *Sobre la obligacion de los Paſtores, y las penas de ſu miniſterio.* Sigue el Sermon antecedente. Pag. 220.

XXVI. Sermon para el quarto Domingo deſpues de Paſcua. *Querer lo que Dios quiere.* Pag. 229.

XXVII. Sermon para el quinto Domingo deſpues de Paſcua. *Sobre la confianza en Dios.* Pag. 236.

XXVIII. Sermon para el Domingo antes de Pentecoſtés. *Sobre el poco fruto que ſe ſaca de la palabra de Dios.* Pag. 242.

XXIX. Sermon para el Domingo de Pentecoſtés. *Los Dones, y Frutos del Eſpiritu Santo.* Pag. 250.

XXX. Sermon para el Domingo de la Trinidad. *De la Proceſion del Auguſto Sacramento.* Pag. 263.

XXXI. Sermon para el ſegundo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la frequente Comunion.* Pag. 274.

XXXII. Sermon para el tercer Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Cómo nos hemos de haber con los pecadores.* Pag. 288.

XXXIII. Sermon para el quarto Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Aficionarſe à frequentar la propria Parroquia.* Pag. 302.

XXXIV. Sermon para el quinto Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre el ſufrirſe unos à otros.* Pag. 315.

XXXV. Sermon para el ſexto Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la Providencia.* Pag. 326.

XXXVI. Sermon para el ſeptimo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la neceſidad del bien obrar.* Pag. 340.

XXXVII. Sermon para el octavo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Prepararſe para la muerte.* Pag. 355.

XXXVIII. Sermon para el nono Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la reverencia en la Igleſia.* Pag. 370.

XXXIX. Sermon para el decimo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la verdadera, y falſa devocion.* Pag. 384.

XL. Sermon para el undecimo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la converſacion.* Pag. 397.

XLI. Sermon para el duodecimo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre el amor de Dios.* Pag. 409.

XLII. Sermon para el decimotercio Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre la ſobervia.* Pag. 421.

XLIII. Sermon para el decimoquarto Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre el ſervir à Dios.* Pag. 437.

XLIV. Sermon para el decimoquinto Domingo deſpues de Pentecoſtés. *No dilatar la converſion.* Pag. 448.

XLV. Sermon para el decimoſexto Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre ſantificar el dia de Domingo.* Pag. 459.

XLVI. Sermon para el decimoſeptimo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Continuacion del paſado, ſobre la ſantificacion del Domingo.* Pag. 472.

XLVII. Sermon para el decimooctavo Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Hacer buen uſo de las enfermedades.* Pag. 482.

XLVIII. Sermon para el decimonono Domingo deſpues de Pentecoſtés. *Sobre las riquezas.* Pag. 491.

XLIX. Sermon para el vigesimo Domingo despues de Pentecostés. *A los amos, y à los criados.* Pag. 502.

L. Sermon para el vigesimoprimo Domingo despues de Pentecostés. *El perdon à los enemigos.* Pag. 512.

LI. Sermon para el vigesimosegundo Domingo despues de Pentecostés. *El respeto debido à los Principes.* Pag. 522.

LII. Sermon para el vigesimotercio Domingo despues de Pentecostés. *Sobre los trabajos.* Pag. 533.

LIII. Sermon para el vigesimoquarto Domingo despues de Pentecostés. *Recopilacion de todos estos Sermones sobre los Domingos.* Pag. 546.

SER-

SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO del Adviento.

CREER EN JESU-CHRISTO.

Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus.

Decid à la hija de Sion: Mira tu Rey. *S. Mathéo cap.* 21. ℣. 5.

ESTas palabras, amados Parroquianos mios, están dirigidas à vuestros Pastores. Nosotros somos los encargados de anunciaros, y haceros conocer este Rey, digno de reynar solamente por la verdad en nuestras almas, y por la gracia en nuestros corazones. Jesu-Christo nos es el Maestro que debemos escuchar, y el modelo que debemos imitar, y el solo camino que pueda conducirnos à la vida eterna. Todos los libros devotos que leeis, todas las instrucciones que acostumbrais à oir, todas las funciones, y fatigas de nuestro pastoral ministerio, no tienen otro objeto, que el aumentar en vosotros el conocimiento de Jesu-Christo. Dichoso yo, amados hijos mios, si pudiese decir de vosotros lo que San Pedro decia de los primeros fieles: *Que amais à Jesu-Christo sin haberlo jamás visto; que creeis en él, aunque*

Universidad de Deusto
Biblioteca

jamás lo habeis visto con vuestros ojos. Pero ah! que yo temo lo contrario. Hacemos profesion, es verdad, de conocer à Jesu-Christo, de creer en él, de ser Christianos; ¿pero lo somos en efecto? Sabeis vosotros, qué significa creer en Jesu-Christo? quiere decir, que es menester que seamos de sus mismos sentimientos, y su mismo lenguage; ò à lo menos, un deseo, y una voluntad eficáz de hacer una vida conforme à la suya. Para creer en Jesu-Christo, es menester pensar como Christiano, hablar como Christiano, y vivir como Christiano. Detengamonos en estos tres puntos. Consultemos nuestra conciencia sin lisonja, y veamos si podemos decir de nosotros lo que San Pablo decia de sí mismo. (Epist. Gal. cap. 2. ℣. 20.) *Yo vivo en la Fé del Hijo de Dios, el qual me ha amado, y se ha entregado à sí mismo à la muerte por mi amor.*

PRIMERA REFLEXION.

ESte grande Apostol nos ha dejado en su Epístola à los Philipenses un páso, que encierra en sí como en compendio toda la Moral Christiana. Hermanos mios, dice, tened los mismos sentimientos, y los mismos quereres de Jesu-Christo: (Ad Philip. cap. 2. ℣. 5.) *Hoc sentite in vobis, quod & in Christo Jesu.* Si miramos pues los bienes, y los males de todas los cosas de este mundo con los mismos ojos con que los ha mirado Jesu-Christo; si pensamos lo mismo que él pensó, y si formamos el mismo juicio que él ha formado, podremos decir entonces que tenemos sus mismos sentimientos. Pero si nuestra manera de pensar es del todo contraria à la suya, es cosa manifiesta, que no creemos en él.

Hay una gran diferencia en el decir San Agustin (Serm. 144. de verb. Evang.) creer à Jesu-Christo, y creer en Jesu-Christo. Tambien los condenados, y los demonios creen en Jesu-Christo. Saben ellos lo mismo que nosotros, que es Hijo de Dios, que se hizo Hombre, que ha padecido, que ha muerto, y todo lo demás. Mas porque sus sentimientos son contrarios à los de Jesu-Christo, no se puede decir que ellos creen en él. Oigamos à San Pablo. Aunque fue Jesu-Christo infinitamente rico, pues todas las cosas las hizo él; con todo qui-

quiso nacer, vivir, y morir como pobre. Ved aquí el menosprecio de las riquezas, y el amor de la pobreza. Aunque era igual à su Padre, con todo se anonadó hasta tomar la forma de Esclavo, y hasta obedecerle à la muerte, y muerte de Cruz. Ved aqui el amor de la humildad, y del padecer. Si los sentimientos pues de Jesu-Christo consisten en menospreciar, y huir todo lo que pueda fomentar la sobervia, y ambicion, la codicia, y la sensualidad de los hombres, vea cada uno en sí mismo, quan opuestos sean sus sentimientos à los de Jesu-Christo.

De hecho, bien lejos de amar la humildad, no buscamos otro, que el sobresalir entre todos los demás. ¿Qué adversion no probamos en todo aquello que nos abate, y humilla? De aquí depende la poca sumision, y respeto que teneis para con vuestros superiores, aquella dureza, aquella altanaría, y menosprecio con los inferiores: aquel ayre de distincion que afectais entre vuestros iguales, y una ridícula presteza en sentiros agraviados à la menor palabra, y al menor gesto, no menos que à qualquier cosa que pueda ofender la opinion que habeis formado de vosotros mismos. No penseis con todo que pretendo de vosotros, que vivais en el olvido, y menosprecio de los hombres, y que andeis en busca de la humillacion, y del oprobrio. Aunque yo no os pido esto, ni el que seais perfectos, pero sí el que debeis aspirar à ello, si el que seais Christianos: esto es, que tengais las grandes dignidades, la grande reputacion, todas las alabanzas, y todos los honores mundanos como un poco de humo, que ciega, aturde, que daña el entendimiento, y la voluntad de la mayor parte de aquellos que las estiman, y las buscan.

Yo os pregunto à mas de esto: Si vivis contentos de la condicion baja, ò mediocre, en la que la providencia divina os ha hecho nacer? Si dependiese la decision de vosotros, no escogeriais un estado mayor del que al presente teneis? Si por acaso sufris algun menosprecio, ò humillacion, lo llevais de buen ánimo, ò à lo menos pacientemente? Mirais tal humillacion como gracia de la mano de Dios, de suerte que digais con el Santo Rey David: *Era necesario, Dios mio, que yo fuese humillado: este es un beneficio que me habeis*

Universidad de Deusto
Biblioteca

hecho, del qual te doy con todo el corazon las gracias. Guardaos, pues, amados hijos mios; porque si os desagradan las humillaciones, si amais los honores, la gloria, y la vanidad de este mundo, si colocais vuestra propria satisfaccion en vuestro amor proprio, en las alabanzas de los hombres, no hay duda que pensais diversamente de Jesu-Christo, que vuestros sentimientos no son conformes à los suyos, que no creeis en él, y que no teneis un alma verdaderamente christiana.

Pero si la divina providencia os ha llenado de bienes, con los quales podais vivir comodamente, y no tengais necesidad de alguno, está bien; ¡bendito sea por ello el Señor! Pero qué diréis vosotros, si yo os dixese lo que el divino Salvador dixo à aquel joven del Evangelio: *Vé, y vende todo lo que tienes, y dalo à los pobres*; vososros me podeis responder, que solo teneis obligacion de caminar à la perfeccion, y con razon; pero esso es lo que yo pretendo de vosotros. Conservad vuestros haberes; antes bien acrecentarlos, pero por medios justos, y legitimos, puesto que no recae sobre esto nuestra qüestion. Lo que yo pregunto es: ¿Teneis vosotros, acerca de vuestros bienes, los sentimientos que Jesu-Christo, el qual ha echado tantas maldiciones contra los ricos? Pensais lo mismo que él pensó? ò bien pensais lo contrario; que es mucho mejor ser rico, que pobre, mirando siempre la pobreza como el mayor mal del mundo? No poneis toda vuestra confianza en las riquezas? No teneis apegado à ellas vuestro corazon? Pensais sériamente que la gracia es preferible à todos los tesoros de la tierra? Estimaréis perder antes todos vuestros bienes, hasta el mas mínimo maravedí, antes que perder la gracia divina? Y si él os pidiese en este momento un sacrificio de todo lo que posseeis, seréis prontos à hacerlo? Lo hariais con sincéro corazon? Amados hermanos mios, si no estais en esta disposicion, si pensais diversamente, no creeis en Jesu-Christo, no sois verdaderos Christianos.

¿Pero vosotros, amados hijos mios, que no teneis otras posesiones que las que produce el trabajo de vuestras manos, y que muchas veces apenas ganais lo necesario, no deseais vosotros el ser ricos? No envidiais à los que lo son? Os teneis por dichosos de asemejaros à Jesu-Christo, el qual mientras

tras vivió, no tuvo donde descansar la cabeza, y desde su juventud mas tierna, vivió en el trabajo, y pobreza? Teneis acerca de vuestro estado los mismos sentimientos de Jesu-Christo? No juzgais antes que sois muy desgraciados? De este vuestro modo de pensar se derivan vuestros lamentos, la mala fé, la falta de bien obrar que se os echa en rostro? Pero si tanto os desagrada un estado, que Jesu-Christo por sí mismo ha escogido, y à quien teneis la fortuna de asemejaros, cómo podeis decir que creeis en él, y que sois Christianos?

Mas decidme por vuestra vida: ¿creemos nosotros en Jesu-Christo, quando huimos como el veneno de nuestra vida las aflicciones, el padecer, la persecucion, la adversidad, mientras que Jesu-Christo clavado en la Cruz no cessa de predicarnos: *Dichosos los que lloran, los que son perseguidos, y sufren por la justicia*: mientras que la Fé nos enseña que el padecer es el camino del Cielo, las contraseñas del amor de Jesu-Christo una señal evidente de la predestinacion, y como prenda de la vida eterna; mientras que vemos que todos los Santos se hacen encontradizos con la cruz, la buscan, la abrazan, se gozan, y se engolfan en un mar de alegria en medio de las tribulaciones? Ah! buen Jesus, quan diverso es nuestro modo de pensar del vuestro! ¿pues tememos como un mal grande, lo que vos reputais el mayor bien; los que à vuestros ojos son dichosos, à los nuestros son infelices; bendecimos, y alabamos à aquellos à quienes vos maldecís, y de esta manera, amados hermanos mios, creemos en Jesu-Christo? Cómo hacerse puede, que creamos en él, si en todas las cosas de este mundo son nuestros pensamientos opuestos à los suyos? Se podrá creer en Jesu-Christo quando aborrecemos lo que él ha amado, quando huimos lo que él ha buscado, quando se alaba lo que él desprecia, quando se ama lo que él reprueba, quando reyna en nuestro corazon, y pensamiento una antipatía à sus máximas, y que en todas nuestras cosas nos oponemos à él? No, no; confesemos con vergüenza nuestra, que la mayor parte de aquellos que se reputan Christianos, no tienen tales pensamientos, y que son menos los que tienen lenguage de tales.

Universidad de Deusto
Biblioteca

REFLEXION SEGUNDA.

HAN pasado ya aquellos primeros siglos, y aquellos felices dias del Christianismo, en los quales el nombre de Jesu-Christo, y las máximas del Santo Evangelio resonaban en todas las conversaciones de los fieles. No se decia entonces como ahora: *Dejando aparte la Religion; prescindiendo de las máximas del Evangelio, independientemente de Jesu-Christo.* Se sabía entonces, que debiendose dirigir todas las acciones à Jesu-Christo, todos los pensamientos, y todos los razonamientos en materia de Religion, y de moral, debian fundarse necesariamente en este divino Salvador, porque sin él no puede haver ni verdadera Religion, ni moral sana, ni virtud sólida. Asi se pensaba, asi se creía, y asi consiguientemente se hablaba. Nosotros lo sabemos, y hacemos profesion de creerlo; y con todo hablamos la mayor parte del tiempo como si el Evangelio no existiese ya, y como si no tuviéramos conocimiento alguno de Jesu-Christo. El lenguage de la Religion ya quasi no se oye, ni se encuentra sino en los Sermones, y en los libros de piedad: fuera de los quales, apenas pronunciar nos atrevemos el nombre de Jesu-Christo, como si fuese deshonra à un hijo hablar el lenguage de su padre, y à un natural la lengua de su pais: ¡cosa verdaderamente estraña, y deplorable! Se alaba mucho que un Oficial hable de Guerras, un Magistrado de Jurisprudencia, un Labrador de Agricultura, un Artesano de su oficio, à qualquiera es lícito, y aun agradable el hablar de todo lo que conduce à su estado, y à su propria profesion: solo serán los Christianos los que no se atreverán hablar como Christianos, se avergonzarán de pronunciar el nombre de su Maestro, de razonar conforme à sus máximas, y de dar à conocer que son discípulos de Jesu-Christo.

Yo no quiero decir con esto, que el Evangelio deba dar materia à todas las conversaciones, ni que se deba mezclar el nombre de Jesu-Christo en las que son profanas. Hay algunas compañias, en las quales es menester guardar al pie de la letra el consejo que nos dió Jesu-Christo: *Guardaos de dar las*

las cosas santas à los perros, y de echar las perlas preciosas à los puercos, no sea que estos las pisen, y destruyan. Esto haria aquel, que por un celo indiscreto, y sin necesidad, hablase de cosas santas delante de ciertas personas, que no pueden sufrir el Evangelio, ni los que lo siguen, y que tienen à gloria hacer juego de la piedad, y burlarla. Lo que yo deseo de vosotros, amados hermanos mios, es, que quando hableis del vicio, y de la virtud, de las riquezas, de la pobreza, del deleyte, de la afliccion, de quanto hay bueno, ò malo, felíz, ò infelíz, se conozca en vuestras palabras que sois Christianos, y que teneis espíritu de tales. Querria (son palabras del Apostol Santiago) que en lugar de decir, como acostumbrais, por exemplo: *Hoy, ò mañana irémos à tal Ciudad, en donde estarémos un año; nos dedicarémos al negocio, y ganarémos mucho*: y otras mil cosas que determinais hacer en lo por venir, decid siempre: *si Dios quiere, si es su voluntad, haré la tal, y tal cosa.* Quisiera que en vuestras conversaciones mezclarais alguna palabra que perteneciese à la Religion, y à la piedad; que oliese (permitid que asi lo diga) al Christianismo, y que diese à conocer que sois Christianos. Quisiera, que entre vosotros, à lo menos alguna vez, se hablase de lo que os enseñan vuestros Pastores en sus instrucciones: que os entretuvieseis en decir algunos Psalmos, y Cánticos, à lo que nos exhorta San Pablo: que de quanto leeis en el Santo Evangelio, y en los libros devotos, os acordaseis à menudo, que vuestras conversaciones sabieran à la sal de la Sabiduría, la que no es otra cosa que Jesu-Christo, Sabiduría eterna, opuesta del todo à la sabiduría terrena, carnal, y diabólica, de la que habla Santiago. Y finalmente, puesto que somos Christianos, ¿por qué hemos de reusar en nuestras conversaciones hablar el lenguage de nuestra Religion Christiana?

Aqui quiero, oyentes mios, haceros justicia. Vosotros dais à vuestros hijos bellísimas instrucciones acerca del méthodo que deben guardar para gobernarse en medio del mundo. Hijo mio, dice un padre, tén honrados sentimientos, seas hombre de bien, no te abatas jamás à hacer villanias,

pro-

Universidad de Deusto
Biblioteca

procura tu buena reputacion, y no trates à quien la ha perdido. Seas afable, civil, cortés, agradable, oficioso: con este medio te ganarás amigos, y todos te estimarán. Hija mia, dice una madre, seas modesta, y retirada, acuerdate que la honestidad es la principal virtud de tu sexo, y que sin ella todas las demás prendas nada valdrán. No te familiarices con los jóvenes, y no permitas que usen en ti alguna libertad, que ofenda tu decóro. Respetate à ti misma, si quieres que te respeten los demás. Quiere antes agradar con tu afable gravedad, y virtud, que con los donayres, composicion, modas, y hermosura.

Muy buenas son ciertamente todas estas instrucciones, y dignas de un hombre honesto; pero un padre gentil decia lo mismo à sus hijos. ¿Pero por qué en tan buenas instrucciones no ha de tener su parte la Religion? Por qué no decís: hijo mio, obre siempre en tí el temor de Dios, y guarda sus Mandamientos, puesto que en el cumplimiento de ellos consiste la obligacion, y la dicha del hombre.

Por mas ricos que seais, sereis siempre pobres, si os falta la gracia de Jesu-Christo: y por pobres que seais, sereis siempre ricos, si vivís en su santa Fé, en su temor, y en su amor. No son dignos de compasion aquellos que os parecen desgraciados, si siguen à Jesu-Christo; y sin él no se compadecen bastante aquellos que parecen los mas felices. La mas sublime ciencia sin Jesu-Christo, no es otra que tinieblas, y no produce otro efecto que el de la arrogancia. La verdadera ciencia consiste en conocer à Jesu-Christo, si ésta sabes, eres qual debes ser, sabrás quanto es necesario saberse; porque en él se encierran todos los tesoros de la ciencia, y sabiduría.

Procura, pues, hijo mio, hacerte de su partido, y no te avergüences jamás de pertenecer à él. Encontrarás en el mundo máximas, prejuicios, y usos absolutamente contrarios à su Evangelio. Por esto quiero prevenirte; pero sabe que aquellas máximas son mentiras, los prejuicios son errores, los usos son abusos, que todo debe ceder al Evangelio, y que todo debe conformarse con la Ley de Jesu-Christo. Huye, pues, hijo mio, las compañias de gente libertina, y de

de los impíos, que son enemigos de la Cruz de Jesu-Christo. Guardate de hacer demonstracion de tu virtud, y acuerdate, que no hay virtud verdadera donde no se encuentra la piedad de Jesu-Christo; que sin él nada podemos, y que en el orden de nuestra salvacion, poco podemos sin su gracia. (S. August. lib. 19. de Civit. Dei, art. 4.) Sed compasivos para con los pobres, porque son miembros de Jesu-Christo: sed afables, y oficiosos con todos los hombres, pues todos somos hermanos en Jesu-Christo.

Y tú, hija mia, si quieres preservarte del espíritu de vanidad, de aquel deseo de agradar, y de aquel afecto de ataviarte, que son los mas comunes defectos de tu edad, y sexo, y que son defectos, que ordinariamente conducen al vicio; mira à Jesus crucificado, que es el espejo de todos los Christianos; miraos en éste mas freqüentemente que en los demás: de esta manera vereis las manchas de vuestra alma, y la adornaréis con las virtudes christianas. Leed el Evangelio antes que los romances, y procurad de haceros mas agradable à los ojos de Dios, que à los de los hombres.

De esta manera hablaréis como Christianos; y yo principalmente he dirigido mis palabras à los padres, y madres, porque ordinariamente los hijos hablan el lenguage de aquellos que los instruyen. Todo depende de la educacion; y si ellos hablasen el lenguage del Evangelio, contraerian poco à poco el gusto, y habito de pensar, y hablar, segun sus máximas.

Acuerdome à este proposito de lo que dice San Agustin en el tercer libro de sus Confesiones (cap. 4.) Habia leido él, mucho antes de su conversion, los libros de un Gentil, los quales le habian inspirado el gusto de la sabiduría. *Yo me sentia animado*, decia él, *de un ardiente deseo de poner en práctica las máximas que leia en aquel libro; una sola cosa me detenia à no hacerlo, y era, que jamás veia citado en él, ò Dios mio, el nombre de Jesu-Christo vuestro Hijo. Este divino nombre habia estado impreso en mi corazon desde mi infancia, por vuestra gran misericordia, y habia probado con la leche, por decirlo asi, su dulzura, de manera, que todos los libros morales, en donde no lo encontraba, por bien es-*

Universidad de Deusto
Biblioteca

critos que estuviesen, aunque llenos de sabiduria, y de verdad, no me agradaban, sino à cierto punto, ni me arrebataban del todo.

¡Dichosos aquellos hijos, cuyos padres, al exemplo de Santa Mónica, sacan del Evangelio todas las lecciones que les dán! à los quales no se les dice solamente: *Seas hombre de bien, sino tambien seas Christiano: abrazate con Jesu-Christo, sin el qual todos los pretendidos sentimientos de honor, no son otra cosa que sobervia, y jamás pueden producir verdadera virtud.* Si fuesen instruidos de esta manera los hijos, el espíritu, y lenguage de la Religion sería mas comun en todos los estados: los verdaderos Christianos no serían tan pocos como son, y no veriamos lo que freqüentemente vemos, que muchas personas, dignas de estima, no son en el fondo sino honestos gentiles, que carecen de toda virtud christiana.

Parroquianos mios, tengamos à Jesu-Christo en el corazon, y lo tendrémos freqüentemente en la boca; pensemos como Christianos, y hablarémos como tales. Ya sabeis el proverbio, *que de la abundancia del corazon habla la boca.* Entonces, quando tendrémos los sentimientos de Jesu-Christo, hablarémos su lenguage. Pero esto no basta; hablar como Christiano es poco: son muchos los hypócritas que afectan el hablar piadosamente. Pensar como Christiano no basta; hay muchos que piensan bien, y viven mal. Obrar como Christiano, y conformarse en todo à las máximas del Evangelio, es lo que se busca, es conocer à Jesu-Christo, y creer en él.

REFLEXION TERCERA.

DE hecho ¿qué me sirve el decir, y pensar, que los ricos entran dificilmente en el Reyno de los Cielos; y que por consiguiente la pobreza es preferible à las riquezas, si por otra parte procúro aumentar oro con ahinco, juntar casa con casa, y multiplicar haberes? De qué me sirve el estár persuadido que todo es vanidad, que la sombra de este mundo pasa, que es una locura el apegar el corazon, y

y confiar en él; si por otra parte todo mi cuidado es el procurar mis acrecentamientos, y hacerme grande en el mundo? si miro con ojos envidiosos las cosas terrenas? si envidio à aquellos que son mas estimados, y mas honrados que yo?

Admiro la humildad, y el despego de las cosas del mundo, la mortificacion, y la paciencia de los Santos: quando leo sus trabajos padecidos por amor de Jesu-Christo, los juzgo bienaventurados, envidio su suerte, y quisiera ser uno de ellos; bellos sentimientos à la verdad. Pero si con todo esto, yo no dejo de ir detrás de todo lo que fomenta la sobervia, y la sensualidad; si huyo todo lo que aflige al cuerpo, y la naturaleza; si me afligen demasiado los ayunos de la Iglesia; si huyo las menores mortificaciones; si en el tiempo de una tribulacion me dejo llevar de la impaciencia, y aun alguna vez de la desesperacion; si me abandóno à la melancolía; si me abato, y me quejo quando padezco por la justicia, ¿quién reconocerá en tal conducta uno que profesa el seguir à Jesu-Christo?

Permitidme, amados hermanos mios, que os diga mi sentir; pero no os ofenda la verdad. Quando yo os veo en esta Iglesia asistir à las funciones, à oír la palabra de Dios, à cantar sus alabanzas, digo entonces: estos son Christianos. Pero si os sigo à vuestras casas, si exâmino vuestros pasos, y vuestra manera de obrar en un todo, desaparece la imagen de Christianos, y ya no distingo sino unos enemigos de la Cruz, y del Evangelio. Veo un borracho, ò embriagado, un impuro, un avâro, un envidioso, un murmurador, un vengativo; y en lugar de un imitador de Jesu-Christo, veo un sequáz del mundo, un esclavo del Demonio, y del pecado.

Y ciertamente que los tales no me persuadirán que creen en Jesu-Christo; alguna vez en lugar de regular vuestra vida, no os veré tratar de otra cosa, que de vuestros intereses particulares, del capricho, de la inclinacion, y del amor proprio, del qual estais llenos. Alguna vez os veré reñir, infamaros, despedazaros, despojaros, mutuamente destruiros, y vengaros de vuestros enemigos; no querer dar un paso para reconciliaros; negar una limosna à una pobre viuda,

Universidad de Deusto
Biblioteca

que muere de hambre juntamente con sus hijos à vuestra puerta, mientras vuestros graneros están llenos, esperando la carestía. Finalmente os veré tan apegados à la tierra, como si jamás la hubierais de dejar; nada os importa el evitar el mal, y hacer buenas obras, como si no quedáse que esperar, ni que temer despues de vuestra muerte. No me persuadireis ciertamente, que creeis en Jesu-Christo, y que haceis profesion de ser sus discípulos: pues aquellos son verdaderos imitadores de Jesu-Christo, que desean, y se esfuerzan, con la ayuda de su gracia, seguir sus pasos, y practicar aquellas virtudes, de las quales nos dió exemplo el divino Maestro.

Oid sobre el asunto (y acabo) un bello discurso de San Gregorio Niseno, el qual compara los Christianos à los Pintores. (Epist. 1.) Cada uno de nosotros, dice este Santo Doctor, es el Pintor de su propria vida. Nuestra alma es como la tela, y las virtudes son los colores, Jesu-Christo es el modélo que debemos copiar. ¡Bella idéa à la verdad! de la misma manera que un Pintor tiene en su ánimo, en su idéa, y delante de sus ojos el objeto que quiere trasladar à la tela, assi el Christiano debe tener en todas sus acciones puestos los ojos en Jesu-Christo, y assi como el pincel conducido por la mano del Pintor aplica à la tela colores semejantes à los del original; no de otra manera nuestra voluntad, ayudada de la gracia divina, practicando las virtudes de Jesu-Christo, traslada à su alma su imagen: de suerte, que nosotros somos mas, ò menos Christianos, segun sea mayor, ò menor la semejanza que tengamos con Jesu-Christo. De aqui se deduce naturalmente, que si en nada nos asemejamos à él, en nada somos sus discípulos: nuestra fé no se diferencia de la de los demonios, y no nos servirá de otra cosa, que de hacernos mas culpados, y los malos Christianos serán mas rigurosamente castigados en el Infierno, que los Gentiles, è Idólatras.

Levantad pues los ojos, amados hermanos mios, y mirad à Jesu-Christo, Autor, y perfeccionador de nuestra fé. En qualquiera estado que esteis, en qualquiera disposicion de alma, ò cuerpo en que os encontreis, qualquiera cosa que ha-

hagais, digais, ò penseis, tened puesta la mira en Jesu-Christo, para que assi vuestros pensamientos, palabras, y obras correspondan en un todo à las de Jesu-Christo, y entonces podreis decir que creeis en él. Todo lo que se aparta de este divino modélo directa, ò indirectamente, solo es digno de reprobacion. Mas claro: El mismo bien que haceis, si no lo dirigis à Jesu-Christo, no os servirá de mérito delante de Dios, y no os servirá de nada para la vida eterna.

Ah! Salvador mio! que me lleno de confusion, y me reconozco indigno del nombre de Christiano, quantas veces compáro mi obrar con vuestro santo Evangelio. Quanto mas exâmino mi pobre corazon, tanto mas encuentro contrarios mis sentimientos à los vuestros. Las humillaciones son tormentos para mi, y una pequeña incomodidad se me hace insufrible, y en la pobreza solo pruebo su disgusto. Yo pienso segun el mundo, y hablo segun él; por mas, ò Dios mio, que sea del todo contrario à vuestro Evangelio! bien lejos de miraros como el modélo que debia imitar, me he conformado antes con las máximas del mundo, que vos habeis reprobado tantas veces, no solo con vuestras palabras, sino tambien con vuestro exemplo. Si alguna vez he hecho alguna buena obra, ha sido antes dictada de la razon, y del amor proprio, que por deseo de imitaros, y agradaros: de manera, que ni aun en mis buenas obras he sido Christiano, porque no iban animadas de vuestro santo espíritu.

Mudad, ò Dios mio, este mi corazon, y reformad todos sus afectos: haced que yo piense como vos pensais, que hable como vos hablais, y que todas mis acciones vayan animadas por vos. En quanto yo diga, ò haga, no permitais que me olvide de que soy Christiano, para que obre como tal, y para que uniendome contigo, ò buen Jesus, por una viva fé, adelánte siempre en el conocimiento de vuestros mysterios, y de mis obligaciones. Haced que yo viva una vida llena de fé, para que yo muera como los Justos, y viva eternamente con vos en el Cielo. Assi sea.

SER

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON
PARA EL SEGUNDO DOMINGO del Adviento.
PREPARARSE PARA EL JUICIO de Dios.

Attendite vobis.... ne fortè superveniat in vos repentina dies illa.

Estad prevenidos.... para que no os sorprenda aquel dia. *S. Lucas cap. 21. ℣. 34.*

EL horrible destrozo de todas las partes de este Orbe terráqueo, que ha de anunciar la destruccion, y ha de hacer horrorizar à los hombres, no es, oyentes mios, lo que mas me llena de miedo. Lo que me hace temblar es la venida de Jesu-Christo: el qual despues de haber disimulado mucho tiempo, y sufrido con una paciencia infinita los pecados de los hombres, comparecerá de repente para juzgar el mundo, y vendicarse de sus enemigos. Pero lo que aumenta mas mi temor, es el pensar, que para mí llegará pronto el fin del mundo; pues apenas habré cerrado los ojos, que se eclypsarán para mí el Sol, y la Luna, la naturaleza se descompondrá en este mi miserable cuerpo, que ahora es como un pequeño mundo de maldad, y entonces no será otra cosa que un poco de tierra, y de podredumbre. Apenas habré espirado, quando mi alma será presentada à su Juez para recibir la sentencia de bendicion, ò de maldicion, y ella decidirá de mi dicha, ò de mi miseria. Lo que

que lleva à lo ultimo mi horror es, que este terrible Juez está al lindar de la puerta, y que esta misma noche puede ser para mí la ultima de mi vida, y el primer dia del Juicio.

¿Pero qué aprovecha todo esto, si este temor no me hace mas contenido? En qualquier desgracia que nos amenaza, nuestro primer pensamiento es tomar las medidas posibles para evitarla. ¿Pero hay medio para huir del juicio de Dios? Sí, hermanos mios, nos lo asegura San Pablo; y es, que si nosotros nos juzgamos à nosotros mismos, no seremos juzgados. Es pues necesario que cada uno dé cuenta à sí mismo, de lo que debe dar à Dios, y pronuncie una sentencia, que prevenga la de Jesu-Christo: y esto es à lo que hoy quiero exhortaros, amados hermanos mios, con el modo mas sencillo, pero que pienso yo será el mas util para vuestras almas.

REFLEXION PRIMERA.

QUando un hombre ha de dar cuenta à otro, quiere darsela à sí mismo: entra en su quarto, cierra la puerta, busca las escrituras, junta las memorias, cuenta, calcúla, prevee las dificultades que le podrán objetar, previene las respuestas, lo pone todo en orden, se sosiega, y dice: Todo está aparejado, y en buen orden, daré la cuenta quando se me pida.

Tal ha de ser el cuidado que debe tener un hombre juicioso del negocio de su conciencia, para no ser sorprendido del dia del Señor; y este es el consejo que nos dá hoy el Evangelio: *Attendite*, estad prevenidos, amados hijos mios, y velad sobre vosotros. Creedme à mí, preparad vuestros corazones, entrad en el aposento de vuestra alma, cerrad los ojos por poco tiempo à los negocios del mundo, exâminad atentamente vuestra conciencia, repasad todos los años de vuestra vida con la memoria, exâminad con toda la exâctitud posible vuestras obras, y tened presente, que de todas ellas habeis de dar exâcta cuenta à Jesu-Christo, como un criado à su amo. Este manda, y el criado debe obedecer; una tal obediencia consiste en apartar todo lo que nos veda, y en cumplir exâctamente lo que nos ordena. Exâmidad pues,

y

y ved lo que él prohibe, y lo que habeis hecho, lo que él os manda, y no habeis cumplido, ò lo habeis cumplido mal.

Dad de paso una ojeada à los años de vuestra juventud; exâminad vuestras liviandades, y caprichos, vuestras extravagancias, y miradas impuras, vuestros malos pensamientos, y deseos, las palabras libertinas, las conversaciones sospechosas, los gestos indecentes, las canciones deshonestas, y las leyendas detestables. A los desvarios de la juventud (la qual debia ser consagrada à la virtud, y al servicio de Dios, como las primicias, y la mas bella porcion de la vida, y que comunmente se consagra al libertinage) à estos desvarios, vuelvo à decir, juntad la desemboltura de un humor fastidioso, y menospreciativo, la violencia de un genio arrebatado, è insoportable; los ímpetus de vuestra cólera, las desazones causadas ahora à aquel marido, ahora à aquella muger; los malos exemplos que habeis dado à vuestros hijos, y domésticos. Exâminad, y calculad las injusticias, los embustes, las usuras, la rapiña, y los hurtos que habeis cometido en vuestros trabajos, y comercio. Exâminad, y calculad vuestras maldiciones, vuestros juicios temerarios, las calumnias, las enemistades, las envidias, los deseos de venganza, y todos los demás efectos de las diversas pasiones, de la qual fuisteis esclavos.

Pero aunque no hayais cometido ningun pecado contra la Ley de Dios, ¿pensaréis acaso por esto el ser justos, si no habeis practicado las virtudes que la Ley de Dios nos enseña? No has jurado el nombre de Dios en vano; ¿pero lo has bendecido, y adorado? Has dirigido al Señor todas tus acciones? No habeis profanado la fiesta; ¿pero la habeis santificado? No os os habeis excedido en el comer, y beber; ¿pero habeis guardado los ayunos que la Iglesia nos manda? No habeis empleado el tiempo en mal obrar; ¿pero lo habeis perdido en el ocio? No habeis robado lo ageno; ¿pero habeis usado bien de lo vuestro? No habeis infamado al proximo; ¿pero lo habeis defendido en presencia del que lo murmuraba? Exâminad, y ved, que en el Infierno hay gran número de Christianos, de los quales se podia decir, que ni obraban bien, ni mal; que no tenian ni vicio, ni virtud: y que hay

hay finalmente muchos que hicieron buenas obras, los quales han sido reprobados por haberlas hecho mal.

Finalmente valga la verdad: ¿de qué os sirve el rezar, ayunar, hacer limosnas, confesar, y comulgar, y asi de las demás buenas obras, si no las haceis como las debeis hacer? Exâminad pues, y calculad todos los exercicios piadosos hechos sin atencion; la Misa oida sin devocion; las confesiones sin dolor, y sin enmienda; las comuniones sin fruto; las limosnas hechas por mera ostentacion, ò por una compasion uatural, sin dirigirlas jamás à Jesu-Christo. Qualquiera que sea el bien que has podido hacer, ha sido inutil, y no será recompensado, si lo habeis hecho por solo vuestro gusto, ò por capricho, sin intencion alguna de dirigirlo à Dios, ò de merecer su gracia, ò de satisfacer por vuestros pecados, ò de lograr el Paraiso, y evitar el infierno. Digo mas, que sereis castigados, si vuestras buenas obras no han tenido otro principio, que la vanagloria, y vuestro amor proprio.

Este exâmen nos amedrenta, amados hermanos mios, pero no me maravillo; no menos temo yo que vosotros: con todo estoy bien lejos de haberlo dicho todo. El Reyno de los Cielos es semejante à un hombre que vá à paises estrangeros, y que antes de partir, distribuye una cantidad de dinero à sus criados para que negocien, intimandoles al mismo tiempo, que à su vuelta deben darle cuenta de su ganancia. La parábola es de Jesu-Christo, el qual habla de sí mismo. Los criados somos todos los hombres, el dinero para negociar son las gracias que hemos recibido de su divino Padre; ¿pero qué uso hemos hecho de ellas?

No hablo aqui de la dicha que hemos tenido en nacer en el gremio de la Iglesia, beneficio inestimable, que Dios no ha concedido à muchos otros, los quales hubieran hecho mejor uso de él, hablo de las gracias que no cesa el Señor de darnos à cada uno de nosotros. Exâminad, amados oyentes mios, tantos buenos pensamientos menospreciados, tantas inspiraciones, las quales no quisisteis oir, tantos remordimientos de conciencia que atropellasteis. La divina Providencia, y no el acaso, te ha conducido muchas veces al Ser-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mon, que parecia solo dicho para tí solo. Otras veces la misma divina Providencia os ha hecho tomar un libro en las manos, capáz de convertir la alma mas obstinada: en tal tiempo te sucedió una desgracia, que te envió Dios, à fin de que volvieses sobre tí mismo: en otro tiempo os sorprendió una enfermedad, durante la qual formasteis bellísimas resoluciones, y promesas. ¿Dónde está el fruto sacado de todas estas gracias? Son éstas el precio de la Sangre de Jesu-Christo, y hebeis de dar de ellas una cuenta estrechísima.

Pero finalmente, despues de haber pasâdo tres partes de vuestra vida en un entero olvído de vuestra salvacion, os convertísteis, y habeis de sério pensâdo à vuestra conciencia. Gracias al Altísimo. Ya no se trata de otra cosa, que de averiguar, si habeis satisfecho à las deudas contrahidas con la Justicia divina. Estas deudas son vuestros pecados, y no las podeis pagar, si no haceis penitencia. Exâminad pues, y calculad, ¿qué mortificaciones habeis hecho, para satisfacer por vuestra luxuria, por las impurezas, y por vuestra desarreglada vida? Qué ayunos habeis hecho para satisfacer por los excesos hechos en el comer, y beber? Qué limosnas repartísteis para purgaros de la avaricia? Habeis restituido lo que hurtasteis? Habeis vuelto la fama al proximo, que se la quitasteis, ò los bienes, que con engaños le habeis quitado? Exâminad si habeis faltado en alguna de estas cosas, por las quales, si no habeis satisfecho, vuestras cuentas no van justas.

REFLEXION SEGUNDA.

SObre todo lo que hemos dicho hasta aquí, amados oyentes mios, pronunciad sobre vosotros mismos una sentencia, que sea en alguna manera semejante al Juicio de Dios. Este será severo, pronto en la execucion, é irrevocable: debeis pues primeramente juzgaros con severidad; esto es, dejando aparte aquella natural inclinacion que todos tenemos de alhagarnos. Ciegos con el amor proprio, nos engañamos à nosotros mismos, y cubrimos con falso color los vicios, en quienes no vemos lo mas odioso, y abominable que hay. Os dejais llevar muchos de una insoportable alegria, de una va-

vanidad pueril, de una ridícula sensualidad; sois celosos, sois obstinados: y con todo à todas estas cosas las llamais sentimientos de honor, de delicadeza, de constancia, de amor de lo bueno, y de la justicia. La mas ruin avaricia à vuestros ojos es una prudente economía; las pasiones vergonzosas son desvarios de la juventud; el uso de maldecir es efecto de un espíritu desenvuelto; las palabras obcenas son donayres para animar una conversacion: y si vosotros quereis confessar la verdad, ¿qué escusas no se inventan sobre la edad, sobre el temperamento, sobre la educacion, sobre las conveniencias del proprio estado, y sobre otros mil pretextos frivolos? Pero ah! que en el Tribunal de Dios no se juzgarán assi las cosas! el vicio despojado de los colores que le habeis dado, comparecerá alli tal qual es enorme, è inescusable. Vuestros pretendidos sentimientos de honor no serán otro que una refinada sobervia, y vuestras palabras descompuestas se verán como lascivas, è infames; vuestros vivos conceptos aparecerán llenos de malicia. De todo se ha de formar juicio, no segun vosotros pensais, sino segun la verdad, no segun os pintan las pasiones, sino con la balanza de la justicia. Las razones del pecador serán convencidas, y el pecado no encontrará escusa.

Juzgaos pues desde ahora, segun las reglas de esta justicia, y verdad, y cada uno confiese abiertamente ser reo. El luxurioso, por exemplo, diga: Yo soy, y he sido, un disoluto, è infame; el interesado: yo fuí, y soy un esclavo de mi avaricia; el dinero fue el ídolo de mi corazon, he cometido mil vilezas contra mi mismo bien; y quando mis graneros abundaban de toda especie de granos, y mis bodegas de vino, hubiera querido que las tempestades hubieran destruido las mieses, y las viñas. El sobervio diga: Yo no he tenido otra cosa en el corazon, que el orgullo, la ambicion, y la vanidad. El maldiciente: ò! qué detestable lengua es la mia! la envidia me roe, los celos me afligen, y el deseo de la venganza me traspasa. Convenid pues una vez, y decid todos à una: Yo me he sumergido en los pecados como en un lodazar, y estoy lleno de las especies de ellos hasta los ojos. No para escusarlos me valdré de mi

temperamento, porque no procuré ningun medio para domarlo; ni de mi delicadeza, porque no he practicado los medios, y ayudas para animarla: ni de las ocasiones, porque en lugar de huirlas, he ido en busca de ellas: ni de los exemplos, porque estuvo en mi mano el imitar tantos buenos, que tenia presentes. He pecado, porque he querido; y si yo no hubiera consentido, ciertamente que no hubiera pecado. Esta es la manera, amados hermanos mios, de juzgarse à sí mismo, quando se quiere evitar el Juicio de Dios. Con todo, no basta lo dicho, si no corresponden las obras à los pensamientos.

El Juicio de Dios se executará sobre la marcha. Apenas se habrá pronunciado la sentencia formidable, y el alma de los precitos será apartada de su presencia. Despojaos pues del hombre viejo, y apartadlo lejos de vosotros. Enemistaos con el pecado, y apartadlo de vuestro corazon, para que dando lugar al Espiritu Santo, no le permita otra vez la entrada. Obrando asi, evitaréis aquella separacion eterna de Jesu-Christo en el dia del Juicio. Digo una separacion eterna, porque la sentencia de Dios será irrevocable, y tal debe ser vuestro juicio.

Los deseos, y propositos de convertirse son quasi tan comunes, quan raras son las verdaderas conversiones. ¿En el tiempo de una Mision, ò de un retiro espiritual, durante una larga, ò peligrosa enfermedad, habeis hecho, amados mios, sérias reflexiones, abristeis los ojos, os juzgasteis sin alhago, os apartasteis del pecado, y le jurasteis perpétua guerra? bien vá: ¿Pero qué sucedió despues? Se acabó la Mision, salisteis de vuestro retiro, recobrasteis la salud perdida, y vuestras ideas poco à poco se mudaron. Los pecados que os parecian monstruos, ya no os parecen tan enormes, ya habeis recaido en ellos, ya habeis hecho paz con el Demonio, y con las pasiones, anulando la sentencia, llena de verdad, y de justicia, que habiais pronunciado contra vosotros mismos. Tal es la inconstancia del corazon humano: en un mismo tiempo nos juzgamos, y condenamos, y luego nos alhagamos, y nos cegamos. Asi se pasa la vida, y llega finalmente el fatal dia de este Juicio irrevocable, el qual, ò Dios mio, bien diverso del nuestro, nos junta, ò nos separa de vos por toda la eternidad.

Amados hermanos mios, hijos mios muy amados, tengamos siempre delante de nuestros ojos, no digo el Juicio universal, el qual se hará hasta la fin del mundo; puesto que en lo que toca à éste, Dios quisiera que nuestra fé fuese bastante viva, para que nos representáse el horror de un dia tan terrible, y nos hiciese presente aquellas cosas que solo vemos de lejos. Hablo de aquel encuentro que luego has de hacer, alma mia, con Jesu-Christo cara à cara. O! qué encuentro! Pecadores, que vais francamente por el camino de la perdicion, gravaos este pensamiento en el ánimo de tal manera, que jamás se os borre de la memoria.

Compareceré dentro de poco tiempo à la presencia de Dios, el qual habiendo sido testigo de todas mis maldades, me ha de juzgar por sí mismo. Este pensamiento quisiera que os hiciese temer, y que lo rumiaseis todo el tiempo de esta sagrada funcion. De aqui à poco tiempo estaré en la presencia de un Dios que me llama hoy, y à quien no quiero dar oidos; que estiende los brazos para acogerme, y yo le vuelvo la espalda. No dejeis este pensamiento, sino tenedlo presente, y os acompañe à vuestras casas. Yo me he de encontrar dentro de breve tiempo à la presencia de aquel tremendo Juez, que habrá sabido, aun los movimientos mas secretos de mi corazon, que me echará en rostro quanto he hecho, que de todo se tomará venganza, y será por entonces inexôrable, sin compasion, y sin misericordia: este pensamiento sea el ultimo antes de dormiros, el que interrumpa vuestro sueño, y el primero que se os presente en despertando. Yo me encontraré bien presto cara à cara à la presencia de mi Juez, sin Abogado, sin Protector, sin defensa, yo solo delante de Dios, sin esperanza de misericordia, porque despues de la muerte se acabó la misericordia. Este pensamiento ocupe vuestra mente en vuestro trabajo, os acompañe en los viages, os siga por todas partes, turbe vuestros divertimientos, envenene vuestros gustos, os persiga, y os atormente de tal manera, que os veais obligados al fin, para decirlo asi, à buscar la tranquilidad de vuestro ánimo, el sosiego de vues-

vuestra conciencia, y la paz del corazón en el servicio de Dios.

Ah! Juez soberano de los vivos, y de los muertos, que ahora puedo llamar Padre mio, Salvador mio, mi dulce Salvador, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion; quando mi alma será libre del peso de este cuerpo, será presentada delante de vuestro Tribunal, à dar cuenta de su vida, y vos habeis de ser el Juez. La unica esperanza entonces serán mis buenas obras hechas con la ayuda de vuestra gracia, assi como no tendré que temer otra cosa que mis pecados. Mis solas obras buenas, ò malas me acompañarán delante de vos, y me veré dejado, y desamparado de todo lo demás. ¡O qué terrible que es este pensamiento! Pero hacedmelo mas terrible, Dios mio. Haced que el temor de un tal Juicio, penetre hasta las medulas de mis huesos: y assi como entonces os despojaréis de vuestra misericordia, haced que yo ahora me despoje de todas las delicadezas del amor proprio, de la falsa ternura, y compasion que me tengo à mi mismo, y que me arme antes de rigor para juzgarme à mi mismo, y condenarme segun vuestra justicia; para que previniendo assi vuestro Juicio, no comparezca delante de vos, ò Dios mio, sino para recibir de vos la corona prometida à todos aquellos que perseveran hasta la fin en la observancia de vuestra Ley, y Mandamientos. Assi sea.

SER-

SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO del Adviento.

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Beatus, qui non fuerit scandalizatus in me.

Dichoso aquel, que no se habrá escandalizado en mí. *S. Mathéo, cap.* 11. ℣. 6.

ASI como no hay cosa mas honrosa, que el ser siervos de Jesu-Christo, assi debria ser la mas infame de todas el avergonzarse de parecer tales. No estraño que haya muchos hypócritas, los quales baxo un exterior de piedad, y apariencias de ella, esconden un alma llena de los mas enormes delitos. Estos tales sin fatigarse en la práctica de las virtudes, gozan los honores que se dan à ellas; y siendo à los ojos de Dios malvados, no pueden esperar en la otra vida sino una confusion eterna: tienen à lo menos en ésta el consuelo de ser tenidos por hombres de bien. Aun estraño menos, que los verdaderamente Christianos cubran sus virtudes à los ojos de los hombres. Temen estos, y con razon, que la vanagloria no se insinúe en sus corazones, y que no sea su sola recompensa las alabanzas. Lo que yo no puedo comprehender es, que haya en el mundo Christianos, que tengan vergüenza de seguir el Evangelio, gloriarse de no imitar sus máximas, y hacer ridículos à los que las siguen; porque en esto no se ve ninguna utilidad, ni especie alguna de satisfaccion propria; an-

antes bien una indigna vileza, una ceguedad deplorable, falta de razon, y un secreto orgullo, que se hace manifiesto por sí mismo.

PRIMERA REFLEXION.

EN primer lugar la vergüenza de bien obrar, es una indigna vileza. Permitidme, amados Parroquianos mios, que os haga una familiar declaracion, y circunstanciada, de ciertos casos que por nuestra desgracia suceden ordinariamente. Aqui, hijo mio, exámina tu conciencia, y dí la verdad. Me confesaría mas à menudo, oiría Misa todos los dias, freqüentaría los Sacramentos: ¿pero qué dirá el mundo? hace el devoto, y santurron, no se vé otro en la Iglesia sino él. Me encontré en conversacion en la qual se hablaba de Religion, pero sin respeto, aun de las cosas mas sagradas; yo lo sentia à la verdad, pero no me atrevia à decir palabra. ¿Qué se hubiera dicho de mí, si hubiera hecho el partido de Jesu-Christo? este se vuelve Predicador, y Misionero. Se ha leido en mi presencia un libro infame, y no tuve ánimo para decir, que era un parto del infierno, hecho solo para cegar, y corromper las almas. Quántas veces me he puesto à la mesa, y levantado de ella, sin hacer la señal de la cruz, porque encontraba con algunos, que me hubieran hecho ridículo. Otras veces.... pero basta: lo que has dicho hasta aqui muestre tu vileza, quiero que lo confieses de tu propria boca.

¿Cómo tratarias tú un criado, que se avergonzáse de servirte, que no se atreviese à pronunciar tu nombre, pero que temiese hablar bien de tí, oyendo hablar mal en su presencia? qué pensarias de uno, que se avergonzáse de ser hijo de su padre, y madre? qué dirias de un amigo, que no se atreviese à mostrarse tal, que no se opusiese, ò te defendiese, quando te quitasen la fama, y reputacion en su presencia? Que un hombre de baja suerte, despues de haber hecho fortuna, tenga tanta sobervia, y poco juicio de encubrir su nacimiento, y se avergüence de reconocer à sus parientes, se vé el por qué; pues quisiera hacer el señor gran-

grande sin contradicion, y sin que se le eche en rostro su origen, y sus pañales. Este es su pretexto. ¿Pero quál será el vuestro, de avergonzaros, de parecer hijo de Dios, y de vivir como verdaderos hijos de Jesu-Christo? Qué encontrais en un tal Padre, y Señor, que pueda avergonzaros? No eres el mas vil de todos los hombres?

¡O qué estravagancia, amados Parroquianos mios! un criado de un gran personage se tiene à honra estar à su servicio, y de llevar su libréa: hace saber à todos el nacimiento, la autoridad, las riquezas de su amo. Si hay alguno que hable mal, toma, como hecha à sí mismo, la afrenta, y prorrumpe en amenazas. ¿Y tú, Christiano, tú siervo de Jesu-Christo, tú que con el Bautismo has recibido su carácter, tú, por quien él mismo dió la vida, tú, que eres tratado por él no como criado, sino como hijo, è hijo muy querido, tú tienes vergüenza de parecer suyo, y no te atreves à militar à las claras bajo un tal Capitan, que tanto te honora? Al solo nombre de Jesu-Christo doblan la rodilla el Cielo, la Tierra, y el Infierno; se abajan los Montes, se inclinan los Angeles, tiembla el Universo, y se humilla; ¿y tú te avergonzarás de confesarlo públicamente, y de prestar omenage à su gloria?

Jesu-Christo no tuvo vergüenza de comparecer desnudo en la Cruz por amor vuestro; y vosotros os avergonzaréis de postraros à los pies de esta misma Cruz, de comparecer modesto en la Iglesia, y con compostura devota, y humillada. El ha derramado toda su sangre para sacaros de la esclavitud del Demonio; ¿y à tí te faltará el ánimo para abrir la boca, quando se hace befa de su Evangelio, de su Religion, y de sus Ministros? Ah! Jesus mio! Vos os vengaréis algun dia de estas viles almas! estas se avergüenzan de ser vuestras delante de los hombres, llegará el tiempo que vos os avergonzaréis: ingrato, dirá, tenias vergüenza de ser mio; en mil ocasiones fingiste no reconocerme: ve pues que yo tampoco te conozco. Unas pocas palabras mas sobre este punto.

¿Os avergonzais acaso de ser hombres de bien? no os jactais à cada paso de vuestra honradéz, y bondad? Por qué pues

Universidad de Deusto
Biblioteca

os avergonzais de ser Christianos, y de parecer tales? No atribuyes à propria gloria el dar al Cesar, lo que es del Cesar, y à todos los hombres lo que les debeis? Por qué pues no os atreveis à dar à Dios el público omenage de la adoracion, del amor, del celo, del agradecimiento, y de otros afectos, que por mil titulos le debeis? ¡La piedad será pues un delito; la devocion una nota de infamia para todo hombre de bien! ¿Pero de qué no serán capaces los hombres, ò Dios mio, si hay muchos de ellos, que no solo se avergüenzan de serviros, pero aun se tienen à gloria, el hacer lo contrario? Esto sí que se puede llamar el colmo de la ceguedad, y de la locura.

REFLEXION SEGUNDA.

EL vicio por mas colores, y titulos que le den, tiene siempre un no sé qué de vil, y bajo, que deshonora la humanidad. Sea especioso el nombre que se da à la irreligion, tiene con todo ella alguna cosa que quita la razon, y el sentido comun; porque finalmente hay un Dios, delante del qual los mayores Monarcas, y los mas sublimes talentos son infinitamente menos que lo son para mí los mas viles gusanos, los quales piso, y aparto con el pie, si me parece. Entre todos los pueblos del mundo, y en todas religiones, la virtud hace estimables à los hombres, asi como el vicio los hace despreciables. Es menester pues haber perdido del todo la cabeza, para gloriarse de no humillarse à un Dios: juzgar loable, el no practicar las virtudes, y reputar por virtud el estar destituido de todas ellas. ¿Se puede imaginar cosa mas estravagante? lo creeriamos nosotros, si no lo viesemos todos los dias con nuestros ojos?

Que haya algunos, que sin ser cathólicos, se obstinen à no creer en Jesu-Christo, causa compasion: porque como no compadeceremos à un hombre, que cubriendose los ojos con las manos, grite que no ve la luz, y que mirando de hito à hito el Sol, grite que no lo ve. Este es un delirio mas digno de compasion, que de reprehension. Que entre él mismo en la Iglesia, como en una casa de su criado, y vuelva la cabeza de una parte à otra, dignandose apenas de doblar una rodilla, à la elevacion

cion de la Hostia, con ayre menospreciativo, y sin dar la mas mínima señal de respeto à la casa de Dios, paciencia! me contento con decir: ¡ay de mi! hubiera hecho este mejor de no venir à la Misa, puesto que no cree, y ha escandalizado el pueblo.

Pero que el Christiano (lo llamo asi, porque ha recibido el Bautismo) haga mérito de ostentar su irreligion, que mire con ayre menospreciativo, y como desde el trono de su grandeza, este pobre pueblo, que asiste con todo el debido respeto à las funciones santas, que se repute un distinguido personage, porque no hace aquellas genuflexiones, y devociones que hacen los otros; que diga con tono arrogante, que causa horror: *No me amedrenta el Diablo, no soy de baja fuerte; los libros devotos se han hecho solo para los ignorantes, y los rosarios para el sexo femenil.* Hijos mios, os lo digo claro, no puede ser otro, sino que Dios le haya desamparado, y que el Demonio le haya hecho perder el seso. Si para no creer contribuyese el tener gran talento, y ser sábio, comprehenderia como puede uno gloriarse de ser incrédulo; pero para serlo, no se requiere otra cosa que sobervia, y mala vida.

Jactarse de su nacimiento, de sus riquezas, de sus amigos, de sus buenas qualidades, son efectos ordinariamente del amor proprio, y de la sobervia, de los quales parece que todos, por nuestra desgracia, seamos aposentadores, qualquiera cosa basta para hincharnos: y siendo los hombres de este natural, no es maravilla, que aun los mas sábios se dejen llevar alguna vez de la vanagloria. Lo que causa admiracion, es, que un disoluto se gloríe de su libertinage, un vengativo de su venganza, un murmurador de haber quitado à otro la fama, y que un bebedor desafie à otro à quien beberá mas. Desgraciado! Se conoce bastante tu desemboltura, y el escándalo que causas es mas grande de lo que te parece. ¿No basta acaso el obrar mal? es menester que lo publiques, y te jactes de ello? Porque vuestras pasiones son mas violentas, y vergonzosas, por esto te estimas en mas que otros que no son tan disolutos como vos sois? ¡ò desvergüenza! ò ceguedad!

No puedo perdonar tal injuria, la tengo impresa en el corazon: quisiera olvidarme, pero no puedo. No puedo mirar con

buenos ojos aquella persona, despues que me ha dado que entender en la tal cosa. Peor para tí, hijo mio, respondo yo. Rogad à Dios que os dé pensamientos mas nobles, y mas christianos. Ya sabeis que no podemos nada sin su gracia; pero sabeis tambien que todo lo podemos con su ayuda: suplicadle pues, que os purgue vuestro corazon de aquellos incendios del ódio: pedidselo, y os oirá. Pero que diga un Christiano: ¿Yo perdonar? lo haria si fuese insensible. Quiero vengarme, pues se interesa mi honor; con la venganza quiero que me conozca; quiero darle à conocer quien soy yo, y que impunemente no se me insulta. Hablando asi se gloria, se aplaude à si mismo: ¿pero de qué? ¡Ah! Dios mio! de no haber tenido un ánimo tan noble, y tan generoso, de perdonar, y olvidarse de una injuria. Se gloria de no saber conceder el perdon que le pedis para su enemigo. Os interpusisteis vos, ò Salvador mio, pero quiso pisarlo todo antes que dejar de vengarse, y se gloria de ello. ¡O ceguedad! ò locura!

Tú sabes juntar una lengua mordáz con un humor alegre, y un carácter festivo. No asistes à conversacion alguna, que no se diga: ¡Qué espíritu tan agradable! tú entre tanto te hinchas, mientras los otros rien de tus donayres, y te aplauden. ¿Pero de qué te glorias? De haber dicho mal de aquella persona, que no te ha hecho mal alguno, que no la habeis visto otra vez, y que no conoceis: de haber hecho ridículo à aquel otro, porque comulga cada ocho dias: de haber quitado la reputacion à aquella dama, que pasa por una honrada: de haber infamado aquel otro, que todos tenian por hombre de bien: os jactais finalmente de haber cometido ocho, ò diez pecados mortales en poco tiempo. ¡O impiedad! jactarse asi vuestra lengua! Eres un asesino, que alabas el puñal, con el qual has muerto diez personas poco ha, las quales nada menos pensaban que en tí. Asi con una mudanza total de las ideas, que comunmente tenemos de la verdad, y de la falsedad, del bien, y del mal, contra todos los principios de la Religion, contra la luz de la razon, contra los sentimientos de la misma naturaleza, llegamos à tanta ceguera, y tonteria, que tenemos una mala vergüenza de aquello que debia acarrearnos una gloria verdadera, mientras la buscamos, y pensamos en-

encontrarla en aquello que nos llena de infamia, y confusion.

TERCERA REFLEXION.

ME queda à decir mucho de aquellos que hacen burla de las personas devotas; pero como me falta el tiempo, diré solo dos palabras. Oyeme, amigo: Tú te burlas freqüentemente de aquel hombre que reza, y se confiesa freqüentemente, y comulga muchas veces; que perdona facilmente las injurias, que reputa por cosa vil la desemboltura, que huye como de peste la compañia de los libertinos, se avergüenza, y turba, à la mas mínima accion, que empache la vergüenza, y caridad. Dime pues, ¿por qué te turbas? Una de tres; ò le reputas un hypócrita, ò te burlas de la piedad, ò te sabe mal que él sea mejor que tú. Para tratarlo de hypócrita, es menester que averigües su corazon, y estés cierto, que todas sus acciones son embustes. Quando se vé un exterior bueno, se juzga que corresponde al interior. Pero tú al contrario, porque el exterior es bueno, juzgas que es malo el interior. Un buen corazon procura de escusar una mala accion, diciendo, que tal vez fue buena la intencion: ¿tú al contrario viendo una accion buena, reputarás por mala la intencion? O qué hermoso fruto, el arbol que lo produjo, se suele decir, es de muy buena qualidad; pero tú al contrario dices, que es bueno el fruto; pero el arbol malo: no os juzgo, ni tan ciego, ni tan malo, para que juzguéis tan erróneamente.

Por otra parte no eres tan impio, que hagas burla de la piedad. No te burles de aquel que reza, pues tú lo haces tambien, ni porque se confiesa, y comulga, porque tú tambien lo haces, aunque no tan freqüentemente; y este es el unico motivo porque de él te ries, que es decir: porque conoce mejor que tú la necesidad que tiene de la gracia, y por esto reza mas freqüentemente que tú lo haces; porque conoce mejor que tú la enormidad del pecado, y ama mas à Jesu-Christo, por esto se purga mas freqüentemente que tú, y acude con mas freqüencia al Sacramento inefable de su amor. Te burlas de él, porque es mas exâcto, mas christiano, y mas perfecto que tú lo eres, y porque su conducta es una tácita reprehension de la tuya. Es decir, que burlando su piedad, te procuras

tu propria confusion secreta, la qual causan en tí sus virtudes, dandote à conocer quan desproveido estás de ellas: que su humildad condena tu sobervia, su mansedumbre, tu fiereza, su compostura, tu dispensacion, y su buen porte, el malo que tú tienes; y finalmente su devocion culpa tu tibieza, su fervor, tu relajamiento. Y asi como naturalmente somos inclinados à escusar los defectos agenos, que vemos al mismo tiempo en nosotros mismos, asi tambien por nuestra mala fortuna, somos inclinados à desaprobar, ò disminuir la grandeza de las virtudes agenas, las quales no queremos imitar. Esta es la razon porque los malos se burlan de los buenos. ¡Dios mio, qué cosa es este corazon humano! qué miserias, y desdichas no se encuentran en él, quando se quiere exâminarlo!

Acabemos, amados Parroquianos mios, por donde hemos empezado. Dichoso aquel, Jesus mio, que no se escandaliza, ni encuentra motivo de ello, ni en vos, ni en vuestro Evangelio! que prefiere la virtud, y el ser Christiano, à toda la gloria del mundo; que camina sin vergüenza por el camino de vuestros mandamientos; que confiesa públicamente vuestro santo nombre, no solo delante de los buenos, sino tambien de los malos; que alaba la devocion en qualquiera que la reconozca; que llora en secreto su fragilidad, y tiene una santa envidia à todos aquellos, cuya virtud reconoce superior à la suya; que no teme de levantar la voz en medio de vuestros enemigos, para defenderos, y cerrar la boca à los que esparcen la mentira. Vos lo recompensaréis en esta vida con aumento de sabiduría, y despues de la muerte, le dareis lugar en el Cielo, en compañia de todos los bienaventurados. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL QUARTO DOMINGO del Adviento.

SOBRE LA FREQUENTE Comunion.

Medius vestrum stetit, quem vos nescitis.
En medio de vosotros ha estado, y no lo conoceis.
S. Juan cap. 1. ℣. 86.

QUantas veces considero en la presencia de Dios mi grey, y me pongo à pensar los diversos sugetos que la componen; las obligaciones de cada uno; los peligros à que está expuesto; las tentaciones que procura el Demonio; la caída de unos; la fragilidad de los otros; y el infeliz estado de muchos, todo me sorprende, y me llena de melancolía, me hace perder el ánimo, y dejaría las funciones de mi ministerio, si no encontràse consuelo en dar una ojeada à ese divino Tabernáculo, en el qual el buen Pastor siempre presente en medio de sus ovejas, vela siempre para guardarlas, apacentarlas, y defenderlas. Este pensamiento me consuela, se aviva mi esperanza, cobro ánimo, y digo: O, Salvador mio, yo nada puedo, pero vos lo podeis todo. Ese delicioso Pan que les habeis preparado, les dará fuerzas, y les librará de las asechanzas del Demonio. Encontrarán ellas en la comunion de vuestro cuerpo el mas poderoso remedio à todos los males, y à medida, que ellas se acercarán à esa sagrada Mesa, yo tendré el singular consuelo de verlas crecer en vuestro amor. Pero aqui se renueva mi dolor, y poco falta que yo no

me

me entregue à la desesperacion, porque en esa Mesa, en donde pongo toda mi confianza, y sin la qual, ninguna cosa espero, está hoy dia abandonada.

Aqui, amados hermanos mios, no puedo dejar de deciros, lo que San Juan Bautista decia à los Judios: *En medio de vosotros hay uno, à quien no conoceis.* Valga la verdad: porque, ¿cómo puede decirse que es conocido un Sacramento, que contiene las riquezas de la gracia, que es el compendio de las maravillas, y misericordias de Dios, si no se ve ningun deseo de unirse continuamente con él por medio de la comunion? que aprovecha disimularos, lo que juzgo. Mis entrañas se conmueven, mi celo se enciende, y todo me lleno de una santa indignacion, à vista de la indiferencia que veo en la mayor parte de vosotros para con tan grande Sacramento de la Euchâristia. Indiferencia, adversion, nausea, que creciendo cada dia mas, parece que se vá ya acabando la Fé en este siglo desgraciado. O Dios mio, avivad vos esta Fé en mis oyentes, dad à mis palabras fuerza, y la uncion de la gracia divina, para que queden convencidos de la razon que les propongo, para inducirlos à alimentarse de un Pan, sin el qual es imposible que se santifiquen.

PRIMERA REFLEXION.

NO diré nada hoy à aquellos, que no se avergüenzan delante de Dios, y de los hombres, de faltar à la comunion Pasqual, y viven en tan miserable estado muchos años, no obrando en sus almas obstinadas la razon mas convincente.

¿Han estos por ventura mudado de Religion? No: venimos, dicen, à la Iglesia à oir Misa, hacemos mañana, y tarde nuestras oraciones, como todos los demás. Con freqüentar la Iglesia, oir Misas, y hacer oracion, se vive bien la Religion Cathólica, Apostólica, y Romana. ¿Pero con estas solas cosas se vive bien como Cathólico, Apostólico, Romano? No condenemos à los tales, ni los tratemos asperamente; tengamoslos antes como almas escogidas, à quienes les ha dicho un Angel, que antes de la muerte tendrán una larga enfermedad, durante la qual se podrán confesar, y comulgar una vez por todas, y, que

que despues que han ido toda su vida por el camino, que conduce al infierno, irán directamente al Paraiso. Aunque es verdad, que yo no daria fé à un Angel que me viniese à predicar un tal moral. Os confieso en verdad, amados Parroquianos mios, que vuestro sosiego en este particular me causa un cruel afan, y que el pensamiento de ver el peligro, al qual os exponeis, me amarga todos los instantes de mi vida.

Hablaré pues de aquellos que no os han abandonado del todo, ò Jesus mio, y que aun acuden, à lo menos, una vez al año, à los quales quiero preguntar: ¿Qué Predicadores, Confesores, ò Doctores os han instruido? En qué libros habeis leido, que basta comulgar à la Pasqua? que la indiferencia para con la comunion, todo lo demás del año, no es pecaminosa, no es contraria al espíritu de la Iglesia, y de Jesu-Christo? que aquel, el qual por mera negligencia, sin escusa legitima, contra lo que le ordena, y aconseja su Pastor, pasa un año sin llegarse à este divino Sacramento, no pone en peligro su salvacion, y su conciencia?

Encontraréis con todo en el libro de los Actos de los Apóstoles, que los primeros Christianos *perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunion de la fraccion del pan*: esto es, que comulgaban todos los dias. Encontraréis en el libro compuesto por San Justino en defensa de la Religion, que en su tiempo se distribuia la Euchâristía à todos aquellos que asistian à la Misa, la qual se celebraba todos los Domingos. Que los Diáconos la llevaban à los ausentes; que era permitido à los fieles llevarla à sus casas, à fin de no estar una semana sin recibirla. San Juan Chrysóstomo predicaba à su pueblo, que no era digno aquel de asistir al sagrado sacrificio, el qual fuese indigno de recibir la comunion, y que aquellos que estaban sin pecado mortal, podian comulgar todos los dias. (Hom.6.ad pop.) San Agustin aconsejaba à los Neofitos, que recibiesen todos los dias el cuerpo de Jesu-Christo. (Hom.8. in Matth.) Y si la Euchâristía es el pan quotidiano, decia San Ambrosio, (lib. 5. de Sacram.) ¿por qué lo recibís solamente una vez al año?

Pero sin juntar aqui un infinito número de autoridades, sacadas de los Santos Padres, los quales mútuamente concuerdan

dan, se citan, se confirman; en los quales se vé el espíritu, y la doctrina de la Iglesia acerca de la freqüente comunion, y que han pasado à nosotros de boca en boca, de siglo en siglo, me contentaré de decir en una palabra, que no encontraréis ningun Doctor Cathólico, ningun Director Ortodoxo, ningun libro de devocion aprobado por la Iglesia, el qual no os aconseje el uso de la freqüente comunion; y no sencillamente como una práctica util, y loable, sino como medio necesario à la salud eterna, sin el qual es moralmente imposible el salvarse.

Yo comulgo à la Pasqua: esto basta; la Iglesia no pide mas. Pero si basta el comulgar à la Pasqua, ¿por qué los personages mas ilustres, mas sabios, mas christianos, mas santos, y por qué la misma experiencia nos enseña lo contrario? Digo la experiencia: porque quando un pecador entra en sí mismo, se convierte, y atiende à su salvacion, él no persevera, ni se sostiene, sino con el uso de freqüentes Sacramentos. Luego que vuelve à su mal vivir, se contenta de hacerlo una vez al año. Lo vemos bien presto enfriarse, y volver à su primer estado. Con la freqüencia de Sacramentos el justo crece en justicia, y hace siempre nuevos progresos en la virtud.

Corred todas las Parroquias, y encontraréis en ellas vicios, y virtudes; pero de éstas mas, ò menos, segun el mucho, ò poco uso que se hace de Sacramentos.

Amados Parroquianos mios, haced à cada uno la justicia que se le debe. Nosotros encontramos, gracias al Señor, almas verdaderamente christianas, cuya piedad nos hace acordar aun de aquellas de los primeros fieles: siempre saciadas, y siempre hambrientas, siempre embriagadas, y siempre sedientas del cuerpo, y sangre de Jesu-Christo. Conocemos algunas que comulgan todos los meses; otras cada ocho dias, y otras aun mas freqüentemente. Vosotros me direis que esas son pocas; es asi, que infelizmente son raras: pero finalmente se encuentran, y aunque hubiese una sola en cada Parroquia, ésta basta para hacernos ver palpablemente la diferencia que hay entre una que comulga con freqüencia, y otra que se contenta de hacerlo en la Pasqua.

Exâminad su conducta, no con el ánimo preocupado, ni se-

gun las máximas del mundo, mas con buena fé, segun los dictámenes de la Religion, y de la verdad. ¡Qué gusto, qué celo por el servicio de Dios! qué freqüencia en asistir à los divinos Oficios! qué modestia en la Iglesia! qué devocion en sus oraciones! qué circunspeccion en sus palabras! qué horror al pecado! qué delicadeza de conciencia! qué porte tan regular en toda su conducta! El mundo hace befa, lo sé; y aun vosotros alguna vez habeis tenido tan poco juicio, que os habeis burlado de los tales; pero en vuestro interior no podiais dejar de hacerles justicia. Quando os encontrareis en la hora de la muerte, querreis haber hecho lo que han hecho ellos, y querreis haber llevado la vida que ellos llevan.

De aqui proviene que ellas son fervorosas, y vosotros frios; que ellas son fuertes, mientras vosotros sois flacos; que tienen gusto en oír la palabra de Dios en piadosas pláticas, ò sermones, ò libros de devocion, y à vosotros os causa nausea. Preguntadlas, y os responderán, que para estar calientes, es menester acercarse al fuego; que para vivir, y estar fuertes, es menester alimentarse; que ellas encuentran la gracia en su unica fuente, que es la comunion, y freqüencia de Sacramentos.

Pero finalmente, habiendonos dado Jesu-Christo su cuerpo para pasto de nuestra alma, y habiendonoslo dado bajo la especie de pan, que es el comun manjar de nuestro cuerpo, ¿cómo puede suceder, que para alimentar nuestra alma, y para conformarnos en este punto à su intencion, baste alimentarla de este Pan consagrado una vez al año?

La Iglesia, me dirás, no pide mas. Hijo mio, vives muy engañado: porque la Iglesia universal, junta en el Concilio de Trento, con un paternal afecto nos advierte, nos exhorta, nos ruega el venerar los sagrados mysterios del cuerpo, y sangre de Jesu-Christo de manera, que se reciban à menudo. (Sess. 13.) Desearémos, decian los Padres del Concilio de Trento, que los fieles, no solo comulgasen con el corazon, y con los afectos, pero aun realmente, sacramentalmente todas las veces que oyen Misa. La misma Iglesia habia ya dicho en el Concilio de Basilea, segun todos los Doctores Cathólicos, que para adelantar en el camino de la virtud, era util, y aun necesaria la freqüente comunion. (Sess. 22.) Si para ade-

lantar pues en el camino del Señor, quiere decir, para santificarse mas, es necesaria la frequente comunion; teniendo cada Christiano obligacion de atender à su propria santificacion, no basta ciertamente el comulgar una vez al año; y con todo no es verdad que la Iglesia no pida mas. El mandamiento expreso de la comunion Pasqual no excluye la obligacion de comulgar mas à menudo: y asi como con las comuniones que se hacen entre año, no se satisface al precepto de la Pasqua, al modo que la comunion Pasqual no nos dispensa de las que se han de hacer entre año. Es verdad que la Iglesia no prescribe, ni el tiempo, ni el número, dependiendo estos de las necesidades, y de las circunstancias de cada uno. Pero el no prescribir el tiempo, en el qual se han de hacer ciertas cosas, no nos hemos de dispensar, quando por otra parte se nos ruega, se nos inculca el uso frequente de la comunion.

Y finalmente valga la verdad. ¿Debe acaso ser menos oida la Iglesia quando ruega, è inculca à los fieles por las entrañas de Jesu-Christo el llegarse à menudo à la sagrada Mesa, que quando manda el llegarse una vez al año? Los ruegos, las súplicas, las instancias de una madre que se arrodilla, por decirlo asi, à los pies de sus hijos, hacen conocer su voluntad. No tienen ellas en sí alguna cosa mas expresiva, que un mandato formal, acompañado de amenazas? Un hijo, pues, que resiste à los ruegos de una madre cariñosa, será acaso menos culpable, que otro, que no obedece à sus mandatos? Una reflexion mas sobre este asunto.

Entre todas las obras buenas que hacemos para santificar la fiesta, no hay sino una que nos ordene la Iglesia, y es el oir Misa, dejando las demás al arbitrio, y devocion de cada uno. ¿Inferiréis de aqui, que para santificar la fiesta baste el oir Misa, y que la Iglesia no exija mas? No. ¿Cómo pensais pues, que no estén obligados los fieles à comulgar algunas veces, à mas de la Pasqua, entre año, porque la Iglesia en sus preceptos habla solo de la comunion Pasqual?

Quando yo oigo Misa es cierto que cumplo con el precepto de la Iglesia; pero si despues no hago ninguna cosa mas, es claro que yo no satisfago al mandamiento de Dios, que me impone el santificar la fiesta; ni à la intencion de la Iglesia, que me

me exhorta à santificarla, empleando, à lo menos, la mayor parte de tan respetable dia en el exercicio de obras piadosas. Asi pues cumplo con el precepto de la Iglesia comulgando la Pasqua; pero si me ciño à esto solo por inapetencia, è inconsideracion contra el consejo de mi Pastor, y sin escusa legítima, es muy claro, que no cumplo con la intencion de Jesu-Christo, el qual quiere que yo considere la Euchâristia como el pan quotidiano de mi alma; ni con la de la Iglesia, que me ruega, è inculca de alimentarme à menudo, y desearia que yo me acercáse todos los dias à esta sagrada Mesa.

¿Y es posible, Dios mio, que los Párrocos estén ahora obligados à qüestionar con vuestro Pueblo à quánto esté en rigor obligado? Tú pues, hijo mio, contienete en los términos mas exâctos, acerca de tus obligaciones, y del servicio de Dios. Que no quiere decir otra cosa, sino que comulgues à la Pasqua, porque no puedes dejar de hacer menos, segun la obligacion que te cumple, que si la Iglesia no os impusiese formal precepto, voluntariamente te abstendrias, ni te cuidarias de este inefable Sacramento. ¿En nada pues estimas el tierno convite de Jesu-Christo, y el amor inmenso que te muestra, abajandose, y humillandose hasta hacerse manjar de tu alma? Pero si no tienes agradecimiento, ni amor, ni corazon, ni afecto para con Jesu-Christo, tén, à lo menos, afecto para contigo mismo.

REFLEXION SEGUNDA.

ABrid los ojos, y observad, que la salud, la fuerza, la alegria, la paz, la vida, la salud de vuestra alma, consiste en el Pan sacramentado, que os ofrece Jesu-Christo. Si estais lejos de esta sagrada Mesa, vuestra alma perderá las fuerzas, y vendrá à menos; vuestro corazon se enfriará, y perderéis el gusto à la piedad; el Demonio encontrandoos sin defensa, al primer ataque os vencerá; cada dia abrirá nueva brecha; vuestros malos habitos tomarán fuerza; os encontraréis como una tierra sin agua, y como la yerva del campo, que se seca, y muere si no se riega.

Ah! que quanto os digo, lo probais demasiadamente por experiencia en vosotros mismos. Si no teneis devocion, ni

fuer-

fuerza, ni virtud, ni interés por las cosas del Cielo, y por todo aquello que pertenece al bien de vuestra alma; si vuestros malos habitos son poco mas, ò menos, los mismos; si en todo eres el mismo pecador que eras diez años há, serás el mismo tambien de aqui à otros diez, qual eres ahora, poco mas, ò menos. Segun los tiempos, las ocasiones, y las circunstancias; si vuestra alma en lugar de ser vigorosa, vá incesantemente perdiendo las fuerzas, si cada año caeis en aquel pecado mortal, que sabeis, y que os acompañará verisimilmente à la sepultura, y de aqui al infierno, todo es porque no os alimentais quanto es menester de este sagrado Pan, en el qual Jesu-Christo puso especialmente la vida, y el vigor de nuestra alma.

Y para que quedeis convencidos, traeos, os ruego, à la memoria las bellas disposiciones en que estais, quando decis vuestras oraciones: os veo de rodillas por algun tiempo; no os enfadan las funciones santas, aunque duren: no os dejais llevar tan facilmente de las distracciones: estais recogidos, no solo en la Iglesia, sino hasta vuestras casas; no os quisierais encontrar aquel dia con malas compañias: si el Demonio os tienta, apartais luego la tentacion: os aplicais con mayor gusto à rezar, y à leer libros devotos; en suma pasais un dia, como los debrian ser todos los de vuestra vida, y tengo tan buen concepto de vosotros, que creo que querrais estar en los mismos sentimientos que teneis el dia de la comunion todos los de vuestra vida. ¿De dónde viene à vuestra alma aquella fuerza desacostumbrada, aquella devocion extraordinaria, sino del Pan de los Angeles, del qual os alimentais? Se mantiene un poco de tiempo vuestro fervor; pero despues os vais poco à poco enfriando: y si al echar menos vuestras fuerzas, acudierais à la fuente, vuestra alma no recaeria en su primer estado, sino que perseveraria en la gracia; aun mas: adelantaria continuamente de gracia en gracia, de inspiracion en inspiracion, y de virtud en virtud. Ten pues buena fé, hijo mio, y confiesa, que si eres tibio, débil, imperfecto, pecador, y mal Christiano, no se puede atribuir à otra cosa, sino à la negligencia que te tiene lejos del Sacramento, y que apenas te deja ganas para recibirlo una vez al año.

Pe-

Pero vosotros me preguntaréis, amados Parroquianos mios, ¿en qué tiempo sea menester comulgar, y quántas veces al año? à lo qual respondo, que no se puede señalar regla fija que convenga à todos. Me contentaré solo de decir en general, sin exâminar menudamente las disposiciones de cada uno en particular. ¿Os ha hecho Dios alguna gracia particular? Habeis salido de una grave enfermedad? Os habeis librado de algun peligro? Acercaos à este Sacramento. No podeis demostrar à Jesu-Christo, en el qual, y por el qual se nos conceden todas las cosas, no podeis, digo, mostrarle vuestro agradecimiento de ningun modo mas acepto, ni mas proprio para hacer llover sobre vosotros nuevas bendiciones. ¿Estais para escoger estado? de emprender algun largo viage, ò algun negocio de conseqüencias? Estais dudosos, è irresolutos à qué partido inclinaros en alguna ocasion importante? Llegaos à este Sacramento, encontraréis en él aquellas luces, que no puede dar la sabiduría humana, las que disolverán vuestras dificultades, desatarán vuestras dudas, fijarán vuestras incertidumbres, os darán el descanso, y paz que deseais, haciendoos conocer el camino que debeis emprender.

Llegaos à los Sacramentos en el tiempo de vuestras aflicciones, en tiempo que llevais algun pleyto, ò habeis de tener alguna pérdida, ò sufrir alguna persecucion; si se aumentan vuestras persecuciones; si os encontrais sin querer en alguna ocasion de pecar; si os veis obligados à vivir con gentes sin religion, ò que tienen poca; si advertís que os vais enfriando en la devocion, uníos con aquel que es la fortaleza de los flacos, el Padre de las luces, y Dios de toda consolacion, gustaréis las dulzuras infinitas, que tiene escondidas bajo este mysterioso mannà, y que no prueba sino el que lo recibe con un puro corazon. Digo con puro corazon, porque mientras os exhórto à la comunion freqüente, supongo siempre, que de vuestra parte hareis todo lo posible para recibirlo dignamente, quanto puede permitir nuestra fragil naturaleza.

Para saber pues si estais en estado de recibirlo à menudo, en qué tiempo, y quántas veces al año, guardaos bien, amados oyentes mios, de obrar en este particular segun vuestro dictámen, sino gobernaos por el parecer de vuestro Confesor,

así

Universidad de Deusto Biblioteca

así como en las demás cosas de vuestra conciencia: à él debeis descubrirle el estado de vuestra alma, sin reservaros cosa alguna, dejaos gobernar de él, con tal que sea un hombre prudente, y sabio, el qual ni sea severo, ni demasiadamente condescendiente, para lo que os pido, amados Parroquianos mios, por las entrañas de Jesu-Christo, el rogar por vuestros Pastores, para que Dios los llene de sabiduría, è inteligencia, para que guardando siempre un medio justo, no separen la severidad del Evangelio de la dulzura de aquella misericordia infinita, que no rompe la caña, aunque esté sentida, ni apaga la yesca que aún humea.

Y à la verdad, qué fruto podrémos conseguir de vosotros, si en la direccion de vuestras almas nos valiesemos de aquella moral rigurosa que agrava el yugo de Jesu-Christo, y lo hace insoportable: que desanima, disgusta, y cansa finalmente à los Christianos, que bajo la apariencia de una horrible severidad, conduce à la mas horrenda relajacion? ¿Qué pensariais de nosotros, amados hermanos mios, si mientras os predicamos la perfeccion, os privasemos del medio mas eficáz, establecido de Dios para conseguirla? Si os pidiesemos que fueseis santos para recibir dignamente este Sacramento, sin cuyo uso es casi moralmente imposible à los adultos conseguir la salvacion? Nos podria decir alguno: mi alma es fria, y vos me la apartais del fuego, que ha encendido Jesu-Christo para calentarla? Muere de hambre, y le negais el pan que debe alimentarla. El yugo que me imponeis no es ciertamente el de Jesu-Christo, pues no conocemos nuestro buen Salvador en el retrato que nos dais, haciendonoslo ver terrible, y quasi odioso, aun en el Sacramento de su amor.

Sabemos que para recibirlo es necesario purificar el corazon, que purguemos el alma con una sincéra confesion de nuestros pecados; pero si purgada ella, renunciamos, y detestamos nuestras culpas, purgamos nuestros malos habitos, tomando las precauciones necesarias para no pecar mas, qué otro quereis? que no sea fragil, y que sea perfecto como un Angel? Ah! dadnos pues el Pan, que alimenta, corrobóra, y santifica; que dá al Cordero la fuerza del Leon, y lo hace formidable aun á las potencias infernales. Qué cosa hay mas ab-

absurda, que vos nos aparteis de nuestro Salvador mientras nos llama; nos prohibais de asentarnos à su mesa mientras nos convida; que pretendais que apartemos las tentaciones, privados de toda defensa; que vivamos la vida de la gracia, quando nos cerrais la fuente de todas ellas? Idos allá, que no sois Pastores, sino lobos, no sois los Médicos de las almas, sino los verdugos.

Estas serian, oyentes mios, las quejas que dariais à aquellos, que usasen con vosotros aquella insoportable severidad, la qual afectando corregir las costumbres, gasta, y destruye todas cosas, y bajo el pretexto de corregir los abusos, arruina los fundamentos de la piedad, no teniendo otra cosa que un exterior orgulloso, y una afectacion farisaica.

Pero por otra parte no permitirá Dios que admitamos à la santa comunion à aquellos, que no procuran todos los esfuerzos para hacerse dignos de ella: y para decir la verdad, no es necesario para comulgar ser perfectos, puesto que la freqüente comunion fue siempre propuesta como medio para llegar à la perfeccion; pero se necesita, à lo menos, el desear llegar à ella, y procurar de hacerlo con la ayuda de la divina gracia, no reteniendo ningun afecto pecaminoso, que pueda manchar nuestra alma, ofender los ojos del Santo de los Santos, que tan estrechamente se une con nosotros.

En quanto à lo demás, amados Parroquianos mios, en este Sermon no tuve otra mira, que el haceros conocer la necesidad de la freqüente comunion. Ruego à Dios con todo mi corazon, que os inspire, y dé las necesarias disposiciones para recibir dignamente este divino Sacramento: disposiciones, acerca de las quales debe cada uno consultar su proprio Confesor, despues de haber pedido cada uno à Dios gracia de encontrar uno, que sea segun el corazon de Jesu-Christo, no muy indulgente, pero ni muy severo; dulce, y agradable, sin ser dejado; que os inspire el camino del Cielo sin alargarlo; os conduzca por la senda estrecha, sin hacerla resvaladiza.

Quando estuviereis perfectamente convencidos, que la freqüente comunion es necesaria à quien quiere eficazmente salvarse, por poco que os importe un negocio de tanta impor-

rancia, animados del deseo de vuestra salvacion, preparad dignamente vuestra alma para comulgar con fruto; haced todo esfuerzo para llevar una vida christiana, para habilitaros à comulgar à menudo; y entonces probaréis las gracias que necesitáis para bien vivir. Porque si para llegarse con freqüencia á esta sagrada Mesa, es necesario ser buenos Christianos, es tambien verdad, que para vivir christianamente, no solo es util, pero aun necesario alimentarse à menudo del manjar Euchâristico.

Divino Salvador, que por el amor que me tuviste, llegaste hasta anonadaros, bajo las especies de pan, para ser manjar de nuestras almas; dadme aquella hambre, y sed espiritual, que anhelan las almas justas, y las obliga à acudir à vos, Fuente de agua viva, que mana para la vida eterna. Encended mi corazon con el fuego de vuestro amor, y haced que la llama encendida consuma todos mis afectos carnales, todas mis malas inclinaciones, para que recibiendoos con una conciencia pura, pueda probar quán dulce seais, y probando vuestras infinitas dulzuras, no me aparte jamás de vuestra sagrada Mesa, sin estár encendido de un mas vivo deseo de recibiros nuevamente, teniendo la fortuna de experimentar en mí lo que vos digisteis, que qualquiera que comiere este sagrado Pan, estará aun hambriento; y el que bebiere de esta agua, estará mas sediento. En vos, Salvador mio, encontraré la solucion de mis dudas, la fortaleza contra las tentaciones, y el consuelo en mis trabajos. Vos ilustraréis mi entendimiento, calentaréis mi frio corazon, enjugaréis mis lágrimas, fortaleceréis mi flaqueza, y haréis llover sobre mi pobre alma alguna gota de aquel torrente inefable de delicias, del qual están eternamente embriagados los bienaventurados en el Paraíso. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA OCTAVA de Navidad.

SOBRE EL CONOCIMIENTO de Jesu-Christo.

Erat Pater ejus, & Mater mirantes super his quæ dicebantur de illo.

El Padre, y la Madre de Jesus admiraban las cosas que se decian de él. *S. Lucas cap. 2. ℣. 33.*

QUanto mas queramos estudiar en Jesu-Christo, tanto mas descubrirémos en él nuevas maravillas. Su Concepcion, su Nacimiento, su Muerte, su Evangelio, su Religion, sus Mysterios, han sido siempre desde el principio del mundo la esperanza de los Patriarcas, la admiracion de los Prophetas, el consuelo de los Justos, la alegria del Cielo, el tesoro de la Tierra, y la felicidad del Universo. No es pues de maravillar, que la Virgen Santisima, à quien mas particularmente, que à ninguna otra criatura, eran notorios los secretos de la divina providencia, se maravillàse de ver, que se iban descubriendo, y cumpliendo en su divino Hijo. Lo que mas sorprende, es ver, que la mayor parte de aquellos, los quales hacen profesion de creer en Jesu-Christo, apenas lo conozcan: que se eche de ver en los Christianos tan poco deseo de andar en busca de los tesoros de la sabiduria, y ciencia, que se encierran en Jesu-Christo: que entre el pue-

Universidad de Deusto
Biblioteca

blo se encuentren viejos, los quales no saben los principios del Catecismo, y dicen que se han olvidado: que entre la gente noble se encuentren personas ilustradas por otra parte, è instruidas, que están en estado de responder, si fuesen preguntadas de la razon de su fé, y nada, ò casi nada saben de quanto nos enseñan las Escrituras.

¿Se necesita acaso, para conocer à Jesu-Christo, ser doctos, y haber leido, como se dice, en grandes tomos? No, amados oyentes mios. El Hijo de Dios haciendose Hombre, se ha hecho visible, y sensible à todos los hombres, y à todos, por rudos, ignorantes, ò sabios que sean, ha puesto en estado que puedan conocerlo. ¿Puede acaso olvidarse un Christiano de quanto le han enseñado sus parientes, ò Pastores, acerca de Jesu-Christo? No por cierto, pues la Religion se lo pone delante de los ojos, y le renueva su memoria todos los dias. Sobre esto, amados Parroquianos mios, quiero hacer hoy algunas reflexiones familiares, por las quales espero en el Señor os moveréis, si atentamente, como os lo pido, me escuchais.

PRIMERA REFLEXION.

NO hay en el mundo ningun hombre, por mas rústico que le querais suponer, que no conozca à sus proprios padres. Si alguno, habiendolos perdido en su tierna edad, no se acuerda de haberlos visto, no por eso deja de conocerlos por todo lo que ha oido decir, y sabrá decir él mismo: Mi padre era de tal condicion, vivia en tal lugar, y murió en tal tiempo. Hablará tambien de su familia, de sus haberes, de sus derechos, de sus desgracias, y de mil otras cosas sucedidas, aun antes de que él naciese, las quales por consiguiente no vió, pero se las contaron, y tiene fresca la memoria de ellas.

Hablad al Labrador mas rústico, y decidle: Amigo, buenas nuevas, ha muerto lejos de aqui quarenta leguas un hombre rico, el qual os ha dejado heredero en su Testamento de sus bienes. ¿Qué hará este hombre? por ignorante que sea, y no entienda de intereses, no perderá tiempo, sino que luego irà al tal lugar; se hará instruir luego de lo que le pertenece por

por herencia, y de la persona que se la ha dexado. Vuelto que haya à su casa, informará à su muger, è hijos, y vecinos, como à todo hombre que le pregunte.

Este pues, à quien por su rusticidad decís que no es hombre, sino por el Bautismo, tiene con todo inteligencia, y memoria, quando se trata de sus intereses temporales; y querreis que pierda despues de un golpe todo el juicio, la memoria, y casi el sentido comun, quando se le habla de Jesu-Christo, se le pregunta acerca su Religion, y se le diga: Mira, hijo, Jesu-Christo es el Padre de vuestra alma; él es Hijo de Dios, el qual se ha hecho Hombre; ha vivido mas de treinta años en la tierra para enseñaros el camino del Cielo, y habiendo muerto por ti, ha hecho su Testamento, y os ha dejado heredero, pero de bienes, que valen infinitamente mas que todos los tesoros del mundo. ¿Se necesita, por ventura, mas talento, y memoria para retener quanto nos enseñan acerca de la vida, y la muerte de Jesu-Christo, que para saber lo que se nos dice de nuestros padres, ù otras personas, que jamás hemos conocido? Si Dios no se hubiera hecho Hombre, confieso, que las personas ignorantes, y groseras, no lo hubieran conocido tan facilmente, porque entonces hubiera sido un puro espíritu, el qual no tiene cosa alguna sensible à los sentidos, y que penetre la imaginacion; pero un Dios vestido de nuestra carne, que vivió entre los hombres, los quales lo han visto, oido, y tocado con sus proprias manos; que ha comido, y bebido con ellos; que ha predicado de propria boca el Evangelio que creemos; que ha establecido la Religion en que vivimos; que nos ha abierto la puerta de la vida eterna que esperamos, y nos ha enseñado, no menos con su exemplo, que con sus palabras, el camino por donde hemos de ir para conseguirla: un Dios, que se ha humillado, y que se ha hecho sensible, nos ha habilitado à todos los hombres, aun los mas rudos, para que le considerasen, por decirlo asi, y vivamente le conociesen, y estudiasen?

Quando se nos cuenta la historia del nacimiento, vida, y milagros, la pasion, y muerte del divino Salvador, que fue concebido por obra del Espíritu Santo, que estuvo nueve meses encerrado, como los otros niños, en el vientre de su Santisi-

tísima Madre; que nació en un pesebre; que vivió pobremente; que el pueblo lo seguia hasta el desierto, y montes, para oir su palabra divina; que los enfermos corrian detrás de él para que les curáse; que los Judios le hicieron morir en una Cruz; que su cuerpo fue sepultado, de donde resucitó ologosamente al tercero dia; que quarenta dias despues subió à los Cielos à vista, y presencia de sus Apóstoles, y que volverá à la fin del mundo à juzgar à los buenos, y malos. Todas estas cosas, siendo sensibles, se imprimen facilmente en la imaginacion, y quedan en la memoria de un Christiano por grosero que sea.

Añadid à esto, que quanto mas nos interesa alguna cosa, tanto mas facilmente se imprime en el ánimo. Ahora pues, amados oyentes mios, os pido, que me digais, ¿ qué cosa hay mas interesante en el Cielo, y tierra, y que mas nos pertenezca que Jesu-Christo? Por nosotros nació, vivió, padeció, y murió en una Cruz. ¿ Quién hay en el mundo que no pueda decir con verdad lo que San Pablo: El se humilló hasta mi estado, para levantarme al suyo: él me amó, y este su amor lo llevó hasta la muerte: toda mi gloria la pongo en sus humillaciones; su pobreza en mi riqueza; sus enfermedades constituyen mi fortaleza; su pasion mi consuelo; su muerte mi bien, y mi esperanza?

Jesu-Christo me ha amado: ah quán dulce es esta palabra! Todo quanto ha hecho lo ha hecho por mí. ¡O inefable ternura! Tendria un corazon de marmol, si al nombre de Jesus no me enterneciese. Su amor excita mi agradecimiento, y éste produce mi amor en el corazon; y este mi amor me llena de una santa curiosidad en todo lo que pertenece à su adorable persona. Envidio la suerte de aquellos que tuvieron la fortuna de verlo, y oirlo; por lo tanto quisiera saber con extension todo lo que ha hecho, y todo lo que ha dicho. ¡O quánto desearía recorrer todos los lugares santificados con su presencia, besar todas sus huellas, y hasta las reliquias de sus anhelos!

Yá mi ánimo se vá desde el pesebre hasta el Calvario. Me represento, y me parece el ver mi buen Jesus vivo, y tratando con los hombres. Toda su divina persona se me representa al

al vivo. Veo aquellos divinos ojos, los quales con una sola mirada, convertian los pecadores: aquella boca amable, sobre la qual muchos años antes David havia visto como en su asiento todas las gracias: aquella boca, cuyo soplo ahuyentaba los demonios, destruía el poder del Infierno, y llenaba los Apóstoles del Espíritu Santo: aquella boca, de la qual el mas mínimo suspiro hubiera bastado para santificar el mundo, la qual con una sola palabra pacificaba el mar, curaba las enfermedades, resucitaba los muertos: aquella boca, que ha hablado por mí, ha rogado por mí, y que por mí ha suspirado: veo aquellas omnipotentes manos, cuyo tacto curaba los leprosos, daba la vista à los ciegos, el oido à los sordos, el habla à los mudos, y hacía caminar los paralíticos: veo aquellos adorables pies, los quales han hecho tantos pasos por mi salvacion, los quales tuvo la fortuna de besar la Magdalena, y de bañar con sus lágrimas. Sí, lo vuelvo à repetir, quisiera recorrer todos los lugares por donde pasó, besar todos sus pasos, hasta las huellas de sus suspiros.

Todo esto es verdad, y con todo no se piensa en ello: cosa estraña à la verdad, que un Christiano no piense en Jesu-Christo, se olvide, è ignore sus mysterios, entre tanto que Jesu-Christo le pone continuamente delante de los ojos todo lo exterior, y sensible de la Religion, le renueva la memoria de ello, y le obliga à no perderlo de vista.

SEGUNDA REFLEXION.

Oidme, amados oyentes mios: ¿ De qué cosa se trata en los Sermones que oís, en los Sacramentos que recibís, en las fiestas que celebrais, en las ceremonias, à las quales asistís, y en las oraciones que haceis? No se trata de otro que de Jesu-Christo. De este Divino Salvador os hablaron vuestros padres, quando os enseñaron vuestra Religion vuestros Pastores en el Catecismo, en los Sermones, y en todas las instrucciones que os han hecho, asi en público, como en privado. Jesu-Christo es el que os ha hecho hijos de Dios en el Bautismo, el que os dá el Espíritu Santo en el crisma, que perdona vuestros pecados en el Tribunal de la penitencia, que os ali-

Universidad de Deusto
Biblioteca

alimenta con su propria sangre en la Euchâristía, el que os fortalece, y consuela en vuestras enfermedades, el que bendice, y santifica vuestros matrimonios, el que os envia sin interrupcion los Pastores, los quales os iluminen, os guien, y os distribuyan sus gracias.

Las fiestas que celebrais os hacen memoria de los divinos mysterios, que son el objeto de vuestra fé. La fiesta de la Anunciacion os acuerda el felíz dia en que el Espiritu Santo formó en las entrañas de Maria Santisima el cuerpo de Jesu-Christo, en cuya persona se unió la naturaleza humana à la divina. Nueve meses despues, en las fiestas que llamais de Navidad, asistís à la Misa de media noche, y se os representa Jesus nacido en un pesebre, envuelto en paja, donde pocos pastores fueron convidados para adorarlo. ¿Quién de vosotros, viendo las ceremonias del Viernes Santo, no se imagina ver à Jesu-Christo cargado del peso de los pecados de todos los hombres, cubierto de llagas, coronado de espinas, saciado, ò harto de oprobrios, condenado à muerte, y clavado en una Cruz? ¡El solo pensar en el dia de Pasqua, llena de alegria nuestras almas la memoria de su glorioſa resurreccion, y triunfo!

Recorred todas las otras fiestas: Las de los Apóstoles, que han fundado la Iglesia de Jesu-Christo: de los Santos Mártyres, que han derramado su sangre por la Fé de Jesu-Christo; de los Santos Obispos, que han gobernado la Iglesia: de los Santos Doctores, que han procurado enviarnos de mano en mano, de boca en boca, de siglo en siglo las verdades de Jesu-Christo. Finalmente de todos los Justos de todo sexo, y estado de todas edades, de cuya memoria honramos, y celebramos las virtudes, y cuyas vidas se nos proponen como modélos de las nuestras, siendo ellos en el Cielo nuestros intercesores para con Jesu-Christo.

A la fé de la Iglesia juntad todas las ceremonias, y prácticas de la Religion; en todas ellas veis à Jesu Christo: todo os lo anuncia, todo os habla, y os hace acordar. El pan bendito es la figura de su cuerpo; la agua bendita representa su sangre preciosa, que lava nuestras almas. Las procesiones, las bendiciones, las oraciones de la Iglesia nos renue-

nuevan cada dia la imagen, y memoria de Jesu-Christo.

Aun vosotros mismos, en vuestras oraciones de mañana, à medio dia, y à la noche, ¿à quién hablais? No decís cada dia: yo creo en Jesu-Christo, que fue concebido, nació, vivió, padeció, murió, y todo lo demás? Podeis hacer la señal de la cruz sin acordarse de Jesu-Christo, muerto en la Cruz por nuestro amor? En suma, todos los exercicios de nuestra Religion, y de piedad, no tienen otro objeto que Jesu-Christo; todo comienza en él, se hace, y se acaba en él. ¿Y podemos decir, que Jesu-Christo está tan visible, y sensible entre nosotros, como entre aquellos que fueron testigos de vista de su vida, y de su muerte?

O Galatas insensatos, exclama el Apostol San Pablo, ¿quién os ha maleado para no obedecer à la verdad, vosotros à los quales se os ha dejado ver Jesu-Christo, y ha sido crucificado entre vosorros? (cap. 3.) Una semejante queja se podia hacer à todos los Christianos, y decirles: ¿Quién os ha cegado? Quién os impide el ver à Jesu-Christo, que teneis delante de los ojos? Ah! que esto depende de no poner vosotros la atencion en aquello que veis, oís, y aun en lo que haceis, quando se trata de Jesu-Christo, de su Evangelio, de sus Ministros, y de todo aquello que se refiere al culto exterior de la Religion que él ha establecido, y que vosotros profesais. Cada uno se emplea en lo que ama: ni se piensa en vos, ò Jesus mio, porque no sois amado. El Mercader piensa en su comercio, el Labrador en sus tierras, el Artesano en su oficio, el rico en sus bienes, el pobre en su miseria, el sobervio en su mérito, el avaro en su dinero, el disoluto en su libertinage, el curioso en las novedades del mundo; pero en vos, Salvador mio, ò nada, ò muy poco se piensa, porque no sois amado.

Dadme pues, Señor, vuestro amor: Luego que mi corazon se sienta lleno, no pensaré en otra cosa, que en vos, y en vuestros mysterios. El divino atractivo, las gracias inefables de aquella hermosura eterna que arrebata à los Angeles, serán mi estúdio, mi consuelo, y mis delicias. Yo pensaré en vos, Jesus mio, noche, y dia, y en todas las acciones mas comunes de mi vida. Acostandome, me acorda-

ré de vueſtra muerte, y al diſpertarme, me acordaré de vueſtra reſurreccion. Al comer me repreſentaré el manjar que habeis preparado à mi alma, y durante mi trabajo, penſaré en los que vos habeis padecido por mí. La memoria de vueſtras divinas palabras derramará en las mias la ſal de la ſabiduría; y el nombre de Jeſus eſtará en mis labios, como guardia de la prudencia, y circunſpeccion. Eſte dulce, y adorable nombre, ſiempre impreſo en mi corazon, ſiempre preſente en mi memoria, alimentará la idéa de vueſtra paciencia, de vueſtros dolores, y de vueſtra cruz, de vueſtro amor, y de vueſtra miſericordia. Jeſu-Chriſto es el gran Libro que pueden leer los mas ignorantes, y lo deben eſtudiar, el eſpejo en quien todos los hombres deben fijar la viſta, el modélo que deben imitar, la verdad que deben buſcar, el camino por donde deben camidar, la vida que deben llevar, y que os deſeo, amados Parroquianos mios, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Eſpiritu Santo.* Aſi ſea.

SER-

SERMON

PARA EL DOMINGO ENTRE LA Circunciſion, y la Epifanía.

SOBRE LA OBLIGACION de los padres, y madres.

Futurum eſt ut Herodes quærat puerum ad perdendum eum.

Sucederá que Herodes buſque al Niño para hacerlo morir. *S. Mathéo cap. 2. ℣. 13.*

¡APenas nace Jeſus, quando lo buſcan para matarlo! El ha nacido en vueſtros corazones, amados Parroquianos mios; el deſeo que habeis moſtrado de acercaros à él en las fieſtas paſadas; los ſentimientos piadoſos con que lo habeis recibido en el Sacramento de ſu amor, me han llenado de conſuelo, y alegria. Pero guardaos, que el Demonio envidioſo de vueſtra dichoſa ſuerte, hará todo lo poſible para robaros tan precioſo teſoro: eſte enemigo de Jeſu-Chriſto empleará ſu arte para hacerlo morir en vueſtras almas, moviendoos de nuevo para pecar. Guardadlo pues con vigilancia, con oracion, y con huir de las ocaſiones, como os lo he encomendado tantas veces, y ſiempre os lo encomiendo. Permitidme con todo eſta mañana, pues viniendome bien el hablaros ſobre el aſunto propueſto de otra importante materia, permitidme, digo, que ſiga los ſentimientos de mi celo, y dirija mis palabras à los padres, y madres para moſtrarles ſus obligaciones.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Luego que nace un niño, y que lo enviais al Párroco para que sea bautizado, luego que está aliſtado en el número de los hijos de Dios, sabeis que se me ofrece, quando despues de bautizado os lo entrego, digo dentro de mí mismo lo que oisteis poco ha: *Herodes buscará à este niño para hacerlo morir.* Pobre niño: tú eres ahora puro como un Angel; pero ah! si Dios te conserva la vida, quando llegues al uso de la razon, el Demonio buscará tu alma para hacerla morir. Yo ya preveo, que tus padres nada se interesarán, y tal vez te darán la mano para que te pierdas. Padres, y madres, estad atentos, pues me veo obligado à daros justas, y particulares quejas, quiera Dios que no las merezcais; pero si acaso es asi, yo no puedo dejar de deciros, que estais perdidos, si no mudais conducta.

PRIMERA REFLEXION.

NO hay ninguno entre los hombres, el qual ignore, que quien tiene hijos está obligado à mantenerlos, à educarlos, y à darles estado segun la inclinacion de cada uno, su estado, y haberes: esto es en lo que toca al cuerpo. Pero estos tienen tambien un alma: y si los padres tienen obligacion de cuidar de sus hijos en lo que pertenece al cuerpo, tendrán tambien mayor obligacion de cuidar en todo lo que pertenece al alma, siendo ésta infinitamente mas preciosa que el cuerpo. No veo necesidad de detenerme en un punto, con el qual concuerdan las luces de la razon, y la Religion. Si hubiese alguno que no quisiese alimentar su hijo, que no cuidáse de proveer sus necesidades, seria tenido por un monstruo. ¿Cómo se miraria pues aquel, que descuidáse del alma de su hijo, lo dejáse perecer, y contribuyése à su ruina?

¿Pero se encuentran entre los padres, y madres algunos reos de tan grave pecado? Si hay? mas de tres, y quatro. Sí, mas de tres, y quatro. Yo no sé, amados Parroquianos mios, si habeis atendido à esto. Por lo que à mí toca, es cierto que hablo por experiencia, y no digo cosa que no vea con estos mis ojos.

Instruir à los hijos en la Religion, y enseñarles à conocer à

à Jesu-Christo, corregir sus defectos, y reprimir sus malas inclinaciones, ponerlos en el camino de la virtud, yendo delante con el buen exemplo, son las principales obligaciones de los padres. Pensad ahora, observad, y despues decidme si la mayor parte de los padres no tienen que enmendar alguna cosa en sí mismos

No hablaré aqui de los ricos, y de los grandes del mundo; que se descargan de esta obligacion, y fian à estrangeros la educacion de sus hijos. Ni quiero exâminar, si la sabiduría, y habilidad verdaderas, ò supuestas de los Maestros, à quienes se encargan, dispensan delante de Dios à los padres de velar por sí mismos sobre la conducta de sus hijos. Ni diré tampoco, que la vigilancia de los tales se reduce à procurar que sus hijos tengan el ánimo instruído en las ciencias, algunas inutiles, otras perniciosas, ni si ponen despues cuidado en adornar sus almas de las virtudes christianas, y de formar su corazon segun las máxîmas de la piedad.

Déjo pensar à quien quiera, si procede de aqui, ò no, con deshonor de la humanidad, antes que del Christianismo, una especie de hombres afeminados, si se han de llamar hombres con razon, cuyo entendimiento, desde la mañana, hasta la tarde, se emplea solo en bufonerías; que no saben otra cosa, que el mal, y excesos desvergonzados de una descarada juventud; que hacen profesion à las claras de la impiedad, y del libertinage; que à fuerza de no pensar en verdad alguna, y de quanto bueno hay, ò honesto, y sólido, parece que han perdido el habito, y casi la facultad de bien pensar, los quales parece que no han probado otra vida sino la sensual, viviendo solo para satisfacer à los apetitos, y que antes parecen meras máquinas, y fantasmones, que hombres. Otros, antes que yo, podrán decidir, si es esta una de las principales causas de la corruptela, y aun de la extincion de las principales familias del estado; y si la mala educacion no causará en fin la total deprabacion de las costumbres, y por consiguiente la ruina del mismo estado.

Hablo à vosotros mismos, amados Parroquianos mios, que educais por vosotros mismos à vuestros hijos, y los teneis siempre à la vista. A vosotros hablo, y os pregúnto: ¿Dáis à vuestros hijos el pan que alimenta sus almas? Quiero decir, les

Universidad de Deusto
Biblioteca

los instruís en las verdades de la Fé? Poneis todo cuidado para imprimirselas en su memoria, entendimiento, y corazon? Pero ah! que quanto haceis, tocante à la instruccion de vuestros hijos, se reduce à enseñarles, à lo mas, algunas cosas del Catecismo, à decir alguna oracion vocal, que no entienden, y que vosotros mismos no entendeis.

Leemos en el Testamento viejo, que el Señor, despues de haber mandado à su pueblo amarle, y servirle, añade estas palabras: *Enseñadlo à vuestros hijos; instruidles quando estéis en vuestras casas, quando caminais, quando vais à la cama, y quando os levantáis.* Sería una bella cosa ver à un padre en su casa, sentado en medio de sus hijos, con un crucifixo en la mano, hablandoles asi: Venid, hijos mios, venid, y observad: este es el Libro de los Christianos, este es el Libro, el qual pueden leer los mas rudos, como los mas doctos. En este Libro quisiera que aprendierais à quereros, y à sufriros mútuamente, à tolerar con paciencia el calor, el frio, la hambre, la sed, la desnudéz, y todas las aflicciones que Dios quiera enviaros. En este Libro quisiera que aprendierais la mansedumbre, la templanza, y todas las demás virtudes.

Mirad à Jesu-Christo nuestro buen Salvador, enclavado en la Cruz por nuestro amor. El pecado lo ha puesto en el estado en que lo veis. Huid pues, amados hijos mios, huid el pecado, como huyerais, si viesteis una bestia feróz, que viniese à devoraros. Huid la vanidad, la envidia, la maldicion, las riñas, la cólera, los juramentos, la venganza, el hurto, las mentiras, las malas palabras, las conversaciones, y acciones deshonestas. Queridos hijos mios, yo os amo como à mis entrañas, y no vivo sino por vosotros; pero sabed, que quisiera llevaros antes yo mismo à la sepultura, que veros cometer un solo pecado mortal, porque éste dá muerte al alma, y crucifica à Jesu-Christo.

Si asi se educan los hijos, estos harian seguramente mil preguntas, que darian ocasion à un padre de instruirles en sus obligaciones, y de instruirse à si mismos. Pero no, no se les habla de vos, ò Dios mio, pero si de todo lo demás; y en la mayor parte de las familias el nombre de Jesus, aquel nombre adorable, que los hijos debrian siempre tener en sus labios luego

luego que comienzan à hablar, ya quasi jamás se pronuncia. Ellos os han ofendido mil veces antes de conoceros. Se dejan podrir en una ignorancia, que les sumerge en toda especie de vicios, los quales huirian, si estuvieran instruídos. Padres, y madres, habréis de dár cuenta algun dia à Dios de vuestros hijos, que por falta de educacion los dejáis miserablemente perecer! ¿Qué escusa daréis quando se os pida cuenta? Diréis acaso que no teniais bastantes luces para instruirlos, y que no podiais enseñarles lo que no sabiais? En qué cosa pues estabais instruídos, sino sabiais vuestra Religion? Para qué pues os poneis en estado de tener hijos, si no podeis cuidar de la mas esencial, y principal obligacion? No basta que vuestra ignorancia os lleve à la perdicion, sin que conduzca tambien à ella vuestros hijos?

Pero me diréis, que son los Pastores los obligados de predicarlos, è instruirlos: es verdad; pero à mas de ser vosotros los primeros Pastores de vuestros hijos, esta escusa os llena de confusion, y os hace mas inescusables: porque si hay Pastores, ¿por qué no vais à oirlos? Por qué os avergonzais de asistir al Catecismo? Pues de él aprenderéis el modo de instruir à vuestros hijos, y al mismo tiempo os aprovecharéis. Pero no solo no venis, pero ni aun dejais venir muchas veces à vuestros hijos. Vuestros ganados, demasiado lo sabeis, y yo me avergüenzo al decirlo, os llevan mil veces mas la atencion, que las almas de vuestros hijos, y de vuestros domesticos. Acabaré pues aplicandoos las palabras de Jeremías: Hasta los animales mas feroces dan el pecho à sus hijos. La hija de mi pueblo mas cruel que una fiera, niega la leche à su niño: *Sed & lamiæ nudaverunt mammam, & lactaverunt catulos suos, filia populi mei crudelis.* (Jerem. Thren. 43.)

SEGUNDA REFLEXION.

EL segundo cuidado de los padres es de reprehender, corregir, y castigar à sus hijos: tambien sobre esto tengo quejas que daros. Perdonadme, amados Parroquianos mios, sufridme; no os sintais, si yo uso de la libertad que me dá mi

Universidad de Deusto
Biblioteca

mi ministerio; y si me veo obligado à decir cosas desagradables, solo os debeis enojar con vosotros mismos.

Son pocas las familias que conozco, en las quales sean castigados los hijos, como se deberia hacer. Algunos por un falso amor, les sufren todo, y los dejan vivir, segun su capricho, con pretextos que son tiernos, y que quando sean mayores, entrarán en juicio. Mientras el arbol es tierno se dobla, y se endereza como se quiere. Probad à enderezadlo quando grande: lo romperéis, lo arrancaréis de la tierra, pero no lo podréis enderezar. ¿No decís vosotros mismos, que los hijos en el dia de hoy nacen con malicia? No será pues jamás pronta la correccion. S. Gregorio tuvo una revelacion, en la qual vió en el infierno un niño de cinco años, que blasfemaba: S. Agustin en sus Confesiones se acusa delante de Dios de movimientos coléricos, que se levantaban en su alma antes de saber andar: yo mismo he conocido personas verdaderamente christianas, que castigaban à sus hijos desde su mas tierna edad. Otros veo que rien, y se gozan con sus pequeñas faltas, sin atender, que el hombre saca del vientre de su madre el fomite de todas las pasiones, las quales si no se sofocan luego que nacen, no se les puede enfrenar, ni impedir sus perniciosas conseqüencias.

Otros es verdad que reprehenden, y corrigen sus hijos, pero de qué manera, ò Dios mi! Por capricho, y mal humor. La cólera, el furor, la maldicion tienen siempre la mayor parte. No corrigen, sino se enfurecen; no castigan, sino maltratan; no obran como padres, sino como verdugos; no como madres, sino como furias; no como hombres, sino como leones. Y me responderéis despues friamente: No puedo castigarlos, si no estoy encolerizada; como si para cumplir con esta obligacion fuese necesario faltar à la caridad, à la Religion, y humanidad. ¿Qué sucede despues? Que vuestros hijos no os temen, ò bien no les causa miedo, sino el látigo con que le castigais, ò el ruido que haceis: no tienen miedo de disgustaros, sino de ser castigados. Y quando habrán perdido el miedo à los golpes, les importará poco, ò nada el disgustaros.

Quando un padre, ò una madre castigan à sus hijos por algun motivo de Religion, ò de afecto, comienzan siempre con una dulce reprehension. Si los prueban indóciles, levantan la voz, sin dejarse llevar de la cólera; se hacen graves, pero nò duros; hacen los sérios, pero no los atroces; toman el látigo, pero no son crueles. Hijos mios, les dicen, os castígo porque lo habeis merecido: habeis faltado, es justo que pagueis la pena; obrad siempre bien, y no seréis castigados. Si no os amáse, os dejaría vivir à vuestro alvedrio; pero porque os amo, uso del castígo, para que corrigiendoos de vuestras faltas, seais hombres de bien, y buenos Christianos.

¡Dichosos aquellos hijos de tales padres, que les hablan asi; y les dan tales instrucciones! Pero desdichados aquellos que jamás les reprehenden sin maldiciones, y sin acompañar el castígo de horribles blasfemias! Quieren corregirles de un vicio, y los precipitan en un otro: ¿Pero qué digo otro? Les precipitan en mil otros mas, con el mal exemplo que les dán.

TERCERA REFLEXION.

LOS malos exemplos de los padres hacen mas mal à los hijos, que les causan bien las instrucciones, las quejas, y el castígo: el poco bien que podrian sacar de éstas, está comunmente perdido con los malos exemplos que ven. Exhortais à vuestro hijo à no decir blasfemias, y quando lo hace lo reprehendeis; y despues os oyen à cada paso blasfemar: y lo que causa risa à la verdad es, que os servis de peores palabras para reprehenderlo, que fueron las malas que él ha dicho.

Sucede tambien que un padre exhortará à su hijo à la mansedumbre, y paciencia; pero de alli à poco pasa à las furias à su madre, maltrata à un doméstico, y riñe con el vecino. ¿Con qué cara les enseñaréis, que se ha de huir la embriaguéz, y las tabernas, despues que habeis pasado en ellas todo el dia, y entrais en casa tomado del vino? Que es menester perdonar à los enemigos, quando os vé dispuesto à tomar venganza de los vuestros?

Pero vosotras madres, os jactáis de dar buena educacion à vuestras hijas, y decis que las habeis perfectamente instruido

Universidad de Deusto
Biblioteca

en las obligaciones de la Religion. ¡Con qué gusto hubiera escuchado yo las lecciones que les dais sobre la caridad que debemos tenernos todos mútuamente, despues de haberla hablado de los defectos de esta, ò aquella; despues de haber hablado mal de todos quantos os han ocurrido; y despues que ha pasado por el dicterio de vuestra lengua toda la vecindad, y aun la Ciudad! Afectais buen modo para insinuar la vergüenza, la modestia, y el retiro: ¿pero cómo lo habeis executado? Despues de haber mostrado en presencia de vuestra hija los placeres que probaste en la juventud: despues de haberla contado, tal vez con satisfaccion, y gusto, la historia de vuestros amores, de vuestras livianddes, y otras cosas que debrias callar, y solo te debrias acordar de ellas para hacer penitencia.

Venid despues de todo esto, padres, y madres, à lamentaros, que vuestros hijos son tercos, obstinados, coléricos, furiosos, blasfemos, maldicientes, vindicativos, disolutos, y borrachos, y todo lo que os dará la gana. Siguen ellos el camino que les enseñasteis; hacen lo que os han visto hacer; se olvidan de vuestras lecciones, pero observan vuestra conducta. Ponen la mira en vosotros, os imitan, y asi se os asemejan: y si tienen vicios que jamás habeis tenido, esto sucede siempre, porque os descuidasteis de instruirles, y de corregirles à tiempo; ò bien si lo hicisteis, no lo supisteis hacer bien.

Acabémos, amados Parroquianos mios; este asunto me ha llevado mas allá de lo que creía, y aun no lo he dicho todo. Pero quanto tengo dicho basta para incitaros à hacer séria reflexion sobre la obligacion que teneis de instruir, corregir, y dár buen exemplo à vuestros hijos. Detenemos en estos tres puntos quando exâminais vuestra conciencia; no os ceguéis os pido en nombre de Dios. Digo solo la verdad, nada os exâgéro, no pretendo engañaros. Debeis dar cuenta à Dios de vuestros hijos, y es moralmente imposible que os salveis, si ellos se pierden por culpa vuestra. Digo por vuestra culpa, porque no los habeis instruido lo bastante, porque no los habeis corregido, y porque no han visto en vosotros buenos exemplos de virtud, y de Religion.

Sed

Sed pues como los Angeles de guarda, dirigidlos por el verdadero camino con vuestros buenos exemplos; guardad sus almas como las niñas de vuestros ojos. Enseñadlos à conocer à Jesu-Christo; procurad en todas ocasiones hablar de él. Habladles mas freqüentemente de la herencia que se les espera en el Cielo, que de la que les habeis de dejar en la tierra. Con este medio, y con la gracia de Jesu-Christo, à quien debeis ofrecerlos todos los dias, rogandole les bendiga, y les santifique, les veréis crecer en sabiduría, à medida que crecen; y despues de haber sido vuestro consuelo en este mundo, serán vuestra alegria, y vuestra corona por toda la eternidad, que os deseo. Asi sea.

SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO despues de la Epifanía.

SOBRE LA OBLIGACION DE LOS hijos para con sus padres.

Erat subditus illis.

Jesus les era obediente. *Luc. cap. 2. ℣. 51.*

EL Domingo pasado he hablado à los padres, y madres; hoy hablaré à los hijos. El exemplo de Jesu-Christo obediente à Joseph, y Maria me dan una bella ocasion, que no quiero perder. Desfogaré pues mi ánimo, entregandome à aquellos sentimientos, que pueden inspirar la odiosa conducta de un gran número de personas acerca de sus padres.

Basta el acordarse sencillamente de quanto enseña el Catecismo, y lo que rezais todas las mañanas, y será despues la

pregunta: *Honrarás al padre, y madre*; porque quien preguntáse, si se deben honrar padre, y madre, no mereceria respuesta. De hecho, ¿qué se ha de responder à aquel que no oye la voz de la naturaleza, y que parece ignora lo que ella ha impreso en el corazon de los hombres aun los mas bárbaros? No pretendo pues mostraros la obligacion acerca de aquellos que os han puesto en el mundo; pero quiero hacerte vér quien eres, lo que mereces, y lo que has de temer, ò hijo, si à ello faltas. Veamos pues si se encuentra el mal, del qual me quejo, y qual sea el castigo que merecen los hijos rebeldes, insolentes, y desnaturalizados.

PRIMERA REFLEXION.

QUisiera Dios, amados Parroquianos mios, que los hijos, de quienes yo intento hablar, fuesen tan raros como los monstruos, y quisiera tambien Dios, que los desordenes de los mismos, fuesen solo una imaginacion, una exâgeracion, y un falso temor. ¡Pero ah! que sucede en realidad, no hay cosa ni mas comun, ni mas verdadera, ni mas visible. Por esto os llamo à todos por testigos de la verdad que os he de decir. Si os preguntáse à todos, uno despues de otro, sobre vuestros hijos, no habria ninguno que no tuviese que lamentarse de su hijo. Quantas veces os he oido decir que hoy dia los hijos llegados à cierta edad, no quieren depender de los padres, y madres, sacuden el yugo, y no es facil el reprimirles. Yo no pretendo hablar pues aqui de los niños, sino de aquellos que tienen ya edad para discurrir, reflexionar, y conocer sus obligaciones, y hacer uso de la razon que ha dado à los hombres la naturaleza.

Dios guarde, que un padre quiera reprehender à un hijo, en quien se descubra ya demasiada malicia, y disposicion de libertinage, quiera castigar su obstinacion, impaciencia, imprudencia, y locura; le mande cosas que no sean de su gusto, ò que trastornen sus divertimientos. Dios guarde, que una madre proponga à su hija, que es vana en sus adornos, muy inconstante en su modo de obrar, demasiado libre en la conversacion, y familiar con los jóvenes: que la reprehen-

da, y corrija, porque frequenta una compañia peligrosa, porque pierde tiempo en el juego, en el bayle, y en las otras diversiones de su edad. Vereis al instante el orgullo que sufoca quanto inspira la Religion, y la naturaleza; la hace volver contra los consejos mas sabios, y las advertencias mas justas. De aqui proceden las falsas escusas, las palabras inconsideradas, las respuestas ásperas, las réplicas arrogantes; un afectado silencio, señal de mayor insolencia; un ayre menospreciativo; un proceder altanero; un mal humor, que dura muchas horas, y aun dias: de suerte, que es menester muchas veces, que el padre, y madre sean los primeros à reconcilarse con los hijos, para aquietarlos. Este es el modo con que os escuchan, os respetan, y os obedecen.

Sucede aun peor, quando ya no dependen de vosotros, y les habeis ya establecido, y son dueños de sí mismos. ¡Dios guarde que levanteis entonces la voz con tono de autoridad! ¿Qué os importa esto? atended à lo que os pertenece, yo atenderé à lo mio, pues tengo edad para saberme gobernar. ¿Soy acaso un niño? Es verdad que no lo eres, pero tambien lo es que soy tu padre; y aunque fueses cano, no por esto dejarias de ser hijo mio, y tendria aun derecho de reprehenderte. No tengo necesidad de vuestras reprehensiones, tenéos vuestros consejos, sé tanto quanto vos, y quiero vivir à mi modo, dejadme en paz; de todo teneis que decir, ya habeis llegado à ser insoportable. ¡Jesus qué lengua! Qué horror! ¿Este es un hijo que habla à su padre? Parece antes un amo de casa, que habla, y responde al mas vil de sus domésticos.

Este modo de tratar à los padres, no solo se practica en casas de baja esfera; pero aun en las casas de los señores, que se precian de dar buena educacion à sus hijos. ¿No es asi, señores mios? Pues aunque no os sirvais de términos semejantes, ni expresiones tan groseras, al cabo ni sois sumisos, ni dóciles; à vosotros pongo por testigos, padres, y madres.

Despues de todo lo que hemos dicho, parece que no queda que decir; pero no es asi. Haciendo la visita de mi Parroquia, éntro en una casa, en la qual el primer objeto que se me presenta, es un viejo que encuentro sentado en un

Universidad de Deusto
Biblioteca

rincon. Sus canas, su cuerpo oprimido de los trabajos, y corbo con el peso de los años, me inspiran, è infunden respeto, y veneracion. Me acerco para hablar, y veo dibujados en su triste semblante la melancolía, la afliccion, y el dolor. ¿Qué teneis amigo? Me parece que estais triste. ¿Por qué lloráis? Qué afliccion es la vuestra? Os ha sucedido alguna desgracia? Ah! señor, quisiera antes morir, y ruego à Dios que me quite la vida, la qué ya no sirve de ningun provecho; pues aun para sustentarla, se me echa en cara el pan que como, el qual comunmente está ya bañado de mis lágrimas. Soy padre de quatro, ò cinco hijos; estas manos que veis, han siempre trabajado para sustentarlos, y despues de haberlos educado, y criado, con mas que decencia, me he despojado, para darles estado, de aquello poco que habia recogido con el sudor de mi rostro. Ahora que nada tengo, y que no estoy en estado de ganar nada, no me pueden sufrir mis hijos. Pelean entre sí para no tenerme en su casa, y en ésta me encuentro, à lo que parece, de limosna. Si hablo, me cierran la boca; si hago alguna representacion, pues sabeis que los viejos son mas experimentados que los jóvenes, se dice que chochéo; si me quejo de mis males, me desan la muerte. Todos, hasta mis nietos, me insultan, y burlan de mi enferma vejéz. Este es mi estado; pero por caridad, no digais nada de esto à mis hijos: seria peor para mí si supiesen que os he dado mis quejas.

Vosotros me escuchais con atencion, amados Parroquianos mios; deslúmbro en vosotros ciertas señales, que parece digais dentro de vosotros mismos, tiene razon. Lo hemos visto, lo hemos oído, y lo vemos todos los dias. Apenas saben hablar nuestros hijos, quando comienzan à ser rebeldes. Adultos ya, aun hacen peor. Quando despues son dueños de sí mismos, Dios guarde si chistamos. Quando somos viejos, y en estado de no serles de provecho, es carga para ellos el habernos de mantener. Nuestra vejéz les causa fastidio: nuestras enfermedades les enfadan: nos desean la muerte, y nos vemos obligados à desearla: de suerte, que será dificil el decir quien mas la desea, si nosotros, ò nuestros hijos.

Ama-

Amados oyentes mios, ya veis lo que os he contado, pues no es esta una historia para divertiros, sino lo que pasa, y lo que vemos todos los dias con nuestros ojos. Pero nos acostumbramos à ello, y no se hace atencion, à fuerza de verlo; no se pone cuidado en enmendarlo, sino que se habla como una cosa ordinaria, siendo éste uno de los mayores delitos, que puedan cometer los hombres.

SEGUNDA REFLEXION.

TUS padres, hijo mio, son para tí como la imagen de Dios; de la misma manera que Dios es Padre, y Conservador, y Salvador tuyo, de la misma manera tus padres son conservadores de tu cuerpo. Ese tu cuerpo formado se há de su substancia, y eres realmente carne de su carne, tus huesos parte de los suyos, y eres porcion de ellos mismos. ¿Qué cuidados, qué penas, qué desasosiegos no han pasado para sustentaros, y educaros? Qué señales de ternura, y amor no habeis recibido en el tiempo de vuestra infancia, quando descansabais en su pecho, quando os llevaban en sus brazos, quando os asentaban sobre sus rodillas? Se despojaban de su vestido para cubriros; y se quitaban el pan de la boca para alimentaros, y aun alguna vez, para condescender con vuestros gustos.

El amor de Dios para con los hombres es infinito; y este amor, aunque infinito, lo compara Dios mismo al amor de un padre para con sus hijos, y à la ternura de una madre para con el fruto de sus entrañas. Aquel hijo pues, que no ama à su padre, y à su madre, no se ha de llamar ingrato, sino monstruo; pues faltando al amor de sus padres, comete una especie de impiedad; las palabras insolentes, que con ellos usa, son como blasfemias; las descortesías, y mal trato, son como una especie de sacrilegio. Un tal hijo pisa las leyes mas santas de la Religion, resiste à las luces de la razon, sufoca el sentir de la naturaleza, vióla los derechos mas sagrados, y se hace semejante à las bestias, las quales, pasado tiempo, no conocen sus padres, y madres. Vosotros os avergonzais, hijos, que me oís, à tales quejas; pero es-

tad

tad atentos, mientras os voy à hacer temblar.

El Santo Patriarca Noé, despues que plantó la viña, no conociendo la virtud del vino, se embriagó: durmióse, y dormido como estaba, vino à descubrirse el cuerpo de modo indecente. Uno de sus tres hijos, habiendolo visto, corrió à avisar à sus hermanos, los quales en lugar de hacer burla, como el otro, tomaron una capa, cubrieron con ella, caminando hácia atras, la desnudéz del padre: el qual habiendo dispertado, y sabiendo lo que sus hijos habian hecho, bendijo à los dos ultimos, y echó la maldicion sobre el primero, y sobre toda su generacion, condenandolo à ser siervo, y esclavo de sus hermanos. ¿Qué delito era el de *Cham* para merecerse un tan horrible castigo? No se habia irritado contra su padre, no se burló de él. Lo habia solo mirado en una postura indecente, è hizo ver à sus hermanos lo que él no hubiera debido observar: y con todo esta falta de respeto para con un padre dormido, falta, que hoy dia pasaria por una chulada jovenil, mereció nada menos que su maldicion.

Vosotros os pasmais, pero oid aun lo que queda que decir, lo qual os pasmará mas. Asi habla Dios à Moysés: „ Si „ alguno tuviera algun hijo rebelde, el qual no quiera sujetarse à la obediencia de su padre, ni de su madre; y que „ habiendo sido reprehendido, reusa el obedecerles, ellos „ mismos lo llevarán à los ancianos de la Ciudad, y les dirán: „ Este es un hijo nuestro rebelde, è insolente, el qual no quiere obedecernos, y que menosprecia nuestros avisos. Entonces el pueblo lo apedreará, y será castigado con la muerte, para que quiteis el mal de vuestra compañia, y para „ que todo Israël se sorprenda del temor, al ver tal exemplar.

Desgraciados hijos, que en lugar de ser la alegria de vuestros padres, y vuestras madres, el consuelo de su vida, y el descanso de su vejéz, les causais al contrario tristeza; les haceis llevar una vida penosa, y les haceis insoportables sus años: no sois sino hijos de maldicion. Seriais castigados con la muerte si hubierais vivido en tiempo de Moysés; y el pueblo, por orden del mismo Dios, os hubiera apedreado.

Ple-

Plegue à Dios, que quanto os he dicho os haga abrir los ojos: ya veis que lo que os he contado no es invencion mia, ni hablo por mi mismo. Oidme aun por poco tiempo, y acábo. Oid las palabras del Espíritu Santo, sacadas del libro de la Sabiduría. Son dignas, Dios mio, de que se impriman en el corazon de todos con la uncion del Espiritu Santo: „ Aquel que honra à su padre, y madre, colma sobre „ sí un tesoro de gracias, y bendiciones; encontrará la alegria en sus hijos, y será oido en el dia que ruegue. Quien „ teme al Señor, honrará su proprio padre, y madre, y servirá como à sus dueños, à quienes le dieron la vida. Honradlos con vuestras obras, con vuestras palabras, y con „ paciencia, para que su bendicion permanezca en vosotros „ para siempre: porque la casa de los hijos se fortifica con la „ bendicion del padre, y la maldicion de la madre la arruina „ hasta los fundamentos.

„ Hijo mio, alivia à tu padre en su vejéz, y no lo entristezcas, hasta tanto que el Señor le corte los dias. Y si „ veis que se enflaquece su espíritu, guardaos bien de menospreciarlo, à motivo de las ventajas que en él teneis. „ ¡O quán infame es aquel que abandona su padre! y „ quán maldito es de Dios el que exaspera el ánimo de su „ madre. “

Esto es quanto os tenia que decir hoy, queridos hijos mios, aprovechaos de ello; y Dios os echará la bendicion. En vuestras oraciones me encomiendo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO despues de la Epifanía.

SOBRE EL MATRIMONIO

Vinum non habent.

No tienen vino. *S. Juan cap. 2. ℣. 3.*

LOS consuelos interiores, las dulzuras de la gracia, la alegria del Espíritu Santo, se comparan maravillosamente al vino, cuya virtud consiste en alegrar el corazon del hombre, y disipar sus inquietudes. Un alma privada infelizmente de este mysterioso vino, no solamente no encuentra consuelo en sus penas, sino que las encuentra en sus placeres. Quando se me representan las bodas de Canaa en el tiempo que falta el vino, digo: Pobres esposos, sois bien afortunados, pues teneis aquel que muda el agua en vino, las espinas en rosas, y la afliccion en alegria! Vuestro placer sin él se hubiera mudado en tristeza.

Pero volviendo despues la vista al gran número de casados, no puedo dejar de exclamar: Pobres Christianos, como sois de compadecer. Si Jesu-Christo no asiste à vuestras bodas; si os apalabrais sin consultarlo; si el mismo Jesu-Christo no bendice vuestro matrimonio, en lugar del consuelo que buscais en este estado, será para vosotros un manantial de tribulaciones, y de amarguras. ¡Quántos matrimonios mal hechos, y por consiguiente desgraciados! Quántas familias dominadas de la turbulencia, y de la discordia! Vosotros lo sabeis mejor que yo, amados Parroquianos mios; ¿pero sabeis

beis la causa? Quiero, con la gracia de Dios, hacerosla conocer, y con esto enseñaros los medios, por los quales se pueden evitar, ò à lo menos endulzar los males, que son muy ordinarios.

PRIMERA REFLEXION.

CAsa, *y hacienda las dan los padres, pero solo viene dada del Señor la muger prudente*: (Prov. 19. ℣. 14.) son palabras del Espiritu Santo en el libro de los Proverbios. Es menester, pues, pedir à Dios una muger prudente. ¿Se hace esto? Vosotros lo sabeis, pues es siempre lo ultimo que se consulta; y muchas veces aun se olvida de ello.

Muchos se casan por interés. Hijo mio, dice aquel padre, os he encontrado un excelente partido: esta es una doncella bastante rica; pero que lo será mucho mas con el tiempo; por lo que toca à su carácter, y mérito personal, nada se trataría, si hubiesemos de dar oidos à lo que dice el mundo; ¡tan lleno está de malas lenguas! Se dice que no es muy económica, ni muy trabajadora: obstinada en su parecer, voluble, amiga del juego, del bayle, del divertimiento, y de adórnos; pero estos son defectos ordinarios de su edad, espero que se corregirá. A mas de esto el marido es dueño, y quando se encuentra dote, no es menester observar pelo por pelo. ¿La peticion se ha hecho, y el matrimonio ajustado? Solo se ha consultado al interés, y este es el solo bien con que se casan muchos.

Hay otros, los quales queriendose casar, solo consultan su pasion à quien solo pretenden satisfacer. ¡Desaconsejado! ¿Absolutamente pues la quieres? Has tomado su partido, y has jurado que quieres solo aquella. Pero si tú buscases la gloria de Dios, y la salud de tu alma, y si pidieses luz, y gracia al Espíritu Santo, éste borraría el loco amor que te ciega, y que no te deja ver, quanto falta à los ojos de la gente que la conoce. Ella es un pequeño leon. No, respondes tú, todo es viveza, que la hace mas amable. Tiene una lengua de serpiente. O! no es verdad, antes bien es un espíritu agradable, y son sus dichos graciosos, y agradables. To-

do esto quiere decir, que sus defectos parecen à tus ojos virtudes. Ahora pues, hijo mio, deja de consultar à Dios, y hombres, y sigue tu pasion, y capricho; se apagará esa tu pasion, pasará tu gusto, y entonces lo verás claro; pero ya no será tiempo.

Oye, hija mia, que quiero hablarte: ¿Luego tú quieres ser infeliz toda tu vida? No sabes que este joven pasa los dias en bodegones, que no hace mas que jugar, que es fogoso, y que se enfurece facilmente, y en los impetus de su cólera, es capáz del mas enorme disparate? No sabes, que es un desvergonzado; que pilla quanto le viene á las manos, y que casandote con él, no probarás otro que las reliquias del libertinage, y tal vez el fruto de sus desórdenes os causarán la muerte? Sería mejor que pidieses consejo à Dios, y que su Magestad te iluminàse; pero nada de esto te mueve, porque eres caprichosa: será tu esposo; seas en horabuena infeliz, ya que lo quieres ser.

Asi unos no buscan otra cosa mas que el dinero, otros, que satisfacer su pasion: de aqui proviene el que vos, ò Dios mio, no asistais á tales bodas, ni las presidís. Una pasion ciega ha establecido el contrato, ha llevado los esposos al altar, y les ha hecho pronunciar el sí, que lo finalizó.

¿Sacerdote del Altísimo, à quién decís: *Yo os junto en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo*? La avaricia ha dicho ya antes que vos lo digerais: *Conjungo vos.* Antes lo ha dicho tambien la luxuria, y los ha unido con el nombre de pensamientos malos, de deseos impuros, de libertades vergonzosas, que han profanado antes la santidad del Sacramento que les administrais. Las tres personas de la Santisima Trinidad no intervienen nada en este matrimonio. El Padre, que unió antiguamente à Abrahan con Sara, Isaac con Rebeca, y Jacob con Raquél, no bendicirá éste, porque no lo aprueba. El Hijo, que honró con su presencia los esposos de Cana, no asistirá, porque no ha estado convidado. El Espiritu Santo, que une los corazones con la atadura del santo amor, no infundirá su gracia, porque no se le ha pedido.

En vano pues, amados Parroquianos mios, decimos: *Yo os junto en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo*; el-

especialmente para ciertos casados, que solo tienen por fin el interés, y otros afectos carnales. Estas palabras pronunciadas en la Iglesia, no les sirven de otra cosa à los tales, que de fórmula, que hace indisoluble un nudo, el qual no han querido que lo formáse la Religion; que une los extremos de la cadena, con la qual uno, y otro están atados para jamás separarse por insoportable que sea. En fin, que cierra el cepo de tal manera, que no lo puedan jamás abrir, ni salir de él. Este es el efecto de las palabras sacerdoales; pero éstas no producen ni gracia, ni bendicion para sus almas, porque se han unido, y han recibido el Sacramento sin pensar à Dios, y sin consultarlo, siendo el Autot de la gracia, y de las bendiciones.

¿Qué sucede con esto? Que despues de algun tiempo, quando se ha pasado la ansia del dinero, porque lo posee, y se ha calmado el frenesí del amor, el qual pasa presto despues de pronunciado el gran *sí*, se abren entonces los ojos, y aparece cada cosa como es en sí: los defectos se descubren poco à poco, y se dejan ver segun son: los otros que se esperan se podrian corregir, crecen cada dia mas, de suerte que se hacen insoportables. Los bienes, que tanto se ansiaban, no hacen ya feliz el mattimonio, antes bien causan pleytos, ò son causa de gastos.

Los atractivos exteriores del cuerpo, y de la figura que habian encendido la pasion, ya no tienen su primera fuerza, se acostumbra à ellos; pasan, y el gusto se disminuye; de suerte, que el amor que antes del casamiento engrandecia las buenas qualidades, y disminuia las malas, ya no produce los mismos efectos, antes bien hace probar los contrarios. Ya no sirve sino para atormentaros con celos, ò para haceros cometer pecados vergonzosos, profanando la santidad del matrimonio, en cuyo uso se cree ser lícito el exceso de una infame pasion.

¿Quántas veces se ha visto mudado el amor de que trato? ¿Quántas personas de uno, y otro sexo, despues del matrimonio, han llegado al miserable estado de no poderse sufrir, y probar en su desgraciada union el principio, è imagen del infierno? Si, del infierno; porque no es otro una familia dis-

cor-

corde. No dependia sino de mí el evitar el infierno, decia un alma condenada: bastaba que hubiese escuchado mis Pastores, y seguido las inspiraciones de la gracia; à lo menos el fuego no hubiera sido eterno. En mi mano estaba, dice un mal casado à su infeliz esposa, en mi mano estaba el no hacer este matrimonio. Debia haber acudido à Dios, seguir sus buenos consejos, que me habrian dado hombres prudentes, antes que dar oidos à mi pasion sola: ah! à lo menos si hubiese algun medio para deshacer lo hecho!

Un condenado tiene siempre delante de sí los demonios que lo atormentan: en una familia en que reyna la discordia, es preciso que se habite, y viva bajo un mismo techo, comer en la misma mesa con un marido insufrible, ò con una muger que se aborrece, quando no se quieran separar con escándalo, y dar à entender al mundo las proprias desgracias, ò hacerse la fábula del pueblo con proprio deshonor. El mayor castigo de los condenados es el estar privados de la vista de Dios, el qual solo está presente en el infierno para mantener la eternidad del castigo, y un gusano roedor, que atormenta los condenados. Asi tampoco habita Dios en una familia desunida, y envuelta en turbulencias: no está presente al alma de un marido, y de una muger que se aborrecen, sino para inquietarlos mas con los remordimientos de la propria conciencia.

Finalmente los condenados se maldicen los unos con los otros, y asi sucede en una familia infelíz: ¡Ojalá no te hubiese jamás conocido, ni visto! Maldito el dia en que te declaré por marido! Maldita la hora en que comenzaste à ser mi muger! No es verdad, decidlo vosotros, no es esta una imagen del infierno? Oid, pues, amados hijos mios, el modo que habeis de usar para casaros, y para evitar todos estos males. Añadiré dos palabras para instruir, y consolar las personas casadas.

SEGUNDA REFLEXION.

HAbeis ya determinado el casaros, enderezaos à Dios, de quien solo debeis esperar un marido que os haga felíz, y vosotros una muger sábia, que sea la dulzura de vuestra vi-

vida, y el ornamento de vuestra casa. El fin del matrimonio no es para satisfacer las pasiones vergonzosas, antes bien para ponerles freno, y contenerlas en límites prescriptos, con dar hijos à la Iglesia, siervos à Jesu-Christo, y ciudadanos al Reyno de los Cielos. Si este es el fin que os proponeis quando os casais, si buscais solo la gloria de Dios, y el bien de vuestra alma, no permitirá Dios, que hagais una mala eleccion, sino que bendicirá vuestro matrimonio.

Nosotros somos los hijos de los Santos, decia Tobias à su hijo, y por consequencia no nos debemos casar como los infieles, que no conocen al verdadero Dios. Señor, yo os hago árbitro de mi suerte, y de vos espero solamente mi felicidad: haced, pues, conocer vuestra santa voluntad. Si la persona que me he prefijado, si esta union no ha de ser de vuestro gusto, arruinad mis proyectos, romped mis designios, y dadme otros sentimientos.

Dios os libre de dejaros llevar del espíritu del interés, porque muchas veces no son esos bienes los que hacen felíz un matrimonio. Vemos de hecho en casas muy pobres, que el marido, y muger encuentran, y prueban en su union aquellos consuelos, y dulzuras, que hacen felíz su miseria; pero no verémos jamás, que las personas ricas, si acaso el marido, y la muger están discordes, encuentren en sus riquezas la paz, y felicidad que les falta.

Yo bien sé que no es menester exponerse à dar hijos al mundo, quando no hay de una, y otra parte, ò bienes, ò industria para mantener los hijos, segun el proprio estado: pero digo, que la pobreza unida à la virtud, vale infinitamente mas que las riquezas, quando estas están privadas de la virtud: que un pobre temeroso de Dios, es preferible à un rico falto de este temor: y que es mas conveniente que no se case, que no el que lo haga uno, el qual, ni en quanto pertenece al carácter, ni al modo de vivir, no tiene cosa alguna que pueda contribuir à la felicidad del matrimonio; ò bien que tiene tales defectos, que lo hacen necesariamente desgraciado.

Por tanto, hijo mio, si la muger que se os ha propuesto, ò la que te ha prendado, fuese de un humor acre, alta-

nero,

nero, imperioso, ó maligno: si tiene desgraciadamente, lo que se suele entender, bajo el nombre de mala lengua: guardaos de tomarla por esposa, por rica que sea: la tal feria como una vivora en vuestro seno, como una polilla en vuestros vestidos, como una aspid en vuestra casa, que la haría aborrecible à toda gente honrada. Y tú, doncella, si el marido que se te propone, es uno que se embriaga, un blasfémo, un disipador de sus bienes; si el mundo lo reputa por un mal Christiano, por Dios no te dejes engañar, pues aunque ese tuviese el oro, y plata posible, serias una muger desgraciada.

Pero diréis, que vuestra inclinacion es propensa, y que ya ha llegado à ser pasion, la qual ya no está en vuestra mano el reprimir. Hijos mios, os lo digo: por esta misma razon habeis de desconfiar de vosotros mismos. Quando el amor nos inclina à objetos que no tienen en sí ningun mérito; quando aquel, ó aquella que amais no tiene ninguna buena qualidad, que hace al sugeto amable à los ojos de Dios, y de los hombres, entonces no amais sino al cuerpo, y à la figura, y este no es amor justo, sino brutal, el qual cada dia irá disminuyendose à medida que contentarés la pasion, que se apagará del todo, ó bien se mudará en odio, como poco há os decia. Guardaos, pues, no os dejeis llevar de esta especie de amor: Rogad antes à Dios, è instantáneamente, que lo aparte con su gracia de vuestros corazones. Tomad todas las precauciones para vencerlo, y desarraigarlo; finalmente os acordad, que los casamientos hechos por mera pasion, y amor carnal, son ordinariamente infelices, quando no se encuentre de una, ú otra parte algun mérito, ó qualidades virtuosas, y sobre todo un gran fondo de Religion.

Veo, amados hermanos mios, que casi todos vosotros os habeis casado sin hacer ninguna de estas reflexiones, de donde sucede, que por falta de las necesarias disposiciones, no habeis recibido con el Sacramento las gracias que están à él anexas, y sin las quales es imposible salvarse en este estado; pero ahora que conoceis por experiencia la verdad de las cosas que os he dicho, no debeis por esto desesperaros, pues à qual-

qualquiera que cree en Jesu-Christo, no hay mal sin remedio.

Buscad, pues, en Jesu-Christo vuestro consuelo, ofrecedle, y llevad por su amor, y por penitencia aquellas penas, que hubierais podido evitar, y que os habeis acarreado vosotros mismos. Con este medio solo, capáz de hacerlas llevaderas, Jesu-Christo derramará sobre vuestro matrimonio aquellas bendiciones, que no hubiera dejado de daros desde el principio, si le hubierais convidado à vuestras bodas; quiero decir, si os hubierais casado por motivos mas santos, y con disposiciones mas christianas. Asi, mediante la gracia de Jesu-Christo, que no se niega à quien la pide, haréis servir para el bien de vuestra alma aquel matrimonio, que parece haber sido instituido, y formado por vosotros mismos para vuestra condenacion.

Acábo, amados Parroquianos mios, enderezando à todos los casados las palabras del Apostol San Pablo, tan conocidas, y tan mal practicadas: (Ephes. 5. ℣. 25.) Maridos, amad à vuestras esposas como Jesu-Christo ama à su Iglesia. Amadlas no con amor carnal, y apasionado, que es manantial de mil desórdenes, sino con un amor casto, y christiano, por medio del qual, conociendo el marido los defectos de su muger, y la fragilidad de su sexo, la hable con blandura, la sufra con paciencia, la reprehenda sin alterarse, haga confianza de ella, y la consulte en todas las ocasiones en que debe ser consultada; la sosiegue en sus inquietudes, la consuele en sus penas, la asista en sus enfermedades, la prevenga en todas cosas, la tenga, y mire en fin como à su propria carne, y como à sí mismo.

Y vosotras mugeres, respetad à vuestros maridos, y sedles obedientes como la Iglesia está sujeta à Christo. Esta sujecion consiste en obedecerles en todas las cosas justas, y razonables, en escuchar sus consejos, en hablarles con respeto, y con cierto buen modo, que demuestre el honor, y sujecion que les debeis. El marido, añade San Pablo, es la cabeza, y superior de la muger, asi como Christo es cabeza de la Iglesia.

No se verian jamás diferencias entre el marido, y la muger,

Universidad de Deusto
Biblioteca

si un tal amor por una parte, y por otra el respeto, y sujecion estuviesen impresos en los corazones; porque entonces mútuamente se sufririan los defectos de entrambos, se corregirian poco à poco con dulzura, con paciencia, con el buen exemplo que mútuamente se darian. ¿Porque de dónde nacen los pleytos en las familias? Acaso porque el marido tiene este defecto, y la muger este otro? No, porque vemos familias muy unidas, por mas que en una, y otra parte haya defectos. ¿De adónde pues provienen? De no querer sufrir el marido los defectos de la muger, ni ésta los de su marido.

Me diréis segun esto: ¿Yo sufriré con paciencia à un hombre que poco antes ha comido en la taberna mi pan, y el de sus hijos, y deberé callar, ni le diré una palabra? Yo no pretendo esto, pero lo que le quereis decir, decidselo à tiempo. ¿No veis que este hombre se ha vuelto una bestia? Esperad, pues, que vuelva en si, y entonces le podréis hablar. El ha vuelto à casa embriagado, lo habeis recibido con palabras amargas, él se ha montado en cólera, y ved ahí, que sois la causa de las riñas.

Pero él es de un humor terrible; se irrita de nada; ninguna cosa se hace segun su genio: haced, pues, vos lo posible para contentarlo. Si os reprehende por haber hecho mal la tal cosa, respondedle con dulzura, que otra vez lo procuraréis hacer mejor. Si despues de tal respuesta, habla aún, dejadlo decir. Llegará el tiempo en que le podréis hablar, pero entonces callad: y vos, marido, callad tambien quando la muger está en cólera. Para altercar es preciso que sean dos. Quien empieza, hace muy mal: ya lo sé; pero quien responde mal, es mucho mas culpado. Si hubieras callado, ò hubieras respondido bien, se hubiera evitado la riña; pero nada se quiere dejar pasar: à una palabra descortés, se responde con otra mas amarga: se exasperan mútuamente los ánimos; se echa aceyte sobre el fuego, en vez de no hacer caso de una palabra escapada alguna vez por mal humor, y otra por inadvertencia, se lleva à mal, se toma como se quiere, se replica con injurias, y de aqui nacen las disensiones, y discordias en las familias.

Acordaos, pues, que quando os habeis casado, habeis, ò marido, esposado los defectos de vuestra muger, que os habeis obli-

obligado à amarla, y à soportarla, por defectuosa que sea, puesto que sus defectos no hacen que deje de ser esposa vuestra. Y tú, ò muger, acuerdate que has esposado los vicios de tu marido, que os habeis obligado delante de Dios, y de los hombres à soportarlo con sus defectos, pues aun con ellos es marido vuestro. Amados hijos mios, no os olvideis, que la paciencia, la dulzura, la buena union, la paz de Jesu Christo son el único remedio, pero remedio infalible, para endulzar vuestras penas, y para consolaros en vuestras aflicciones.

Echad, ò Dios mio, vuestra bendicion sobre todos aquellos mis Parroquianos, que están unidos en matrimonio, y que están para contraherlo en lo por venir. Hacedles conocer toda la santidad de este Sacramento, la imagen de la alianza eterna, que habeis vos hecho con la Iglesia vuestra inmaculada esposa, para que no tomen este estado, sino movidos por motivos justos, y christianos, para que se porten santamente, y para que su union sea pura, y honesta en todas sus cosas. Habitad vos mismo en cada una de las casas; estad presente à cada familia, para hacer reynar en ella la dulzura, la paciencia, y la paz: la paz, Dios mio, este bien inestimable, que solo vos podeis dar, y que es el mayor que podamos gozar acá en la tierra. Renovad en cada familia el milagro que obrasteis en las bodas de Canaa; mudad en consuelo, y alegria las penas que son inseparables del matrimonio. El marido, y muger se amen en vos, ò buen Jesus, se unan en vos, no sean sino un corazon con vos, y en vos: de manera, que habiendo estado unidos en la tierra, lo estén tambien para siempre en el Cielo. Asi sea.

SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO despues de la Epifanía.

SOBRE LA ORACION DEL PECADOR, que no quiere dejar su pecado.

Cum descendisset Jesus de monte, secutæ sunt eum turbæ multæ: & ecce leprosus veniens, adorabat eum.

Habiendo bajado Jesus del monte, le seguian muchas tropas de gente, quando un leproso le salió al encuentro, y lo adoró. *San Mathéo cap.* 8. ℣. 2.

QUando leo las palabras del presente Evangelio, me represénto un dia de gran fiesta, en que los fieles se unen à tropas en nuestras Iglesias al rededor de Jesu-Christo, el qual baja del Cielo sobre nuestros Altares, à quien cubre la fé nuestros ojos, como un Rey en medio de su Pueblo, como un Padre rodeado de sus hijos, y como un Médico circundado de enfermos. Los unos adoran à Dios con una conciencia pura, en cuyo centro está, y es el amor que los rige. Venid almas justas, venid à ofrecerle un sacrificio de alabanza, y de accion de gracias, vosotras no os partiréis de su presencia sin haber recibido nuevas bendiciones. Otros comparecen delante de él con un alma cubierta de la lepra del pecado; pero han vuelto sobre sí mismos, han abierto los ojos para

para ver su estado infeliz, y el pesar, y la intencion de mudar de vida les lleva à la presencia de su Salvador. Vén, hijo mio, vén à echarte en los brazos de tu Padre, y à ofrecerle el sacrificio de un corazon contrito, y humillado.

¡Pero qué es lo que veo, amados Parroquianos mios! Veo almas endurecidas en el mal, las quales no piensan en dejar su mala vida, y con todo vienen à presentarse delante de Jesu-Christo, à adorarlo, y à rogarlo exteriormente con los demás. Estraña conducta à la verdad, acerca de la qual, yo no me atreveria à decir mi parecer, si el Espiritu Santo en el capítulo octavo de los Proverbios no lo huviese dicho en proprios términos; *que la oracion de aquel que vuelve à otra parte el oido para no oir la ley de Dios, es una oracion abominable.* Pero si la oracion del que no quiere oír la ley de Dios es *abominable*, ¿ quál será la oracion del que resiste obstinadamente à la ley, y à todas las inspiraciones de la gracia? Si considerais esta oracion por lo que toca à la disposicion del pecador que la hace, es un acto ridículo, lleno de contradiccion, y de mentira. Y si la considerais por lo que toca à Dios, à quien se dirige, la encontraréis injuriosa, y por consiguiente impía. Exâminémos un poco à fondo esta reflexion, y haga el Señor, que un tal exâmen no sea inutil.

PRIMERA REFLEXION.

EL culto que damos à Dios es la cosa mas séria del mundo: y siendo la oracion la principal parte de tal culto, no hay cosa mas séria, ni mas respetable que ella. Por ella rendimos omenage al sumo Sér, el qual ha criado todas las cosas, y las conserva por su bondad. La oracion hace conocerse al hombre delante de Dios, su dependencia à él, y su imposibilidad, para conseguir qualquiera cosa. La oracion penetra los Cielos, hasta el Trono del Omnipotente, desarma su justicia, conmueve su misericordia, abre el tesoro de sus gracias, las arrebata, si asi se puede decir, y vuelve llena de bendiciones. ¿Qué hay pues de mayor, ni mas sério entre los Christianos, que la oracion? En boca del pecador nada es de todo lo dicho, aunque conserve las apariencias.

Un

Un hombre que está en pecado mortal, el qual no quiere salir de tan deplorable estado, ni abandonar sus habitos pecaminosos, y con esta disposicion se pone à rogar, y habla precisamente à un Dios, como los actores hablan à un Rey de theatro. Los unos son sus Ministros, otros sus Oficiales, otros sus Criados. Razonan con él de los negocios del Reyno, y de su grandeza, de su poder, del número de sus subditos, de las cosas necesarias para su Reyno, de la gloria de su estado: se postran delante de él, dicen: Señor, os pedimos gracias.... Pero todo esto no es otro que un juego: acabada la Opera, el Rey no tiene mas subditos, y los subditos quedan sin Señor.

La oracion del pecador, de quien hablamos, no es aun tan séria como aquella. Dicen estos, ò en la Iglesia, ò en otra parte, el *Padre nuestro*, el *Credo*, como lo han aprendido, ò como tal vez lo encuentran en el libro. Habla à Dios de su omnipotencia, de su bondad, de su justicia, de su misericordia, del Paraíso, y del infierno. Habla à Jesu Christo de su pasion, de su muerte, de su sangre, de sus méritos. Habla de sus proprios pecados, de su fragilidad, de sus necesidades. Dice Señor Dios mio, se arrodilla, inclina su cabeza, y cruza las manos; pero todo esto no es mas que un juego, y una ficcion. Acabada la oracion, ya no hay mas Dios para él: su propria pasion es su Señor: el pecado es su dominador; y mientras ruega, piensa à los gustos que probó, quando cometió el pecado, ò al que quiere nuevamente cometer.

Entretanto no deja de hacer dos veces todos los dias el acto de contricion, al qual jamás falta. Oigamosle, os ruego: *Señor*, dice el pecador, *siento con todo mi corazon el haberos ofendido, por ser vos infinitamente bueno, y porque os desagrada el pecado. Propongo firmemente el no volver à recaer en él, mediante vuestra gracia.* Así habla él: ¿No creeriais vosotros, oyendole así, que sériamente se convirtió? Que quiera mudar de vida, y que esta oveja perdida vendrá à echarse à los brazos de su Pastor? Nada menos que eso: este acto de contricion en su boca nada significa, y no dice mas que mentiras delante de Dios: porque es falso que este pecador se arrepienta; es falso que quiera convertirse; es falso que quiera confesarse;

sarse; el dolor de haber ofendido à Dios, la propuesta de no ofenderlo mas, la confesion, la conversion, todo está bien lejos de su pensamiento, y con tal disposicion no deja de decir: *Dios mio, me pesa de haberos ofendido, os prometo de no volver à ofenderos, y de confesarme quanto antes.* ¿Se puede mentir mas impunemente?

Aplicad el mismo razonamiento à los actos de Fé, de Esperanza, y de Amor de Dios, y à todos los demás que se incluyen en su oracion: ¡Qué horrible contradicion! pues dice, yo creo, y vive como sino creyese nada. Dice espero, y vive como si no creyese nada, ni esperáse, ni temiese. Dice: Dios mio, yo os amo, y vive aborreciendole; mientras ruega tiene la voz de Jacob, habla como Christiano, y dice: *Jesu-Christo, Virgen Santísima, Santos del Cielo: Padre mio, Salvador mio, mi Rey, vuestro Reyno, vuestra Ley, vuestra voluntad, vuestros Mandamientos, vuestra Iglesia.* La voz es de Jacob; el lenguage es de la Religion; pero sus manos, esto es, sus hechos son las manos de Esaú, y toda su vida es vida de un infiel.

Sí, de un infiel. Porque al cabo, yo os pregunto: ¿Si fuerais paganos, y si el Dios que fingis servir, y à quien hablais en la oracion, aprobáse la embriaguéz, la impureza, la venganza, y los otros vicios, de los quales sois esclavos; y si finalmente de repente mudaseis de Religion, hasta no creer en Jesu Christo, en su Iglesia, en el Paraíso, ni en el Infierno; decidme, viviriais de otra manera que en la que vivis? Tú te tomarias del vino mas veces de lo que lo haces? Tú, impúdico, serias mas disoluto de lo que eres? Tú, avaro, podrias afanar mas el oro, y la plata? Qué mayores venganzas harias con tu enemigo, ò vengativo? Crees que tendrias una peor lengua tú, murmurador, de la fama del proximo. Teneis, pues, un alma de infieles, bajo el cubierto de Christianos: y quando os arrodillais para hacer oracion en el, infeliz estado en que os encontrais, con voluntad de perseverar en él, las palabras, las acciones, la postura, no son otro que mentiras, y contradicciones. La súplica en vuestra boca se hace un acto ridículo, que anuncia, y significa cosas que no hay; y vosotros mismos nada sois de lo que pareceis.

En

Universidad de Deusto
Biblioteca

En suma, esta pretendida oracion, comienza, y acaba con la señal de la Cruz: *En el nombre del Padre*, que os ha criado á su propria imagen; pero esta imagen, como la habeis profanado con haceros semejantes al Demonio, que habeis escogido por vuestro padre, à quien obedeceis, y à quien quereis obedecer con los hechos: *En el nombre del Hijo*, que os ha redimido con su propria sangre; pero esta sangre la haceis vosotros inutil, pisandola con vuestros pies, y crucificando nuevamente à Jesu-Christo en vosotros mismos, conservando la voluntad de crucificarlo: *En el nombre del Espiritu Santo*, que os habia santificado con su gracia; pero à ésta rechazais vosotros, echando este espíritu de vida de vuestras almas, y cerrandole todas las puertas para que no entre.

Entre estas abominables disposiciones alzais la mano, y la poneis sobre vuestra cabeza, llena de pensamientos, fuera del de la salvacion; de la cabeza la poneis sobre el corazon, abierto à toda suerte de deseos, fuera del de vuestro mismo bien. En suma formais sobre vuestro cuerpo, que habeis hecho templo del Demonio, formais, digo, la señal de la Cruz. *En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo*, las tres divinas Personas de la Santissima Trinidad, la qual deshonrâis con una vida pagana, la qual no quereis detestar, por mas que os disuadan los Pastores, y por mas que obre Dios mismo para convertiros, y en tal estado oráis como los demás. Luego no basta el decir que vuestra oracion es un acto ridículo, lleno de mentira, y de contradiccion, sino que se ha de añadir, que es un ultrage, è insúlto hecho al mismo Dios, y que consiguientemente es impia, y abominable.

SEGUNDA REFLEXION.

HAbiendo los Soldados conducido à Jesu-Christo al Pretorio, y habiendole todos rodeado, lo despojan de sus vestidos, y en su lugar lo cubren de un raido manto de púrpura: lo coronan de espinas, se las clavan en la cabeza con una caña, lo bofetean, y le escupen en la cara, y despues de haberle asi maltratado, añadiendo la burla à la crueldad, lo saludan, le doblan la rodilla, y lo adoran. ¡Hubo insúlto mas amargo que éste?

Pe-

Pecadores ciegos, y obstinados, esto es lo que haceis. Despues de haber en cierto modo renovado las llagas à Jesu-Christo, *despues de haberlo crucificado dentro de vosotros mismos*, segun el dicho de San Pablo; mientras lo teneis enclavado en la Cruz con vuestra obstinacion, no queriendo dejar tal pecado, que lo clava en ella, doblais la rodilla delante de él, lo adorais, lo llamais vuestro Rey, vuestro Dios, y asi le decis: Os amo, me pesa de haberos ofendido: ¿Se puede dar en el mundo insulto mas injurioso?

Pero no es esta mi intencion, me diréis, quando yo rezo. ¡Dios me libre! ah! hijo mio, qué bella excusa! La intencion del que peca no es de perder la gracia, y con todo la pierde, y no es esto lo mas culpable. El sabe muy bien, que no se puede hacer, decir, ò pensar la tal cosa, sin perder la gracia. La intencion de todos los Christianos que están en el infierno, no era ciertamente de condenarse; ¿pero dejan por eso de ser condenados? No; porque sabian que incurririan en la pena eterna, si vivian como vivieron. La intencion de aquel que determina pecar, no es de insultar, ni ultrajar à Jesu-Christo; pero con todo será menos verdadero el decir que no le ultraja? No; porque sabe bien que se hace un insulto, y una burla, diciendo una cosa, y haciendo otra; diciendo à Jesu-Christo, yo os amo, quando no lo ama, ni lo quiere amar, antes bien le hace contínuos ultrages, prometiendole con la boca de jamás pecar, y de confesarse quanto antes, quando en nada menos piensa que en convertirse, y en confesarse.

¿Pero quál es vuestra intencion quando venis à la Iglesia, y oís Misa, y haceis mañana, y tarde, aquello que llamais oracion? Pretendemos, dicen, hacer un acto de Religion, de dar à Dios el honor, y la gloria que le son debidos. ¡O ceguedad! O impiedad! Pretender honrar à Dios con mentira! Que es decir pretender de honrarlo con aquello mismo que lo deshonra; querer agradarlo con aquello que lo ofende; querer glorificarlo con lo que se le ultraja! O abominacion! tener en los labios el nombre de Jesus, y tenerlo crucificado en el corazon; juntar lo mas sagrado con lo mas abominable; el servicio de Dios con el servicio del Demonio;

 ofre-

ofrecer à Dios una alma, que se prostituye al pecado; y prostituir al pecado un alma que se ofrece à Dios en la oracion.

¿Desgraciado Christiano, no es esto lo que haces, quando despues de haber ofrecido vuestro mal corazon à Dios en la oracion de la mañana, te abandonas despues à la pasion, durante el dia? Quando despues de haber ofrecido vuestro corazon à Dios en la oracion de la tarde, satisfaces tu pasion à la noche? Y esto ya hace muchos años, sin hacer nada para emendarte, y sin deseo de mudar vida.

Semejante à un hombre que mantiene en su casa una Concubina, en quien derrama todas las ternuras de su pasion, mientras que su muger no tiene sino el nombre de tal, y alguna exterior cortesía: el pecador de quien hablo, consagra à la mala pasion de quien es esclavo, todos los afectos del corazon, mientras no ofrece à Jesu-Christo sino las vanas aparencias de devocion, y ciertos exercicios de Religion, haciendo una alianza monstruosa de los omenages, que parece daros à vos, ò Dios mio, con los que realmente dá al Demonio, à quien su alma está del todo consagrada.

Si despues de todo esto pensais, que es una exâgeracion el decir, que la oracion de tal pecador es un ultrage hecho à Dios mismo, porque no es otra cosa que un texido de mentiras, y de contradicciones, echadlo en rostro al Espíritu Santo, el qual nos dice, que la tal oracion es abominable.

Será pues preciso, dirás, que yo no venga mas à la Iglesia, que no oiga Misa, y que no haga mas oracion. Ah! hijo mio, no permita jamás Dios, que sea este el fruto de las reflexiones que habeis oido. Venid, y venid à menudo à la Iglesia, pues ella es el refugio, y asylo de los mayores pecadores. Haced oracion, y hacedla frequentemente; asistid, y asistid à menudo al Santo Sacrificio de la Misa, en la qual la sangre de Jesu-Christo solo se derrama por los pecadores; haced oracion, y hacedla freqüentemente; hablad à Dios, pero en todas estas cosas pensad bien lo que haceis. Hablad seriamente al Señor: pero mientras vivís malamente, no le digais: Dios mio, yo os amo; sino decid: Dios mio,

mio, conozco que no os amo, mudad mi corazon, y haced que yo os ame: No digais: Dios mio, me pesa el haberos ofendido, os prometo de no volver jamás à pecar, y de confesarme quanto antes, porque nada de esto es verdad; sino decidle: Dios mio, bien lejos del pesar de mis delitos, tengo ahora mismo voluntad de cometer otros. Ah! Jesus, arrancadme esta mala voluntad; pues siento en mí mismo repugnancia para confesarme, y mudar de vida. Padre de las misericordies, tened compasion de mí, y haced que yo lo quiera.

Si asi hablais, hablareis como debeis, y vuestra oracion, creedme, amados Parroquianos mios, será preciosa delante de Dios, y si perseverais en ella, será sin duda oida. Pero ah! que vosotros no orais asi, y lejos de pedir à Dios vuestra conversion, tal vez os sabria mal que os convirtiese.

Bondad infinita de mi buen Dios, à quien las almas mas endurecidas en el mal, os son agradables, que no dejais de dar al pecador la gracia bastante para salir del pecado, aunque se obstine, y resista, y os obliga, por decirlo asi, à que retireis todas las otras; dad la uncion de vuestro espíritu à las palabras que habeis puesto en mi boca, para darles à conocer hasta qué punto os ultrajan, quando no ora sino con los labios, conservando en el fondo de su corazon una eficáz voluntad de perseverar en el mal.

Y vosotras, almas christianas, que amais vuestra Religion, que practicais vuestras obligaciones, que teneis horror al pecado, que os arrepentís de vuestras culpas, y que buscais purificaros con la penitencia, quando las cometeis por vuestra fragilidad; no creais con todo, que quanto hasta aqui se ha dicho, no os pertenezca en ninguna manera. Ah! quántos afectos secretos quedan escondidos en el fondo de vuestros corazones, que los dividen, quando protestais no tener otro Señor que Jesu-Christo, y quando postrados à sus pies, le jurais una lealtad inviolable! Pobre corazon! En verdad que es grande tu miseria! ¿Quántas veces, ò Dios mio, este infeliz corazon se opone secretamente à las palabras que pronunciamos ¿Quántas veces mis

Universidad de Deusto
Biblioteca

oraciones, no son otra cosa que mera expresion, y sin algun interior sentimiento, ni pena, y por lo tanto, quántas veces mi oracion se ha convertido en pecado? Ah! Padre de las lumbres, esclareced mi entendimiento, enderezad mis intenciones, purificad mi corazon, y hacedlo tal, qual debe ser, à fin de que mi oracion se levante como el incienso de suave olor, hasta el trono de vuestra misericordia, y haga llover sobre mi alma todas las gracias que son necesarias para conseguir la vida eterna, que solo debe ser el objeto de mis deseos, y de mi esperanza. Os la deseo, amados Parroquianos mios, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo. Asi sea.*

SERMON

PARA EL QUARTO DOMINGO despues de la Epifanía.

SOBRE LOS ENEMIGOS de nuestra salvacion, y la manera de vencerlos.

Motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus.

Se movió una tempestad tal en el mar, que la barca se cubria de olas. *S. Mathéo cap. 8. ℣. 24.*

NUestra alma sujeta à mil pasiones, asechada de mil tentaciones, expuesta à mil peligros, y verdaderamente semejante à una barquichuela cubierta de olas, y à una nave combatida de la tempestad, que à cada momento está para perecer. Qualquiera que quiera velar sobre los pensamientos de su mente, y sobre todos los movimientos de su corazon, probará por experiencia, que la vida de un Christiano en este mundo, es una contínua peléa, y una contínua tentacion. Con todo, ¿quán raros son aquellos Christianos, los quales, al exemplo del Rey David, *llevando su alma en sus proprias manos*, no la pierden de vista? Dos cosas, amados Parroquianos mios, me hacen temblar, y me afligen, que son el número, y el poder de los enemigos que nos ponen asechanzas, y la quietud en que vivimos en medio de los peligros que nos amenazan. Una tropa de ladrones rodéa vuestra casa; tiemblo por vuestros bienes, y por vuestra vida; pero temo mas, si sé que al mismo tiempo dormis plácidamente en la cama, y no pensais en vuestra defensa. Abrámos pues hoy los ojos sobre los enemigos de nuestro bien, aprendamos primero à conocerlos, y verémos despues la manera de vencerlos.

PRIMERA REFLEXION.

NUestros verdaderos enemigos no son los que nos quitan la fama, ò nuestros bienes, y los que asechan à nuestra vida. Estos solo son instrumentos, de los quales se sirve la divina Providencia, para santificarnos, dandonos ocasion de practicar la humildad, la mansedumbre, la caridad, la paciencia; y si tuviesemos un poco de fé, en lugar de odiarlos, les debriamos amar. Nuestros verdaderos enemigos son aquellos que procuran despojar nuestra alma de su inocencia, robarle los tesoros de la gracia, hacerla morir delante de Dios, y arrebatarla al infierno. ¡O quánto se han de temer tales enemigos! Y de estos encontramos interior, y exteriormente à la derecha, è izquierda, en todas cosas, y por todas partes. Dentro de nosotros mismos están, y si no los conoceis, permitidme, hijos mios, que yo éntre en vuestros corazones, que los llame por sus proprios nombres, los exâmíne, y os los haga, por decirlo asi, tocar con las manos, y ver con vuestros proprios ojos.

Observad primero aquel loco amor, y aquella complacencia

Universidad de Deusto
Biblioteca

cia secreta para con vosotros mismos, de la qual estais llenos: vosotros os gloriais interiormente de vuestros méritos, y prendas, de vuestras riquezas, de vuestros talentos, de vuestros amigos, y familia, menospreciando à los otros, poniendoos sobre vuestros iguales, è igualandoos à vuestros mayores? Soy, dice uno, igual à éste; soy mayor que aquel; desafio à encontrar un mejor trabajador, y à que no hay mejor obra que la mia.

Aquello poco que habeis juntado, tal vez por caminos injustos, y que os hace olvidar de vuestro pasado, è infeliz estado: aquel puesto que obteneis, Dios sabe como; la fisonomía que Dios os ha dado, y que juzgais mas hermosa, y agraciada que las demás, un vestido, abito mas rico, y hermoso que el de vuestro vecino, y que tal vez aun no es vuestro; todo esto, y otras muchas cosas mas, cuya narracion sería infinita, os hinchan el corazon, y esta hinchazon se deja vér en vuestras palabras, en vuestro modo de obrar, y en toda vuestra conducta. Estais atento, y sois sensible à la manera con que os hablan, y con que os saludan; una palabra un poco áspera, salida por inadvertencia, un gracejo, un acogimiento, que os parezca un poco frio, y menos oficioso de lo acostumbrado, todo esto os ofende, y os hace padecer. ¿Veis acaso, y conoceis la sobervia, y la vanidad que os predomina?

Si los negocios de vuestro vecino van mejor que los vuestros; si consigue una hacienda, que no esperaba; si gana con demasía en su comercio; si obtiene un puesto, al qual aspirabais; si adelanta en un negocio, en el qual habeis perdido alguna cosa por vuestra culpa, os palpita el corazon, os poneis pálidos, y os avergonzais: la mudanza de la cara, y vuestro silencio, manifiestan mas que vuestras palabras, los movimientos de tristeza, y de indignacion que os conturban. Pero si al contrario le sucede algun accidente, que ponga en mal estado sus negocios, que le humille, ò alguna catastrofe, ò contratiempo, que se haga menor que vos, es preciso que os hagais violencia para no alegraros con su adversidad. ¿Ves pues, y conoces la envidia que te roe, y que silva como serpiente al rededor de vuestra alma?

No

No podeis vér, ni oir à aquella persona, que inocentemente os ha ofendido, y tal vez no os ha hecho jamás ninguna injuria; no sabeis hablar de ella sin decir mal, importandoos poco, si es verdad, ò mentira: os habeis empeñado à destruirla, ò bien con vuestras hablas, ò de otra manera: y por esto probais una singular satisfaccion, quando ois que se murmura: y os sabe mal quando se habla bien; y entonces buscais todas las ocasiones para desacreditarla. ¿Veis, y conoceis el ódio, la venganza, y la adversion que os predomina, y os atormenta?

De dia, y noche no pensais en otra cosa que en vuestros negocios, y ocupaciones. No hablais sino de interés, y en éste están comunmente fijos vuestros pensamientos. Si orais, ò estais en en la Iglesia, vuestra mente está atenta à los medios que habeis de tomar para el viage que habeis de hacer, para las personas que habeis de tratar, para hacer bien este negocio, y llevar al cabo el otro. Iriais treinta leguas lejos para ganar un doblon, y no dariais treinta pasos para oir una Misa; para hacer una obra de caridad, no os moveriais de vuestro asiento. Sacaros de la mano un escudo; sería arrancaros las entrañas. Luego que se trata de ganancia, ò que temais el hacer alguna pequeña pérdida, no hay para vosotros ni fiestas solemnes, ni Domingos, ni os detienen Mandamientos de Dios, ni preceptos de la Iglesia: ¿conoceis la avaricia que os carcome, que os ciega, y condena?

¿Qué cosa es aquel otro deseo de indagar, y criticar las acciones del proximo? Entrometiendoos en muchas cosas que nada os importan: yendo despues de casa en casa à averiguar lo que se dice, y no se dice, lo que sabeis, y lo que inventais, ignorandolo: llevados de un prurito de hablar de todo, de dar vuestro parecer en todas las cosas: ¿no es este un furor, y un demonio, que aguza vuestra lengua, y se sirve como de instrumento para turbar vuestra quietud, y la de aquellos que tienen la desgracia de conoceros, ò de habitar en la misma Ciudad?

¿No es por ventura la deshonestidad la que os estimúla, y predomina? No pensando desde la mañana, hasta la noche, sino en cosas deshonestas, en representaciones impuras, y ma-

los

los deseos, mirando vuestros ojos, aunque con pesar vuestro, el no poder conseguir objetos alagüeños, que os seducen, engañan, y corrompen, estando siempre dispuestos para daros à obras lascivas, y diviertimientos vergonzosos de la carne?

Estos son, amados oyentes mios, aquellos enemigos de quienes os fiais, ni procurais de guardaros; y si exâminais vuestro corazon, vereis que están todos allí recogidos, como en su asiento. Yo no os he hecho ver sino los mas sensibles; pero quanto mas exâmináreis vuestro corazon, tantos mas descubriréis. A la manera que el profundo del mar está lleno de una infinita muchedumbre de peces, de toda especie, y grandeza, no de otra manera el corazon humano encierra en sí un hormiguero de malas inclinaciones, unas mas fuertes que las otras: pero todas dignas de temerse, no dejando de ser, aun la mas mínima, capáz de perdernos, si no se tiene luego el cuidado de reprimirla.

A los enemigos exteriores se juntan los domésticos, los quales les fortifican, les prestan armas, y los ponen en estado de exercitar su malicia. Todas las cosas las hizo Dios para el bien, y servicio del hombre; pero que indiferentemente le pueden ser utiles, ò dañosas, segun el uso que de ellas haga, y llegan à ser ocasion de pecados por nuestro mal uso, y mala inclinacion.

La pobreza, la afliccion, el dolor, nos llevan à la desesperacion; las comodidades nos disipan, nos hacen olvidar de nuestras obligaciones, y de nosotros mismos. En qualquiera estado que nos encontrémos, y en qualquiera situacion, por todas partes encontramos incentivos para las tentaciones, y enemigos con quien pelear. Aqui nos malean las malas conversaciones; allá los malos exemplos nos incitan al pecado; acá los malos libros corrompen nuestro entendimiento; por otra parte las malas compañias gastan nuestra voluntad.

Asi velando, como durmiendo, comiendo, ò bebiendo, trabajando, ò descansando, teneis siempre asechanzas que evitar, y tentaciones que vencer. En las visitas que haceis, aun por obligacion; en los divertimientos que tomais, aun los mas inocentes; con las mismas personas que tratais, aun las

las mas honradas: en las ocupaciones de vuestro estado, aun las mas santas, y aun en las mismas buenas obras, en la oracion, en la confesion, y comunion, en los ayunos, y limosnas: por todas partes hay incentivos al pecado, y enemigos que vencer: y si vosotros no lo veis, es porque no poneis atencion.

El Demonio, que ha jurado nuestra perdicion, va siempre al rededor de nuestra alma para hacerla caer en sus redes. Para hacerla caer se sirve de todo aquello de que nos servimos para ponernos asechanzas. Sabe aprovecharse de la inclinacion que tenemos al mal, y poner en obra él mismo nuestro amor proprio. Estudia nuestro carácter, exâmina atentamente nuestras disposiciones, conoce lo fuerte, y lo débil de nuestro corazon. Ahora se transforma en un fiero Leon, que nos hace guerra abiertamente; ahora se transfigura en una sierpe venenosa, que se dobla, y abanza, retrocede, y se insinúa, para esparcir mejor su veneno en nuestra alma de una manera imperceptible. Otras veces se muda en Angel de luz para alucinar à las almas mas perfectas. Su malicia, sus astucias, sus artes, no las conocen sino aquellos que resisten à ellas; él es, finalmente, el mas peligroso, y el mas terrible de nuestros enemigos, y el que pone en obra todas las artes.

Tales son, amados Parroquianos mios, los enemigos de vuestro bien; juzgad si son terribles, y juzgadlo por el mal que os han causado, y por el estado à que os han reducido. Repasad por la memoria todos los años de vuestra vida, desde vuestra juventud, y vereis como habeis sido siempre víctimas, esclavos, y aposentadores del Demonio, y de vuestras pasiones. Y si Dios os ha hecho la gracia de vencerlos, ¿qué esfuerzo no ha sido menester de vuestra parte? A quántos reiterados ataques habeis debido hacer frente? Quién podrá contar los pensamientos que el espíritu de las tinieblas os ha sugerido? Todas las imágenes con que ha pretendido ensuciar vuestra fantasía? Todos los movimientos impuros que ha procurado excitar, asi en vuestra alma, como en el cuerpo? Qué esfuerzos no estais obligados à hacer para apartar tales pensamientos, sufocar tales deseos, reprimir tales movimientos, y para sacudir el polvo del mundo, que contínuamente

Universidad de Deusto
Biblioteca

se apega aun al corazon del hombre mas puro, y justo?

Por poco que anseis vuestra perfeccion, y que querais seriamente atender à ella, conocereis por propria experiencia la verdad de quanto dice el Apostol San Juan: Que *todo lo que hay en el mundo es, ò concupiscencia de la carne, ò concupiscencia de los ojos, ò sobervia de la vida.* (Joan. Epist. Cat. cap. 2. ℣. 16.) Que traemos con nosotros mismos la semilla, y la raiz de todos los vicios; que cada uno de nosotros es tentado, seducido, y arrastrado de su mala inclinacion; que todo lo que nos rodéa puede ser ocasion de pecado; que el Demonio determinado à perdernos, emplea sucesivamente, y usa de nuestra mala inclinacion, para hacernos abusar de las criaturas, y de éstas para excitar nuestras malas inclinaciones. Con quánta razon podemos exclamar con San Pablo: *¿Quándo seré yo libre de la carcel de este infeliz cuerpo, que parece que solo se me ha dado para atormentarme, humillarme, y para ser el instrumento de todas las miserias?* Y con el Santo Rey David: *¿Quién me prestará alas como de paloma, para volar, huir, y alejarme de esta miserable tierra, en donde solo encuentro lazos, y tentaciones de toda especie?*

En todo lo que veo, oigo, digo, y hago, siento un peso, que me atrae hácia el mal. Si me siento à la mesa, apaciento la sensualidad, la golosina, y la intemperancia. Si me divierto, me salen al encuentro la disipacion, las conversaciones frívolas, è inutiles. Si trabajo, me sorprenden la avaricia, la vanidad, la tristeza. Si hago oracion, me acometen la negligencia, la distraccion, y el enfado. En las adversidades me atormeta la impaciencia; en la prosperidad me alhaga la sobervia; las alabanzas me llenan el corazon; las injurias me excitan la cólera: en suma, en todas cosas se encuentran asechanzas, infortunios, y piedras de escándalo.

Esto, amados Parroquianos mios, es lo que ha hecho temblar à los mayores Santos, y ha poblado los desiertos de tantos Anacoretas. Esta es la causa de tantas oraciones, de tantos ayunos, y austeridades; y de aquella vida retirada, y escondida en Jesu-Christo, la qual nos edifica, y aturde, y la admiramos hoy dia en los Monasterios de Sietefuentes, en los de la Trapa, y en los de la Cartuja, y en todas las casas religiosas,

sas, que han conservado hasta ahora su espíritu primitivo, y en donde el fervor, y religiosidad de los hijos nos pintan la pobreza, humildad, abnegacion, mortificacion, y la vida angélica, y admirable de sus Fundadores. Escondidos en lo interior de vuestro tabernáculo, y bajo la sombra de vuestras alas, Dios mio, si no estaban esentos de mil tentaciones, estaban, à lo menos, en salvo de mil objetos que nos alhagan, y corrompen. Velan ellos entretanto, oran todos los dias incesantemente, hasta el ultimo suspiro: pero nosotros, aunque expuestos à mil peligros, y tentaciones, rodeados por todas partes de precipicios, estamos quietos, ni tomamos precaucion alguna, como si nada tuviesemos que temer. Acostumbrados à vivir con nuestros mismos enemigos, y domesticados con ellos, nada pensamos para defendernos de ellos. No se tiene ningun recelo, nos fiamos de todos, y con todos los lazos del Demonio nos vemos enredados sin sentir, ni se conocen las tentaciones, porque à ninguna se resiste.

Os he enseñado hasta aqui quales sean vuestros enemigos; os debria enseñar ahora el modo como se debe combatir con ellos, y vencerlos. Pero por quanto esta segunda parte sería muy larga, la remito al proxîmo Domingo. Acabemos, pues, con el Profeta, diciendo: Señor, abrid mis ojos, para que estén atentos siempre sobre mis enemigos, de modo que no me sorprendan, me dén la muerte, y no se jacten de haberme vencido. Haced que yo despierte de mi letárgo, que me levante para pelear con la vigilancia, y oracion, con huir las ocasiones, y con una atencion contínua sobre los movimientos de mi corazon. Son estos los medios, amados Parroquianos mios, que el mismo Jesu-Christo nos ha dictado, y sobre los quales espero hablaros, mediante la gracia de Dios, y la ayuda de vuestras oraciones. Asi sea.

SERMON

PARA EL QUINTO DOMINGO despues de la Epifanía.

SIGUE EL SERMON ANTECEDENTE.

Inimicus homo hoc fecit.

Un hombre enemigo ha hecho esto. *San Mathéo cap.* 13. ℣. 28.

EL hombre en su orîgen no era, como lo es ahora, un compuesto del bien, y del mal, de vicios, y de virtudes. Su alma pura, è inmaculada, formada del Criador, no debia estár sujeta à todas las miserias que nos humillan; pero el Demonio envidioso de la felicidad de nuestro primer padre, lo hizo caer en el pecado de la desobediencia, se reveló contra Dios, y ya no fue tan dueño de sí mismo. Su carne corrompida por el pecado, se reveló contra su espíritu; y la ley de sus miembros hecha instrumento del pecado, fue contraría à la ley santa, y eterna, que Dios habia impreso en su corazon. De aqui depende aquella mezcla de buenas, y malas inclinaciones que cada uno prueba en sí mismo. Las primeras vienen de Dios, que es Padre de nuestras almas, y Autor de todo bien; las segundas vienen del Demonio, que es el grande enemigo de Dios, y de nuestras almas, el qual desde el principio ha mezclado la cizaña entre el trigo. Este ha hecho todo el mal que vemos, lo continúa hacer, empleando para ello el bien, y el mal de nuestra vida, la corrupcion de nuestra carne, la fragilidad de nuestro corazon, y

y hasta nuestras obras buenas: de manera, que no hay cosa alguna dentro, ò fuera de nosotros, que no nos pueda ser motivo de tentacion, ù ocasion de pecado. En todas cosas, y partes, tenemos asechanzas que evitar, y enemigos con quien pelear.

Ya os lo he hecho observar en el Domingo pasado, amados Parroquianos mios, hoy intento mostraros los medios, sobre los quales solo tengo que deciros tres palabras: *velad*, *huid*, *orad*. Si os acordais de estas tres palabras, y las poneis por obra, os aseguro, bajo la palabra del mismo Dios, que todo el infierno conmovido contra vosotros, no será capáz de perderos.

PRIMERA REFLEXION.

EN primer lugar, pues, *velad*: No lo digo yo, sino Jesu-Christo. Si el Padre de familia supiese la hora en que han de venir los ladrones, no se dormiria, sino que velaria, à fin de impedir el despojo de su casa. Cerraría bien todas las puertas, estaría atento al mas mínimo ruido, no permitiría la entrada à ninguno que no conociese, y estaría contínuamente en guardia. La casa que habemos de guardar es nuestra alma; y los ladrones son los demonios, el mundo, y nuestras pasiones. Y asi como estos ladrones están siempre al quicial de nuestra puerta, asi es menester siempre velar, para que jamás nos puedan sorprender.

Velaréis, pues, sobre vosotros mismos, si atentamente observais todos vuestros pensamientos, todos los movimientos que se levantan en vuestro corazon, todas las palabras que salen de vuestra boca, todas las conversaciones que oís, para conocer si en todas estas cosas hay alguna que pueda tiznar vuestra conciencia. Velaréis sobre vosotros mismos, si en todo lo que emprendeis, en todo lo que haceis, observais, y exâminais delante de Dios, quales sean los motivos de vuestro obrar, y su intencion: esto es, si la vanidad os mueve à obrar, ò hablar; ò si es, segun las circunstancias en que os encontrais, el espíritu del interés, la cólera, ò el mal humor, la envidia, el odio, ò bien una inclinacion carnal, è impura. Amados oyentes mios, guardaos bien, que algunas de estas ve-

venenosas serpientes, no venga à silvar à vuestro oído, no mueva vuestra lengua, ni haga obrar vuestras manos, ò mueva vuestros pasos.

Un Christiano que vela sobre sí mismo, es semejante à un hombre sabio, que se vé obligado à caminar por una senda muy estrecha, è infesta, y facil de deslizar en los precipicios horrorosos que la circuyen. Observad cómo camina con cautela; cómo mira donde asienta el pie; con qué atencion mide sus pasos: hermanos mios, dice el Apostol, mirad, y ved la manera que teneis de caminar por la senda de la vida eterna; quiere decir de la manera con que hablais, y obrais, al menor de vuestros pensamientos, y deseos, y à la menor de vuestras acciones. Velad sobre cada uno de vuestros sentidos, para que no suceda el vér, oír, ò hacer alguna cosa que dañe vuestra alma, y en todas cosas obrad con la mayor cautela: *Videte quomodo caute ambuletis.*

Poned atencion en quanto hace un padre de familia por lo que toca à sus hijos, y domésticos: dá sus ordenes à la mañana, toma cuenta de todo à la tarde. Así vosotros despues de vuestras oraciones por la mañana, recogeos à pensar, y prever las ocasiones que se os podrán ofrecer de ofender à Dios en el dia. Un Christiano que quiera precaverse, piensa por exemplo, que debiendo ir à la tal casa, en donde ha de encontrar tal compañia; hacer visita à la tal, ò tal persona, oirá esta, ú otra conversacion, y consiguientemente se verá expuesto à decir la tal, y tal cosa, pensará por lo tanto el modo de cautelarse de esta, ò de otra manera para no caer en pecado, y dirá: Dios mio, os lo prometo, dadme gracia para cumplirlo. Por la noche, antes de ir à la cama, se preguntará à sí mismo, y dirá: Y bien, alma mia, ¡pobre alma mia! ¿Qué habiamos resuelto esta mañana? Pero qué es lo que he hecho? Ah! Dios mio, soy siempre fragil, è infeliz; pero no por esto caeré de ánimo, y si mañana me concedeis la vida, me guardaré mucho mas que hoy. Amados oyentes mios, esta práctica es excelente; este consejo ya lo sabeis vosotros, os lo doy en el confesonario; y sé que aquellos que han usado de él, han sacado grandisimo provecho.

Use-

Usemos en los negocios de nuestra conciencia de la misma atencion, y solicitud que suelen usar las personas prudentes y morigeradas en sus casas. En fin, no sean menores las medidas que tomamos para la conservacion de nuestra alma, que las que tomamos para conservar al cuerpo, y de la misma manera que un hombre prudente evita todo aquello que podria abreviar su vida, ò arruinar su salud; así huyamos nosotros con todo cuidado lo que puede causar daño à nuestra alma, y de enfriar nuestro fervor en el servicio de Dios.

SEGUNDA REFLEXION.

HUid, amados Parroquianos mios, *huid*: ¿Pero qué? Todas las ocasiones próximas de pecar, en las quales no os encontrais sin ofender à Dios. Evitad, siempre que esté en vuestra mano, y podais: esto es, quando no tengais razon legitima, è indispensable, que os obligue à exponeros à ellas, y entonces portaos con prudencia, y recato. ¿La vista, ò la conversacion del tal, ò de la tal, excita en vosotros pensamientos deshonestos, ò deseos lascivos? Huidla, viendoos sin motivo que os obligue à freqüentarlos: Huidlas, hijos mios, y no conteis con vuestra fragilidad, ni confieis en vuestras firmes resoluciones. Ya sabeis que habeis caido otras veces: esto os baste para no exponeros mas. El mal pensamiento entra primero por los ojos, ò por el oido; del pensamiento nace el deseo, y éste lleva consigo el consentimiento, el qual acaba, y perfecciona el pecado en el corazon. Vuestra misma experiencia os habrá enseñado mucho mas sobre esto que quanto os puedo decir.

Así como hay muchos manjares que dañan à muchos, y aprovechan à otros, así tambien sucede muchas veces, que una ocasion peligrosa para unos, para otros no lo es. Cada uno para librarse de las incomodidades del cuerpo, debe conocer su temperamento, y las proprias disposiciones, para regularse bien, y vivir con salud. Huirá por lo tanto el veneno, y la peste, para no contraher un mal que le prive de la vida. No de otra manera, quien quiera conservar pura, y sin mancha su alma, debe huir las malas compañias, y la lectura de libros perniciosos.

Lla-

Llámo mala compañia la de hombres sin Religion, que nada cuidan si hay Dios, y Santos, ni Iglesia, y preceptos, ni conocen Quaresma, ni Pasqua, ni Parroquia, ni Pastor, y que no van à la Iglesia sino para escandalizar à los fieles. Huidlos, amados oyentes mios, huidlos si por desgracia vuestra dais con ellos; porque de otra manera os harcis dentro de poco tiempo semejantes à ellos. Os enseñarán con su exemplo à menospreciar las cosas mas respetables, y santas, ù olvidaros de las obligaciones mas indispensables, y sagradas. Harán ridícula la piedad; os alejarán del Oficio Divino; os harán perder el gusto de la palabra de Dios. Si advierten que sois timoratos, y escrupulosos, reirán de vuestra piedad; y vosotros perderéis insensiblemente el gusto de la Religion que os queda: luego os faltará la vergüenza, y tal vez os jactaréis de ser impios, y malos, como ellos lo son.

Llámo mala compañia la de aquel joven libertino, y deshonesto, que se gloria de su luxuria, que tiene embebida hasta los tuetanos, y que no se ocupa en otra cosa que en suciedades. Guardaos de los tales, pues os pegarán el vicio, corromperán vuestro corazon, os arrastrarán à los lugares de prostitucion, y os haréis infames, como ellos lo son.

Llámo mala compañia la de aquel jugador, y la de aquel borracho de profesion: por sobrios que seais, ellos os malearán; si los freqüentais, os apartarán de vuestras loables ocupaciones, y perderéis el tiempo, y dias en la taberna, ò en el juego; ellos os detendrán alli en el tiempo de las funciones santas, y acabaréis como ellos, siendo la destruccion de vuestras familias, la fábula del vecindario, y el escándalo de la Parroquia.

Llámo mala compañia la de aquella persona curiosa, inquieta, y maldiciente, que se informa de todo, que juzga temerariamente del proximo, y no habla sino para censurar su conducta; que entra en lo mas interior de las familias; que pasa su vida en indagar, fabricar, y esparcir novedades, y sembrar falsos rumores, de donde viene llamado la gacera de la Ciudad. A un carácter de esta especie el Espíritu Santo en el capitulo 22. y 28. del Eclesiástico, lo llama *odioso*, y *maldito*. Huidlo pues, queridos hijos mios, porque de otra suer-

suerte sereis tambien odiosos, y malditos. Os inspirará poco à poco sentimientos de menosprecio, ò de odio contra vuestro proximo. Su lengua, semejante à la de un aspid, derramará su veneno en vuestra alma, y hará desfallecer en vosotros la caridad que debemos tener los unos para con los otros. ¿Contaréis acaso vosotros con gusto aquello que oisteis contar con escrúpulo, y remordimiento? Os harán autor de ciertas hablillas, que en realidad no son vuestras; entraréis en todas las conversaciones que corren; os levantarán pleytos, y Dios entre tanto será ultrajado de mil maneras.

Y si se debe temer la mala compañia, no menos es de temer la leyenda de libros perversos; principalmente en este tiempo, en que el libertinage, y la irreligion se quitan la máscara, y aparecen con una imprudencia, ò desvio, que insulta todas las leyes, y no puede ser soportable, sino en un tiempo tan corrompido, como el nuestro, en que vivimos por nuestra desgracia.

Como Jesu-Christo ha constituido Apóstoles, Pastores, Doctores, para la santificacion de los escogidos, para el cumplimiento de los sagrados ministerios, y para la edificacion de su cuerpo mystico, no de otra manera el Demonio escoge entre sus sequaces, Doctores, Predicadores, y Ministros, para que exerciten el oficio de iniquidad predicho de la Sagrada Escritura, al qual dará la ultima mano el Antichristo.

Valga la verdad: ¿Quién ha podido, sino el espíritu de las tinieblas, dár à luz aquellos libros execrables, que destruyen todos los principios, no digo solamente de la Religion, mas aun de la razon del buen sentir, del honor, y de la equidad; y finalmente de la misma naturaleza? Se van multiplicando como una especie de furor, se hacen nuevas impresiones, y se despachan con un atrevimiento jamás igual. Esta es una licencia, que no reconoce superior ninguno: ya no la pueden reprimir, ni la autoridad de un Rey Christianissimo, ni las leyes de un Reyno Cathólico, ni el celo de los Pastores, ni la vigilancia de los Magistrados. Ella es un torrente de malicia, y de corrupcion, que despues de haber roto los márgenes, è inundado las Capitales, desemboca en las Provincias, y corre en fin por nuestras campañas, y arrastra consigo los habi-

tantes de las Villas, y Lugares, llenando de horribles máxîmas à la gente de baja esfera, enseñandoles à nada creer, ni respetar mientras viven; como si nada se hubiese de temer, ni esperar despues de la muerte, soltando de tal manera las riendas à todas las pasiones, sufocando todos los remordimientos, dando entrada à toda suerte de delitos, abriendo el camino à toda infamia, à toda abominacion, à toda maldad, de las quales puede ser capáz un hombre, de suerte que no le retiene, ni el temor de lo futuro, ni los estímulos de la conciencia.

Estos infernales systémas, tarde, ò temprano destruyeran de un golpe Altares, Tronos, Magistrados, y Leyes, si el Dios de nuestros padres, que vela sobre todos, no se levanta à juzgar su causa, y hacer volver todos estos monstruos infernales de adonde salieron.

Huid pues, amados Parroquianos mios, huid, os ruego, por las entrañas de Jesu-Christo, la leyenda de tales libros, escritos solo para corromper las almas; y si nosotros los Párrocos sabemos, que alguno de vosotros los tenga, lo que Dios no quiera, sufrid buenamente si os los quitamos, como lo hace una madre asustada, y temblando, queriendo quitar un puñal de las manos de su hijo, no sea que se hiera con él.

TERCERA REFLEXION.

PEro advierto, que se adelanta la hora, y que nada os he dicho de la oracion: pues este es un punto, en que hubiera debido insistir particularmente; y asi tened la bondad de oirme un poco mas con atencion. Entre tanto que Josué peleaba contra los Amalecitas, estaba Moysés en el monte haciendo oracion con las manos levantadas al Cielo. (Exod. lib. 1. cap. 17. ¥. 8. & seq.) Mientras sus manos estaban levantadas al Cielo, el Pueblo de Dios vencia à sus enemigos: luego que cansadas por la postura incomoda las baja Moysés, los enemigos se hacian vencedores; de suerte que Aaron, y Hur se vieron obligados à sostenerlas mientras duró la batalla, en la qual los Amalecitas fueron destruidos, no por el valor de los soldados, sino por la oracion del amigo de Dios. Es este exemplo

plo admirable para hacernos conocer, no solo la eficacia de la oracion, sino que tambien quan necesaria sea contra los enemigos de nuestra salvacion.

Por quanto podais velar, por quanto salgais à huir, si no oráis, y perseverdis en la oracion, todos vuestros esfuerzos serán inutiles, y quedaréis vencidos. A mas de que hay una infinidad de ocasiones, que no es posible el evitarlas, por estar nosotros obligados, segun nuestro estado, por la caridad que debemos al proximo, por las necesidades de la naturaleza; y finalmente no nos es posible huir de nosotros mismos, siendo nuestro corazon el mayor enemigo que tenemos. Por esto dice el Real Profeta en el Psalmo: *Nisi Dominus ædificaverit domum*: que si el Señor mismo no edifica la casa, todas las vigilancias del que la guarda serán vanas. ¿No habeis oido decir cien veces la proposicion de Jesu-Christo: *Sin mí no podeis hacer cosa alguna.* ? No, Dios, no, decia el Real Profeta David, no pondré mi confianza en mis cosas, ni en mis armas, ni esperaré mi salud de mis proprias fuerzas. Vos solo sois mi esperanza: si vos no me cubris con vuestro escudo, si no me protegeis bajo la sombra de vuestras alas, yo quedo sin fuerza, sin apoyo, sin defensa, y seré vencido antes de entrar en la pelea.

Rogad pues, hijos mios, y orad; no por costumbre, ò con solos los labios, como se hace comunmente, mas con atencion, y con todo el corazon, como lo hace qualquiera que está persuadido de su fragilidad, y vive persuadido de la necesidad que tiene de la gracia. Venid, pues, Dios mio, à ayudarme; daos prisa para socorrerme; ved la muchedumbre, la fuerza, el ódio implacable de mis enemigos, que asehan à mi alma: observad el orgullo, que me domina, la cólera que me transporta, los deseos de venganza que me atormentan, la sed de las riquezas, y de las honras que me abrasan el espíritu de luxuria que me sigue por todas partes, y me tyraniza. Tened, Señor, piedad de mí, porque soy fragil, y miserable; mi alma se pierde, si vos no venís en su ayuda. Pero si acaso sois alguna vez vencidos de alguna tentacion, guardaos bien de perder el ánimo, antes bien levantaos, y gritad mas eficazmente: ¡Hasta

Universidad de Deusto
Biblioteca

quando, Dios mio, seré yo víctima de esta infame pasion! Hasta quando mi vida será un tegido de culpas, y remordimientos, de confesiones, y recaidas, de promesas, è infidelidades!

Pero habeis de advertir, y acordaos, que si la vigilancia, ò la huída de las ocasiones llegan à ser inutiles sin la oracion (porque nada podemos sin la gracia, ni ésta se dá à quien fia en sus fuerzas sin pedirla;) así nuestra oracion será inutil, si no ponemos de nuestra parte la atencion, y hacemos lo posible para evitar todas las ocasiones proximas, puesto que Dios no se ha obligado à salvarnos sin nuestra cooperacion; y en el negocio de nuestra salvacion, como en los demás negocios del mundo, no es menester olvidarse de aquel dicho tan sabido: *Ayudate, que yo te ayudaré.*

Velad, huid, y orad: no separéis jamás estas tres cosas. Velad sobre vuestro entendimiento, sobre vuestro corazon, sobre vuestros sentidos: guardad vuestra vista, y vuestro oido, que son como las puertas por donde el pecado entra en el alma: huid las ocasiones del pecado, las malas compañias, y la leyenda de malos libros; no os expongais voluntariamente, y sin necesidad à las tentaciones; orad con todo el corazon, con toda vigilancia, y perseverancia, y con un deseo ardiente de obtener la gracia bastante para vencerlas.

Exâminad vuestra vida, y veréis, que todas las veces que habeis caído ha sido, ò porque faltasteis por negligencia, ò porque os expusisteis à la ocasion, ò porque no habeis orado con fervor, y con la debida perseverancia. Velad, huid, y orad. Si os acordais bien de estas tres palabras, sabréis todo aquello que es menester para ser Santo, y llegareis à serlo, si las poneis en práctica.

Bendito seais, Señor, y Dios mio, que enseñais à mis manos à pelear, y mis dedos à hacer la guerra. La verdad de vuestra divina palabra es un escudo impenetrable, con el qual rechazaré los dardos encendidos de mis enemigos. Vuestra misericordia será mi guarida, vuestra gracia mi fortaleza, y vuestra proteccion mi bien. Con tal ayuda, y armas no temeré las saetas, que vuelan de dia, ni al espíritu de las tinieblas, que gyra de noche, ni los artificios del pa-

padre de la mentira, aquel demonio meridiano, que se transforma en Angel de luz, para alucinar las almas justas. Dichoso aquel, que estando à la hora de la muerte, podrá decir como vuestro Apostol: He peleado una gran pelea; he resistido, mas no yo, sino la gracia de Jesu-Christo conmigo, à todos mis enemigos: llegó ya el fin de mi carrera; se ha acabado la batalla, y espero con confianza la corona de justicia, que vos habeis prometido, ò justo Juez, ò buen Salvador mio, à aquellos que habrán peleado varonilmente, y habrán perseverado hasta el fin. Os deseo, amados Parroquianos mios, esta corona inmortal, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo.* Asi sea.

SERMON

PARA EL SEXTO DOMINGO despues de la Epifanía.

SOBRE LA RELIGION.

Hæc omnia locutus est Jesus in parabolis ad turbas.

Todas estas cosas dixo Jesus en parábolas à las turbas. *S. Mathéo cap.* 13. ℣. 34.

¡Dichoso aquel Pueblo, que tuvo la felíz suerte de ver con sus proprios ojos lo que jamás se cansan los Angeles de contemplar! Que oyò con sus oidos las palabras llenas de gracia, y de verdad, que salian de su divina boca! ¿Pero por qué lo llámo yo dichoso? Debia decir antes: desgraciado Pueblo, ingrato, y ciego, que no conoció su

Universidad de Deusto
Biblioteca

su propria felicidad; como debo llamar al nuestro infelíz si no comprehende, ni conoce la suya. Criados nosotros en la Religion de Jesu-Christo, apacentados en su rebaño, y bajo el cuidado de este buen Pastor, oimos su voz, y poseemos con su persona adorable todos los tesoros de la ciencia, de la sabiduría, y de la gracia: ¿No es esta una gran dicha nuestra? ¿Quánto, pues, deberiamos estimar una Religion tan santa, la qual, quanto mas se considera, tanto parece mas digna de reynar en todos los corazones? Pero ò! estraña cosa! Se encuentran entre sus mismos hijos algunos que la aborrecen, que se levantan contra ella, y que hacen todo esfuerzo posible para destruirla. Con el fin, pues, de confundir à estos tales, os haré ver, que no hay cosa en nuestra Religion, por qualquiera parte que se exâmine, que no sea amable: ella es amable por la verdad que enseña; amable por sus leyes, y mandatos que nos hace; amable por el afecto que tiene à nuestras almas.

PRIMERA REFLEXION.

ELLA es amable por la verdad que nos enseña; vosotros bien conoceis, amados oyentes mios, estas preciosas verdades, que forman las esperanzas, la gloria, y el consuelo de los Christianos. Venid, amados hijos mios, dice esta Religion, y escuchad la voz de vuestra Madre. El Dios que propongo à vuestra Fé, no tiene cosa alguna que no sea infinitamente digna de vuestra adoracion, de vuestro agradecimiento, y de vuestro amor; asi como vosotros no teneis cosa alguna, excepto el pecado, que de él no venga, que no sea digna de él, y que no deba referirse à él.

El los ha criado no animales irracionales, sino à su imagen, dandoos un alma inmortal, capáz de conocerlo, de amarlo, y que solo para esto la crió. No habeis venido al mundo casualmente; habia ya destinado en la eternidad vuestro nacimiento: él ha contado ya vuestros dias, hasta el número de vuestros cabellos: él vela sobre vosotros con una bondad infinita; quiere que le llameis con el dulce nombre de Padre, y os ama como à la niña de sus ojos: él os ha sacado de la nada, para haceros gozar una vida eternamente fe-

feliz, y en vuestras manos dejo el conseguirla, respecto que por Dios no quedará jamás. No por otro fin él nos dá los auxilios eficaces, sino para evitar el mal, y hacer buenas obras, puesto que sinceramente quiere la salvacion de todos los hombres, amando él todas las almas, y no aborreciendo nada de quanto ha hecho. Sufre à los malos con una paciencia, que solo él es capáz de ella: no castiga sino contra su voluntad; y porque si no castigáse el pecado, seria igualmente injusto, como si no premiáse la virtud; pero quando se trata de conceder gracias, alarga la mano, y derrama todas las riquezas de su bondad: en caso que haya de castigar, parece que se acorta su mano, y que se ha de hacer mal en su brazo.

Levantad los ojos, y ved à este mediador Jesu-Christo puesto por tal entre Dios Padre, y los pecadores; que se ha hecho hombre para servir de modélo à todos los hombres, que ha padecido, y muerto para libraros de la muerte eterna. Jesu-Christo, que no solo está sentado à la diestra del Padre para ser vuestro Abogado para con él, sino que tambien está en medio de vosotros en cuerpo, y alma, continuando à ofrecerse por manos de sus Ministros, como una santa víctima siempre inmolada, y siempre viva, para quitar los pecados del mundo. Jesu-Christo, cuya sangre ya derramada no cesa de dar voces al Cielo, no para pedir venganza, como la de Abél, sino para pedir gracia, y misericordia. Dios mio, ¡quán amable me pareceis, quantas veces la Religion Christiana me habla de vos!

Esta misma Religion es tambien amable por las idéas que me dá de Dios, y de mí mismo. Dios me ha criado à su imagen, y semejanza, mi alma es un soplo suyo; de él procedo, y solo soy hecho para él: él es mi primer principio, y mi ultimo fin. Lleno de este pensamiento, solo concibo menosprecio de esta tierra: no tengo sino nausea de este mundo, y todo lo que no sea mi Dios, lo reputo indigno de mí. Vos, ò Dios mio, os habeis hecho hombre, os habeis hecho pobre, y humillado, habeis padecido, y habeis muerto. ¡Qué fuente inexausta de consuelo no encuentro en todas estas verdades! La afliccion, el dolor, la humillacion, la muerte misma, unidas, y consagradas en la persona de Jesus Salvador mio,

mio, mudan, por decirlo asi, de naturaleza, y el nombre: se hacen desear, y de hecho vemos muchos hombres que las desean, que las buscan, y las aman, y se las hacen sus delicias, despojandose de todo, à fin de asemejarse à Jesu-Christo pobre: maltratan ellos su proprio cuerpo, para asemejarse à Jesus, que padece: se gozan en medio de las tribulaciones, miran la muerte como una ganancia, y como la destruccion del muro que les separa de Jesu-Christo. ¡Quán amable es pues esta Religion, la qual muda lo amargo en dulce, la afliccion en alegria, la humillacion en gloria, el dolor en contento, y en rosas las espinas!

SEGUNDA REFLEXION.

CRece la amabilidad de esta Religion al considerar que ella no predica mas que el amor, y la caridad, no siendo ella misma sino amor, y caridad. Esta Religion hace dichosos à los que la profesan, y haría dichoso à todo el mundo, si todo él la profesáse. Hablad, pues, Religion santa, decid: ¿Quáles son vuestras leyes? Quáles vuestros mandamientos? Qué es lo que debo hacer yo para obtener la vida eterna?

Amarás à tu Dios, me responde, con todo tu corazon, y al proximo como à tí mismo: he aqui el compendio de todas las leyes; y asi como este mandamiento comprehende todos los demás, asi yo no pretendo otra cosa de tí. Amad à Dios con todo vuestro corazon: esto es, en todas, y por todas cosas, pues en todas ellas es infinitamente amable. Si sufre à los pecadores, amad su justicia; si les perdona, amad su misericordia. Amadlo en las riquezas, porque de él vienen: en la pobreza, porque él ha sido pobre: en las aflicciones, porque son estas las señales de su amor.

Amadlo en vuestros amigos, porque sin él no hay ninguno verdadero; en los enemigos, porque son hermanos vuestros; en los que os persiguen, porque son instrumentos, de los quales se sirve para probaros, ò como las varas, con las quales castiga à sus hijos. Lo amaréis en todos los hombres, porque son ellos todos su imagen; lo amaréis en todas los criaturas, porque todas ellas son obras de su poder, de su sabiduría, de su providencia, y de su bondad.

Amadlo en vuestros pensamientos, y deseos, en vuestras palabras, y acciones; pues todo esto nada seria, si no se encontráse en ello alguna parte de aquel fuego, que él mismo vino à encender à la tierra. Sin este amor desfallece la fé, vacila la esperanza. Si este mismo amor no empieza à nacer en un corazon, es falsa la penitencia, nula la confesion, y la comunion infructuosa. Amad primero, y despues haced lo que os agrade: porque todo quanto haréis amando, será precioso en la presencia de Dios. En qualquiera estado que os encontréis, en qualquiera disposicion de cuerpo, y alma que os halléis, seréis precisamente dichosos, si amais à Dios con todo vuestro corazon, y à vuestro proximo como à vosotros mismos.

Amados hijos mios, amaos los unos à los otros en Jesu-Christo, y por Jesu-Christo; vuestra caridad se estienda generalmente, y sin excepcion, à todos los hombres: sean ellos grandes, ò pequeños; ricos, ò pobres; parientes, ò estraños; amigos, ò enemigos; buenos, ò malos; Christianos, ò infieles, no importa: vuestro amor comprehenda à todos en el corazon de Jesus, porque en él se encierran todos; porque la naturaleza humana de Jesu-Christo es comun à todos. ¡O buen Jesus, quién puede dejar de amar una Religion que enseña una tal moral, y que habla con tan dulce lenguage!

En una palabra, amados Parroquianos mios, ¿conoceis quán amable sea esta Religion en los mandatos que nos dá? Fingios un Reyno, en el qual todos los subditos observan exàctamente todas las leyes: en tal suspension, veréis desterrarse los vicios, y reynar la virtud. Veréis los superiores justos, sóbrios, afables, atentos, benéficos; los inferiores humildes, obedientes, y quietos. Los ricos serian caritativos, y desinteresados; los pobres laboriosos, y contentos. Se disiparian los pleytos, las disputas, las discordias, las disensiones, y fraudes del comercio; la maledicencia en las conversaciones; cesaría la destemplanza en el comer, y beber; la impureza en el hablar, y obrar; el libertinage en la juventud, y la infidelidad en los casados. Los padres serian la feli-

cidad de sus hijos, y estos la alegria, y consuelo de sus padres. Todas las familias se verian unidas, en todas partes reynaria la verdad, la buena fé, la dulzura, y la paz, si hubiese, pues, un tal Reyno, en el qual todos observásen quanto nos manda la Religion Christiana: ¿quién no vé que sería la verdadera imagen del Paraíso? ¡O Religion divina! Cómo se podrá dejar de amaros, teniendo la dicha de conoceros?

Pero si despues de todo ósto, amados Parroquianos mios, no sentis en vosotros por esta Religion aquel tierno afecto, del qual es ella tan digna, echad una ojeada à la ternura que alimenta en su seno por cada uno de nosotros.

TERCERA REFLEXION.

EN el instante mismo que nacemos al mundo, ella nos imprime su carácter, nos distingue con el sello de Jesu-Christo, nos acoge en sus brazos, nos coloca en su seno, y jamás nos pierde ya de vista. Apenas entramos en el uso de la razon, ella nos confirma en la fé con un nuevo Sacramento, el qual nos dá el Espíritu Santo con la abundancia de sus gracias. Luego que tenemos edad para conocer à Jesu-Christo, nos hace sentar à su mesa, y despues que hemos probado su cuerpo, y sangre, no cesa de exhortarnos frequentemente à alimentar nuestras almas de este Pan de Angeles. Si por nuestra desgracia caemos en algun pecado, nos llama al Tribunal de la penitencia, y misericordia, la qual tiene siempre abierta à los mayores pecadores para hacerlos renacer en Jesu-Christo. Ella preside à vuestras alianzas, bendice, y santifica vuestros casamientos, de los quales espera recibir nuevos hijos. Mantiene un gran número de Ministros, que suceden sin interrupcion unos à otros, à los quales distribuye los diferentes ministerios, que cada uno debe exercitar.

Pastores, Predicadores, Doctores, atended, sin cesar, à instruir à mis amados hijos. Ofreced por ellos el cuerpo, y sangre de Jesu-Christo. Amaestradlos en la ley, quitad sus dudas, enseñadles, corregidles, reprehendedles: animad los flacos, mantened los fuertes, llamad los que se descarrian, e id en busca de los que huyen. Acoged con alegria, y afecto

à los que vuelven: perdonad los pecados, distribuid el pan de la palabra de Dios en todos tiempos, y de la manera que mejor sepais, y segun el carácter, la disposicion, y capacidad de cada uno. Sed sencillos con los que lo son, sabios con los sabios, flacos con los flacos, y fuertes con los que son fuertes. Haceos todo para todos, id, venid de dia, y de noche, y en todo tiempo, y lugar velad por la conservacion de las almas: os lo encomiendo, no las perdais de vista, me habeis de dar cuenta de ellas, y habeis de ser responsables.

O! qué gran buena Madre es la Religion Christiana! Quán tierna es para con sus hijos! Si están enfermos, acude à remediarlos; nuevos Sacramentos, nuevas gracias: no se aparta jamás de la cabecera de la cama para recibir su ultimo suspiro, y ponerlo en manos de quien salió; pero no por eso la pierde de vista: pues en el mismo tiempo que procura dar sepultura al cuerpo, ruega con solicitud al Padre de las misericordias, que reciba su espíritu, que es su imagen, y el precio de la sangre de Jesu-Christo. A mas de esto, el celo de la Religion Christiana no se estiende solo à aquellos que viven en su gremio, sino que se estiende à todas aquellas ovejas que están fuera de su redil. Pasa los mares; vuela de una à otra parte del mundo para atraerlas à su rebaño; no cesa de rogar jamás al buen Pastor por la conversion de los Judíos, de los Paganos, y de los Hereges, y ruega tambien por sus mismos enemigos, y perseguidores.

Venid ahora vosotros, que haceis todos los esfuerzos para desacreditar esta santa Religion, que no podeis sufrirla, y que os dejais llevar contra ella de una especie de loco furor, despedazandola en todas ocasiones; venid, y decidnos, ¿qué mal os ha causado? *Quid enim mali fecit?* Lo haceis por ventura porque os propone mysterios, que no conoceis, ni comprehendeis? Pero no son estos la fuente de mil beneficios? Y si no fuesen otro que mera invencion de la mente humana, no debriais agradecer unos mysterios, que hacen tanto honor à la naturaleza humana, que la ennoblecen de manera, que casi la hacen divina? Pero estos mysterios qué mal causan à la humanidad? Ha mandado jamás la Religion Christiana tomar las armas à sus hijos para que entre si peleen? Po-

dreis acaso atribuirle la causa, y culpa de las turbulencias de la heregía, si no hubiese jamás habido ningun espíritu del mismo temparamento que el vuestro, si no hubiese jamás existido ningun hombre enemigo de la autoridad, que no pueden sufrir ningun yugo, que menospreciau la dominacion, y maldicen à la soberana Magestad? Fue jamás juzgado delito de la madre tener hijos rebeldes, y desleales, que conmueven toda su casa, que despedazan el seno de aquella que los dió à luz, y que arrancan del pecho las partes que los sustentaron?

¿Quereis, pues, vosotros atribuir à la Religion los vicios de sus hijos, ò las imperfecciones de sus Ministros? No conoceis, que los Christianos son malos, porque se apartan de las máximas de su Religion? Que ordena à sus Predicadores que sean los primeros à practicarlas, queriendo que sean la luz del mundo, y la sal de la tierra, y que esparzan por todas partes el buen olor de las virtudes?

¿Qué mal, pues, os ha hecho? *Quid enim mali fecit?* Será acaso el que ordene à todos aquellos, de quienes dependeis, ò que dependen de vosotros, con quienes teneis que entender sobre algun negocio, ò estais obligados à vivir, el que mande, digo, à todos que cooperen à vuestro buen estar, à vuestras obligaciones, y à vuestra felicidad? Que mande à vuestra esposa el honraros, el seros fiel, el ser el ornamento de vuestra casa, y la dulzura de vuestra vida? A vuestros hijos el obedeceros, y amaros, y el no hacer cosa que pueda contristaros, y disminuir vuestro gozo? A vuestros criados el amaros, y el cuidar de vuestros bienes, como si fuesen proprios suyos; el serviros, como si sirviesen al mismo Jesu-Christo? A vuestros amigos el no haceros traicion; à vuestros enemigos el perdonaros; à todos los hombres el amaros, y el no hacer mal tercio, ni à vuestros bienes, ni à vuestra reputacion, ni à vuestra vida, antes bien el trataros de la misma manera que desearian ellos ser tratados?

¿Qué mal, pues, os ha hecho? *Quid enim mali fecit?* Os sabe acaso mal haberos hecho ella renacer en Jesu-Christo, el haberos acogido en su seno, y haberos hecho partícipes de quanto ella tiene de mas precioso, y de mas sagrado? Se-

Serán para vosotros delitos sus beneficios? La semilla de la fé que recibisteis en el bautismo, el qual queda en vosotros para vuestra confusion, aunque lo llaméis la fuerza de la preocupacion, porque os hace sentir algun remordimiento, os es odioso de tal suerte, que excite vuestra cólera, y os haga enfurecer contra el bautismo, y despedazar las entrañas de vuestra madre, por sola la razon que fuisteis concebido en su seno, y que es vuestra madre?

Pero finalmente, ¿por qué no os armais del mismo furor contra tantas otras religiones, las quales tienen mysterios mil veces mas absurdos, que son los nuestros incomprehensibles? Por qué siendo la Religion Christiana la mas perfecta de todas, como vosotros mismos confesais, haceis à ésta, antes que à otras, la guerra? Lo haceis acaso, porque os parece que ésta es mas séria? O por qué sospechais de su verdad? O por qué temeis que no sea verdadera, ò bien porque probais interiormente un enfado, è indignacion, por no poder convencer de falsedad una Religion, que hace diez y ocho siglos que triunfa de vosotros, y de vuestros iguales? Y en tal caso, no encontrará ella la prueba de su verdad en los mismos esfuerzos que haceis para abatirla?

Amados Parroquianos mios, perdonadme, me ha arrebatado el celo demasiado lejos; vuelvo à vosotros, y acabo con una reflexion, que sigue naturalmente, en consequencia de todo quanto habeis oido. De nada aprovecha el conocer la Religion Christiana; los pecadores, los incrédulos, los impios, los mismos demonios la conocen. De nada sirve el confesar que es bella: los hombres ciegos por la pasion podrán solamente contradecirlo. No basta amarla; seria menester toda la malicia, y todo el rencor del infierno para aborrecer una Religion, que en todas sus partes es amable, y ella misma no aborrece sino el mal. Nada significa el conocer la Religion; reputarla buena, es poco; amarla, no basta: todo consiste en practicarla, y llevar una vida conforme sus Mandamientos.

Os damos mil gracias, ò Dios mio, que por un efecto de vuestra infinita misericordia, sin merecimiento ninguno nuestro, nos habeis hecho nacer en el gremio de la verdadera Re-

Religion. Unidnos à ella de nuevo con mayor fé, que produzca toda especie de buenas obras. Haced que encontremos nuestra gloria, y nuestro consuelo en las verdades que ella nos enseña; nuestra dicha en el cumplimiento de sus Mandamientos; nuestro bien en la abundancia de los auxîlios que nos procura, y por medio de los quales nos dá, é infunde la esperanza, que despues de haber sido llamados, y santificados en la tierra, serémos para siempre glorificados en el Cielo. Así sea.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE SEPTUAGESIMA.

SOBRE EL TRABAJO.

Quid hîc statis tota die otiosi?

Para qué estais aqui todo el dia ociosos? *S. Mathéo cap.* 20. ℣. 6.

LA primera verdad que habeis aprendido de vuestros padres, amados Parroquianos mios, la primera que vosotros mismos enseñais à vuestros hijos, es, que Dios nos ha hecho venir al mundo à trabajar para ganar el Cielo: de donde procede, que el hombre el mas ocupado, el mas laborioso, no es sino un hombre ocioso, si pasa su vida sin hacer cosa alguna, quando su ultimo fin, y mira, no es el salvar su alma, y ganar el Paraiso. Todos los movimientos, pues, que yo hago, de nada me sirven, si no atiendo principalmente à mi salvacion. Es esta una verdad que sabeis, que confesais, y que vosotros mismos publicáis. ¿Quál, pues, juzgáis que sea mi intento, quando dirijo hoy à vosotros las palabras de nuestro Evangelio? Será por ventura à persuadiros, que dejeis vuestras ocu-

ocupaciones, y vuestro estado, para que solo penseis en vuestra salvacion? No: antes bien vengo à exhortaros al trabajo, à haceros conocer su necesidad, y à proponeroslo como un medio el mas proprio para vuestra salvacion: porque trabajando, hacemos la voluntad de Dios, somos utiles al proximo, apartamos el ocio, el qual, como ya sabeis, es el origen de todos los vicios.

Oid por tanto tres reflexîones, que os servirán de infinito provecho quando las consideréis bien, y os las hagais vuestras. El trabajo mirado en quanto à Dios, que nos ha condenado à la fatiga, es consiguiente, y castigo del pecado: es menester, pues, trabajar con espíritu de penitencia. El trabajo considerado en quanto al proximo, es una obligacion, que nos imponen las leyes de la sociedad de los hombres; es menester, pues, trabajar con espíritu de caridad. Considerado à mas de esto respectivamente à nosotros, es un remedio contra el vicio; es menester, pues, trabajar con espíritu de prudencia, y circunspeccion. Atencion, que no seré mas largo de lo que acostumbro.

PRIMERA REFLEXION.

EN primer lugar, el trabajo à que Dios ha condenado à todos los hombres, es un consiguiente, y castigo del pecado. ¡Infeliz Adán, que hiciste? Te habia preparado una vida feliz, una deliciosa permanencia en el Paraiso terrestre; pero con tu desobediencia, todo lo has destruido, todo lo has perdido. Esta tierra que yo bendige, será maldita por tu pecado; producirá espinas, y abrojos de toda especie, para castigarte, y exercitar tu paciencia. No vivirás ya de sus frutos, si no te los procuras con tu sudor, y trabajo toda tu vida; las fatigas sucederán las unas à las otras, desde la Primavera, hasta el Otoño, y desde el Otoño, hasta la Primavera: comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que te vuelvas polvo, del qual fuiste formado.

Esta es, amados Parroquianos mios, la sentencia que Dios eterno pronunció desde el principio contra la tierra, y contra todos los pecadores que la han de habitar. Ella se mudó lue-

luego en una mansion de penas, y trabajos, y en un lugar de destierro, un valle de lágrimas. Las criaturas que Dios ha bia hecho para contento, y felicidad de nuestra vida, se mudaron en instrumentos de su justicia, reservandolas, quando bien le agradáre, para infundir el terror, y consternacion sobre la tierra.

Ahora llama à los furiosos vientos, que vienen de todas partes, para echar à tierra nuestros frutos, para arrancar las plantas, destruir las casas, conmover al mar en sus abysmos, levantar sus olas, y tragar las naves, de las quales está cubierto. Ahora hace llover impetuosamente à las nubes, se hinchan los rios, è inundan nuestras campañas, las cubren de estéril arena, penetrando hasta dentro de nuestras casas, y llevando consigo los hombres, y las bestias. Aqui hace sazonar las mieses con el ardor del Sol: allá, mientras hace resonar el trueno, manda al granizo destruir los frutos de la tierra; ahora tal vez junta una prodigiosa quantidad de insectos, que roen, y gastan las plantas. A tan desastrados males, suceden tambien por su disposicion las guerras, las quales, despues que la tierra ha sido habitada de pecadores, la han teñido con su sangre, y fecundado con sus cadáveres: manda tambien à las enfermedades contagiosas, que infesten unas Provincias despues de otras, arrastrando consigo por donde pasan el horror, el desastre, y la muerte. Excita nuevos terremotos, hechos ya comunes de algunos años à esta parte, que parece nos anuncian la ruina del Universo, predichos por las Escrituras, como los anuncios de la total destruccion. ¿No se podria decir, ò Dios mio, que el soplo de vuestro furor penetra hasta el centro de la tierra, para encender el azufre que alimenta en sus entrañas, à fin que conmueva el mundo con sus espantosos movimientos, que la hacen temblar, y que hacen sepultar las ciudades enteras?

Estas, amados hermanos mios, son las señales evidentes, y los terribles efectos de aquella maldicion, que Dios fulminó contra la tierra, despues del pecado de Adán. De hecho, ¿qué ha sido la tierra despues de aquella maldicion, sino el theatro de las miserias humanas, las quales miserablemente le suceden de siglo en siglo, y de año en año? Tierra avára, que no pro-

produce sus frutos, sino à fuerza de cultivo, y parece que aun los dé de mala gana; tierra de afliccion, y amargura, que produce espinas, no solo para aquellos que las cultivan con el sudor de su rostro; mas aun para todos los pecadores que la habitan.

Valga finalmente la verdad, amados oyentes mios; estas espinas las encontramos todos en qualquiera estado en que la divina Providencia nos ha colocado: el Artesano las prueba en su oficio; el Mercader en su negocio; la Cabeza de familia en su gobierno; el Soldado en el exercicio de las armas; el Magistrado en el estúdio de las leyes; el Pastor en su ministerio; el Grande en su grandeza; el Rico en sus riquezas; recorred todos los estados, desde el Soberano, hasta el mas ínfimo subdito, y encontrad un empléo, un oficio, una profesion, un estado, al qual no estén anexas la fatiga, la sujecion, la repugnancia, ò bien lo agraven el desagrado, la afliccion, y la tristeza.

En el comercio, por exemplo, qué agitaciones, qué penas, qué viages de noche, y de dia, en todo tiempo, y estacion? En la guerra, qué no se ha de sufrir? El calor, el frio, la hambre, la sed, toda suerte de incomodidad, toda especie de fatigas; y sobre todo, el exponer à riesgo de mil modos la vida.

A mas de esto, aquellas, cuya condicion parece dulce, ò menos fatigosa, no mirandose mas que la superficie; por exemplo, el Avogado, que padece por la justicia, el Juez que la maneja, el Eclesiástico atento à la direccion, è instruccion de las almas, el Ministro dedicado al gobierno del Reyno, ¿qué incomodidades de cuerpo, y alma no deben padecer? Qué cosas no han de saber, quántos papeles no han de registrar, quántas dificultades han de allanar, y quántas noches han de pasar en vela? Quántos genios no deben estudiar, quántas cabezas manejar, quántos intereses de conciliar, qué precauciones no han de tomar? A qué pensamientos, quejas, mortificaciones no están expuestos? Creedme, amados hijos mios, las mas agudas espinas acompañan los puestos mas sublimes; lo saben muy bien, y lo prueban aquellos que quisieron cumplir exâctamente con su obligacion.

Ni uno solo hay, que muchas veces no repute su condicion mas dura, y penosa, que la de un Labrador, que lleva el peso del dia, y del calor. Los Reyes mismos prueban tambien estas espinas, que crecen en sus Palacios, hasta en el mismo Trono. Salomón lléno, y saciado de deleytes, y riquezas, no encuentra en todas partes sino trabajos, y aflicciones de espiritu.

¡O Dios mio, nacido ya en una tierra maldecida por vos, con profunda humildad me someteré al yugo impuesto à todos los hombres! Las ocupaciones de mi estado, las aflicciones del cuerpo, y alma, sus compañeros inseparables, son conseqüencias del delito de mis padres, os las ofreceré, pues, en remision de mis pecados; y me fatigaré, no meramente para sustentar mi vida, que sería fatiga de un pagano que no os conoce, y que no acarrea otro fruto de su trabajo sino el temporal; trabajaré, no por atesorar bienes, y dinero, no por espiritu de avaricia, por ambicion, por lograr credito, y estima del mundo; pues de esta suerte alimentára mi sobervia: en este caso, en lugar de servirme el trabajo de penitencia, sería un nuevo pecado; sino que trabajaré, porque vos asi lo habeis mandado, y porque me habeis condenado, ò Dios infinitamente justo, à comer, durante mi vida, el pan con el sudor de mi rostro; el principal fin que me propondré en mis operaciones, será el hacer vuestra santa voluntad. De qualquiera manera que sean las espinas, y aflicciones de mi estado, las recibiré, y sufriré con buen corazon por amor vuestro, y porque soy pecador.

Esta es, amados Parroquianos mios, la primera razon que nos debe obligar à tomar, y sufrir la fatiga: lo debemos à Dios, que nos ha condenado à trabajar como pecadores; lo debemos à mas de esto à nuestro proximo, y à la sociedad, de la qual somos miembros. Es cosa justa, que nosotros trabajemos por los otros, pues los demás trabajan por nosotros.

SEGUNDA REFLEXION.

VOsotros, dice el Apostol San Pablo, sois miembros unos de otros; pero asi como los miembros del cuerpo humano se ayudan entre sí, se sustentan, y mútuamente se alivian, asi hay en el mundo muchos estados necesitados los unos à los otros, y asi debe ser; porque si todos los hombres cultivasen la tierra, ¿quién administraría la justicia? Quién nos defendería de nuestros enemigos? Quién haría las funciones del Sacerdocio? Y asi recorred todos los demás.

Ahora, pues, observad como cada uno en su estado trabaja por servir à los otros. El Juez no lo es para sí; el Sacerdote no lo es tampoco para sí mismo; el Mercader, el Labrador, el Artesano trabajan todos los unos por los otros; en suma qualquiera que sea el oficio que teneis, ò el empleo que exercitais, podeis decir: Yo trabajo por una infinidad de personas que trabajan por mí. ¡O quán eficáz es esta reflexion para inspirarnos el amor al trabajo, quánto avergüenza à los ociosos!

De hecho, ¿qué concepto se puede formar de un hombre ocioso? Es semejante éste à aquellos tumores carnosos, que nacen muchas veces en el cuerpo humano, los quales se alimentan de la misma sangre, y substancia que los miembros mas utiles. Es un abejorro, que se come la miel de los panales, una mala yerba, que consume el jugo de la tierra, destinado para hacer crecer las plantas utiles, y necesarias; un ingrato, que nada hace por ninguno, mientras todos por él trabajan; un arbol inutil, y solo bueno para el fuego; una especie de monstruo en la sociedad, que, como dice San Pablo, no debe comer, ni merece estar en el mundo, porque no trabaja; y si un tal ocioso ocupa por desgracia un puesto considerable, él es, à mas de todo lo dicho, un ladron público, que goza los honores, y rentas que le produce la dignidad, cuyas obligaciones no cumple; porque tales rentas, y honores, no le pertenecen de justicia, luego que él no cumple con las obligaciones contraidas con sus conciudadanos, entre los quales ocupa un lugar honorifico, solo para serles

de mayor provecho, llevando un poco de conseqüencia.

Yo no tengo empleo, vivo de mis rentas, y no tengo deudas contraídas con ninguno. ¿No teneis deudas con ninguno? Exâminaos bien por vuestra vida, de cabeza à pies, y observad quántas personas se fatigan para alimentaros, para vestiros, para procurar vuestras comodidades, y gustos; quántos otros atienden à la conservacion de vuestros bienes, à vuestra salud, à la instruccion de vuestra alma: ¿y todo esto no merece algun sentimiento de agradecimiento? No sois un ingrato si no buscais el haceros util de algun modo à la sociedad de los hombres, que procuran por vos tantas ventajas?

¿Faltan, por ventura, miserias que aliviar, enfermos que visitar, afligidos que consolar, pleytos que ajustar, y enemigos que reconciliar? Yo no hablo de aquellos que tienen bienes que hacer fructíferos, casa que gobernar, hijos, y domésticos que instruir; pero digo: ¿Quién es aquel, que no teniendo hijos, ni muger, ni familia, y viviendo de sus rentas, ahora sea en ciudad, ahora en campaña, que no pueda servir al proximo de mil modos, y emplear la mayor parte del tiempo en hacer obras buenas, las quales siendo hechas con espíritu de caridad, lo enriquecerian al mismo tiempo delante de Dios, y lo harian util à la sociedad, de la qual es miembro?

¿Vos no teneis empléo? Pero para vos es menester tomar uno. Si hubieras vivido en tiempo de los Idólatras Egypcios, hubieras sido castigado con la muerte, porque apedreaban, sin comparacion, à qualquiera que no tuviese ningun exercicio, ò empléo.

Pero quando no tuvieras profesion alguna, ¿qual es el hombre que no encuentra en que ocuparse, supuesto que quiera, y de emplear el tiempo en una manera util à los otros, y à sí mismo? Aquel tiempo, que es tan precioso, tan breve, tan momentáneo, y del qual nos pediréis cuenta, ò Salvador nuestro, hasta del ultimo minuto: vos, que mientras duró la vida mortal, aunque no fuiste pecador, ni debiste nada à ninguno, habeis con todo trabajado desde vuestra juventud.

Dios

Dios mio, ¿cómo se puede vivir sin hacer cosa alguna? Se vive no como Christiano, ni como hombre, sino como un animal, ò como las plantas, que no hacen mas que engordar: con la diferencia, que las plantas, y animales viven por la gloria de Dios, y para el servicio del hombre, en lugar que la gente ociosa no vive sino para sí misma: ò para decirlo mejor, vive para deshonrar la Religion, y la humanidad con toda especie de vicios, quasi inseparables de una vida ociosa, è inutil, tercer motivo, y razon, que hace el trabajo necesario, y que debe hacernoslo amar.

TERCERA REFLEXION.

EL Espíritu Santo nos enseña, todos los Doctores lo han repetido, todos los Predicadores nos lo anuncian, todo el mundo lo dice, lo confirma la experiencia, no hay cosa mas verdadera, que el ocio es el padre, el maestro, la escuela, y la fuente de mil vicios, y miserias. No salgamos de la Parroquia para ser mas breves.

Se oyen murmuraciones, falsas acusaciones, juicios temerarios, los veremos todos producidos del ocio; un hombre aplicado todo al trabajo, y à sus negocios; una muger trabajadora, que cuide todo el dia de la educacion de sus hijos, y de los negocios de la casa, no se entretienen en criticar à sus vecinos, ni cuidan de lo que nada les importa, ni pertenece. El ocio es quasi siempre la causa de la embriaguéz: el que ama el trabajo, no quiere perder el tiempo, y el dinero en la taberna. Se mueven pleytos en las familias, y el ocio ordinariamente tiene la mayor parte: en una casa donde todos trabajan, no falta el pan; proviniendo de la ociosidad la pobreza, produce el mal humor, y consiguientemente la discordia. Hijo mio, si eres ocioso, te aseguro que serás un deshonesto: y vosotros, que deseais conservar la mas bella, y mas amable de todas las virtudes, la perdereis, si siempre os encontrais sin ningun empleo. El trabajo disipa los malos pensamientos, apaga el fuego de la luxuria, tiene entretenido el ánimo, doma el cuerpo; no pensaréis mal, si os ocupais en cosas utiles.

¿Qué-

¿Queréis algun exemplo? Leed la Sagrada Escritura. Entre tanto que Sanson pone la mira, y cuidado en vencer à los enemigos de su pueblo, conserva su fuerza, y su gloria: luego que se echa à dormir à los pies de una muger, pierde su fuerza, su valor, y toda su honra. ¿Quién hizo caer à David? el ocio: mientras marcha à la frente de los exércitos, es casto, manso, y justo. Luego que queda ocioso en su Palacio, lo veis mudado en un adúltero, y homicida. Mientras Salomón atiende, y cuida de la fábrica del Templo, es el mas sabio de todos los Reyes: luego que cesa de su cuidado, y trabajo, se vuelve tan necio, quan sabio habia sido antes.

Un hombre ocioso es siempre un pícaro, y embustero: todo lo quiere vér, de todo quiere enterarse, y meter su mano en todo. Hace mil preguntas sobre qualquiera cosa que debia ignorar, y que nada le toca. No hay gente mas molesta que los ociosos, no solo por su inmoderada curiosidad, sino tambien por el enfado que causan. No hablan sino de las miserias, y defectos del proximo, de los negocios agenos, del tiempo, de las novedades, y fábulas, que se esparcen, y que muchas veces ellos mismos inventan. Los tales son maldicientes, envidiosos, embusteros, y viciosos en todo genero. Si el hombre ocioso es pobre, es por consiguiente un ladron, puesto, que el que no tiene con qué vivir, ni quiere trabajar, no puede mantener su vida sino con la rapiña. Si es rico, se entrega todo à la luxuria. Desde la mañana, hasta la noche, no trata sino con malas compañias, sin saber lo que se hace, ni lo que busca: quando se levanta, no sabe donde irse, qué es lo que deba hacer entre dia; y no sabe lo que en el dia hizo, quando se retira à la noche. Su pensamiento siempre está lleno de malas, è inutiles ideas; su corazon de malos deseos, de mil proyectos, que nada tienen de bueno, de honesto, y de serio; en suma, todas las partes de su cuerpo, y todas sus potencias son como una fuente, de donde manan la corrupcion de las costumbres, y el veneno de toda especie de vicios. Este es, amados hermanos mios, el retrato de las personas ociosas, como lo he encontrado en muchos lugares del libro de la Sabiduría, al qual retrato, ruego à Dios que ninguno de vosotros se asemeje.

No

No os abandoneis, pues, al ocio: trabajad desde la mañana à la noche, y haced que el demonio, que va por todas partes, os encuentre ocupados en alguna cosa buena, y honesta. Somos hijos de un padre pecador, y nosotros tambien lo somos: el trabajo es una penitencia que Dios nos impuso: trabajémos, pues, con espiritu de penitencia, y de humildad. Somos todos ciudadanos del mundo, y somos miembros los unos de los otros; trabajémos, pues, para hacernos utiles à la sociedad, de la qual sacamos provechos de toda especie; trabajémos, pues, con espiritu de agradecimiento, y de caridad. Somos naturalmente inclinados al mal, y sujetos à mil pasiones: esforcemonos, pues, à vencerlas, con la ayuda de la gracia de Dios, con un continuo trabajo. El vicio nace, crece, y se fortifica en medio del ocio, como se engendran los gusanos en la carne corrompida.

Y vos, gran Dios, que habiendo establecido todos los estados, y condiciones, habeis señalado à cada uno de nosotros el empleo en que debemos ocuparnos, haced resplandecer sobre nuestras almas un rayo de aquella Sabiduría eterna, que preside à todas vuestras obras, y haced que domine, y rija ella todos nuestros trabajos; que quéde, y trabaje con nosotros; que sea la norma, y fin de nuestras acciones todas, para que todas ellas las dirijamos à gloria vuestra, à la utilidad de nuestros proximos, y al bien de nuestras almas. De esta manera, despues de haber trabajado en la tierra por amor vuestro, del proximo, y bien de nuestras almas, podamos esperar de vuestra misericordia en la hora de la muerte la recompensa de nuestras fatigas, reposando con vos, y en vos, ò Dios mio, en la eterna mansion de los justos. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL DOMINGO DE SEXAGESIMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

Semen est verbum Dei.

La palabra de Dios es la semilla. *S. Lucas cap.* 8. *v.* 11.

LA parábola que habeis oído, amados Parroquianos mios, no necesita de explicacion, pues nuestro mismo Salvador se dignó de explicarla. Todo lo que me queda hoy que decir para mi instruccion, y la vuestra, es, el exâminar, y penetrar bien el sentido que el mismo Salvador la dió, aplicadolo à nosotros; para distinguir si la palabra de Dios que hábemos oido, asi yo, como vosotros, despues que estamos en el mundo, ha obrado en nosotros lo que la semilla que cae en un lugar pedregoso, y entre las espinas. El tiempo de la mies ya se acerca, y à cada paso nos acercamos à nuestro ultimo fin: el Padre de familia vendrá luego à visitar sus campos; infelíz aquella tierra que no haya producido algun fruto.

Mientras que el Labrador siembra el trigo en su campo, parte de él cae en el camino, parte sobre las piedras, parte entre las espinas, y parte finalmente en el terreno fértil. El que cae en el camino lo pisan los pasageros, y se lo comen las aves; el que cae en las piedras, se seca por falta de humor; el que cae entre las espinas, éstas mismas le impiden el crecer; pero el que se cae en el terreno fértil, crece, y fructifica. El que tiene oídos, oiga lo que significa esta parábola. Y vos, ò divino Jesus, juntad à vuestra parábola las dulces inspiraciones de vuestra gracia, sin las quales ella no nos seria de algun provecho.

PRIMERA REFLEXION.

EL Labrador que ha venido à sembrar el trigo es el Hijo de Dios, que salido del seno de su eterno Padre, ha bajado à la tierra para cultivarla él mismo, y sembrar la palabra de verdad, que fue anunciada à toda especie de hombres, sin distincion alguna. Quando un Labrador siembra, procura esparcir el grano en solo el terreno que ha trabajado, todo lo que cae allende, es contra su intencion. No lo hizo asi Jesu-Christo, el qual ha esparcido la preciosa semilla de su palabra en las calles públicas, en los desiertos, sobre los montes, y entre las espinas; quiero decir, que ha sido predicada asi à los ricos, como à los pobres, à los grandes, y à los plebeyos, à los buenos, y à los malos; porque ella tiene la virtud de arrancar las espinas, de romper las rocas, de ablandar las piedras, de mudar los corazones, y de trocar al mas estéril, y horrible desierto, en una tierra fértil, y abundante en toda especie de obras.

Estos serian los efectos que la palabra de Dios produciria en cada uno de nosotros si quisiesemos quitar los obstáculos que opone nuestro miserable corazon; ò si oyendola con respeto, pidiesemos contínuamente la gracia para ponerle en práctica. ¿Pero quién hay que se esfuerce à apartar tales obstáculos? Quién es el que procura aprovecharse de la palabra de Dios? La mayor parte de los Christianos nada piensa en ello; la mayor parte de la semilla perece, y no fructifica.

Se pierde primeramente en ciertos disipados, que no guardan ninguna regla de bien vivir, ni conducta alguna buena; cuya mente, y corazon, semejantes à un público camino, por donde pasa toda suerte de personas, están abiertos indiferentemente à toda especie de pensamientos; que no saben qué cosa sea velar sobre si mismos; que oyen, y escuchan todo aquello que les viene bien escuchar, y en que entrometerse; que hablan, y obran, ahora de una manera, ahora de otra, segun el tiempo, lugar, y circunstancias, se-

Universidad de Deusto
Biblioteca

gun como lo rigen la fantasía, y la pasion. En un momento tienen un buen pensamiento, un momento despues los arrastra un deseo malo. Un poco antes cantaban las alabanzas al Señor en la Iglesia; al salir de ella van à cantar à las tabernas en honor del Dios del vino, y de la disolucion. Si acuden al Sermon, dicen: ¡O qué lindo! cómo predica bien este hombre! poco despues irán al theatro, y dirán: ¡O qué bello! este representante lo hace à maravilla! Leerán à la mañana un buen libro que les vendrá à las manos; à la noche, si se les ofrece un impío, lo leerán con el mismo gusto. Hoy hablarán segun la Religion; mañana se burlarán de las personas honestas. Aqui les oís hablar bien del proximo; allá les veréis acompañados con los mas famosos murmuradores. En suma, no se les puede comparar mejor que à un camino público, por donde pasan hombres, bestias, ladrones, y hombres de bien. Tal es la mente, el corazon, y la imaginacion de alguna parte de los que me oyén. Con esta disposicion oyen la palabra de Dios por habito, y costumbre, por conveniencia, alguna vez por sola curiosidad, tal vez tambien por mal fin, para critiquear al Predicador; pero siempre sin deseo de sacar fruto; por esto se oye la palabra de Dios como las demás cosas.

De aqui sucede, que todos aquellos pensamientos, y deseos que pasan por la imaginacion de aquellos que no tienen cuidado de velar sobre sí; todas aquellas pasiones que los dominan, y que se les han hecho domésticos, disidan el buen grano, à medida que se siembra. Pasa por la mente la soberbia, y lo pisa: pasan los deseos de venganza, y lo machacan: pasa la deshonestidad, los pensamientos malos, y lo sufocan en el lodo; y finalmente el mal espiritu que reyna en aquel corazon, y que vela incesantemente por guardarlo para si, se lleva todo quanto pudo quedar de esta preciosa simiente, porque conoce su virtud, y teme los frutos.

Quanto hasta ahora os he dicho, amados Parroquianos mios, es el Evangelio; no sé si lo entendeis: en quanto à mí toca, tiemblo las veces que pienso en aquel dicho de S. Agustin: *Quien oye la palabra de Dios con negligencia, no es menos culpable, que si dejáse caer en tierra la sangre de Jesu-Christo:* y

y si esto es asi, ¿qué hará aquel que la pisa, como hasta aqui hemos dicho? No es, pues, menos culpable que si pisáse la sangre del Salvador, porque la palabra del Evangelio es realmente el fruto, y el precio de esta sangre adorable. Vosotros pues, infelices, que os conoceis en el número de aquellos, de los quales habemos hablado hasta aqui, y no considerais, que casi cometeis una especie de sacrilegio todas las veces que oís esta palabra de vida, sin hacer la mas mínima atencion, y sin algun deseo de ponerla en práctica!

SEGUNDA REFLEXION.

YO quiero suponer, hijo mio, que quanto hasta aqui he dicho no os toque; pero no dudo, que lo que voy à decir os tocará. He observado que habeis oído la palabra de Dios con una atencion, que me ha edificado, la habeis recibido con gusto, la conservais en el corazon, en el qual ha echado sus raices. Habeis concebido con esto santos deseos, y habeis formado buenas resoluciones; de suerte que se echó de ver en vuestro modo de hablar, y obrar un cierto ayre de Religion, y de piedad, que no se veia antes. Habeis asistido freqüentemente à los exercicios de devocion, oiste mas freqüentemente la Misa: te detuviste mas tiempo, y con mayor recogimiento en la Iglesia, en la qual os vide freqüentar los Sacramentos: me jactaba de que luego llegariais à ser perfectos Christianos; pero todas estas esperanzas fallecieron: porque vuestro corazon se deja ver semejante à un campo, en el qual solo hay una superficie de tierra, y al primer golpe se deja ver la dura piedra. El trigo es verdad que nace, y se representa à los ojos una verdura que alegra, y hace esperar; pero luego se seca por falta de jugo: al primer calor todo se pierde, porque no tiene bastante fondo para profundizar las raizes. Asi ha sucedido en vuestro corazon: aquellas apariencias de conversion, y de piedad duraron poco, à la primera tentacion se disiparon todas, y todas mis esperanzas fueron vanas.

Si alguno os ha dicho alguna cosa sobre vuestra pretendida devocion, mostrasteis luego el disgusto, ni procurasteis apartar de vos tal disgusto. De aqui tuvo principio vuestra frial-

dad. Llegó à vuestra noticia que se habló algo mal de vos: en lugar de sufrir pacientemente la injuria, habeis al contrario prorrumpido con injurias. Os han levantado, y movido pleytos injustos, por los quales os es preciso hacer algunos demasiados gastos, os montaste en cólera; aquella persona cuya amistad fomenta vuestra vanidad, pero no podeis dejar de valeros de su proteccion, ha pretendido cosas de vos, que no se componen con una delicada conciencia, y vos por temor de disgustarla, ò de perder su confianza, habeis condescendido con su voluntad por mas que los dictámenes de vuestra conciencia os moviesen à resistir. Se os ha ofrecido ocasion de volver à ver aquella tal con quien habeis cometido pecados deshonestos; la ausencia os lo habia hecho olvidar, creiais que vuestra pasion estuviese apagada; pero en una corta detencion con ella, os ha hecho ver la poca estima, y caso que habeis de hacer de vuestras resoluciones, y promesas. En fin queriais llegaros à Dios, y poneros en camino de la salvacion; vuestra fé, que parecia viva, y prometia buenas obras, no estaba sino muerta como antes.

Ah! hermanos mios, ¿quién de vosotros no se conoce en lo que he dicho, ya de una manera, ya de otra? Los unos parecen desapegados de las riquezas mientras quedan intactos sus intereses; pero si les sucede un pequeño contraste, como demuestran luego, el apego, y la avaricia! Otros parecen humildes mientras les alaban; pero si alguno les avisa de sus defectos, si los menosprecia, ò les hace algun insulto? Dios mio, ¡qué sentimiento! qué sobervia! qué espíritu de venganza! Otros parecen castos fuera de la ocasion: haced que se les ofrezca la tentacion, luego caen. Aquellos son mansos, y pacientes, mientras nada se les contradice, ò todo les sale à medida de su paladar: pero si alguno se les opone, ¡qué fuego! qué impaciencia! ¿Encuentranse en algun embarazo, ò afliccion? ¡qué caídos de ánimo! qué quejas! qué gritos! vosotros bien lo sabeis, y es inutil el recorrerlo todo. Ah! que demasiada verdad es que hacemos muchas resoluciones, y que somos fieles por algun tiempo; pero no nos mostramos tales luego que nos vemos tentados, siendo siempre los mismos.

Su-

Sucede esto, porque nuestro fragil corazon es como un terreno sin fondo, en el qual la palabra de Dios no echa sus raizes, ni puede profundizar, porque falta la humildad. Desproveídos del jugo de esta virtud, confiamos en nosotros mismos, no velamos quanto basta, no desconfiamos de nosotros mismos, nos exponemos temerariamente à mil ocasiones, que son para nosotros otras tantas piedras de tropiezo, y escándalo, en las quales damos à cada paso. En suma, por estar faltos de humildad, estamos sin fervor necesario en la oracion para obtener la gracia que solo se concede à los humildes. Asi como las aguas del Cielo penetran la tierra que tiene profundidad, asi, Dios mio, las aguas de vuestra gracia no penetran el alma que no tiene el fondo de humildad: de aqui sucede, que la preciosa semilla de vuestra divina palabra, aunque la recibamos con gusto, se seca, y no produce jamás el fruto de una vida solidamente christiana. ¡Dulce Salvador mio, son verdaderas vuestras palabras, son admirables à quien bien las considera!

TERCERA REFLEXION.

¿PEro qué cosa son las espinas, que sufocan la otra parte de la semilla? Jesu-Christo nos lo enseña en tres palabras: son las inquietudes, las riquezas, y los gustos de esta vida; y primeramente las inquietudes, amados Parroquianos mios, vosotros mismos lo decis; esta es vuestra escusa, luego que se os echa en cara el poco fruto que sacais de nuestras instrucciones pastorales, y aquella horrible negligencia en que vivis, en quanto pertenece à vuestra salvacion. El embarazo de la economia, el establecimiento de la familia, la industria necesaria para ganar el pan, ò para hacer fructuosos vuestros bienes, y las deudas que pagar, aquel estado que mantener, los contratiempos no esperados, las acostumbradas desgracias, un enemigo revoltoso, un pleyto movido, una bancarrota, todas estas cosas os causan mil desasosiegos, que ocupan, y embeben vuestro ánimo, y no lo dejan, ni el tiempo, ni la libertad necesaria para pensar al negocio mas importante del mundo, antes bien al solo sério que hay.

Es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Estas son las espinas que sufocan la palabra de Dios.

Quando estaré libre de todos los enredos, y tendré el ánimo quieto, entonces ajustaré los negocios de mi conciencia, y no atenderé à otra cosa que à mi salvacion: este pensamiento, queridos mios, es una ilusion del demonio. ¡Quántos se dejan engañar de ella! Despues de un enredo viene otro; en el tiempo que pensais vivir quietos, lo estais menos que nunca. Así pasa la vida de un año à otro, y llega insensiblemente el fin, sin haber jamás recogido ningun fruto de la palabra de Dios, que se ha oido mil veces. En este momento, en que parece la oís con tanta atencion, vuestro Pastor, que os lo anuncia, siembra el grano entre las espinas. A las inspiraciones que Dios os dá, mientras las predica mi boca, sufocarán luego las inquietudes, los embarazos, los negocios que no faltan en el dia, y de los quales teneis lleno el pensamiento.

Persuadíos pues, hijos mios, que el verdadero secreto de salir bien con vuestros negocios, de tener quieto el ánimo en medio de los estorvos, es el de estar unido à Dios, el de servirlo, el de poner en él solo la confianza, el de pedirle gracia, el de obtener sus bendiciones, buscando siempre su gloria, y el bien de nuestras almas.

Así es sin duda: ¡pero ah! no es este el objeto de vuestros deseos; ¿qué es, pues, lo que deseais? quietud, y tranquilidad? Pero no las encontrareis sino en Dios. ¿Deseais riquezas? ¡Dios os libre de tener el corazon apegado à ellas, y de confiar en ellas! no hay espina qne mas atormente. Punzan quando se recojen; si un hombre se puso en la cabeza el juntar dinero, y de enriquecerse, no se toma ningun alivio, y todo lo sacrifica al proprio interés. Punzan quando ya se obtienen; y en algunos crece aún la hambre, y quanto mas tienen, tanto mas desean. Este deseo es como una espina que tienen clavada en el corazon, que les atormenta. Hay tambien algunos que hacen mal uso de ellas. Aquel que era sabio, moderado, Christano en estado mediocre, hecho rico, se entrega à las pasiones. Finalmente punzan, y atormentan el corazon quando se pierden. Despojar à un hombre de sus haberes, es lo mismo que despedazarle el corazon, y arrancarle las entrañas.

Quien

Quien predica à los ricos, ò à los que procuran enriquecerse, siembra el grano entre las espinas, y se pierde el trabajo; nos lo enseña la experiencia. Entre todos los obstáculos que impiden el fruto de la palabra de Dios, el mayor, y mas dificil de vencer es el amor à las riquezas. ¿Quánto no hay que decir sobre este punto? Pero para acabar, añadiré solo una palabra sobre lo que el Señor llama placeres de esta vida.

Sin hablar de algunos que desde la mañana hasta la noche no atienden sino à procurarse placeres, ¿quántos Christanos hay, que parecen bastante regulados, los quales no sacan ningun fruto de la palabra de Dios? Sabeis por qué sois siempre los mismos, aunque oigais muchas instrucciones? Porque conservais en el fondo de vuestro corazon ciertos divertimientos, ciertas inclinaciones, que impiden el fruto, aunque os parezca que no son malas. Por exemplo: Yo os he exhortado à estar lejos de las tabernas: no os embriagais, es así; ¿pero por qué no resolveis del todo à abandonarlas? Teneis una cierta pasion por el juego, por mas que se os diga: *No jugueis à menudo, ni por mucho tiempo*, no os podeis contener. En vuestros bayles, decís, que no hay nada de pecaminoso: se os conceda, se me hace con todo dificil de creer; ¿pero por qué huís un Confesor que os los prohibe? Teneis para con tal persona una inclinacion carnal, de la qual no os guardais lo bastante, aunque no tengais ninguna intencion pecaminosa: yo os he aconsejado mil veces à que no freqüenteis vuestras visitas, como à no encontraros tan à menudo en esta, ò en aquella compañia; ¿por qué, pues, no os resolveis à huirla?

Sois inclinados à procuraros todas vuestras comodidades: un director que quisiese moderar el fausto en el vestir, vuestros adornos, y los gastos, os mortificaria mucho, y vosotros hariais lo posible para no hacerlo. Hijos mios, todos estos ataques, y otros muchos mas, son espinas que enredan vuestro corazon, y que impiden el que no saqueis de la palabra de Dios aquel fruto que sacariais, si usaseis bien de los divertimientos inocentes, permitidos de la Religion. Entonces sí que podriais con razon decir con

el

Universidad de Deusto
Biblioteca

el Profeta: *Mi corazon, Señor, está aparejado; hablad, que vuestro siervo os escucha.*

QUARTA REFLEXION.

Dichoso el que se halla en tal disposicion: desde luego procura apartar de sí todos los pensamientos agenos, que podrian distraerle, quando oye la palabra de Dios: oye con gran respeto el Sermon, no como palabra de un hombre, sino como de Jesu-Christo, el qual habla por medio de su Ministro. Léjos de pensár que se predica por el tal, ò por la tal, aplica à sí mismo lo que oye, y lo refiere à las circunstancias de su vida. Gime en el profundo de su corazon de haber tantas veces caído; propone el servirse de los consejos oidos con la gracia de Dios, y de ponerlos en práctica en tal, y tal ocasion. A medida que oye la palabra divina, ésta se imprime en su mente, y corazon. Acabado el Sermon, no disipa su ánimo por la vista, sino que se recoge en sí mismo, y procura rumiar todo lo que ha oido, durante la demás funcion sagrada: porque no hay oracion tan provechosa como reflexionarse, y meditar sobre la palabra de Dios.

Salido de la Iglesia, no vuelve los ojos de una parte à otra, ni dá oidos à los objetos que se le presentan, temiendo que el demonio no le robe esta preciosa semilla, sino que la conserva en su proprio corazon, à fin de que eche sus raíces. En suma, jamás deja de pedir à Dios luces, antes, y despues del Sermon, de las quales necesita para entender, y practicar las preciosas verdades que se le predican.

Ahora, pues, amados Parroquianos mios, obsérve cada uno de nosotros con qué disposiciones oye la palabra de Dios, y qué fruto saca despues de haberla oido: y si no ha sacado ninguno, medite qué es lo que se lo haya impedido. Yo veo, que tal impedimento procedió de que el corazon, semejante à un público camino, está abierto, y patente à toda especie de malos pensamientos, ò inútiles; porque el demonio, que vá, y viene en el alma, quando bien le parece, roba de mi mente, corazon, y memoria, esta divina pa-

palabra, despues de haberla oido. Tienen en verdad la culpa mi volubilidad, mi inconstancia, mi indocilidad hácia las cosas del Cielo. Los negocios, los embarazos, las solicitudes de este vil mundo; el amor de las riquezas, de los placeres, de mil insensateces, y enredos, que prefiero al servicio de Dios, y à la santificacion de mi alma. Finalmente, lo que me roba el fruto es, que solo digo con la boca, que el negocio de mi conciencia es el primero, y mas importante de todos, al qual atiendo menos, y menos tiempo he empleado despues que estoy en el mundo.

Penetradme, Dios mio, de aquel profundo respeto, que es debido à vuestra palabra, aunque sea un Ministro vuestro, que os representa, y por quien me viene anunciada. Haced que yo la reciba con deseo sincéro de practicarla. Dadme un espíritu de prudencia, de circunspeccion, para que yo conserve esta preciosa semilla de todo bien. Ablandad, ò buen Jesus, ablandad este miserable corazon, este corazon de piedra; hacedlo sensible para que se mueva, y penetrado de las verdades, que no cesan de resonar en mis oidos, le quiteis las inclinaciones carnales, y terrenas, que lo arrastran, las aficiones que lo dividen, todos los cuidados que lo llevan fuera de sí, y sufocan en él los buenos sentimientos que engendra la predicacion del Evangelio. En fin, hacedme, Dios mio, semejante à un buen terreno, que no engaña jamás la esperanza del labrador; para que llegando el tiempo de la mies, que es la hora de mi muerte, os pueda ofrecer los frutos de una vida verdaderamente christiana, para recibir de vuestra misericordia el fruto, y recompensa eterna de mi fidelidad, y de mis buenas obras. Asi sea.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE QUINQUAGESIMA.

SOBRE LOS DIVERTIMIENTOS del Carnaval.

Consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per Prophetas de Filio hominis.

Se cumplirán todas las cosas escritas por los Profetas acerca del hijo del hombre. *San Lucas cap. 18. v. 31.*

IMaginàos, amados Parroquianos mios, las asambleas tumultuarias de los Judíos, quando tramaban la condenacion de Jesu-Christo, à quien habian jurado la muerte. Figuràos aquella tropa de Soldados, y de Ministros, que andan vagamundos toda la noche con faroles, y antorchas, armados unos de puñales, otros de palos, que ván en busca del Salvador al huerto de las Olivas para arrastrarlo à manera de un malhechor. Ponéos delante de los ojos las sogas con que le ataron, los golpes con que le herian, las espinas, con las quales fue coronado, la púrpura que por burla le vistieron, las salivas con que le ensuciaron el rostro; en suma todos los oprobrios que recibió, segun los Profetas habian anunciado. Todo esto se renueva, y cumple en el dia de hoy en aquellas juntas, en donde reyna la desenvoltura, y disolucion, y en los concursos, que resuenan con canciones deshonestas, gritos enormes, conversaciones licenciosas, è impú-

dicas de locos bayloréos, y de todos aquellos divertimientos ridículos, que se llaman placeres del Carnaval; placeres, à los quales algunos se abandonan tan ciegamente, que no solo se olvidan de ser Christianos, sino tambien hombres. ¡Estraña conducta à la verdad, si se considera à sangre fria con los ojos de la razon, y de la fé! con los ojos, pues, de la razon, y de la fé, quiero hoy, amados oyentes mios, que juntamente conmigo los exâminéis, para que penseis, y sepais lo que es justo que penseis; à lo que añadiré dos palabras acerca del modo con el qual debeis portaros para con algunos placeres inocentes, que no prohibe la Religion, y que son mas ordinarios en este tiempo de Carnaval, que en ningun otro.

PRIMERA REFLEXION.

QUE los hombres, para aliviar sus taréas, tomen de un tiempo à otro alguna honesta diversion: que las familias, y los amigos hagan alguna vez sus convites, en los quales nada haya contrario à la intemperancia, ni modestia; que se empleen algunos ratos en el juego, ò en otros alivios, que nada tienen en sí de pecaminoso, y que se pueden ofrecer à Dios de la misma manera con que debemos ofrecerle todas nuestras demás acciones, no hay que contradecir. Aún las personas mas laboriosas, y reguladas, no suelen negarse algun momento de alivio, y de recreacion.

Pero que haya hombres que hagan profesion de creer en Jesu-Christo, los quales de un golpe se abandonen en determinado tiempo del año al placer, al gusto, como si hubiesen de repente perdido la cabeza; que el Labrador abandóne el arado, el Artesano su tienda, el Mercader su negocio, como si fuese un dia de fiesta solemne; que todos estos se vean correr de aqui para allá, como otros tantos locos, de noche, y de dia con la máscara, quien de una manera, quien de otra, seguidos del populacho, que corre tras ellos gritando como otros tantos animales de nueva especie; que no se levanten de la mesa sino para el juego, y de éste para el bayle, y del bayle de nuevo à la mesa; que las tabernas tan perni-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ciosas en todos tiempos, donde acuden todos à perder su dinero, su paz, su salud, su reputacion, y su alma; las tabernas digo, en cuyas puertas se podia escribir: Aquí tienen su asiento la embriaguéz, los juramentos, las riñas, la destruccion de las familias, la fuente de todo mal, la ruina de todos los bienes; que las tabernas en fin, contra las quales quiero callar, porque temo no decir el mal, que basta estén llenas de dia, y de noche; que los menesterosos, aun de lo necesario, se olviden de algun modo de su propria pobreza, levanten la voz como todos los demás para gritar el Carnaval; que todas estas cosas las hagan personas, que el Miercoles vendrán à ponerse de rodillas para oir la sentencia de muerte, pronunciada ya contra todo el genero humano, y que repetirá el Sacerdote, quando les ponga sobre la cabeza la ceniza; personas que dentro de seis semanas vendrán à besar la Cruz de Jesu-Christo; que suceda todo esto mientras la Iglesia está en amarguras, expuesto el Santísimo, y estamos para entrar en un tiempo de penitencia, y de mortificacion; no me negaréis, amados Parroquianos mios, que una tal conducta, no solo tiene algo de locura, sino tambien una especie de impiedad; y confesaréis, que las diversiones del Carnaval no pueden ser inventadas por otro que el demonio.

Quando Dios quiso criar à nuestro primer padre, las tres divinas Personas vinieron à consejo, por decirlo asi: Hagamos, dice, al hombre à nuestra semejanza: en primer lugar formó este cuerpo de tierra, cuya sola figura lo distingue, y lo ennoblece entre todos los animales: le sopló despues en el rostro, y lo animó con un espíritu de vida, esto es, con una alma espiritual, inteligente, è inmortal como él. Esta alma, que es un rayo, para decirlo asi, de la Divinidad, reverbera, y se representa en el rostro del hombre, y en su exterior grave; por esto dixo el Espíritu Santo en el Eclesiastés: *Que la sabiduria del hombre resplandece en su rostro*; y en el Psalmo que cantamos en Completas: *Habeis impreso, ò Dios mio, sobre nosotros*, dice el Profeta, *el resplandor de vuestro rostro.*

¿Qué haceis pues vosotros, hijos mios, quando sin freno os abandonais à todo lo que se llama diversion de Carnaval? Aqui, aqui: y para divertirnos hagamos al hombre semejante à los animales irracionales; no hagamos ningun uso de la razon; cese nuestra alma de pensar; extingamos las luces del buen sentir; abandonemosnos à todas las extravagancias de una loca alegria: resalte nuestra locura en nuestras acciones, en todo nuestro exterior, en el rostro fingido, en los vestidos ridículos, en las chocarrerias, en gritos, en canciones, en todo aquello que sabrémos idear de mas particular, y extravagante; hagamos al hombre à la semejanza de la muger, y à ésta semejante al hombre; inventemos figuras que no se vean ni entre hombres, ni entre animales; olvidemosnos de la decencia, pisemos las reglas de la modestia, del decóro, y de la naturaleza; destruyamos la obra de Dios, borremos de todos modos su imagen, hasta que pierda la figura humana. Asi se dice, y se hace; ò si no se dice, se hace siempre. Primera locura, primera impiedad.

Las diversiones del Carnaval son reliquia, è imitacion de las fiestas, que en estos mismos dias celebraban los Paganos para honrar al Dios del vino, y de la embriaguéz, que quiere decir al Demonio, el qual se hacía venerar bajo el nombre de los vicios mas infames: ¿Y estas fiestas cómo las celebraban ellos? Cubriendose de pieles de bestias, desfigurandose el rostro, corriendo de acá para allá con instrumentos en las manos, cantando, gritando, y baylando con gestos indecentes: y eran tales las extravagancias, è indecencias, y excesos à que se abandonaban, que el Senado, aunque pagano, se juzgó obligado à prohibirlos en Roma, y en toda Italia.

Las mismas cosas vemos nosotros en estos dias de escándalo consagrados por el mundo al libertinage. Ved ahi en el seno del Christianismo las fiestas, y ceremonias de los Idólatras: levantado el Altar al demonio delante del de Jesu-Christo; y como si los Christianos estuviesen cansados de ser, y parecer tales, quieren cada año dejar el personage, el vestido, y la figura de hombre racional, y Christiano, para representar el de los Paganos, y bestias. Segunda locura, y segunda impiedad.

Son ya quince dias que la Iglesia ha tomado el vestido de lu-

luto, que ha suspendido los cantos de alegria, no resonando en sus Templos sino un cánto lúgubre, ò antes bien el gemido de una Madre afligida, que convida à sus hijos à penitencia. ¿Pero qué hacen sus hijos? Estos, como para insultarla, doblan sus divertimientos en el tiempo que ella se aflige; de suerte, que se podia decir, que los tales ponen su gusto en contradecirla; y que su tristeza no sirve sino para aumentar su alegria, y sus divertimientos desordenados.

Conociendo Pilatos la inocencia de Jesu-Christo, tentó al principio el persuadir à los Judios la razon, los quales lo pedian para darle la muerte, è instaban para que fuese crucificado: ¿Pero qué mal ha hecho, les dice, este hombre? Yo no encuentro en él delito alguno: él es vuestro Rey, ¿por qué quereis hacerlo morir? Vista ya la inutilidad de sus representaciones, se imaginó que podria calmar el furor del pueblo con enseñarles à Jesus cubierto de llagas, y reducido à un estado de mover à compasion los hombres mas bárbaros, è inhumanos. Hizolo, pues, cruelmente azotar, y despues de haber abierto al adorable, y precioso cuerpo con una cruel, y sangrienta disciplina, lo sacó Pilatos à la vista del pueblo diciendo: *Mirad à este hombre*: espectáculo compasivo, que no se puede representar à la imaginacion, sin sentir el mas vivo, y tierno dolor: pero esto no sirvió sino para exasperar el furor de aquella ciega plebe, que siempre mas inhumana, grita: Quitese de nuestros ojos, y pongase en una Cruz.

Sucede, amados oyentes mios, en estos dias una cosa semejante: afligida la Iglesia al ver sus hijos abandonados à una falsa alegria, y diabólica, que ella misma reprueba: despues de haberles representado por medio de sus Ministros, lo que yo os digo, que hace esta buena Madre, hace salir à Jesu-Christo en su santo Tabernáculo, lo expone à los ojos de todos los Christianos, y les dice: *Mirad à este hombre*. Este es vuestro Rey, vuestro Salvador, y vuestro Dios, à quien renovais toda la pasion con vuestros locos divertimientos. ¿Qué haceis, hijos mios? Qué mal os ha hecho, para que asi lo trateis, è insulteis? ¡Ah, Jesus mio, en vano os dejais ver en ese Altar! en vano os exponen los Párrocos à la pública veneracion en los Templos. Vuestra presencia, en lugar de calmar el furor de vuestros enemigos, no sirve sino à mas irritarla, y estos tres dias, en que os dejais ver en los Altares, son en los que mas os ofenden los Christianos. Tercera locura, tercera impiedad. ¿Todas estas locuras se pueden llamar de otra manera, que invenciones diabólicas?

Valga la verdad: La Quaresma es un tiempo respetable, por el qual aun los peores Christianos conservan algun exterior de respeto, y reverencia. Por otra parte los fieles doblan su fervor, y buenas obras: los justos se esfuerzan por justificarse mas: algunos pecadores vuelven en sí: no pocas almas frias vuelven otra vez al fervor: los Predicadores, los Pastores acrecientan su celo: se anuncia mas freqüentemente la palabra de Dios, y à lo que parece, con mas energia: se acude à oirla con mayor cuidado; de suerte, que se saca mayor fruto: en suma es cierto, generalmente hablando, que se obra mejor, ò menos mal en este tiempo, que en el restante del año. La Quaresma es una especie de cosecha para Jesu-Christo; y al contrario de pérdida para el demonio: ¿y asi, cómo no quiere perdonar nada que hace este maligno espíritu? El se anticipa para no dejar hacer poco bien, ò el mal que se puede evitar en la Quaresma. Le desagradan mucho aquellos dias de penitencia, y de gracia, y al verlos acercar dobla sus tentaciones, os ciega, y turba vuestra mente, y os lleva à ciertas extravagancias, à cuya execucion jamás os incita en otro tiempo.

Porque finalmente, ¿qué otro pudiera soplaros à la oreja, fuera de esta infernal serpiente, las palabras que leemos en el libro de los Probervios: *Comamos, bebámos, y divirtamonos, que mañana moriremos*? Asi como mañana han de tener principio los dias de ayuno, de abstinencia, y mortificacion, pensemos, pues, hoy comer, y beber bien. Estarémos mañana señalados con ceniza, como otras tantas víctimas condenadas à muerte; venga, pues, hoy en esta misma frente la alegria, la diversion, y la locura. Dentro de poco tiempo nos darán à besar la Cruz: ¡qué ceremonia tan triste es esta! Se nos hablará de la confesion: ¡qué paso tan duro! Se habrá de cumplir con la Pasqua: ¡qué cosa tan desagradable; Ah! fue-

tuera de aquí estos pensamientos tristes: llenemos de vino, de comida, y canciones, y de cosas que nos alegren la boca que ha de confesar los pecados, que ha de besar la Cruz, y recibir el cuerpo de Jesu-Christo: libremonos ahora, hagamos hoy lo que no podrémos, ò no nos atreverémos hacer mañana, no perdamos tiempo: *Edamus, & bibamus eras enim moriemur.* Amados oyentes mios, sé que no hablais así del todo, pero decís un equivalente: y aunque nada dijerais, lo dicen vuestras acciones, y ciertamente nada menos puede significar vuestra conducta.

Ved, pues, à qué se reducen los placeres del Carnaval: ved lo que significan, y lo que debeis pensar. Por poco que os quede de Religion, y razon, debeis confesar que son locuras que deshonran la humanidad, que renuevan la pasion de Jesu-Christo: que renuevan las fiestas de los Paganos, y que hacen llorar la Iglesia. Son ellas una especie de idolatría, una invencion diabólica, el triunfo del infierno, y el vituperio del Christianismo.

SEGUNDA REFLEXION.

SEgun esto me diréis: ¿Debemos, pues, abstenernos de toda diversion? Cerrarnos en nuestras casas, y vivir en retiro en el tiempo que los otros se recrean? Ah! pugliese à Dios, amados Parroquianos mios, que estuviesemos penetrados de tal manera de las máximas del Evangelio, que pasásemos al pie de los altares el tiempo que otros emplean en sus diversiones: quisiera Dios, que no encontrando yo en vosotros cosa que irreprobar, no tuviese que predicaros, sino la perfeccion. Pero ah! que somos obligados à conformarnos con vuestra fragilidad, y hacernos tambien flacos, por decirlo así, con nosotros. No os digo, pues, que dejeis vuestros convites, y conversaciones, ni el juego, ni vuestras diversiones; no: pero digo, que os porteis de tal manera, que vuestras diversiones sean inocentes. ¿Acaso no se puede estár alegre sin ofender à Dios? Basta que tengais presente que sois criaturas racionales, hijos de la Iglesia, y siervos de Jesu-Christo.

Mos-

Mostrad moderacion, y modestia en todas cosas, y dad à conocer que sois Christianos. No se vea ningun extraordinario en vuestros vestidos, nada de singular en vuestro semblante, ninguna cosa ridícula, è indecente en vuestro exterior. Abstenéos de toda extravagancia, así de dia, como de noche, de las juntas tumultuarias, de las beetrías, y de toda accion que pueda causar escándalo. Estén lejos de vuestras mesas el exceso, la sensualidad, las palabras libres, las canciones disolutas. No sean ocasion de pecado el juego, y los otros divertimientos, y estos solo os ocupen algunos ratos de tiempo, de suerte que no falteis à las obligaciones de vuestro estado.

Ofreciendo, pues, à Dios por la mañana todas vuestras acciones, no hagais cosa que sea indigna de él, y que no se le pueda ofrecer, acordandoos siempre de estas palabras de San Pablo: *Ahora comais, ahora bebais, ò hagais alguna otra cosa, hacedlo todo à gloria de Dios.* Vosotros ya conoceis, amados mios, que es imposible ofrecer à Dios las acciones que le ofenden, y deshonran.

Ah! qué bellas reflexîones hace un alma christiana quando la necesidad, la conveniencia, alguna vez tambien la obligacion, le mueven à ser partícipe de alguna diversion, que nada tiene de malo en sí. Si hubiese, dice, cometido un solo pecado mortal, quatro vidas como la mia no bastarian para llorarlo, y hacer penitencia. Me lleno de gozo, debiendo antes llorar: ¿Quién sabe si Dios me perdonará? ¡Y con todo, infeliz de mí, disto solo dos dedos de la muerte, y del infierno! Quántas personas, despues de haber pasado todo el dia, y aun parte de la noche en recrearse, se han hallado muertas en su cama al otro dia. Primera Reflexîon.

En este punto, una infinidad de Christianos se entregan à acciones infames, y à los excesos mas escandalosos. Jesu-Christo es ultrajado, deshonrada la Religion, la Iglesia en luto, y yo me divierto. Segunda Reflexîon.

Se encuentran en el Purgatorio, y aun en el infierno, un gran número de almas, por haber hecho lo que yo hago: hay en la tierra personas de todo sexo, y condicion, que padecen acerbos dolores, y penas, así de ánimo, como de cuerpo,

Universidad de Deusto
Biblioteca

que las reducen à la deſeſperacion : ſomos todos hermanos, y yo entre tanto me divierto, mientras ellos eſtán ſumergidos en la afliccion, y dolor. Quántas almas juſtas en los clauſtros, y aun en medio del mundo gimen, y ſe condenan à una penitencia para purgar ſus pecados, que no ſon tan graves como los mios. Ellos padecen, y yo ſalto de gozo, y me divierto. Tercera Reflexion.

Acabo con la reflexion de San Pedro Chryſologo, que deſearia, amados Parroquianos mios, ſe imprimieſe altamente en vueſtro ánimo, que jamás ya ſe borráſe: *Quien quiere reir con el demonio*, dice eſte Santo Doctor, *no podrá alegrarſe con Jeſu-Chriſto*. Reir con el demonio, quiere decir entregarſe à los guſtos que hacen reir al demonio, y llorar los Angeles. Tales ſon las locuras del Carnaval.

No permitais, pues, ò Dios mio, que nos dejemos llevar de tan malas coſtumbres, que ſolo ha podido inventar el infierno para la ruina de nueſtra alma. Eſcondednos, Señor, bajo la ſombra de vueſtras alas, en el interior de vueſtro tabernáculo, mientras duran eſtos dias de eſcándalo, para que no nos corrompan los malos exemplos que nos rodean. Haced que buſquemos en vos la alegria de nueſtro corazon, en vos, dulce Jeſus; pues lejos de vos, no hay placer, que ſea inocente: ſed, pues, vos miſmo nueſtra alegria ſobre la tierra, de tal manera que ſeais nueſtra felicidad en el Cielo. Aſi ſea.

SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO de Quareſma.

SOBRE LA PENITENCIA.

Cùm jejunaſſet quadraginta diebus, & quadraginta noctibus poſteà eſuriit.

Deſpues que Jeſus ayunó quarenta dias, y quarenta noches, deſpues tuvo hambre. *San Mathéo cap. 4. ℣. 2.*

YA hemos llegado, amados Parroquianos mios, à aquella ſagrada Quareſma, que deſde el tiempo de los Apóſtoles ha ſido ſiempre obſervada en la Igleſia para honrar el ayuno de Jeſu-Chriſto, para purgar nueſtros pecados, y para diſponer à los fieles à celebrar dignamente la fieſta de Paſqua. Dichoſo aquel Chriſtiano, el qual, deſpues de haber paſado la Quareſma en el ayuno, y mortificacion, ſe ſienta inſtigado de la hambre eſpiritual, que hace deſear al alma el pan vivo, del qual ſe debe alimentar. Aſi como un enfermo, deſpues de purgado con muchas amargas medicinas, y deſagradables, empieza à tener hambre, aſi el alma chriſtiana, quando eſtá bien purgada con la penitencia, no puede anſiar otra coſa que la Meſa de Jeſu-Chriſto: de ſuerte, que con razon ſe le puede aplicar lo que el Evangelio dice hoy del divino Salvador: *Deſpues de haber ayunado quarenta dias, y quarenta noches, al fin tuvo hambre.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

Hay muchos enfermos, que desanimados de la amargura de las medicinas, no pueden resolverse à tomarlas: no de otra manera lo hacen gran parte de los Christianos, que se pasman, y asustan luego que se les habla de penitencia: de suerte, Parroquianos mios, que no nos atrevemos à hablarles. ¿A qué partido, pues, nos inclinarémos para no faltar à nuestro ministerio en este particular, y cumplir al mismo tiempo con mi obligacion, sin desanimar, ni asustar à ninguno? Harémos lo que un Médico interesado en la cura de su enfermo, cuya flaqueza compadece. La dá à entender, que los remedios que se le proponen son necesarios para la cura; despues endulza quanto es posible los mismos, sin que pierdan su actividad. Es necesario pues, que qualquiera que haya pecado, y que quiera obtener el perdon, haga penitencia: de suerte, que no basta no cometer otros. A mas de esto, es menester indicar un modo de penitencia, que no parezca terrible, pero que no sea menos eficáz. Vos, ò dulce Salvador, sois justo, pero vuestro yugo es suave, y vuestra carga ligera.

PRIMERA REFLEXION.

SI para borrar nuestros pecados fuese bastante el no cometer mas, ¿por qué en el viejo, y nuevo Testamento, todas las veces que se trata de aplacar la ira de Dios, y de obtener misericordia, no se habla sino de ayunos, de vigilias, de cilicios, de mortificaciones, de lloros, y de otras cosas? ¿Por qué San Pedro lloró toda su vida la flaqueza de responder à una mozuela, que no conocia à Jesu-Christo? flaqueza, por la qual derramó tan copiosas lágrimas, que le hicieron sulco, por decirlo asi, en el rostro. ¿Por qué San Pablo, despues de haber sido arrebatado al tercer Cielo, castigaba su cuerpo, y se trataba como se trataria à un esclavo? Temia, que despues de haber predicado à otros, no se condenára él. ¿Por qué hizo penitencia David hasta la muerte por un pecado que le habia perdonado Dios por el Profeta? Por qué los habitantes de Ninive se cubrieron de saco desde el mayor, hasta el menor, por la predicacion de Jonás, sin excep-

exceptuar al Rey, el qual bajó de su Trono, depuso el Manto Real, vistióse de cilicio, durmió sobre la ceniza, y publicó un vando, en que mandaba un ayuno general, no solo à los hombres, sino tambien à las bestias?

¿Vemos aun en estos dias tantos santos penitentes cerrarse voluntariamente en casas austéras haciendo una vida tan dura, que no se puede oir sin horror? Porque estos mismos, despues de quarenta años de penitencia, tiemblan hasta el ultimo suspiro de su vida, por pecados menores que los mios, y vuestros; y siempre tímidos dicen con el Profeta: ¿*Quién sabe si Dios me ha perdonado*?

Finalmente, si para ser uno justificado delante de Dios, basta el no pecar mas, aseguraos, pecadores de toda edad, de todo sexo, y condicion. Cesad de oir los Predicadores que os asustan, estad quietos, puesto que habiendo confesado vuestros pecados, recibida la absolucion, y dichas algunas oraciones impuestas, luego que no pecais mas, no es menester ya mas, estando vosotros tan seguros del perdon, y de la vida eterna, como los mas austéros penitentes.

La sinrazon de este modo de pensar salta à vuestros ojos, amados Parroquianos mios, de suerte, que si os predicáse una tal moral, me abandonariais. Exâminemos, pues, la cosa mas de cerca, y veamos cómo sea necesaria la penitencia; y para poner mas clara la verdad, considerad, qué cosa sea el pecado en quanto à Dios, à nuestra alma, y à sí mismo.

El pecado en quanto à Dios, es un insúlto, un ultrage, que se hace à su divina Magestad, es una rebelion de la criatura al Criador, de un hijo contra su Padre, de un criado contra su Señor. Todas estas expresiones son de la Sagrada Escritura, en muchos lugares de la qual se lamenta Dios mismo, que le deshonra el pecador, le roba su gloria que le pertenece, negandole la obediencia que le es debida. Es menester pues, que el que quiere obtener el perdon de sus pecados, le restituya la gloria, y le haga justicia.

Ahora pues, tal restitucion es menester hacerla con obras de penitencia, conformandose à las siguientes palabras del Profeta Baruch: Hemos cometido la iniquidad, ò Dios mio, hemos faltado á vuestros Mandamientos, nos he-

mos

Universidad de Deusto
Biblioteca

mos vuelto contra vos; dignáos, ò Señor, de mirar con vuestros ojos el que se os restituye la gloria. Observad esta alma envuelta en la tristeza, sumergida en el dolor, que se humilla, y está oprimida del peso de su aflicion por el mal que ha cometido delante de vos, y contra vos: observad este cuerpo extenuado del ayuno, estos ojos lánguidos, este rostro pálido, este ayre de penitencia, todo esto os hace justicia, y os restituye la gloria: *Et oculi deficientes, & anima esuriens, dat tibi gloriam, & justitiam Domine.*

Valga la verdad: Dios no es de peor condicion que los hombres, ¿si alguno os hubiese ofendido, ò dañado en alguna cosa, ò quitado la reputacion, y para reparo del mal hecho, se contentáse con no haceros mas, quedariais satisfecho? Cómo queréis pues, que lo sea Dios, si despues de haberle ofendido en mil maneras, y con toda especie de pecados, se reduce vuestra penitencia à solo esto: es à saber, à no cometer mas.

El pecado considerado relativamente à nuestra alma, se llama en la Escritura una llaga, una herida; y vosotros sabeis que Jesu-Christo compara al pecador à uno que dá en manos de ladrones, los quales le despojan, lo hieren, y lo dejan medio muerto en medio del camino. Los ladrones son vuestras pasiones, amados Parroquianos mios, vosotros mismos sois los que os habeis despojado de esta blanca vestidura, recibida en el bautismo, que habeis llenado de tantas heridas vuestra alma, quantos son los pecados que habeis cometido despues que estais en el mundo. Figuráos à uno, que en un exceso de frenesí se hiera el rostro, se muerda la boca, y brazos, dá golpes con la cabeza, y se mueve de tal manera por todas partes, que se hace en el cuerpo várias heridas, y de peligro. Pasado el frenesí, vuelve en sí, y aunque sano el entendimiento, quedan las llagas, es preciso repararle, y procurarle los oportunos remedios: bastó un instante para herirle; pero se necesitan muchos para curarle.

El pecador ciego con sus pasiones, mientras se mueve, y obra para satisfacerlas, hiere su alma, añade llagas sobre llagas, malos deseos, ò malos pensamientos, las acciones pecaminosas, la impureza, la embriaguéz, la venganza, las usu-

úsuras, la avaricia, los juramentos, las blasfemias, y que sé yo? Una vez que se abandona el Cielo, y que no se piensa mas en la salvacion, se hace sin reflexion todo aquello que inspira la pasion, y se hiere en todo lo que se presenta.

Pero finalmente, despues de cierto tiempo, el pecador se reduce, abre los ojos, vuelve sobre sí, y se resuelve à mudar de vida; se confiesa pues, y mediante alguna oracion, limosna, ò ayuno que se le impone, hechas éstas, se juzga libre de sus pecados, ni piensa mas en ellos. Este, amados oyentes mios, es un abuso detestable. Las llagas de nuestra alma no se curan tan facilmente, las vuestras aun están sangrientas, ni se curarán del todo, si no aplicais algun remedio de la mortificacion christiana.

La penitencia, dice el Concilio Tridentino, es un bautismo trabajoso. Si la vuestra nada tiene de penoso, si os olvidais de vuestros pecados, despues de recibida la absolucion, esa es una peniteneia falsa, y una conversion futil. Por esto dice San Ambrosio, que aunque sea cosa rara el encontrar Christianos qué conserven la inocencia bautismal, es aun mas dificil encontrar quien la repare despues de perdida. ¿Y acaso no vemos Christianos, que despues de confesados, y hecha la penitencia impuesta, no recaigan de nuevo en pecado? Sí lo vemos. Pero quán pocos son estos, los quales à exemplo de David, se ponen en su presencia para llorar, hacer penitencia hasta la muerte. Es verdad, que son pocos los verdaderos penitentes, como tambien son raras las conversiones perfectas.

No esteis jamás sin temor, dice el Espiritu Santo, *por los pecados, de los quales creeis haber obtenido el perdon.* Si hemos de temer los pecados confesados, y de los quales hemos sido absueltos, no se deben jamás olvidar en toda nuestra vida; por esto es menester llorarlos siempre, y hacer siempre penitencia. No basta, pues, el solo confesarlos, y no cometer otros.

Finalmente, el pecado considerado en sí mismo, es una accion, una palabra, una falta contra la Ley de Dios. Ahora pues, el que obra contra la Ley de Dios es reo; el reo merece castigo, y si Dios no castigáse las acciones malas, sería tan injusto, como si no recompensáse las buenas, como reflexiona San Basilio (Tract. de Judic. Dei.) Quando Dios per-

do-

dona los pecados, muda la pena eterna que les es debida, en la temporal; y no nos perdona, sino con condicion, que no obtendrémos aquella pena, de la qual no nos puede dispensar, porque es sumamente justo, y porque no puede faltar à sí mismo: de manera, que la pena debida à nuestros pecados, es como deuda, contraída por nosotros, à aquella eterna justicia, que no se puede satisfacer sino con obras de penitencia, juntas con los méritos de Jesu-Christo, sin el qual nada meritorio podemos hacer para con Dios.

No se jacten, pues, los pecadores, dice à este proposito San Gregorio, (Past. part. 3.) que sus pecados han de ser perdonados con solo contentarse de no cometer mas: para borrar quanto se ha escrito, no basta dejar de escribir: para pagar las deudas, no basta el no contraer otras nuevas.

Acabo esta primera parte con la reflexion que hice poco há: Si en lugar de haceros ver la necesidad de la penitencie, yo os dixése: Amados oyentes mios, no os inquieteis por los pecados pasados: os habeis confesado, y basta no penseis mas en ellos. Es verdad que os habeis revelado contra Dios, y que le habeis deshonrado de mil modos, y pecados; pero con tal que no cometais otros, él no pretende otro de vosotros. Es verdad que habeis hecho en vuestra alma heridas peligrosas; pero para curarla basta no hacer otras nuevas. Es verdad que habeis contraido deudas con la Justicia divina; pero para pagarlas, basta no contraer otras. ¿No diriais vosotros, si yo hablése asi: nuestro Párroco es muy laxo, no predica como los otros, es contrario lo que dice à lo que leemos en los libros devotos: este hombre nos engaña, y se engaña à sí mismo; no nos fiemos de él?

¡Estraña cosa, queridos mios! hemos de predicar la verdad, como es en sí; pero quando la predicamos parece dura, y horrible à la mayor parte los Christianos. Probemonos, pues, à endulzarla, sin alterarla; y ya que hemos mostrado la indispensable necesidad de la penitencia, procurémos hacerlo de manera que no asuste, ni desanime à ninguno, y que sea de todos practicable.

SE-

SEGUNDA REFLEXION.

PRimeramente regulad vuestro interior, y exterior de modo, que hagais servir à las obras buenas las potencias de vuestra alma, y todas las partes del cuerpo que sirvieron al pecado. Este modo de penitencia nos lo enseña el Apostol S. Pablo. Cada uno de vosotros, oyentes amados mios, exâmine à sí mismo con atencion sus pensamientos, palabras, y obras, y verá, que todos los sentidos del cuerpo, y potencias del alma, se han mancomunado à ofender à Dios, y que se ha servido de todas para cometer mil pecados.

¡Quántas miradas deshonestas! quántos actos de vanidad, de envidia, de furor! infelices ojos, que no solo habeis sido la puerta por donde entró en mi alma el pecado, sino que habeis servido de espejo à otros para hacer ver mis pasiones; ya no os he de abrir en adelante, sino para hacer ver el pundonor, la modestia, la mansedumbre, el recogimiento, y de esta manera resarciré mi pasada desemboltura, la luxuria, la arrogancia, de las quales fuisteis intérpretes.

La boca, y lengua, que sirvieron à la embriaguez, à la maldicion, à la impureza, à la cólera, la boca, digo, y la lengua, de las quales me serví para condenarme, no las emplearé sino para salvarme; la exâctitud en guardar los ayunos de la Iglesia, y otros que me impondré, segun mi estado, y fuerzas. La sobriedad, la templanza en la comida, recompensarán los excesos de la gula: hablaré bien de mis enemigos: seré circunspecto en mi modo de hablar: no cantaré sino las alabanzas de Dios: haré freqüentemente oracion, y asi satisfaré por los pecados de la lengua.

¡Desgraciadas manos! Habeis servido à la avaricia, al hurto, à las usuras, à la venganza, à la libertad deshonesta, y acciones vergonzosas: de hoy en adelante serviréis à la restitucion, à la limosna, à todas las obras de caridad que podré practicar en mi estado: trabajaréis, y vuestra fatiga será mi penitencia: os levantaré al Cielo para expresar los deseos de mi corazon, me heriré con ellas el pecho en señal de arrepentimiento. En la oracion estaréis de modo, que de-

noteis mi devocion, mi fervor, y mi penitencia. Estaréis en todo tiempo, y lugar, como tambien en el cuerpo en modo modesto, decoroso, y reverente.

Mi mente, que hasta ahora estuvo sumergida en los negocios, en pensamientos frivolos, pecaminosos, è inútiles, estará llena en adelante del solo pensamiento de mi salvacion, y de los medios necesarios para obtenerla; mortificaré la imaginacion con las penas del infierno; la memoria, en pensar los pecados, que ya me llenan de confusion; la voluntad, no cumpliendo los deseos que pudieran corromperla, antes bien destruiré todas las malas inclinaciones que enfrian la devocion, y caridad: de esta manera traeré en mi mismo la mortificacion de Jesu-Christo, haciendo servir à las buenas obras lo que antes servia para la maldad.

Esto es, amados Parroquianos mios, lo que se llama hacer penitencia: aplicar el remedio al mal, y hacer sufrir la pena, à quien fue instrumento de él: de manera, que todo lo que antes sirvió para el mal, sirva para remediarlo, y obrar bien.

Añadid à todo esto una perfecta resignacion en la voluntad de Dios, en todo lo que os sucede adverso; sufrid con espíritu de penitencia los trabajos, las mortificaciones, las incomodidades, todas las miserias de esta vida, y seréis un verdadero penitente. La misericordia de Dios es tan grande, dice el Concilio de Trento, que podemos satisfacer à su justicia, no solo con las obras impuestas por los Confesores, ò que nosotros mismos nos imponemos, sino tambien con los castigos, con las desgracias, con las aflicciones, à las quales están expuestos todos los hombres, y con todas las miserias que son inseparables de la vida humana.

¿Teneis enemigos que os murmuran, que turban vuestra paz, que os roban, y destruyen vuestra familia; un falso amigo que os hace traycion, y os abandona; un pariente que os deshonra; un vecino que os importuna; una muger que os desagrada; un marido que os hace desesperar, hijos que os afligen? Sea esta la penitencia. ¿El granizo destruye vuestras viñas; la sequedad esteriliza las mieses; la langosta destruye vuestros frutos; la enfermedad cunde en vuestros ganados; la muerte os quita las personas mas queridas; una bancarrota os ha

empobrecido; una larga enfermedad, dolores os atormentan, os consume la melancolía? Sea esta vuestra penitencia. Penitencia es para todos nosotros las obligaciones, y ocupaciones de nuestro estado, que no nos dejan respirar; la fatiga, los negocios, las veladas, las personas intratables, los malos corazones, y humores de las gentes con quienes habeis de tratar. Penitencia es la hambre, la sed, la desnudéz, el frio, el calor, los malos olores; todo lo que desagrada, que mortifica, asi en las cosas mas pequeñas, como en las mayores. Si haceis con recta intencion esta penitencia, seréis santos.

¿Pero por qué no lo habeis de hacer? Primeramente estais ciertos, que haciendola, satisfaceis cumplidamente à Dios, siendo él mismo el que os la envia. El vestirse de cilicio, ayunar à pan, y agua, dormir en tierra desnuda, practicar várias de estas penitencias, buenas cosas son, y de mucha edificacion; pero puede suceder, que en todas ellas éntre el amor proprio, y en lugar de hacer la voluntad de Dios, se haga la propria. Yo mismo he conocido personas, que tenian mas escrúpulo de romper los ayunos de devocion, que los de obligacion. Otras he visto, que emprendian por espíritu de penitencia cosas muy dificiles, y despues no podian sufrir un mal olor, ni la poca habilidad de un criado, sin impaciencia, y mal humor. Tanta verdad es, que el amor proprio se mezcla en las penitencias que emprendemos por nuestra voluntad. Las que Dios nos dá, no están expuestas à este inconveniente, y estamos ciertos que las agradece; y esta es la primera razon que nos debe mover à aceptarlas con buena voluntad.

Por otra parte nuestra impaciencia amarga siempre mas nuestras penas, en lugar de endulzarlas: sufrirémos lo mismo, y el sufrimiento no nos será de merecimiento alguno: serán antes semejantes à la penitencia de los condenados, que no los hace mejores, ni le sirve de otro, sino de maldecir la mano que les atormenta. Hagamos, pues, queridos mios, como se dice, de necesidad virtud; y ya que no nos podemos eximir de las penas, é incomodidades de esta vida, llevemoslas con resignacion, como cosas que nos vienen de la mano de Dios, pues nos sirven de penitencia. ¡Quán bueno sois, ò Señor! quán admirables los caminos de vuestra misericordia!

No tengo ánimo para imponerme una penitencia, en algun modo proporcionada à mis pecados; vos mismo me la dais, sea alabado vuestro santo nombre: la acepto, me sujeto, la haré con la ayuda de vuestra gracia, por toda mi vida. Es verdad que ella es nada en comparacion de lo que he merecido; pero es ella tal, qual vos, Dios mio, la deseais, porque la habeis escogido.

Este es el modo, Parroquianos mios, con el qual cada uno en su estado, aun en medio del mundo, y entre los mayores negocios, puede satisfacer por sus pecados con una penitencia, que nada tiene de singular, ni extraordinario, ni capáz de asustar à alguno; pero que no es menos agradable à Dios. Añadamos con vergüenza nuestra, que no es por esto menos rara. Valga la verdad: ¿Dónde están hoy dia los penitentes que regulen su exterior, è interior de tal manera, que todas las potencias del alma, y sentidos del cuerpo, que han servido al pecado, no sirvan sino à la justicia, y buenas obras? Dónde están los penitentes, que sufren, sin lamentarse, las penas, è incomodidades de la vida? Y con todo, queridos mios, estas son las disposiciones con que deben vivir los pecadores, y que deben conservar hasta la muerte. Me engañaria, si se pudiese quitar una palabra de quanto os he declarado hasta aqui.

Llenadnos, ò gran Dios, del temor de vuestros juicios: dadnos el espiritu, y amor de la penitencia: dadnos à conocer su necesidad: no permitais que nos ceguémos de tal manera, que creamos que para purgar nuestros pecados, baste el acusarnos de ellos, y no cometer otros: inspiradnos el deseo, y dadnos fuerza para cumplir lo que falta à la pasion de Jesu-Christo: esto es, la mortificacion de nuestro cuerpo, de nuestra alma, y corazon. La mortificacion del hombre todo entero, que ha llegado à ser, por medio del bautismo un miembro, y una porcion del cuerpo de Jesu-Christo. Bendito seais, Dios mio, que por un efecto de vuestra misericordia, os dignais aceptar, en satisfaccion de mis pecados, todo aquello que hemos de sufrir en este mundo, quando lo suframos con paciencia por amor vuestro. Ayudad, pues, nuestra flaqueza, dadnos aquella perfecta resignacion, por medio de la qual las penas de esta vida lleguen à ser la mejor penitencia que podamos

mos hacer, la mas gustosa à vuestros ojos, y la mas propria para borrar nuestros pecados por los merecimientos de Jesu-Christo, cuyo nombre sea para siempre alabado. Asi sea.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO de Quaresma.

SOBRE LA ORACION.

Mulier Cananæa clamavit, dicens ei: Miserere mei, Domine, fili David.

Una muger Cananéa grita, diciendo: Ten compasion de mí, ò Señor, hijo de David. *S. Mathéo cap. 15. ℣. 22.*

LA oracion que hizo la Cananéa à Jesu-Christo es breve; pero como salida del corazon, era fervorosa, y por lo tanto fue oida. Oramos nosotros freqüentemente, decimos muchas cosas; pero son palabras, que al cabo significan lo contrario de lo que tenemos en el ánimo. Se ora por costumbre, sin atender à lo que se hace, ò à lo que se dice: de aqui sucede, que somos tan raras veces oidos, asi para las cosas espirituales, como temporales. Pides, y no recibes, dice el Apostol Santiago, porque pides malamente. (*6. 4. Epist. Cath.*) Tres son los defectos que hacen inútiles, y aun pecaminosas delante de Dios nuestras oraciones. Orar sin prepararse; no desear todo lo que se pide; hablar à Dios de un modo, y obrar de otro. Guardemonos, pues, en lo por venir, amados Parroquianos mios, y aprendamos hoy quales

les deben ser nuestras disposiciones antes de la oracion, en ella, y despues de ella.

PRIMERA REFLEXION.

TOdos los penitentes se acusan de haber tenido distracciones en su oracion; pero son raros los que se acusan de haber orado sin preparacion, siendo las distracciones, y sequedad, de las quales todos se quejan, son efectos del comenzar mal, y de orar sin prepararse antes. El labrador no siembra, sino ha dispuesto antes el terreno. Ninguno se presenta à algun personage, sin pensar antes quanto le ha de decir. Con mayor razon no nos hemos de presentar delante de Dios para rogarle, sin una previa disposicion, segun lo que dice el Espíritu Santo: *Antes de orar, preparate, y no seas como uno que tienta al Señor.* (Eccl. 18. 23.)

Quantas veces me pongo en oracion, mi mente se vé asaltada de mil idéas, y distraída con mi familia, mi negocio, mi ocupacion, acerca de quanto he hecho, ò debo hacer. Sorprendiendome entonces toda especie de pensamientos malos, ò inútiles, que no me vendrian ciertamente en otro tiempo, parece que suceda solamente para turbar el demonio mi imaginacion, y distraerme con mil fantasmas. Que tenga parte el demonio, no hay que poner duda, hijo mio; y persuadete que hará todo lo posible para que no ores con atencion; porque sabe, que la oracion bien hecha, es la fuente de todas las gracias, y bendiciones del Cielo. De aqui sucede, que muchas almas justas tienen mucho trabajo para apartar las distracciones, permitiendolo Dios para exercitar su paciencia: y en verdad que debe ser grande la paciencia para no perder el ánimo en medio de las distracciones, y sequedad: ni es poco mérito delante de Dios pasar toda la oracion en combatir, principalmente, quando no vienen ellas por culpa nuestra, y que estamos bien prevenidos de nuestra parte para vencerlas.

¿Pero es verdad que no te has distraído por culpa tuya? Decidme por vuestra vida, ¿cómo podeis dejar de distraeros, y disiparos en la oracion, si la empezais sin hacer reflexion, ni de un Dios, en cuya presencia habeis de estár, ni de la necesidad que teneis de su gracia, ni sobre lo que habeis de pedir,

dir, ni de lo que quereis decirle? Luego despues de vuestras diversiones, aun tambien de vuestros placeres, de los quales teneis la mente llena, apenas dejada una conversacion inutil, tal vez pecaminosa, os poneis con prisa, y sin atencion à orar, ¿qué maravilla, pues, si teneis distracciones? El querer orar devotamente de esta manera, es querer tentar à Dios. ¿Cómo se ha de hacer, pues? Vedlo: la manera es sencilla; los mas ignorantes pueden practicarla como qualquiera otro.

Quando querais orar, escoged un lugar retirado del bullicio de las gentes, tomad agua bendita, arrodillaos, y santiguaos con respeto; despues, con postura humilde, decid entre vosotros mismos: ¿Quién soy yo? donde estoy? qué es lo que tengo que hacer? Soy una pobre criatura, que nada puedo por mi mismo, y que nada soy: fuera de un hombre fragil, sujeto à todos los males, y pasiones, tentaciones, y peligros, soy un infeliz pecador, reo de mil delitos; un malhechor condenado al infierno, y éste será mi morada, si Dios no usa conmigo de piedad, y misericordia.

¿Pero dónde estoy yo? En la presencia de mi Criador, y Señor, delante de quién tiemblan los Angeles, el qual con una sola palabra me puede hacer volver en polvo, de donde me formó. El es el que ha criado mi alma, y comprehende mis pensamientos mucho mejór que yo, no menos que los movimientos mas imperceptibles de mi corazon. Sus ojos, à quienes nada hay encubierto, están abiertos sobre mí, y su oído está atento à mis palabras. Yo no lo puedo vér, ni tocar, porque siendo un puro espíritu, no lo pueden percibir los sentidos; pero él sí que me vé, y oye; en él tengo el sér, el movimiento, y vida; me postro, pues, en su presencia, ¿y por qué?

Para conocer, y confesar, que él todo lo es, y puede, y yo nada puedo, ni soy sino en él: que à solo él se le debe el honor, la alabanza, y la gloria. Aqui estoy para adorarlo, y rendirle omenage, como criatura al Criador, como hijo al padre, como criado à su Señor. Aqui estoy à darle mil gracias por los beneficios, de los quales me ha colmado desde el primer instante de mi vida, por haberme hecho nacer en la

Re-

Religion verdadera, de haberme conservado hasta ahora, de haber proveído à las necesidades de cuerpo, y alma; por no haberme arrojado al infierno, como lo he merecido tantas veces. Aqui estoy para pedirle perdon de mis ofensas, à rogarlo por la sangre de Jesu-Christo, de no tratarme segun mis méritos, sino que tenga misericordia de mí.

Aqui estoy para ofrecerle el entendimiento, y pensamientos, el corazon, y todos mis deseos, mi alma, cuerpo, y vida: aqui estoy para ofrecerle todas estas cosas, y hacer un sacrificio de ellas. Quiéro protestar aqui el amarle sobre todas las cosas, y para pedirle que me tiene de su temor, y me encienda en su amor: porque soy incapáz de tener sentimiento alguno bueno, ni aun pronunciar su santo nombre, sin su ayuda. Ved, pues, lo que aqui he de hacer para hablar à mi Dios, yo que no soy otra cosa que polvo: yo vil, è indigna criatura, estoy aqui para hablar à Dios, y él por omnipotente que sea, me oye, y escucha.

Si se digna oirme, porque no oro sino en nombre de mi Señor Jesu-Christo su Hijo, mis potencias, y agradecimientos, y adoraciones no pueden agradar à Dios sino en quanto se hacen en el nombre de Jesu-Christo: pues él es la boca, por la qual dirijo à Dios mis palabras, segun el sentir de San Ambrosio: *Os nostrum per quod patri loquimur.* (lib. de Isaac. c. 8.) ¡Quán grande es, pues, la oracion del Christiano! puesto, que quando ora con atencion, no es oracion suya, sino de Jesu-Christo que ora: es un miembro de la Iglesia, que ora en nombre, y con la boca de Jesu-Christo, que es cabeza de la Iglesia.

Finalmente, si ruego en nombre de Jesu-Christo, no debo pedir sino cosas que sean provechosas à mi alma, y salvacion: porque Jesu-Christo no ha rogado, ni ruega sino por ella. Puedo bien pedir alguna gracia temporal; pero no debo desearla, sino en quanto sea conveniente à mi salvacion, y rogar à Dios que me la niegue; en caso que me haya de ser dañosa; pues entonces ya no oraría en nombre de Jesu-Christo, antes bien sería mi oracion pecaminosa. (S. Agust. in Psalm. 108.)

Estos son, amados Parroquianos mios, los pensamientos que deben ocupar nuestra mente, y las disposiciones que debemos tener, quando nos ponemos à orar. No he de hablar à un hombre, sino al mismo Dios, yo gusano de la tierra, è indigno pecador, le he de hablar en nombre de Jesu-Christo, y por medio de Jesu-Christo. ¡O quán grande es, y respetable la accion que he de hacer! ò Dios mio, alumbrad mi alma, llenadme de vuestro espíritu, infundidme en el corazon, y boca sentimientos, y palabras dignas de vos.

SEGUNDA REFLEXION.

HEcha asi la preparacion, comenzad la oracion: y ahora receis, ò leais oraciones en un libro, hacedlo con atencion: observad si los sentimientos acompañan las palabras; y acordaos que insultais à Dios quando decis una cosa, y pensais otra. Si vuestro corazon no desea quanto pide, mentís, no ordis.

La mejor, entre todas las oraciones, es la que nos enseñó el mismo Jesu-Christo: esto es, la que comunmente se llama *Oracion Dominical*, ù oracion del Señor, y contiene todas las peticiones que podemos hacer à Dios, asi para este mundo, como para el otro. La decís cada dia à la mañana, y noche: son grandes las cosas que en ella pedis; ¿pero las pedis sériamente?

¿Deseais sériamente que sea santificado el nombre de Dios; que todos los hombres le conozcan, y bendigan; que venga su Reyno: esto es, que el reyno de la verdad, y piedad se estienda siempre mas por toda la tierra? Que Jesus reyne en todos los corazones; que de todos sea amado, y honrado, especialmente en vuestra Parroquia, en vuestra casa, y familia? A esto contribuís vosotros en quanto podeis? Buscais las ocasiones de procurar la gloria de Dios? Qué habeis procurado, ò deseado para hacer la gloria de Dios en treinta, ò quarenta años, que decís tarde, y mañana: *Señor, sea santificado tu nombre, venga à nos tu Reyno?*

Mientras pedís que se haga su voluntad asi en la tierra, como en el Cielo, ¿teneis acaso una voluntad contraria à la suya? Su voluntad es que atendais à la santificacion de vuestra alma, y que todo quanto hagais se refiera à vuestra santificacion,

cion. Su voluntad es, que seas humillado, afligido, que estés enfermo, y que no te salga cosa alguna bien; ¿en tales lances decís con resignacion: Señor, hagase tu voluntad? ò bien no quisieras que se cumpliera su voluntad todas las veces que no concuerda con tus deseos?

¿Quando pedís el pan de cada dia, poneis solo la mira en las necesidades del cuerpo, sin atender à las del alma, que debeis alimentar con mayor cuidado que el cuerpo, con el pan de la gracia, y palabra de Dios, con el vivo pan bajado del Cielo, que es Jesus en el adorable Sacramento de la Eucharistia? Este es el pan que pedís, y deseais, quando decís: *El pan nuestro de cada dia dadnosle hoy.*

¿Hablas con verdad, y desearias que Dios te tomáse la palabra, quando le pedís que perdone vuestros pecados de la manera que tú perdonas à quien te ha ofendido? Estarias contento que te perdonáse; pero con la condicion, que no se olvidará jamás de tus pecados, que tarde, ò temprano se vengará de ellos, que no te querrá jamás vér? Esta es, pues, la manera de perdonar de los hombres.

¿Mientras que ruegas à Dios que te libre de la tentacion, no meditáis de poneros en ocasion de ella? No conservais un secreto afecto al mal, mientras pedís à Dios que os libre de él? Amados oyentes mios, exâminad bien vuestra conciencia, y observad, y tened cuidado, que no mienta el corazon lo que dice la boca quando rezais el *Padre nuestro.* En tal caso no seria una oracion, sino una irrision, è insulto.

Si deseais despues sinceramente obtener las gracias que pedís à Dios en vuestras oraciones, ¿cómo las pedis tan friamente? Si teneis la devocion en el corazon, ¿cómo sucede que todas vuestras acciones, y exterior, os hacen parecer indevoto, poco atento, y disipado? Mirar à todas partes, buscar demasiado apoyo, y comodidad, interrumpir por una cosa de nada la oracion, rezar apresuradamente, sin atender à lo que se dice, mirar la oracion como obligacion incomoda, y aunque con escrúpulo de faltar à ella; pero haciendola malamente, como si nada nos interesasemos. Decidme por vuestra vida, amados Parroquianos mios, ¿es este modo de orar, quan-

quando no desea verdaderamente el corazon lo que la boca pide? Quando oramos, dice San Agustin (Serm. 15. de verb. Dom.) somos como mendígos delante de la puerta del gran Padre de familia Jesu-Christo. Atended à un pobre quando pide limosna: el mirar à los gestos, el tono de la voz, el modo patético, y de compasion, con el qual muestra su necesidad, y miseria, muestran claramente el deseo que tiene de conseguir lo que pide. ¿Vosotros mismos, quando vais à alguna persona à pedirle algun favor, no atendeis à lo que le decís, y qué os responderá? Poneis en él los ojos: le hablâis cortesmente, no pensais en otra cosa. Si os niega lo que pedís, volveis à insistir con tanto mas ahínco, quanto mas necesitais lo que pedís. Ah! qué devotos seriais si rogarais à Dios de la misma manera que rogais à los hombres quando teneis necesidad de ellos!

Pero quiero haceros justicia: En algunas ocasiones tambien ordis con fervor: si os encontráis en peligro de perder los bienes, ò la vida: si no os queda otra esperanza que la providencia, à ésta os encaminâis en una desgracia que os contrasta; entonces vuestras oraciones son fervorosas, y salen del corazon: levantâis los ojos, y manos al Cielo, y enviais vuestras ardientes súplicas: Dios mio, Dios mio, tened compasion de mí: ¡Jesus, sed en mi ayuda, pues no me queda otra esperanza que en vos! ¿Por qué en estas ocasiones vuestra oracion es tan fervorosa? porque sale del corazon, y desea con ansia lo que pide la boca. Pero quando se trata de las necesidades del alma, entonces oráis de un modo, y obráis en otro; con esto se echa de vér que vuestras oraciones, las mas veces solo son costumbre, y que no os interesais en conseguir las gracias que solo pedís con los labios, y muchas veces aun sin pensar. Para convenceros basta el cotejar vuestra vida con vuestras oraciones; exâminémos la cosa de mas cerca, y de modo, que quien tenga oído nos entienda.

TERCERA REFLEXION.

VUestra oracion cotidiana consiste en la oracion Dominical, de la qual poco ha hemos hablado en el Symbolo de los Apóstoles, en la confesion de los pecados: à las quales añadís actos de adoracion, de amor, de accion de gracias; y sé que muchos de vosotros las concluis con los Mandamientos de Dios, y de la Iglesia.

Si solo atendiesemos à lo que decis, os tendriamos por perfectos Christianos. Pedid que sea santificado el nombre de Dios, que venga su Reyno, que se haga su voluntad: no hay cosa mejor, ni mas edificativa. Pero en lugar de santificar vosotros este nombre adorable, lo deshonrais con blasfemias, con imprecaciones, con palabras contrarias à la caridad, y modestia: sois causa de que otros lo deshonoren con malos exemplos, con peores consejos, y escándalos. Lejos de hacer que reyne Jesu-Christo en vuestros corazones, haceis reynar el demonio, à quien obedeceis, y cuyos consejos practicáis. El demonio de la embriaguéz, el demonio de la luxuria, el amor de las riquezas, que son vuestro Dios, vuestro Rey, y vuestro todo.

Decís: Señor, hagase vuestra santa voluntad, mientras quereis mil cosas que él no quiere; antes bien nada quereis de quanto él quiere, no teniendo ni sumision, ni paciencia, ni resignacion en los trabajos, y desgracias que os suceden.

Pedis el pan de cada dia, y haceis servir para vuestra condenacion los bienes que os dá la providencia. Pedís el pan de cada dia, y en uno solo comeis en la taberna lo que basta para mantener algunos dias vuestra familia. Vuestros graneros están llenos, teneis oro, y plata en vuestras arcas, y entre tanto mueren de hambre los pobres à vuestra puerta: tú no trabajas, no eres util à ninguno, vives en el ocio, aunque estás condenado como los otros à comer el pan con el sudor de tu rostro; y pedís el pan cotidiano, mientras dice el Apostol, que quien no trabaja, no debe comer.

Añadid despues: Perdonanos, Señor, asi como nosotros

tros perdonamos à nuestros enemigos, mientras sois todo hiel para con ellos. No nos dejes caer en la tentacion, quando la buscais, y deseais. Libranos de mal, y el solo mal que se ha de temer; esto es, el pecado, es lo que menos temeis, conservando un año entero muchos pecados mortales en la conciencia. ¿Qué haceis, pues, y en qué pensais, rezando tarde, y mañana esta divina oracion, puesto que contradicen vuestras obras à todo lo que ella contiene?

Creo en Dios Padre todo poderoso, y en Jesu-Christo su Hijo, que nació, padeció, y murió: creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Cathólica, Apostólica, y Romana, con lo que se sigue. ¡Qué linda profesion de la Fé! Pero si creeis en Dios, ¿por qué obrais muchas veces como si no fuese? Si es vuestro Padre, vuestro Señor, ¿quál es el honor que le tributais? quál la obediencia, temor, y respeto que le debeis? Y si es vuestro Padre, ¿quál es el amor que le profesais? Si creeis en Jesu-Christo, ¿por qué seguis antes las máximas del mundo, que las del Evangelio? Por qué no os aprovechais de tantas gracias, que son el precio de la sangre de Jesu-Christo? Creeis en el Espíritu Santo, y en la Iglesia, que es organo suyo, ¿por qué, pues, dais oídos à las fábulas, y novedades profanas, en lugar de obedecer à la Iglesia, que nos enseña por medio de los Pastores? Decis mañana, y noche: Creo, creo, ¿pero de qué sirve el creer, si vivis como si no creyerais?

Despues de todo esto haceis vuestra confesion, protestando à Dios, y à la Virgen, y Santos, que sois un gran pecador: añadís, hiriendoos el pecho, que es vuestra culpa, grandísima culpa vuestra. Pedis instantemente à la Virgen, y Santos, que os alcancen misericordia, y perdon de Dios: está bien; ¿pero de qué aprovecha esto, si entretanto que os heris el pecho, conservais en el corazon el amor al pecado? si no haceis verdadera penitencia, de quantos habeis cometido, y si no tomais ningun medio para no cometer otros? De qué sirve el invocar à la Virgen, y Santos, si vais siempre por un camino del todo opuesto al que ellos han seguido, en tiempo de su vida, y que les ha conducido à la vida eterna?

¿Ha-

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Haceis un acto de adoracion, y os haceis un Dios de vuestras riquezas, de vuestro vientre, y de vuestros gustos? Haceis actos de agradecimiento à Dios, y no le mostrais ninguna señal de gratitud? Le ofreceis el corazon, y lo entregais despues à las pasiones. Decís con la boca: yo os amo; y las acciones dicen, que nada lo amais. Atended, y ved, Parroquianos mios, la diferencia que hay entre la vida que llevais, y las oraciones que decís.

Es costumbre loable el acabar las oraciones de la mañana, y noche, con los Mandamientos de la ley de Dios, y de la Iglesia; pero quien los dice, y no los pone en práctica, dice siempre la sentencia de su condenacion. ¿Quando dice un deshonesto, por exemplo: *No fornicarás*: un usurero: *No hurtarás*; un profanador de las fiestas: *Santificarás las fiestas*; y asi de los demás, no pronuncian estos la sentencia de su condenacion?

De todo esto se sigue, amados Parroquianos mios, que asi como es imposible el vivir bien sin bien rezar, y orar, no pudiendo nada nosotros sin la gracia; asi tambien es imposible el orar bien, quando no se vive, ò no se desea el vivir christianamente. Somos malos, porque oramos malamente; y por otra parte oramos mal, porque vivimos mal.

Queridos mios, os ruego por las entrañas de Jesu-Christo, que atendais à lo que decis rezando. Se incluye en la oracion lo que creemos, lo que esperamos, y lo que debemos obrar para alcanzar la vida eterna: esta es la regla de nuestra vida; y quando rezareis con la debida atencion, aprenderéis en la oracion, mucho mas que con nuestras instrucciones, el bien que debeis obrar, y el mal que debeis huir: en ella encontraréis las gracias mas abundantes, y sacaréis por fruto los consuelos mas dulces.

No comenceis, pues, vuestras oraciones sin haberos antes aparejado, y sin propeneros la presencia de Dios, el qual vé, y conoce los mas escondidos pensamientos. Acordaos que no lo podeis engañar: y se descubre en el fondo de vuestro corozon todo lo opuesto de lo que profieren los labios; vuestra oracion, en lugar de darle honor, le deshonra. Lejos de mitigar su enojo, lo irritais; y en lugar de ser una

una buena obra, es un pecado; de suerte, que seréis mas culpable despues de haberla hecho, que lo erais quando la empezasteis.

Estoy lleno de confusion, ò Dios mio, cada vez que pienso el modo con que hasta ahora he orado: pudiendo temer justamente, que en lugar de hacer llover sobre mi vuestra misericordia, no la haya antes irritado vuestro enojo. Vos, ò Salvador mio, enseñadme à orar. Haced que jamás me ponga en vuestra presencia sin haber antes preparado mi alma, sin haber hecho antes reflexion sobre lo que he de hacer, y sin estár lleno del conocimiento de vuestra grandeza, y de mi nada. Esclareced mi entendimiento en la oracion; alejad de ella todas las distracciones que la hayan de embarazar. Haced que solo esté embebida en vos, ò Dios, que debeis ser el unico objeto en todos los instantes de mi vida. Encended mi corazon, infundid en él todos los sentimientos de piedad, los buenos deseos, y llantos de una alma que os ama, y solo por vos suspira. Haced que mi corazon desee lo que pide la boca, que mis acciones correspondan à mi oracion, ni sean contrarias à los ruegos que enderezo à vos: que yo os adóre con espiritu de verdad; que os ame, os busque, encuentre, y úna con vos, y finalmente os posea eternamente en el Cielo. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO de Quaresma.

SOBRE EL MALDECIR, y juzgar mal.

In Beelzebub Principe dæmoniorum ejicit dæmonia. Echa los demonios en nombre de Beelzebub, Príncipe de ellos. *San Lucas cap.* 11. ℣. 15.

¡PUede haber malignidad mas deteſtable que la de los Fariſéos, hombres verdaderamente abominables, y tan contrarios à la doctrina, ſantidad, y perſona del miſmo Jeſu-Chriſto, que no lo quieren ſufrir, vér, y oir! Conociendo eſtos que les era impoſible el negar la verdad de ſus milagros, demaſiado conocidos al mundo, tienen el atrevimiento de publicar deſcaradamente, que los hace por arte diabólica, y que echa los demonios por medio de Beelzebub, Capitan de ellos: y en otra ocaſion ſe mueſtran tan protervos, y temerarios, que no dudan de echarle en cara, que eſtá poſeído del demonio. De eſta manera, à fuerza de eſparcir por Jeruſalén todo lo que la malicia, y odio pueden inſpirar contra Jeſu-Chriſto, llegan finalmente al término meditado de poner tacha en ſu doctrina, y hacer odioſa ſu perſona; de ſuerte, que el miſmo pueblo que lo habia recibido tres dias antes con mil aclamaciones de alegria, pide que ſe le quiten delante de los ojos, y lo pongan en una Cruz.

Eſ-

Eſta miſma malicia, que animaba à los Judíos contra el Salvador del mundo, vemos hoy en dia que anima à los hombres los unos contra los otros. Criticar, juzgar, deſpedazar, murmurar, y condenar al proximo, es la infeliz ocupacion de un gran número de perſonas; eſte es el mas comun entre tdos los vicios, y mas univerſal. Vicio infame, que jamás ſe deteſtará quanto baſta, y contra el qual ſe empleará ſiempre bien el celo de un Paſtor. Aſi pueda yo, amados Paroquianos mios, infundiros todo el horror que merece, haciendoos vér quán odioſo ſea, qué conſeqüencias tan terribles produzca, y quán peligroſo ſea el tratar aquellas perſonas que lo exercitan.

PRIMERA REFLEXION.

AUnque no hubieſe dicho el Eſpíritu Santo claramente, que los que maldicen ſon *la abominacion de los hombres*, (Prov. 24. 9.) y aquel que habla ſin razon, y contra lo que ſiente, en perjuicio del proximo, es un *hombre maldito*, (Eccleſ. 18. 15.) ſola la luz de la razon baſtaría para hacernos conocer la bajeza, la injuſticia, y la vilantéz de un carácter, que ſe complace de criticar, y decir mal.

¿De hecho puede haber accion mas vil, è indigna, de un hombre honeſto, que el hacerſe acuſador de un ſu ſemejante, ſin otro motivo que el guſto de hablar mal? Quando un hombre honrado eſtá citado á un Tribunal, y eſtá obligado à ſervir de teſtigo contra alguno, no vá ſino de mala gana: no habla ſi no es preguntado, ni dice ſino las coſas que no puede negar, por haberlas viſto, y oído: las dice ſin malicia, ſin exâgeracion; y ſi no eſtuvieſe obligado à decirlas, las callaria. Quiſiera juſtificar al reo delante del Juez; pero vos, Parroquiano mio, ſin eſtár obligado, y ſin atender à la Ley de Dios, menos à la de la naturaleza que lo prohibe, acuſais al proximo; hablais ſin ſer preguntado: decis lo que no ſe os pregunta, ni ninguno tiene derecho de preguntar; contais coſas que no ſabeis, y que muchas veces no hay; las publicais con malicia, y con una cierta ſatisfaccion que no ſabeis diſimular. ¡Qué indignidad!

¿Qué coſa mas indigna que el decir mal del proximo au-

 ſen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ſente, y que no puede defenderſe: eſto es, en un tiempo en que la Religion, la humanidad, tal vez tambien la verdad, nos obligan á hacer ſu parte? Se dice de ciertos animales, que ſi alguno de ellos ſe ve aſaltado, los otros corren en ſu defenſa; pero los hombres, ò Dios mio, lo hacen al contrario: Quando en un corrillo ſe empieza à hablar de cierta perſona, baſta que uno mueva la converſacion para que todos la ſigan, ſin que ninguno perdone à ſu fama: no hay quien eſcuſe, ſino que todos acuſan; en lugar de diſminuir, todos aumentan, ò bien exâgeran, è infaman los hechos, tal vez inocentes del proximo que eſtá auſente: *Eſtos ſon la ſerpiente, que muerde al caminante que duerme.* (Eccl. cap. 10.) ¡Qué vileza!

Pero ésta crece mas al conſiderar, que el maldiciente, y murmurador hace el mal, porque es mal; y no hay lugar de interés, ni eſperanza de provecho. Quando un ladron aſeſina à un paſagero, tiene la mira de robarle lo que lleva; ¿pero vueſtra intencion, murmuradores, quál es? qué ganais? ſolo el hacer mal al proximo. Quanta mas malicia llevan vueſtras hablas, tanto mas os alegrais en divulgarlas: quanto mas ſenſibles ſon los golpes, tanto mas os divertís en deſcargarlos: y con todo, ¿quién lo creyera? Se encuentra gente de eſte carácter, la qual ſe tiene por honeſta, y honrada. ¡Buen Dios! qué honradéz! ¿Cómo puede llegar el hombre à tal ceguera, que no vea, que infamando al proximo, comete la mas enorme injuſticia?

Quando un Magiſtrado preſide en ſu Tribunal para juzgar antes de condenar à una perſona acuſada de algun delito, cita los teſtigos, los exâmina muchas veces, confronta los unos con los otros; pregunta à las partes, oye lo que dicen para ſu juſtificacion; exâmina, pondera, combina, verifica con eſcrúpulo el hecho; peſa ſin parcialidad las acuſaciones, y defenſas: y deſpues de haber tomado toda precaucion, pronuncia la ſentencia, pero con diſguſto. Pero voſotros, ſin haber oído teſtigos, ni partes, ſin exâmen, ſin pruebas, dando ſolo oído à las voces que corren, juzgais ſin eſcrúpulo alguno, y condenais atrevidamente à vueſtro hermano. He oído decir tal coſa, no ſoy yo el autor. ¡Qué buena eſcuſa! ¿Quién os la ha contado es digno de fé? Jurá-

ràras delante de Dios que no os han engañado? No, ciertamente. ¡Ha infelices! ¿No eſtariais en eſtado de ſervir por teſtigos contra el proximo, porque nada podeis afirmar contra él, y lo quereis condenar? Dónde eſtán, pues, la honradéz, y hombría de bien que jactais?

A la injuſticia ſe añade la malicia en dar à la miſma virtud colores mas odioſos. Dios os libre de ſer objetos de eſta maldita lengua: ella producirá intenciones que jamás habeis imagiſoñado: pondrá tacha en todas vueſtras acciones. Aſi como el vino mas eſquiſito ſe gaſta poniendolo en un vaſo de mal olor, aſi las calidades mas apreciables ſe mudan en vicios en la boca del murmurador, el qual es por lo miſmo aſemejado en el Pſalmo à un ſepulcro deſcubierto, lleno de corrupcion, y de podredumbre.

Si ſobreſale en voſotros la piedad, os llamará hypócritas: ſi os diſtinguís en buenas obras, dirá que las haceis por vanagloria: ſi defendeis la cauſa de Dios, la vueſtra, ò la del proximo, ſeréis à ſu parecer unos obſtinados. ¿Huís del mundo, y amais el retiro? os tendrá por fantáſticos. Vueſtra chriſtiana paciencia en ſufrir las injurias, la llamará poltroneria: vueſtra economía, avaricia: y dirá que ſois uſureros, y ladrones, por haber recogido algun caudal con induſtria, y fatiga. En ſuma la lengua del murmurador, y maldiciente, es un guſano que roe, y gaſta el mejor fruto. Tal es, amados Parroquianos mios, la vileza, la injuſticia, la malicia de la maledicencia; de lo qual podeis juzgar quan odioſa ſea, y deteſtable.

Y ſi bien ſe mira el principio de donde proviene, la conocerémos aun mas odioſa. Porque finalmente, decidme por vueſtra vida: ¿Qué obteneis diciendo mal del proximo? Quál es el motivo que os hace hablar? En primer lugar, la cauſa principal es el orgullo. Creeis levantaros con el abatimiento ageno; y eſta ſobervia la haceis vér mientras decís, penſando ocultarla: *Yo no me tengo por mejor que los otros; pero me ſabria mal que ſe me objetaſen coſas ſemejantes.* Lo que os hace hablar es la envidia: el mérito del proximo os dá ſombra: ſu reputacion os atormenta: las buenas calidades que tiene, y voſotros no teneis, os humillan. El es mas

Universidad de Deusto
Biblioteca

rico, mas afortunado, mas estimado que vosotros, y por lo mismo os entristeceis; el enojo enciende vuestra bilis, y con vuestro maligno diente lo despedazais. La envidia tambien de los empleos, tiene mucha parte en vuestra murmuracion. El tiene mas talento que tú, es mejor artifice, tiene mas práctica del arte: ved ahí los motivos que roen, y os hacen hablar.

El espíritu de venganza tambien os mueve à ello. El ha dicho, ò hecho tambien su obligacion, le ha movido à hacer, ò decir alguna cosa que os desagradó, ni sabeis vengaros de otro modo fuera del de la lengua: por lo tanto, rugis como un leon, y silvais como una serpiente. Una necia, y mal entendida vanidad, no deja de haceros murmurador. Quisierais parecer hombres agradables, placenteros, de vivo ingenio en la conversacion, y de soláz á la compañia; pero luego que dejais de murmurar, perdeis del todo el ingenio, y quisierais que se dixese que teneis mucho; pero siempre es víctima el proximo, de quien luego que dejais de hablar, ya se acabó vuestra eloqüencia, nada de extraordinario llevan vuestros discursos, los quales antes llegan à ser enfadosos al corrillo, y este es el motivo que os induce à mantener el mismo lenguage. Ved aqui como se encuentra en la murmuracion el veneno de la sobervia, las liviandades de la vanidad, el acibar de la cólera, la hiel del odio, y de la envidia. Exáminadla quanto quisieredes, no encontraréis otra cosa; por esto dice el Apostol Santiago, que la lengua del murmurador *está llena de veneno mortal*, que es *un mundo de maldad*: *universitas iniquitatis.* (Epist. Cath. cap. 3. ℣. 6.) ¡ò Dios mio, quán odiosa es la murmuracion; pero quán terribles son las consequências!

SEGUNDA REFLEXION.

LA murmuracion siembra en todas partes la discordia, y la division perturba las amistades, prohibe que se reconcilien los enemigos, turba la paz de las familias, exaspera al hermano contra el hermano, el marido contra la muger, y à ésta contra el marido; envenena las acciones buenas,

nas, publica las malas; esparce tal vez entre una familia entera manchas tales, que pasan de padres à hijos, y de una à otra generacion, y que jamás se borrarán. Sus palabras, dice un Profeta, (Psalm. 119.) son semejantes *à los carbones ardientes, y à las agudas flechas*: es la fuente de todo mal, la destruccion de todo bien, y sus males son irreparables.

Aquel hijo era obediente à sus padres, ò tenia deseo de servir bien à sus señores: le habeis hablado imprudentemente, por lo qual ha perdido todo el concepto que tenia: ha empezado, pues, à perderle el debido respeto, de éste procedió la desobediencia; vuestra lengua ha causado todos estos desórdenes. Con vuestras palabras llenas de malicia, habeis inspirado à aquella persona sentimientos de menosprecio, y adversion à los Ministros de la Iglesia, tal vez tambien contra su Pastor: ya no se allega mas à los Sacramentos, se endurece de dia en dia, y luego no tendrá ni fé, ni ley; vuestralengua la ha echado à perder. Vuestra maldita lengua es causa que aquel Mercader, aquel Artesano, no tengan mas compradores, ni el credito que antes tenian; que haya faltado à la tal doncella tal acomodo, ò que no lo tenga, qual podia esperar; que aquella muger esté mal con su marido, ò que aquellos, ò aquellas tales que vivian bien juntos, no se traten mas, y se separen.

Pero no era esta mi intencion, dirá alguno: se os concede; pero no dejais de ser menos culpables. Vuestras palabras han pasado ya por mil bocas, cada una ha hecho su comento, ò ha añadido alguna cosa, si asi fueron como las pelotas de nieve, que rodando se engruesan, ò para hablar como Santiago: *Fueron una chispa, que ha quemado un gran bosque.* Vos sois causa de todo el mal, porque excitasteis la llama: si no hubieseis hablado, nada se hubiera hablado, añadido, y aumentado. Lo que salido de la boca os parecia una leve murmuracion, ha llegado à ser una calumnia, la qual trayendo su origen de vuestra lengua, os hace consiguientemente causa de todo el mal sucedido, y estais obligado delante de Dios, y de los hombres à resarcirlo, como se nos enseña en la doctrina. ¿Lo haréis? Restituiréis à aquella persona la fama que le habeis quitado, y los otros amigos que le habeis quitado?

Vol-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Volvereis la paz à las familias? Estableceteis otra vez de nuevo la estima, la amistad, el afecto, y confianza que habeis destruido? Pero publicaréis, para usar de la palabra del Evangelio, *sobre los tejados*, que sois un inconsiderado, un aturdido un mentiroso? Os determinaréis à infamaros, à sacrificar vuestro honor, y vuestra reputacion, para restablecer la de vuestro proximo? En justicia lo debeis hacer; ¿pero lo haréis? No; aunque lo querais hacer, no podreis: porque quando murmurasteis, dixisteis verdad, ò mentira; si fue verdad, no podréis resarcir el mal, sino con la mentira, y en todo caso la mentira es pecado; ni es lícito el reparar las consequências del pecado con otro. Pero si al contrario el mal que habeis dicho del proximo es falso, por mas que os desdigais, no sereis creído, à lo menos de todos: y aunque lo fueseis, las palabras dichas fueron treinta, ò quarenta leguas lejos, han sido oidas, y repetidas de muchisimas personas que no conoceis. Ahora, pues, ¿conoceis el mal que habeis causado, y la imposibilidad del remedio? Qué es, pues, lo que habeis de hacer? Consultad vuestro Confesor, y haced lo que el os diga. En quanto à mi toca, tiemblo siempre que leo el capitulo 23. V. 19. del Eclesiástico: *Que un hombre acostumbrado à proferir palabras malignas, è injuriosas, no se corregirá en toda su vida.* Si, pues, no se corrige, no se convertirá, ¿luego morirá condenado? El furor de critiquear, de calumniar, de juzgar, y condenar al proximo, es pues una señal de reprobacion.

TERCERA REFLEXION.

DE quanto habeis oído hasta aqui, amados Parroquianos mios, es natural el deducir, que los murmuradores son propriamente hablando, los perturbadores públicos; y que es peligroso el freqüentarlos. De aqui es, que el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios nos prohibe todo comercio con los tales: (24. 21.) *Hijo mio*, dice, *teme al Señor*, ... *y no te mezcles con los murmuradores.*

La murmuracion de todas maneras es peligrosa: porque, ò ois al murmurador con gusto, ó lo ois indiferentemente sin decir nada, ni tomar la parte del que está ausente, contra quien se murmura. Si quando habla mostrais complacencia, no solo sois igualmente culpable, sino tambien en cierto modo, sois mas culpable que el mismo murmurador; porque el ayre de satisfaccion, y de aprobacion que mostrais en el rostro, le dá atrevimiento para afilar mas su lengua, y herir mas profundamente. Si lo escuchais con indiferencia, sin oponeros à su murmuracion, pecais contra la ley natural, la qual quiere que seamos para los otros, como quisieramos que fueran para con nosotros; faltais tambien à la Religion, que nos manda amar al proximo como à nosotros mismos. De hecho ninguno de vosotros quisiera que alguno se hiciese alguno del partido de los murmuradores, quando estos os infaman; ni sufriera que se insultasen sus padres, ò amigos. ¿Por qué, pues, no os vestis del mismo celo para defender à todos aquellos que despedazan los murmuradores?

Os encontrais en una conversacion donde se infama al proximo, estais indiferentes, y no lo defendeis. Vueltos ya à vuestras casas, rezais de costumbre, y no dudais el decir, que amais à vuestro proximo como à vosotros mismos: sois embusteros; porque si el mal que habeis oido de vuestro proximo, lo hubieseis oido decir de vosotros, os hubierais montado en cólera, y no hubierais dejado de defenderos. Por otra parte, aunque escuchando sencillamente à los que murmuran sin mostrar complacencia, sois cómplices de su pecado, como seriais cómplices de un hurto, si permitierais que se depositasen en vuestra casa las cosas robadas; si no se hubiesen de recobrar en vuestra casa, no hubieran robado los tales; si huyerais los murmradores, no hubiera; con esto no es facil de decidir quien sea mas culpable, si el que murmura, ò el que dá oidos al murmurador.

Si por cumplir con una obligacion, que la Religion, y la naturaleza misma nos imponen, os haceis del partido de la persona que se infama, os exponeis à una riña; tal vez sucederá, que en lugar de cerrar la boca à un infame calumniador, le incitaréis à que muerda mas: éste para defender una mentira contradicha por vos, dirá diez mas: tal vez se levantará contra vos mismo, y luego que os ausenteis, aguzará contra vos su lengua maldiciente, é infamará vuestra reputacion.

Con

Universidad de Deusto
Biblioteca

Con esto, de qualquiera manera que os porteis con los murmuradores, siempre será en daño vuestro.

Tienen à mas de esto la particularidad, los discursos maldicientes, que por mas buen concepto que formemos de nuestro proximo, siempre dejan algunas impresiones molestas en el ánimo. Por mas que digais que no atendeis à ellas, ni las oís, quedamos con todo sin echarlo de ver mal informados de la víctima. Hacen nacer ciertas dudas, y sospechas, que no se comunican, pero disminuyen insensiblemente la estima, la amistad, y confianza; de suerte, que la caridad, virtud tan preciosa, y tan delicada, segun San Bernardo (Serm. de Divers. 17. num. 4.) se enfria poco à poco en el corazon mas justo, recto, y christiano.

Es, pues, importantisimo el no tener comercio alguno con los murmuradores: su boca, dice el Paulino (epist. ad Calant.) *es semejante à una cloaca*, quando mas se mueven sus porquerias, tanto peor olor echa de sí. Es menor ir à lo lejos para no inficionarse; asi como es dificil respirar un ayre corrompido, y no sentir incomodidades en la salud, asi tambien es casi imposible el freqüentar la compañia de los murmuradores, sin que reciba daño la caridad.

Pero finalmente hay algunas ocasiones que no se pueden evitar, y está uno obligado à oir la murmuracion. Queridos mios, entonces es el tiempo de seguir los sentimientos que el honor, la humanidad, la Religion inspiran à un hombre de bien, entonces debeis oponeros al que murmura, al exemplo del santo Job: *Sacad à vuestro hermano de las garras de la bestia que lo despedaza.* Si no teneis tanto ánimo, levantaos, è idos; si os veis obligados à quedaros, y callar, dad à conocer en vuestro rostro el disgusto, è indignacion. *Asi como el viento Septentrional disipa la lluvia*, dice el Espiritu Santo en el libro de los Proverbios; (cap. 25.) *asi un rostro airado, hace callar à la lengua que murmura.*

Y vos, ò Dios mio, inspiradnos con vuestra gracia, todo el horror que merece el vicio infame de una mala lengua. Hacednos conocer la bajeza, la injusticia, la malignidad, las funestas consequencias, la imposibilidad de repararlas, y por consiguiente la dificultad de obtener el perdon. Ha-

Haced que cada uno de nosotros pueda decir, como el santo Rey David, que jamás se ha sentado en corrillo de murmuradores, ni jamás les ha dado oidos, sino para oponerseles, y llenarles de confusion. Poned, ò Dios mio, un freno à mi lengua, una guardia de circunspeccion à mi boca, y sobre mis labios el espiritu de prudencia, de discrecion, de caridad, y de verdad. No Permitais que pronunciemos palabras injuriosas, y malignas, que hieran al mismo tiempo à quien las dice, y à quien las oye. Haced que veneremos vuestra imagen en todos los hombres, y la sangre de Jesu-Christo con que están teñidos; de Jesu-Christo, que à todos nos redimió, y en quien todos somos hermanos; de Jesu-Christo, que mira el bien, y el mal que se hace el mas ínfimo de todos los hombres, como hecho à sí mismo. Haced que os amemos, y nos suframos los unos à los otros, ni perdamos jamás de vista la mansion eterna de paz, en donde los bienaventurados son una misma cosa en vos, y con vos. Asi sea.

SERMON

PARA EL QUARTO DOMINGO de Quaresma.

SOBRE EL ENCONTRARSE comunmente la virtud en el pueblo.

Sequebatur eum multitudo magna, quia videbant signa, quæ faciebat.

Una gran muchedumbre seguia à Jesu-Christo, porque veía los milagros que hacía. *S. Juan cap. 6. ¥. 2.*

LA milagrosa multiplicacion de cinco panes con que Jesu-Christo sació al pueblo, que en número de cinco mil almas le seguia, me hace hacer tantas reflexiones à un mis-

mo tiempo, que no sé, Parroquianos mios, à qual me deba atener. Podria hablaros de aquella providencia infinita, la qual renovando cada año el milagro del Evangelio de hoy, manda à los frutos de la tierra el renovarse incesantemente, à los animales el crecer, y multiplicarse para satisfacer à todas nuestras necesidades. Podria deciros, que el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, y así os hablaré de la palabra divina, que desde el tiempo de Jesu-Christo, hasta el nuestro, no ha cesado jamás de reproducirse, y multiplicarse, en cierto modo, en la boca de los Pastores, para alimentar las ovejas que se les ha encargado. Tal vez pensaréis, que con el fin de disponeros para la Pasqua, quiera yo haceros ver con la ayuda de los Santos Padres, en la multiplicacion del pan, el mysterio adorable de la Eucharistia, que es el pan vivo que se multiplica todos los dias en la mano de los Sacerdotes, para manjar de nuestras almas; pero hemos ya hablado sobre estos argumentos, ò hablarémos en adelante. Quiero hablaros hoy sobre una reflexion, que tal vez jamás habreis hecho: esto es, sobre aquella sencilléz afortunada con que aquel pobre pueblo se hizo sequáz de Jesu-Christo, y lo acompañó hasta el Desierto, sin jamás ocurrirle cómo, y de que se habia alli de alimentar. Arrebatadas aquellas gentes de la admiracion, y amor por la santidad que se traslucia en la presencia del Señor, de la sabiduria que brillaba en sus pláticas, del poder que se echaba de ver en sus milagros, no pueden saciarse de verlo, y oirlo; sucede de aqui que nada piensan en sus necesidades por seguirlo, en el tiempo que los Fariséos, y Doctores de la Ley están en Jerusalén atentos à indagar, y criticar su conducta, y acciones, y à encontrar los medios para hacerlo morir. Esto parece milagroso, ni lo creeremos tan facilmente, si no viesemos hoy en dia reynar, y resplandecer en el pueblo los exercicios de piedad christiana, mientras los que se distinguen por nacimiento, ò profesion, miran la Religion con indiferencia, algunas veces tambien con desprecio. Veamos en pocas palabras lo que sucede en el mundo en este particular; despues verémos qué es lo debemos reflexionar sobre ello.

PRI-

PRIMERA REFLEXION.

SE encuentran verdaderos Christianos, y siempre tiene Dios escogidos en qualquiera estado. Hay entre los grandes, y ricos algunos llenos de piedad, y religion: y entre los plebeyos algunos que totalmente están revosando de ellas. Dios me libre de indicar quales sean estos, y de juzgar à ninguno. Pero los bienes de fortuna, y los honores engendran ordinariamente la sobervia, y ésta una muchedumbre de pecados, los quales poco à poco, y alguna vez sin echarse de ver, alterando la sencilléz de la fé, destruyen del todo la piedad. Valga la verdad: ¿en donde se encuentra esta hermosa, y preciosa sencilléz de la fé sino en el pueblo? Este sin raciocinar sobre quanto sus padres les han enseñado, y creido, y sobre lo que los Pastores les han predicado, creen sin dudas: no disputa sobre el por qué, y el cómo: atiende à su Catecismo, no pretende ser mas docto que el Papa, que los Obispos, y que toda la Iglesia: oye à los Párrocos que Dios le dió para dirigerles, y se deja dirigir; pero vosotros al contrario, señores, razonais à vuestro modo sobre la Religion, y sus mysterios; criticais la doctrina, menospreciais las prácticas, y os burlais de una pobre muger, que por la sencilléz de su fé, y por la entereza de su corazon, es mil veces mas preciosa delante de Dios, que toda la ciencia de los Filósofos. ¿Habeis leido en el Evangelio, que lo que parece apreciable à la vista de los hombres, es abominable à los ojos de Dios, (Luc. 16. 15.) y que muchas veces es uno grande para con Dios, y menospreciable à los hombres?

Este pueblo que vosotros tratais de ignorante, y rústico, no es tan necio, que piense, por exemplo, serle permitido el comer carne los dias de ayuno, por las enfermedades que le puedan sobrevenir. Aunque esté empleado en cosas fatigosas que extenúan al cuerpo mucho mas que la abstinencia, y ayuno, no se reputa por esto esento de los preceptos de la Iglesia; pero vosotros al contrario, creyendoos superiores al pueblo, teneis que entender tanto sobre este articulo, quanto en otros asuntos menos claros que éste; pues no dudais

que os es prometido en tales dias comer de carne, aunque os encontréis con salud robusta, solo con el falso pretexto de un temor vano de no gastar la salud. Solo las personas mas distinguidas de la Parroquia publican que la Quaresma no ha sido instituida por Jesu-Christo, sino por los hombres; que cada uno en este asunto es dueño de sí mismo; que para santificar la fiesta basta oir una sola Misa; que no está obligado à asistir à otros divinos Oficios, cosas todas populares, y agenas de las personas principales, y otras cosas à estas semejantes. Vosotros lo confesais, queridos mios; pero las tales están persuadidas de lo contrario: pretenden el distinguirse entre el pueblo, con el qual se avergüenzan de mezclarse en los exercicios de piedad.

Llevan esta sobervia hasta la casa de Dios. Un pobre paisano entra modestamente en la Iglesia, se arrodilla, se postra, y ora con devocion, mientras que otro entra altivo por llevar un vestido que le distingue del pueblo: apenas se digna hacer demostracion de arrodillarse, y hacer reverencia; está en pie, debiendo estár de rodillas; à las veces asentado, otras tal vez con postura indecente, è indigna de la casa de Dios. Vuestras miradas, ò Dios mio, no se detienen en los vestidos, pasan hasta dentro del corazon y ven todo lo que se obra en él. Ay de mí; que muchas veces los tesoros de vuestra gracia, y las riquezas de vuestro amor están escondidas bajo viles paños, mientras que un cuerpo adornado de ricos vestidos, encierra un alma llena de pecados.

Por un efecto de esta misma sobervia, las personas de las quales hablo, oyen la palabra de Dios, no para instruirse, pues creen no tener necesidad, sino por conveniencia, ò necesidad, ò bien como hacian los Fariséos con Jesu-Christo, los quales le oian para hacer crítica de lo que decia; de aqui sucede, que esta divina palabra les ciega en lugar de abrirles los ojos; los endurece, en lugar de ablandarlos, mientras que el pueblo la oye con docilidad, y respeto, y por esto saca provecho. Vos lo habeis dicho, ò gran Dios: los que no ven, serán ilustrados; y los que piensan ver mas que los demás, se volverán ciegos.

¿A mas de esto, dónde se encuentra la freqüencia de los Sa-

Sacramentos? Quiénes son los que rodean nuestros confesonarios? El pueblo. Si hay en nuestras Parroquias algunos que se contenten de recibir el Sacramento una vez al año, ò si alguno, lo que Dios jamás permita, falta al precepto de la Pasqua, de ordinario son personas grandes. El Padre de familia les habia convidado antes que à los demás, han reusado asistir, y entre tanto la sala del banquete se ha llenado de ladrones, artesanos, y de todo el bajo pueblo. Vos lo predigesteis, ò Virgen Santísima, en vuestro cántico, en el qual anunciaste tantas maravillas, mientras llevabais en vuestro vientre el Dios de la humildad, el Salvador de los humildes, el Padre de los pobres: él ha llenado de bienes à los familiares, y à los ricos los dejó vacíos: *Esurientes implevit bonis, & debites dimisit inanes.* (Luc. 1. 53.)

Por lo tanto no es de maravillar si à la hora de la muerte encontramos tan poca resignacion en los unos, mientras otros nos edifican con sentimientos de ternísima confianza en Jesu-Christo, en la qual vivieron, y con la qual pasan à la otra vida. Hablo por haber sido yo mismo testigo, y depositario de estos sentimientos, por haber recibido los ultimos suspiros de aquellas buenas almas, que no habiendo sido contaminadas de graves pecados, ni confundidas de las pasiones que asaltan à los hombres en la tierra, despues de haber vivido inocentes, mueren en paz. Llenas éstas de aquella fé sencilla, de la qual tienen habito formado, no miran la muerte sino como paso para mejor vida. Por poco que juzguen peligrosa su enfermedad, ellas mismas piden los ultimos Sacramentos, sin esperar que sean avisadas; y solo temen el morir sin recibirlos, ò no recibirlos con entero conocimiento.

No sucede asi, bien lo sabeis, à aquellos que llaman gente de cierta conducta. El solo pensamiento de la muerte les hace volver pálidos; apenas se atreve uno à hablarles de recibir los ultimos Sacramentos, quando se desespera de su vida, y solo se les habla con esperanzas de ella, porque el anúncio de la muerte les turbaria demasiado. Y despues de esto, ¡ò Dios mio! qué conciencias! qué horrores!

De aqui nace, que debiendo los tales cumplir con las obligaciones del Christianismo, por serles mas facil el conocer-

cerias, viven antes con una indiferencia, que llega à ser menosprecio; y lo que es peor, se jactan de ello. Acerca de lo qual, oid, amados Parroquianos mios, algunas breves, pero sólidas reflexiones, que con la gracia de Dios, harán alguna impresion en los hombres de juicio, con tal que las oigas con atencion, y reflexion. Oid, pues, queridos mios, y si conoceis que vuestro Pastor os dice la verdad, no menosprecieis los avisos, y consejos que os dá para vuestro bien.

SEGUNDA REFLEXION.

ES cosa indubitable, y vosotros mismos lo confesaréis, que los actos de Religion, y de piedad no han jamás deshonrado à ninguno; que los sentimientos de Religion, y piedad tienen tanta fuerza de hacer à los hombres mas estimables, no solo para con las personas prudentes, sino tambien para con la gente libertina, que buscan todos los medios para hacerles ridículos. Qualquiera que esté cerca de los Soberanos, y grandes del mundo: se tiene à honra el servirles, y todos los dias, si puede, dá nuevas pruebas de afecto, y celo en su servicio. Los mismos Cortesanos hacen los esfuerzos posibles para distinguirse, así en las cosas pequeñas, como en las grandes: ni se verá ninguno entre ellos que quiera distinguirse, afectando no servir al Príncipe, y en no ser tan frequente como los otros en su cortejo; Cómo pretenderás, pues, amado Parroquiano mio, de distinguirte entre el pueblo, afectando tener menos piedad, y devocion, tratando de bagatelas exercicios de Religion, recibidos por la Iglesia, hablando con desprecio de ciertas prácticas devotas, que en verdad solo son la corteza; pero la corteza es parte del fruto? ella nos hace conocer la especie, y ella lo conserva.

A fuerza de sutilizar sobre la devocion, la reducirèis à nada: credme à mí: dadle un poco mas de cuerpo, y consistencia; mezclaos entre la muchedumbre, este es el medio verdadero para mas distinguiros entre el pueblo, el qual os observará con mayor cuidado, y os respetará mas por la edificacion que le daréis al veros mezclado con él en los exercicios de piedad christiana. Pensar, y obrar diferentemente es bajèza de

de espíritu, defecto de sentimiento, y de nobleza christiana del alma. Primera Reflexion: oid una otra.

Es falta de ánimo el estár, como se dice, mano sobre mano, y no hacer nada por el proprio bien, mientras que los ignorantes, è idiotas ponen todo cuidado, teniendo menos medios, y ayudas exteriores. Vienen estos à recibir los Sacramentos mas veces al año; y vosotros probais una gran pena para cumplir con la Pasqua. Son ellos frequentes à los Oficios; y vosotros apenas oís la Misa. Se olvidan facilmente de una injuria: y vosotros conservais hasta la muerte el deseo de venganza. No saben ciertos pecados enormes que vosotros comereis tan facilmente, como si no hubiese en ellos mal alguno. Nada mas digamos, vuestro labrador, vuestro doméstico, y criado alcanzan la gloria eterna, y vosotros la perdeis. Quan atrás estais de aquellas personas à quien mandais, puesto que son ellas delante de Dios mucho mejores que vosotros. Esto es lo que decia San Agustin à un amigo suyo: Los ignorantes nos roban el Cielo, y nosotros lo perdemos; creemos ser nosotros los entendidos, y sabios. Hay alguna cosa mas à que no atendéis: esto es, una falta de justicia, y de bondad. Tercera Reflexion.

Falta à la justicia, y honestidad aquel, el qual no dá à cada uno lo que le es debido. Ahora, pues, quanto mas sobresalis entre el pueblo, tanto mas debeis darle buen exemplo: toca à vos, ò señor, ò señora, venir à presentaros luego que se empiezan los quince dias destinados à la comunion Pasqual, no à ciertas horas comodas à vosotros, pues esta no es demostracion de penitentes. Mezclaos entre el pueblo, pasad à confesar quando os toca, y haced que vuestra modestia, y humildad sean exemplos del pueblo, de suerte, que este aprenda de vosotros el modo de llegarse à un Tribunal tan santo, y respetable: toca à vosotros acudir à la comunion, no en un dia de trabajo, y como à escondidas, sino en los dias solemnes, para que el pueblo, à quien debeis dar buen exemplo, se edifique.

Debeis dejar de comer un huevo en dias de Quaresma, si los criados no saben que teneis licencia para ello. En suma os toca el ir siempre delante en todas las ceremonias Eclesiásticas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

ticas. El buen exemplo no es obra de supererogacion, ni de mero consejo, es obligacion vuestra, y faltais à la justicia quando no lo cumplis. ¿Qué sería, pues, si dieseis malos exemplos? Seriais cada uno semejantes à un hombre rico, el qual en lugar de pagar un doblon à un pobre, à quien lo debe, le quitáse, y robáse otro? Si todas las sobredichas razones, que están fundadas en la fé que profesais, y en los sentimientos de honor que ostentais, no bastasen à convenceros, podria añadir que sería provecho vuestro que ame el pueblo, y practique la Religion. Quanto mas Christiano será éste, tanto mas contentos estaréis de sus servicios, sin los quales no podeis estár. Los que cultivan vuestras tierras, vuestros criados, aquellos à quienes vendeis, ò de quienes comprais, todos los que trabajan por vosotros, manejarán mejor vuestras cosas, os serán mas fieles: merecerán mas, ó menos vuestra confianza, segun sea mayor, ò menor su Religion. Dadles, pues, los exemplos de aquella piedad, que *es util à todos*, y hacedles conocer, que la verdadera gloria es servir à Jesu-Christo, y el cumplir fielmente aun las mas pequeñas obligaciones del Christianismo. Distinguios tanto entre el pueblo con vuestra devocion, quanto sois superiores en dignidad por el nacimiento, ò riquezas.

Y vosotros, amados hijos mios, quando os parezca que los que os son superiores lleven una vida poco reglada, ò menos christiana de la vuestra, guardaos bien de menospreciarlos, ò de preferiros à ellos, antes bien pensad, que si la providencia les hubiese colocado en vuestro estado, serian mas Christianos de lo que lo sois; y si os encontrarais en las ocasiones, ò tentaciones à que ellos están expuestos, seriais peores que ellos. Sabed que entre ellos hay verdaderos Christianos, cuya piedad lleva muchas ventajas à la vuestra, y que os podria servir de modélo. Portaos de manera, que no se os eche en cara que sois devotos exteriormente alguna vez hasta ser supersticiosos, estando llenos de mala fé, de mentiras, y engaños, siendo vosotros coléricos, ladrones, è ingratos con quien os hace bien.

Se dice que freqüentan los Sacramentos; pero no se vé en ellos buena fé: asisten à los Oficios divinos, no faltan à las

las Procesiones, están agregados à todas las Congregaciones, y Hermandades; pero se levantan de noche para robar nuestros jardines, y para despojar de ubas nuestras viñas. Están devotos en la Iglesia, hacen larga oracion, besan la tierra; pero salen para la taberna à embriagarse, y à decir malas palabras, y blasfemias. Esto es, queridos mios, lo que he oido decir muchas veces: supongo que tiene parte la exâgeracion; pero no carece todo de fundamento. Estad, pues, alerta para no caer en los vicios de que os oís acusados: honrad à todos los que la divina providencia os ha dado por superiores: sean buenos, ò malos, no toca à vosotros el juzgarles: no seais ingratos para con ellos. En suma, dad à conocer en todas vuestras acciones, que no teneis solo el exterior, y corteza de devocion, sino que teneis el alma de ella: esto es, el temor, y amor de Dios, que consisten en cumplir todo lo que nos manda, y huir lo que prohibe; á serle fieles, así en las cosas grandes, como pequeñas.

Acordemonos finalmente, amados Parroquianos mios, que todos servimos á un mismo dueño, que somos miembros unos de otros, no teniendo sino una sola cabeza, la qual es Jesu-Christo, en quien se pierden todas las distinciones: él no atiende ni à la pobreza, ni à las riquezas, ni à la dignidad, ni al nacimiento: delante de él todos los hombres son iguales, y no les distingue sino por su buena, ò mala vida. Los pequeños, pues, respeten à los grandes, y estos muestren à los pequeños el camino de la virtud, y la verdadera devocion: el Señor sea exemplo de sus criados, y todos aquellos que le sirven: los principales de la Parroquia muestren serlo, distinguiendose en la piedad, en el cumplimiento de las obligaciones de nuestra Religion; de ser devotos de los Santos, de Jesu-Christo, y su Madre; devocion, de la qual no debe avergonzarse un hombre honesto, que hace profesion de ser Christiano.

Dadnos, pues, ò buen Salvador, una fé sencilla, un espiritu docil, un recto corazon; ilustrad, moved, y convertid nuestras almas, y hacednos conocer; pero esto no basta, hacednos sentir que la verdadera sabiduría es conoceros, y que la verdadera gloria consiste en serviros; que las

verdaderas riquezas son las de la gracia; que la verdadera felicidad estriva en conoceros en este mundo, y en el otro. Esta es, amados Paroquianos mios, la felicidad que os deseo. *En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.* Así sea.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE PASION.

SOBRE LA CONFESION.

Quis ex vobis arguet me de peccato?

¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?

San Juan cap. 8. ℣. 46.

NO hay sino Dios, amados Parroquianos mios, que pueda hablar de esta manera. Por grande que sea nuestra sobervia, de la qual, por nuestra desgracia, estamos todos llenos, juzgo con todo, que no llegará jamás à persuadirnos que estamos sin pecados, y que nuestra vida es irreprehensible; pero siempre encontramos mil escusas para disminuir nuestras faltas, y para hacer menores los pecados que no podemos negar; ò bien mirandolos como perdonados, una vez confesados en el Tribunal de la penitencia. Otras veces nos prometemos una perfecta quietud, no nos acordamos mas, y poco falta para que digamos como Jesu-Christo: *¿Quién me podrá convencer de pecado?* Si he cometido alguna culpa, he recibido la absolucion, y está libre mi conciencia. Este es el comun modo de hablar, no solo de un hombre, que viviendo en temor de Dios, se confiesa à menudo con intencion de enmendarse, y de perfeccionarse mas, sino de ciertos Christianos de solo nombre, que

que vienen una vez al año à hacernos una historia de su vida: à descargar antes su memoria que su conciencia: à aquietarse falsamente con una confesion, haciendose ésta solo por cumplir con la Pasqua, sin intencion de enmendarse; no sirve sino para endurecerlos en el mal, añadiendo cada año un sacrilegio tanto mas horrible, quanto se imaginan hacer una obra agradable à Dios, cumpliendo con la obligacion que les impone su Religion.

He dicho un sacrilegio, y no pretendo, amados oyentes mios, que os fieis en mi dicho; quiero poneros à la vista lo que precede à la confesion que haceis, el modo con que se hace, y el fruto que sacais: y despues de esto, vosotros mismos juzgaréis si teneis motivo para vivir sosegados, ò bien si teneis motivo para temer que todas las confesiones que habeis hecho no hayan sido otros tantos sacrilegios.

PRIMERA REFLEXION.

SI para hacer una buena confesion bastáse el decir los pecados al Confesor, pedir perdon, y cumplir la penitencia impuesta, el pecado, el qual nos representa la Religion como un monstruo, nada tendria que nos asustáse, y facilmente se resarciria la pérdida de la gracia; el camino del Cielo, que es estrecho, segun nos dice Jesu-Christo, se haria facil, y ancho, por el qual podria cada uno caminar con comodidad, y libertad.

Despues de haber pasado todo el año sin fastidio, y sugecion, atendiendo solo à vuestros negocios, y pasatiempos, sin cuidado de mortificar las pasiones, sin hacer obras buenas, ni enmendar las culpas, ò adquirir virtudes, no tendriais otra obligacion que ir à la Pasqua à contar vuestros pecados al Confesor, dicho, ò leido el acto de contricion, y rezados algunos Psalmos, ò parte de Rosario, se acabaria toda la obligacion para volver de nuevo à los acostumbrados vicios; y llegando otro año la Pasqua, volver à contar la historia de vuestra vida para empeorarla al año siguiente, conduciendoos hasta la muerte: con lo qual sucederia que la confesion, que es el Sacramento en el qual Dios depositó los the-

soros de su misericordia, no sería sino un juego; y si los pecadores lo tratasen sériamente, no lo harian sino para pecar con mayor libertad. Tengamos, dirian, nuestro modo de vivir, que despues lo compondrémos todo en la Pasqua.

Vosotros bien sabeis, que para obtener el perdon de los pecados es menester alguna cosa mas, lo qual si no se encuentra en vuestras confesiones, concluid que nada valen. Exâminemos la cosa de cerca, atengamonos al Catecismo, y hablemos familiarmente.

Para hacer una buena confesion es menester un sincéro dolor de los pecados, y un arrepentimiento, que salga del interior; no por haber recibido daño en la salud, ò en vuestros negocios, ò reputacion, ò porque estais obligados à decirlos al Confesor, si no os arrepentis por otros motivos, que por los sobredichos, y otros terrenos, vuestro dolor es solo natural, y nada sirve delante de Dios.

Es menester que tengais dolor de haber ofendido su infinita Magestad, de haberla deshonrado, de haber resistido à su gracia, de haber abusado de su bondad, de haber perdido su amor, de estar en un estado, que infinitamente le desagrada, y que os hace dignos de su ira. Esto es lo que os debe pesar, y haceros llorar. Si este pesar conmueve vuestro corazon, tendréis deseo de resarcir el mal cometido, y de poneros en gracia con Dios; pero si al contrario pasais sosegadamente un año en el estado infeliz, mientras está en vuestra mano el salir de él, es señal que os agrada, y no quereis salir de él.

Un hombre, que sin motivo alguno se enoja con su mayor amigo, luego que vuelve sobre sí, se entristece, y busca ocasion para reconciliarse, y luego que la tiene, se aprovecha de ella; pero si no buscáse ocasion, ò teniendola, la menospreciáse, se diria, que nada le importa de la reconciliacion, y le vá poco en volver en gracia con su amigo; la semejanza está clara. Quien por su desgracia, fragilidad, ò mala disposicion, ha caido en pecado, si tiene verdadero dolor de ello, no podrá estár mucho tiempo en un estado separado de Dios: procurará salir quanto antes de él, de postrarse à los pies del Sacerdote para reconciliarse con Dios; pero si

si al contrario le sabe mal que se acerque el tiempo de tal reconciliacion, y hace lo posible para evitarla, es señal evidente que poco le importa el volver en gracia con Dios, y poco le pesa por consiguiente estár en su desgracia.

Es tambien evidente, amados Parroquianos mios, que este es vuestro caso, puesto que no dudais en un año entero tener gravada la conciencia de pecados mortales, aunque tengais, por decirlo asi, à la mano, y à vuestra disposicion, Confesores siempre prontos à recibiros, y reconciliaros con Dios; quando en lugar de corresponder à la gracia, que os llama, è instiga à la reconciliacion, vosotros al contrario, os turbais luego que se os habla de confesion fuera del tiempo de Quaresma, y Pasqua: la qual, luego que llega, lo sentís, y dilatais hasta el ultimo dia la confesion, obligando à vuestro Pastor à que os busque, y os arrastre, por decirlo asi, como à un delinqüente al patíbulo.

¿Qué significa todo esto? No os jactéis, ni ceguéis, sino ved la cosa con ojos claros, haciendo justicia à vosotros mismos. Quiere decir, que si la confesion de la Pasqua se dilatáse à la de Pentecostés, no os confesariais sino entonces; que si la Pasqua, y la confesion, que debemos hacer en ella, viniese de diez en diez años, no os confesariais sino cada decenio; y que si la Iglesia no mandáse expresamente el confesaros una vez al año, vosotros no lo hariais sino en la hora de la muerte. Es, pues, cosa cierta, y clara como el Sol, que vuestro dolor, y pesar no es de haber ofendido à Dios, y de haber perdido su amor, ni el confesaros por Pasqua es con intencion de mudar de vida, lo que se manifiesta por el modo con que os confesais.

SEGUNDA REFLEXION.

SEría cosa inutil hablar aquí de algunas ovejas perdidas, y dañadas, las quales confesándose solo por respeto humano, y porque se avergonzarian de no haber cumplido con la Pasqua, para salir de ella, buscan à todo coste Confesores à su modo, de los quales no son conocidos: y despues de haberles sacado como por fuerza la absolucion, se presentan

tan para recibir la comunion Pasqual, y obligan al Pastor à perfeccionar el sacrilegio, y condenacion. ¡ O ceguedad! ò abuso infame! ò dolor! ò escándalo! Pero esto, queridos mios, no lo digo por vosotros, y quiera Dios que jamás me vea obligado à daros tales quejas.

Ya habeis oido el Canon del Concilio Lateranense, el qual, segun los Estatutos de esta Diocesi, estamos obligados à leerlo hoy, el Domingo proximo, y dia de Pasqua: *Cumplid sin engaño*, dice, *y con buena fé, el mandato de la Iglesia, la qual quiere que confeseis vuestros pecados à vuestro Pastor, ò à otros Sacerdotes señalados por él, para que le ayuden en sus funciones, y para cooperar con él à la santificacion de vuestras almas.* Creo que acerca de esto nada tendréis que echarme en cara; con todo digo, que la confesion de aquellos, los quales solo se confiesan una vez al año, atendiendo al modo con que la hacen, nada tiene que pueda sosegarlos. ¿No habeis aprendido en el Catecismo, que la confesion debe ser humilde, sincéra, y acompañada de un verdadero dolor de haber ofendido à Dios, con proposito verdadero de no volver à ofenderle? Ahora, pues, yo nada veo, y es muy raro, y dificil que se encuentre todo lo dicho en las confesiones que se hacen una vez al año.

¿Qué es un Christiano à los pies de Jesu-Christo en el Tribunal de la penitencia? Es un reo que se presenta à su Juez para acusarse, à fin de obtener su perdon, y gracia. Yo soy un indigno Christiano, è indigno de ser llamado hijo de Dios: lo he deshonrado con una vida del todo contraria à lo que manda la Religion; la he abandonado para darme con mayor libertad al vicio; todas mis oraciones las dixe por costumbre, y sin atencion; los Domingos, y fiestas no fueron para mí dias del Señor, sino de desorden, de divertimiento, y libertinage; no he tenido cuidado ninguno de mis sentidos: la vanidad, la envidia, el odio, la deshonestidad se apoderaron de mí, sin hacer yo ningun obstáculo: no he guardado ninguno de los Mandamientos: he abusado, y despreciado los auxilios de la gracia. Estoy para siempre perdido, si Dios no tiene misericordia de mí.

Esta es la comun confesion de un verdadero penitente; pero

¿pero quán diversa es la del que se viene à confesar por fuerza? Vos lo sabeis, ò Dios mio, y nosotros estamos obligados à oirlas, y solo se hace como para satisfacer de mala gana una deuda. No es un reo lleno de confusion, penetrado de dolor, que se humilla, se acusa, pide gracia, de la qual se juzga digno; antes bien es un hombre que cuenta un feo romance de su vida, y lo cuenta mal, alterando los hechos, disminuyendolos, y que busca siempre medios para no parecer tan culpado.

El hermano acusa à la hermana, ésta al hermano; el padre, y madre dá la culpa à sus hijos, y estos à sus padres; el señor culpa à sus criados, y estos à su señor; quasi todos se acusan los unos à los otros. Diciendo el *Confiteor*, dicen por culpa mia; pero mientras cuentan la historia de sus pecados, dicen no es mi culpa. Dan por escusa la ocasion, los defectos de los otros, la juventud, el temperamento, la fuerza del habito. No hay humildad, ni sinceridad en estas confesiones, que solo se hacen como de paso, y sin cuidado.

El Confesor se vé obligado à hacer mil preguntas para descubrir algun pecado que no declara; pero tiene motivo para juzgar reo al penitente, ò para saber el número de los que se manifiestan, las circunstancias que los hacen mas, ò menos graves, ò que mudan de especie. Hay algunas cosas, que se avergüenzan muchos de confesar; pero temen el callarlas, y toman el medio de confesarlas à medias, como si tocáse al Confesor adivinar lo demás. ¡Pobre Pastor, si rompes esta pared, y cavas en este lodazar, quántas abominables cosas encontrarás!

Estos tales se contentan con decir confusamente quanto hicieron, ò dixeron; muchas veces se acusan de leves pensamientos. ¿Hijo mio, sabes que los pensamientos de sobervia, de envidia, de venganza, de impureza, como otros muchos, son pecados tal vez mortales, quando conociendolos voluntariamente, os deteneis, y complaceis en ellos, los has tenido, y consentido? Puede ser; yo no me acuerdo, no sé; ¿pero cómo se puede uno acordar de todos los malos pensamientos consentidos en un año?

Hay algunas circunstancias que agravan el pecado, pero na-

Universidad de Deusto
Biblioteca

nada se atiende à ellas. Me he embriagado, he murmurado, he pecado contra el sexto Mandamiento por pensamiento, palabra, y obra; he reñido con otro: me he vengado, ò he deseado vengar; ¿ pero quántas veces os ha sucedido esto? Habeis cometido alguno de estos pecados en dias de fiesta, à la vista de vuestros hijos, y otras personas? Pecaste por fragilidad, ò por malicia? Habeis añadido pecados à pecados, con pretexto, que confesandoos, poco os costaria el decir pocos, ò muchos? Yo he conocido muchos de estos infelices, que bebian la maldad como el agua, diciendo: Este pecado irá junto con los otros; si no se cometiesen, no hubiera que decir al Confesor. ¡ Santo Dios! qué falta de razon! ¿ Luego lo que os habia de contener, os hace mas atrevido para pecar? Un verdadero Christiano se confiesa para no volver à ofender à Dios; y vosotros lo ofendeis para confesaros: pobre hijo mio, das à entender que no tienes nada de Christiano, y que para tí las confesiones, y nada, son la misma cosa.

Con todo hay otros, porque es menester decirlo todo, que emplean algunos dias en exâminar su conciencia: hacen lo que pueden para no olvidarse, y dicen las cosas como son; pero con un tono tan frio, tan indiferente, è insensible, que provoca à vomito; no muestran en ninguna de sus palabras, ó acciones, el dolor que deben; dicen lo mismo que el año antecedente, y lo mismo repetirán friamente el año siguiente: esto me hace temblar.

Sé muy bien, que los suspiros, las lágrimas y un exterior compungido son señales evidentes de conversion; pero tambien sé, que es muy dificil contar las cosas con indiferencia, y frialdad, y sin ninguna señal de dolor; las cosas digo, que nos entristecen, principalmente quando son de tal naturaleza, que debrian desagradarnos sumamente, y mas que todas las otras cosas del mundo, como son los pecados.

Un hombre, que habiendo merecido la muerte, espera se obtener el perdon, y gracia con hacer una humilde, y sincera confesion de su delito, ¿ os parece si lo descubriria, pidiendo la gracia con frialdad, è indiferencia? Acaso un enfermo descubre al Medico sus llagas, ò heridas profundas, sin dar el mas minimo gemido? Quando contais à alguno de vuestros amigos las penas, y aflicciones que os han sucedido, ¿ no es verdad que los ojos, gestos, el tono de voz; en suma todas las cosas demuestran vuestro sentimiento? Pues por qué nada de esto se vé quando decís vuestros pecados al Confesor, à quien descubris las llagas de vuestra conciencia, y le confesais las desgracias en que os han precipitado vuestras pasiones? Cómo puede ser que solo los males de vuestra alma no os conmuevan, ni confesandolos, déis alguna señal de dolor, y sentimiento interior que pretendeis tener en el corazon? Ah! hijo mio, dí antes que tienes un corazon frio, y seco: dí que tus pecados solo te causan el dolor que muestras en la confesion; despues de la qual no eres ni mas christiano, ni mas contenido que antes eras.

TERCERA REFLEXION.

EL pesar de haber ofendido à Dios lleva necesariamente consigo la voluntad de no volver à ofenderle: esta voluntad quando es sincéra, nos hace estár precisamente en vela sobre nuestros sentidos, y movimientos del corazon, huir las ocasiones, orar à menudo, obrar bien, tomar los medios necesarios para evitar los pecados; pero si nada de esto hacemos, será prueba evidente que esta pretendida voluntad nada tiene de sério, y nos imaginamos querer lo que realmente no queremos.

Decidme, pues, amados Parroquianos mios, ¿ qué medios tomais despues de Pasqua para no recaer en pecado? Qué haceis para prevenir la recaida? No es verdad que freqüentais las mismas compañias, que os exponeis à las mismas ocasiones, y que nada evitais, ni haceis para no ofender à Dios? Es, pues, cierto, y visible, que no quereis enmendaros sériamente: que los actos de contricion solo fueron mentiras, y que vuestras confesiones de nada sirven.

Valga la verdad: ¿ De qué os acusais diez años hace? De deshonestidad, de murmuracion, de envidia, de blasfemias, y bestialidad. ¿ De qué os confesais este año? De impureza, de blasfemias, de envidias, y murmuracion. Habeis prometido el enmendaros: tambien ahora lo prometeis; pero mantendreis la palabra como antes: porque no procurais el enmen-

Universidad de Deusto
Biblioteca

daros de veras, ni os confesais con intencion de llevar mejor vida en adelante, sino solo para decir: me he confesado, he cumplido con la Pasqua.

O! deplorable ceguedad! ¿No es esta astucia, y asechanza del maligno espiritu para rendiros? Si os instigáse à dejar la confesion, nada sacaria, ni le dariais oidos: os deja, pues, confesar con los mismos habitos, y pasiones. Te confesarás, pero no por eso te enmendarás: os echa con esto tierra à los ojos, no os deja salir del lazo, y os deja llenar de sacrilegios.

Estas reflexiones tal vez os causarán algun escrúpulo; pero esto es lo que os deseo por vuestro bien, y ruego à Dios, que luego que baje yo de este lugar, seais atormentados de estímulos de la conciencia, y dando una ojeada à vuestra vida pasada, digais: Ah! que conozco ahora estár en el infelíz estado que no pensaba! cierto es, que en el espacio de treinta, ò quarenta años no me he confesado bien. Siempre he llegado con pena à confesarme, y à reconciliarme con Dios, lo que hubiera debido suspirar, si hubiese tenido un poco de aquel amor, pues no puede estár separado mucho tiempo de lo que ama. ¿Y si me he confesado sin dolor, ni amor de Dios, he cometido siempre sacrilegios?

No, lo echo de ver ahora, no fueron mis confesiones humildes, sincéras, exâctas, ni con verdadero dolor, ni proposito, pues no he tomado ningun medio para enmendarme, y corregir mis malas inclinaciones. Desde este instante quiero vivir en la amargura de corazon todos los años de mi vida, y resarcir los desordenes pasados con una confesion general, pudiendo temer no ser perdonado, puesto que me he siempre confesado sin amor, sin dolor, ni sin sincéra voluntad de no volver à pecar.

Bendito seais, ò Salvador mio, que me habeis ilustrado, llenandome de un saludable temor. Dadme, pues, aquel amor que encubre la muchedumbre de pecados, y borra las mayores maldades: haced que el temor de vuestros juicios, y sobre todo vuestro amor excite en mi un dolor capáz de hacer llover sobre mi infelíz alma la grandeza de vuestra misericordia. Deshaga este mismo amor divino el yelo de mi corazon,

zon, y que me haga caer de los ojos rios de lágrimas, que laven mis manchas, para que asi pueda llegarme à vuestra sagrada Mesa, no para recibir mi condenacion, sino la prenda de la vida eterna. Asi sea.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS,

SOBRE LA COMUNION.

Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus venit tibi.
Decid á la hija de Sion: Mira à tu Rey que viene hácia tí. *San Mathéo cap.* 21. ℣. 5.

QUán alegre nueva vengo hoy à daros, amados Parroquianos mios, y quánto me consuelo yo en anunciarosla, habiendo de participaros la llegada de Jesu-Christo à un pueblo que le ama, y que vá en busca de él, disponiendose quarenta dias há para recibirlo. Sí, queridos mios, vosotros sois aquellas fieles ovejas, que habiendo oido la voz de su buen Pastor, le han seguido; seréis, pues, su pueblo, y él será vuestro Dios: porque, ¿còmo puedo hablar yo de otra manera, habiendo visto en vosotros, durante la Quaresma, tanta religion, tanta piedad, tanto celo, y frequencia al santo sacrificio de la Misa, tanto gusto, y anhelo por la palabra de Dios?

Esta palabra que habeis oido con tanta atencion, es la voz de Jesu-Christo; y la boca de sus Ministros solo fue instrumento para anunciarosla. Y si esta voz ha hecho en vosotros impresion, ¿qué será quando vendrá él mismo, y poseereis toda su adorable presencia en el Sacramento de su amor?

Jerusalén, abre tus puertas: he aqui que viene el hijo de David, el Rey de la gloria, el Salvador del mundo. Amada Parroquia mia, mira à Jesu-Christo, que viene à hacer su entrada en tus almas: corre à su encuentro con todos tus deseos: abranse todos los corazones à fin de recibirlo; pero se han antes de purificar, porque el Santo de los Santos no se detendrá, ni quedará sino en las almas puras, è inocentes; y solas éstas probarán las dulzuras inefables de sus divinos consuelos.

Veamos, pues, en qué consiste la pureza del corazon, y quales sean los sentimientos, que la presencia de Jesu-Christo inspira à quien lo recibe con puro corazon: por lo qual entenderémos qual deba ser nuestra disposicion antes, y despues de haber comulgado.

PRIMERA REFLEXION.

HOS hago justicia, hijos mios, sois exáctos en confesar vuestras culpas, de las quales os juzgais reos: si os hubieseis olvidado un pequeño pecado venial, ò si despues de la confesion hubieseis incurrido en alguna impaciencia, no os atreverais à llegar à la sagrada mesa sin haberos antes confesado de ella. Habeis, pues, depositado à los pies de Jesu-Christo el peso de vuestros pecados, las extravagancias de la sobervia, las baxezas de la envidia, los rigores de la cólera, el escándalo de vuestras desembolturas, el veneno de vuestras enemistades, las blasfemias, las mentiras, las injusticias, las obras, ò palabras malas, los descuidos, las tibiezas, en suma todo lo que agravaba vuestra conciencia. Todas estas cosas son como otros tantos ramos de aquel arbol maldito, que tiene la raiz en el fondo de vuestro corazon, los quales habeis cortado y esparcido en tierra, por decirlo asi, en el arribo de Jesu-Christo: ¿pero los habeis arrancado de raiz?

¿Habeis arrancado del infeliz corazon todos vuestros malos afectos, que lo manchan, y ensucian en la presencia de Dios? No conservais alguna oculta aficion á ciertas cosas, de las quales os habeis confesado, y habeis prometido à Dios de no recaer en ellas? No os pregunto, estadme atentos, si ya

ya no sentis ninguna inclinacion mala; esta mala inclinacion, que es efecto del pecado de Adán, la sacámos del vientre de nuestra madre, y esta misma solo faltará con nosotros: esta misma se encuentra en las almas mas justas, y aun el Apostol San Pablo, aquel vaso de eleccion, aquel prodigio de gracia, despues de haber estado en el tercer Cielo, sentia en sí una ley, que repugnaba à la ley de Jesu-Christo. Esta inclinacion, que todos tienen al mal, en lugar de alejarnos de la comunion, nos debe antes incitar para acudir à ella amenudo. Porque la Euchâristía, como nos enseña el Concilio de Trento (Sess. 13.) y todos los santos Padres, es el antidoto del pecado, y un preservativo eficáz contra la corrupcion de nuestra naturaleza. No hay cosa mas à proposito para apagar el fuego de la concupiscencia, y para disminuir nuestras malas inclinaciones, como el freqüente uso de la comunion.

Por lo tanto son cosas bien diferentes la inclinacion al mal, y el afecto al mal. Hay personas muy castas, que tienen horror de los pecados deshonestos, y moririan antes que cometer uno solo, aunque en sí sientan inclinacion al deleyte. San Francisco de Sales dice de sí, que era fogoso, è inclinado à la cólera, con todo era el hombre mas dulce de su siglo. No es, pues, la mala inclinacion la que mancha el corazon, quando la reprime, sino un cierto afecto, que la mayor parte de los pecadores conservan al pecado, aunque les parezca estar arrepentidos, y del todo resueltos à no cometerlo mas.

Me acuso de haberme embriagado, me arrepiento de todo corazon: ya está hecho, no volveré jamás à embriagarme; pero dejar de ir à la taberna, eso no; no puedo resolverme à ello. Me acuso de haber cometido un pecado deshonesto, me pesa mucho, ya no volveré à recaer jamás, con la gracia de Dios; pero no puedo dejar tal compañia, y el trato de tal persona. Amados Parroquianos, no digo mas, bastante me entendeis: preguntad à vuestra conciencia, fed de buena fé, y confesaréis, que el afecto al pecado queda comunmente en el corazon, al mismo tiempo que os acusais, y que prometeis no cometerlo jamás. Y de aqui, Dios mio, ¿quántas confesiones nulas, y comuniones sacrílegas nacen?

Romped, pues, las ataduras, y embarazos que os detienen.

nen. En vano procurareis juntar dos cosas imposibles, esto es, amor de Dios con el afecto de las cosas que la ley de Dios prohibe. Purificad, pues, vuestro corazon de todos los amores carnales, de suerte que podais decir con el santo Rey David: *Mi corazon, Señor, está aparejado, mi corazon está aparejado.* Vos sabeis, ò Dios mio, que he arrojado todos los malos afectos, que impedian vuestra gracia, y que estoy determinado à morir antes, que à dejarme engañar otra vez de ellos. Sí, Dios mio, os hago un sacrificio de aquel gusto que tendria viendo aquella persona con la qual os he ofendido tantas veces, de aquel placer que probaria freqüentando la tal compañia que me ha perdido, del divertimiento que sacaria de tal conversacion, y discursos, que halagan mi apetito, y mis malas inclinaciones; renuncio à todas estas cosas: perfeccionad, Señor, vuestra obra, haced bajar fuego del Cielo sobre la víctima que os sacrifico. El fuego de vuestro amor encienda mi alma, queme mis malas inclinaciones, abrase todo lo que pueda desagradaros. Esto es, amados Parroquianos mios, purificar el corazon. Si el vuestro está en tal disposicion, lo sentiréis luego abrasado de un ardiente deseo de recibir à Jesu-Christo. No de otra manera empieza á sentir el hambre un convaleciente, y pide de comer, luego que se conoce purgado de la bilis y corrupcion, que le ocasionaban asco de los mejores manjares: asimismo luego que esté vuestra alma purgada de los afectos, que la inducian à pecar, comenzará à suspirar por aquel pan delicioso, que ha preparado Jesu-Christo para sustentarla, y restituirle las fuerzas.

SEGUNDA REFLEXION.

INflamado vuestro corazon de santos deseos, no tendrá necesidad de tomar sentimientos piadosos de algun libro; sino que de vosotros mismos, y de la abundancia de vuestro corazon, diréis: vé, anima mia, vé à postrarte à sus pies. Levantaos, ojos mios, y ved que viene el Salvador: abrete boca, y corazon, abridos puertas de mi alma, *attolite portas.* ¡O quán delicioso es este momento! quán amable es su presencia! quán dulce su demora! quán atractiva su compañia! hablad, Sal-

Salvador mio, que vuestro siervo os escucha. No deja vana ninguna de vuestras palabras.

En este momento el alma verdaderamente christiana siente en sí misma una no sé que voz oculta, que la arrebata, y dice: estoy aqui, hijo mio, abre los ojos, y reconoce à tu Señor. Yo soy aquel à quien tantas veces has ofendido: que has tan malamente servido; pero soy tu Padre, todo te lo perdono, me olvido de todo, correspondeme con igual amor, acaba de ser ingrato, no te separes jamás de mí. ¿Qué mal te he hecho para que tú me abandonases? Nada he dejado de hacer para guardar tu corazon: yo te lo he pedido, y me lo has negado, te ofrecia el mio, y no lo has querido; pero unámonos para siempre. Yo todo me entrego à tí sin reserva, aunque soy omnipotente, nada mas te puedo dar. Mi cuerpo, mi alma, mi divinidad, todo lo que tengo, y soy, tú lo posees, tú lo puedes gozar, de tí solo, respecto de que por mi no quedará, depende el conservarlo. Este es el thesoro de mis gracias, la fuente de mis misericordias, no tienes mas que gustarlas; este es el pan de los Angeles, sáciate: este es el mysterioso vino, que embriaga à los coros de los Angeles, y tú mismo te puedes embriagar de esta divina bebida, la qual fortificará tu alma, y le dará tal brio, que todo el infierno junto contra ella no podrá jamás, ni vencerla, ni conmoverla.

Asegurate, consuelate, hijo mio, enjuga tus lágrimas, nada temas; si tus pasiones están vivas, yo las mortificaré; si tu voluntad es flaca, yo la fortificaré; si tus llagas son profundas, yo las curaré; si tu corazon está frio, yo lo encenderé; si duro, yo lo ablandaré: será tan uno con el mio, como si fuesemos un alma, y un corazon.

¡O amable Jesus, basta esto, y aun es sobrado; estoy lleno de confusion, vuestra ternura, y mi ingratitud me confunden: mi cuerpo fue instrumento del pecado, que os deshonra, y vos haceis de este infeliz cuerpo vuestro templo! Todas mis potencias se han revelado contra vos, y vos os unis à esta alma ingrata, y la llamais vuestra esposa, y vuestra querida! qué exceso de amor! quién podrá jamás comprehenderlo! qué prodigio de misericordia! ¿cómo podré yo corresponderos? Qué otra cosa puedo hacer sino anonadarme en vuestra presencia?

Vos

Vos, pues, os habeis dignado de venir, ò divino Jesus, à este infelíz corazon, en donde solo descubriréis mil miserias, à este pobre corazon, que es manantial de corrupcion, y receptáculo de maldades, que fomenta la raíz de donde dimanan los adulterios, las fornicaciones, los latrocinios, las blasfemias, las murmuraciones, las calumnias, los pleytos, las enemistades, y tantos dañados frutos que causan la muerte à nuestra alma. Pobre corazon mio, quan miserable eres.

Pero el Médico Omnipotente, el Padre de las misericordias, el Dios de toda consolacion, el remedio de todos los males, el principio de todo bien, mi esperanza, mi alegria, mi thesoro, ha venido à mi pobre morada. Dale, pues, alma mia, mil bendiciones. El borra todas las manchas, sana tus llagas, te llena de sus gracias, te corona de sus bendiciones, te sacia de todos sus bienes, hace renacer los dias de tu inocencia, te renueva tu primera hermosura: no te olvides, pues, alma mia, de dia en que recibiste tales beneficios.

TERCERA REFLEXION.

AMados Feligreses mios, seréis santos si conservais siempre la memoria de aquel dichoso momento en que Jesu-Christo se os ha dado à vosotros. Oygo que el dia de la comunion lo llamais *vuestro buen dia*, y habiendo comulgado decis: *he santificado el dia.* ¡O quánta razon teneis para decirlo asi, si con corazon puro habeis comido el pan de los Angeles! Es asi, habeis santificado el dia, quando os habeis juntado con Jesu-Christo, asi como lo habeis perdido, y viciado, quando os habeis separado de él.

Quando cometistels aquel pecado vergonzoso, del qual aun ahora os avergonzais; quando jurasteis el nombre de Dios en medio de los excesos de la ira; quando disteis pasto à la envidia, y murmuracion; quando os vengasteis del enemigo; quando dedicasteis el tiempo en calumnias, y en malas compañias, debiendolo emplear en la Iglesia. ¡Pero ay, que tal vez no encontraréis un solo dia en el año, que no podais decir: este ha sido dia malo! Ojalá podais decir ahora con el santo Job: pueda para siempre perecer el dia en que entró en

en mi corazon el pecado, y perdí la gracia del Señor! Borrense estos dias de mi vida, ni se cuenten con los buenos, perezca delante de Dios la memoria de ellos. Dias de ceguedad, de malicia, de corrupcion: dias de impureza, perdidos para el Cielo, y consagrados al infierno. Ojalá jamás volvais.

Tales han de ser, amados oyentes mios, los sentimientos que debeis tener los dias de vuestra comunion. ¡O quán felíz es aquel dia en que Jesu-Christo ha derramado en vuestras almas los thesoros de su bondad! Tenedlos, pues, siempre presentes, de manera, que la memoria de tales dias os fortifique contra las tentaciones del demonio.

Acordaos de las disposiciones internas y externas en que os hallabais antes de la comunion. Os habeis postrado entonces delante de los jardines del Santuario, habeis levantado los ojos para mirar con respeto en las manos del Sacerdote las que los Angeles jamás se cansan de contemplar. Lo habeis recibido dentro de vosotros mismos, y vuestro cuerpo ha sido santificado, y consagrado con el tocamiento de aquella carne adorable, que se ha quasi convertido en vuestra sustancia. Despues de esto seréis aun capáces de profanar aquel cuerpo, y ensuciar aquellos miembros.

En el mismo instante en que se me dió todo à mí, mi espíritu, mi mente, y mi corazon estaban llenos de Dios, y de sus mysterios. Pensaba en mis pecados, en su misericordia, en su bondad, y en mi ingratitud; hacía la resolucion de serle fel. Lleno de gratitud, y de amor, animado de una tierna piedad, probaba en mí mismo cierta dulzura, que no sabria expresarla: ¿permitiré yo, pues, despues de esto, que este entendimiento, que esta alma, y corazon se ensucien de nuevo con puercas representaciones de deseos impuros, à los quales me entregué el tiempo pasado?

No: he hecho un pacto con mis ojos, no me olvidaré jamás, y en la ocasion misma diré: Acordaos, ojos mios, que habeis visto al Angel purisimo: vuestras miradas fueron intérpretes de mi amor, y de mis deseos, cerráos, y alejáos de aquellos miserables objetos que os han viciado. He hecho un pacto con mis orejas; jamás lo olvidaré, y diré: Acordaos, que habeis oido la voz de Jesu-Christo, y de sus Ministros,

Universidad de Deusto
Biblioteca

cerrádos, pues, à las conversaciones indecentes, à las canciones deshonestas, y à todo lo que pueda ensuciar la pureza de mi corazon. He hecho un pacto con mis manos, y me acordaré quando las levante à Jesu-Christo; declararon mi celo quando con ellas me hería el pecho; expresaron mi dolor quando las cruces en el acto de postrarme en su presencia denotaban el fervor de mis oraciones. No, no las contaminaré con el hurto, con la injusticia, ni con libertades pecaminosas. He hecho un pacto con la boca, y con la lengua, no me olvidaré de él, y diré: boca, y lengua mia, fuisteis consagradas al cuerpo de Jesu-Christo, no os emplearéis, pues, ni en excesos de vino, ni en blasfemias, ni en la murmuracion, ni en palabras injuriosas, ò impuras.

En suma, mi cuerpo ha llegado à ser templo de Jesu-Christo, y este templo no ha de ser mas profanado. Velaré sobre mis sentimientos, y mi corazon, para que no se ausente el que ama mi alma. El es el que me ha inspirado esta buena resolucion, y la confirmará de tal manera, que ni la vida, ni la muerte, ni el infierno me podrán separar de su amor.

Esto es, amados oyentes mios, quanto debe pensar, y sentir en sí mismo un Christiano, el qual ha recibido à Jesu-Christo con una conciencia pura, y con un corazon desapegado de todo lo que es contrario à la ley de Dios, y lleno de un deseo de observar su santa ley. Estos son los sentimientos de un Christiano que comulga, no para decir: he cumplido con la Pasqua, sino para unirse estrechamente con Jesu-Christo, sustentar su propria alma, cuya necesidad, y fragilidad conoce. De un Christiano, digo, que corre ansioso à la mesa del Señor, como un hambriento, que anhela el manjar que se le presenta, de un Christiano que suspira por Jesu-Christo, como en los rigores del estío desea un caminante apagar su sed à la corriente de un riachuelo, que encuentra en el camino.

Plegue à Dios, amados oyentes mios, que os encontréis todos en esta disposicion, y que purgados ya de la corrupcion del pecado, os acerqueis à esta sagrada mesa con aquella hambre espiritual, que anuncie la mejoría, y la salud de vuestras almas: que éstas encuentren en el cuerpo de Jesu-Christo un manjar delicioso, que las fortifique con su virtud, y las ponga

ga en estado de caminar francamente por el camino del Cielo, de vencer los enemigos, de apartar las tentaciones del mundo, demonio, y carne. Que el cuerpo, y sangre de Jesu-Christo sean un eficáz remedio contra la hinchazon de la sobervia, contra la ardiente sed de la avaricia, contra la corrupcion de la impureza, contra la malignidad de la envidia, contra el veneno del odio, y de la venganza, contra todas las enfermedades, à las quales esta pobre alma está sujeta.

Venid, pues, ò Médico omnipotente, venid, todos mis oyentes os desean: les he dicho vuestras ordenes, las han recibido con sentimientos de respeto: les he anunciado vuestra venida, ellos se disponen à recibiros: y me parece ver en este instante no ya aquel Angel, que movia las aguas de la Piscina, sino vuestro espíritu, ò Dios mio, que conmueve, y turba las conciencias. Se renuevan los remordimientos al acercarse esta solemnidad, aun el pecador endurecido no sabe como librarse. Se le representa la imagen de su vida pasada, y todos sus pecados se dejan ver unos tras otros, y parece que dicen: aqui estamos. Son ellos como otros tantos gusanos que le roen, como otros tantos monstruos que le asustan, como otras tantas furias que le atormentan; son finalmente como fardo pesado que le oprime.

Esta saludable zozobra, ò buen Salvador, es el principio de vuestras misericordias, el primer efecto de aquella poderosa voz, que se oyó quando vuestros fieles compañeros gritaban en vuestro favor: *Hija de Sion, mira à tu Rey que viene.* Llenad vuestra obra, ò Dios mio; estended vuestro brazo, renovad vuestros prodigios, alumbrad à los ciegos, curad à los cojos, haced caminar à los paralíticos, resucitad los muertos. El pecador está compungido, postrese à vuestros pies, ponga su boca en la tierra, confiese su pecado, solo lo levante vuestra misericordia, lo absuelva, lo lave, y lo santifique. Logre yo despues el consuelo de introducirlo à vuestro banquete, hacedlo sentar à vuestra mesa, de donde salga encendido en vuestro amor, lleno de una fortaleza tal, que se haga formidable al demonio mismo, quando le esfuerce à tentarlo, y hacerlo volver à su primer estado.

Echad, ò buen Pastor, sobre esta vuestra querida grey

nuevas bendiciones en estos quince dias, lavad todas las manchas, purificad todos los corazones, y hacedlos dignos de recibiros. Haced que tengan los dias, en que hayan logrado tal suerte, como los mas felices de su vida, que conserven la memoria de ellos para que no pierdan el fruto; y que la comunion, à la qual todos se preparan, sea un principio de una vida mas christiana, y mas digna de la vida eterna. Asi sea.

SERMON

PARA EL DIA DE PASQUA.

SOBRE LA RESURRECCION ESPIRITUAL del pecador.

Jesum quæritis Nazarenum, crucifixum: surrexit, non est hîc.

Buscais à Jesus Nazareno crucificado, ya ha resucitado, no está aqui. *San Marcos cap.* 16. *y.* 6.

LLeno mi ánimo de tristeza, y turbacion, y con las lágrimas en los ojos os referí el Viernes pasado, amados oyentes mios, la pasion y muerte de Jesu-Christo; pero hoy me veis con rostro bien diverso, como lo pide la alegria, y consuelo del dia de hoy. Jesu-Christo, esperanza vuestra, y mia, ha salido glorioso del sepulcro: vengo, pues, à anunciaros su Resurreccion, para celebrar con vosotros su triunfo.

Iglesia santa, que sois la casta esposa de nuestro Salvador, deja tu llanto, y tristeza, de que estabas llena los dias pasados, enjuga tus lágrimas, convoca, y junta à tus hijos para la mayor

yor de todas tus solemnidades. Acudan tus fieles hijos, y llenen los Templos, desde la puerta del Santuario, hasta el pie del Altar. Jerusalén, Jerusalén, cesa de llorar, y sal transportada de júbilo, y alegria. Ahora mas que nunca te debes llenar de consuelo, y solo han de resonar en tus barrios cánticos de alabanza, y de acciones de gracias: *Per vicos ejus alleluia cantabitur.* (Tob. 13. 22.)

No permita Dios, hijos mios, que entre vosotros se encuentre alguno de aquellos, que llama el Apostol San Pablo enemigos de la cruz de Jesu-Christo. Llevan estos impreso en la frente el nombre de Christianos, y viven como infieles. Tienen en su boca la Quaresma, y Pasqua, pero no hacen ni una, ni otra. Yo diria à qualquiera de estos, que se me pusiese delante: ¿*Amigo, qué vienes hacer aqui?* La alegria que la Resurreccion del Salvador esparce en la tierra, nada tiene que ver con vosotros, puesto que no pensais ni en confesion, ni comunion, ni en convertiros à Jesu-Christo resucitado.

Quiero antes persuadirme que no hay ninguno entre vosotros que merezca esta reprehension. Los unos han comido ya el Cordero Pasqual, los otros se preparan para ello; todos besaron ya devotos, y humildes la Cruz del Señor; todos parecieron compungidos à vista de las ceremonias que representaron à nuestros ojos la pasion, y muerte del Señor. Por lo tanto os convido à todos à alegraros de su Resurreccion, con la esperanza que tengo de que todos desean morir al pecado, à fin de renacer à la gracia. Para conseguir esto, atended bien: no basta confesarse, y comulgar, sino que es menester convertirse de tal manera, que asi como Jesu-Christo ha resucitado de la muerte, asi tambien salgamos nosotros del sepulcro de nuestros malos habitos, para hacer una nueva vida, y del todo diversa de la que hasta aqui hemos llevado: pues muchos se imaginan haber resucitado, y vivir la vida de la gracia, mientras están aún en la esclavitud, y en la muerte del pecado: estos si quieren saber las señas de esta nueva vida, se las daré à ver con la ayuda de los Santos Padres, explicando uno de los mas bellos lugares del Testamento viejo, y una de las mejores figuras de nuestra resurreccion espiritual.

PRI

PRIMERA REFLEXION.

QUeriendo el Profeta Eliséo (4. Reg. 4. ℣. 30. & seq.) resucitar el hijo de su aposentadora, se cerró en el aposento donde el cadaver del muchacho estaba estendido sobre la cama; se pone à hacer oracion, despues de la qual se echa sobre el muchacho difunto; junta sus ojos, boca, y manos sobre las del cadaver, y de esta manera lo resucita, y se lo vuelve vivo à la madre.

Tres señales de vida nos hace vér la Escritura, que se indican en aquel muchacho, las quales quisiera yo que observarais. Volvió de repente à sus miembros el calor natural, y todo aquel cuerpo recibió nuevo calor; despues abrió la boca, y bostezó siete veces; abrió finalmente los ojos, y à esta última señal conoció el Profeta que estaba el muchacho con vida.

¡Qué admirable figura de quanto ha hecho el Salvador por nosotros! Todos los hombres estaban muertos despues del pecado de Adán en vuestra presencia; el genero humano à vuestros ojos parecia un cadaver estendido sobre un lecho de miseria, y corrupcion. Habeis bajado del Cielo como el Profeta del monte Carmelo; encerrasteis la inmensidad de vuestro sér, y la grandeza de vuestra divinidad en el pequeño espacio de un cuerpo semejante al nuestro; os habeis anonadado, y sugetado à la muerte; habeis puesto vuestros ojos sobre los nuestros, para trasladarnos de las tinieblas à la admirable luz del Evangelio; vuestra boca sobre la nuestra, para llenarnos de vuestro espiritu, è infundir en nuestras almas el soplo de vida, mucho mas precioso que el que animó el cuerpo de nuestro primer padre; pusisteis vuestras manos sobre las nuestras, enseñandonos en vuestra persona el exemplo de todas las virtudes, y haciendo en nosotros lo que bien os agradó, nos habeis hecho capaces de todas las buenas obras. Quanto vos hicisteis por la redencion del mundo mientras vivisteis, lo haceis ahora por cada uno de nosotros con el ministerio de los Pastores que os representan.

De hecho, amados hijos mios, quando venís al Tribu-

bunal de la penitencia à presentarnos el alma estendida, permitid que ali lo diga, sobre la cama de la maldad, y muerta por el pecado, entonces vuestro Pastor emplea todos los medios para volverla à vida. Baja él à lo mas profundo de vuestros corazones, desenreda los nudos de vuestras conciencias, y disipa las tinieblas con la luz de la verdad.

Otras veces los sagrados Ministros, para amedrentaros con los juicios de Dios, os ponen delante de los ojos los eternos castigos preparados en el infierno à aquellos que resisten, y menosprecian sus Mandamientos; otras veces para ablandaros representan à vuestra memoria las grandezas de su misericordia, la abundancia de sus gracias, las riquezas de su bondad, las señales de su amor, y de ternura, que jamás ha dejado de daros despues que estais en el mundo. Quisieran ellos excitar en vosotros todos los sentimientos que infunde una tierna solicitud del bien de nuestras almas. Ponen sus ojos, boca, y manos sobre las vuestras quando os explican las verdades de nuestra santa Religion, y os infunden el espiritu de ella quando os enseñan á practicarla, diciendoos qué cosa sea el bien, y el mal. ¡Pluguiese à Dios, que para cumplir con un ministerio tan santo, pudiese haceros ver los exemplos de virtud que os predican! Amados oyentes mios, esto es lo que debeis pedir à Dios por vuestros Pastores, para que atendiendo ellos à vuestra santificacion, no labren para sí su reprobacion.

Tal es el ministerio que los Pastores exercitan en el nombre de Jesu-Christo para volver à vida vuestras almas, y sacarlas con su autoridad del pecado que les ha dado la muerte. Jesu-Christo en persona pone el sello à vuestra reconciliacion, y el colmo à su misericordia, dandoos el beso de paz en el adorable Sacramento de la Euchâristia, en donde renueva las maravillas de su encarnacion, mezclandose, y uniendose con vosotros, segun San Chrysóstomo (Homil. 24. Epist. ad Cor.) para infundir en vuestras almas el soplo de una nueva vida.

SE-

SEGUNDA REFLEXION.

EXâminad pues ahora, amados oyentes mios, si habeis reconocido en vosotros las tres señales de vida que se dejaron ver en el muchacho, de quien hemos hablado poco ha, y que indicaron su resurreccion. En primer lugar volvió à su cuerpo el calor natural: ¿Habrá acaso sucedido lo mismo à nuestra alma? Ah! que mi corazon era de yelo, no sentia ningun gusto en el servicio de Dios: todas las obras de piedad, y devocion, me fastidiaban; pero gracias al Señor, que despues de Pasqua, me siento un poco mas fervoroso, rezo con devocion, no me fastidia la palabra de Dios, antes bien me aprovecho de ella, y me siento movido à mejorar de vida; me reconozco un otro hombre, despues que he recibido los Sacramentos.

Ten buen ánimo, hijo mio, es este buen indicio, y primera señal de conversion; pero no basta. Todo esto podria ser una devocion pasagera, que han podido excitar en tí las ceremonias tan tiernas, y devotas de la Iglesia en tales dias; una cierta tranquilidad de ánimo, conseguida despues de haber aliviado el ánimo del peso de los pecados; con esto no os fieis de esta primera señal, pues experimentabais lo mismo el año pasado, y un mes despues de Pasqua volvisteis à caer en pecado.

Vuestro corazon está un poco fervoroso, y enternecido: esto no basta; quiebrese de dolor, y ábrase, si es lícito asi decirlo, como la tierra, para recibir las influencias de la gracia; ábrase vuestra boca para recibir el espiritu de Dios; lleguen vuestros llantos al Cielo, y expresen vuestro ardiente amor, y deseos: de suerte que podais decir con el Profeta Isaías: (Isai. 26. 8. 9.) *Mi alma no cesa de suspirar hácia vos, ò Dios mio, os desea de noche: parece que mi corazon quiere soltarse del pecho, y volar hácia vos; al romper del dia me dispierto, busco à mi mismo, y me empleo solo en pensar como os encontraré.*

Si son estas vuestras disposiciones, amados fieles mios, empezaré à creer que habeis resucitado, quedaré persuadido de

de ello, y mi alegria será perfecta quando os veré abrir los ojos, y mirandoos como un enfermo, que despierta de un profundo letargo, todo lo veréis con los ojos de la Religion, y de la Fé.

¿Dónde estaba yo, pues, ò Dios mio, quando os moviste à piedad de mí, y quando me llamó vuestra misericordia? Bajo el poder del demonio à la orilla del infierno; nada sabia, ni veia; cometia sin escrúpulo el pecado; vivia en quietud por haberme domesticado con mi enemigo. Quando me inspiraba vuestro temor, decia que erais bueno, y que no me criasteis para condenarme; no tenia sino idéas erróneas; razonaba estravagantemente, y como un hombre que sueña ver durmiendo cosas ridículas, é imposibles; pero no parecen tales sino quando despierto. Alabado seais, ò Salvador mio, pues me habeis abierto los ojos. Quán diversas me parecen las cosas: veo, y toco con las manos la verdad que antes no creia; el temor de Dios, su gracia, y amor son preferibles à todos los thesoros de la tierra. La sobervia, la ambicion, la avaricia, la sensualidad son un delirio; los gustos carnales son ilusion diabólica; los honores que se desean, las riquezas que se buscan son un torbellino de polvo, levantado por el viento, que ciega la mayor parte de los hombres. La pobreza, la humildad, la mortificacion, y los trabajos, no son un mal como yo pensaba, sino la divisa de Jesu Christo, estipendios de su amor, y prenda de la vida eterna. Malditos son los avaros, los impúros, los que hacen de su vientre un dios, no menos que de sus gustos, y dinero; maldita pasion que me cegaste; maldita criatura que me diste la muerte.

Asi piensa, y habla quien de veras se ha convertido. ¿Son tales vuestros sentimientos, y hablais asi? Si asi es vuestro modo de vivir, corresponderá à vuestro modo de hablar; y yo podré decir à aquellos, que sabedores de vuestra vida pasada, os tratan, y tienen aun por avaros, por luxuriosos, por murmuradores, ¿por qué contais entre los muertos à un hombre que está lleno de vida? Ha ya resucitado; se ha convertido.

No lo busqueis, pues, ni en el juego, ni entre malas compañias, no lo encontraréis mas: si dudais de su conver-

sion, observad sus manos, y sus pies; esto es, sus obras, y su conducta. Mirad con quanta devocion está en la Iglesia; quán circunspecto es en su hablar; quán modesto en su porte; qué caritativo con los pobres; quán paciente en sus trabajos; cómo perdona à sus enemigos, y cómo sufre las injurias. Su muger misma no lo conoce; mas sus hijos, y criados están edificados, todos dicen: no es el mismo.

Quán mudado está! qué conversion, Dios mio! La Parroquia estaba escandalizada de sus desordenes; hoy se edifica de su mudanza: hubiera dejado morir los pobres à su puerta; y ahora vá en busca de ellos para socorrerlos.

¿Veis à aquella muger que escandalizaba? Ya es otra: su casa era el receptáculo de la murmuracion, y de las malas lenguas; ahora no habla del proximo, sino en bien, ò para escusar sus defectos, ò para imponer silencio à los que de él murmuran. Alegrate Iglesia Santa de Jesu-Christo, y Madre de los fieles, pues estos han resucitado.

¿Qué os parece, oyentes mios? Vosotros pensais, y decís dentro de vosotros mismos, que los mismos vicios, y virtudes hay ahora en la Parroquia que habia antes de Pasqua. ¿De qué sirve, pues, el humillaros, dice San Agustin (Hom. inter 50.) si no mudais de vida; ayunais la Quarema; oís la palabra de Dios; os confesais, y teneis todo el exterior de penitentes; ¿de qué aprovecha esto, si vuestro corazon, el qual no podemos vér, no está mudado; poco despues de Pasqua, contra las promesas, y señales de vida que habeis dado, tenemos el dolor de ver, que los lascivos son aún lascivos; que los avaros los son aún; que los murmuradores son los mismos; que los invidiosos, los vengativos, y blasfemos perseveran en sus pecados? Segun esto engañan à vuestros Pastores; haceis burla de la Religion; sois, pues, una tropa de embusteros, que venis solo à sufocarnos en los confesonarios,

Y si asi es, ¿qué fruto sacamos nosotros infelices de las exhortaciones, y de las absoluciones? Reputamos, pues, por ovejas las que solo tienen la piel de tales? Vosotros abusais segun esto de nuestro ministerio? Nos haceis servir de instrumentos à vuestros sacrilegios? Y este ministerio de vida solo

solo os sirve para vuestra reprobacion? Santo Dios, qué horrible idea es esta! ella me turba el entendimiento, me rompe el corazon, y lo llena de amargura; ¡quántas profanaciones, y comuniones indignas! y tal vez contribúyo yo por demasiado blando, y condescendiente, por temor de no exasperar à los pecadores, para adaptarme à su fragilidad.

Amados oyentes mios, bien lo sabeis: no abuseis os ruego con lágrimas en los ojos, no abuseis de mi condescendencia, pues tal vez pararia en mi condenacion, y vuestra. No me obligueis à ser severo: sedlo con vosotros mismos, y acordaos de las palabras del Apostol San Pablo, que cantamos todos los dias, hasta el dia de la Ascension: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur.* Jesu-Christo ya resucitado, no volverá à morir; su Resurreccion es el modélo de la Resurreccion de nuestras almas: quiero decir, que la conversion del pecador, si es verdadera, no dura solo un mes, ò dos, sino para siempre. De hecho ella renueva à todo un hombre; y hay tanta diferencia entre un pecador convertido, y uno que no lo es, quanta diferencia hay entre un hombre vivo, y un muerto.

Atended à lo que erais antes de Pasqua, y observad lo que sois ahora: sed jueces de vosotros mismos. Si no encontrais ninguna mudanza en vuestro modo de vivir, es prueba evidente que no habeis resucitado, y que me habeis engañado à mí, y à vosotros mismos.

Feliz aquel Párroco, y mil veces felíz, que haciendo cada año en el tiempo de Pasqua la numeracion de su amada grey, tiene el dulce consuelo, que siempre adelanta en el bien, que los vicios, y los pecados disminuyen siempre, y que las virtudes se aumentan, que se destruyen las malas costumbres, y que crece el fervor, y piedad. Ah, Salvador mio! esto es lo que solo os deseo, y lo que os pido: los thesoros de vuestra gracia, las riquezas de vuestro amor, la abundancia de vuestras bendiciones para mi querida Parroquia.

Infundid, pues, en nuestras almas, ò Fuente inexâusta de bondad, aquel espíritu que las vivifica, y les dá vida; disipad las tinieblas de nuestras pasiones; abridnos los ojos, y hacednos ver la luz de vuestro Evangelio; haced que esta fiesta

Universidad de Deusto
Biblioteca

de Pasqua sea para cada uno de nosotros, y haga la mudanza del pecado à la justicia, y que despues de haber comido la carne del Cordero Pasqual, que borra los pecados del mundo, caminemos, sin jamás volver atrás, por el camino que conduce à la vida eterna, y morada de los escogidos, para cantáros el cántico del Cordero immaculado, y celebrar con él una eterna Pasqua. Os la deseo, amados oyentes mios, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.* Asi sea.

SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO despues de Pasqua.

SOBRE LOS MEDIOS DE obtener la paz.

Pax vobis.

Paz sea con vosotros. *San Juan cap.* 20. ℣. 19. 21. 26.

EL fruto de la Encarnacion, y muerte de Jesu-Christo, ha sido, amados oyentes mios, la paz. Esta se anunció en su nacimiento por los Angeles à los hombres de buena voluntad; y los primeros cuidados del Salvador, despues de haber resucitado, y reconciliado con su sangre al Cielo con la tierra, fueron el irse en busca de sus Discípulos, y darles la paz: *Paz sea con vosotros*, les dixo: *Pax vobis.* Los Apóstoles escribiendo à los fieles, ordinariamente, al principio, ò fin de sus cartas les anunciaban la paz: *La paz de Dios*, dice San Pablo, (Filip. cap. 4.) *aquella paz, cuya dulzura sobrepuja los sentidos, y toda consolacion, conserve vuestras mentes, y vuestros corazones en Jesu-Christo.*

Me alegro, amados mios, que hayais probado las dulzuras inestimables de la paz, despues que ya reconciliados con Dios en el Tribunal de la penitencia, recibisteis el ósculo de paz en el Sacramento de su amor. Conservadla, pues, y aquietará vuestro entendimiento, causará contento, y alegria en vuestra alma, y hará felíz vuestra vida: para conservarla, observad bien tres avisos que quiero daros, y los he sacado de muchos lugares del libro intitulado: *La Imitacion de Jesu-Christo*, libro admirable, cuya leyenda os aconsejo, y que todos los Christianos debian saberlo de memoria como el Evangelio.

Primeramente, no os mezcleis jamás en negocios que no os han encargado, ni tampoco en la conducta de aquellas personas que nada os importan, y sufrid con paciencia el mal que no podeis impedir. En segundo lugar, no seais demasiado sensibles por lo que se pueda decir, ò pensar de vosotros, con tal que no os remuerda la conciencia de alguna cosa mal hecha, ni tengais demasiado afecto para con alguna persona, qualquiera que sea, ni por cosa alguna. En tercer lugar, tened pura la conciencia, y en tal estado, que no pueda decirse, que la muerte os ha sorprendido. Si observais estas tres cosas, tendréis la paz con Dios, con los hombres, y con vosotros mismos. Dadme atencion, pues tal vez no os habré jamás predicado cosa mas instructiva, ni mas util.

PRIMERA REFLEXION.

EN primer lugar no os introduzcais en negocios que no os han encargado, ni en la conducta de aquellas personas con quienes nada teneis que ver, y sufrid con paciencia el mal que no podeis impedir. Que cada uno de nosotros, despues de haber llorado sus pecados, gima, y se aflija delante de Dios, à vista de tantos pecados, y escándalos, que se multiplican, y aumentan como un torrente de corrupcion, que desemboca por muchas partes, è inunda en estos tiempos todos los estados: que tengamos à los pecadores, como à nosotros mismos, aquel odio perfecto, del qual habla David, y que

Universidad de Deusto
Biblioteca

que nos incita à rogar por nuestra conversion, y la de ellos, va bien: es este un celo que nos inspira la caridad, de la qual es inseparable. Somos miembros de Jesu-Christo, y seriamos miembros muertos, si fuesemos insensibles à los ultrages que recibe cada dia en su cuerpo mystico.

Que un padre, y una madre de familia observen atentamente la conducta de sus hijos, y domésticos, no hay cosa mas justa, siendo ésta una de sus mas indispensables obligaciones; que vele el Pastor sobre su rebaño, que el Magistrado, y Militar se ocupen en mantener la disciplina en todo aquello que toca à su oficio, no hay nada que decir, pues para este fin están colocados en sus empleos, y en razon de justicia, y religion; las rentas de qualquier empleo no pertenecen legitimamente sino à aquellos que cumplen con su obligacion; que una persona dé à una otra consejos saludables, que ella cree oportunos, es cosa muy buena, y à ello nos exhorta el Evangelio; pero que haya personas que empleen todo el dia en cosas que nada les pertenecen, y que tomen el empeño de llevar, y tal vez inventar novedades contra el tercero; que atiendan solo en el dia à indigar qué hace aquel, y el otro; que quieran entrometerse en lo interior de las familias, y en negocios que nada les tocan; que tengan la osadia, y prurito de vér, y hablar de todo, aun de materias de Religion, y Estado, y de los que lo gobiernan; que juzguen, condenen, y aprueben todo en su pequeño tribunal, como hace un ciego de los colores, no me negaréis, amados Parroquianos mios, que en hombres de este jaez no puede darse paz, ni dejar quietos à otros, siendo odiosos à la sociedad, dignos de castigo delante de Dios, y de los hombres.

¿De qué os inquietais, hijos mios? atended à los negocios, de los quales habeis de dár cuenta à Dios, y dejad en paz à los otros. Vuestro ánimo estará siempre inquieto, mientras querais lo que Dios no quiere, y hagais lo que os prohibe. Quiere Dios que seas pobre, enfermo, y afligido; así lo debes tú querer: por mas que deseis lo contrario, no será mas, ni menos; y no siendo vuestra voluntad conforme à la de Dios, solo os servirá de tormento, turbará la paz de vuestra alma, sin que ganeis cosa alguna.

Te-

Teneis una muger, ò un marido que os aflige, ò hijos que os son insoportables, procurad, en quanto podais, corregirlo: y si nada aprovecha, no por eso os turbeis. Teneis delante de los ojos cosas que os entristecen, y escandalizan, callad, ya que nada os tocan, ni habeis de dár cuenta à Dios de ello: *Quien mal hace, mal encuentra.* Si os desagrada, desagrada mas à Dios, y lo sufre; cerrad los ojos, y oidos à lo que nada os toca, y vivireis en paz; si por otra parte, no remordiendoos nada la conciencia, no cuidais de quanto se dice, ò se piensa de vosotros, lograréis una eterna quietud.

SEGUNDA REFLEXION.

ES mas de apreciar el buen nombre que las riquezas, dice el Espíritu Santo en el libro de los Provervios. (cap. 22. ℣. 1.) Procuraos, pues, una buena fama con cumplir bien con vuestras obligaciones, que la divina providencia os impuso, y con una conducta, que todos queden edificados; pero no con intencion de agradar à los hombres, sino à Dios; de dar buen exemplo à todos, y de santificaros à vosotros mismos. Mostraos despues insensibles al bien, y al mal que de vosotros se puede decir, ò pensar. El mayor enemigo nuestro es la sobervia, y amor proprio. Aquel amor loco, y aquella ciega ternura que nos tenemos, son la fuente de todas nuestras inquietudes; somos semejantes à ciertas madres, que son idólatras de sus hijos, quieren que todos los tengan por hermosos, y amables, y hablen bien de ellos, como ellas lo hacen; si alguno los toca, lo conmueven todo: y tales somos nosotros para con nosotros mismos. Quisieramos que todo el mundo hablàse bien de nosotros, que aprobàse nuestro modo de proceder, y que lo alabàse. Una pequeña alabanza nos hincha; una palabra de menosprecio nos ofende; una pequeña injuria nos hace tomar las armas. Con estos sentimientos, hijos mios, es imposible que adquiera la paz vuestro corazon.

Al cabo, por perfecto que seais, siempre faltaréis en algo, y para servirme de vuestro modo de hablar, siempre probaréis en vosotros alguna cosa picante; solo Dios es perfecto. Habrá alguno que descubrirá vuestras faltas, que condenará

vues-

Universidad de Deusto
Biblioteca

vuestros yerros ; y aunque seas irreprehensible à los ojos de los hombres , habrá alguno , à quien habréis desagradado , que os hará ridículos , y que os atribuirá hechos , è intenciones que jamás habeis pensado.

Pero decidme por vuestra vida: ¿ el bien, ò el mal, que dicen de vosotros los hombres , os hace mejores , ò peores ? No: no sois otra cosa de lo que sois delante de Dios; él conoce vuestro corazon , y será vuestro Juez ; y si los hombres os conocieran tan bien como él os conoce , los unos no hablarian como hablan , y los otros hablarian peor : porque , ¿ qué tenemos en nosotros sino la malicia , la corrupcion , la mentira , y el pecado ? Las palabras de alabanza , ò de murmuracion , solo son un poco de viento , y ruido ; ni una sola puede arrancarnos un cabello de la cabeza , ni añadir un dedo à nuestra estatura ; obrad bien , y dejad decir : este es uno de los mejores remedios , que yo sepa , para tener el ánimo quieto , y vivir en paz.

Vosotros estais muertos , dice San Pablo , (Colos. 3. 3.) *y vuestra vida está escondida en Dios con Jesu-Christo* , ¡ Qué bellas palabras ! Observad à un hombre muerto , alabadle, injuriadle , aduladle , y escupidle en el rostro ; no se avergüenza , no se mueve , no dá ninguna señal de sentimiento. El verdadero Christiano es un hombre muerto, quiero decir, no es sensible à las hablillas , y juicios de los hombres , como si fuese un muerto. ¡ Quánto distamos , pues , de la perfeccion christiana ! Dios de la humildad , destruid la sobervia que nos devora ; curad con vuestra gracia la hinchazon de nuestro orgullo , que nos hace tan sensibles à todo lo que nos disgusta. Imitando solamente vuestra humildad , encontraremos el reposo, y quietud de nuestras almas. No está prohibido el juntar riquezas , con tal que no se haga mal tercio à ninguno , ni nos lo es prohibido el gozar de las que Dios nos ha dado , con tal que no se haga mal uso de ellas ; pero si por desgracia apegais vuestro corazon à ellas, el pobre corazon no será jamás tranquilo , sino que le atormentarán el deseo de aumentarlas , y el temor de perderlas ; esto es lo que vemos cada dia.

Lo mismo sucede , respecto del afecto que tenemos à nuestros

tros amigos , ò proximos , quando no vá conformado con la voluntad de Dios : ¡ Quántos pecados no se cometen por amistad , y por complacencia ! Si los perdemos , estamos inconsolables , y nos desesperamos. Amados oyentes mios , nada amemos sino en Jesu-Christo: hagamos uso de estas cosas mundanas , como si no lo hiciesemos ; de modo , que estemos siempre prontos à hacer à Dios sacrificio de nuestros bienes , de nuestros amigos , y à despojarnos de todo , como si nos despojasemos de un vestido , no como quiera , sino como si nos despellejasen. Entonces sí que en medio de nuestras aflicciones, diriamos con el Santo Job : *Dios me los ha dado, Dios mismo me los ha quitado ; sea siempre alabado su santo nombre.* Entonces sí que no perderiamos la quietud de nuestro ánimo, y la paz del corazon ; insensibles à todo , menos à los remordimientos de la conciencia.

TERCERA REFLEXION.

SOla la conciencia debe turbar la paz de nuestro corazon quando lo mancha el pecado. Asi como à la paz del corazon acompaña la gracia que nos santifica, y nos une à Christo , asi la turbacion, y remordimientos de la conciencia acompañan el pecado , y nos separan de Jesu-Christo. No os jactéis , hijos mios , hasta que no dejéis el pecado , no encontraréis jamás la paz en vuestros corazones.

Podréis distraeros , y disiparos , ò olvidaros por algun tiempo de vuestro infelíz estado ; pero jamás sufocaréis las voces de la conciencia ; ésta , à lo menos , os dirá alguna vez: Tú te acuestas sano ; ¿ pero si murieses esta misma noche? Vas al campo , ò à viajar ; ¿ pero si perecieses en el camino , ò un rayo te hiciese cenizas , un rio te tragáse , ò algun otro acontecimiento te quitáse la vida ? Tú conoces , y sientes este gusano que te roe , que te pasa el corazon , y lo hace palpitar , principalmente quando nosotros le despertamos para que os atormente , hasta que os veais obligados à buscar la quietud , y sosiego en la gracia de Dios. Bien lo sé, vosotros lo confirmais , y yo solo hablo despues de haberos oido.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Y tú pretendido bello espíritu, que muestras estár firme como una roca, contra todo lo que dicen los Predicadores del juicio, è infierno, que reputais estas cosas por fábulas, y cuentos de viejas; que quisieras ser tenido por un oráculo, quando con un ayre de altanería, y desprecio, que causa compasion, tienes el atrevimiento de decir: *Muerto el perro, muerta la rabia*, profiriendolo con un tono de voz, que muestra no solo la corrupcion de tu corazon, sino tambien una ignorancia profunda en materia de Religion: tú lo dices; ¿pero estás persuadido que esta Religion es solo una fábula? No teneis ninguna duda, ni inquietud en el corazon, ni remordimiento de conciencia? Estás tan seguro de la verdad de tu systema, como lo estaban los Mártyres de la verdad, que defendian con su propria sangre? Estarás pronto à hacer lo mismo para defender la tuya?

¿Quál es, pues, tu proposicion? Yo os lo diré: Hablando à Jesu-Christo un hombre en un tiempo en que los motivos de credibilidad no tenian aquella fuerza, y evidencia, que adquirieron despues à medida que se iban multiplicando con el modo milagroso con que se estendió, y estableció en el mundo, un hombre, pues, decia à Jesu-Christo: *Señor, yo creo, ayudad mi incredulidad*; pero vosotros movidos de aquella evidencia que os ciega, de aquella fuerza que os abruma, vais diciendo: Quisieramos no creer cosa alguna; pero conozco que aun creo: venid espíritus fuertes con vuestros escritos, con vuestra impiedad; venid en la ayuda de mi incredulidad: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam.*

¡Quán violento es un tal estado! luchar siempre contra la verdad, soplar con toda fuerza una luz que deslumbra, sin poder jamás apagarla! Digo, y me obstino en decirlo; quiero tambien persuadirme que no hay infierno, que muera el alma con el cuerpo; ¿pero si hubiera infierno, y el alma fuese inmortal? Entonces añado: estas son fábulas que nos cuentan para entretenernos; con todo esto digo: lo mas ilustrado, y sabio, mas santo, y respetable que ha habido de diez y ocho siglos hasta aquí, ha creido, y practicado lo que yo no quiero creer; Estoy cierto que todos estos grandes hombres

bres no han sido sino una tropa de ignorantes, y de embusteros? Estoy cierto, que esta Religion tan sublime en su doctrina, tan pura en su moral, solo es una obra de error, y parto del fanatismo? ¡Quán lejos estais, ò incrédulos, de aquella quitud, y paz que ostentais!

No, Dios mio, no hay paz para los impíos, como no la hay para los pecadores. Sometamonos, amados mios, y unamonos à Jesu-Christo: esté siempre pura nuestra conciencia, y encontrarémos aquella paz deliciosa, aquella interior tranquilidad, y dulce reposo del alma, que no nos puede dar el mundo con todos sus bienes, y divertimientos.

En vano buscaré, fuera de vos, Dios mio, la paz, que solo vos me podeis dár; haced que de ahora en adelante la busque en el cumplimiento de mis obligaciones, en el exercicio de las virtudes, y en la paciencia; haced que mi mente no se entrometa en aquellos cuidados, de los quales no he de dár razon, que sea igualmente insensible á las alabanzas, y menosprecios, no dando oidos sino à vuestras voces, y no temiendo sino vuestros juicios, sometiendome siempre à vuestra voluntad, que obedezca à los que me habeis puesto por superiores, y que sea afable con mis inferiores, indulgente, y caritativo con todos los hombres; que mi corazon se mantenga fiel à vuestros mandamientos, para que pueda gustar las dulzuras de aquella paz, sin la qual no hay verdadera felicidad sobre la tierra, y que es la imagen del eterno descanso que gozan los bienaventurados en el Cielo. Asi sea.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO despues de Pasqua.

SOBRE EL CARACTER, Y LA autoridad de los Pastores.

Cognosco oves meas, & cognoscunt me meæ.
Yo conozco mis ovejas, y ellas me conocen á mí.
San Juan cap. 10. *V.* 14.

¡FElíz aquel Pastor, que mirando con los ojos de la Fé su rebaño, solo vé almas hechas à la imágen de Dios, y redimidas con la sangre de Jesu-Christo! almas que se le han encargado, y de las quales habrá de dár cuenta, à costa de la suya! Dichoso aquel rebaño, que mirando à su Pastor con los ojos de la fé, no divisa en él sino un hombre vestido de la autoridad de Jesu-Christo, para pacer, y conducir las ovejas que le han sido encomendadas! De esta suerte debo miraros, amados Parroquianos mios, y no de otra manera me debeis conocer à mí. Este conocimiento hace buenos al Párroco, y sus feligreses; y las faltas de aquel hace malos sus Parroquianos. Si yo soy un mal Cura, no podeis hacer otro que compadecerme, y rogar al Señor por mi conversion; pero si hay entre vosotros malas ovejas, yo no debo contentarme con solo compadecerlas, y rogar por ellas, mandandome Dios de levantar la voz, y gritar para llamarlas, y volverlas al redil: ¿pero cómo han de volver si no oyen

oyen mi voz? Y cómo se inducirán à oirla, si la reputan por voz de un hombre? Es menester, pues, enseñarlas, ò ponerlas à la vista, lo que ya saben, que la voz del Pastor no es como quiera voz de hombres, sino la de Jesu-Christo, que la autoridad, y el carácter de los Pastores sobre las almas, no son sino las de Jesu-Christo: y luego que os persuadireis que en todas funciones del ministerio Apostólico vuestros Pastores hacen las veces de Jesu-Christo, será preciso que concluyas, que es menester someterse à ellos como à Jesu-Christo; pero no os persuadais, hijos mios, que poniendoos à la vista lo mas santo, y mas respetable que tiene nuestro carácter, quiera yo hacer valer los derechos que tenemos, ò hacer ostentacion de ellos. Ah! que no podemos hablar de nuestro carácter sin llenarnos de confusion. No vengo, pues, à levantarme sobre vosotros, sino à temblar en vuestra presencia, y à renovar mis dolores. Todo lo que os diré por instruiros, me humillará, acordandome de mi indignidad, del peso de mi carga, el riesgo à que estoy expuesto de perderme, mientras trabajo en vuestra santificacion.

PRIMERA REFLEXION.

SI considerais à vuestro Pastor como es en sí, no veréis sino un hombre como los demás, sujeto à las enfermedades de la naturaleza, à las miserias de la humanidad; que tiene vicios, y virtudes, buenas, y males qualidades. Amais, y estimais su persona, segun vuestra inclinacion, ò humor; pero quando lo considerais como vuestro Pastor, y segun Dios, ya no atendeis à lo que es, ò no es, segun el mundo. Nada tiene que ver con vosotros el que sea pobre, ò rico, de buena, ò baja familia, docto, ò ignorante; lo que pertenece à vosotros es conocer el carácter, y calidad de Pastor. La autoridad que exercita sobre vuestras almas, procede del carácter; y si éste es el mismo que el de Jesu-Christo, la autoridad de vuestro Pastor es la misma que la de Jesu-Christo.

De hecho no hay sino un solo redil: esto es, la Iglesia Cathólica, y un solo rebaño compuesto de fieles, que están esparcidos en toda la tierra; un solo Pastor, que es Jesu-Christo:

Unum

Unum ovile, & unus Pastor. (Joann. 10. 16.) Todos los Papas, todos los Obispos, todos los Curas que han sido encargados de guardar ovejas, y que estarán encargados hasta la fin del mundo, solo hacen un solo Pastor con la adorable persona de Jesu-Christo. Quando nosotros bautizamos, ò predicamos, quando consagramos, quando absolvemos los pecados, es Jesu-Christo el que predica, el que bautiza, dice San Agustin; (Tract. 5. in Joann.) él es el que consagra, él es el que absuelve. Si vés à un Preste en el Altar que celebra la Misa, imaginaos, dice San Juan Chrysóstomo (Homil. 82. in Matth.) que no es él, sino Jesu-Christo, que tiene las manos estendidas. Jesu-Christo se sirve de nuestra boca, y de nuestras manos; él está, si es lícito el decirlo así, confundido con nosotros, y nosotros con él, para hacer las funciones del ministerio sagrado: *A la manera que Dios estaba en Jesu-Christo para reconciliar así el mundo*; (2. ad Corinth. 5.) así está en los Pastores Jesu-Christo, para continuar, y perfeccionar la redencion del mundo. Este mismo Jesu-Christo, que está asentado à la diestra del Padre, *devorando la muerte*, (1. cap. 3.) segun el dicho de San Pedro, está tambien en la persona de los Pastores, con cuyo ministerio devóra la muerte, quando ellos trabajan en la destruccion del pecado, y en la santificacion de las almas, quando perdonan los pecados que se cometen cada dia, quando comen cada dia la víctima, cargada de todos los pecados del mundo.

Así como todos los movimientos del cuerpo humano derivan de la cabeza, así tambien todas las funciones del ministerio sagrado, y eclesiástico derivan de Jesu-Christo, que es la cabeza de la Iglesia, y del ministerio pastoral. Los Pastores son los ojos, la boca, las manos, la lengua, cada uno segun el empleo que obtiene, y segun el ministerio à que está dedicado. De aqui es que Jesu-Christo, hablando con los Pastores, dice así: *Quien os oye, me oye à mí; quien os desprecia, à mí me desprecia; y el que me menosprecia, menosprecia à aquel que me ha enviado*; (Luc. 10. 16.) *quien os toca, toca las niñas de mis ojos.* (Zaccar. 28.) Es, pues, cosa clara que el carácter, y autoridad de los Pastores en el gobierno de las almas, no es otro que el carácter, y autoridad de Jesu-Christo mismo, y

y qualquiera que reuse à someterse à todo lo que pertenece à su ministerio, no hace resistencia à los hombres, sino à Jesu-Christo.

¿Habrá pues algun caso en que esten dispensados los fieles de oir, y seguir à su Pastor? Atended, oyentes mios: Este es uno de los principios fundamentales de nuestra Religion, y doctrina pura. Es menester distinguir dos ordenes de Pastores en la Iglesia. El uno es aquel de los Obispos Sucesores de los Apóstoles, que teniendo à la cabeza el Papa, son depositarios de la fé, nuestros Jueces, y nuestros Maestros: unidos estos à la Cáthedra de San Pedro, forman el cuerpo pastoral, del qual es cabeza visible el sucesor de San Pedro; los Jueces, pues, en materia de fé, son siempre infalibles por la promesa de Jesu-Christo: *Id, y enseñad ... yo estoy siempre con vosotros hasta la fin del mundo.* (Math. 28. ℣. 19. 20.) Por consiguiente qualquier Obispo tiene derecho de enseñar en su Diocesi: él es no solamente el primer Pastor, sino tambien está destinado para velar sobre la conducta de los otros. Entra en nuestras Iglesias, y hace, quando bien le parece, todas las funciones del Sacerdocio: sin tener necesidad del consentimiento de los Pastores, que las gobiernan bajo su autoridad. Envia Edictos, publica Decretos para mantener, ò restablecer la disciplina Eclesiástica, para corregir si hay algun defecto en el culto exterior, y en las ceremonias de la Iglesia, para regular en fin todo lo que toca à la administracion espiritual de su Diocesi, y todo para la ventaja de la Religion, y el bien de las almas; pero todo conforme à los principios de la fé, y á las reglas fundamentales del cuerpo pastoral, del qual es miembro, y en cuyo nombre obra.

Si un Obispo en sus instrucciones enseñáse cosas contrarias à la fé de la Iglesia universal, sería reprehendido de los otros Obispos, y obligado à corregir sus errores, y reusandolo hacer, se le trataria como à un herege, y sería cortado del cuerpo pastoral, como miembro podrido, y sus ovejas estarian no solo dispensadas de seguirlo, sino tambien obligadas à huirlo. Mientras que has estado unido con los sentimientos de una misma fé al cuerpo de los Obispos, que aunque esparcidos por el mundo, están unidos con la Santa Sede,

os

os hemos oído como nuestro Pastor : ahora enseñais una doctrina contraria à la de la Iglesia , estais separado de su cabeza visible ; luego no es Jesu-Christo el que habla por vuestra boca , no soys mas nuestro Pastor. Aunque tengais el vestido , y el báculo pastoral , no soys sino un lobo rapáz , os conocemos , y no podemos oiros , ni veros. Esto es lo que decian los Fieles Cathólicos á aquellos Pastores , los quales en las turbulencias de la heregía habian dejado la fé , y à la Iglesia. Dias de escándalo , y de horror , ojalá jamás volvais.

Pero quando un Obispo habla , y enseña segun los principios de la fé , mientras está unido al cuerpo de los Pastores , y à su cabeza visible , estámos ciertos , que oyendolo, oimos à Jesu-Christo , y uniendonos à él , deseansamos como ovejas dóciles en el seno de la Iglesia , y bajo la custodia del buen Pastor, ¡ Qué veneracion no debemos tener à nuestros Obispos ! son ellos las columnas de la Iglesia , los depositarios , y conservadores de las verdades eternas, que son nuestro thesoro , y nuestra esperanza. Tienen en la tierra la misma dignidad , y autoridad que los Apóstoles. ¡ Con qué respeto no debemos mirar nosotros la cruz que los Obispos llevan en el pecho , como para darnos à entender que llevan en el pecho, y corazon nuestras almas , redimidas en la cruz , y que en ella están esculpidas , asi como los nombres de las doce Tribus de Israël estaban entalladas en las piedras preciosas , que adornaban el pecho del gran Sacerdote ! con qué reverencia no debemos besar el anillo pastoral , señal de la alianza que ha hecho con nosotros , por la qual llegamos à ser sus ovejas , è hijos , asi como él es nuestro Padre , y Pastor ! con qué obsequio no debemos ir à recibirlo , quando haciendo la visita de su amado rebaño , viene à nuestras Iglesias como un Angel de paz , para infundir en nuestras almas los dones del Espiritu Santo , para confirmarlas en la fé , y colmarlas de gracias , y bendiciones ! Amados hijos mios, oygamos à nuestros Obispos , sigamos su doctrina , respetemos sus personas, y roguemos al Padre de las luces , y Autor de todo bien, para que los llene mas y mas del espíritu de sabiduría , de fortaleza , de celo , y de piedad , de la qual necesitamos para bien gobernar la Iglesia de Dios.

SE-

SEGUNDA REFLEXION.

EL segundo orden de Pastores es el de los Párrocos. Estos solo tienen una autoridad dependiente , y subordinada à la del Obispo , la qual deriva siempre del mismo principio : esto es , que nosotros hacemos tambien las veces del mismo Jesu-Christo. Quando veais à un hombre legitimamente ordenado , y señalado por el Obispo por vuestro Pastor , podeis decir : este hombre viene de parte de Jesu-Christo para conducir las almas , de la manera que un Pastor conduce sus ovejas, las apacienta , y vela sobre ellas. Este es el hombre vestido del poder de Jesu-Christo, encargado de reprehendernos, y corregirnos , de perdonar nuestros pecados ; por esto quando tomó posesion de la Iglesia , abrió , y cerró el Tabernáculo , tocó el libro de los Evangelios , subió al púlpito, se sentó en el confesonario , ceremonias que nos hacen conocer la superioridad, y autoridad , que Dios le ha dado sobre nuestras almas. Quando veo à un hombre en Ciudad , destinado para atender à los intereses del Rey, y poner en execucion sus ordenes, digo: este es el hombre del Rey : quando veo à otro destinado à hablar en nombre de Jesu-Christo, quando lo veo en el altar, ò púlpito , ò confesonario , ò en otras funciones proprias de su ministerio, digo: este es el hombre de Jesu Christo, y mi Pastor: Dios me lo ha dado , está encargado de mi alma , y debe dar cuenta de ella. El solo tiene derecho de escudriñarla , y por esto la Iglesia me manda expresamente de confesarme una vez á lo menos al año ; de su mano he de recibir la comunion à la Pasqua , la instruccion en vida , y los Sacramentos à la muerte; él ha de recibir mis ultimos suspiros , otros no pueden hacerlo sin su consentimiento ni en vida , ni en muerte.

Si mi Pastor llevàse una vida escandalosa , si no atendiese à mi estado, y particulares disposiciones, podria entonces confiar mi conciencia, con su licencia, à otro. Si hubiese apostatado de la fé , y si enseñàse en sus instrucciones errores contra ella , deberia separarme de él , y huir como huyen las ovejas del lobo ; pero mientras enseñe lo que manda la Iglesia Cathólica , y esté unido à ésta , y por ésta à Jesu-Christo, quiere

Dios que yo le oyga, que confie en él, pues es mi Pastor, y Dios me lo ha enviado para que dirija mi alma; pero cómo lo hará si no la conoce? ò cómo la conocerá, si yo no hago confianza de él? Estos son, amados oyentes mios, los sentimientos de una oveja que conoce à su Pastor. ¡Ay de aquellos que los tuviesen contrarios, ò llevasen otra conducta! Jesu-Christo declara que no son del número de sus ovejas.

TERCERA REFLEXION.

Si despues de todo lo que habeis oido acerca del carácter, y autoridad de los Pastores, hay entre los Christianos algunos espíritus altivos, è indóciles, y sin algun respeto para con quien hace las veces de Jesu-Christo, ¿qué podrémos hacerles, ò decirles? Dejad de oirnos, buscad otros Maestros, condescended con vuestro capricho, quemad el Evangelio, è inventad un otro, ù otra Religion á vuestro modo. Y supuesto que este detestable tiempo predicho por San Pablo (2. Timoth. cap. 4.) ha llegado ya, cerrad los oidos, sacudid el yugo, dejaos llevar de todos los vientos de las doctrinas, haceos del partido de nuevos systemas: *Longævus, & honorabilis, ipse est caput, & Propheta docens mendatium ipse est cauda*, (Isaias cap. 9. ℣. 15.) destruid, y revolved todas las cosas, caminad à ojos cerrados sin guia, y sin principio à donde os lleven vuestras pasiones: pero sabed *que el que oye à los Pastores, oye à Jesu-Christo; y quien los desprecia, le desprecia.* Nada os detenga, vomitad contra los Ministros de la Iglesia la hiel que habeis concebido contra la Iglesia misma. No los oygais sino para critiquearlos; llamad à su celo obstinacion, y locura, y atribuidles como delitos la solicitud, la dulzura, y los cuidados que toman por la santificacion de vuestras almas; engrandeced sus imperfecciones para autorizar vuestros desordenes; exâgerad su flaqueza para justificar vuestros excesos; pongase en obra la calumnia, la befa, la infamia, à fin de envilecer, humillar, y disminuir la superioridad, y carácter de vuestros Pastores. Menospreciadlos, pues, tratadlos como la inmundicia del mundo; pero acordaos *que el que los toca, toca las niñas de los ojos de Jesu-Christo.* Como os reputariais felices de tenerlos

los algun dia à la cabecera de la cama para animaros contra los horrores de la muerte, y del infierno, para presentar vuestra alma en manos de aquel tremendo Juez que rugirá como un leon, y sabrá entonces vengarse de los ultrages que os habrá sufrido, y recibido en la persona de sus Ministros, nosotros entre tanto no cesarémos de levantar las manos hácia el Cielo para que derrame sobre vosotros las riquezas de su misericordia, nos reputarémos dichosos de tener parte en los sufrimientos, y oprobrios de nuestro Maestro; corresponderémos à vuestras maldiciones con otras tantas bendiciones; à vuestras blasfemias con súplicas; à vuestra persecucion con la paciencia.

No permita Dios, amados Parroquianos mios, que merezcais estas reprehensiones en particular, que haceis generalmente; pero por nuestra desgracia no las digo sin fundamento. Pero vosotros sois ovejas dóciles, conoceis vuestros Pastores, oís sus voces, y en esto fundo yo la dulce esperanza de veros crecer en gracia, y en el conocimiento de Jesu-Christo. ¡Ah buen Pastor! velad vos mismo à la guarda de todas las ovejas, que me habeis fiado: sanad las enfermas, fortificad las flacas, llamad à las descarriadas, y no permitais que el demonio, aquel cruel lobo que rodéa de dia, y de noche el redil, se las lleve, y devóre. ¡O padre santisimo! conservad con la virtud, y gloria de vuestro nombre todas las almas que habeis encomendado à mi direccion. Echad sobre mi una mirada misericordiosa, compadeceos de mi flaqueza y miserias. Dadme la luz, y celo, la fuerza, y piedad que necesito para cuidar de su santificacion, y mia, para que despues de haber sido mi gloria en este mundo, sean ellas mi corona en el Cielo. Asi sea, queridos hijos mios, asi sea.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO despues de Pasqua.

SOBRE LA OBLIGACION DE LOS PASTORES, y las penas de su ministerio.

SIGUE EL SERMON ANTECEDENTE.

Mulier cùm parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cùm autem peperit filium, jam non meminit pressuræ.

La muger quando pare, padece dolores, porque ha llegado el término; pero despues que ha parido, no se acuerda mas de ellos. *San Juan cap. 16. ℣. 21.*

EN el Domingo pasado os representé el carácter, y la autoridad de los Pastores de la Iglesia, à fin de infundiros aquellos sentimientos de sumision, y respeto que les deben los fieles, como à hombres que hacen las veces de Jesu-Christo. Hoy vengo à hablaros de las penas impuestas à su ministerio, de las quales vosotros sois la causa: penas que podriais vosotros endulzar; pero parece que no quereis compadecerlas, ni ser sensibles à ellas quanto merecen. El Apostol San Pablo escribiendo à los de Galacia, despues de ha-

haberles dado quejas de su inconstancia, de sus recaídas, y de su ceguedad, hasta tratarlos de insensatos, muda de repente el lenguage, y dejandose llevar de tiernos afectos de un corazon verdaderamente paterno, que encendia al Universo en el amor de Jesu-Christo: hijos mios, exclama, à quienes nuevamente doy à luz hasta que esteis formados en Jesu-Christo, y éste en vosotros: *Hijos mios, quos iterum partario, donec efformetur Christus in vobis.* (cap. 4. ℣. 19.) Esto es, amados oyentes mios, quanto os dicen vuestros Pastores, como lo demuestran sus exôrtaciones, las inquietudes, los trabajos, y la solicitud con que se interesan en el bien de vuestras almas: ellos os han dado à luz en Jesu-Christo por el bautismo; pero con haber vosotros perdido la gracia que habiais recibido, recaisteis en un estado peor que el primero, olvidasteis vuestras promesas, y abandonasteis à Jesu-Christo, para entregaros á las pasiones que os ciegan: una tal conducta hace gemir à vuestros Pastores, y esta es la fuente de las penas, de las tribulaciones, de las amarguras que hacen tan penosa su vida; pero no formais, ni se forma en el mundo la idéa que se debe; antes bien no se sabe en qué funda el mundo su opinion de que nuestro estado es el mas feliz, proposicion que exâminarémos ahora. Pero me diréis: ¿Por qué motivo quiero yo hablar de nuestras penas? Por dos motivos: El primero, para que no nos acuseis que os hablamos solamente de lo que nos debeis, y no de lo que os debemos à vosotros. El segundo, para que conociendo vosotros los trabajos, y penalidades de nuestro estado, nos tengais compasion, y ésta os mueva à aliviarlas. Y asi como no podemos lograr este alivio sin que hagais una vida christiana, es mucho mas ventajoso à vosotros que à nosotros mismos el que conozcais las penas de vuestros Pastores, y les tengais compasion.

PRIMERA REFLEXION.

YA sabeis, amados oyentes mios; la sentencia pronunciada por Dios à nuestros primeros padres. Desdichado Adán, la tierra que cultivarás producirá abundancia de espinas, y no comerás sus frutos sino con el sudor de tu rostro.

¡ Eva

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡Eva infeliz, eres digna de compasion! los hijos que concebirás te causarán mil congojas, y los parirás à fuerza de dolores. Lo mismo habia de decir el Obispo quando envia algun Eclesiástico à alguna Parroquia para que la gobierne: Hijo mio, eres Cura, tienes que cultivar una porcion de la viña del Señor: ¡ah quántas espinas no han de pasar tu corazon! quántos abrojos te dañarán! quántos amargos frutos te conmoverán las entrañas! serás como la madre, y ama de leche de todas las almas, que componen la Parroquia. ¡Quánto te han de costar estos títulos de madre! el trabajo, la inquietud, la tristeza serán vuestra porcion: *In dolore paries filios.* ¡Pero vosotros os pasmais! veamos la cosa de mas cerca. Yo me forjo tal vez quimeras, y todo lo dicho tal vez depende de mi fantasia.

No espereis que yo engrandezca el sacrificio de nuestra libertad, del reposo, de la salud, y alguna vez de la vida, à todo lo qual nos exponemos por vuestro bien. Estar siempre à vuestro lado como lo hace una madre con sus hijos; pasar los dias enteros, y parte de las noches sobre los libros para estudiar la ley de Dios, para meditar, y rumiar su palabra, para que despues de habernos alimentado, podais vosotros recibir de nuestra boca, y alimentaros con nuestras instrucciones, como un hijo del seno de su madre toma la leche que le alimenta: vernos obligados à hacernos niños con los niños para imprimir en sus almas con eternas repeticiones los principios de nuestra Religion: sin poder jamás dejar enteramente à cargo de otros una tal funcion; la mas penosa tal vez, y esencial de nuestro ministerio: haber de correr lo largo de vuestras campañas, unas veces para dar à vuestros hijos, otras à vuestros domésticos, aquellas instrucciones, que muchas veces dejais de venir à oirlas en nuestra Parroquia; otras veces para visitaros en vuestras enfermedades, y para administraros los Sacramentos, sin que puedan dispensarnos el rigor del invierno, ni los calores del estio, ni las tinieblas de la noche, ni la distancia de los lugares, ni lo dificil, y arduo de los caminos: estar obligados en tiempo de epidemia à pasar los dias, y las noches entre los muertos, y moribundos, à tener delante los ojos la imagen de la muerte, del dolor, y de la desesperacion; la muger que llora al marido, la madre à los hijos, y es-

estos al padre: oir tantos lamentos, bañarse, por decirlo asi, con tantas lágrimas, y no poderlas enjugar, sino con mezclar las nuestras. ¡Ah quán cruel es la condicion de un Pastor en tales circunstancias! estár despues obligados en tiempo de Pasqua, ò en el restante del año, à cerrarnos en el confesonario, como la víctima de la ley antigua, sobre quien recaian los pecados del pueblo, ò como Jesu-Christo en el huerto, cargado de las maldades del Universo. Alli se presentan todos nuestros Feligreses, unos despues de otros, à descargar sobre nuestras espaldas su particular carga. El impúro descarga sus inmundicias, el avárо sus rapiñas, el borracho sus excesos, unos sus murmuraciones, otros sus odios, unos las blasfemias, otros sus riñas; ellos se van aliviados, y nosotros quedamos oprimidos. Queridos mios, si en tal caso pudierais ver à vuestros Pastores, ¿pudierais dejar de compadecerlos?

Y con todo, en todas estas cosas solo hacemos nuestra obligacion, os damos lo que os es debido. No diré ya con el Apostol que son los bienes, que vosotros gozais de nuestro ministerio infinitamente superiores, à lo poco que dá cada uno de vosotros para nuestra manutencion, diré antes: que proveyendo el rebaño à las necesidades temporales del Pastor, es justo que el Pastor provéa à las necesidades espirituales de su rebaño. No hago cuenta con las fatigas de nuestro ministerio, porque nada cuesta lo que se ama. ¿Pero acaso yo no os amo? pero à quien amaré si no os amo? Leemos en el viejo Testamento, y Jesu-Christo lo ha repetido en el nuevo, que el hombre abandonará al padre, y madre para unirse à su esposa. Padre, madre, hermanos, hermanas, parientes, puedo yo amaros mucho; pero la esposa que Dios me ha dado la amo infinitamente mas. Amados hijos mios, yo soy vuestro Pastor, vosotros sois mi amado rebaño. La libertad, el tiempo, la tranquilidad, mi salud, todo es vuestro, y os debo hacer sacrificio de ello, y despues de todo esto sacrificar à mi mismo, si es menester, por el bien de vuestras almas. Pero si en mi estado hay alguna pena, y amargura, que podais endulzar, es natural, y no os debe desagradar que os abra mi corazon delante de Dios, y à vuestra presencia, para daros algunas quejas.

Un

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un Párroco es semejante à un padre de numerosa familia, en la qual hay variedad de humores, de caprichos, y porque à todos es deudor, debe adaptarse à cada uno, tomar diferentes modos, mudar lenguage, y rostro; mas aun tambien, para decirlo asi, humor, y caracter. Ahora serio, y poco menos que severo; ahora facil, è indulgente; ahora debe usar de las riquezas de su misericordia, y mostrarse lleno de confianza: otras veces es menester que represente à lo vivo la imagen de los juicios de Dios para dispertar las conciencias entorpecidas, y quasi insensatas por la costumbre, y hábito de pecar, y aquellos pecadores endurecidos, que nada temen, aun quando tienen un pie en el infierno, necesita de emplear alternativamente todas las caricias, las reprehensiones, las súplicas, y amenazas, las alabanzas, y las quejas, segun el tiempo, y circunstancias. Asi como la gracia obra de mil maneras, asi tambien el Párroco, que es Ministro de la gracia, y debe ser imagen de Jesu-Christo, está obligado à dar à su celo diversas formas, y figuras, segun las necesidades, y disposiciones. Si adelantais en la virtud, debe poner la mira en vosotros, y manifestaros los tesoros de la sabiduria, y ciencia, escondidas en Jesu-Christo; si volveis atrás, debe retroceder con vosotros, y compadecer vuestra flaqueza. Con los ignorantes, y flacos debe ser, si me permitis el decirlo, como una gallina que calienta bajo sus alas à sus polluelos: con los sabios, y perfectos debe ser como una aguila que buela sobre sos hijos, para enseñarlos à levantar el buelo. En suma, es menester que se adapte à los diferentes genios, y naturalezas, que se encuentran en su Parroquia. Encargado por Dios de todas las almas, no debe perderlas de vista. Algunas se desvian, y es menester llamarlas; algunas se han perdido, y es menester buscarlas: éstas son flacas, es preciso cuidarlas: éstas están enfermas, es preciso curarlas. Instruir los ignorantes, reprehender los pecadores, corregir los abusos, declamar contra el escándalo: ¡Santo Dios, quántos sudores, quántas inquietudes, quántas cautelas, quántos espíritus vidriosos se han de manejar! Lo que unos aprueban, otros condenan; lo que para unos es motivo de edificacion, se hace motivo de escándalo à otros.

Quan-

Quando se encuentran en una Parroquia, lo que muchas veces sucede, algunas personas que hacen pública profesion de Ateistas, que descaradamente blasfeman de la Religion, quisieran que todos hablasen, y obrasen como ellos, que con los modos de hablar, y costumbres, envenenan parte de la grey: ah! pobre Pastor, quánta compasion te tengo, (si acaso debe compadecerse el que padece por Jesu-Christo) quántas persecuciones, quántas afrentas, si no obras como perro mudo! Serás aborrecido, y detestado; no te podrán vér, ni sufrir. Quanto mas irreprehensible serás, tanto llegarás à ser mas odioso; los exâsperará la misma dulzura; los irritará vuestra paciencia; la docilidad del pueblo, los frutos del ministerio los ofenderán; la estima que los hombres de bien, y sensatos os tendrán, y las alabanzas que os darán, les harán montar en cólera; no son estos ovejas, sino lobos rabiosos contra sus Pastores. Calumniad, infamad, morded, vituperad en todo tiempo, y ocasion. Queridos mios, no hablo de vosotros, ni de mi, pues soy un gran pecador para merecer tener parte en el caliz del Señor; ¿pero quántos Párrocos saben por práctica la verdad de lo que digo? Lo que les aflige no es el ser objeto del odio de los malos; el discipulo no es mayor que su Maestro, y se juzgan dichosos si se asemejan en algo à Jesu-Christo; pero lo que les aflige, y atormenta es la ceguedad, y obstinacion de las almas, por cuya salvacion darian sus proprias vidas. La pérdida de la alma, amados oyentes mios, es el inexâusto manantial de amarguras, que hacen tan dura nuestra condicion, y estado.

SEGUNDA REFLEXION.

SI el Párroco, despues de predicar, enseñar la doctrina, y administrar los Sacramentos, vuelto ya à su casa, pudiese estár con ánimo quieto, no le sabria mal el trabajo tomado; pero no pasa dia sin que le oprima este pensamiento. ¡Quién puede contar los pecados que se cometerán hoy en mi Parroquia? Quién sabe si se cometen por mi culpa, y si he de dár cuenta à Dios de ellos? Entonces recorre con la mente familia por familia, y dice: En aquella casa reyna la có-

lera; en aquella otra la avaricia; en aquella la impureza. Alli no hay Religion; acá no se hace otro que murmurar; el tal no freqüenta Sacramentos, ni se confiesa en tiempo de Pasqua; aquel nada sabe tocante à Religion; unos no quieren perdonar, otros no quieren restituir: en fin, quando un celoso Curato recorre sus Parroquianos, ¡Jesus qué suspiros! qué lágrimas! tal vez estos mismos pensamientos le asaltan à la noche, y le quitan el reposo, y le despedazan las entrañas. Entonces abriendo su corazon en presencia vuestra, ò Dios mio, exclama con el santo Rey David: (Psalm. 87.) ¡Ah, Señor, que las imperfecciones, y pecados mios han sido siempre el manantial de mil penas desde mi tierna edad, y solo las han podido aliviar mi tierna confianza en vuestra misericordia! Despues que me habeis dedicado al gobierno de las almas, parece que los pecados de éstas vienen à unirse à los mios para aumentar mi confusion, y mi dolor: estoy asombrado; se turba mi ánimo, y poco falta para que llegue à la desesperacion: *Exaltatus autem humiliatus, & conturbatus.* Ahora exclama con Elías: (3. Reg. cap. 19.) Ah, Señor, quitadme de este mundo: yo no tengo mas celo, ni valor, ni virtud. La tristeza ocupa mi ánimo, y me abruma el peso de mi obligacion; soy nada, y para nada valgo: *Tolle animam meam, non enim sum melior quam Patres mei*; tal vez se atreverá à decir con toda la amargura de su corazon como Jeremías: (cap. 20. 7.) Señor, vos me habeis dado los pechos, y yo me he dejado alimentar: *Seduxisti me, Domine, & seductus sum.* Esperaba que vuestra palabra infundiese temor de vuestros juicios en el ánimo de aquel pueblo, adonde me enviaste para que la anunciáse; pero ay de mí! esta misma palabra, no solo les es inutil, sino tambien motivo de oprobrio, y afrenta à quien la anuncia. Seria preciso que yo me confundiese entre los sagrados Ministros para pasar el resto de mi vida entre la humillacion, y angustias: *Ut viderem laborem, & dolorem, & consummarentum in confusione dies mei* (v. 18.) Esta es, amados oyentes mios, la condenacion de un Curato, en quien han hecho impresion sus obligaciones; dia, y noche tiembla por el bien de las almas, de las quales sabe que ha de dár cuenta al que las ha redimido con su sangre.

Pe-

Pero tal vez serémos nosotros de aquellos Pastores, de los quales habla el Profeta Ezequiél, (cap. 34.) que se apacientan de la leche de sus ovejas, se visten de su lana, sin tomarse el cuidado de guardarlas; tal vez olvidandonos de nuestra obligacion, ò cumpliendo con ella solo por formalidad, y apariencia, nos cuidamos poco de que saquen, ò no nuestros Parroquianos el fruto que deben de nuestro ministerio; tal vez no tendrémos celo, ò amor para las ovejas de Jesu-Christo; y es cosa indiferente para nosotros el que se salven, ò se condenen. Ay de nosotros si asi fuese, pues seriamos dignos de compasion por dos titulos: el primero, porque no se puede separar de nuestro estado la fatiga comun, asi à los buenos, como à los malos. El amor de Dios, el celo por el bien de las almas, la ternura de un Pastor por sus ovejas, hacen que tomemos de buen ánimo los trabajos del sagrado ministerio, y que llevemos con paciencia las penas que le son inseparables; pero estas penas son enfadosas, desagradables, è insoportables à quien no ama à Jesu-Christo, ni su rebaño. El segundo titulo es, que si somos malos Pastores, nos acarreamos al odio de Dios; y en lugar de la solicitud que nace del celo, nos amargarán los remordimientos de la conciencia, y necesariamente nos atormentará este pensamiento de desesperacion. Todas las almas que se me han encomendado, y que por mi culpa se condenarán, las veré un dia en el infierno, las quales me maldecirán, y yo las maldeciré eternamente. De qualquiera manera, pues, que se mire el estado de un Párroco, se verá muy diverso de lo que parece, mirandolo solo superficialmente; pero exâminando las cosas à fondo, se habrá de confesar, que de todos modos somos dignos de comapasion; la merecen si son celosos, y mucho mas si no lo son.

¿No habrá, pues, ningun consuelo en nuestro estado? Si, amados Parroquianos mios, logramos el consuelo que vosotros nos dais; solo de vosotros, despues de Dios, lo podemos esperar. Obedeced, dice San Pablo, (Heb. 13. 17.) y sometéos à vuestros Pastores, que velan sobre vuestras almas, de las quales han de dár cuenta, para que lo hagan con gusto, y no gimiendo: *Ut cum gaudio hoc faciant, & non gementes.* Oidlos como si hablàse Jesu-Christo, pues este mismo

os exhorta à ello por boca de ellos: vivid como sántos en Jesu-Christo, Padre, y Pontífice de vuestras almas: obrando asi, aliviaréis nuestra carga, y endulzaréis nuestras penas; las que si vosotros haceis que no sean inútiles, quando verémos que atendeis à vuestra santificacion; que tomais à Jesu-Christo por vuestro Maestro, y modélo; que formais en vuestras almas la imagen de sus virtudes, llevando una vida conforme à la suya, entonces sí que nos olvidarémos de nuestros dolores, como no se acuerda de ellos una madre despues de haber parido. Vosotros seréis la alegria, la joya, la felicidad, gloria, y dulzura de nuestra vida; será cumplido nuestro gozo, quando sacáreis aquel fruto que debeis de nuestro ministerio. Acabaré, pues, con las bellas palabras del Apostol à los Filipenses: *Si qua ergo consolatio in Christo, si quod solatium charitatis, &c.* (cap. 2. 1.) Si vuestro corazon es capáz de algun movimiento de caridad; si alguna compasion puede mover vuestras entrañas; si podemos esperar de vosotros algun consuelo en Jesu-Christo, tened compasion de vuestros Párrocos, no los oprimais, no hagais insoportables sus trabajos: no les hagais mas infelices, haciendo inútiles sus fatigas con vuestra indocilidad, con el espíritu de desobediencia, que se ha hecho ahora mucho mas comun, y es la causa de todos los desordenes que nos afligen, y de los escándalos que nos hacen suspirar. Jesu-Christo el buen Pastor, os dé, hijos mios, la mansedumbre, sencilléz, y docilidad, que son las señales de sus ovejas, para que podais algun dia ser puestos à su diestra, y descansar en su seno por toda la eternidad, prometida à todos los que le serán fieles, como os deseo. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL QUARTO DOMINGO despues de Pasqua.

QUERER LO QUE DIOS QUIERE.

Quia hæc locutus sum vobis, tristitia implevit cor vestrum.

Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazon se ha enternecido. *San Juan cap.* 16. ℣. 6.

SI hubo jamás tristeza, al parecer, mas bien fundada, y con mas razon, fue ciertamente la de los Apóstoles. Quando un padre ya moribundo llama à sus hijos, y les dice: *Hijos mios muy amados, es preciso que nos separémos: à Dios; yo muero, y no me veréis mas*: son estas palabras un puñal que hiere el corazon de los pobres hijos; muevense à ternura, y su ánimo está penetrado de tal tristeza, que se deja ver en sus rostros; derraman sus ojos amargas lágrimas, y se manifiesta el dolor con sollozos, y gemidos. Esta semejanza natural es bastante para hacernos concebir quál sería el sentimiento de los Apóstoles quando Jesu-Christo les dixo, que habia llegado el tiempo de dejarlos: ¿Asi dejais, Señor, à los que renunciaron todas las cosas por seguiros? Nosotros quedamos en medio de nuestros enemigos, y vuestros? Qué harán los discípulos sin su Maestro? Qué será del rebaño sin Pastor que lo rija? Ah! que no podemos esperar sino la persecucion, y la muerte.

El-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Estaba, pues, bien fundada en la apariencia la tristeza de los Apóstoles, y con todo les asegura Jesu-Christo, que no tienen por qué afligirse: *Cuenta, cuenta os tendrá*, les dice, *que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá sobre vosotros el espíritu consolador*: (Joan. 16. 17.) *Expedit vobis, ut ego vadam.* De la misma manera sucede, amados oyentes mios, que los hombres, por el comun, se afligen de lo que debrian alegrarse; y al contrario se alegran de lo que debrian entristecerse. No conocemos del todo los designios de la providencia; todo lo que no viene bien à nuestro antojo, y designios, nos desagrada, y ofende; no se juzga sino por lo que se vé, sin hacer reflexion que son muchas las cosas que se deberian bien conocer para juzgarlas bien. De aqui dimanan las falsas opiniones, tantos juicios errados, tantos cuidados inútiles, tantas inquietudes, y aflicciones, que nada sirven.

¡Quán quieta estaria nuestra alma, y quán felices seriamos nosotros, si no tuviesemos otra voluntad sino la de Dios! Es esta una verdad que yo quisiera hoy persuadiros. De hecho, ¿qué cosa es mas razonable que esta? Asi como Dios todo lo hace, y por su infinita sabiduria lo provee todo, por consiguiente nada ordena, nada permite, ni sufre sino por justisimos motivos. Siendo él tambien Omnipotente, saca bien del mal, haciendo servir la malicia, y pecados de los hombres al cumplimiento de su eterna voluntad.

PRIMERA REFLEXION.

LEemos en el Genesis, que Dios, despues de haber criado el Cielo, y la Tierra, y quanto en ella hay, aprobó él mismo su obra, diciendo, que todo era bueno: *Vidit cuncta quæ fecerat, & erant valde bona.* (Genes. 1. 31.) Hablando él asi, todo lo que habia de suceder despues de la creacion; esto es, aquella mezcla, de lo que llamamos bienes, y males de esta vida, estaba presente à sus ojos; veia no solo la belleza, y magnificencia del Universo, que son el objeto de nuestra admiracion; los beneficios, y riquezas de su bondad, que son el objeto de nuestro agradecimiento; la luz del Sol, que nos alumbra de dia, y anima toda la naturaleza; las tinieblas, y silencio de la noche, que nos llama al descanso; los movimientos de los Astros; los vientos; el magestuoso curso de las nubes; las aguas del mar, y rios, que facilitan el comercio, y llevan de una parte à otra del mundo lo que no cesa de producir la tierra para nuestra necesidad, y gustos.

Dios vió todas estas cosas; pero vió al mismo tiempo el ruidoso estruendo de las nubes, y el rayo que vuelve en cenizas lo que toca; vió las inundaciones de las campañas; las tempestades que destruyen los arboles, y sembrados, y que sepultan en el mar los navios, y navegantes; las guerras sangrientas, los animales ponzoñosos, la peste, la carestia, todo lo que llamamos castigo, y azote de su justicia; y todo esto lo juzgó digno de su aprobacion; todo lo previó, y ordenó: dixo que todo era bueno, porque todo habia de servir à su gloria, y al cumplimiento de sus designios: *Vidit cuncta quæ fecerat & erant valde bona.*

De aqui es, que el santo Rey David, y los otros Profetas, inspirados de Dios, à cada paso convidan à las criaturas, aun aquellas que parecen nocivas, è inútiles, à alabar al Señor, à bendecirlo, y publicar su gloria. Todas las obras del Señor lo bendicen, exclama Daniel desde el horno: alaben, y exalten su santo nombre por todos los siglos.

Previó Dios, y ordenó todo lo que toca à cada una de las criaturas en particular, asegurandonos Jesu-Christo, (Matth. 10. 29. 30.) que no cae en tierra ningun pájaro sin su voluntad, y que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza; la enfermedad que os aflige; la pérdida que te ha arruinado; la muerte de que estais inconsolables; los enemigos que os persiguen; los cuidados domésticos que os devóran; tantas cosas que os desagradan, è inquietan, todas fueron previstas, y permitidas desde la creacion del mundo: *Vidit cuncta quæ fecerat & erat valde bona.*

Parece, que presentandose à los ojos del Criador el pecado con todos los males que ha causado, le habia de haber retraído de criar el mundo. ¿Para qué criar à los hombres, que habian de llenar la tierra de maldades; Para qué criar aquellas cosas, que habian de ser instrumentos de

Universidad de Deusto
Biblioteca

de la ira de Dios? Lo sabiais, ò Dios mio; pero no dejasteis por eso de cumplir lo que habiais determinado, ni fueron por eso menos maravillosas vuestras obras: *Et erant valde bona.* El pecado, el unico, y mayor mal del mundo, y entre todas las cosas la unica, que no es vuestra, y que habeis prohibido con penas tan grandes; el pecado digo, lo haceis servir para el cumplimiento de vuestros designios. ¡O sabiduria incomprehensible! la malicia, y corrupcion de los hombres, que desfiguran la hermosura de vuestras obras, llegan à ser medios para hacer mas perfectas vuestras mismas obras. No de otra manera que un experto Piloto, quando un viento impetuoso conmueve el mar, vuelve la nave, y plaga las velas de tal modo, que en lugar de retardar el curso, lo hace mas rápido, y le obliga volar al puerto.

La primera, y mayor desgracia fue el pecado del primer hombre, de donde dimanan todos los demás pecados, y desgracias; pero la Encarnacion del Verbo divino ha producido mas bienes à la naturaleza humana, y mas gloria à Dios, que males ha causado el pecado. Este mal fue resarcido con tantas ventajas, que si el demonio hubiera podido conocer la excelencia del remedio, jamás hubiera tentado nuestros primeros padres; no hubiera la Serpiente infernal hecho à la naturaleza humana una tal llaga, si hubiese conocido el balsamo divino que habia Dios de aplicarla. De aqui es, que la Iglesia no hace escrúpulo de cantar las bellas palabras de un santo Padre, hablando del pecado de Adán: ¡Felíz culpa, que mereció tal Redentor! *Felix culpa, quæ talem meruit habere Redemptorem!*

El mayor pecado que pueda jamás cometerse fue el de los Judios, que dieron la muerte à Jesu-Christo; y con todo, la muerte de Jesu-Christo ha destruido el infierno, echado à tierra los templos de los ídolos, ha perdonado los pecados, y salvado al mundo. ¿Qué cosa mas horrible que la obstinacion de los Judios? Y con toda esta obstinacion, segun San Pablo, fue la salud de los Gentiles. ¿Se vió jamás cosa mas bárbara, que la muerte de los niños inocentes, que mandó executar Herodes? Esta barbarie hizo entrar en el Cielo millares de Angeles: ¡Qué crueldad la de los tyranos para con los Christianos! Ella ha hecho millones de Mártyres, ha fortalecido la Iglesia; la ha establecido, y ha asentado mas sus fundamentos. De esta manera la ceguedad de un pueblo sirve para la conversion de otro; y los pecados de unos sirven para la santificacion de los otros.

Aunque hagamos resistencia à vuestra voluntad, ò Dios mio, no por eso deja ella de cumplirse: y esta resistencia, que nos lleva à la perdicion, solo porque lo queremos, no impide, ni retarda la execucion de quanto habeis determinado en el consejo de vuestra sabiduría. A la manera que un torrente, que furiosamente se precipita de la cumbre de un monte en plácido rio, perece primero que detenga su carrera; pero solo sirve para hacerlo mas caudaloso, y magestuoso; asi el pecado, y la malicia de los hombres, que se esfuerzan à poner obstáculo à los consejos de vuestra providencia, os sirven de medios, ò Dios mio, para executarlos. No habeis hecho ninguna cosa casualmente: y ninguna de vuestras obras es inútil; y asi como no habiendo vos hecho casualmente los hombres libres, no les impedís el cometer mal, asi sus mismos pecados no son inútiles.

SEGUNDA REFLEXION.

¡QUán limitado es nuestro entendimiento! quán cortas son nuestras luces! no se pueden estender nuestros pensamientos, sino à un cierto límite. Para juzgar bien de las cosas, seria necesario verlas, y conocerlas de todos modos; pero no las conocemos sino de un modo. Quisieramos que algunas cosas fuesen de tal manera que nos parece mejor; pero no vemos el mal que podia resultar de ello, si se cumpliesen nuestros deseos; llevamos los males con impaciencia, porque no vemos el provecho que podemos sacar, y que saca Dios por nuestro bien, y alguna vez para nuestra satisfaccion en esta vida. De aqui proceden nuestros sentimientos de lo pasado, los temores, è inquietudes en lo por venir; la inconstancia, è inquietud de ánimo, las quales cosas solo sirven de turbar nuestra quietud.

¿Quántas veces sucede que se afligen muchos por no haber obtenido lo que reputaban un gran bien? Quántas veces

ces probamos afliccion y amargura en lo que esperabamos encontrar placer ? Quántas veces lo que juzgabamos que nos habria de causar afliccion, fue causa de nuestro consuelo? Somos casi todos como los hijos del Zebedéo, no sabemos lo que nos deseamos. Para juzgar bien de lo presente, sería necesario conocer lo por venir: y así como solo Dios lo conoce, así él solo sabe lo que será mejor, y mas ventajoso al bien general del universo, y al particular de cada uno.

¡ Quán estravagantes son los hombres ! No hay ninguno que no busque la felicidad, y quietud de su vida; pero son pocos los que dán con el medio, y es el querer lo que Dios quiere, y no querer otro. Apenas hay alguno que se contente con su estado; lo que éste aprueba, condena el otro; lo que unos buscan con ansia, otros lo menospreciam; cada uno tiene sus idéas, y juzga lícito el juzgar, y decir mal de lo que no concuerda con ellas. Un hombre simple, sentado al fuego, habla à diestro, y siniestro del gobierno de la Iglesia, y del Estado; se calienta los sesos en forjar nuevo systema; segun su modo de hablar son ignorantes los Ministros; y si él estuviese en su lugar, ¡ qué bella mudanza se veria ! en todo encuentra abusos, y se imagina tener remedios para todos males. ¿ Amigos, para qué os cansais en lo que no os importa ? Dejemos hacer à los que Dios puso en el gobierno. Los consejos de los Reyes, como los de la providencia, están llenos de secretos que ignoramos; el Estado tiene sus mysterios como la Religion; tan gran locura es el querer penetrar los unos como los otros: y mucho mayor querer que los superiores se acomoden à nuestras idéas, y el creer que son menos inteligentes que nosotros.

¿ Pero adónde vamos à parar con los razonamientos, las inquietudes, las aflicciones que nos formamos ? ¡ O qué mal invierno ! Tendrémos enfermedades à la Primavera; se dice que tendrémos guerra; si se ha de hacer esto, no se habia de hacer aquello, y otros mil proyectos que formamos. ¡ Santo Dios ! quántas inquietudes inútiles ! ¿ Serán acaso mas tardos, ò prontos los designios de la providencia ? No atendais sino á cumplir la voluntad, y querer de Dios, ò no os dé cuidado lo demás

Aquel

Aquel no cumple con su obligacion; éste descuida de sus negocios, y empleo: unos crian mal à sus hijos; otros les dán pésima educacion; éste destruye su casa con gastos superfluos, y vanos; el otro se dejará ahorcar por un escudo; ¿ pero qué os importa esto en que empleais vuestros discursos ? Dejad ir à los hombres por su camino; Dios lo permite, y sufre, y en esto tiene justisimos motivos. Lo que os parece un desatino, es un acierto; se puede servir Dios del mal que vosotros veis, para sacar el bien que ignorais. En suma, despues de bien ponderado todo lo dicho, el partido mas provechoso, y util, es el cumplir cada uno con las máxîmas del Evangelio, las obligaciones de su estado, en que à cada qual ha puesto la divina providencia, y en lo demás querer, y hacer lo que Dios quiere, y del modo que lo quiere.

Gran Dios, Fuente inexâusta de sabiduría, que habeis dispuesto todas las cosas con peso, y medida; que llevais todas desde el principio al fin con suavidad, con poder, y fuerza; que obrais infaliblemente lo que habeis determinado desde la eternidad, sin que los errores, la malicia, la contradiccion de los hombres puedan mudar la mas pequeña determinacion de vuestra providencia; Sabiduría admirable, é incomprehensible, que os servis de los mayores males para sacar los mayores bienes, alumbrad nuestras almas, para que conociendo la cortedad de nuestras luces, adorémos lo profundo de vuestros juicios, sumisos, y rendidos ciegamente à la suprema, y eterna voluntad que nos gobierna, para que pongamos nuestra atencion en hacer lo que os agrada, para perfeccionarlo con vuestra gracia, para llegar finalmente à la vida eterna, en donde verémos la luz en su mismo asiento, y en donde conocerémos la verdad en la fuente de toda verdad. A si sea.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON

PARA EL QUINTO DOMINGO despues de Pasqua.

SOBRE LA CONFIANZA EN DIOS.

Pater amat vos.

El Padre os ama. *San Juan cap.* 16. ℣. 27.

¡QUán dulces son estas palabras, y qué llenas de consuelo! Sois admirable, boca divina, que las proferisteis. Os confieso, amados Parroquianos mios, que no puedo leerlas sin llenarme de ternura; pues no solo se dirigieron à aquellos bienaventurados que las oyeron, sino que tambien las dixo por nosotros Jesu-Christo, igualmente que à sus discípulos: el Padre os ama. Deciamos el Domingo pasado, que para vivir en paz, es preciso querer lo que Dios quiere; porque todo lo que sucede, sucede, ò porque Dios lo manda, ò porque juzga à proposito el no impedirlo. Es Sabiduría infinita, y nada permite sin justo motivo; es infinito su poder, y del mismo mal saca el bien, haciendo servir nuestros pecados à la perfeccion de sus designios, à su gloria, y santificacion de los hombres, que es el fin, y blanco de todas las obras de la providencia. De hecho nada hay en el mundo que no pueda, ò no deba servir al bien de quien quiere ser santo; y asi como la perfecta voluntad en el querer del Omnipotente se funda en haber hecho bien lo que ha hecho, asi nuestra confianza en él se funda en haber hecho todas las cosas por nuestro amor. De esta confianza quiero hoy

hoy hablaros para infundirosla, y poneros à la vista tres verdades llenas de júbilo, y consuelo. La primera, que Dios nos ama: La segunda, no nos pierde de vista ni un momento: La tercera, que conoce mejor que nosotros lo que es útil, ò dañoso al bien de nuestras almas.

PRIMERA REFLEXION.

EN primer lugar Dios nos ama. ¿Es posible que jamás pensemos en este amor, por mas que nos hablen todas las cosas, y por mas que nos lo anuncien todas las criaturas? Si el Cielo, y la tierra publicando la magnificencia de vuestra obra, y gloria, publican tambien, ò Señor, el amor que nos teneis, los dias, y noches se suceeden sin interrupcion seis mil años há, para decir à los hombres que los amais: el dia lo anuncia al que le sucede, la noche lo dice à la noche que la sigue; y asi el uno como otro son nuevos beneficios de vuestro paternal amor, y pruebas reiteradas de él mismo.

¡Pero qué amor, Dios mio! amor que atiende à todo, y todo proveé, y que se dá à si mismo! amor que no se enfria à vista de nuestra indiferencia: no se cansa à vista de nuestra ingratitud, y no se acaba de disgustar por nuestros pecado. ¡Pero qué digo por nuestros pecados! antes bien parece que dán nueva fuerza à este amor. Sí, ò buen Jesus, quando se desvia un pecador, entonces gritais con mayor ternura, para llamarlo, quando él ofende vuestro corazon, aquel divino corazon que todo es amor, se lo ofreceis, pidiendole en trueque el suyo.

Quanto mas enorme es un pecado, tanto mas agudos son los remordimientos de la conciencia; y no siendo estos otra cosa que la voz de Dios, el qual se hace oir en lo interior del corazon, quanto mas enorme es un pecado, tanto mas este buen Padre levanta la voz para llamarnos à los principios de aquella ley eterna, que ha impreso en el alma de todos los hombres. Pero las dulzuras interiores, los secretos consuelos, la uncion de la gracia, el gozo del Espíritu Santo, la devocion sensible, y si es lícito que asi lo diga, las tiernas caricias de Jesu-Christo, ¿à quién se hacen con profusion? A los pecadores convertidos.

Ya

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ya sabeis las semejanzas que usó Dios para darnos á conocer su amor, y las riquezas de su misericordia: ahora es un Padre que encuentra un hijo, que juzgaba perdido: ved aquí á mi hijo, este es, se le echa al cuello, manda darle el mejor vestido, y se le prepare un espléndido banquete. Hijo mio, yo te juzgaba ya perdido; pero ya que te he encontrado, moriré contento. Otras veces es un Pastor que abandona su rebaño para ir en busca de la oveja perdida, y despues de encontrada, se la carga á las espaldas, y la lleva al redil. Ahora se hace esposo, que solo es un alma, y corazon con su querida esposa. Llena está la sagrada Escritura de semejantes comparaciones, y jamás acabariamos, si quisiesemos decirlas todas.

Pero no os basta, ò Dios mio, el habernos dado pruebas de vuestro amor con inumerables beneficios: quasi temiais que pudiesemos dudar; nos decis, y volveis á decir mil veces que nos amais de mil modos tiernos, è insinuantes.

¿ Encontraréis acaso entre los hombres una amistad semejante á tan grande amor? Se reduce la amistad á buenas palabras, y promesas, y si se llega á la prueba, no hay mas amigos; hay alguno sincero, pero se necesita alcance para conservarlo. La freqüencia de servicios hace perder el credito, cansa la amistad, y molesta á los protectores; pero demos que se encuentren amigos dificiles de cansarse, no tienen en su mano todas las cosas, y con todo hay hombres en quienes ponemos nuestra confianza. Decid ahora, amados Parroquianos mios, ¿ quál debe ser nuestra confianza en aquel Dios, que todo lo puede, que jamás se cansa de hacernos bien, que no puede olvidarse de nosotros, ni perdernos un instante de vista?

SEGUNDA REFLEXION.

OId al mismo como habla por boca de sus Prophetas: Yo soy tu padre, y tú eres mi hijo, no temas que yo me olvide de tí. ¿ Puede olvidarse una madre del fruto de sus entrañas? Aunque ésta, pues, se olvide, yo no me olvidaré de tí. (Isa. 49. 15.) Todos tus pensamientos, y deseos, y movimientos de tu corazon me son presentes, te llevo impreso en mi mano para tenerte siempre presente. ¿ Qué cosa mas propria podemos oir para

para disipar nuestros temores, para calmar nuestras pasiones, y deseos de ánimo, y para infundir el gozo en nuestras almas? A donde quiera que yo vaya, qualquiera que sea la disposicion del alma, ò cuerpo en que me encuentre, siempre está Dios conmigo, me guarda noche, y dia, está presente á mis obras, me acompaña en los viages, me lleva por la mano, cuenta mis pasos; si tropiezo, me detiene; si caygo, me levanta. Desde el instante de mi concepcion puso en mí sus divinos ojos, y está atento á mis necesidades, como si yo solo estuviese en el mundo; á qualquiera hora que yo quiera hablarle de dia, ò noche, me oye, y estoy seguro que mi peticion será satisfecha, si es cosa que es útil á mi alma. ¡ O amigo incomparable, que todo lo puedes, y que jamás nos abandonarás!

¡ Quántas ceremonias! qué mysterios para llegar uno á la presencia de un Grande del mundo! se necesita presentarse muchas veces á la antesala, y esperar largos ratos antes de tener audiencia, en que se nos oye friamente, y acabada ya, no se acuerda mas el Señor de lo que hemos dicho. ¡ Quántos viages, freqüencia, y perseverancia para obtener alguna cosa de aquellos mismos que juzgais vuestros protectores, y en quienes confiais! pero no es asi con vos, ò Dios mio, no necesito salir de casa para encontraros, en todas partes os encuentro, y de nadie necesito para que me oygais; no tengo miedo de cansaros, ni de ser importuno; temo menos aunque sea imposible mi peticion, porque soys omnipotente.

Todas las veces que algun amigo de Dios ha estado expuesto á algun peligro, ó ha emprendido alguna cosa extraordinaria por su orden, ¿ qué le dixo Dios para asegurarlo, para consolarlo, y darle ánimo? no otro fino: Yo estoy, contigo, Abrahán, no te turbes, haz lo que yo ordeno, y no temas, porque estoy contigo. Moysés, ponte á la frente de mi Pueblo, y como Caudillo, líbrate de la esclavitud, sál de Egypto, humilla á Faraón, pasa el mar rojo, y no temas, que yo estoy contigo.

Discípulos mios, yo os lo digo, estaréis como otros tantos corderos en medio de lobos: con todo, id, y corred por el mundo, publicad mi Evangelio, y no temais, que yo estoy

toy con vosotros: No, Señor, exclama el santo Rey David, aunque hubiese de pelear yo solo contra un exército, aunque hubiese de caminar por las tinieblas mas obscuras, y sombras de la muerte, no temería, porque vos estais conmigo.

Esto es lo que animaba à los Mártyres, lo que los hacia intrépidos, y les daba aquella fortaleza que causa maravilla. Los tizones encendidos, sobre los quales descansaba San Lorenzo, eran como lecho de rosas, porque vos estabais en su compañia.

TERCERA REFLEXION.

¿ACaso no está el mismo Dios con nosotros? Por quẽ, pues, tantas inquietudes que nos turban, tantos cuidados que nos roen, tantos afanes que nos devóran? Por qué tanto miedo en los peligros, tanta flaqueza en las tentaciones, y tan poca paciencia en las aflicciones? Esto sucede, porque en lugar de tener los ojos puestos en él, asi como él los tiene puestos sobre nosotros, no atendemos sino à las criaturas, de las quales se sirve, ò para provocarnos, ò para castigarnos; recibimos los bienes con ingratitud, y los males sin resignacion, porque no atendemos à la mano omnipotente de donde proceden asi los unos como los otros.

Deseamos lo que nos agrada, ardientemente lo buscamos, y lo esperamos con impaciencia; huimos lo que nos desagrada, ò humilla, lo detestamos, y hacemos lo posible para apartarlo; queremos ser nosotros mismos árbitros de nuestra suerte, y no queremos persuadirnos, que ordinariamente deseamos lo que no nos conviene, y huímos lo que nos sería útil.

Solo Dios sabe lo que nos conviene, y lo que no, dejadlo pues hacer, y confiad en él; si sois pobre, tal vez será disposicion de la providencia, que sabe seros necesaria la pobreza, pues si fuerais rico, os perdierais; esperais mucho tiempo à lograr un puesto que no podeis conseguir, Dios es el que no lo permite, por sus fines altísimos: antes estabais bien, una desgracia os ha arruinado, sería tal vez necesaria para vuestro bien, ò de vuestros hijos; una enfermedad, una muerte, una

una pérdida os consternan, no podeis consolaros: pobre hombre, si supierais los fines de la providencia, y el bien que redunda en vuestra alma, presto os consolariais.

Llora un muchacho porque le quita la madre un cuchillo de las manos, con el qual prevee que se pueda dañar; otro no cabe de alegria, quando se le da una bagatéla, ò brillante, ò sonora: veis à otro que pone toda la atencion, de que aun no es enteramente capáz à hacer un castillo de naypes, ò casas de barro. Somos tambien nosotros muchachos, corremos en busca de las miserias, juzgamos del bien, y del mal, como el ciego de los colores. De aqui sucede que se alegra el que deberia entristecerse, y se entristece el que deberia alegrarse.

Nuestra sola ocupacion son las riquezas de este mundo, y no hacemos caso de las riquezas de la gracia; somos sensibles à qualquiera desgracia, y no conocemos el provecho que podemos sacar; corremos, como insensatos, tras aquellas cosas que incitan nuestros gustos, y pasiones, y no hacemos reflexion quanto daño causaria à nuestras almas lo que ardientemente deseamos.

Yá, pues, que somos de tal naturaleza, dejemonos llevar como niños dóciles de este Padre infinitamente bueno, y que nos ama como à las niñas de sus ojos, que vela continuamente sobre nosotros, y no permite, ni ordena cosa alguna, la qual no pueda servir à la santificacion de nuestra alma. Sea, pues, nuestro unico cuidado el observar fielmente sus santos Mandamientos, y dejemos todo lo demás en sus manos, con la confianza que merece el infinito poder, sabiduria, y amor de un tan gran Padre.

Concededme, pues, ò gran Dios, esta confianza que os pido, llenandome de vuestro amor: preciosa confianza, que disipe en mí los temores, alivie las inquietudes, destruya mis deseos, calme mis pasiones, è infunda en mi alma aquella paz, sin la qual no hay perfecta dicha en la tierra. Haced, Señor, que no se aparten mis ojos de los vuestros, y avivad en mí la memoria de vuestra presencia, para que este pensamiento me anime, me dé vigor, me consuele en mis aflicciones, me llene de tanta confianza en vos, que nada pueda amedrantarme en este mundo.

Amados oyentes mios, poned toda vuestra esperanza en Dios: yo no sé medio mejor para que vivais con felicidad en el mundo, y para conseguir la eterna bienaventuranza que os deseo. Asi sea.

SERMON

PARA EL DOMINGO ANTES de Pentecostés.

SOBRE EL POCO FRUTO QUE SE SACA de la palabra de Dios.

Hæc locutus sum vobis: ut cùm venerit hora, reminiscamini quia ego dixi vobis.

Os he dicho estas cosas para que os acordeis, à su tiempo, que yo he sido el que os las he dicho. *San Juan cap. 16. ℣. 4.*

EL mayor, antes bien el solo consuelo de un Párroco en el trabajoso exercicio de su ministerio, es ver que aprovechan, y adelantan en virtud sus Feligreses à medida de las instrucciones que les dá. Si nuestros oyentes se acordáran de las que les damos desde este púltito, si el Evangelio que les predicamos fuese la regla, y norma de sus vidas, nuestra alegria seria perfecta, y nada mas desearíamos en este mundo.

Pero despues que predicamos, y bajamos del púlpito, se olvidan las cosas dichas: somos oidos; pero se vé el mismo método de vida, como si lo que se predica fueran gustosas no-

novelas. Esta reflexion hice despues que leí el texto arriba dicho: triste reflexion, sobre la qual quiero hablaros, aunque con sentimiento de mi corazon: haga Dios que ésta, à lo menos, os mueva, y que no sea inutil como las otras.

La mayor parte de los Párrocos, aun aquellos que se distinguen entre los demás, por talento, y celo, despues de gobernar muchos años su Parroquia, dejan en su muerte casi los mismos vicios que encontraron en su ingreso. Quien les preguntáse: ¿Mucho tiempo há, Señor, que gobernais esta Parroquia, y que atendeis con celo à la santificacion de sus miembros? Contínuos sermones con el método mas claro, y fácil de las verdades de nuestra santa fé, exôrtaciones, y amenazas à los pecadores. ¿Habeis tenido finalmente el consuelo de ver à vuestros subditos reducidos à una santa vida? La palabra de Dios, expuesta con sencilléz, y energía, ha hecho algun fruto, ha desarraygado el vicio, y desterrado el escándalo?

¡Ojalá pudiesse yo (pareceme que diga uno por todos) ojalá pudiese yo jactarme de tanto! ò bien, para que estoy obligado à hacer à la mayor parte de mis Parroquianos, y darles aquellas quejas, dadas antes del Señor à su Pueblo, por boca de un Propheta! No he cesado de estender mis manos, y levantar la voz en medio del Pueblo, que siempre se ha opuesto à mis palabras, y contradecido à mis acciones; encontré à mi arrivo borrachos, impúros, avaros, usureros, envidiosos, vengativos: no he callado, ni he cesado de reprehenderles; usé de la dulzura, de la exôrtacion, de las amenazas, severidad, súplicas, y lágrimas, y cumpliendo con vuestras ordenes, ò Dios mio, he anunciado al Pueblo sus prevaricaciones, y vuestra venganza.

Pero vuestra divina palabra ha obrado en su memoria, y corazones como la figura impresa en la arena, que al primer soplo de viento se desvanece, ò como los sulcos de una nave que corre por el mar, de los quales, apenas pasada, ninguna señal queda. Los Propheras han hablado en vano, y los que los oyeron, no hicieron mas, ni menos, como si no les hubieran oido.

Mientras levantamos las manos para ofreceros, ò Dios mio, el tremendo sacrificio para anunciar vuestro Evangelio, y

Universidad de Deusto
Biblioteca

publicar vuestra gloria en dias de solemnidad, estais rodeado de numeroso pueblo. La vista de tanta muchedumbre nos llena de gozo; pero quando hago reflexion, que al salir del templo no se acordará la mayor parte, ni de lo que han visto, ni de lo han oido, mi gozo luego se muda en tristeza, y mi corazon queda afligido: *Multiplicasti gentem non magnificasti lætitiam.*

Hijos mios, os hago justicia: ¿Habeis oido con atencion las instrucciones que os ha dado el Párroco sobre la necesidad de huir las ocasiones del pecado, principalmente aquel pecado vergonzoso, al qual estais sujeto tiempo há? Habeis oido la fuerza de las razones para reduciros à bien vivir? Habeis conocido que decia verdad? Pero para qué la ha declarado, y vosotros oido, sino para que en las ocasiones la pongais en práctica? Nada de esto se vé, antes bien en tiempo de las mismas instrucciones, buscais con los ojos à la persona que os ha sido ocasion de pecar; haceis lo posible para llegaros à ella, y le decís à la oreja: Hoy se hace bayle en tal casa, yo iré; no dejes de venir tambien: y mañana iré à buscaros para ir al paseo. Asi hablais, hijos mios, mientras aun resuena en vuestros oidos la palabra del Espíritu Santo: *Quien ama el peligro, perecerá en él.* ¿No es esto pisar el Evangelio que poco antes se os ha anunciado? No es esto burlarse de Dios, y de sus Ministros?

¿Pero no haceis befa abiertamente, quando apenas acabado un Sermon contra la embriaguéz, os vais de la Iglesia à la taberna, en donde pasais incesantemente la mayor parte del dia, y de la noche? Quando concluida la instruccion contra la murmuracion, os vais de la Iglesia à la casa donde à ninguno se perdona? Quando despues que se os ha intimado de parte de Jesu-Christo, que no hay perdon para quien no perdona de corazon, negais el habla à vuestro enemigo? Quando despues de oir un Sermon sobre el santificar las fiestas, y de asistir à las funciones de la Parroquia, huís, acabada la Misa, para daros al divertimiento, y tal vez à la disolucion? Finalmente, despues que os hemos enseñado la mansedumbre, paz, y paciencia, vueltos à vuestras casas, gritais, blasfemais, tratais furiosamente à vuestra muger, hijos, y criados: ¿no es esto reirse de Dios, de su palabra divina, y de vuestros Párrocos?

El

El traydor de Judas tenia aun en la boca el cuerpo de Jesu-Christo, tenia aun teñidos los labios con su preciosa sangre, quando salió del Cenáculo para ir à vender à su Maestro, y entregarlo en manos de los Judios. Asimismo vosotros, resonando aun en vuestros oidos la palabra de Dios, cuyo precio es su sangre, haceis abuso de ella, obrando al revés de lo que enseña; seria mucho mejor el que jamás la hubieseis oido.

Jesu-Christo hablando de los obstinados Judios, no menos que de los demonios, decia: *Si yo no hubiese venido, ni hablado à este pueblo, no seria culpable; pero he venido, he hablado, me he dejado oir, no tienen mas escusa.* Lo mismo decimos nosotros: si no tuvierais Curas que os instruyesen, que os exôrtasen, y os reprehendiesen, seriais dignos de escusa; pero siendo siempre instruidos, vivís como si no lo estuvierais; y siendo siempre exôrtados; vivis viciosos, è incorregibles; ¿no os formais acaso vuestra dureza, y obstinacion? Vosotros mismos la obrais; pues en lugar de dispertaros las palabras, y de mejoraros, os endurecen mas, y arraigan en el mal, puesto que despues que la oís, haceis todo lo contrario de quanto os enseñan.

Despues que Moysés baxó del monte, llevando las Tablas en la mano sobre las quales habia el mismo Dios escrito la Ley que habia de dár al pueblo, encontró à éste que danzaba à vista de un novillo de oro que habia fabricado el mismo pueblo para adorarlo en lugar del verdadero Dios. Horrorizado el santo hombre, y lleno de cólera à vista de un pecado tan abominable, tiró en tierra las Tablas de la Ley, y las hizo pedazos. Habemos recibido de Jesu-Christo, y nos ha encargado él mismo eldaros, y exponeros los mismos Mandamientos que dió à Moysés: y si despues de haberoslos declarado, os seguimos á vuestras casas, è indigamos vuestros pasos, y acciones, verémos à un pueblo que danza à la presencia de su idolo, que cada uno se ha escogido: el dinero es el dios de unos; de otros el vientre, y la lascivia; unos sacrifican su alma al demonio de la venganza; otros sacrifican à su maldita lengua el honor, y reputacion del proximo: y en vez de vér reynar à Jesu-Christo, y su Evangelio, triunfan

la

las pasiones, y el espíritu del mundo, ya no nos queda, pues, otro que hacer sino romper las tablas de la ley, como lo hizo Moysés. ¿Quemarémos el Evangelio en lugar de anunciaroslo? Y en lugar de explicaros la ley de Dios, harémos pedazos los sagrados libros donde está contenida?

Amados hijos mios, vosotros que sois el único objeto de mis cuidados, de mi solicitud, de mis penas, y consuelos; vosotros, de quienes depende la dulzura de mi vida, ¿es posible que me obligueis á deciros cosas tan duras? Ah! qué sentimiento no tengo en usar de tales expresiones! quán feliz sería yo si no tubiese ocasion de reprehenderos, antes bien de alabaros. Perdonadme, amados hijos mios, esta dura necesidad: perdonadla tambien al deseo que tengo de vuestro proprio bien, y de que os aprovechéis de la palabra de Dios, la que años hace que oís, y tal vez la oís para vuestra reprobacion.

Si lo que os predicamos lo hubiesemos forjado en nuestros sesos, no tendriais obligacion de oirlo, ni de practicarlo; ¿pero no nos veis acaso subir á este lugar con el Evangelio en la mano? No veis que todos nuestros Sermones solo son explicacion de quanto habeis podido leer en este libro divino, ó en los que se componen para instruccion de los fieles? Sabeis muy bien que yo nada digo en nombre mio, sino en nombre de Jesu-Christo; sabeis que la doctrina que os enseño no es mia, sino del mismo Jesu-Christo: ¿quán preciosa, pues, la debeis reputar? Con qué cuidado la debeis oir, y conservar en vuestros corazones, para que la pongais en práctica luego que se os presente alguna ocasion?

Quando se publica en una Ciudad alguna Pragmática Real, ó algun arresto de algun Tribunal, encargado de poner en execucion, y hacer cumplir las leyes en nombre del Rey, ninguno se contenta de oir la publicacion, ó de leer los edictos, antes bien todos procuran ponerlas por obra. No importa el saber si el que las publica las cumple, ó no; si es digno, ó indigno de publicarlas: nada nos cuidamos de esto, porque no nos toca; solo atendemos á cumplir la ley, y regularnos sobre ella, quando llega el caso, el qual llegado,

do, damos pruebas de obediencia, y profundo respeto, debido á su inviolable voluntad. ¡Cosa estraña, amados hermanos mios! Nosotros cuidamos mas de cumplir con las leyes de los hombres que con las de Dios! cosa estraña, que siempre en qualquier caso nos acordamos de las leyes de los hombres, y nos olvidamos de las de Dios, principalmente quando debemos ponerlas por obra.

Si la verdad que predicamos fuese superior á vuestra capacidad; si fuera dificil de retenerla en la memoria; si no tuviese relacion con vuestras obras, y costumbres, entenderia el por qué no os acordáis de quanto os predicamos; pero en todas nuestras instrucciones apenas hay palabra que no tenga correlacion á vuestras acciones; no haceis cosa ninguna, á la qual no podais aplicar las verdades que os explican los Párrocos, y que no os puedan traer á la memoria lo que habeis oido.

Ahora trabaje, ó descanse; ahora beba, ó coma; ahora hable, ó calle, ó que compre, ó venda; ahora esté ocupado en negocios domésticos, ó en conversacion; en mi modo de vivir con los amigos, con los enemigos, parientes, estraños, en todas cosas, con qualquiera persona, no sé, ni digo cosa, sobre la qual no me hayan instruido los Párrocos. Las acciones mas comunes de mi vida debrian acordarme la ley de Dios, pues no hay instante de la vida en que no pueda, y deba traerme á la memoria su palabra: *Hæc locutus sum vobis, ut quum venerit hora, reminiscamini, quia ego dixi vobis.*

¡Pero no se oye asi, ó Dios mio! Vienen á vuestra casa, hacen oracion, leen buenos libros, oyen las instrucciones; pero acabadas éstas, el impúro corre tras la impureza; el bebedor vuela á la taberna; la muger á la parleria; el avaro á su thesoro; el usurero á la rapiña; el vengativo á poner asechanzas á su enemigo: cada uno sigue el camino de su desvío, sin dar oidos á vuestras voces, ó Salvador nuestro, como si fuesen sordos.

Hijo mio, oyeme por tu vida: El que no santifica la fiesta, peca mortalmente, y estás en un error si pienses que basta el oir Misa para santificarla: asi hablamos, vosotros lo

ois;

ois; pero decidís despues como Theólogos, que oída la Misa, con tal que no pequeis, no teneis otra obligacion. Así lo pensais, y decis; pero como no es tal vuestra piedad que os incite à hacer algo mas de la absoluta obligacion, no quereis tomaros la pena de practicar lo que practicamos, porque creeis, que el Predicador exâgera, y que no estais obligados à hacer todo lo que dice. Exâminaos bien en este particular, y veréis que este es el motivo, por el qual se hacen inútiles nuestras instrucciones à la mayor parte de aquellos que las oyen.

El Predicador cumple con su obligacion, hablandoos como os habla: y advertid que esta su obligacion es el decir la verdad. Quando le ois gritar con el Apostol, que no hay paraíso para los avâros, para los bebedores, impuros, murmuradores, y vengativos, hace su deber; esto es, dice la verdad: es, pues, verdad cierta, que no hay Paraíso para tí, si eres avâro, murmurador, vengativo, è impuro, y no mudas de vida. Quando grita contra el escándalo que dais al Pueblo, hace su deber; esto es, dice la verdad: es, pues, cierto, que si eres escandaloso, eres la peste pública, è instrumento del demonio para arruinar, y echar à perder à otros. Pronunciais sentencia de condenacion contra vosotros mismos quando decis que los Predicadores hacen su deber, predicando la verdad. Si decimos, pues, ser mala una cosa que no lo es; si lo que llamamos pecados infames, son ligeras faltas; si lo que decimos ser obligacion, no lo es en sí, no dirémos la verdad, seréis, pues, vosotros insensatos, diciendo que hacemos nuestro deber, si no quereis cumplir, ni practicar las verdades que os enseñamos.

En suma, ¿creeis sinceramente que no habeis de dar cuenta à Dios de todas las instrucciones que habeis oido, ò bien por boca de vuestros Párrocos, ò bien las que habeis leido en libros devotos? Estais bastantemente persuadidos que no castigará Dios el poco caso que habeis hecho de ellas? Podeis oir, ó leer sin temblar aquellas palabras del Espiritu Santo en el Eclesiástico: *No habeis hecho caso*, dice el Señor, *de los avisos que os he dado; no habeis tenido cuidado de cumplirlos; habeis menospreciado mis exortaciones; habeis hecho burla de mis reprehensiones*: quando vendrá la hora de la muerte, que ahora os causa horror, os dejaré gritar, me reiré de vosotros, y me vengaré del desprecio que ahora haceis de mi palabra. ¡Terrible amenaza! Prevengamos con tiempo los efectos, hijos mios, oyendo la palabra, y voces de Dios con respeto, y con la atencion que se merece; aun tambien con intencion de aprovecharnos de ellas, y con sincera voluntad de ponerlas por obra quando llegue la ocasion; de modo, que sea la palabra de Dios como una preciosa leche que la alimente, y la haga crecer en gracia. Pase ella de los oidos al corazon, como el alimento de la boca al estómago; de modo, que así como éste digiere el alimento, y lo muda en substancia, que alimenta, y fortifica las demás partes del cuerpo, así tambien se difunda del corazon esta palabra de Dios à todas nuestras acciones, para darles aquella rectitud, y bondad que las hacen meritorias delante de Dios, como no lo son quando se apartan de aquella regla invariable, y eterna.

Espíritu omnipotente, cuyos ruidosos prodigios, è inefables operaciones celebrará la Iglesia dentro de ocho dias, imprimid en los corazones de mis oyentes las verdades que les anúncio: haced que no se olviden jamás de ellas; haced que las ilumine vuestra luz, que rija sus pensamientos, que purgue sus deseos, que mortifique sus pasiones, y que mantenga sus voluntades en el camino de la justicia: haced que las santas verdades, de las quales somos indignos Ministros, se les representen de tal manera, que no se aparten de ellas, acordandose que vos mismo las habeis puesto en nuestra boca.

Preparadnos, ò divino Espíritu, para recoger los dones que derramareis sobre vuestros fieles, à fin de que no celebren en vano la fiesta de Pentecostés: infundidnos un deseo ardiente de recibiros, y dadnos fuerza para apartar todos los obstáculos que podrán retardar, ò impedir vuestra venida; purgad las conciencias, y abrid de tal manera los corazones, que puedan recibir, como en terreno árido, y seco, una lluvia abundante de vuestra gracia, que los haga fértiles en buenas obras; haced, que penetrando

el Cielo nuestros deseos puedan probar los frutos de una vida conforme à la palabra que nos mandais anunciar à la ley purísima que convierte las almas, y las conduce à la vida eterna. Así sea.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE PENTECOSTES.

LOS DONES, Y FRUTOS DEL Espíritu Santo.

Paraclitus Spíritus Sanctus docebit vos omnia, & suggeret vobis omnia, quæcumque dixero vobis.

El Espíritu Santo consolador os enseñará todas las cosas, y os declarará todas las cosas que os he dicho. *San Juan cap.* 14. ℣. 26.

EN este dia, amados Parroquianos mios, bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, segun la promesa del Salvador: fueron ilustrados de aquella maravillosa luz, que los mismos Apóstoles esparcieron despues por el universo; fueron tan revestidos de aquella fuerza, y ánimo tan sobrenatural, que afrentó al poder del infierno, y sujetó las naciones al yugo adorable del Evangelio; fueron en suma tan encendidos en aquel sagrado fuego, que Jesu-Christo trajo à la tierra, para que con el soplo de su divino Espíritu se encendiese en los corazones de los fieles.

Y la Iglesia, que entonces se acababa de formar, en este mismo dia, cerrada en el Cenáculo, como un niño en la cuna, fue

fue animada de aquel divino soplo, que jamás la ha abandonado, y que ella misma comunica à los hombres, que entrando en su gremio, se hacen miembros de Jesu-Christo. Este divino Espíritu nos dá las primicias de la gracia en el santo Bautismo; nos la aumenta en la Confirmacion; renueva nuestro corazon con la Penitencia, y se nos comunica, bajo diversas señales, en todos los Sacramentos. El mismo enriquece nuestras almas de aquellos thesoros espirituales, de los quales es fuente inexâusta.

Bienaventurado aquel à quien anima este divino Espíritu; ¡y ay de aquel que de él está privado! O Espíritu de ciencia, y sabiduría, Espíritu de fortaleza, Espíritu de dulzura, y de consuelo! ilustrad mi entendimiento, inflamad mi corazon, purificad mis labios, ponedme en mi boca palabras llenas de fuego, las quales unidas à vuestra uncion interior, haciendo conocer à mis feligreses los efectos maravillosos que producis en aquellas almas, en quienes entrais, inspiren en los mismos un deseo ardiente de que bajeis sobre sus almas.

PRIMERA REFLEXION.

EN el mismo instante que fueron llenos los Apóstoles del Espíritu de ciencia, y sabiduría, hombres rudos, sin letras, sin crianza, sin principios de ciencia alguna; aquellos hombres que no entendían las palabras mas sencillas de Jesu-Christo, que no llegaban à conocer las parábolas que su mismo Maestro les explicaba; estos mismos hombres, en el instante que bajó sobre ellos el Espíritu Santo, se mudan en hombres los mas ilustrados, y sabios entre los demás. Los mysterios mas profundos, las verdades mas sublimes de la Religion, las profecías, las figuras del viejo Testamento, todo se les revela, y declara. Pueden tambien comprehender la inmensidad de un Dios; entienden, y hablan todas lenguas, y habla en boca de ella una sabiduría, que confunde los Doctores de la ley, cierra la boca à los Philósophos, disipa las tinieblas del Paganismo, ilustra las gentes, abre los ojos à todo el mundo, y lo precisa, para decirlo así, à buscar, y reconocer en la Cruz de Christo los thesoros de la verdadera ciencia, y sabiduría.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡O Espíritu de verdad, que habeis traído à la tierra un rayo de aquella eterna luz, de la qual sois vos el principio! Dichoso aquel, que instruído por vos, oye vuestros oráculos! solo vos podeis disipar nuestras dudas, destruir nuestros errores, y derramar en un instante sobre los mysterios de la Fé, y de la naturaleza, mas luz de la que podemos adquirir con un largo estúdio, y con trabajosa investigacion. Por vos se disipan las tinieblas, se desvanecen las ilusiones; todo se declara, y revela à una alma christiana, la qual se somete humilmente al yugo de una fé sencilla, la qual es el dón mas precioso de los vuestros, la raiz de todos los demás, la prenda de la vida eterna.

De hecho, amados hermanos mios, quando estamos llenos de este espíritu de discernimiento, y de inteligencia, sabemos distinguir, sin temor de engañarnos, el bien del mal, y la verdad de la mentira. El alma ilustrada de esta luz divina, no se deja engañar, ni cegar de las preocupaciones, ni guiar de las pasiones, ni arrastrar de una mala costumbre. Mirando todas las cosas con los ojos de la fé, y juzgandolas segun sus principios, descubre en Dios un abysmo inmenso de infinitas perfecciones; conoce que es una locura querer comprehender con el pensamiento, lo que infinitamente traspasa, y supera al entendimiento humano; conoce, que no sería divina nuestra Religion, si no tuviese mysterios superiores à toda razon, y que sería el hombre igual à Dios, si no encontráse en él nada de incomprehensible.

Convencido el Christiano de esta verdad, se humilla al pensar en la infinita Magestad de un Dios. Adora las respetables nubes que circuyen al Sol de Justicia, y cubren à nuestra fragil vista el inmenso esplendor que no podria aguantar; se reduce, y contenta con creer lo que Dios ha revelado, sin atreverse à buscar la razon, por qué no ha querido revelarnos mas. De aqui es, que guiados siempre de la luz del Espíritu Santo, bajamos à escudriñar en nuestro corazon el aviso de ceguedad, corrupcion, y miserias, aquel receptáculo de pasiones malas; aquel seminario de todos los vicios; aquella fuente inexáusta de desdichas, que deshonran, humillan, y abaten nuestra infeliz naturaleza: entonces

ces levantamos los ojos à Jesu-Christo, buscamos en su Cruz, y Evangelio un remedio eficáz, y universal, que no se encuentra fuera de él.

Estos son, amados oyentes mios, los Dones del Espíritu Santo, y los primeros pasos que nos hace dár en el camino de la verdadera sabiduría. Conocer à Dios, y conocernos à nosotros mismos; conocer la infinita distancia que hay de él à las criaturas; la suma dependencia de éstas del supremo Sér, sin el qual nada podemos, ni sabemos, antes bien no somos nada: de aqui nacen los sentimientos de humildad, y abnegacion que imprime en el alma el Espíritu Santo. Desconfiar de sí mismo, y confiar en solo Dios; renunciarse à sí mismo, y unirse à Dios, sin querer conocer nada de él, ni de su Religion, sino en Jesu-Christo. ¡O Espíritu de humildad, solo vos podeis imprimir, y echar en nuestra alma este fundamento de todas las virtudes, que hacen tan amables los verdaderos Christianos!

¿Qué cosa hay mas amable que la dulzura, la afabilidad, la bondad, la paciencia, inseparables de la humildad christiana? Dulzura, bondad, caridad, iguales à los buenos, y malos, à los amigos, como à los enemigos, que edifican à todos los hombres, y à todos abrazan en el corazon de Jesu-Christo hecho hombre; dulzura, bondad, y caridad que los Paganos no pudieron dejar de admirar en los primeros siglos, en todos los fieles, en quienes por lo mismo reconocian el dedo de Dios, y una virtud sobrenatural. Comprehendieron bien estos, que la prudencia de la carne, las luces de la razon, y toda la sabiduría humana, no son capaces de penetrar verdades tan sublimes, ni inspirar sentimientos tan elevados, ni llevar una conducta tan maravillosa.

Vosotros, pues, que con tanta pertinacia resistis à este divino Espíritu, cuya divina luz, os circuye, y pretendeis lograr credito, y ser tenidos por Philósophos con tratar à la Religion de Jesu-Christo como los antiguos sabios trataban la ciega superstícion de los Paganos, y pueblos idólatras; siendo asi, que sois tan ciegos, que no conoceis quán ridículos os haga el querer imitar los antiguos Philósophos, en impugnar una Religion que no conocieron los mas sabios, los mas

ilustrados, y mas racionables entre ellos que la abrazaron. Decid, pues; ¿qué descubrimiento habeis hecho en materia de Religion, y Moral, que podamos substituir al Evangelio? Si entre tantos absurdos, y contradicciones que habeis soñado, y que tan francamente habeis esparcido, hay alguna verdad, alguna cosa buena, honesta, y racional, el Espíritu Santo nos lo habia enseñado antes que vosotros. En el mismo instante que cerrasteis los ojos à su luz, vuestro entendimiento desvaria, perdeis la razon, os meteis, y enredáis en un inmenso laberinto; amontonais errores, y mentiras, y os precipitais de abysmo en abysmo. Ahora leamos vuestras obras, ahora os oigamos hablar, no os fijais en systéma alguno; errantes siempre en los caminos obscuros de vuestra fantasia, y arrastrados de vuestras pasiones, os acomodais al talento de aquellos, à quien con tan errada doctrina pretendeis traer à vuestro partido. En un escrito de cien llanas encontramos siempre el pro, y el contra, ; en una conversacion de dos horas oimos diez veces, el *sí*, y el *no*: y asi como el que se interna en las verdades enseñadas por el Espíritu Santo, logra, y obtiene mayores luces; asi por el contrario pasa de tinieblas à otras mas espesas, quien tiene la desgracia de seguir vuestros errores, y la vanidad de vuestros pensamientos.

¡Qué pobre ciencia, Dios mio! despues de infinitos raciocinios, se reduce finalmente à no saber qué cosa sea cierta! qué pobre sabiduria, dudar de todo, hasta desechar verdades confirmadas con el testimonio de diez y ocho siglos! De hecho ha esclarecido su entendimiento el que à fuerza de raciocinar, no sabe mas de à donde venga, donde vaya, y qué cosa ha de ser de él. Es sabio à la verdad, el que à fuerza de suprimir las luces, y remordimientos de la conciencia, se determina à vivir expuesto à todo riesgo, como si nada se hubiese de temer despues de la muerte! ha llegado ciertamente al mas alto grado de sabiduria aquel, que inficionado de vicios, y de la sobervia, ha tomado el empleo de publicar temerariamente, que el Evangelio es una fábula; la Fé de los Cathólicos una locura; que el culto es supersticion; que los Apóstoles fueron unos embusteros; los Mártyres unos fanáticos; que la piedad es una ilusion, y el vicio, como la virtud, son igual-

igualmente falsas preocupaciones; el Infierno un espantajo; el Paraiso un lindo invénto, y la vida eterna una chimera! máximas verdaderamente sabias, descubrimientos dignos del mas raro, y profundo ingenio, y segun las quales, el mayor malvado del mundo, con tal que sepa evitar la justicia humana, nada tiene que temer de la divina; segun las quales, el hombre honesto, y justo, que haya practicado todas las virtudes, si es menospreciado, y perseguido en el mundo, no tiene que esperar otra recompensa en el otro.

¡Esta linda ciencia destruye hasta los principios del sentido comun, y las primeras nociones que Dios nos dá de sí, y de su justicia! Esta admirable sabiduria fundada sobre el *tal vez*, y *puede ser*, no tiene otra mira, sino el producir impios, y malvados, sacudiendo el yugo de la Religion, rompiendo el solo freno que puede contener à los hombres en su deber, y reprimir el furor de las pasiones humanas! Apartad de aqui, espiritus orgullosos, hinchados con el solo viento de embustes que habeis soñado! zabullios en vuestras tinieblas, y no chistels mas. Y vos, ò divino Espíritu, verdadera ciencia, y sabiduria, venid à infundir en nuestras almas una luz pura, que ilustrandolas, las llene de ánimo, y fuerza bastante para poner en práctica las verdades que habeis enseñado, para que podamos vencer, y superar los obstáculos del mundo, demonio, y carne, enemigos del bien de nuestras almas.

SEGUNDA REFLEXION.

JAmás se vió maravilla igual à la mudanza que obró el Espíritu Santo en el corazon de los Apóstoles. Estos hombres temerosos, y amedrentados, se truecan en un instante en prodigios no oidos, de ánimo, y fortaleza. Aquellos mismo discípulos que habian abandonado à su Maestro en el tiempo de su pasion, publican hoy sus milagros, lo confiesan, y predican con tal intrepidéz, que llenan de espanto la Synagoga, menospreciam los mandatos, las amenazas, el castigo, y les echan en la cara à los Judios el haber puesto sus sacrílegas manos, y teñídolas con la sangre del Hijo de Dios.

Aquel

Aquel mismo Pedro, que habia temblado delante una mugercilla, levanta la voz en nombre de los demás, se les hace Caudillo, preside à sus juntas, convierte Judios à millares; pasa de Jerusalén à Antioquía, establece la Cáthedra, la pasa à Roma, predica la Fé en el mismo Palacio del Emperador, convierte sus oficiales, erige la Cruz sobre la ruina de los ídolos, y coloca en el centro de los errores el centro de la verdad, de la qual es el primer Apostol.

Doce hombres escogidos entre el vulgo, sin otra ciencia fuera de la de Jesu-Christo, sin otro libro que la Cruz, sin otros talentos sino la paciencia, sin otras armas sino la virtud del Espíritu Santo, y su palabra puesta en sus bocas, impelidos, y transportados del soplo impetuoso de este omnipotente Espíritu, corren el mundo, destruyen los templos de los falsos Dioses, hacen enmudecer los oráculos, menospreciau los vanos simulacros, estirpan los errores, destruyen la iniquidad, y hacen reynar la caridad, la justicia, y las demás virtudes. Los anima el Espíritu Santo, y dá à sus palabras una fuerza, una dulzura, un atractivo todo divino, que muda los corazones, y renueva la haz de la tierra. ¡Gran Dios, qué admirable fuerza! Combate el mundo, las pasiones, los mismos demonios, y no hay cosa capáz de oponersele, ni resistirle; vence todos los obstáculos, triunfa de todo poder, y de todo el infierno desenfrenado contra el Señor, y contra Jesu-Christo.

¡Qué ánimo, qué fortaleza la de los fieles de los primeros siglos! Apenas han recibido el Espíritu Santo, no les hace caer de ánimo la severidad del Evangelio, no les disgustan los exercicios de penitencia, no les conmueven las tentaciones: el furor de los tyranos, la rabia de los verdugos, la crueldad de los suplicios les aumentan la fortaleza, y acrecientan la constancia.

Entonces las sangre de los Mártyres, que regaba la tierra, dió un testimonio ruidoso à aquel Espíritu de fortaleza, por el qual menospreciaban el horror de todos los suplicios. Reliquias venerables de aquellas inocentes víctimas, y de aquellos cuerpos, que fueron templos del Espíritu Santo, expuestas ahora sobre los altares, juntas al Cordero sin mancha,

cha, imolado por vosotros, y à cuya gloria tambien vosotros fuisteis sacrificados, vosotros, santos Mártyres, que dispertais en nosotros la fé, avivad tambien nuestra piedad: monumentos augustos de aquella invisible fuerza, que infundió en vuestras almas el divino Espíritu, à quien hoy mismo dais tambien testimonio de su verdad, mostrais tambien al mundo todo quanto pueden los hombres quando están animados de este divino Espíritu, con cuya virtud, el mas flaco se hace el mas fuerte, y heroico. Pero ah! que ya habeis pasado dias de triunfo, y de gloria para la Iglesia de Jesu-Christo! Siglos felices, ya habeis pasado, y parece que el Espíritu Santo haya abandonado la tierra.

Mas no, amados oyentes mios, no la ha abandonado, aunque no sean tan freqüentes sus obras por nuestra poca fé, ni tan ruidosas, porque nuestra Religion establecida ya, no tiene necesidad de otros milagros, sino el de ser conservada: y aun con todo esto, no cesa el Espíritu Santo de obrar en nosotros menos maravillas, y éstas solo pueden tener principio en la mudanza de los corazones, y en la conversion de las almas.

Un mundano, esclavo de sus pasiones, haciendo séria reflexion sobre su alma, se resuelve à mudar vida; vá à encerrarse en los Monasterios de las siete Fuentes, al de la Trapa, y Cartuja, y se muda en un hombre nuevo. Los pensamientos, deseos, el corazon, la figura misma, todo se ha mudado de tal manera, que apenas se le conoce por el rostro. No pensaba antes sino en la tierra; ahora ya no piensa sino en el Cielo: antes solo amaba el mundo; ahora solo ama à Jesu-Christo. Los convites, y glotoneria eran antes sus delicias; ahora ayuna todos los dias de su vida: dormia antes sobre blandas plumas; ahora descansa sobre desnuda tierra: pasaba las noches en divertimientos; ahora las dedica al Señor. Sus miradas, conversaciones, y exteriores, repiraban gallardia, vanidad, orgullo; despues de su conversion, todo es gravedad, modestia, recogimiento, piedad, mortificacion, y todas las virtudes christianas. ¡Qué expectáculo tan bello à los ojos de los Angeles, y de los hombres!

¿Pero sin ir à buscar estos Claustros, que son la imagen del

Paraiso, exemplos extraordinarios, encontrarémos en medio del mundo pecadores convertidos, aun en la flor de su edad, que llevan la vida mas exemplar, despues de haber llevado la mas desarreglada? Preguntad à los Párrocos, à los Directores, y Misioneros, no habrá ninguno de estos que no haya visto una de estas mudanzas con sus proprios ojos; que no haya tenido el consuelo de ver reynar la virtud en aquellos corazones, en donde antes dominaba el vicio.

¿Quál es, pues, el principio de tan extraordinaria mudanza, que sucede en el alma del pecador? Cómo ha llegado à ser casto el deshonesto? Aquel sobervio, humilde, y modesto? Cómo admiramos tan paciente, y pacifico al que era antes tan furioso, y bestial? Si él ha hecho por sí mismo esta mudanza; si con solos las fuerzas de la naturaleza ha vencido las malas inclinaciones de la misma, como sucede, que si se renuevan en él estas mismas inclinaciones, y le predominan, al punto, desconfiando de sus proprias fuerzas, no se olvida, ni deja de pedir à Dios la perseverancia, exclamando con el santo Rey David: Señor, no me abandoneis, no me arrojéis de vuestra presencia, y no apartéis de mí vuestro espiritu.

Sucede tal vez, que una pasion oprime à la otra; pero vencerlas todas, mudar la voluntad, sujetar el corazon, y hacerse uno dueño de todos sus movimientos, y afectos, es esto un milagro, que solo podeis obrar vos, Espíritu omnipotente; solo vos, que desde el nacimiento de la Iglesia habeis mudado los lobos en córderos, y los perseguidores en Apóstoles. Válga la verdad: ¿Quién sino vos podrá dár à un hombre flaco el ánimo de abrazar voluntariamente las austeridades de la penitencia; la fuerza, capáz de romper la cadena de malas costumbres; la virtud que pueda vencer lo que hay mas repugnante à la naturaleza, à aquel que no sufria otra ley sino la de sus pasiones desordenadas?

¡Quán maravillosos son vuestros efectos, y quán dulces vuestras impresiones, ò divino Espíritu! El sagrado fuego que enciende nuestras almas, y dandolas un nuevo sér, las hace capaces de sufrir todas las cosas, purga nuestros corazones, y nos hace gustar los mas suaves, y amables atractivos del

del yugo de Jesu-Christo. Vos sois al mismo tiempo Espíritu de ciencia, y sabiduría, Espíritu de fortaleza, de dulzura, y consuelo.

TERCERA REFLEXION.

¡QUán abundante es, exclama el Profeta, la dulzura de los interiores consuelos, que infundís, ò Dios mio, en el alma fiel que camina por la senda de vuestros Mandamientos! Esta dulzura es un gozo celestial que la consuela; una paz interior que la arrebata; es una piedad que la reviste de los mas tiernos sentimientos, la penetra, la embriaga, por decirlo asi, con una cierta suavidad superior à todo otro sentimiento.

Por aquellos momentos, en los quales este Espíritu de amor estila en un corazon alguna gota del torrente de las delicias que forman la gloria de los Santos en el Cielo, se calman las pasiones, se disipan las instigaciones de la carne, se suspenden, en cierto modo, los movimientos de la naturaleza. Quanto tiene el mundo de agradable, y quantos alhagos inspirar pueden los gustos de la tierra, se hace insipido, y digno del menosprecio de aquel que llega à gustar el vino mysterioso de estos divinos consuelos. Encuentra su riqueza en la pobreza; la alegria en las aflicciones; la gloria en los oprobrios: el retiro, la oracion, la mortificacion, los gemidos, las lágrimas son sus delicias, y su felicidad.

Venerables Anacóretas, que envegecidos bajo el yugo de Jesu-Christo, meditáis en el silencio los dias antiguos, y los años enteros; monumentos preciosos de los Benitos, de los Bernardos, y de los Brunos, sacados de la corrupcion del siglo para probar los desiertos: vosotros que conservais el espíritu, y la Regla de vuestros Padres, y no os dejais vér al mundo sino para condenarlo, no teniendo comercio con los hombres, sino para afrentar à los pecadores: vosotros, que con sola vuestra presencia inspirais el respeto, la modestia, y dispertais la piedad, permitidme el entrar en aquellas soledades, donde os habeis sepultado, y escondido bajo la sombra del Santuario: permitidme el entrar en el interior de vuestro corazon para preguntar sobre aquella secreta correspondencia

Universidad de Deusto
Biblioteca

que hay entre él, y Dios, à quien os habeis dado, sin reserva alguna.

¿De adónde procede aquella paz deliciosa que poseen vuestras almas en la paciencia no conocida del mundo? De adónde aquel gozo tan puro, que se difunde en vuestros semblantes, que anima à los verdaderos Christianos, confunde à los malos, y dispierta en ellos los remordimientos, para llenarlos despues de confusion? De adónde aquella bienaventuranza interior, que no trocariais por todos los thesoros del mundo? De adónde aquella propension à la piedad, por la qual os es tan dulce la soledad, tan facil la mortificacion, y tan dulces las lágrimas? De adónde tanto deseo de la oracion, y de todos los otros exercicios de Religion, los quales ocupan todas las horas, y momentos, sin que os enfade el repetirlos todos los dias, antes bien encontrais en ellos vuestros consuelos? De adónde viene finalmente, que no os canseis jamás de rezar, de gemir, y de llorar, y el que los momentos en que mas abundantemente llorais, son los mas deliciosos de vuestra vida?

Pero vos lo habeis dicho, Dios mio; vuestro espíritu es mil veces mas dulce que la miel, y la alegria interior de que llenais un alma que os ama, no se puede comparar sino à los eternos consuelos del Paraiso, del qual es viva imagen, y anticipado gozo en la tierra.

Vosotros mismos, amados hijos mios, sois buenos testigos de la dulzura, y consuelo de este divino Espíritu. No es posible que no hayais gustado alguna vez quan dulce es el Señor, y que no hayais percibido algun movimiento de esta alegria espiritual: ¿pues qué despues de haberos confesado, y purgado bien vuestras conciencias, no habeis probado en vuestro interior una cierta satisfaccion infinitamente mas dulce, y agradable que el falso gusto, y la satisfaccion que habeis tenido despues de desfogar vuestras pasiones? Quando purificados ya con la penitencia, deseando uniros con Jesu-Christo, os habeis llegado à la sagrada Mesa, ¿no habeis probado en la oracion, y en los libros de piedad, un cierto gusto, un cierto sentimiento, que os ha enternecido de tal manera, que os ha hecho derramar algunas lágrimas? Quando instigados de alguna tentacion, habeis tenido la suerte de vencerla con la ayuda de la divina

vina gracia, ¿no habeis gustado las dulzuras del manná escondido, y prometido por Dios à los victoriosos? En lugar de los remordimientos que atormentan el corazon del que se deja vencer de la tentacion, no habeis sentido una alegria pura, que aumentó en vosotros el amor para con Jesu-Christo?

Sagrados Ministros de mi Salvador, depositarios de las fragilidades, y virtudes, de los trabajos, y consuelos, y de todos los afectos de una alma fiel, que entregandose à vosotros, os descubre hasta los movimientos mas escondidos de vuestro corazon, ¿quántas veces habeis sido testigos de las operaciones inefables del Espíritu Santo, las quales mudan en dulzura, y gozo quanto hay de mas austéro en la penitencia, y de mas dificil en la Religion?

Tales son, amados Parroquianos mios, los Dones, y Frutos preciosos de aquel divino Espíritu, que es al mismo tiempo luz, fortaleza, dulzura, y consuelo de las almas que los reciben. Nada sabemos sin esta luz, nada podemos sin aquella fortaleza; y privados de aquellos consuelos, solo probarémos las aflicciones; los remordimientos, y en medio de los mismos gustos, turbará la amargura la quietud de nuestra vida.

Quiera Dios que estas reflexiones nos hagan desear las riquezas abundantes de este divino Espíritu. Acordemonos entre tanto, que no se comunica à los sobervios, y à los que fian en sus proprias fuerzas, que buscan la satisfaccion propria, pretendiendo encontrar su felicidad en las criaturas. Procurémos pues, amados hermanos mios, hacerlo bajar sobre nosotros con los mas ardientes deseos, con el fervor, y perseverancia en la oracion, con renuncia de nuestros deseos, è ideas, para seguir en todas cosas sus divinas inspiraciones.

Enviad vuestro Espíritu, ò gran Dios, renovad otra vez la tierra, y haced que lleguemos à ser hombres nuevos, nuevo espíritu, nuevos pensamientos, nuevos deseos, nuevas inclinaciones, nuevos sentimientos, nueva vida. Venid pues, Espíritu Santo, à alumbrar mi mente, à inflamar mi corazon, à fortificar mi voluntad, à endulzar mis penas, à colmar mi alma de vuestros dones, à enriquecerla de vuestras gracias, y à llenarla de vuestros celestiales consuelos: *Veni, Sancte Spiritus*; venid, y ved la preciosa vestidura que recibi en el bautismo

mo la he manchado con los pecados. Hecho ſemejante à los animales inmundos que ſe revuelven en el lodo, infeliz de mí, he desfigurado, he perdido la eſtóla de la inocencia; venid, pues, à purificarla: *Lava, quod eſt ſordidum*; como en los calores del verano, ſi no ſe riega la yerva del campo, pierde ſu color, y ſe ſeca, aſi mi pobre corazon, ſi no lo regais con el rocío de vueſtra divina gracia, ſerá en vueſtra preſencia como una tierra ſeca, y eſtéril. Triſte ſequedad: Ningun fervor en la oracion, ningun guſto en oír vueſtra palabra, ni aun una lágrima, ni ſuſpiro por tantos pecados que he cometido, y que contínuamente cometo; venid, pues, à regar eſte pobre corazon, y à producir en él los frutos de vueſtro divino amor: *Riga, quod eſt aridum.*

Si ſe trata de ſufrir alguna coſa por vueſtra gloria, no ſiento en mi ni celo, ni fuego, ſolo pruebo una indiferencia grande en todo lo que pertenece à vueſtro ſervicio; venid, pues, à deshacer eſte yelo, y à encender el fuego de vueſtro divino amor: *Fove, quod eſt frigidum*; finalmente, mis malas inclinaciones me arraſtran al mal, y me ciegan de modo, que yerro el camino, y me alejo de vos; mi alma errante, y vagamunda, no ſabe donde eſtá, y ſolo vé que vá errada, y perdida; venid, pues, à recobrar eſta oveja imprudente; la qual, aunque alejada de vos, y de vueſtra ſanta ley, con todo no ſe ha olvidado de ella: *Rege, quod eſt devium*; haced que yo conozca mis errores, me reduzca al buen camino, buſque el bien, lo ame, lo practique, y perſevere en él haſta el ultimo ſuſpiro; haced que à la hora de la muerte yo pueda preſentaros, con mis buenas obras, los frutos, y los dones de vueſtro divino Eſpíritu para recibir la corona prometida à los que eſtuvieren llenos de ellos. Aſi ſea.

SER-

SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA TRINIDAD.

DE LA PROCESION DEL AUGUSTO Sacramento.

Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, & Filii, & Spiritus Sancti . . . . . Et ecce ego vobiſcum ſum omnibus diebus, uſque ad conſummationem ſæculi.

Id, y enſeñad à todas las naciones, bautizandolas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Eſpíritu Santo . . . . Mirad que yo eſtoy con voſotros haſta la fin del mundo. *San Mathéo cap.* 28. ℣. 20.

Si fueramos llevados al tercer Cielo, como lo fue el Apoſtol San Pablo; ſi tuvieſemos la llave de la ciencia, y de la mas profunda ſabiduría; ſi hablaſemos como los Angeles, nueſtros penſamientos, y aun menos nueſtras palabras, pudieran expreſar la luz inacceſible en que Dios ha colocado ſu Trono, ni paſar las adorables nubes que rodean ſu eterna Mageſtad, para comprehender el profundo myſterio de un Dios en tres Perſonas, adorado de la Igleſia, particularmente en eſte dia. Qualquiera, que con temerario orgullo ha pretendido internarſe, y el comprehender la naturaleza de la

Di-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Divinidad, ha quedado oprimido del inmenso peso de su gloria, y ha vuelto à caer en las primeras tinieblas de sus pensamientos.

El Sol alumbra, calienta, y aviva; y penetrando la tierra con sus rayos, la hace producir todo lo necesario para la vida; el vestido, las comodidades, y finalmente los gustos de los habitadores de ella. Nosotros gozamos estos bienes, sin pararnos à mirar de hito un astro tan hermoso, à fin de comprehender su naturaleza. Qualquiera que quisiese fijar en él sus ojos, quedaria deslumbrado con la fuerza de sus rayos, de suerte, que no veria ni la tierra, ni el Sol.

Nos enseña la fé ser un Dios en tres Personas: el Padre que nos crió con su poder; el Hijo que nos ha redimido con su sabiduría; el Espíritu Santo que nos ha santificado con su gracia; que estas tres Personas son distintas realmente: esto es, que el Padre no es el Hijo, y que el Espíritu Santo no es ni Padre, ni Hijo; y que estas tres Personas, iguales en todo, solo son un mismo Dios, un solo Dios que nos ha criado, un solo Dios que nos ha redimido, un solo Dios que nos ha santificado. Gocemos de los bienes que la Santísima Trinidad derrama sobre nosotros; pero no pretendamos comprehenderla. Exclamemos tambien nosotros con los bienaventurados espíritus: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Exércitos, el Cielo, y Tierra están llenos de su gloria: bendito sea siempre su santo nombre.

Me detendré, pues, en las ultimas palabras del Evangelio de hoy, y aplicandolas à la presencia de Jesu-Christo en la Euchâristía, os hablaré de las disposiciones, con las quales debe acompañarlo cada uno de nosotros el Jueves proximo, quando saldrá de la Iglesia, y será llevado en triunfo por nuestras calles: ah! ¿Por qué no puedo yo, amados hijos mios, inspiraros los sentimientos de la fé viva, de aquel profundo respeto, de aquella tierna piedad, de las quales debemos estár penetrados durante aquella augusta ceremonia? Nada obrarán mis palabras, ò divino Jesus, porque son nada, si no las haceis poderosas con vuestra uncion. Dignaos, pues, de infundirla en los corazones de mis oyentes, para que les mueva, y les enternezca; desatad mi lengua, purificad mis labios,

y dad à mi voz aquella fuerza que persuada suavemente, poniendo à la vista de los fieles las mas tiernas, y amables verdades de la fé.

PRIMERA REFLEXION.

EL amor infinito de Jesu-Christo à los hombres, se muestra particularmente en la promesa que hizo de estár cada dia con ellos hasta la fin del mundo: y su real presencia en la Euchâristía, es una verdad tierna de aquellas que esfuerzan à amar la Religion: verdad mas apta para ganar los corazones por su ternura, que para ofuscar el entendimiento con su incomprehensible obscuridad.

El pecador que vive de tal manera que merezca el infierno, cree de mala gana que hay infierno con eternas penas; qualquiera que no quiere domar sus pasiones, antes bien quiere ser predominado de ellas, cree de mala gana que Dios lo aborrezca, y que le ha de castigar: con todo son estas verdades, y que el que no las cree, lo hace porque le trae à cuenta el no creerlas. Cierran los ojos à la luz solo para sufocar los remordimientos, y de las solas pasiones nace la incredulidad; se corrompe antes la voluntad que desvarie el entendimiento; y se pierde antes la inocencia de las costumbres que la sencilléz de la fé.

¿Pero qué provecho, ò satisfaccion puede haber en disputar contra los dogmas, que son la gloria, la felicidad, y el consuelo de la humanidad? Dogmas que anuncian una bondad infinita, que nos ennoblecen, y nos acercan tanto hácia Dios, que nos juntan con él con la union mas intima. ¿Qué provecho en no creer que Jesu-Christo ha muerto por los hombres, que habite entre nosotros, que sea su cuerpo manjar, y su sangre bebida de nuestras almas, estando fundadas estas verdades sobre pruebas incontrastables, y mas claras que la luz del Sol?

¿Qué provechos sacan nuestros hermanos reformados, los quales, aunque separados de la Iglesia, son con todo nuestros hermanos, y hermanos tanto mas amados, quanta mayor compasion merecen por sus errores, y por cuya conver-

sion debemos suplicar sin cesar la misericordia del buen Pastor? Qué provecho, digo, sacan estos tales en negar la presencia de Jesu-Christo en la Euchâristía? Si Jesu-Christo no nos hubiese dejado toda su adorable Persona, no habiamos de desear que nos diese las mayores pruebas de su amor, enriqueciendo la Iglesia de un thesoro, que es el mas dulce consuelo?

Pero valga la verdad: ¿Qué idéa mas dulce que el creer, y adorar al Salvador del mundo en un Sacramento, el qual poniendonoslo à nuestro vista, nos lo hace casi tan sensible, como lo era en tiempo que vivia entre los Judios? Vuestra presencia, ò divino Salvador, hace santas, y respetables nuestras Iglesias, las ceremonias tiernas, y augustas: dá ella al culto exterior de los fieles aquella pomposa magnificencia, que hace vér la grandeza del Dios, à quien tenemos la dicha de servir, escondiendoos bajo las especies del pan, y vino, haciendoos objecto sensible à nuestras adoraciones, y amor, os acomodais à nuestra pequeñéz: la vista de ese Pan de vida hace mas vivo nuestro omenage, mas profundo el respeto, mas tierna la piedad.

¡O gloria, ò dulzura para los Christianos! Poseer el cuerpo, sangre, y persona de su divino Maestro, verlo expuesto en los Altares, recibirlo en las casas; y lo que es mas admirable, alimentarse con su propria carne. ¡Quán rica eres, Iglesia Santa! quán dichosos tus hijos! *Levanta la voz, ò Sion, y dá à conocer tu alegria. Resuenen en tus muros cánticos de alegria, y de accion de gracias, porque el Dios de la Magestad, el Dios de Israel habita dentro de tí.* (Isaias 12. 6.)

Asi siente la Iglesia nuestra Madre en todo tiempo; pero hace extraordinaria pompa en la fiesta destinada, y consagrada solemnemente à celebrar el mysterio del cuerpo, y sangre de Jesu-Christo. La veremos el Jueves que viene hacer demostracion de todas las cosas preciosas, dadas por la piedad de los fieles para adornar la Casa de Dios, y los vestidos de los sagrados Ministros; la veremos marchar como en triunfo, rodeada de su gloria, y llevar la Arca de la confederacion al rededor del campo de Israël. Pareceréis entonces, ò Sal-

Salvador mio, un Rey en medio de su pueblo; un Padre rodeado de sus hijos: un Pastor que visita su rebaño. Siguiendoos à tropas el pueblo, os acordarán los dias de vuestra vida mortal, quando ibais por las ciudades, y campañas, como un manantial, del qual salia toda especie de gracias, y bendiciones para los que se allegaban à vos con aquella fé, sin la qual es imposible agradaros.

¡Ah, amados oyentes mios! ¿quién nos dará esta viva fé? Una fé semejante à aquella de Zaquéo, la qual levantandonos sobre todas las cosas de la tierra, y haciendonos poner los ojos, y afectos en Jesu-Christo, nos hará mas dignos de recibirlo en nuestros corazones, asi como mereció aquel fiel Judio la dicha de recibirlo en su casa; una fé semejante à aquella de los dos ciegos, que habiendolo oido pasar, exclamaron: ¡Jesus, Hijo de David, ten piedad de nosotros! una fé como aquella de los diez leprosos, que habiendolo visto de lejos, se pusieron à gritar: ¡Señor, tened compasion de nosotros! Los ciegos recobraron la vista, y los leprosos sanaron; y si nosotros no obtenemos las mismas gracias, atribuyamoslo à nuestra fé, bien desemejante à la de aquellos.

Pasando un dia Jesu-Christo por los barrios de Jerusalén, acompañado de una gran muchedumbre del pueblo, y yendo à resucitar à la hija de Jayro, (Lucæ 8. ℣. 41. & seq. Matth. 18. & seq. Marci 5. 22.) una muger que padecia, tiempo habia, un flujo de sangre, que no le habian podido sanar todas las medicinas, se entromete entre la muchedumbre, se abre intrépidamente el paso, diciendo entre sí: Con tal que llegue à tocar la orla de su vestido, sanaré. Nuestro buen Salvador, volviendose à sus discípulos, les dice: ¿Quién me ha tocado? Como, Señor, el pueblo os aprieta por todas partes, y atropella, y preguntais, quién os ha tocado? Alguno, responde, me ha tocado sin duda, porque he conocido que ha salido de mí una virtud, y viendo al mismo tiempo à la muger, le dixo: Hija mia, id en paz, vuestra fé os ha sanado.

Pasaréis, ò Dios mio, por nuestros barrios, compareceréis el Jueves en las plazas, rodeado de inmenso pueblo. Médico omnipotente, tendréis à vuestra vista un gran número

Universidad de Deusto
Biblioteca

de enfermos, que solo vos sois capáz de sanar. ¡Quántos ciegos! quántos sordos! quántos paralyticos! todos vendrán à rodear vuestra santa Arca, Jesus mio; rodearán el Trono de vuestra gracia ¡¿ Pero tendrán estos acaso tanta fé, que penetre el respetable velo, bajo el qual habeis escondido los rayos de vuestra gloria? Tendrán tanta fé que lleguen à tocar en cierto modo con los deseos vuestra humanidad, de la qual sale como de su fuente el bálsamo divino, cuya omnipotente virtud es el solo remedio que puede curar nuestra fragilidad, y enfermedades?

Amados hijos mios, os lo digo con dolor de mi corazon: En la solemnidad del Corpus son numerosas las procesiones; cada uno se esmera de verlas, ò acompañarlas; pero son pocos los que buscan à Jesu-Christo, y pongan el corazon, y deseos en su adorable persona. Buen Jesus, son muy pocos los fieles de tan viva fé, que os merezcan una ojeada, y vuestras bendiciones, si hemos de juzgar por el poco respeto que se vé en la mayor parte de aquellos que os acompañan.

SEGUNDA REFLEXION.

MUY loable es vuestra costumbre de entapizar las calles, erigir en ellas altares, esparcir flores, quemar inciensos por donde ha de pasar Jesu-Christo. Tambien los Betsamitas, (1. Reg. 6.) mientras pasaba la Arca del Testamento por sus tierras, mostraron igual celo. Luego que la descubren, llenos de júbilo, abandonan sus casas, cortan leña, para los sacrificios, se juntan, y van de tropel al rededor del Arca; con todo esto mata el mismo Dios à mas de cinquenta mil, solo por haberla mirado con demasiada curiosidad; siendo asi, que la santidad de aquella Arca mysteriosa consistia en contener la sombra de los bienes verdaderos, reservados al nuevo Testamento.

Y si no se debia mirar sino con un Religioso temor la figura de los bienes, cuya realidad es hoy dia, ò Dios mio, la gloria de la Iglesia christiana; si hicisteis morir à un Levita, porque habia estendido la mano para sostener el Arca sobre el carro que la llevaba, juzgad, amados oyentes mios, quan grande deba ser el respeto que Dios querrá que tengamos à la

la Arca de la nueva ley, puesto que no encierra en si tablas de piedra, en las quales estaban esculpidos los diez Mandamientos, sino la misma persona de aquel, que llevando el Evangelio por el mundo, ha esculpido su ley en nuestros corazones; no el manná corruptible dado à los hijos de Israël por medio de Moysés, sino el verdadero Pan venido del Cielo, el Pan de los Angeles, el cuerpo, y sangre del Verbo humanado, y hecho manjar de nuestra alma; no la Vara de Aaron, sino el mismo Jesu-Christo, el Pontifice Santo, è inmaculado, sublimado sobre los mas altos Cielos, de quien era solo una débil figura, è imagen Aaron.

¿Qué castigo, pues, no merecerán muchos Christianos que asisten à la procesion del Santisimo Sacramento como si fuera una ceremonia profana? Que miran el Trono del Cordero, no solo sin devocion, mas aun sin respeto; en quienes no se vé ni respeto, ni recogimiento, ni modestia, sino un ayre de desenvoltura, y disipacion, casi igual à la impiedad? Aumentan la muchedumbre para disminuir el número de vuestros adoradores; os acompañan por todas partes, sin pensar en vos, ò Dios mio; y si doblan una rodilla en acto de recibir vuestra bendicion, esta misma postura les condena indignos de recibirla.

¿Qué dirémos de aquellos que asisten à esta procesion en estado de pecado mortal, con una alma cubierta de maldades, sin querer arrepentirse de ellas? Hijos mios amados, reflexionad allá vuestras malas disposiciones; el Sacerdote lleva en su mano el cuerpo de Jesu-Christo, vosotros llevais el pecado en el corazon: y en tal estado vosotros osais ir en seguimiento de vuestro Dios, como por insultar à su Magestad soberana. Jesu-Christo se esconde bajo las especies de pan para recibir vuestras adoraciones; y vosotros os dejais ver con un corazon inmundo, solapado, con el exterior falso de hijos de Dios, siendo esclavos del demonio! Alli descubre el Señor toda vuestra malicia, y corrupcion de aquel miserable corazon que habia elegido el Espíritu Santo para templo suyo, y vosotros lo habeis hecho templo del espíritu inmundo, el qual ha fijado en vosotros su domicilio.

Yo os hablo asi hoy para que el Jueves proximo, trayendoos

dos à la memoria estos pensamientos, sintais de nuevo los remordimientos de la conciencia; y para que confundidos de vuestro mal estado, asistais à lo menos à la procesion, con sentimientos, y disposicion de un penitente que detesta su pecado, levanta la voz, y grita como los leprosos del Evangelio: Señor, tened piedad de nosotros, y usad conmigo de misericordia. Pecadores que me oís, ¡no quiera Dios que mis palabras, en lugar de moveros el corazon, no sirvan para endureceros, por el poco caso que tal vez haréis de ellas!

Adorable Salvador mio, vos mismo les hablaréis al pasar por sus casas; sentirán ellos en el fondo de sus conciencias una voz interior que les hará vér su ceguedad, è insensibilidad, y los desordenes de sus vidas; pasaréis por delante de la puerta del deshonesto, y le echaréis en rostro todos sus pecados vergonzosos, que no quiere confesar en el tribunal de la penitencia; por delante la puerta del maldiciente, y murmurador, à quienes les haréis acordar de sus calumnias, falsos testimonios, y enredos movidos contra el proximo; pasaréis por la puerta de aquel falso Christiano, que viene por cumplimiento à la Misa, que no cumple con la Pasqua, que se rie de vuestra Iglesia, y de sus Mandamientos, y que con escándalo de toda la Parroquia, falta à una de las mas santas, y mas sagradas leyes de la Religion.

Tú te avergüenzas, hijo mio, te palpita el corazon, y dices: yo soi el objeto de esta invectiva; tienes razon, por tí lo he dicho. Ni te pienses que yo quiera recorrer todas las casas; me páro en la tuya, por delante de la qual Jesu-Christo, tu Dios, y mio, pasará el Jueves; no me pára en la tuya, y suplico à este mismo Señor, que eche sobre tí una mirada de misericordia, mientras te pido con las lágrimas en los ojos, que no resistas mas á las inspiraciones de su gracia, y de rendiros una vez al tierno convite de su amor, pues es un amor, cuyo solo pensamiento, por poco que se quiera rumiar, es capáz de encender los corazones mas tibios, y de ablandar à los mas insensibles.

RE-

TERCERA REFLEXION.

TOdo nos habla de este amor, todo nos lo inspira en el culto exterior de nuestra santa Religion, principalmente en lo que pertenece à este adorable Sacramento de la Euchâristía: aqui Jesu-Christo renovando el sacrificio de la Cruz, sacrificase à si mismo, y es victima, y Sacerdote; él es el Cordero, del qual dice el Apocalypsis, *que fue muerto desde el principio del mundo*: siempre vivo, è inmolado para lavar, y purgar nuestros pecados. Bajó del Trono invisible, en el qual está asentado, y ha entrado en nuestros Tabernáculos, de adonde viene à descansar en nuestra boca à hacerse uno mismo con nosotros: él es el manná escondido que alimenta á los verdaderos Israëlitas en el desierto de esta miserable vida. Ahora comparece expuesto sobre nuestros altares, para dispertar en nosotros la piedad en dias festivos, ò para animarnos à confiar en él en las calamidades. En suma todos los dias, y à cada momento lo encontrarémos en este Tabernáculo, de adonde nos llama, y convida, pronto siempre para recibir nuestras adoraciones, à oír nuestras súplicas, y à llenarnos de beneficios.

Y para no apartarnos de la solemnidad, de la qual tratamos, figuráos à un gran Rey, que saliendo de su Palacio, en donde contínuamente atiende à las necesidades, y à la felicidad de su pueblo, se deja ver en medio de él para tener el consuelo de dar, y de recibir tiernas demonstraciones del amor que une los corazones de los Monarcas con sus subditos, y es la felicidad de los vasallos, y gloria de los Monarcas. Las aclamaciones de alegria por una parte, la liberalidad, y magnificencia de la otra, tienen entonces no sé qué mas vivo, y brillante, que dispierta en los corazones del pueblo el amor que debe à su Rey, y en el corazon del Rey el entrañable amor que profesa à su pueblo.

Vos nos amais en todos tiempos, ò Salvador de los hombres, y sois siempre el mas bueno de todos los Padres, asi como está siempre encendido el fuego de vuestro amor en el corazon del que os es fiel; pero parece que se renueva, y aumenta este divino fuego quando os dejais ver por las calles

con

Universidad de Deusto
Biblioteca

con aquel mageſtuoſo aparato que anuncia vueſtra gloria, llevado ſobre el trono de vueſtra gracia, como corria por ſus eſtados Salomon, ſentado en el trono de marfil, y viſitaba los pueblos de quienes era la admiracion, y las delicias. Ah! amados oyentes mios, no parece que eſte Dios de toda bondad levante la voz, y haga reſonar en las plazas aquellas palabras tan dulces: *Mis delicias han ſido el eſtár con los hijos de los hombres*; (Prov. 8. 31.) *ahora eſtoi con voſotros haſta la fin del mundo.* (Matth. 28. 20.)

¡O palabras llenas de fuego, capaces de penetrar los corazones mas inſenſibles! ¿Es poſible que acompañemos à Jeſu-Chriſto de calle en calle ſin percibir la mas mínima centella que dé vida, y fuerza à nueſtras almas?

Dos de los diſcípulos de Jeſu-Chriſto, habiendolo encontrado en el camino de Emaús, deſpues de haber reſucitado, iban hablando ſobre él ſin conocerlo. Abiertos poco deſpues ſus ojos, mientras comia con ellos, lo conocieron; y deſpues que el Señor deſapareció de ſu preſencia, decia el uno al otro: ¿Es poſible que no lo hayamos conocido? Nueſtro corazon ardía mientras él nos hablaba, y nos explicaba la Eſcritura. Noſotros acompañarémos al miſmo Jeſu-Chriſto el Jueves, como en otro tiempo los diſcípulos de Emaús; en nueſtra mano eſtará el oír ſus palabras, y hablar con él. Dichoſo, ò Señor, el que os eſcucha, y eſtá atento à vueſtras ſecretas inſpiraciones.

El nos hablará de ſu amor, y de nueſtra ingratitud; de las gracias que nos hace, y del poco fruto que ſacamos de ellas. Gran Dios, llegará un dia que compareceréis en medio del pueblo, no como en eſtado preſente, llevado en hombros de vueſtros Miniſtros, ſino ſentado ſobre una reſplandeciente nube, veſtido de todo vueſtro poder, y de toda vueſtra mageſtad; os dejaréis vér entonces, no para ofrecer à los pecadores los teſoros de vueſtra miſericordia, ſino para hacerles ſentir los efectos de vueſtra juſticia, para vengaros de ſus deſprecios, de ſus irreverencias, de ſu impiedad, las quales ahora ſufris con una paciencia tan maravilloſa, quan incomprehenſible es vueſtro amor.

Almas juſtas, que encontrais vueſtra gloria, y felicidad en

en la fidelidad que le habeis jurado; la ſolemnidad de ſu Cuerpo no ſerá para voſotras una ceremonia inútil; os llevará à ella una viva fé; aſiſtireis con una decencia, y gravedad, con una modeſtia, y recogimiento capaces de confundir à los impios, y de afrentar à los pecadores. Os hablará él miſmo al corazon; voſotros eſcucharéis con ſilencio ſu habla interior, llena de una uncion, que penetrará vueſtros corazones; ſentiréis entonces una alegria interior, ſemejante à aquella que tranſportó al Rey David, à la viſta del Arca del Teſtamento. Ah! que aquella alegria ſolo procedia de ver con el eſpíritu el gran myſterio, cuya ſombra era el Arca! Iluſtrado de una luz divina, veía en medio de las ſombras el dia, y el triunfo de Jeſu-Chriſto; lo veía, y ſe ſentia conmover las entrañas, inflamar el corazon, y lo hacía eſtár fuera de ſí, como ſi no fueſe dueño de ſus acciones: *Saltaba delante del Arca con todo eſfuerzo.*

¡O ſabiduria eterna de mi Dios, que para adaptaros à nueſtra fragilidad, habeis elegido un culto exterior, y ſenſible, como ſeñal, è imagen del culto interior que os deben los hombres en eſpíritu, y verdad! Sois vos la que habeis inſpirado à la Igleſia el auguſto aparato de las ceremonias que hacen tan mageſtuoſo eſte culto, que mantienen la Fé, que avivan la piedad, que levantan nueſtros ſentidos, y deſeos haſta el Trono inviſible de vueſtra gloria.

Procurarémos, pues, noſotros adornar con cuidado los lugares que debeis honrar con vueſtra preſencia; pero no nos olvidarémos que nueſtra alma es aquel templo que vos habeis conſagrado à vos miſmo; tendrémos ſiempre preſente, que la inocencia, y la virtud ſon el ſolo adórno que os pueda agradar. Derramarémos flores, quemarémos incienſos; pero eſtas ſolo ſerán ſeñales de nueſtra piedad, y de nueſtras buenas obras, que deben llegar à vos, como un incienſo de ſuave olor, ſolo capáz de merecer vueſtra atencion, y vueſtra miſericordia. El ſonido de los inſtrumentos, los hymnos, las velas encendidas, ſerán la imagen, y demoſtrarán la interior alegria, que ſolo vos podeis dar à nueſtras almas, y del fuego de vueſtro amor, del qual deben ſer inflamadas. Avivad, pues, nueſtra fé, adorable Salvador nueſtro, lle-

nadnos de aquel profundo reſpeto que debe inſpirarnos la viſta de vueſtro Santuario; encended nueſtros corazones con aquel fuego que habeis traído à la tierra, y con el qual arden eternamente los bienaventurados en el Cielo. Aſi ſea.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO despues de Pentecoſtés.

SOBRE LA FREQUENTE Comunion.

Miſit ſervum ſuum hora cœnæ dicere invitatis ut venirent . . . . . & cœperunt ſimul omnes excuſare.

El Padre de familia envió à ſu criado, à la hora de la comida, à aviſar à los convidados que viniesen . . . . . y todos empezaron à eſcuſarſe. *San Lucas cap.* 14. ℣. 17. 18.

YO me perſuado, amados oyentes mios, que oyendo leer el Evangelio, de donde he ſacado eſtas palabras, voſotros miſmos habeis hecho la aplicacion; y que mucho de voſotros habrán reconocido en ſí miſmos en el modo de proceder, ſi ſon de aquellos, que convidados à un gran banquete, en lugar de aſiſtir à él, ſe eſcuſaron todos: porque aſi correſponde gran parte de los Chriſtianos à los convites, è inſtancias que les hacemos en nombre de Jeſu-Chriſto, el qual los llama à ſu Meſa, en la qual, dandoſe à ſí

ſí miſmo por manjar, agota, ſi es lícito el decirlo aſi, los teſoros de ſu amor, pueſto que por grande, y omnipotente que ſea, no puede dár mas. ¡Amor, en verdad, correſpondido con ingratitud! Procuramos cubrir eſta ingratitud, juſtificarla con mil eſcuſas, que ſolo ſirven para engañarnos; pero algun dia llegará que las deſcubrirá en ſu Tribunal ſupremo el eſcudriñador de los corazones, el qual ſabrá valuarlas ſegun ſu juſto precio. Entre tanto, pues, que aquella hora terrible ſe acerca, quiero exâminar con voſotros eſtas eſcuſas, y ſon las ſiguientes.

Uno de los pretextos que ſe alegan para no freqüentar la comunion es, las ocupaciones del proprio eſtado, los embarazos que conſigo llevan los negocios, y las diſtracciones que cauſan. Otros, por una falſa humildad, ponderando el reſpeto debido à eſte Sacramento, ſe confieſan indignos. Exâminémos ſi pueden juſtificar tales eſcuſas, ò ſi antes serán la condenacion de los que las alegan. Iluſtrad, Salvador mio, nueſtros entendimientos, y dadnos aquella rectitud de corazon, la qual faltando, queda la iniquidad convencida de engañarſe à ſi miſma.

PRIMERA REFLEXION.

PAra defender una cauſa mala, conviene uſar de razones que ſe traen ordinariamente contra la miſma, y no ſirven à otra coſa, ſi bien las exâminamos, que para hacerla comparecer peor. Se vé eſto mas claramente, amados Parroquianos mios, en los pretextos que traeis para eximiros de los exercicios de la piedad chriſtiana, y en particular para no freqüentar la comunion, quando os eſcuſais con las ocupaciones de vueſtro eſtado, con las entregas de los negocios, y con la diſtraccion que proviene de ellos. Por poco que ſe quiera hacer reflexion, ſe verá que todas las ocupaciones, y negocios, no ſolamente no ſon obſtáculo à la freqüencia de la comunion, ſino que antes la comunion es tanto mas neceſaria, è indiſpenſable, quanto mas graves ſon las obligaciones del eſtado; porque los Sacramentos ſon la fuente de las gracias, ſin las quales es impoſible el cumplir bien con ellas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¿Pero qué pretendeis decir con estas ocupaciones, negocios, y embarazos que alegais, y ostentais como una razon poderosa, y que no admite respuesta? Estos embarazos os roban acaso el tiempo de manera, que no podais lograr un dia por vuestro para recogeros, y atender à la piedad? Podria responderos sin ir mas lejos, que el bien de vuestra alma merece ser comprehendido entre vuestros mayores negocios, para los quales es necesario mayor tiempo. ¡Cosa estraña, que un negocio de esta qualidad, el principal, ò el solo, para el qual habeis venido al mundo, sea precisamente el solo, para el qual jamás encontrais tiempo, y al qual dais en efecto el menos que podeis!

Sabeis encontrarlo para la educacion de vuestros hijos, para el adelantamiento de la familia, para el exercicio del empléo, para el comercio, para acrecer vuestros fondos, para servir à vuestros amos; ¿y para el servicio de Dios, para el negocio de la conciencia, para el porte de la vida, para confesar vuestros pecados, para freqüentar la comunion, no teneis tiempo ni aun para pensar en ello? Y si acaso os hablamos, respondereis friamente que teneis otras cosas à que atender?

¿No teneis tiempo? Buscadlo pues. Si los negocios perjudicasen à vuestra salud, seria preciso diferirlos, ò abandonarlos, porque los mas importantes han de ser los primeros. En tal solemnidad debria cumplir con mi devocion, y piedad; pero he de ir al tal lugar, he de hacer tal cosa, y visitar la tal persona. Puede ser que tengais razon; ¿pero por qué no decís: tendria que visitar tal persona, è ir à tal lugar; pero lo diferiré à otro tiempo, porque en éste quiero hacer mis devociones? Solo habeis de pensar al servicio de Dios en ratos perdidos? Atenderéis à vuestra salvacion quando no tendréis otra cosa que hacer? No os avergonzais de considerar como el último el negocio mas principal, y preferible à todos los demás? Asi podria yo responderos, y no tendriais ciertamente que replicar.

Pero estoy bien lejos de creer que os falta el tiempo, y que no podeis atender à las obras de piedad sin alterar vuestros negocios. Considerad bien; quánto tiempo habeis mal em-

empleado en todo el año? Quántas veces habeis dedicado al juego, y diversiones mundanas los Domingos, y fiestas; estos dias preciosos que habiais de haber santificado con la oracion, con obras meritorias, y con la freqüencia de Sacramentos? Quántas veces habeis abandonado vuestros negocios, y ocupaciones por los divertimientos? Quántas idas, y venidas, quántas visitas, conversaciones inútiles, y tal vez malas? Hablémos claros; cada uno haga justicia à si mismo, y responda con sinceridad: no nos falta el tiempo, sino la devocion, y la voluntad.

¿No se han visto Monarcas, Ministros, Generales, Jueces, Negociantes, Artesanos, y Jornaleros comulgar todos los dias, semanas, y meses, en medio de aquellas mismas ocupaciones, y embarazos, que segun pensais, son obstáculos à la freqüente comunion? Lo que otras veces se ha visto, se vé aún hoy dia, gracias al Señor. Se encuentran en todos los estados, desde el Rey, hasta el hombre de baja esfera, exemplos bastantes para cerrar la boca à qualquiera, que viviendo en el mismo estado, no tiene las mismas virtudes, ni la misma piedad.

Y si no, decidme por vuestra vida: ¿Los negocios públicos han sido acaso mal gobernados, los mismos pueblos han sido menos felices bajo los Príncipes, y Ministros, de los quales hablamos? Un General de Exército, porque comulgue cada ocho dias, será por esto menos diligente, y menos capáz de mandar à sus soldados, de contenerlos, de hacer guardar la disciplina, y mantener el buen orden? La freqüente comunion impide acaso à un Juez el que haga à cada uno la justicia que se le debe? Creeis vosotros que un padre, ò una madre de familia, comulgando de ocho en ocho dias, gobierne mal à sus hijos? Que un amo sea peor servido de su criado, porque comulga todos los meses? Que un mercader sea menos afortunado porque comulga à menudo? ¡Qué desorden tan estraño, si lo que es util para todo, llegàse à ser nocivo à todo! ¿Cómo se puede uno persuadir, que el uso de los Sacramentos, sin el qual es imposible moralmente el hacer christianamente qualquiera cosa, sea ageno de todo quanto deben hacer los Christianos?

¿Los

¿Los Christianos de los primeros siglos tenian acaso alguna obligacion de estado? No bienes que hacer fructíferos, no hijos que educar, no Ministros, ni Oficiales de guerra, ni Mercaderes, ni Artífices, ni criados? con todo comulgaban todos los dias; y este santo exercicio, en lugar de interrumpir sus negocios, servia à cada uno para cumplir mejor con su estado; porque encontraba en la comunion las gracias, de las quales necesitaba para cumplir bien con su obligacion.

De hecho en la comunion habeis preparado, Dios mio, las ilustraciones, y auxilios necesarios para cumplir con fidelidad con el estado en que nos puso vuestra providencia: *Parata sunt omnia.* Participando todos en ella del mismo pan, conocemos mas aquella verdad, que no componiendo todos sino un cuerpo, seamos todos miembros el uno del otro, y haciendonos en la comunion una misma cosa con vos, solo deben componer los Christianos una alma, y corazon, pues no son sino un cuerpo: *Unus panis, unum corpus, qui de uno pane participamus.*

Aprenden por esto todos en esta escuela, los unos à mandar con suavidad, los otros à obedecer sin repugnancia, y todos aprenden à vivir contentos, cada uno en su estado, à no levantarse el uno contra el otro, à someternos con respeto à las reglas de la subordinacion, de la misma manera que los miembros del cuerpo humano no se mueven unos contra otros, ni se murmuran, sino que se ayudan, y alivian los unos à los otros.

Lleno de esta idéa tan sublime (que solo puede inspirar la Religion christiana, y hacerla familiar la freqüente comunion) el discipulo de Jesu-Christo, en qualquier estado que se halle, considera sus obligaciones, y sus ocupaciones como un tributo de caridad, debido à sus hermanos, conoce que tales obligaciones, en lugar de ser obstáculo à la piedad, la fomentan, y fortalecen con el motivo que las anima, y las hace llegar à ser obras meritorias delante de Dios. Supuesto esto, es cosa clara, que el cumplir con las obligaciones del estado, si las hacemos por la caridad fraterna, son antes preparacion para llegarnos à la sagrada Mesa, que obstáculo para alejarnos de ella; y reciprocamente en lugar de turbar nues-

nuestras ocupaciones la comunion, nos hace mas aptos para cumplir con ellas.

De hecho vemos, que los verdaderamente Christianos, fortalecidos con piedad sencilla, pero fuerte; pero enemiga de la estravagancia, y afectacion, de la ostentacion, y engaño, no vuelven jámas de la sagrada Mesa sin estár llenos de un nuevo ánimo, y fuerza para cumplir con exâctitud con sus obligaciones. El padre, y madre vuelven ya mas atentos à la educacion de los hijos, y mas cuidadosos para inspirarles sentimientos de piedad christiana, y para darles mejores exemplos.

El Juez vuelve mas ilustrado para cumplir con su empléo; mas cuidadoso en la defensa de la viuda, y del pupilo; mas terrible contra los poderosos que quieren oprimir à los pobres. El Soldado vuelve con mayor corage para defender el derecho de su Principe, y el honor de la patria, por la qual emprende, y se expone à todos los peligros con tanta mayor intrepidéz, quanta mayor es su confianza en Jesu-Christo; quanto menos apegado tiene el corazon à la tierra, mas aparejado para comparecer ante el Juez de vivos, y muertos.

Saliendo de la sagrada Mesa el amo, es mas sufrido, y humano; el criado mas obediente, y fiel; el jornalero mas trabajador, y mas exâcto; el mercader mas escrupuloso, y menos avâro. De hecho, qualquiera que comulgue freqüentemente, no por costumbre, ni con motivo de ser tenido por santo, sino con la sola mira de santificarse, y con todas las disposiciones necesarias para ello, de qualquiera condicion que sea, por graves que sean sus ocupaciones, será mas diligente, y cuidadoso que los otros.

¿Y tú te escusas, hijo mio, con tus obligaciones, las quales, como habemos visto, hacen mejor aquellos à quienes mueve la piedad à alimentarse mas freqüentemente de la carne de Jesu-Christo? Es, pues, una manifiesta mentira, mala voluntad, mala fé el pretexto alegado de las ocupaciones para eximiros de freqüentar la comunion: porque las personas devotas, las quales comulgan à menudo, se distinguen entre las demás por su delicada conciencia, por su bondad, por su exâctitud mas esciupulosa en cumplir con sus obligaciones.

Vea-

Veamos ahora el otro género de escusas; y digamoslo de una vez: vemos una devocion, y un respeto à la moda.

SEGUNDA REFLEXION.

AY de aquellos, que con pretexto de purgar la moral, han arruinado sus principios, que con la máscara de piedad han destruído los fundamentos de la misma piedad, la severidad demasiada de los mismos puede bien formar malvados, è impios, pero no verdaderos Christianos; los quales, exâgerando las disposiciones necesarias para llegarse à la comunion, las hacen parecer imposibles, à fin de tener un pretexto plausible para eximirse de ella, repitiendo à cada paso que son indignos, y no haciendo cosa alguna para hacerse menos indignos. Ay de aquellos que siempre predican la reforma de las costumbres, y jamás llegan à reformarse à sí mismos, que declaman con mas orgullo que celo, con mas fuerza que caridad contra la corrupcion del siglo, contra el abuso de los Sacramentos, contra las comuniones sacrílegas, que se constituyen jueces de una causa que à solo Dios toca el juzgarla; que finalmente para hacer vér el corto número de los escogidos, reprueban, y condenan à qualquiera que no sigue sus idéas, y no se gobiernan segun sus principios.

Dicen estos tales que no deben freqüentar la comunion sino los perfectos, enteramente muertos à sí mismos, que tienen un imperio absoluto sobre sus pasiones, ningun apego à la tierra, y que por su continua oracion conversan con el Cielo, adonde se dirigen sus deseo. Dicen que no se honra menos à Jesu-Christo con este reverente temor que nos aleja de la comunion, que con la tierna piedad que nos mueve à llegarnos freqüentemente à su Mesa. Dicen que para alimentarse de la carne de Jesu-Christo es menester una pureza angélica, y que debemos responder à su convite con las palabras de San Pedro: *Apartaos de mí, que soy pecador.* Qué bellos sentimientos, hijo mio, y sería de desear que tuvieras una alma perfecta, del todo muerta à sí mismo, que tuvieses un imperio absoluto sobre tus sentidos, que no amases nada de la tierra, y que te robáse tu cariño el Cielo.

Pe-

Pero hay dos cosas à que no haceis reflexion: La primera es, que para vencer las tentaciones, y para desapegarse del mundo, es necesario el freqüente uso de la comunion, porque en ella encontramos un remedio poderoso, y eficáz, que nos dá fuerza para resistir à las tentaciones del demonio, para domar las pasiones, para reprimir la sobervia, primera causa de muestros males, y para hacer finalmente, que el inexâusto manantial de corrupcion; esto es, el pecado, en el qual fuimos concebidos, no produzca los acostumbrados, è involuntarios efectos. Y este es el camino de la perfeccion, por el qual ninguno puede caminar sin que se alimente del Pan celestial. Pero queréis vosotros ser perfectos antes de llegaros à la sagrada Mesa; jamàs, pues, comulgaréis, porque jamás llegaréis à ser perfectos, si no freqüentais la comunion.

Perseguido el Profeta Elías por Jezabél, obligado à huír de ella, oprimido del dolor, y fatiga, y casi desesperado, se echa à dormir bajo de un enebro; luego que despertó, se encuentra al lado una torta, y un vaso de agua: se siente tocar, y oye una voz que le dice: *Levantate, y come, porque te falta mucho camino que andar.* (3.Reg.19. 6. 7.) Se levanta Elías, come, bebe, y esforzado con aquel manjar milagroso, camina quarenta dias, y quarenta noches, hasta la cumbre del monte Oreb. Era aquella, ò Salvador mio, la figura del Pan mysterioso, que nos habeis aparejado en la Eucharistía, y de los efectos admirables que ella produce.

Perseguido de los enemigos de mi bien, que jamás me dán treguas, expuesto à las tentaciones, conociendo cada dia, por por experiencia fatal, quán grande sea mi flaqueza, amedrentado à vista del camino que me queda que hacer para llegar à la perfeccion, à la qual me convidais, ò Dios mio, confuso à vista de las imperfecciones de que estoy lleno, y de las virtudes que me faltan: ay de mí, exclámo, ¿no sería mejor el morir, que vivir, ò bien desfallecer como lo hago? Qué es mi vida sino un compuesto de miserias, una cadena de infelicidades, una despues de otra, y todas reiteradas? Asi habla la alma christiana que considera sus flaquezas, y miserias.

Pero qué consuelo no prueba quando la habla Jesu-Christo el buen Pastor desde el interior del Tabernáculo donde

Universidad de Deusto
Biblioteca

descansar, y desde donde llama à los pecadores: *Venid à mi los que estais trabajados, y oprimidos, que yo os confortaré.* (Matth. 11. 28.) ¡O qué dulces palabras! ò qué tierno convite! hijo mio, te queda aun mucho camino que andar para llegar à aquella virtud, y santidad, que es el término de vuestra vocacion, y estás muy flaco; pero abre los ojos, y mira aquel Pan sagrado que se te ofrece: toma, y come, y te dará nuevas fuerzas; y luego que te veas falto de ellas, vuelve à comer de nuevo. Asi poco à poco se disminuirá el número de vuestras imperfecciones; se allanará el camino del Cielo; y si eres fiel, llegarás luego allá llevado de la gracia, enriquecida por medio de la Euchâristia para incorporate con aquel que es el manantial inexâusto de todas las gracias.

Es, pues cierto, adorable Jesus mio, que no solo sois Pan para los fuertes, y los perfectos, sino que tambien lo sois de los flacos, y à estos especialmente están dirigidas aquellas palabras llenas de toda bondad: *Venid à mi los que estais trabajados, y oprimidos, que yo os confortaré.* Por vuestro medio, ò Pan vivo, los flacos cobran fuerzas, las conservan los fuertes, y las acrecientan. Vuestra virtud, ò Pan de los Angeles, mortifica las pasiones, corrige las imperfecciones, produce, aumenta, y perfecciona las virtudes.

Id, pues, à decir que vuestra flaqueza, vuestras imperfecciones os detienen para que no os acerqueis con freqüencia á la comunion, y que os alejais por respeto. Si, es verdad; pero vuestra flaqueza es tal, porque no quereis curarla; y vuestras imperfecciones son mayores, porque no quereis dejarlas; con lo qual dais à conocer, que vuestro pretendido respeto es una ilusion, un motivo falso, mera hypocresía; y esto lo que dixe en segundo lugar, que vosotros no haceis reflexion: porque si vuestro respeto fuese verdadero, iria acompañado de un cierto agradecimiento, y amor que inspira la presencia de Jesu-Christo à qualquiera Christiano que tenga entrañas, y corazon, y con tal que tuviesedes alguna chispa de tal amor, ¿qué esfuerzos no hariades para uniros con vuestro Dios, y para corresponder à su convite? Esperaréis purificar vuestro corazon, à reformar la vida para adquirir la gracia de aquellos à quienes teneis tanto respeto. ¿Pero no ve-

vemos lo contrario, que los que se alejan mas de este Sacramento, son los que menos le respetan? Sobre lo qual os pido que no os enojeis si os hago algunas reflexiones.

Dices, pues, amado Parroquiano mio, que la presencia de Jesu-Christo en la Euchâristía te imprime un respeto tan profundo, que jamás pensais, sin temblar, en la santidad, y pureza que pide Jesu-Christo à quien lo recibe: que eres indigno de llegarte à la sagrada Mesa, que tienes tanto reparo en llegarte una vez al año, que tal vez te sucede el dejar de hacerlo. ¿Tan temeroso eres, y tan delicado de conciencia? Pero permiteme que te pregunte: ¿Si tan profundo es el respeto que tienes al cuerpo del Señor, cómo es que parece que tienes menos que los demás? De adónde proviene que los Domingos, y fiestas faltas al sacrificio del cuerpo, y sangre de Jesu-Christo? Y si asistes, es con menor modestia, y reverencia que la de aquellos que comulgan todos los meses? Cómo es que escandalizas à los otros con tu distraccion, è irreverencia? De dónde procede que no lo acompañas quando es llevado à los enfermos, y apenas doblas la rodilla quando pasa por tu casa? Cómo sucede, finalmente, que dando todos los demás fieles à Jesu-Christo muestras del respeto que le deben, eres uno de los que menos le respetan.

Tal vez será porque estos sentimientos de respeto solo nacen en tí quando te exhortan à llegarte à la comunion, como si en las demás ocasiones mereciese Jesu-Christo menos respeto. Observad aun mas: Quanto mas sincéro será un tal respeto, tanto mas os animará à purificar vuestras almas; y si esperais el purificaros à la Pasqua, será tal vez para hacerlo con mayor fruto, disponiendoos con mayor preparacion. No os contentaréis solamente con pensar en ello quando está ya inmediata la Pasqua, sino que pensaréis seis meses antes, y aun todo el año; estaréis, pues, todo el año atentos à este pensamiento: yo comulgaré à la Pasqua para obedecer à Jesu-Christo, y à la Iglesia. De hecho mi respeto sería una chimera, si no me pusiese en estado de obedecer à un mandamiento intimado con penas tan rigorosas. Fijo en este pensamiento: *Yo comulgaré à la Pasqua*; pensamiento, segun pensais, terrible, y os procuraréis guardar de todo quanto puede

Universidad de Deusto
Biblioteca

manchar vuestra alma, y huir aun la sombra del mal. Ya no se os oirá murmurar, ni enfureceros, ni hablar desvocadamente. Seréis pacientes en las aflicciones, perdonaréis las injurias, oiréis la Misa, siempre que os lo permitan las ocupaciones, y dispondréis vuestras cosas de tal manera que la podais oír todos los dias, sin que perturbe vuestros negocios. Solo leeréis buenos libros, solo os acompañaréis con gente de bien; viviréis, en suma, como un santo, para prepararos à recibir à Jesu-Christo à la Pasqua, y seréis el exemplo, y edificacion de la Parroquia. Ah! infelíz! tú la edificacion, siendo uno de los que menos la edifican, por no decir que la corrompen con su escándalo! ¿En qué pones, pues, tu respeto à Jesu-Christo? Cómo lo muestras? Acaso abusando con sus gracias? menospreciando sus beneficios? huyendo quando te llama? con decir que eres indigno, haciendote siempre mas con tu mala vida? Esta afectacion, pues, de respeto es un pretexto con que encubres la dureza de tu corazon, y el poco caso que haces de un Sacramento, por el qual vives en la mas pecaminosa indiferencia. Aun hay cosa peor. Este aparente respeto es un velo con que te esfuerzas à cubrir el afecto que te incita à pecar, y la culpable disposicion de no querer apartar nada de aquello que alimenta las pasiones, y el amor proprio.

Estás, pues, persuadido que para comulgar à menudo seria preciso reformar las costumbres, y el modo de vivir. Guardar la vista, y el oido, poner freno à la lengua, contener todos los sentimientos en los límites del Evangelio, someter la alma con todas sus inclinaciones al yugo de Jesu-Christo; renunciar por consiguiente à tantas necesidades, y enredos que os detienen: bien lo echas de vér; pero por no quererte hacer ninguna violencia à tí mismo, y porque la freqüencia de los Sacramentos es incompatible con la libertad de conciencia, en que quieres vivir, sin que nada pueda daros sujecion para escusarte que no frequentas los Sacramentos como debias, caes en la mayor de las contradiciones, diciendo que estás lleno de un profundo respeto à Jesu-Christo, y entre tanto procuras agradarle lo menos que puedes, y ningun cuidado te dá el ofenderle. Tal es, ò gran Dios, el respeto que os tienen estos tales. Pa-

Paso mas adelante, y Dios quiera que me engañe, ò que diga demasiado. Temerás que la freqüencia de Sacramentos no te aparte poco à poco del mundo, no te haga llegar à ser santurron para usar de los términos à la moda, y no te aleje del corazon todos los afectos, en los quales consiste toda tu satisfaccion, y felicidad. Asi suplicaron los habitantes de Genezareth à Jesu-Christo, que se apartáse de su tierra, quando vieron precipitarse en el mar sus puercos. ¡Buen Jesus temen estos tales vuestra presencia, y os huyen no por respeto, sino porque sois el enemigo del mundo, y de todo lo que el mundo ama!

Acabo con una reflexîon tanto mas evidente, quanto mas verdadera, y la haré, hijos mios, no para envileceros, y humillaros, sino para que os conozcais à vosotros mismos, y mudeis la conducta de vuestro corazon para que no os jactéis, y ceguéis, como lo haceis. Haced, pues, reflexîon, y vereis que la humildad que os aparta de la Mesa de Jesu-Christo, está llena de sobervia: sobervia, porque pretendeis estár mas instruídos que los demás acerca de las necesarias disposiciones para comulgar, pretendiendo hacer mérito, no comulgando à menudo: sobervia, porque no dejais jamás de critiquear la conducta de los que comulgan à menudo: sobervia, porque declamais continuamente contra la relajacion, la profanacion, y sacrilegios; vosotros digo, que sois aun mas relajados en vuestro proceder de lo que indican vuestras máximas. ¿Quién os ha hecho jueces de las costumbres de vuestros hermanos, escudriñadores de sus conciencias, para que tengais derecho de acusar de ignorancia, y sacrilegio la obra de este, ò aquel, cuyos exemplos proponeis, nombrandolos à aquel que os exhorta à la freqüente comunion? Solos, pues, vosotros no cometeis sacrilegios, y conoceis las disposiciones necesarias para llegaros à Jesu-Christo? Solos vosotros estais llenos del profundo respeto que se le debe? Solo vosotros, y vuestros iguales teneis la conciencia timorata, y sabeis lo que es necesario acerca de una accion tan respetable, y tan santa? Pero no seréis acaso vosotros de aquellos hypócritas que vén una paja en el ojo ageno, y no vén en el suyo una biga que lo ciega?

En-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Eſtas ſon, pues, las eſcuſas, por las quales ſe juzgan eſentos de toda obligacion para con Jeſu-Chriſto todos aquellos que no quieren aceptar ſus amoroſos convites. Ved, pues, à lo que ſe reducen, exâminad con atencion, y ſegun los principios de la fé, y de la razon. Eſcudriñad, internaos, inveſtigad, volved, y revolved à vueſtro guſto, no encontraréis en los unos ſino una mala voluntad, una mala fé expreſa; en los otros un falſo reſpeto, una humildad fingida; en caſi todos una mortal indiferencia, que es poco menos que menoſprecio, y de la qual os vengaréis, ò Dios mio, ſegun aquellas palabras que juſtamente pronunciaſte indignado: *En verdad os digo, que ninguno de aquellos hombres que han ſido llamados, no guſtarán mi cena.* (Luc. 14. 24.) Amenaza terrible, que ſe cumple, en ſentido verdadero, en aquellos que ſe alejan de eſta ſagrada Meſa, ò ſolo ſe llegan raras veces. De hecho no ſon eſtos à quienes dais à guſtar, buen Jeſus, las dulzuras de aquel delicioſo mannà. Es para ellos un manjar inſipido, en el qual encuentran la acoſtumbrada ſequedad, y nauſea que les ſon inſeparables en todos los exercicios de nueſtra ſanta Religion. No conocen ellos los interiores gemidos de una alma que ſuſpira por vos, ni las lágrimas que hace derramar la uncion de vueſtro eſpiritu: y mientras eſtas ſantas almas ſe alimentan en la comunion de vueſtra carne, como un niño con la leche de ſu madre, los malos, alejandoſe de vos, desfallecen, y ſe ſecan como la yerba del campo quando no ſe riega; ſemejantes à un hombre que ſe deſmaya, y muere por falta de alimento.

Excitad, Señor, un verdadero agradecimiento en noſotros à aquellos tiernos convites, con los quales procurais ſiempre atraernos à eſta myſterioſa Meſa, diſponednos con vueſtro amor. Haced que las ocupaciones de nueſtro eſtado, antes de ſervir de pretexto, y eſcuſa à nueſtra indiferencia, ſean un motivo que nos empeñe à llegarnos mas freqüentemente à la comunion, para ſacar de ella las luces, y la fuerza que neceſitamos para cumplir con nueſtras obligaciones, de manera que os ſean agradables; que la viſta de nueſtras miſerias, el conocimiento de nueſtra indignidad, el debido reſpeto à vueſtros adorables myſterios, no nos ſirvan para que nos

nos auſentemos de vos, ſino para hacernos deſear vueſtra preſencia con amoroſos ſuſpiros, ya que ſolo podeis curar nueſtra enfermedad; y nos alienten à buſcar los medios, uſar de la induſtria para ponernos en eſtado de recibiros dignamente, y con fruto. Haced que la ferviente piedad de aquellos que os reciben à menudo, nos llene de una ſaludable confuſion, deſpierte en noſotros una ſanta envidia, y nos llene de una ſanta emulacion. Aſi como hemos de procurar à quien os amará mas, y mejor os ſervirá, no de otra manera hemos de obrar, à quien os recibirá mas à menudo, y con mejor diſpoſicion.

Dadnosla vos, Señor, deſapegadnos de eſte mundo, y hacednos dignos de guſtar en la comunion vueſtro cuerpo adorable, y las dulzuras que en él ſe eſconden; de manera, que eſtando ſiempre hambrientos, y deſeoſos del Pan de los eſcogidos, encontrémos acá en la tierra la imagen, y el gozo anticipado del Pan inviſible, el qual nos hartará eternamente en el Cielo. Aſi ſea.

SRE-

SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO despues de Pentecostés.

COMO NOS HEMOS DE HABER con los pecadores.

Murmurabant Pharisæi, & Scribæ, dicentes: Quia hic peccatores recipit, & manducat cum illis.

Murmuraban los Escribas, y Fariséos, diciendo: Este acoge à los pecadores, y come con ellos. *San Lucas cap.* 15. ℣. 2.

NO hay modo mas tierno, mas amoroso, y mas apto para ganar à los corazones, que el que con benigna acogida usaba Jesu-Christo con ellos quando venian à oir su divina palabra; al contrario no hay cosa mas odiosa, que el modo que usaban los Fariséos hypócritas, à quienes era motivo de murmuracion, y escándalo la infinita bondad del Salvador. No sabian ellos que el que hizo à todos los hombres, à todos ama; que à él solo toca el condenar los reos; que no es menester juzgar antes de tiempo; y que finalmente, el que está sano, en lugar de insultar à los enfermos, debe tener antes compasion de su estado, y cooperar si puede à su cura.

En todas partes se encuentran hombres escandalosos, y personas de vida notoriamente mala; en todas partes se vén Chris-

Christianos, que diferentes de su divino Maestro, en lugar de sufrir con benignidad los pecadores, no cesan de hablar de ellos, juzgandolos, y condenandolos, como si se les hubiera revelado su reprobacion. Se engañan estos tales mucho, y creen de tener justo motivo para hablar asi; mientras llaman celo lo que no es en realidad sino capricho, sobervia, ò à lo menos falta de paciencia, y de caridad. Acerca de lo qual haré tres reflexiones, y os daré tres avisos, que mediante la gracia de Dios, os serán muy utiles, y son éstas: Sufrid à los malos, porque Dios los sufre: tenedles compasion, y rogad por ellos, porque tienen necesidad de una compasion infinita: huid su compañia para que no os perviertan.

PRIMERA REFLEXION.

SUfrid à los malos, porque Dios los sufre; y los sufre, dice San Agustin, ò para darles tiempo à que se conviertan, ò para exercitar la virtud de los justos. No hay cosa que mas sorprenda, y digna de nuestra admiracion, que la paciencia con que Dios sufre la malicia de ciertos hombres, los quales parece que solo viven para la ruina de otros, ò sea que los pervierten con malos exemplos, è impias máximas, ò que los infectan con la corrupcion de sus costumbres, ò que los tyranizan con el abuso de la autoridad, ò sea que juntan en uno la impiedad, el escándalo, el abuso de la autoridad que vá anexo à los empleos, y cargas sublimes, que es el colmo de la desgracia, è injusticia. Con todo los sufre Dios, bien que esté en su mano el aniquilarlos, y los sufre aun quando parece que exija su justicia, que levante el brazo, y descárgue sobre ellos el peso de toda su cólera. Las iniquidades de que se forman las vidas estos tales, le ultrajan, y le provoca su malicia; con todo los sufre, y mirandolos como hijos de una familia, de la qual es Padre universal, y omnipotente conservador, manda al Sol que nazca tambien para ellos, à todos los demás hombres que los amen, y que respeten en ellos su imagen.

Los sufre, y quiere que participen lo mismo que vosotros, de los sufragios de la Iglesia, de la solicitud de los Pastores, y de la caridad de los fieles. Los sufre, y les deja gozar de la

proteccion de las leyes que ellos quebrantan, los deja en el gremio de la Religion que despedazan, y en medio de un Pueblo que escandalizan. Los sufre, en suma, y à todos los bienes exteriores, temporales, y espirituales, añade la uncion interior de su divina gracia, los ilustra el entendimiento, les hace nacer buenos pensamientos, les toca el corazon, y excíta en ellos buenos sentimientos; les pone temor con los remordimientos de la conciencia, y lleno de bondad los llama; quando acuden à él, los acoge con tales demostraciones de ternura, que mueven à alegria el Cielo, y tierra. Pensaréis despues, queridos mios, que es el espíritu de Dios el que os hace aborrecer à los que él ama, y maldecir à quienes él bendice; desear la muerte à quienes desea conservar en vida.

¿Pero quién eres tú para poner límites à la bondad de nuestro Dios, y à su paciencia, ò disminuir su misericordia? Quién eres, digo, para pretender que exercite su cólera con trueno, y relámpago, y que condescendiendo con vuestros deseos, arroje fuego del Cielo para abrasar à los malos, ò bien abra la tierra para que los trague? No es acaso semejante este celo impaciente, indiscreto, y lleno de hiel al de los dos Apóstoles Santiago, y San Juan, los quales pretendian hacer llover del Cielo fuego que quemáse la Ciudad de Samaria, porque no lo quisieron recibir sus habitadores? No conoceis aún, les dice, qué espíritu os ha de regir: el hijo del hombre no ha venido para condenar las almas, sino para salvarlas. (Luc. 9. 55.) *Nescitis, cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare.*

Enviado el Profeta Jonás à intimar à los Ninivitas la destruccion iminente de su patria, conoce que Dios se movió à misericordia por la penitencia que hicieron, movidos, y trocados por la predicacion del Profeta. Se enoja por esto mismo, y casi airado se vuelve al Señor, y le dice: ¡Ya lo decia yo antes de salir de mi casa, y por esto mismo me dí prisa para huir à Tarso, porque sé que sois Dios clemente, misericordioso, paciente, lleno de compasion, y facil à perdonar las maldades! Quitadme ahora, os suplico, Señor, de este mundo, porque es mucho mejor para mí la muerte que la vida. Salido ya despues de la Ciudad, se asienta à la sombra que le

le hacía un toldo que el mismo se habia levantado, esperando à vér lo que sucedia. Quando se levanta, y crece de repente una yedra, que le cubre la cabeza, y la defiende de los ardientes rayos del Sol, al qual habia estado expuesto por muchas horas. Se llena de júbilo Jonás, aunque le duró poco; porque al amanecer del otro dia, un gusano enviado de Dios, roe toda la yedra, y la seca. Despues de salido el Sol envia Dios un viento fuerte, y encendido, que le quita el respiro al pobre Profeta, mientras el Sol le calienta los sesos, de suerte que se desmaya à fuerza del calor, y suplica à Dios que le quite la vida: ¿Qué mal, decia, es la muerte, en cotejo de vida tan trabajosa? Entonces le dice el Señor: Piensas acaso, Jonás, que tienes motivo para estár enojado? Te quejas por una planta de yedra que no te ha costado ninguna fatiga, y que tú no has hecho crecer, à la qual produjo una noche, y otra la ha destruído, y yo no perdonaré à la Ciudad de Nínive? (Joan. 4.)

Asi tambien nos sucede à todos muchas veces el hablar inconsideradamente, y sin juicio. Tenemos à la vista hombres malos, cuyas costumbres afligen à los hombres de bien. Los unos enriquecidos con rapiñas, y opulentos con la substancia de los pobres oprimidos, y despojados, y solo viven para contentar sus pasiones. La sobervia, la altanería, la crueldad, las injusticias, la delicadeza, la fornicacion, los adulterios, y todos los demás excesos de la disolucion, son frutos de su prosperidad, son maldades nacidas de sus desenfrenados apetitos, segun la expresion del Santo Rey David (Psalm. 72. ℣. 7.) Los otros sin fé, y sin ley, y para usar de la frase del Apostol, *sin Dios en este mundo*, parece que son mas agudos, y que alcanzan mas, con mayor talento para predicar errores, y para cubrirnos de tinieblas disipadas con la luz del Evangelio. No contentos de blasfemar descaradamente de quanto mas sagrado veneramos en la tierra, ponen su temeraria lengua en el Cielo para decir mal de la Magestad eterna que alli reside.

Sabemos por otra parte las amenazas terribles de Dios à los malos; no cesan los sagrados Ministros de alzar la voz, y de repetir en su boca estas temibles amenazas: parece que es-

estamos en el tiempo que se verifiquen ; que este llena la medida ; que el Dios todo poderoso esté aparejado para levantar el brazo para vengarse de sus enemigos : Observamos , exâminamos , esperamos , y quando vemos que vos callais , Dios mio , nos afligimos como Jonás , y tal vez nos irritamos de suerte , que llegamos à murmurar , y à quejarnos de vuestra longanimidad : nos imaginamos estár encendidos con el celo de vuestra gloria, nos dejamos llevar de movimientos de enojo, los quales, porque creemos justos, nos dán motivo para aplaudirnos à nosotros mismos : *Bene iraſcor ego.*

¡ Pero quán diversas son , gran Dios , vuestras ideas de las nuestras ! La muerte no es hechura vuestra , ni la habeis introducido en el mundo , nada os alegra el condenar à los malos. Disimulais los pecados , y retardais el castigo para que tengan tiempo de volver sobre sí , porque son hechura vuestra. No quereis que perezca el pecador , y aun quando se obstina à querer perecer , vos con todo quereis que se convierta , y viva. Entre tanto , asi como es infinita vuestra sabiduría , lo es tambien vuestra bondad ; la malicia de los pecadores no es inútil à vuestros designios , y os servís de ella para exercitar la paciencia , para probar la fidelidad , y para purificar la virtud de las almas justas.

Valga la verdad : Si Dios no hubiera sufrido los tyranos ; si los hubiese muerto al instante que fomentaban los pensamientos de perseguir los Christianos , no hubiera habido Mártyres : y su poder se hubiera admirado menos en la muerte de los tyranos , que en la heroyca paciencia de los Mártyres , la qual , menospreciando los mas horribles tormentos , se hacia superior à todo el poder de los tyranos.

Nos admiramos que haya permitido Dios , que el espíritu de las tinieblas excite en el celo del Christianismo la generacion de hombres perversos , los quales tantas veces se han visto corromper la verdad de la Fé, y sublevarse arrogantemente contra la pública doctrina de aquellos que son los depositarios : esta raza de hypócritas, que baxo la capa de reformadores , minando ocultamente los fundamentos de la Iglesia , tentaban echarlos à tierra ; aquellos lobos cubier-

biertos con la piel de ovejas , que tentaban con sus artificios adormecer à los pastores , y para hacer riza furtivamente en el redil ; aquellas zorras , de las quales hablan los Cantáres, que destrozaban la viña de la esposa ; y que acachandose, como serpientes en la yerva, jamás fueron tanto temibles , como quando menos ruido movian.

Aquellos Profetas embusteros , que con pretexto de restablecer la gloria de la gracia , destruian los fundamentos de la libertad , ponian en desesperacion à los pecadores , subministraban armas al impio , y escusas al desembuelto, abrian la puerta à todo pecado ; y que predicando la necesidad de amar à Dios , hacian imposibles sus Mandamientos , y enseñaban à los hombres el aborrecerlo ; que predicando la humildad, se levantaban insolentes contra las Potencias mas respetables, que predicando la tolerancia , no querian que se les hiciesse oposicion à sus principios falsos ; que predicando la caridad , despedazaban la fama de qualquiera que con celo les hiciesse oposicion ; que finalmente , para conseguir sus fines , empleaban alternativamente , segun las circunstancias, la temeridad, la astucia , la fuerza, los rigores , las preocupaciones del Pueblo , la credulidad de los rudos , las pasiones, la inclinacion, y los errores de qualquiera que pudiera hacerles sombra , y defenderlos con su credito, y autoridad. ¡ Gran Dios ! De quántos males no fueron causa , quántas ruinas no han causado , aun en vuestros Santuarios ? ¡ *Quanta malignatus est inimicus in Sancto* ! (Psalm. 73. 3.)

Con todo esto, amados oyentes mios, el Apostol San Pablo dice expresamente que ha de haber heregías, y que son necesarias para probar , y hacer conocer los que son firmes en la fé. En tiempo de bonanza, en que no son contrastadas las verdades de la fé, todos los Christianos parece que están igualmente constantes en su creencia ; los frios , los tibios , los fervorosos , los buenos , los malos , todos se asemejan , y se confunden entre sí. ¡ Pero si se levanta una heregía en la Iglesia , entonces sí que se hace una especie de separacion ! Cada uno parece lo que es , tal vez diverso de aquel que pensaba ser. Los unos caen, otros vacilan; los verdaderos fieles son los que permanecen constantes ; y mientras se extingue la fé , ò se

pier-

pierde en los corazones dobles, se aviva mas, y se hace mas fuerte en aquellos à quienes cupo en suerte aquella rectitud, y sencilléz, sin las quales es vana nuestra Religion.

¡ De aqui quántos exemplos de constancia no han procedido, ya en los Obispos, ya en todos los demás ordenes de fieles! Entonces los verdaderos hijos de la Iglesia con la sumision se distinguen de los otros que se revelan, y abandonan, ò lo que es peor, se tragan verdes, y maduras, beben dulce, y amargo; esto es, se forjan un systema particular de Religion, que todo lo sufre, y de todo se contenta. En fin, vemos despues de las turbulencias de la heregia, las verdades de la fé, y de la moral mas resplandeciente. Las obras escritas para aclararlas, y defenderlas, son un tesoro que enriquece à la Iglesia, y que le dan nuevas armas en los siglos venideros contra los errores. Sirven, pues, las heregias para probar la fé de los Christianos, de la manera, que la malicia de los pecadores sirve para probar la virtud de los justos.

La caridad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, son, sin duda, las mas preciosas virtudes de los Christianos, y quasi el compendio del Evangelio: y jamás se vén éstas mas resplandecientes, y brillantes, que quando son el blanco del odio de los malos. Entonces la caridad llega à su perfeccion, haciendo que ame el hombre à quien lo aborrece, vuelva bien por mal, y ruegue por quien lo persigue.

Los malos se dan priśa en oprimir à los buenos; pero la humildad crece, y se aumenta en la humillacion. Insultan los perversos à los honestos, estudian en desagradarlos, y darles que sentir, ò con menosprecio, haciendo befa de sus virtudes, ò con calumnias, tocandoles en la reputacion; ò con injusticias, despojandolos de sus bienes; ó con violencia, y crueldad, maltratando sus cuerpos; con lo qual les dán motivo para imitar à aquel, que condenado por los pecadores, no abrió la boca para defenderse, y se dejó llevar à la muerte, como un cordero al sacrificio.

¡ Ha hijos mios! ¿ qué caridad ha de ser la vuestra, si solo probais amigos? Qué humildad, si todo el mundo os adula, y alaba? Qué exercicio ha de ser el vuestro de mansedumbre, y paciencia, si nada teneis que sufrir de ninguno? Un gran mérito, à la verdad, amar à quien os ama, ò al que es amable? Mucho le costará humillarse à aquel à quien jamás le han humillado los hombres? Y si no probais jamás alguna contradicion de los hombres, ¿ cómo podeis saber si sois mansos, y pacientes?

Luego no sin razon, hermanos mios, sufre Dios à los malos; luego tambien los habeis de sufrir vosotros, admirando la infinita bondad que les dá tiempo para convertirse, y adorando la sabiduría inmensa que hace servir su malicia para la santificacion de los escogidos. Porque, pues, no se contenta solo con sufrirlos, sino que à mas de esto, les dá la gracia que necesitan para volverse à él; asi tambien vosotros no os habeis de contentar de imitar su paciencia, imitad tambien su amor, aprobad los designios de su misericordia; compadeceos de los escarriados, y no ceseis de rogar por su conversion, à fin de que seais hijos verdaderos del Padre celestial, que hace resplandecer el Sol de Justicia sobre los buenos, y malos, y que derrama sus gracias sobre los justos, y pecadores.

SEGUNDA REFLEXION.

QUanto estos mas se desvian, y endurecen, tanto mas dignos son de compasion, y sería preciso, ò no creer nada, ò estár enteramente uno privado de sentimiento de humanidad, para vivir en el infelíz estado en que viven algunos Christianos; los quales, habiendo perdido la esperanza del Cielo, se abandonan del todo à la corrupcion del corazon. Estas almas han sido formadas à la imagen de Dios, por ellas murió Jesu-Christo, y están cubiertas de su sangre; y esta sangre, y muerte de Jesu-Christo les son inútiles. Ellos son nuestros hermanos, concebidos en el seno de la Iglesia, nuestra Madre comun, gozan del mismo bautismo, están criados, como lo estamos nosotros, en la casa de Dios, que es nuestro comun Padre, el qual les ofrece las mismas gracias, y los llama à la misma felicidad. ¿ Podrémos vér nosotros con frialdad este bautismo, estas gracias, todas las riquezas de

Universidad de Deusto
Biblioteca

de la casa de Dios perdidas, respecto à nuestro hermano? En vez de insultarlo, y maldecirlo, no nos debemos mover à compasion, sabiendo el estado en que está, y las desgracias que lo atropellan? Buen Jesus! nuestros sentimientos, respecto à estas tales almas, son bien diferentes de aquella bondad, de la qual disteis pruebas tan evidentes, quando viendo à la infelíz Jerusalén, se enterneció vuestro divino corazon, y con un nuevo exceso de amor lloraste tiernamente, primicias de la sangre que habias de derramar por aquella ingrata Ciudad.

Los pecadores son ciegos, y endurecidos, porque ellos mismos se ciegan, y endurecen: perecen, porque quieren perecer por su culpa, la qual no pueden atribuir à otros con verdad: pero han de merecer por eso menos compasion? La tenemos de un hombre à quien han maltratado los ladrones; ¿pero sería acaso indigno de igual compasion un loco, ò frenético que se sacáse los ojos, y se desfiguráse el rostro? Esta es, pues, la manera de no conformarse con los sentimientos del divino Maestro, exclamar con él: ¡O pecadores, si probaseis las dulzuras infinitas de la paz interior, que es la felicidad de las almas justas! Si pudierais vér, y experimentar quan amable es la virtud que despreciais; quan odiosos son los vicios, de los quales sois esclavos; quan preciosas las gracias que despreciais; quan terrible el castigo à que os exponeis! pero todas estas cosas están escondidas à vuestros ojos. Gran Dios, centro de todas luces, y fuente de misericordia, ilustrad estos ciegos, movedlos, convertidlos, y atraedlos al camino de la virtud, por los quales habeis padecido tanto; no permitais, Salvador mio, que lleguen à ser esclavos del demonio, y del infierno.

Pero este, dirá alguno, es el mas malo de los hombres, un impio, un disoluto, un infame, que nada respeta, ni cree, que se burla de Dios, y de la Religion, no menos que de sus Ministros. Sea lo que quisiere, Jesu-Christo ha de ser su Juez. ¿Es acaso peor aquel que los Judíos, que despues de haber degollado à tantos Profetas, dieron la muerte al Salvador? Con todo esto, en el tiempo mismo que lo tenian enclavado en la Cruz, en lugar de injuriarlos, y confundirlos, le-

levantaba los ojos al Cielo, y decia: *Padre, perdonalos, pues no saben lo que hacen.*

Es trabajo perdido: jamás mudará de vida: qual ésta es será su muerte; quien vive malvado, muere precito. ¡Este modo de hablar es indigno de un discipulo de Jesu-Christo! ¿El ladron que fue crucificado à su lado, y à quien prometió el Paraíso, habia vivido acaso como predestinado? Sé que el exemplo de su compañero, el qual murió réprobro, aunque al lado del Salvador del mundo, y cubierto, digamoslo así, de la sangre que borraba todos los pecados, debe hacer temblar à los pecadores mucho mas que les debe asegurar su salvacion el exemplo del Buen Ladron. Sé que para morir bien, es preciso haber vivido bien, y es caso muy raro que muera como los justos, el que vivió como perverso pecador. ¿Pero quién de vosotros puede saber si aquel impio ha de abrir los ojos, si aquel disoluto está cerca de reformar su vida, si aquellos, en quienes creeis vér el carácter de reprobacion, ha de llegar à ser santo? No son acaso infinitas, è incomprehensibles las misericordias de Dios? Quanto mas desesperada parece la salvacion de vuestro hermano, tanto mas fervorosas han de ser vuestras oraciones. Las de Santa Mónica obtuvieron la conversion de su hijo; las de San Estevan hicieron de un perseguidor de la Iglesia un Apostol: y sobre todo, aun quando este pecador estuviese dejado enteramente de la mano de Dios, lo que no podeis saber, ni pensar, ¿no sería mas digo de compasion?

Pero rogando por los pecadores, guardaos sobre todo, que vuestros sentimientos de compasion no vayan mezclados con los de sobervia, y vana complacencia de vosotros mismos, estimandoos mejor que ellos, por quienes pedís la conversion. Acardaos, hijos mios, de lo que tantas veces os he dicho, y jamás lo diré bastante. Si no teneis los mismos vicios, teneis la raiz en el corazon, de donde nacen los mas enormes pecados; y aunque no produzcais los mismos frutos, no dejais de ser por esto un arbol de la misma especie. Acordaos que originariamente no teneis de vosotros mismos ninguna cosa mejor que los malos, pues en estos no hay culpa, de la qual no podais ser reos, si no os detiene la mis-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ma mano que formó à todos los hombres de barro.

Esta reflexion debería humillaros, qualesquiera que seais, aunque os parezca que podeis jactaros de alguna virtud, deberian con todo, haceros temblar los malos exemplos, inspirandoos un temor saludable que os junte mas con Jesu-Christo, y os haga estár alerta, para llegar à ser semenjantes à aquellos que piensan perversamente, y que llevan una vida escandalosa. Y así como el medio mas seguro para no llegar à ser semejantes à aquellos, es el no frequentar sus compañias, la caridad christiana está bien regulada, la qual quiere que los sufframos, y roguemos por ellos; pero quiere tambien, que huyendo de su compañia, evitemos las impresiones que pudieran hacer en nosotros sus conversaciones, y malos exemplos.

TERCERA REFLEXION.

QUando digo que es menester huir la compañia de los malos, yo no pretendo decir que se deba huir su trato absolutamente. Se trata muchas veces por obligacion, ò necesidad; se trata por caridad, ò por conveniencia; se trata por confianza, y amistad. Por malos que puedan ser nuestros superiores, si con todo lo son, no por esto estamos dispensados de venerarlos, y de obedecerles en todo lo que no es contrario à la ley de Dios. Sea, pues, malo quanto quiera un Rey, un padre, ò un amo, no pierden ningun derecho de los que la naturaleza, la razon, ó la Religion les dán sobre sus hijos, vasallos, ò criados, y no se merecen menos respeto.

Por otra parte la necesidad que tenemos los unos de los otros, las ocupaciones de cada estado, las obligaciones de la caridad christiana nos ponen cada dia en la necesidad de tratar con personas, de quienes se puede decir, que ni tienen costumbres, ni sentimientos christianos, y con quienes por consiguiente, ningun bien podemos sacar para nuestras almas. Finalmente hay necesidad de tratar por conveniencia: y aunque haya personas con quienes se podria dejar, absolutamente hablando, de lograr alguna conveniencia, porque llevan una vida escandalosa, es mayor prudencia el ser humano con todos los hombres, tales quales son quando lo pide la cortesía. No hablo, pues, de lo que exige la obligacion, ni de lo que nos precisa la necesidad, sino solo de un frequente, y habitual trato, al qual ninguna cosa nos precisa; de un conversar contínuo, que no se puede escusar de ningun modo, de una estrecha amistad sin necesidad alguna. Sobre lo qual oid, amados Parroquianos mios, lo que debo deciros para vuestra instruccion. Dios haga que os aprovecheis de ella.

Si teneis bastante alcance para no dejaros confundir, y envenenar con las falsas razones del impio que declama cada dia contra la Religion; si teneis bastante celo para defender la Iglesia vuestra Madre, de las vanas sutilezas del herege, y de las calumnias con que procura desacreditarla; si teneis una virtud tan probada que no se pueda temer que flaquee, ni con impios discursos, ni con consejos temerarios, ni con los exemplos contagiosos de aquellos hombres corrompidos, cuyo pensamiento, corazon, ojos, y boca no respiran sino delicadeza femenil, luxuria, y desenvoltura; si os encontrais bien proveidos de caridad para cerrar la boca à los maldicientes, para defender las personas ausentes que son calumniadas, è infamadas: en suma, si no frequentais los enemigos de la Religion sino para ilustrarlos, à los enemigos de la Iglesia para reducirlos, à los enemigos de la virtud para reconciliarlos con ella; si por otra parte no teneis que temer que ciertas amistades puedan hacer nacer entre el pueblo algunas sospechas sobre vuestra creencia, ò sobre la pureza de vuestras costumbres, no perdiendo la mira del pais en que habitais, ni de las circunstancias en que vivis; en hora buena, frequentad la compañia de los pecadores, travad con ellos amistad, sed los Apóstoles de la verdad, de la caridad, y buenas costumbres. Confundid al impio, avergonzad al disoluto, poned freno à la lengua de los murmuradores, reprehended todos los vicios, predicad todas las virtudes, y esparcid en todas ocasiones el buen olor de Christo.

Pero si temeis que os pueda dañar la compañia de los malos, antes que convertirlos con la vuestra, si sois uno de aquellos flacos, como hay muchos, sin constancia de ánimo,

y sin luces algunas faciles à recibir qualquiera impresion; que dán credito à los estravagantes inventos de los incrédulos, que se venden por Filósofos con tanta seriedad, como si oyesen los mas graves sermones; si sois uno de aquellos espíritus voltarios que à todos dán razon, y que despues de haber hablado sobre la Religion con un herege, dicen, que es un hombre de bien, que solo se disputa de palabra, y que nada se ha decidido sobre tales materias: si sois uno de aquellos espíritus crédulos, que facilmente dán oidos à todo quanto se les dice contra el proximo, y con sola esta relacion lo condenan; que por dichos inciertos, y sin fundamento, y habillas de mugeres, pierden la estima, y confianza del que sin razon es infamado: en suma, si no teneis repugnancia à las conversaciones deshonestas, antes bien os sentis inclinados à ellas, y sacais gusto, y contento como los otros, corréis riesgo de llegar à ser impio con los impios, disoluto con los disolutos, murmurador con los que lo son, é incrédulo con los que han apostatado de la fé. ¿A quién preguntarán despues quién eres? Responderémos con aquel proverbio tan sabido: *Dime con quien andas, y te diré quien eres.*

Demasiado lo sabeis vosotros que me ois con tanta atencion, y que habeis conocido quanto os convienen aquellas palabras. Os veia antes el mundo pensar, y obrar como Christianos; vuestro hablar, y modo de vivir era de verdadero Cathólico; estabais llenos de respeto por la Religion, Iglesia, y Pastores, que la gobiernan; pero ya sois otros. ¿Quándo habeis perdido los sentimientos piadosos? Despues que habeis travado amistad con ciertas personas que tienen por gloria no creer nada; ò con otros, que llenos de amor proprio, y pagados de sus talentos, no creen sino lo que les agrada. Tanto los habeis oido, que os habeis hecho à su modo de pensar, y obrar. Tanto ha sido el veneno que ha vomitado en vuestra presencia, que habeis tambien tragado contra vuestra voluntad. El mal os ha penetrado hasta las entrañas, y lo que es peor, no lo echais de vér; pero si Dios os concede la gracia de abrir los ojos, conoceréis entonces la verdad que os predico, y os arrepentiréis de no haber seguido antes los consejos que tantas veces os he dado, y os repito.

¿Y

¿Y tú, hijo mio, de qué tiempo acá has comenzado à frequentar las tarbernas, y à ser un desenvuelto? Fue acaso la compañia de aquel que te ha echado à perder? Cada uno dé una ojeada à su vida; exâmine, y recapacite, y verá que los vicios, de los quales es esclavo, proceden en gran parte de la desgracia que ha tenido en frequentar à los malos.

Huid, pues, queridos mios, huid, dice el Sabio, la compañia de los malos, para no ser semejantes à ellos: la manzana mas sana se pudre entre las podridas. Es dificil conservar la salud, respirando un ayre inficionado, y contagioso; las enfermedades del alma se contraen como las del cuerpo: y asi como huimos la vista de casa de los apestados, si no nos lleva el deber, y la caridad; asi hemos de huir la compañia de los malos, si no tenemos causa legitima que nos obligue à frequentarlos.

No permitais, Dios mio, que nuestra vida sea semejante à la de los hombres sin costumbres, è impios, ni que lleguémos à sentir con los pecados el olor de muerto que despiden, al qual es imposible sentir sin que la fé pierda algo de su sencilléz, ò las costumbres algo de su inocencia. Inspiradnos, Señor, un santo horror de los vicios de los malos; pero dadnos al mismo tiempo para sus personas aquellos sentimientos de bondad, mansedumbre, y paciencia, que son las señales mas verdaderas para distinguir los verdaderos discípulos de Jesu-Christo, el qual solo se hizo hombre para salvar à los pecadores, y se complace de derramar abundantes gracias donde vé abundancia de pecados; y de quien los mayores pecadores reciben las mas tiernas muestras de ternura, si acuden à él arrepentidos.

Enseñadnos, ò bondad infinita, à sufrirlos como vos los sufris, à amarlos como vos los amais; à desear su conversion como vos la deseais. Condescended, ò buen Pastor, con las súplicas de la Iglesia, la qual no cesa de pediros la vuelta, y recóbro de la oveja perdida. Ay de mi! todos nosotros nos hemos descarriado; y aunque no nos hemos olvidado de vuestra ley, ningun dia dejamos, por nuestra desgracia, de ofenderos. Convertidnos, ò gran Dios, y aplacad vuestra cólera, la qual tantas veces hemos merecido.

Acor-

Acordaos de vuestra misericordia, y por malos que seámos, no os olvideis que somos obra de vuestras manos, y que nos habeis amado hasta la muerte para comprarnos una eterna felicidad. Os la deseo, queridos mios, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.* Asi sea.

SERMON

PARA EL QUARTO DOMINGO despues de Pentecostés.

AFICIONARSE A FREQUENTAR la propria Parroquia.

Docebat de navicula turbas.

Jesu-Christo enseñaba à la muchedumbre desde la barquichuela. *San Lucas cap. 5. ℣. 3.*

LA Nave de San Pedro, en que Jesu-Christo entró, y desde donde enseñaba al pueblo que le habia seguido para oir la divina palabra que salia de su boca, era la figura de la Iglesia Cathólica, desde la qual Jesu-Christo enseña à todas las naciones, con el ministerio de los Pastores, que él mismo estableció, y de la qual es Cabeza visible el sucesor de San Pedro. Estas palabras que aplicamos à la Iglesia universal, fuera de la qual no hay ni verdad, ni salvacion, se pueden aplicar en el mismo sentido à todas las Iglesias particulares, y à cada uno de los Pastores que los gobiernan; de manera que se puede decir de cada uno de los Obispos en su Diocesi (pero salvas siempre las reglas de subordinacion, y de-

dependencia, por las quales los unos están sujetos à otros) y de cada uno de los Curas en su Parroquia, lo que el Evangelio dice hoy de Jesu-Christo, que enseñaba al pueblo desde la barca: *Docebat de navicula turbas*; ò bien Jesu-Christo mismo es aquel que en la persona de su Ministros distribuye el pan de la palabra, y dispensa los sagrados mysterios à los fieles, esparcidos por todo el mundo, divididos en muchas Iglesias, que viviendo en la confesion de la misma fé, forman un solo rebaño, del qual él mismo es Pastor invisible, y universal.

De aqui proviene, que asi como cada uno de los Pastores está obligado á pacer, y guardar la porcion de ovejas que se le han encargado, asi cada uno de los fieles debe aficionarse, y freqüentar la propria Iglesia, y seguir al Pastor, que tiene cuidado de ella. O bien, si quereis que yo me explique mas claramente: asi como todos los Curas deben velar sobre sus respectivos Parroquianos, instruirles, y administrarles los Sacramentos; asi tambien debe cada uno de los Parroquianos freqüentar su Parroquia, cobrarla afecto, como una oveja à su redil; y no ir de Iglesia en Iglesia, con las quales no tiene comunicacion alguna, y donde no puede ser recibido sino es como forastero. Esto es lo que debo hoy deciros, amados oyentes mios, enseñaros à conocer, y amar la propria Parroquia; enseñaros la obligacion que teneis de asistir à los divinos Oficios, y exercicios que en ella se hacen, y particularmente à la Misa parroquial. Sugeto es este importante, acerca del qual el relajamiento, y los abusos han llegado en este tiempo à su ultimo exceso.

PRIMERA REFLEXION.

ABuso estraño, que turba el buen orden, que destruye las leyes de la naturaleza, y las reglas mas sabias de la Iglesia, alejando à los hijos de la casa paterna, dividiendo al rebaño del Pastor, robandolo à su vigilancia, reduciendo aun à los mas exâctos, celosos, y atentos à la imposibilidad de instruir à los ignorantes, de sostener á los flacos, de poner en buen camino à los perdidos, y de cumplir, respecto

à

à sus ovejas, la mas esencial de todas sus obligaciones.

¿Qué abuso mas estraño que este? Se cree que un Párroco deba explicar el Evangelio los Domingos, pero se cree que no están obligados sus Parroquianos à oirlo; que deba ofrecer en aquel dia, por ellos en particular, el santo sacrificio de la Misa, pero que no están ellos obligados à asistir; que deba ofrecer sus oraciones juntas con las de ellos, pero que no están obligados à juntarlas con las de su Pastor; que esté obligado à juntarse con ellos en la Iglesia, mas que no lo están ellos de unirse con él. ¡Qué contradicion! qué cosa tan absurda!

Quando para convencer à los fieles de la obligacion que tienen de frequentar la Parroquia, citamos el precepto de la Iglesia, las decisiones de los Concilios, la autoridad de los Padres, los estatutos de la Diocesi, antes bien todas las decisiones del Reyno sobre un punto, al qual deberian bastar la sola luz de la razon; es menester, pues, que sea ciego, y relajado el que responde, como acontece ordinariamente, que Dios está en todas partes, y que son buenas todas las Iglesias. Sí, no hay que poner duda, en todas partes está Dios: llena el Cielo, y Tierra; está presente en lo mas interior de nuestro corazon; es testigo eterno de nuestros mas ocultos pensamientos. ¡Quisiera Dios que esta reflexion jamás se apartáse de tu pensamiento; y que embebido siempre en esta su divina presencia, jamás la perdieses de vista! serías entonces mas puntual en cumplir con lo que manda, y en evitar todo lo que prohibe. Pero aunque esté presente en todas partes, lo está de una manera mas especial en las Iglesias que le están consagradas à su culto; esto es, dá en ellas señales mas expresivas de su presencia. En ellas ha puesto el trono de su misericordia, à ellas acuden los fieles para implorar su bondad; juntados todos en ellas, rendimos público omenage con nuestras oraciones à la Magestad eterna que en ellas reside: en las mismas ofrecen los sagrados Ministros el tremendo sacrificio del cuerpo, y sangre del Señor. Son las Iglesias la casa de Dios, la puerta del Cielo de los pecadores, el vaso, digamoslo asi, donde se conservan las gracias que se distribuyen por medio de los Sacramentos; y esta es la razon, por la qual quiere el Se-

Señor que la vista de su Santuario nos llene de profundo respeto, y de un sacro horror. Pero para no multiplicar alabanzas, ¿quién no conoce la diferencia que hay de las Iglesias à los demás lugares, aunque esté persuadido que Dios está presente en todas partes?

Pero para contigo, hijo mio, hay una gran diferencia entre tu Parroquia, y las otras Iglesias; aunque se presente el mismo Dios en la sagrada Mesa, se ofrezca el mismo sacrificio, y se hagan las mismas oraciones en todas las Iglesias; pero habeis nacido en Jesu-Christo en vuestra Parroquia, os habeis alimentado como un niño en el pecho de su madre, de la leche de la doctrina Christiana por medio de vuestro Párroco: en ésta se os reparte el pan de la palabra divina, y habeis de comer el Cordero Pasqual: en ésta pedis los ultimos Sacramentos, y debe ser presentado à ella vuestro cuerpo, antes de ponerlo en la sepultura. La Parroquia, pues, es la comun casa de los fieles, que en calidad de Parroquianos tienen derecho incontrastable sobre los bienes de que abunda; derecho incontrastable sobre los Sacramentos, oraciones, instrucciones que se hacen, y sobre todas las gracias que se distribuyen. ¿Todas estas cosas las podeis pretender igualmente de las otras Iglesias que nada os deben, y sobre las quales ningun derecho teneis?

Veneramos las casas religiosas, en las quales la virtud, y la piedad ván à guarecerse de la corruptela del siglo. Estamos llenos de veneracion para con el estado religioso, como para con todas las personas que visten un abito tan respetable, y un carácter tan sagrado. Las reputámos por almas privilegiadas, y escondidas por Dios en su Tabernáculo, en donde no cesan de levantar las manos al Cielo para hacer llover sobre la grey de Jesu-Christo, y sobre los sagrados Pastores, y Ministros las bendiciones del Padre de las misericordias. A estos sinceros sentimientos juntamos un verdadero agradecimiento, porque se dignan alguna vez de dejar su soledad para participar de la fatiga de nuestro ministerio, quando es abundante la mies, y es poco corto el número de los operarios que, por desgracia,

 vá

vá disminuyendo todos los dias, y no es bastante para tan grande obra.

Con todo esto os diremos sinceramente, que sus Iglesias no se han hecho para vosotros, y que en ellas estais fuera de lugar; y que es un abuso intolerable el ir de tropel à los Conventos, mientras os llama la Iglesia à vuestra Parroquia. Decid quanto querais, que yo hablo por celos: lo confesamos sin vergüenza: si somos celosos, no hay duda, antes bien nos jactamos de ello. De tal celo nos dá exemplo el Apostol San Pablo, y vosotros lo debeis llevar à bien, porque no puede haber otro principio que el amor que os tenemos, y la ternura que profesamos à vuestras almas. En este particular, en lugar de temer el ofender en algo à los Religiosos, estamos antes persuadidos de convenir con ellos: y si alguno de ellos subiese à este púlpito para predicar, como lo suelen hacer por su bondad, y hablase sobre las obligaciones que teneis con la Parroquia, no pensaria diversamente de lo que nosotros pensamos. Su celo tal vez los llevaria mas allá, y oid lo que tal vez os dirian.

No sin razon se lamentan vuestros Párrocos, porque muchos de vosotros se ausentan habitualmente de la Parroquia, y no asisten jamás à las funciones sagradas sino es en las nuestras. ¿De quándo acá nuestras Iglesias se han hecho Parroquias? Somos acaso nosotros vuestros Párrocos? Vuestras almas se nos han encomendado como si hubiesemos de dár cuenta à Dios de ellas? Qué tenemos que vér nosotros con ciertas ovejas vagamundas, que abandonan su redil, se alejan de su Pastor, y jamás oyen su voz? Se han hecho acaso nuestras Iglesias para facilitar à los malos Christianos la profanacion de la obligacion mas indispensable?

¿En qué desconfianza no nos haceis caer con vuestros Párrocos? No es justo nuestro temor de que se lamenten de nosotros, como si os ponemos cebo para atraeros, y nos atribuyan à delito el decir Misa à todas horas, como si quisiesemos alimentar vuestra relajacion, procurando vuestra comodidad? No obligais en cierto modo à vuestros Curas, y à nosotros mismos, à desear que estén cerradas los Domingos nuestras Iglesias, y à que se renueve la prohicion de San

San Gregorio Papa, y despues de él, del Concilio Calcedonense, de no hacer funciones públicas en las Iglesias de nuestros Monasterios? *Missas publicas in Cœnobiis fieri omnino prohibemus.*

¿Pero qué dolor, y vergüenza no nos causa que sean nuestras Iglesias, por decirlo asi, el receptáculo de los menos Christianos, y de los mas escandalosos de la Parroquia? No se vén jamás entonces en nuestras Iglesias, en tiempo de las funciones de la Parroquia, aquellos verdaderos Christianos, que con sus costumbres puras, y vida inocente, son el consuelo de su Pastor, y la edificacion de la grey. Sé hay un impio que oye la Misa solo por hacer figura; un disoluto que no vá à la Iglesia sino para mezclar el humo fétido de su pasion con el del incienso que se quema en los altares; una virgen necia, una muger insensata, que habiendose levantado al medio dia, y despues de remirarse en el espejo, corre en busca de una Misa de ocho à diez minutos; en suma, si hay Christianos sin respeto à la casa de Dios, que solo ván para, distraer à los demás, y escandalizarlos; todos estos acuden à nuestros Iglesias. Dios mio! el mundo que hemos abandonado, el mundo mas corrompido viene con el mal olor de muerto, que despide; do quiera que está, viene à apegarnos el contagio à la soledad, en donde todo habia de respirar olor de Christo! Tales, Parroquianos mios, serian las quejas del venerable Religioso si hablase en mi lugar; y por desgracia solo diria la verdad.

No permita el Cielo que queramos impediros el freqüentar sus Iglesias, quando no os llama la obligacion à la Parroquia. Asistid à la Misa enhorabuena, al Oficio, y otros exercicios de piedad que se hacen, con tal que no sea en los dias de fiesta; os exhortamos à ello antes que impedirlo. Id à edificaros, observando el decóro, la gravedad, la modestia con que celebran los Religiosos el Oficio divino. Miradles, y veréis en su exterior la interior imagen de la piedad que los anima, y que condena vuestra distraccion, la poca reverencia, y la impaciencia que mostrais en la casa de Dios. Id, y veréis como condenan vuestras miradas curiosas, las posturas indecentes, las hablillas profanas en aquel santo lugar, la tibieza,

y relajacion en quanto pertenece al servicio de Dios, y à los exercicios de Religion. Id, pues, pero acordaos que los Domingos, y fiestas os llama la Parroquia, que la intencion de los Religiosos es contribuir al bien de las almas, y no à su ruina; que tales casas de retiro fabricadas en medio de nuestras Parroquias, se hacen para la edificacion, no para descomponer el buen orden; que la asistencia à los divinos Oficios, especialmente à la Misa Parroquial, ha sido en todos tiempos una obligacion indispensable para los fieles.

SEGUNDA REFLEXION.

Si en lugar de exôrtaros, como lo hago, à cumplir con la obligacion de un bueno, y fiel Parroquiano, asistiendo à todos los exercicios que se hacen en esta Parroquia los Domingos, y fiestas, os dixese al contrario, que no hay ningun precepto que os obligue, y que podais con toda seguridad de conciencia dejar de asistir: que es lo mismo oir Misa en la Parroquia que en otra qualquiera Iglesia; si mudando de repente lenguage, os dixese: hijos mios, no os dé pena alguna; aunque no vengais à la Parroquia sino tres, ò quatro veces al año, y aunque no vengais jamás, no por eso os afligais; es licito à qualquiera buscar su comodidad, y vosotros haceis muy bien en buscarla. La Misa Parroquial es demasiado larga; se bendice el agua, se hace la procesion, y hay Sermon, que jamás se acaba; en invierno se padece un frio insoportable, por el verano un calor excesivo; à mas de esto es muy incomoda la hora; es preciso levantarse à los ocho para asistir à las nueve: la Iglesia es buena madre, ni pide à sus hijos, principalmente si son de consideracion, que se levanten à las ocho, aunque se tratáse de dos veces al mes; sería cosa dura, y aun casi bárbara, especialmente despues de haber pasado la noche jugando, ó baylando. Sosegaos, creedme à mi, y dejar decir al que quiera poneros escrúpulo.

Es verdad que todos los Concilios que han hablado de la obligacion que tienen los fieles de oir Misa los Domingos, y fiestas, han entendido la Misa Parroquial. Es verdad

dad que muchos de ellos han amenazado excomulgar à qualquiera que dejáse de asistir à ella por tres Domingos consecutivos. Hay, à mas de esto, un Concilio de Paris, que manda à los Curas el denunciar à el Promotor aquellos Parroquianos que han faltado à esto. Es verdad que el Concilio de Trento dice expresamente que estamos obligados à asistir à la Misa Parroquial; que la doctrina del Concilio sobre este punto ha sido recibida de un gran número de Concilios Provinciales, y Synodos tenidos en Francia. Es verdad que todos los Ritos del Reyno, y los Estatutos de todas las Diocesis, ninguna cosa encomiendan tanto à los Curas como el que inculquen à sus Parroquianos la obligacion de asistir à la Misa Parroquial. Es tambien verdad que los mas célebres Moralistas deciden ser pecado mortal el faltar à dicha Misa tres Domingos consecutivos, quando no haya escusa legitima que dispense: hay tambien otros que pretenden haber obligacion de asistir los Domingos, bajo pena de pecado, tal vez mortal, ò à lo menos venial, cada vez que se pueda hacer comodamente. Todo esto es verdad; pero todos los Concilios, los Synodos, los Ritos, y Theólogos, toda la Iglesia ha llevado las cosas muy à la larga, y podemos dejar de seguirlos.

Podeis, pues, escogeros un Convento cercano, de honestos Religiosos, donde se hacen, es verdad, los Oficios divinos; se está con comodidad, y no se encuentran, como en la Parroquia, muchos que vienen à sacaros la limosna, los unos para los pobres, otros para proseguir la Fábrica; estos para el Santisimo Sacramento, aquellos para la Capilla de la Virgen. Alli no se alarga el Sermon con el anúncio de las fiestas, de las vigilias, ayunos, y oraciones que se hacen por la Iglesia, por los Pastores, por el Rey, su familia, y Reyno, por las viudas, afligidos, enfermos, y caminantes; por todas las necesidades temporales, y espirituales de la Parroquia. Un Parroquiano puede estár pagado de todo esto.

¿Ha de tomarse acaso ningun cuidado, si hay, ò no hay dinero para los pobres? que tenga, ò no tenga la Fábrica para el servicio divino quanto necesita? que la Iglesia Parroquial

se

Universidad de Deusto
Biblioteca

se asemege al portal de Betlem, ò al templo de Salomón; ¿ qué tienen que vér todas estas cosas con el Parroquiano ? Qué cosa tiene él de comun con el Sacramento, con la Virgen, y Santos, ò con el culto que se dá à unos, y otros ? Qué obligacion tiene de asistir à las oraciones que se hacen por el Papa, Obispo, Rey, afligidos enfermos, ò por él mismo?

Decidme, pues, ahora: ¿ Qué pensariais de mí, si yo así os hablàse ? Diriais que yo he perdido del todo el juicio, os avergonzariais, os taparíais las orejas, por no oirme, y tendriais razon. Pero si lo que os digo es puntualmente lo que haceis, ¿ cómo, pues, no creeis que obrais mal, portandoos así, y que para satisfacer al precepto de la Iglesia, es preciso que asistais habitualmente à la Misa parroquial ? No os citaré, pues, los Concilios, ni Doctores, ni estatutos Synodales; apelo à vuestra conciencia: ¿ y qué cosas os dirá ésta, si quereis oirla ?

El rebaño, del qual soy una oveja, está ahora junto con mi Pastor en la casa de Dios; ofrecen todos juntos el sacrificio del cuerpo, y sangre del Señor para darle gracias de los favores que ha derramado sobre nosotros entre semana, y pedirle para la otra nuevas bendiciones. Tal sacrificio se ofrece hoy con particularidad por todos los Parroquianos, y en nombre de todos generalmente, y por cada uno, y en nombre de cada uno en particular, se ofrece, pues, tambien por mí: y entre tanto que el Párroco, y mis hermanos están juntos rogando por mí, en lugar de juntarme con ellos, y rezar, me separo, y huyo de su compañia.

En tan respetable junta el Sacerdote, despues de haber purificado el agua, bendice al pueblo, siendo ella como la figura de la sangre adorable que invisiblemente se esparce en nuestras almas. Se distribuye despues à los fieles el pan bendito, para que se acuerden que son hijos de un mismo Padre, convidados à la misma Mesa, alimentados con el mismo Pan celestial, cuya imagen es el pan bendito; y siendo todos juntos un mismo cuerpo, de aqui es que son miembros unos de otros, y deberian ser por consiguiente un solo corazon, y alma.

Rodeado despues el Pastor de sus ovejas, las hace oir su voz, y habla como un Padre à sus hijos. Les pone à la vista sus flaquezas, porque las conoce: el carácter de Párroco, del qual está vestido, inspira à su voz una autoridad, y ternura que penetran; una libertad, y facilidad, que hacen sobresalir las cosas mas comunes, y hacen en cierto modo sublimes las expresiones familiares. Quanto mas sencillos, è insipidos serian en boca de Predicadores estraños, en la de los Párrocos se hacen interesantes. Lo que tal vez à aquellos cuesta mucho trabajo, en el Párroco solo son expresiones del corazon, y un efecto de un celo paterno, que tiene en él lugar de eloqüencia. Todo vá bien, todo aprovecha, todo agrada, dicho por un buen Padre que levanta la voz en medio de sus amados hijos, ahora los instruya, ò reprehenda: ahora les dé quejas, ò les alabe.

Pero finalmente supongamos que vuestro Párroco no tuviese prendas, ni talento, y llegáse el caso de quejarse como Jeremías de no saber hablar; el Señor que os lo ha enviado, sabrá abrirle la boca, y ponerle en ella palabras edificativas: no tendrán ellas, à decir la verdad, aquella eloqüencia que se concilia el ánimo mientras dán gusto; pero no por eso serán menos aptas à moveros el corazon, con tal que vuestros sentimientos sean de oveja dócil, y sencilla. Obrarán ellas mucho mas en vuestro corazon, que los discursos eloqüentes, y pomposos de un estraño, por la gracia particular que vá anexa al ministerio, y à la voz de vuestro Pastor.

Haced, pues, reflexion, amados hijos mios, y reconoced quán dignos sois de reprehension, quando abandonais vuestra Parroquia para freqüentar otras Iglesias, en donde no podeis ser recibidos sino como forasteros. Faltais à la ley de Dios, que os manda el asistir: à vuestro Pastor que os llama, à vuestros hermanos que se escandalizan, porque no os vén jamás en ella, y excomulgandoos en cierto modo de vosotros mismos, os privais de las bendiciones que Dios echa sobre una Parroquia, quando recogidos en ella todos los miembros que la componen, están juntos para orar: entonces todas las voces unidas penetran el Cielo, y nos levantan hasta el trono de la misericordia. Faltais, pues, à Dios en este particular, à la Iglesia, à sus Ministros, al proximo, y à vosotros mismos.

Los Christianos de los primeros siglos, à pesar de los ty-

tyranos que les prohibian el juntarse, acudian con peligro de sus vidas à los lugares subterráneos, en donde era forzoso el esconderse para asistir à los sagrados mysterios: y vosotros, que nada os impide, y que no podeis alegar en contrario fuera de vuestra tibieza, negligencia, y poltroneria, os atreveis à faltar francamente à una de las obligaciones mas sagradas de la Religion. Los anacoretas de Egypto, quando llegaba el Domingo, dejaban sus desiertos para juntarse con los fieles, à quienes presidia el Párroco, de donde partian cantando cánticos de alegria, y de accion de gracias: y vosotros que habitais en medio de la ciudad; tal vez vecinos à la Parroquia, como si nada de comun tuvieseis con la grey que alli se junta, os separais, alejais, y os desterrais, si es lícito el decirlo asi, de vosotros mismos. Pensad, pues, y ved si vuestra conducta esté bien regulada delante de Dios, y de los hombres.

No permita Dios, amados oyentes mios, que yo abance alguna proposicion sobre este punto. Bien sabeis que no acostúmbro exôrtaros à cosas superiores à vuestras fuerzas, y que nada pido que no podais practicar facilmente con un poco de buena voluntad, acompañada con la gracia de Dios. Asi tambien no os prédico lo que es mas perfecto, sino solo lo que es indispensable, y à lo que no podeis faltar sin pecado. Sé que hay motivos legitimos para faltar lícitamente à la Misa Parroquial: La vejéz, la distancia del lugar, junta con la dificultad del camino, à mas de los motivos de esta especie, hay otros particulares, acerca de los quales, no sé, debo explicarme desde este lugar, y son raros, y no pertenecen, à Dios gracias, ni à vosotros, ni à mí. En suma, todos aquellos motivos, que exâminados delante de Dios, y con buena fé, de alguno que no pretende halagarse, parezcan justos, y legitimos, pueden dispensarlo en ciertos casos de la ley comun. Pero sobre este punto, como sobre otros muchos que tiene recto corazon, y conciencia timorata, no se fia enteramente de sí, sino que consulta un director prudente, y de bien, à quien propone sencillamente sus razones, y con la misma sencillez, se regúla segun la decision.

Me ciño, pues, à decir en general, que quien puede ve-

venid todos los Domingos à la Misa Parroquial, está obligado à asistir à ella bajo pena de pecado venial, que puede llegar à ser mortal en ciertas ocasiones, y circunstancias, las quales seria cosa larga el contar. Digo, que qualquiera, que no estando legitimamente impedido, falta à la Misa Parroquial tres Domingos consecutivos, comete un pecado mortal. Digo (1) que en una casa bien regulada, la mayor parte asiste à la Misa Parroquial; que se dá comodidad à los criados para hacerlos asistir; y que en cada familia ha de haber alguno que asista à la Misa Parroquial. Esto es lo que hemos oido, y lo que predicamos con los demás Párrocos. Si hay alguno que predique lo contrario, dirémos francamente que no tiene el espiritu de Jesu-Christo, que ignora las leyes de la Iglesia, que nada vale su moral, y que se condena él, y el que lo cree.

(1) El Autor ya citado sobre el Concilio de Trento: el qual en la sesion 24. cap. 4. de Reform. dice: *Moneat Episcopus populum diligenter, teneri unumquemque Parochiæ suæ interesse, ubi comode id fieri potest ad audiendum verbum Dei*: En la qual doctrina, insistiendo gran parte de las Iglesias Francesas, han llegado éstas (dice el Autor mencionado arriba) en sus Concilios Provinciales, y Synodales à tal *Sanccion*.

Se lee en las Actas de la Iglesia de Milán, en el Concilio Provincial VI. titulo de *Parocho, & Parochus, & Canonum ratio, & disciplina Ecclesiastica id maxime postulat, ut ad Ecclesiam Parochialem fideles, quam frequentissime conveniant; id quod ab Episcopis accurate eos monere œcumenica Synodus Tridentina pie, salutariterque decrevit.*

A mas de esto el Decreto de freqüentar las Parroquias en los dias de fiesta, está explicado en el titulo arriba dicho; y se publica todos los años en Italiano entre otros Decretos del Concilio de Trento, y de Concilios Provinciales, y Synodales Milaneses.

Vease en las dichas Actas de la Iglesia de Milán el Concilio Provinc. 1. tit. *Quæ pertinent ad celebrationem Missæ, & Decreta generalia visit. Apost. in Synodo Diœcesi. Mediol. 5. tit. suum etiam munus diligenter obeant Parochi.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

Inſpirad, pues, Dios mio, à todos mis Parroquianos los ſentimientos de reſpeto, agradecimiento, y amor de que deben eſtár penetrados por eſta Igleſia ſu Madre. Haced que abran los ojos, y ſe enternezcan à viſta de aquella ſagrada fuente, en la qual les habeis dado un mas precioſo nacimiento del que lograron de ſus madres; à viſta de eſa Meſa ſagrada, donde han comido la primera vez el Cordero que borra los pecados del mundo, y en donde eſtán obligados à cumplir con la Paſqua con ſu proprio Paſtor: à viſta de eſte púlpito, deſde donde hace oír ſu voz à ſus ovejas, diſtribuyendo à cada una el manjar que ſabe ſerles mas neceſario, y provechoſo.

Aqui, Señor miſericordioſo, encontramos el manantial de vueſtras gracias: fuente precioſa, que por medio de los Sacramentos, no ceſa de derramar ſobre noſotros, deſde el principio de nueſtro sér, haſta la muerte, que nos acompaña con las oraciones de la Igleſia haſta el ſepulcro, y paſando mas allá de eſta vida, refrigera nueſtras almas en aquel lugar de tormento con que ſe purifican antes de entrar, ò Dios infinitamente juſto, en la eterna manſion de la gloria.

Eſta es verdaderamente la montaña fértil, de la qual habla vueſtro Profeta, cubierta en todo tiempo de delicioſos paſtos: *Mons Dei, mons pinguis.* A ella acuden vueſtras ovejas, y ſe recojen bajo vueſtra ſombra, ò buen Paſtor. Alli vos las alimentais, y defendeis, y ellas deſcanſan en vueſtro ſeno, juntandoſe à vos, como al unico que las puede guardar de los lobos rapaces, confortarlas, conſolarlas en eſta vida, y hacerlas eternamente felices en la otra. Aſi ſea.

SER-

SERMON

PARA EL QUINTO DOMINGO
deſpues de Pentecoſtés.

SOBRE EL SUFRIRSE UNOS A OTROS.

Qui dixerit (fratri ſuo) fatue, reus erit gehennæ ignis. Qualquiera que habrá dicho (à ſu hermano) fatuo, ſerá reo de fuego eterno. *San Mathéo cap. 5. ℣. 22.*

NO podia expreſar el Señor con mayor energia el deſeo que tiene de que nos amemos, y ſuframos los unos à los otros, que quando dixo: *Qualquiera que llamara loco à ſu hermano, ſerá digno del infierno.* Tales palabras deben hacer temblar à aquellos que mueſtran gozarſe con los defectos del proximo: porque, ¿qué hombre hay tan caritativo, y mirado en ſu hablar, que quando ſe trata de los defectos agenos, no ſe deje llevar alguna vez del natural, y prorrumpa en alguna expreſion ſemejante à la que ha condenado Jeſu-Chriſto? El ſupone, ſin duda alguna, que tales palabras ſalen del corazon, y que eſtén acompañadas de un verdadero deſprecio, y de cierta envidia, incompatibles con la caridad chriſtiana: porque de otra manera, ¿cómo ſe podria creer que puedan merecer el infierno? Eſto es verdad; ¿pero cómo ſe ha de creer por otra parte, que un hombre, quando no lo haga por un donayre inocente, ò en acto de familiaridad, diga à un otro: *Eres un necio*, ſin alguna comocion de deſprecio, y

enojo, que altére en su corazon el amor debido à nuestros hermanos? Ahora no podemos dudar que un tal desprecio merezca el infierno, sin dár à las palabras de Jesu-Christo una interpretacion forzada, y nada conexa. Es preciso, pues, decir que la caridad christiana es una virtud muy delicada, si, es verdad, que una pequeña injuria la hiera, y haga morir. Buen Jesus, ¡quánto deben respetarse los hombres segun vuestros deseos! pero quán poco es el respeto que nos tenemos. ¡Infelices que somos! ¿Qué será de nosotros si nos habeis de juzgar en este punto con el rigor de vuestro Evangelio? La virtud que mas se nos encomienda, es justamente la que menos practicamos. Procurémos, pues, amados hijos mios, sufrirnos mútuamente. Esto es lo que quiero hoy persuadiros, exponiendoos dos razones sencillas, à la verdad; pero bastantes para convenceros. Primeramente todos tenemos nuestros defectos, y gustamos de ser compadecidos: es, pues, muy justo que compadezcamos los del proximo. En segundo lugar Dios nos sufre à todos imperfectos, y pecadores como somos: luego con mayor razon debemos nosotros sufrirnos mútuamente.

PRIMERA REFLEXION.

DEspues de la caida del primer hombre, contrahemos en el vientre de nuestras madres, siendo concebidos en pecado, una porcion de miserias, è imperfecciones, que infectan todas las acciones de nuestra vida: y nuestra infeliz naturaleza no subministra à nuestras almas, desde la niñéz, sino viciosas inclinaciones que hemos de domar, vicios que desarraygar, y pasiones que vencer. Somos semejantes à ciertos terrenos que solo producen abrojos, ni dán fruto alguno, sino es à fuerza de un improbo trabajo. No teniendo en nosotros mismos sino mal, y malas inclinaciones, no llegamos à ser cuerdos, y virtuosos, sino es à fuerza de hacernos violencia: y por grande que sea nuestro cuidado, ningun hombre puede lisongearse de ser irreprehensible, aunque ayudado de la gracia divina. Los mas santos, y cuerdos, si bien se axâminan todas las cosas, no son otros que los menos viciosos, è imperfectos. Cada uno tiene sus faltas: es esta verdad recibida de todos, que pasó à proverbio, y que à ninguno ofende.

Pero

Pero si todos, sin dificultad alguna, confesamos generalmente estár llenos de defectos, ¿cómo es que ninguno sufre ser acusado de qualquiera de sus defectos en particular? Cómo es, que no se ofende el mas sobervio, si se le dice que es el mas perfecto, y el modesto no quiere que se le eche en rostro ninguna de sus imperfecciones? La razon es, porque los defectos, è imperfecciones generalmente son un mal comun à todos; pero no en todos se vé el tal, ò tal defecto en particular. Como tambien el que está esento de algun defecto, es en esto mejor que el que lo padece; y por otra parte se ofende nuestro amor proprio quando oye que otros son mejores que nosotros, sucede de aqui, que nos viene cuesta arriba el confesar nuestras faltas, y tenemos à mal el que sean descubiertas, y que se nos echen en cara, aunque todos confesemos francamente, yo no soy perfecto, antes bien tengo mis defectos como los demás.

Luego tienes defectos, hijo mio, lo confiesas, sin que se ofenda tu amor proprio, porque todos tienen los suyos; pero no quieres que se nombren, ni se señalen con el dedo, ni que se disminuya en alguno el amor que te profesa. Antes bien pretendes que se finja no verlos, que se escusen, y que todos os sufran tal qual eres. Es muy justo, pero si te sabe mal que el proximo conozca tus defectos, y mucho peor te sabe que te los eche en rostro, te parece que el proximo se agradará que le descubras los suyos, que hagas un catálogo de ellos, y los publiques de uno en uno. ¿Quieres que escuse, y sufra con paciencia los tuyos? Está obligado à hacerlo, porque asi lo manda la Religion de Jesu-Christo. ¿Pero eres tú hombre, y Christiano? Luego para ti tambien se hicieron las leyes del Evangelio, y humanidad, como para él.

¿Por qué privilegio quieres que todo se te sufra, y escuse, no queriendo sufrir nada de los otros? Si esta pretension es ridicula, é injusta, como tú mismo lo has de confesar; ¿para qué tienes puestos los ojos de hito en los defectos del proximo, queriendo que los demás aparten los suyos de tus imperfecciones? Quando se trata de los defectos agenos, exâgeras, agravas, y tal vez supones lo que no hay; pero quando se trata de los tuyos, los escusas, y no quieres ver lo que es patente à todo el mundo. ¡Qué injusticia es esta! pretender que sean perfectos los otros el que está lleno de imperfecciones!

Yo

Yo no soy perfecto, es verdad, lo confieso; pero me supiera mal el tener los defectos que veo en las personas con quienes he de vivir, y que son insufribles: porque, ¿qué pueden decir de mi? Yo no soy liviano, calumniador, ni injusto. No hago mal à nadie; quando puedo hago limosnas. Tengo, gracias al Señor, honor, y religion, ni soy como muchos otros. No pretendo por esto estár libre de defectos, cada uno tiene los suyos; pero..... Bueno está, hijo mio; sois justo como el Fariséo que dá gracias à Dios, no porque quiera dignarse su bondad infinita el perdonarle los pecados, sino porque no es pecador como los demás, no porque lo sufra su misericordia, aunque pecador, sino porque se persuade ser él menos pecador que los otros; no porque su divina justicia no lo trata como merece, sino porque es mas perfecto, y mas merecedor de ella que los demás. ¡Qué presuncion!

Que dés gracias à Dios de haberte preservado de ciertos vicios que tienen la raiz en vuestro corazon, como en el de los demás; de no haber permitido que fueses vencido de ciertas tentaciones, ni que te hallases en ciertas circunstancias que hubieran sido tu ruina, porque sois flaco, y miserable como los otros, está muy bien; ¿pero qué tienen que vér los vicios que no tienes, con los que te parece vér en el proximo? Qué tiene que vér la disolucion, la falta de bondad, la avaricia, el espiritu de venganza, la impaciencia, la cólera, y todo lo que echas en rostro à tu hermano con el honor, bondad, generosidad, mansedumbre, religion, y las otras buenas calidades, de que dás gracias al Señor?

¿Religion dixe? No, no la tienes, si faltas à la caridad con el proximo, censurando sus faltas, en vez de disimularlas; engrandeciendolas, en lugar de escusarlas; notando siempre en él aquellas que piensas no tener; no echando de vér que tienes muchas que à él le faltan. Por esto son vanas vuestras pretendidas virtudes, y no eres otro sino un Fariséo lleno de sobervia: sobervia digna de mayor reprehension que los vicios de que acusais à vuestro hermano, de los quales, juzgandote libre, dás gracias por esto al Señor.

No sois adúltero, ni fornicador, ni impuro, ni avaro, ni disipador, ni jugador, ni bebedor: en hora buena sea Dios ben-

bendito, que tuvo piedad de tí, y de tu flaqueza. Si te hubieras encontrado en ciertas tentaciones, y ocasiones, como sucede à muchos, à quienes no perdonas, tal vez hubieras sido peor, y valdrias menos que ellos. Eres pio, frequentas los Sacramentos, haces limosna, visitas los enfermos: todo và bien; pero advierte que hay muchos que hacen mucho mas, y que los paganos, è infieles, con los auxilios, y gracias que tú tienes, fueran tal vez mas buenos de lo que eres. Todo esto importa poco; pero no tienes ninguno de los vicios enormes, y escandalosos, que te causan nauseas, y horror en la persona de tu hermano; pero no dejas de tener tus imperfecciones: observad que yo no pretendo hablar aqui de ciertas flaquezas, que ninguno sino Dios la vé, y el Confesor: háblo solamente de ciertos defectos visibles à todo el mundo; ¿y quáles son? No es menester preguntaros à vosotros. Preguntémos à vuestros parientes, vecinos, amigos, y conocidos, que viven habitualmente contigo, que os vén de cerca, y que pueden observarlos, y conocerlos atentamente. ¿Qué no dirian estos si no les cerráse la boca la caridad que predicamos? Esta pequeña reflexion te hace temblar, y te humilla.

Dirian que sois un hombre de bien, incapáz de hacer mal à nadie, lleno de buenos sentimientos de honor, y Religion; pero que no faltan à vuestro carácter, y genio, impertinencias, é imperfecciones insufribles, como lo fueran ciertos vicios que no tienes; pero que condenas en los otros. Dirian, por exemplo, que sois inconstante, y caprichoso en ciertas menudencias, que eres obstinado en tu parecer, y que no respetas los sentimientos de los otros; que todo quanto haces está bien hecho, y nada vale quanto hacen los demás.

Dirian, que aunque no sois avaro, ni pródigo, con todo parece que eres uno, y otro al mismo tiempo; porque por dos maravedis altercas con el artifice, y derramas por otra parte en cosas inutiles: atiendes demasiado à no gastar en cosas necesarias, y nada te importa el disipar tu hacienda en cosas superfluas: sois en unas ocasiones demasiado económico, en otras poco liberal, hasta haceros poquisimo honor.

Dirian en substancia que sois un buen marido, buen padre, buen amo; pero que vuestra muger, hijos, y criados tie-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tienen que pasar, y sufrir algunos ratos disgustados; que en todas partes sois de humor alegre, menos en vuestra casa; oficioso, cortés, y afable con los estraños; impaciente, osco, temoso, duro, y tal vez bestial con vuestra muger, hijos, y criados; que criais mal à vuestros hijos, con los quales unas veces sois demasiado indulgente, otras cruel; que hoy conmoveis à toda la casa por un no nada, y mañana descuidais de lo mas esencial.

Dirian, señora, que sois muger honesta, y buena Christiana, que os dais mucho à leer libros espirituales, que frequentais los Sacramentos, que sois caritativa con los pobres; pero que vuestra devocion es ocasion de gritos, y desazones en casa; que no teneis la estima, y complacencia que debriais à vuestro marido, que lo reprehendeis en lugar de hacerle representaciones; que os portais con él como dueña absoluta que ordena, y no como muger respetosa que ruega; que no atendeis, ni cuidais del porte de vuestras hijas, y que mientras estais orando en la Iglesia, suceden en casa algunas andanzas, de las quales habeis de dar cuenta à Dios. Que sois severa con los criados, que pretendeis mas de su servicio, del que pueden pretender vuestras iguales, de tales personas; que os escandalizais con facilidad; que dais consejo à quien no os lo pide, en algunas ocasiones, en que bastaría predicar con el buen exemplo. Esto es lo que dirian. Y está persuadida, hija mia, que no dirian lo bastante. Quando menos echas de vér estos defectos, los vén mas claramente los otros, y tanto mas desagradables les son, quanto no viendolos tú, no te cuidas de corregirlos, ò hacerlos, à lo menos, mas llevaderos.

Finalmente, amados oyentes mios, es esta una cosa en que ninguno quiere llevar la peor parte. Vemos ciertos defectos en el proximo, y nos enfadan tanto, porque tenemos los mismos, ù otros opuestos. Sería facil el sufrir à aquel que no es sufrido, ni paciente, si tú fueras paciente, y sufrido. No te quejarias de que tu compañero en los negocios altercáse contigo por un escudo, ò menos, si tú no fueras tan tenáz, y codicioso como él lo es. Tú crees tener razon, él tambien la suya, y he aqui que llegais à las manos. Nos parece à las veces digno de reprehension el proximo, y nos ofende su modo solo

solo porque el nuestro es contrario al suyo. Quien tiene demasiado celo, por consequencia falso, y sin consejo, pues todo exceso es vicioso, siendo necesaria la sobriedad, aun en la sabiduría: quien tiene demasiado celo, cree que le falta al que tiene menos que él: el que tiene poco, cree que tiene sobrado el que tiene mucho mas que él: el sanguíneo, y fogoso, no puede sufrir al que obra friamente: el que es flemático, llama imprudente al hacendoso: el pródigo trata de avaro à su vecino, porque es económico: el avaro llama pródigo al que no atiende solamente à enriquecerse.

Asi todos los hombres pagados de sí mismos, viendo la paja en el ojo del proximo, tal vez no habiendo ninguna, y no vén la viga en el suyo, no hacen otra cosa que quejarse unos de otros, solo porque todos están llenos de imperfecciones: y aquellas faltas, que por ser mútuas, debrian sufrirse, son causa de que se hagan insoportables.

Confesemoslo, pues, queridos mios, para confusion nuestra: este mundo se asemeja à una enfermería donde hay muchos enfermos, los quales, en lugar de sufrirse mútuamente sus achaques, se echan en cara mútuamente sus males: el ciego rie del sordo, el sordo del cojo, el leproso del paralítico. ¡Infelices que somos! Conozcamos cada uno, y levantemos los ojos al Cielo, y à aquel Médico omnipotente, que tiene en su mano el eficáz remedio à todas nuestras enfermedades; y mientras le rogamos que nos cure con la uncion de su gracia, admirémos la bondad con que nos sufre; de suerte, que meditando bien nosotros esta su infinita bondad, cerremos la boca, ojos, y oidos à las faltas, y defectos de nuestros semejantes.

SEGUNDA REFLEXION.

LAS riquezas de la bondad, de la benignidad, y longanimidad de nuestro Dios, no se dejan vér solo en el sufrimiento de tantos pecados, que avergüenzan la humanidad, conmueven la naturaleza, y hacen llorar à todos los buenos, como observamos poco há, (Dom. 3. desp. de Pentecost.)

sino tambien en sufrir la contínua infidelidad de aquellos à quienes favorece, especialmente entre todos los que profesan su fé, y ley, con mayores gracias, y beneficios. Antes bien podemos decir, que su divina paciencia se muestra mas, en cierto modo, á favor de sus verdaderos siervos, que en favor de aquellos que la hacen contradicion, y blasfeman, deshonoran el nombre de Christiano con una vida escandalosa, y casi del todo pagana, asegurandonos él mismo, que le provocan mucho mas las infidelidades de sus siervos, que los ultrages de sus enemigos.

Si mi enemigo, dice, me hubiera maldecido, lo hubiera ciertamente sufrido; (Psalm. 54. 12.) pero tú, que vives en mi casa como amigo, que yo hago sentar à mi mesa, y alimento con mi propria carne, à quien doy à gustar todas las dulzuras de este delicioso manjar: ¡tú, digo, à quien yo llamo hijo, y me llamas Padre, eres infiel à mis gracias! apartarte de la ley que te he dado! Ah! que la mas mínima infidelidad de una alma à quien tenia por hija, y esposa, el menor desorden, en acciones, ò deseos, todo lo que desdice de la perfecta fidelidad que me has jurado, y debes por tantos títulos, y tenga razon de prometerme de tí, todo, digo, me hiere, y traspasa el corazon.

¿Qué somos, pues, buen Jesus, en vuestra presencia, con toda nuestra pretendida virtud, piedad, obras buenas, y con toda nuestra presumida regularidad? ¿Qué somos con todas las confesiones, y comuniones, oraciones, limosnas, ayunos, y con todas las apariencias del christianismo? ¡Ay de mí! ¿Qué somos? Ovejas perdidas, que vos, Dios mio, habeis de conducir à cada momento al redil; hijos indóciles, que os desobedecemos todos los dias, y cada dia nos perdonais: volvemos à vos à la tarde, y nos apartamos por la noche; nos llegamos à vos à la mañana, y nos estraviamos en el dia: jamás nos cansamos de ofenderos, y vos no os cansais jamás en llenarnos de beneficios.

Amados oyentes mios, exâminemos nuestra vida. Preguntad à los que parecen mas regulares, y observantes; solo os dirán, con dolor de su corazon, que esta vida no es otra cosa, desde la mañana hasta la noche, y de un año à otro, sino un

un tegido de miserias, y de faltas! Hoy confesamos los pecados, y mañana volvemos à caer en ellos: ahora somos fervorosos, y de aqui à poco seremos tibios. Ahora fuertes, luego flacos; en este momento llenos de fervor, en el otro todo yelo: ahora estamos compungidos, luego disipados. Los pecados que confesamos comunmente son recaidas, y por esto son inútiles nuestras confesiones. Siempre inclinados al mal, desistimos del bien obrar, aunque las gracias, y auxilios que contínuamente recibimos, nos ayuden, esfuercen, alienten, y sostengan. ¡Buen Dios! Somos, es verdad, insoportables; pero vos sois paciente! ¿y no bastará esto para llenar de vergüenza, y compasion à un Christiano, que no sabe llevar, ni sufrir las imperfecciones, y defectos del proximo?

Pero él es Dios, y yo soy hombre: por esto mismo las mas pequeñas faltas tienen en sus divinos ojos infinita malicia; por lo mismo que es Dios, parece deberia sufrir menos, porque su justicia le mueve à venganza. Es bueno, dirás, y su misericordia prevalece à su justicia; imita, pues, su bondad: haz que quando se trata de los defectos agenos, la misericordia, y compasion prevalezcan al falso celo, à la sobervia, à la impaciencia, al mal humor, al capricho, y à todos los ímpetus de cólera, y odio, que excitan en tí los defectos de vuestro semejante.

El es Dios, y tú eres solo hombre. Por esto mismo que es Dios, y tú no lo eres, ni eres tan poderoso, ni tan justo, ni tan sabio, has de sufrir las imperfecciones de tus hermanos, puesto que las sufre él mismo, que es el ofendido, y tú no lo eres. ¿Acaso eres mas celoso de su gloria, que lo es él mismo? Tu hermano es acaso obra de tus manos, como lo es de las suyas, te costó mas treinta años de anhelos, sudores, y humillaciones? Has derramado toda la sangre para redimirlo? lo amas mas de lo que lo ama Jesu-Christo? Di con verdad que no le amas poco, ni mucho. Dios lo sufre, porque lo ama: y tù no lo puedes sufrir, porque no le amas. Pero si no amas à tu hermano, andas en tinieblas, estás en estado de reprobacion, y muerte, ni conoces al verdadero Dios, como lo dice el Apostol San Juan en la primera de

sus cartas leedlas, y conoceréis ser verdad quanto os digo.

Yo solo soy un hombre. Por lo mismo que eres hombre, debes sufrir à los otros: porque eres hombre, debes saber quàn grande es su flaqueza, y sus imperfecciones: quan ciegos están para vér sus proprios defectos, quan dificilmente se enmiendan quando vuelven sobre sí, y pretenden mudar de vida. Por lo mismo que eres hombre, no tienes derecho para reformar à los otros, con tal que vuestro carácter, dignidad, obligacion de parentesco, y amistad, ò de caridad christiana, no os obliguen á la correccion fraterna; pero en tal caso, vuestro porte, y buen modo, no la fantasia, ni la impaciencia, antes bien la razon, y dulzura, os han de mover à hacerlo. Las faltas de tu proximo darán realce à vuestro celo; pero os moverán à cólera: excitarán en tí la caridad, no exasperarán tu corazon; serán bastantes à moverte à compasion, no à desprecio. Tus palabras no serán ásperas, ni mordaces, y solo le ayudarán à su enmienda: quanto mas desees ésta, tanto mas obrarán en tí la paciencia en sufrirlo, y la dulzura en corregirlo. Sus defectos, en vez de irritarte, y moverte à desprecio, servirán antes para humillaros, trayendote à la memoria tus defectos particulares, cuya enmienda te debe de ser mas apreciable que la agena.

Pero esto es lo que, por desgracia nuestra, ninguno quiere acabar de entender. Tenemos miedo de remirarnos, porque no quisieramos conocernos, ni exponernos à mudar de vida, y mientras miramos con desprecio las faltas agenas, no pensamos en nosotros mismos: nos jactamos de no tener los mismos vicios, y tenemos tal vez otros peores, bastante visibles à los otros, y que tal vez son murmurados. De este modo, muchas personas que tienen la cara disforme por ciertas imperfecciones, que no vén en sí mismas, se miran mútuamente, despreciandose unas à otras.

Sí, Dios mio, los vicios, è imperfecciones humanas causan en la alma aquellos mismos defectos que las manchas en el rostro; y vuestro Evangelio es el verdadero espejo, en el qual deben mirarse todos los hombres. En el verá

verá cada uno, que sus faltas, é imperfecciones no son menos disformes de lo que son aquellos que vé en el proximo: que todos tenemos el mismo fondo de malicia, y corrupcion, y que la gracia solo puede distinguir à unos de los otros. En él aprenderémos à conocernos, y humillarnos, y à no vér en los otros sino lo mejor. En vuestro Evangelio verémos, ò Salvador nuestro, como en un fiel exemplo, la imagen de la bondad infinita, que nos sufre, nos espera, nos previene, nos ama, y no cesa de llenarnos de beneficios, aunque pecadores, è imperfectos. Aqui finalmente aprenderémos à sufrirnos, à amarnos, y à ayudarnos mútuamente, como hijos de la misma familia, de la qual sois Padre, como ovejas del mismo rebaño, del qual sois Pastor, como miembros del mismo cuerpo, del qual sois cabeza, los quales, despues de esta vida, si corresponden à su vocacion, deben hacer una misma cosa en vos, y con vos para siempre. Os lo deseo, queridos mios, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo.* Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL SEXTO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LA PROVIDENCIA.

Unde illos quis poterit hîc saturare panibus in solitudine?

Cómo es posible encontrar pan aqui en el desierto para alimentar à tanta gente? *San Marcos cap.* 8. ℣. 4.

ASI hablan, amados Parroquianos mios, aquellos, que no conociendo las riquezas de la providencia, desconfian de la bondad de Dios. ¿De dónde se ha de sacar lo necesario para la manutencion, educacion, y establecimiento de esta familia? Cómo se ha de reparar la pérdida pasada? Cómo saldrémos de este enredo? ¡Dichoso el rico! qué bien hace el que puede acumular dinero, y lo guarda: este es el partido mas seguro. ¡Desdichado de aquel que solo fia en la providencia!

¿Pero para qué afanarse tanto? dicen otros. La vida es muy breve; ¿para qué atropellarla, y acortarla mas con afanes, trabajos, y desasosiegos? Comamos, y bebamos; mañana tal vez no vivirémos mas. Quando no habrá, será lo que Dios querrá: no desconfiemos de su providencia.

Pensemos, queridos mios, un poco mejor, y mas christianamente; es menester que tengamos una tierna confianza con aquel Padre infinitamente bueno, que atiende à todas las cosas, y provee á las necesidades de todas las criaturas; es menester que usémos con prudencia, cuidado, y templanza de los bienes que nos reparte, los quales, segun las reglas de la providencia, deben ser fruto, y recompensa de nuestras fatigas, es menester adorar profundamente, y agradecer quanto podamos aquella fuente inexâusta, de la qual no cesan de manar en la tierra estos mismos bienes. Iluminad, Dios mio, y ablandad con la uncion de vuestra gracia el corazon de estos mis oyentes, mientras yo hablâre de una materia tan importante, y tan digna de toda atencion.

PRIMERA REFLEXION.

NO podemos negar, amados Parroquianos mios, que en esta vida suceden accidentes muy desagradables, circunstancias tristes, lances criticos, en los quales, para que no caigamos, necesitamos de toda la confianza, que pueda inspirar el pensamiento de un Dios omnipotente, que todo lo vé, de todo cuida, y nada permite, que no sea para mayor bien nuestro. Aqui se ve una pobre viuda cargada de hijos, à quien no bastan sus cansadas manos para ganarles el pan; alli se descubre una casa empobrecida con las enfermedades, ò con las bancarrotas, ò con otras desgracias, que la han reducido al infeliz estado de faltarle lo necesario, y sin que os sea molesto con una prolija descripcion, ¿quántos saben por experiencia lo que se podria decir à este proposito, por haberse hallado ellos mismos en este estado de afliccion, en el qual los amigos, dinero, y credito faltan à un mismo tiempo; en el qual, habiendo sido vana toda industria, no les queda sino la esperanza en la divina Providencia? ¡pero quán eficáz es el consuelo de esta ayuda para el hombre, que confia en vos, Dios mio, porque sabe que no abandonais à los que confian en vos!

Este es el tiempo en que el Christiano, despues de haberse mirado, y vuelto à todas partes, no encontrando ninguno que pueda, ò quiera ayudarlo; despues de haber inutil-

utilmente buscado en su interior el medio para salir de la penuria en que se encuentra, levantando los ojos al cielo: Señor, excalma, bien veis mis desgracias, y estado, y solo vos me podeis ayudar. ¿Puedo temer yo que no lo hagais? Vos me llamais hijo, y quereis que yo os llame Padre. ¿Puede acaso un Padre abandonar à un hijo? y aunque hubiese un padre tan cruel, vos no seriais tal, Dios mio, pues sois el mejor y mas tierno de todos los padres.

¿No sois vos, Providencia infinita, el que dais alimento à las aves, aunque no siembren, ni recojan? No sois vos la que provee à las necesidades de los animales, y la que prepara el sustento à los mas pequeños insectos? Todos esperan de vuestra bondad su proprio mantenimiento, y vos alargais vuestras benéficas manos en su favor. Todo viviente sobre la tierra participa de vuestros beneficios, colmo superabundante de vuestras bendiciones. Vos mismo me habeis enseñado que soy superior à todos aquellos vivientes, de los quales teneis tanto cuidado. ¿Cómo será, pues, posible que abandoneis à la criatura hecha à vuestra imagen, à quien diste pruebas tan evidentes, y señales tan tiernas de vuestro paternal amor?

¿No sois vos el que habeis dado à las azucenas, y à todas las flores, que amenizan nuestras campañas, aquellas colores, cuya hermosura, y variedad exceden à toda obra que puede producir el hombre? Y si tanto os complaceis en hermosear las flores, que hoy nacen, y mañana desaparecen; ¿cómo es posible que os olvideis del hombre, por el qual derramasteis tantos bienes, y hermosura sobre la tierra? No, Dios mio, no es posible, me daréis la mano, y yo conoceré que sois Padre: tengo puesta en vos mi esperanza, no quedará ésta burlada.

Bellas cosas son estas: ¿pero la Providencia hará milagros, puesto que hay algunos casos en que no puede venir socorro de arriba, sino es por un milagro? Sí, hijo mio, hará milagros. Lo que hizo otras veces, hará tambien ahora: es el mismo su poder, y si no nos socorre presto, como quisieramos, sucede las mas de las veces, porque en lugar de acudir à él, esperamos todo de los hombres, y de nuestras fuerzas.

zas. ¡Ah! si tuvieras un grano de fé, que traspasa los montes, verias disiparse presto todas tus congojas, poniendo todos tus cuidados en sus manos, y bondad paterna, todas tus inquietudes, que abruman tu corazon, como montañas sobre los hombros.

No digo que hará llover Dios sobre tu casa oro, y plata, como hizo llover el mannà, y las codornices en el desierto en favor de los Israëlitas, ni que sacará agua de una peña, como lo hizo con su pueblo, ni que vendrán por su mandato las aves à traerte el pan, como al Profeta Elías. No son estos los milagros que debeis esperar. ¿Tiene acaso necesidad de renovar aquellos antiguos prodigios para socorreros, ò bien le faltan otros medios, y modos para hacerlo en los tesoros de su providencia? Creeis que no pueda ayudaros, sin conmover las leyes de la naturaleza, y el orden de las cosas?

Muy diversos serán los milagros que obrará con vosotros. Inspirará sentimientos de justicia, de paz, de humanidad á aquel contrario, que intenta arruinaros con pleytos: enternecerá el corazon de vuestro vecino, que sabe vuestra necesidad: llevará à vuestra casa à alguna alma caritativa, que tendrá mas compasion de tí, que de los pobres que encuentran en las calles: ésta digo, prevendrá vuestra vergüenza en el pedir, y tal vez la de recibir, haciendo llegar à vos el socorro por una mano, de quien lo podais recibir sin vergüenza. Hará sobrevenir algun accidente, que mudando circunstancias, os socorrerá impensadamente. ¡Quántas veces ha aliviado à sus fieles siervos en el mismo punto en que parecia que no les quedaba otra esperanza, y esto con modo, y por medios, que no podian pensarse de aquellas mismas personas de quien menos podian imaginarlo!

Finalmente la omnipotencia, y providencia obrarán en vuestro corazon, y entendimiento. Estas os darán ánimo para dar algunos pasos à lo que jamás te podias resolver por tu sobervia, que entonces quedará humillada, como convenia para tu alma: te dará fuerza para reducirte à un estado mediocre, que te parecia antes insufrible, pero te parece mejor de lo que pensabas en otro tiempo: tal vez la misma providencia

te pondrá en términos de darle gracias por las desgracias mismas, y de alegrarte que hayan sucedido, prescindiendo de las ventajas que habeis sacado, para vuestra santificacion. Amados oyentes mios, no hablo al ayre, y sé que muchos de vosotros conoceis la verdad que predico.

Así premiais, Dios mio, la confianza del que espera en vos, ò dandoles lo que os piden, ò bien haciendoles mudar de pensamientos, y deseos, de manera que solo quieren vivir en aquel estado en que les habeis puesto. Dichoso aquel que en medio de las mayores tribulaciones se abandona en los brazos, y descansa en el seno de vuestra providencia! no descansará en vano, sino que probará los efectos de aquella bondad, que todo lo ve, y todo lo preve, y tal vez por motivos, que solo vos sabeis, ò por efecto de vuestra misericordia, no juzgais à proposito oir sus súplicas, le quitaréis los deseos, le daréis aquella resignacion perfecta, sin la qual jamás estamos contentos, y con la que somos siempre felices; dareis à su alma fuerza para que conserve su paz, hallará el consuelo en medio de sus aflicciones, y en estado mas deplorable.

El que piensa diversamente, no os conoce, hace injuria à vuestro poder, à vuestra sabiduría, y bondad: piensa que no podeis beneficiarnos, ò no quereis; y este modo de pensar es blasfemia.

Si agraviamos à la providencia, no confiando en ella, quando parece que nos ha olvidado, ¿qué será el desconfiar en tiempo que nada nos falta, y que debriamos deshacernos en acciones de gracias? Si el acordarnos de esta providencia nos ha de impedir el que caigamos en desesperacion quando nos juzgamos perdidos, y no tenemos ayuda, ni consuelo por otra parte, ¿qué locura es la vuestra, amados hermanos mios, si no teniendo cosa que os embarece, os inquietais por lo por venir, y por cosas que tal vez no sucederán jamás? qué razon teneis para quejaros, ò desconfiar de la providencia? Os ha dejado alguna vez sin comer, ò vestir? No ha derramado, à manos llenas, bendiciones sobre vuestros trabajos, ganados, campos, y familia? Os ha abandonado alguna vez? Os ha escaseado lo necesario? Por qué

qué, pues, tanta solicitud por lo futuro?

Observad bien, que digo solicitud, no cautela. Dios me libre de culpar ésta que debe tener un hombre prudente, respecto de lo por venir. Nuestro Señor no dice que dejemos de pensar al dia de mañana, sino que quiere que nuestros sentimientos, y proceder, tocante à lo futuro, estén acompañados de una dulce confianza en él, que aparte de nosotros toda inquietud, inquietud no solo injuriosa à su providencia, sino tambien dañosa à nuestro bien; pues trae su origen de ella el interés, que à tantos hace perder el juicio, dar en locuras, cometer tantas bajezas, y causa tantos desordenes en la sociedad de los hombres.

Maldito interés, tú pones la discordia en las familias, y separas las mas estrechas amistades: tú eres el padre de las abominables usuras, de los hurtos, de las rapiñas, de la mala fé, de los embustes, de los engaños, y de casi todas las injusticias que cometen los hombres consigo mismos, y entre sí. Maldito interés, tú despojas la viuda, arruinas al huerfano; tú haces inútiles los documentos; tú confundes, usurpas, y arrebatas la herencia; tú endureces el corazon del rico con el pobre; tú encierras, en tiempo de carestia, los granos, que serían la abundancia de los mercados; tú ciegas los hombres, corrompiendoles las conciencias, los apartas de las obligaciones mas sagradas de la Religion, y los induces à que profanen, con el trabajo prohibido, los dias mas santos, y respetables; tú les ofuscas el entendimiento, les endureces el corazon, y precipitas las almas à millones en el infierno.

¿Y de dónde nace este espíritu de interés, sino de la desconfianza en la divina providencia, y de la confianza que ponen los hombres en los bienes del mundo, temiendo siempre que les falte, como si no hubiese providencia, ò de nada se cuidáse? Desconfianza, permitidme que lo diga, pues llega à introducir en el mismo matrimonio los excesos de la mas horrible disolucion, oponiendose al fin principal, por el qual fue instituido.

Apartad, gran Dios, de nosotros aún la idéa de un pecado tan detestable! que el temor de tener muchos hijos lleve à un hom-

Universidad de Deusto
Biblioteca

hombre, à un christiano à cometer tal abominacion! Queridos mios, dejemonos en manos de la providencia, como en el seno de una buena madre, que jamás abandona à quien pone en ella su confianza. Pero sea al mismo tiempo razonable esta nuestra confianza, y no tentemos la providencia, viviendo en un ocio que ella condena, ò bien disipando los bienes que recibimos de su bondad.

SEGUNDA REFLEXION.

¿DE qué serviria el cultivar la tierra, si Dios no enviase à su tiempo la lluvia, y el calor necesario para producir los frutos, y sazonarlos? De qué serviria el calor, y lluvia sin el trabajo del labrador? Este es el orden establecido de la providencia. Quiere ésta que obre el hombre con ella, para adquirirse los bienes, de los quales es el manantial, y nos deja el uso de ellos, quedandose para sí la gloria. Ha querido que los bienes, de que necesitamos, sean juntamente, ya fruto de la bendicion que echó à la tierra, ya tambien de los trabajos à que condenó à todos los hombres.

No repitiré aqui lo que dixe en otra reflexion (*en el Domingo de Septuag.*) sobre la necesidad de trabajar, que impuso Dios à todos los hombres, sin excepcion de ninguno, y tan indispensable, que segun San Pablo: *quien no trabaja, no debe comer.* A mí me basta el traeros à la memoria el proverbio tan sabido: *ayudate, que yo te ayudaré*, y vosotros mismos estais persuadidos que qualquiera que tienta à la providencia, no es menos culpable que el que desconfia de ella. Llamo tentar à la providencia, el pretender que haga ella todas las cosas, sin hacer nada de nuestra parte nosotros mismos, cosa enteramente opuesta à la intencion, y leyes de su eterna sabiduría. Prestadme, pues, atencion, y conservad en la memoria lo que voy à deciros.

Si en aquella estrema necesidad, à la qual has llegado por permision de Dios, para que conocieses la necesidad que tienes de su providencia, y para obligarte à que acudas à el, si en tal necesidad, digo, os contentais con decir: *Dios mio, Dios mio*, dejandoos apoderar al mismo tiempo de la tris-

triste̅za, abandonandoos à una especie de desesperacion, sin dar un paso, y tomar algun medio para salir de ella; si la sobervia no os deja acudir à la proteccion de ciertas personas qne podrian ayudaros, y ciertamente lo harian; si pretendeis, en suma, que todo lo disponga la providencia, sin querer cooperar de vuestra parte, quereis ciertamente lo que ella no quiere, pretendeis que trastorne las leyes ordinarias, la tentais, pretendiendo que haga milagros.

Si no quedandoos otra cosa, fuera de brazos, industria, è ingenio para ganarnos el pan, os estais mano sobre mano, ò bien perdeis el tiempo en inutiles frioleras; si no trabajais desde la mañana hasta la noche; si no conservais à parte como la hormiga, en tiempo de cosecha abundante, para manteneros en tiempo estéril; si los dias de fiesta, y Domingos gastais en vanos gustos, y divertimientos, quanto habeis ganado entre semana, comiendo en dos horas, lo que bastaria para mantener dos dias à toda la familia, à quien tal vez le faltará el pan: ¡ay de vosotros! mientras hagais un Dios de vuestro vientre, mientras os perdeis en pasatiempos, y os tomais tanto del vino, que llegais à perder la razon, no os atreveis à hablar de la providencia, no la nombreis, sois indignos de merecer sus beneficios.

Pero si otros, perseguidos de la desgracia, faltos de comer, y bestir, os estais con brazos cruzados, sin hacer nada, con pretexto que venis de nobles padres, y que una persona como vos, no está hecha à trabajar, con toda vuestra nobleza, y sobervia puntillosa, moriréis de hambre. Llegarás, hijo mio, à ser un impostor, te reducirás, ò à pedir limosna, ò à robar, los dos solos oficios de aquel que no teniendo nada, no quiere trabajar. Vos tambien, señorita, con vuestras idéas de nobleza os veréis obligada à abandonaros al primer encuentro; vendereis, para vivir, el poco honor que os queda, y se dirá à las claras, lo que se empieza ya á murmurar, que sois una desembuelta. Este es el ordinario paradero de aquellas, que no tienen, ò no quieren hacer nada. No, hijos mios, no hay providencia para vosotros, ò por mejor decir, hay una, pero para vuestro castigo. Moriréis de pura miseria.

Tam-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Tambien vosotros, que por tener una pequeña hacienda, y alguna renta, no os parece cosa honrosa el ganaros la vida, como jornaleros, estad alerta, si no cuidais de lo poco que teneis, y os dais al ocio: si no atendeis à vuestra familia, y negocios, ni os cuidais de la economía: si gastais en seis meses la renta de un año: si disipais en vestidos, en comida, y otras cosas supérfluas, el caudal, con pretexto que habeis de mantener el decóro de vuestro estado, ò por otros motivos semejantes, haceis, sin duda, poca cuenta de la providencia. Vuestra casa irá de mal en peor. En breve disiparéis las rentas con los fondos. Vuestros contratos, haciendas, campos, y viñas, pararán en manos mas próvidas, y à vuestros hijos dejaréis por herencia la miseria, y llantos, y vueltos de vuestro entierro, se verán obligado à pagar vuestras deudas, y para comer venderán hasta la cama donde nacieron, y en que espirasse. Y no será pequeña fortuna vuestra, si antes de morir no os veis obligados, con deshonor vuestro, à recurrir pedigüeños à aquellos mismos, cuyos padres, tal vez pidieron la limosna á los vuestros; pero que con la industria, trabajo, y economía, se han merecido las bendiciones de la providencia, que vosotros habeis desmerecido, abusando de los bienes que benignamente os repartió. A cada paso vemos de estos exemplos, que hacen temblar, y que en un hombre sabio, prudente, y cuerdo, hacen mayor impresion que todos nuestros sermones.

Y à decir la verdad, queridos mios, seriamos demasiado presuntuosos, è insensatos, si nos jactamos que la providencia quiere hacer milagros para mantener una tropa de ociosos, à quienes condenó à comer el pan con el sudor de su rostro, ò para conservar milagrosamente los bienes que disipan neciamente. ¿La providencia está destinada acaso para servir à nuestros apetitos, y nosotros siempre confiarémos en ella para abandonarnos à una vida ociosa, y desarreglada? No, Dios mio, si atropellamos las leyes que nos habeis dado, apartandonos de vuestra voluntad, somos indignos de vuestra proteccion, y desmerecemos los efectos de la providencia.

Todas las criaturas que hicisteis, todo poderoso Dios, para

para nuestro uso, son como instrumentos, de que os servis para proveer à nuestras necesidades; pero quereis que nosotros las empleemos para servirnos de ellas. Hicisteis fecunda à la tierra: pero quereis que la cultivemos, para que cojamos sus frutos. Habeis dado à las plantas virtudes saludables, remedios, ò preservativos de diversas enfermedades; pero habeis dejado al hombre el cuidado de cogerlas, de cultivarlas, de sacar el jugo, y de ponerlas en obra. Asi como nada podemos, sin la ayuda de vuestra providencia, asi tambien ésta nada obra sin que cooperemos, y por efecto de vuestra infinita sabidaría, poniendonos à la vista, y aún en las manos, y dejando à nuestra disposicion los medios que estableciste, y los que estamos obligados à servirnos de ellos para nuestras necesidades, habeis hecho tan sensible, y palpable vuestra providencia, que estamos obligados, si me es licito el decirlo, à verla, y tocarla, obrando con ella, de donde proviene la dichosa necesidad de jamás perderla de vista. Con todo, ¿quántos hombres hay que no la ven, ò gozan de sus bienes, sin serles jamás agradecidos?

TERCERA REFLEXION.

¡O Ceguedad! O insensibilidad del corazon humano! Siembran los hombres, cogen, beben, comen, venden, compran, van, vienen, trabajan, descansan, caminan, corren los mares, recogen, disipan, plantan, arrancan, fabrican, destruyen; cada uno hace servir à sus necesidades, à sus gustos, à las pasiones, y capricho, al Cielo, tierra, mar, y quanto producen: goza, dispone de todo, sin levantar los ojos à su Criador, por quien todo existe, en quien somos, y tenemos movimiento, y vida, y sin cuya ayuda no podemos arrancarnos un solo cabello de la cabeza: como si los bienes de que gozamos, nos fuesen debidos, ò solo fuesen obra de nuestras manos, ò solo frutos de nuestra industria.

Di, pues, ingrata, è infeliz criatura: ¿eres tú acaso la que enseñaste al Sol el camino que habia de hacer, y ha hecho seis mil años há para iluminar las partes del mundo? Ordenas, por ventura, que amanezca à la mañana para preceder à tu tra-

Universidad de Deusto
Biblioteca

trabajo, y se ponga à la tarde para convidarte al descanso? Has hecho fertil la tierra, has dado el instinto à los animales que te sirven, ò recrean, el jugo à los frutos, y plantas que te sustentan? Eres tú la que formas las nubes, y las esprimes con tus manos para sacar la lluvia que fertilizan las campañas?

Siembra el labrador; ¿pero tiene virtud para hacer producir la prodigiosa muchedumbre de espigas, que alegran la vista, mientras prometen abundancia? Ha ingerto un ramo; ¿pero le ha hecho frondoso à su tiempo? Quien lo ha vestido de hojas, adornado de flores, y cargado de frutos? Vosotros cargais de mercancias al mar, y rios, y las llevais de un cabo del mundo al otro: ¿pero habeis juntado las aguas, como en una concha, habeis dado el curso à los rios? Teneis buen entendimiento, bellos pensamientos, buena industria, y maravillosa destreza; ¿pero de dónde habeis sacado tan lindas cosas? Habeis infundido à vuestra alma inteligencia, dado à las manos la destreza, el movimiento, y fuerza al cuerpo? Haceis circular à la sangre por vuestras venas, mover al pulso, y palpitar al corazon? Respondedme, y decidme si sois acaso autores de tantas maravillas?

Digo maravillas, y lo digo à aquellos que quisieran ver milagros; y les pregúnto: ¿Se requiere mayor poder para hacer detener al Sol, como lo hizo Dios à instancias de Josué, ò para conservar en aquel Planeta la luz, el calor, el regular movimiento, sin que jamás se ofúsque la luz, ni se disminuya el calor, se pare, ò detenga el curso, ò se descomponga en una sola linea? Es menester acaso mas omnipotencia para alimentar cinco mil personas con cinco panes, que para sacar anualmente de la tierra estéril de sí quanto basta abundantemente para alimentar tantos millones de hombres, y animales que la habitan? Se requiere mayor milagro para trocar la agua en vino, como lo hizo Jesu-Christo en las bodas de Caná, que para hacer prender de las vides aquellos hermosos racimos, de donde lo sacamos, ò para transformar en sangre los alimentos de toda especie, que dán vida, y hacen crecer los animales, no menos que los hombres? Es, por ventura, mayor maravilla el sacar agua de una peña, que de una yerba, ò planta hacer nacer flores, hojas, frutos de mil colores, de mil formas, de mil gustos

tos diversos, que tienen mil propriedades, mil virtudes diferentes?

¡Quan ciegos somos! Tenemos à la vista tantas maravillas, las tocamos, comemos de ellas, bebemos, hacemos uso en nuestras necesidades, y encontramos acaso alguna cosa que nos maraville? En las obras de vuestra providencia, Dios mio, nada admira el hombre sino la hechura, y halla motivo para fomentar la sobervia en aquellas cosas que deberian llenarle el corazon del mas tierno agradecimiento.

Vá uno à vér sus tierras, pasea los campos, gusta de vér sus ganados, y remira todos sus bienes con secreta complacencia, como es natural; pero no sería mas natural que levantáse al mismo tiempo los ojos al Cielo, exclamando: ¡Quán admirable es, gran Dios, vuestra providencia! quán bueno sois! infinitas gracias os doy por todos estos bienes que os habeis dignado darme: haced, Señor, que goce yo de ellos, sin ser de ellos esclavo; que no sirvan para mi condenacion, sino para mi bien, y gloria vuestra! Pero no habla asi, sino que vanagloria interiormente, y dice: ¡Qué bien! llenaré bodegas, y graneros; se han aumentado las cabezas de ganado, están en buen estado; me producirán mucha plata. Nada me falta, estoy bien acomodado, tengo lo bastante para comer, y beber esplendidamente; para divertirme, y para gozar de los bienes de esta vida.

No de otra manera piensa, y agradece el Mercader, quando llena, ò vacia sus almacenes, quando cuenta sus mercancias, y vé segura gran ganancia. Las mismas quejas podemos dár à todos los hombres, de qualquier estado, ò condicion que sean. El Labrador, el Artesano, el Cortesano, cada uno lo atribuye todo à sí, y no vé sino su trabajo, como si el talento, la industria, las fatigas, no fuesen dones de quien las crió, como si pudiese existir sin él cosa alguna: en suma, como si no conociesen la divina providencia.

Es verdad que alguna vez es conocida; pero solo para quejarse de ella, quando las cosas no ván à medida de nuestro paladar. El que gana mucho con sus haciendas, comercio, ò artefactos, jamás piensa que lo debe todo à la providencia. Pero si ván mal sus negocios, si son malos los tiempos, ò le

aflige alguna otra desgracia, tal vez murmura de ella misma. ¡O ingratitud increible, pero que llega à el ultimo exceso, haciendo servir al pecado, los bienes que continuamente derrama sobre la tierra! Este los hace servir à la vanidad; aquel à la desemboltura; otros à los excesos de la destemplanza: aquellos para amontonar oro, à fin de idolatrarlo. Quien mas tiene, comete ordinariamente mayores desordenes. A quien mas dais, Dios mio, comete mayores delitos; y la ingratitud de los hombres llega à tal perfidia, que usa de vuestros beneficios contra vos mismo.

Una cosa, amados Parroquianos mios, me aflige mucho mas que las otras, y me hiere en lo vivo, quantas veces pienso en ello. En el mismo tiempo en que nos convida la providencia à recoger los frutos que nos prepara, como un buen padre à sus hijos, y les hace sentar à la hora de la comida á su mesa; el tiempo, digo, de recoger, es aquel, en que no solamente no pensamos en servir à Dios, sino tambien le ofendemos mas. Le ofendemos en los dias de fiesta con el trabajo corporal; le ofendemos con los pleytos, con blasfemias, y maldiciones. Vuestros hijos, Señor, altercan entre si, se maltratan, y blasfeman vuestro santo nombre, en el mismo tiempo que los llenais de beneficios. Le ofendemos con los hurtos, con la mala fé, y con trampas. Todas estas cosas en ningun tiempo son mas freqüentes que en el de la cosecha. El amo se queja de los criados, estos están descontentos con su señor. Todo lo sabeis, Dios mio, y à todos juzgaréis. Pero lo que mas me aturde, y hace temblar, es, que oigo siempre hablar de hurtos, y jamás de la restitucion. Una de dos: O los unos se quejan sin razon, y son calumniadores, ò los otros han vendido su alma, renunciando al Paraiso, y cometiendo solo sacrilegios.

¿Para qué, pues, maravillarse, si irritada la providencia de nuestras ingratitudes, y del mal uso que hacemos de sus bienes, nos priva de ellos en el punto mismo de recoger, y burla en un dia las fatigas de un año? Deberémos antes maravillarnos, si no nos hace sentir mas freqüentemente los efectos de su indignacion. ¡Quán locos somos! El soplo de su ira puede destruir en un momento los frutos de la tierra. Los frios del Invierno, la

la templanza de la Primavera, la sequedad, el granizo, las inundaciones, y los insectos están en vuestro poder, y à vuestra voluntad dispuestos, ò Señor; solo con que querais, todo quedará arruinado, destruido, anonadado. Nosotros lo sabemos, y tememos, y en lugar de apartar estos castigos con una vida christiana, parece que queremos atraerlos sobre nuestras cabezas, con amontonar pecados, que son la causa de todas las desgracias que nos afligen, ò amenazan.

¡Gran Dios! fuente inexàusta de todos los bienes, que atendeis continuamente à nuestras necesidades, y à la conservacion de vuestras criaturas, inspiradnos, por medio de vuestra gracia, aquellos sentimientos, de que debemos estár penetrados, à vista de las riquezas, de los beneficios, y maravillas de vuestra providencia. Haced que los pobres, todos aquellos que se vén reducidos à una extrema necesidad, llenos de confianza en vos, merezcan con su paciencia, y con el trabajo aquellos socorros que esperan de vuestra bondad paternal. Haced que el rico, y todos aquellos, à quienes nada les falta, gocen con sobriedad, con agradecimiento, modestia, y parsimonia, los bienes que de vuestra mano han recibido, y no los empleen en satisfacer à sus pasiones, ò fomentar la sobervia, y no se olviden, que quien mas ha recido, debe dár mayor cuenta, y que lo superfluo del rico, debe suplir á la falta del pobre; y que la misma justicia, que prohibe à éstos el robar, manda al rico el hacer limosna.

¡Bendita para siempre seais providencia adorable de mi Dios, por todos los bienes que nos derramais! Proseguid en esparcir vuestras bendiciones sobre los frutos de la tierra, y despues de haberles dejado llegar à perfecta sazon, dadnos gracia para recogerlos en paz. Alejad de nosotros los pleytos, la mala fé, è injusticias: haced que cada uno reciba de vuestra mano lo que es suyo, y nada mas, que el demasiado apego à estos bienes caducos, no nos haga olvidar que somos todos hermanos, y que nuestras verdaderas riquezas están en el Cielo. Estas son, queridos mios, las riquezas que os deseo. En el nombre del Padre, del Hijo, &c. Asi sea.

SERMON

PARA EL SEPTIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LA NECESIDAD del bien obrar.

Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, & in ignem mittetur.

Todo arbol, que no dá buen fruto, será cortado, y arrajado al fuego. *Math. cap. 3. ℣. 10.*

JAmás habréis, tal vez, entendido, amados hermanos mios, aunque lo habeis oído repetir muchas veces. Nosotros somos los arboles, de que habla el Evangelió, y los buenos frutos son nuestas buenas obras, como son los malos frutos los pecados. El hombre que obra bien, es un arbol precioso en la presencia de Dios, y será algun dia trasplantado à la tierra de los Santos. El hombre que no obra bien, aunque no cometa mal alguno, es una planta, por lo menos infructuosa, reprobada de Dios, y destinada al fuego eterno. No basta, pues, para salvarnos huir el mal, sino que tambien es preciso obrar bien, y hacer buenas obras, sobre lo qual vemos una gran parte de los Christianos que se pierden, viviendo engañados por la mala inteligencia en que estan de la verdad de estas palabras: *Todo arbol que no dá buen fruto, será cortado, y arrojado al fuego.*

Pien-

Piensa alguno que para salvarse basta huir el mal, deja con esto de obrar bien, y de hacer meritorias sus acciones. Se imaginan otros que para hacer buenas obras, es menester ayunar freqüentemente, hacer muchas limosnas, y oraciones; pero no teniendo despues tiempo para rezar, ni poder para socorrer à los pobres, ni salud, ò fervor bastante para ayunar, se juzga estar dispensado, y no piensa mas en hacer buenas obras. En suma, son pocos los que saben qué sea buena obra.

Es preciso pues, que yo os instruya sobre estos tres puntos, y os enseñe: primeramente, que ninguno está dispensado de hacer buenas obras, sin las quales es imposible el salvarse; en segundo lugar, que cada uno en su proprio estado puede hacer, con ayuda de Dios, buenas obras; diremos despues dos palabras acerca de la calidad de las dicciones, que hemos de exercitar sobre el modo de hacerlas, para que sean buenas, y meritorias delante de Dios.

PRIMERA REFLEXION.

NO hay cosa mas fuera de razon que el modo de pensar de aquellos Christianos, los quales, apoderados de la tibieza, y negligencia en el servicio de Dios, no saben responder de otro modo que diciendo: nosotros nada de malo hacemos, ¿qué dices, hijo mio? no haces ningun mal! Un Religioso de la Trappa, cubierto de silicio, que duerme sobre la tierra desnuda, ayuna todos los dias de su vida, no come sino legúmbres insipidas, jamás sale de el yermo, habla únicamente con Dios, ò de Dios, pasa gran parte del dia en oracion, y lo restante en cabar la tierra, ò en otras obras de fatiga, se levanta todas las noches à cantar por muchas horas alabanzas al Señor. Un Religioso, digo, de la Trappa, el qual lleva la vida mas austera, no cesa de gemir, y exclamar: yo soy un gran pecador. Asi hablaban tambien los mayores Santos, asi lo sienten, y confiesan los mas devotos, y fervorosos Christianos. Y vosotros, que no teneis ni piedad, ni fervor; vosotros, que nada haceis para vuestra santificacion; vosotros que delante de Dios

sois

fois arboles infructuosos, los siervos inutiles no dejais de decir con suma frialdad: no hacemos ningun mal, ya entendeis, que pensar asi, es contrario al espíritu del Evangelio, pues aquellos que mas llenos estan de este espíritu, hablan muy diversamente de lo que hablais sobre este punto.

Pero aunque podais decir con verdad, que no obrais mal, porque no teneis ninguno de aquellos vicios groseros, y escandalosos, indignos del Christiano, y un hombre de bien, aunque no fuerais ni deshonestos, ni avaros, ni murmuradores, ni envidiosos, ni vengativos, ni coléricos, (ay de mí, aquellos que están acostumbrados à decir: no hago ningun mal: estoy libre de casi todos estos vicios) con todo esto supuesto, aunque no esteis sugetos à ninguno de ellos, no alcanzaréis jamás la salvacion, sin hacer buenas obras.

¿Qué se ha de hacer pues, para conseguir el paraysó? Leed, volvolved à leer muchas veces la Biblia, los Santos Padres, y Doctores de la Iglesia, todo lo que dicen los libros devotos, y encontraréis que se reduce todo à estas palabras: *huid el mal, y obrad el bien*. Siempre deben ir unidas estas dos cosas, si las separais, todo lo perdeis; llevad el silicio, ayunad tres veces à la semana, haced oracion siete veces al dia, dad la mitad de vuestras riquezas à los pobres; si no huís el mal, si alimentais, por exemplo, sentimientos de odio, ò menosprecio contra el proximo; si murmurais de su modo de proceder; si no dais la debida obediencia à vuestros superiores; si os dejais llevar de la sobervia, y vanagloria, vuestras buenas obras nada valen, porque un solo pecado mortal destruye el mérito de todas las buenas obras. Por otra parte, por regulada que sea vuestra vida, hombre de bien, que no haga mal à nadie en suma, por mas que eviteis todo mal, si con todo esto no obrais bien, haceis solamente la mitad de lo que es menester para salvarse, y asi como no puede el hombre salvarse à medias, si no haceis algo mas, nada haceis.

El hombre se compara en la sagrada Escritura, yá al labrador que siembra para coger, que coge poco, quando siembra poco; que nada coge, quando no siembra; yá à la higuera del padre de familia, plantada en su viña, cultivada, y

guardada con la esperanza de coger frutos de ella; pero quando vé que no produce ninguno, la arranca, y hecha al fuego, aunque produzca alguno malo. La similitud es clara, y no necesita de mayor explicacion.

El Reyno de los Cielos se nos propone en otra parte como un premio, y Jesu-Christo lo semeja al salario de un jornalero, à quien se le paga su trabajo, despues de concluido. Si el Cielo es la recompensa de las buenas obras, no lo espere el que no hace ninguna, de la misma manera que no debe esperar salario el jornalero que no ha trabajado. Sed jueces de ello, ¿vosotros dariais el estipendio à un criado, que estuviese mano sobre mano, y que todo su servicio se redugese à no hacer ningun mal en vuestra casa? No deseais que todos vuestros jornaleros empleen fielmente todo el dia en el trabajo? y si volviesen à la tarde sin haber hecho cosa alguna, juzgariais injusticia el negarles la paga? Cómo pretendeis, pues, que os recompense Dios, si nada haceis digno de recompensa? Oid à este proposito un buen pasage de San Pablo.

¿Por qué haceis, grande Apostol, tanta oracion, tantos ayunos, tantas vigilias, y mortificaciones? Oid, queridos mios, la bella respuesta: *Cumplo en mi, y en mi propria carne lo que falta à la pasion de Jesu-Christo.* ¿Qué falta, pues, à la pasion de Jesu-Christo? No fué pobre desde su niñez, y fué siempre atrabajado? No vivió mas de treinta años en medio de la humillacion, y dolores? No ha padecido, y muerto? Los oráculos de los Profetas se cumplieron, qué es menester, pues, para la salvacion de los hombres?

Es verdad que la sangre del Cordero inmaculado lavó los pecados del mundo; y que el precio de tan divina sangre es para todos nosotros un tesoro inexâusto de gracias, y bendiciones: todo se ha cumplido de parte de Jesu-Christo; pero no lo está todo de nuestra parte; nos ha merecido con su muerte todos los auxilios de que necesitamos para santificar nuestras almas; pero asi como no ha querido salvar à todos los hombres, sin que éstos cooperen, y debiendo ser nuestra santificacion el auxilio de su gracia, y las obras buenas, que por medio de ella hacemos, queda un tal trabajo ne-

necesariamente imperfectos, quando nuestras obras buenas no van unidas con la pasion de Jesu-Christo, de modo que ésta, sin nuestras buenas obras, es inútil, así como serian inútiles nuestras buenas obras sin la pasion de Jesu-Christo.

La razon es, porque la santificacion de nuestra alma es un edificio espiritual, cuyo fundamento puso Jesu-Christo, ò por decirlo mejor, él es el mismo fundamento, sobre el qual, si no edificamos, no se levantará ningun edificio por sí mismo. El fundamento es de humildad, de mansedumbre, paciencia, mortificacion: es menester, pues, levantar sobre él obras de piedad, mansedumbre, mortificacion, y paciencia. Este es fundamento de justicia, y santidad; es menester, pues, levantar sobre tal fundamento obras de justicia, y santidad. Finalmente, es fundamento de amor, y caridad; conviene, pues, levantar sobre él obras de amor divino, y caridad christiana. Esto es lo que llama San Pablo: *suplir lo que falta à la pasion de Jesu-Christo.*

Esto me hace acordar de lo que el mismo Apostol dice en otro lugar: *que Dios ha preparado à cada uno de nosotros un determinado número de buenas obras, para que las hagamos.* Las ha preparado, esto es, nos las prescribe, nos dá el modélo en su santísima humanidad, nos las inspira con su gracia, y nos ayuda él mismo à hacerlas.

Todo lo habeis ya dispuesto, Salvador mio, para el edificio de nuestra salvacion: habeis formado el diseño, habeis echado los fundamentos, habeis preparado, permitid que lo diga, el material, vos mismo dirigis el edificio, nos dais todos los socorros necesarios, nos animais continuamente à obrar, y vos mismo trabajais con nosotros. Ea pues, amados hermanos mios, no perdais tiempo, à fin que podais *con vuestras buenas obras asegurar vuestra vocacion*, y hacer cierta vuestra salvacion. Son palabras de San Pedro.

Y siendo esto así, amados Parroquianos mios, como la fé nos lo enseña, y no nos deja lugar de duda la razon misma, ¿en qué estado estamos, y qué será de tantos Christianos, que à nada, ni à menos piensan que à hacer buenas obras, los quales comparecerán delante de Dios con las manos vacías? Pero no puedo pasar en silencio, lo que mas me

me aflige, y es el ver muchos de vosotros, que no tienen, à la verdad, ningun vicio considerable, y de quienes se puede decir, que no obran mal, van con todo perdidos, porque no obran bien, por mas que les sería fácil, si quisieran pensar en ello. Porque las obras buenas, que Dios requiere, son fáciles à todos, y ninguno hay que no pueda hacerlas con comodidad en su proprio estado, con la ayuda de la divina gracia.

SEGUNDA REFLEXION.

MIS Mandamientos, decía el Señor à su Pueblo, (Deuteron. 30. 11. & seq.) no exceden vuestra capacidad, ni fuerzas, de suerte que no podais entenderlos, y ponerlos por obra. No es necesario para esto que subais al Cielo, ni paseis los mares de la una à otra parte del mundo: lo que mando lo teneis en la boca, en el corazon, al rededor de vosotros, y por decirlo de una vez, en la mano. Lo mismo, queridos mios, os repetiré hoy para vuestro consuelo. Sin obras buenas no conseguiréis vuestra salvacion; pero no caigais de ánimo, no os amedranteis. Las buenas obras, que Dios nos manda, nada son de extraordinario para hacerlas, no habeis de abandonar vuestro estado, en que os ha colocado la providencia, ni os habeis de retirar al yermo, ni à pasar la vida en continua contemplacion, ni afligir al cuerpo con continuos ayunos, y mortificaciones, ni à despojaros de vuestros bienes para darlos à los pobres. Aunque todos los Christianos son llamados à la perfeccion, pero no todos lo son à un mismo género, ni al mismo grado de ella; la gracia de Dios, que obra en nuestros corazones de mil maneras, usa de diferentes medios para santificar à los hombres, y conducirlos à la perfeccion de fieles hijos suyos.

Sé que el que puede, está obligado à hacer limosna; que los ricos están siempre obligados; que las personas que están bien, pero no ricas, deben hacerla segun su posibilidad, alguna tambien algo mas, quando sea extrema la necesidad del pobre, y en ciertos casos, en que pide la ca-

ridad que nos privemos de parte del necesario. Sé que hemos de domar la carne con el ayuno, y con otras austeridades, quando se revela contra el espíritu; cada uno ha de exâminarse sobre este punto, y obrar sin que espere el mandato del Confesor, ò su consejo. Finalmente, sé que hay dias consagrados con especialidad al Señor, y que no hay ninguno en que un hombre juicioso, por ocupado que esté, no emplee algun rato en la oracion. Pero sé tambien que hay muchos, que no pueden ayunar, ni socorrer à los pobres, y que otros tantos son los que por sus ocupaciones apenas pueden hacer una breve oracion à la mañana, y noche.

Por otra parte todas las buenas obras se reducen al ayuno, limosna, y oracion. Si es pues verdad, que ninguno está dispensado de obrar bien, es preciso que haya una especie de ayuno, que puedan todos practicar, una especie de limosna, que todos puedan hacer: y avisandonos el Apostol que hemos siempre de orar, es menester que haya una especie de oracion, que se pueda practicar en medio de las mayores ocupaciones.

No podemos dudar de esto, y esto basta para animar, y esforzar à los mas temerosos. Sí, queridos mios, por mas flacos, delicados, de debil complexion, ò enfermizos que seais, hay un ayuno, aún para vosotros, muy fácil de practicar. Aunque os veais reducidos à pedir limosna, la podeis hacer à otros; por grandes que sean vuestras ocupaciones, podeis hacer oracion desde la mañana, hasta la noche, ¿No es esto verdad? Volved los ojos sobre vosotros mismos un solo instante, y veréis una muchedumbre de obras buenas, *que Dios os ha preparado*, y os harán rico en su presencia, con tal que querais atesorarlas con la ayuda de su gracia.

Será agradable à Dios vuestro ayuno, todas las veces que os privareis por su amor de ciertas cosas, que os agradarian, y darian gusto; porque no se ayuna solamente con abstenerse de comer, y beber, sino tambien de lo que fomenta el apetito, halaga nuestra inclinacion, y amor proprio. No hablo de aquellas cosas expresamente prohibidas, pues supongo que huís el mal, hablo de lo que es licito, y nos privamos por un espíritu de mortificacion, y piedad. Observad en este particular quantas maneras de abstinencia podais hacer facilmente; no hay dia en que no se os ofrezca ocasion de practicar alguna.

Podria ir hoy à divertirme honestamente con aquella compañia, y sin pecar; pero quiero abstenerme esta vez por amor de Dios; podria asistir à aquella comida, que será delicada, estoy cierto que no haria ningun exceso; pero quiero abstenerme, por mortificarme: y si con todo me veo obligado à ir à ella, mortificaré la sensualidad, dejando de gustar aquellos manjares, que mas me agradarán. Podria en mi casa, en la mesa, en los muebles, y vestir procurar ciertas comodidades, ciertos adornos, que me causarian gusto, con todo, quiero privarme. Todo esto es oro molido para el Cielo. Este es, queridos mios, el verdadero ayuno. ¿Hay alguno que no tenga ocasion de practicar cada dia tales ayunos, ù otros semejantes?

Pero hay otro ayuno mucho mas agradable à Dios, que el hacer, ò dejar de hacer las cosas que nos desagradan. Sin hablar de las enfermedades, indisposiciones, ò aflicciones à que está sujeta nuestra miserable vida; ¿no tenemos todos los dias ocasion de mortificarnos, sufriendo con paciencia lo que nos aflige, ò repugna à nuestra naturaleza? Este trabajo me fastidia, ¡quánto me desagrada, y me enfada! Podria dejarlo, quando bien quisiese, escogiendo el que mas me agradáse; pero no: me dedicaré à él por eleccion, y ofreceré à Dios la fatiga, y repugnancia. Vivo con una persona, cuyo genio parece que se hizo à proposito para exercitar mi paciencia, podria separarme, no estando obligado à vivir con él; con todo quiero estár: todo es tesoro para el Cielo. He sido provocado con palabras picantes, y se me ha perdido el respeto; podria responder, y hacerme hacer justicia, sin faltar à la caridad: mas callaré, no diré palabra, sino que lo sufriré con mansedumbre, y modestia, por amor de Jesu-Christo, que me ha dado exemplo de ello. Todo esto es atesorar para el Cielo.

Y vosotros, pobres hijos mios, que os empleais todo el año en continuo trabajo, y con todo esto comeis mal, ves-

vestis peor, y estais pesimamente alojados; vosotros, que llevais una vida mas rigida que la de los Religiosos mas austeros, ¡Ah qué gran tesoro acumularéis para el Cielo, si sufris pacientemente, y por amor de Dios, el frio, el calor, la hambre, la sed, la desnudéz, las fatigas, y quanto hay de penoso, y rígido en vuestro estado! nada mas os costaria, ya que de qualquier manera habeis de hacerlo, ¿y por qué no podreis en medio del campo levantar los ojos, y manos al Cielo, y decir con todo el corazon: Divino Jesus, quiero juntar mis penalidades con las vuestras, y mis sudorès con los vuestros, y vuestra sangre? No, no deseo, Dios mio, un estado menos penoso, y mas felíz. Estoy contento con el que tengo, porque vos me lo habeis dado: bendeciré vuestro santo nombre en todo tiempo, y todos los dias de mi vida. En medio de los calores del verano, y frios del invierno, diré con el Profeta: ¡ó vosotros calor, frio, vientos, nieves, yelos, escarchas! bendecid al señor, y se cumpla su santa voluntad. Con estos sentimientos, las fatigas, y miserias serían para vosotros en la hora de la muerte frutos preciosos, y abundariais de ello, quando compareciéseis en la presencia de Dios.

Es pues verdad, que cada uno en su proprio estado puede mortificarse de mil maneras diversas, y practicar un ayuno tan meritorio, ò tal vez mas que la abstinencia en el comer, y beber, porque, por lo regular, es mas penoso: es tambien verdad que hay una especie de limosna, que todos pueden hacer, porque ésta no consiste solo en dar de comer à los hambrientos, y en vestir à los desnudos. Todos los servicios que hacemos al proximo, ahora sea tocante al cuerpo, ahora à la alma, son limosna muy grata al Señor, quando se hace con espíritu de caridad.

No hay pobre ninguno que no vea à otros mucho mas pobres. El que tiene poco, dé poco; el que no tiene con que hacerla, dé de prestado. ¡Qué oficios no se pueden hacer mútuamente los pobres, aunque de poco momento! Este no puede socorrer al enfermo, podrá à lo menos visitarle, y hacerle otros buenos oficios. Aquel no tiene modo para ayudar al vecino afligido, podrá consolarlo en su aflic-

afliccion; podemos dar buenos consejos, buen exemplo al proximo, retraerlo del mal, inducirlo al bien: en suma, no hay ninguno à quien no se le presente ocasion de hacer bien al proximo, ò en las cosas pequeñas, ò en las grandes. Es preciso que todo sea grande, y precioso delante de Dios, quando se hace por motivo de religion, ò caridad, puesto que un vaso de agua dado por amor de Dios, merece, segun él mismo dice, la vida eterna. No digais, pues, que no estais en estado de hacer limosna. Por pobres que seais tendréis mil ocasiones de ayudar à otros mas necesitados, y tal vez à mas ricos que vosotros.

Os decia finalmente, que el hombre mas ocupado podia hacer oracion desde la mañana à la noche, y esto es tambien verdad. No hay duda que el Christiano debe comenzar siempre, y acabar el dia, poniendose en la presencia de Dios para honrarlo, rezando con devocion, y de rodillas sus acostumbradas oraciones, quando no esté legitimamente ocupado, è impedido. Es tambien cosa santa, y costumbre provechosa el retirarse à ciertas horas entre dia à orar, ò leer algun libro devoto: aquel que lo puede hacer, y no lo hace, es mas culpable de lo que piensa, pues se priva de muchas gracias, de que necesita para apartar, sabelo Dios, quantos pecados, que nos hacen cometer el conversar, y los otros embarazos de esta vida.

Pero hay, à mas de este, otro modo de rezar, que se puede repetir à cada instante, ò por decirlo mejor, todas nuestras acciones, aún las mas indiferentes, pueden ser una oracion contínua, quando buscamos en todo, y por todo hacer la voluntad de Dios. Las palabras que pronunciamos rezando, solo son señales, y expresiones de nuestros deseos. De donde se sigue, que oramos todas las veces que deseamos la gloria de Dios, su gracia, y la santificacion de nuestras almas. Y si es verdad que podemos tener estos deseos en medio de las mas sérias ocupaciones, es tambien verdad que podemos orar en quantas cosas hacemos, y que todas nuestras acciones son una verdadera oracion, quando las hacemos por sola la gloria de Dios, y provecho de nuestras almas.

Hace pues oracion, desde la mañana hasta la noche, la ma-

madre de familia, empleada todo el dia en la educacion de sus hijos, en bien governar su casa, y criados, quando su principal intencion en todas estas cosas, es hacer la voluntad de Dios. Oran, pues, verdaderamente el Labrador, el Artesano, el Mercader, el Abogado, el Soldado, el Oficial, y todos los demás hombres de qualquier clase, y profesion que sean, todas las veces que su fin principal en sus empleos es hacer la voluntad del Señor, y de agradarle.

Ofrecedle, pues, à la mañana todo quanto habeis de hacer entre dia, rogadlo que eche su bendicion sobre vuestro trabajo, dirija vuestros pasos, y guie vuestras empresas. Conservad esta misma intencion, y renovadla de quando en quando: de este modo vuestras acciones indiferentes, se harán meritorias, y buenas obras. ¡Ah, quién es aquel Christiano, que en lo mas serio de sus ocupaciones, no pueda levantar la mente, y corazon à Dios, y repetir interiormente muchas veces al dia: Señor, tened compasion de mí, sed en mi ayuda, ilustrad, y sostened este vuestro siervo, y haced que todos los momentos de mi vida os sean agradables!

Ved aqui, queridos mios, una muchedumbre de ayunos que no gastarán vuestra salud, una infinidad de limosnas, sin echar mano á la bolsa, muchisimas oraciones, que nada estorvarán vuestras ocupaciones, y por consiguiente, una infinidad de obras buenas, que con ayuda de la divina gracia solo os costarán un poco de reflexion, una pequeña violencia, y un poco de atencion sobre vosotros mismos. No tenemos, pues, ni corazon, ni juicio, quando pudiendo amontonar facilmente muchas obras buenas, las dejamos perder, quando pudiendo convertir todas nuestras cosas en oro, y hacernos ricos para con Dios, quedamos pobres, y desnudos, como arboles esteriles, en quienes no encontrará Jesu-Christo ningun fruto, quando vendrá à pedirnos cuenta de la vida, y de todas las gracias que nos ha dado. Hay otra cosa peor, y es, que hacemos malas todas aquellas obras, que son buenas de sí. Pasemos ahora à ver las qualidades, que debe tener una obra para que sea buena, y la manera de hacerla, para que sea digna de recompensa en el Cielo.

TER-

TERCERA REFLEXION.

OBservad ante todas cosas, que una accion mala en sí, jamás puede ser buena, aunque sea buena la intencion que nos anime à hacerla. El que dixese una mentira para salvar la vida al proximo, cometeria siempre un pecado mortal, porque la mentira siempre, y en todo lance es mala en sí. Esto supuesto, digo yo (y es pura doctrina christiana) que para hacer una obra buena, que sea digna de la vida eterna, es menester en primer lugar tener fé. Las oraciones, ayunos, limosnas, y todas las obras buenas de los infieles, y hereges, aunque no sean pecado, no son meritorias, porque es imposible agradar à Dios sin la fé: y asi como el sarmiento cortado de la vid no puede dar fruto, asi mismo el hombre separado de la Iglesia, no puede hacer ninguna obra buena, digna de la vida eterna.

En segundo lugar, es menester estár en estado de gracia; haga el Christiano quantas buenas obras quiera, mientras esté en pecado, serán todas obras muertas, que jamás se recompensarán en el Cielo. No pensamos que sean malas con todo, ni que los pecadores en este estado no deban hacer buenas obras, antes bien decimos que por un efecto de la misericordia de Dios, que es infinita, aquellas mismas obras buenas podrian merecerle la gracia de una verdadera conversion, principalmente si las hace por amor de Dios, y provecho de su alma. Siendo esto asi, ¡con qué atencion, queridos mios, no deberémos cuidar de tener pura nuestra conciencia, de modo que no sean inútiles nuestras buenas obras para la otra vida! por otra parte, quien tiene la desgracia de haber echado callos en sus costumbres malas ¿qué cuidado no debe poner en hacer obras buenas, à fin de apartar la ira de Dios, y merecerse la gracia de que necesita para convertirse?

En tercer lugar, se deben hacer las obras buenas por motivo sobrenatural, esto es, por motivo que se dirija à procurar la gloria de Dios, y el provecho de nuestras almas. Porque el obrar por motivo meramente natural, el hacer bien al proximo solo por la compasion natural que tiene el hom-

bre,

bre, ò por propria satisfaccion, como lo haria un pagáno, puede ser muy bien meritoria en la tierra, pero no en el Cielo. Y si alguno obráse por ostentacion, por vanagloria, ò por algun otro motivo pecaminoso, la obra que sería buena en sí, llegaria à ser pecaminosa.

Finalmente, la gracia debe dar à las buenas obras el movimiento, pues si la produce nuestra voluntad, no obrando la gracia con nosotros, no serán premiadas, aunque nos parezca que obramos solo por dar gusto à Dios. Entre las obras que no son absolutamente indispensables, puede haber alguna que no pretenda Dios de nosotros, aunque en sí sean loables. Ayunais tres veces à la semana, haceis muchas penitencias, zelosos por el bien de las almas, no perdonais à trabajo para reducir à los que van errados; pero no sabeis si obrais en este por impulso de la gracia, ò por natural instinto. ¡Terrible pensamiento! capáz de humillar à los mayores Santos, y à aquellos que freqüentemente hacen buenas obras. Estaba penetrado de él el Apostol quando decia: Queridos mios, procurad vuestra salvacion con temor, y temblor, porque Dios es el que obra en vosotros el querer, y obrar à su beneplacito (Philip. 2. ℣. 12. 13.) de manera, que todas las obras buenas, que no son inspiradas por él, y que él mismo no obra con nosotros, no son por consiguiente obras de vida eterna. Ahora pues, ¿quién habrá tan presumido, que se juzgue inspirado de Dios, y que obre juntamente con él, quando hace cosas que Dios no manda determinadamente, y se consideran como obras de supererogacion? humillaos pues, y temed, ¡ò almas justas! pues no sabeis si vuestras obras buenas sean agradables à sus ojos, asi como no sabeis, si sois dignos de amor, ò de odio.

Pero esta reflexîon, y el estár nosotros inciertos si la gracia es principio de nuestras buenas obras, ò bien lo es nuestra voluntad, ¿no se podrá exâminar, y retraernos de hacerlas? Todo al contrario, amados Parroquianos mios. Esta reflexîon, y este temor nos deben alentar à doblar el zelo, y à disponernos à hacer un buen número de ellas. Oid à este proposito un hermoso paso del Ecclesiastés. (cap. 11. 5.) Asi como no sabeis el modo como el alma anima, y dá movimiento à

à todas las partes del cuerpo, ni como se formen los miembros en el utero materno: asi tampoco conoceis las obras de Dios, que hace todas estas cosas. Sembrad, pues, à la mañana, y no ceseis à la tarde, porque no sabeis qué debe antes nacer, si esto, ò aquello; y si todo nace, será mucho mejor. La aplicacion de este pasage no es dificil de hacer. Asi como no conoceis las inspiraciones interiores, è inefables del Espíritu Santo, el qual es el alma de todas nuestras obras, è inspíra donde quiere, ni de qué manera forme un hombre nuevo, imprimiendo en nosotros la imagen de Jesu-Christo, segun San Pablo; de la misma manera ignorais quales sean las obras buenas que obra la gracia, y no obra con vosotros. Haced, pues, de toda especie, en todo tiempo, y edad, puesto que no sabeis quales sean dignas de ser premiadas del justo Juez. Y si todas le son agradables, tendréis en su presencia un tesoro, que os merecerán inmensa gloria.

¡Qué ceguedad fue pues, Señor, la mia quando pensaba poder entrar en el Cielo, sin hacer buenas obras, contentandome con decir que ningun mal hacía, como si no fuese un gran mal el no hacer ninguna buena obra; como si los trabajadores, que nada hacen, pudieran esperar alguna paga! O qué necio, è insensato he sido! con una poca atencion, y vencimiento, hubiera podido hacer, despues que me conozco, muchisimas obras buenas. Todas mis acciones hubieran sido meritorias, si las hubiera procurado hacer en nombre de Jesu-Christo, con intencion de agradarle, y de hacer su santa voluntad. Nada de esto he hecho, antes bien he obrado casi siempre por fines humanos, y todas mis acciones, aun la mayor parte de aquellas que me parecian buenas, se perdieron.

¡Quántas veces no tuvieron éstas otro principio que el de mi propria voluntad, de mi genio, è inclinacion particular, y tal vez de mi desarreglado amor proprio: amor lleno de engaños, y de artificios, que de tantas maneras me engaña, y se entromete aun en las obras mas loables, y las malgasta de tal manera, que nada se diferencia de un gusano que se entromete en una fruta, y la gasta! Dios mio, terrible en vuestros

juicios sobre los hijos de los hombres, sois al mismo tiempo Dios de bondad, y de misericordia! Tened compasion de mi ceguedad, y de mi fragilidad; disipad con la luz de vuestra gracia las tinieblas que me rodean; hacedme conocer la necesidad de juntar buenas obras para la vida eterna. Dadme à conocer las que mas os agradan, y obrad vos mismo en mí, y conmigo todos los bienes que deseais. Haced, Señor, que yo os sea fiel, asi en las cosas pequeñas, como en las mayores; que el fin principal de todas mis acciones sea el hacer vuestra santa voluntad, para que esten llenos mis dias en vuestra presencia, y para que asemejandome yo à un arbol cargado de frutos buenos, me juzgueis digno, despues de la muerte, de ser transplantado en el Paraiso de deleytes. Asi sea.

SERMON

PARA EL OCTAVO DOMINGO despues de Pentecostés.

PREPARANSE PARA LA MUERTE.

Redde rationem villicationis tuæ: jam enim non poteris villicare: ait enim villicus: Quid faciam?

Dame cuenta de la administracion de mi granja, porque no quiero que la administres en adelante: entonces el arrendador dice dentro de sí: Qué será de mí? *San Lucas cap. 16. ℣. 2.*

QUando me pongo à pensar la turbacion, y enredo de un administrador infiel, el qual, acusado de su mal gobierno, se vé obligado à dar cuentas à su Señor, quando menos se lo pensaba, me viene al pensamiento la turbacion de un mal Christiano, el qual, solo atento à las cosas del mundo, apegado à la tierra, como si hubiese de estár siempre en ella, que se porta con Dios de la misma manera que si no lo hubiese, como si jamás hubiera de dár cuenta de su vida, lo asalta una enfermedad, en que se le intima la muerte. Disponed vuestras cosas, y conciencia, y preparaos à dar cuenta de vuestra vida, porque moriréis. Si el acercarse la muerte causa espanto à los que la han preveido, y se han dis-

puesto para ella; ¿qué horror no causará, à aquellos, que no pensando en ella, se vén cerca, y no están dispuestos para presentarse al eterno Juez? Qué harán estos tales? Qué será de ellos? Detengamonos primero en esta reflexion, amados hermanos mios, pasarémos despues à vér los medios que todo hombre prudente debe tomar para no dejarse sorprender, y para evitar la desgracia de una muerte repentina.

PRIMERA REFLEXION.

NO hablo yo de aquellos accidentes tan terribles, aunque comunes, quando viene una muerte improvisa, sin dejarse sentir, y hiere como un rayo, sin que se eche de vér. Lo permitis esto, Dios mio, ò sea para premiar al justo, quitandole el horror de la muerte, ò sea para castigar el abuso que hace el pecador de vuestras gracias, no dejandole tiempo, en sus ultimos instantes, de echarse à los pies de vuestra misericordia, ò bien sea para acordarnos, que no nos podemos prometer un solo instante de vida, que ella depende de un hilo, y que éste está en vuestras manos, y lo rompeis, quando quereis, con mucha mayor facilidad que la que tenemos nosotros en romper una telaraña. Qué faltos estamos de razon, y quán injustamente discurrimos. Los mas terribles exemplos de muertes de este genero apenas hacen en nosotros una superficial impresion. Confesamos que nos puede caber una muerte semejante; pero no dejamos por eso de vivir à nuestro modo: antes bien pensamos que tendrémos tiempo para disponernos à bien morir.

Hablo solo de las muertes no previstas, que vienen con una enfermedad, la qual no dá tiempo al enfermo de volver sobre sí con la turbacion de la muerte, y atender comodamente, asi à las cosas de su casa, como de su alma; pudiendo mas en él el temor, y horror que causa la muerte en quien menos pensaba en ella.

Figurâos, pues, un hombre, no sin ley, ni fé, pero blasfemador de la Religion, que hace befa de la otra vida, y que mas por miedo del demonio, que por temor de Dios, se reduce à pedir un Confesor, que le sirva de testigo de su espanto, antes que de Ministro de su conversion; tan temeroso, y cobarde al oir la muerte que llama à la puerta, quanto mas libre antes, quando la juzgaba lejos, y menospreciandola à lo Filósofo, la miraba como tal, y hablaba como un impio,

Figurâos al mismo tiempo unos de aquellos Christianos, de los quales se vén tantos el dia de hoy, que entregados à los deleytes, y negocios del mundo, aunque interiormente creen, y teman los juicios de Dios, no dejan de vivir como si no fueran dignos de temerse, ò como si tuviesen certidumbre de vivir hasta una edad abanzada. Tienen la cabeza llena de mil proyectos, entre los quales algunos no se podrian llevar al fin con la vida mas larga. Estos tales no piensan en la muerte, ò si piensan, se la figuran bien lejos: de suerte, que ninguna impresion les hace tal pensamiento, y nada les empeña à tomar algun medio para disponerse à ella.

Por exemplo, un Mercader, que solo piensa dia, y noche en su comercio: la codicia de amontonar, y el temor de perder, lo tienen en continua agitacion. En menos de diez años ha juntado treinta mil pesos: gracias al Señor, gózo (dice) muy buena salud, puedo vivir aun treinta años. Si mis negocios ván à este paso, compraré tierras, y viñas, casas, daré empleo à mis hijos, y gozaré paz en mi vejéz.

Sirva tambien de exemplo una de aquellas Arpias, de que está lleno el mundo, siempre prontas à pillar, sin otra ley que la que les dió su interés, y sin otro consultor en el moral, que su falsa conciencia, que no presta al menesteroso, sino es con la mira de apropriarse de sus despojos, quando se verá obligado à vender por veinte escudos lo que vale quarenta; y que despues de haber comprado el campo, que confinaba con el suyo, recoge para comprar el otro, que confina tambien. Convenios, usureros, haced contratos fraudulentos, juntad posesiones de mala fé; mas todo les sirve con tal que enriquezcan. Este, sin embargo, cumple todos los años con la Pasqua. ¿Sabeis por qué? Porque estos tales ocultan lo que son al Confesor, y solo se puede formar juicio de lo que confiesan.

Sea un deshonesto tan dado al vicio infame, que se le ha hecho natural la costumbre. Ah! hijo mio, ¿tú no pensa-

farás, segun tu vida, à tu salvacion? Qué sería de tí si por desgracia te sorprendiese la muerte en medio de tus desordenes? Dios me dará gracia para convertirme; soy aún joven: en tal tiempo mudaré de vida; tengo ya formado el systéma, y espero morir como buen Christiano.

Considerémos à un hombre, que por haber ganado mucho, no tiene necesidad de atender mas al negocio; para vivir comodamente, empieza à fabricar, y solo piensa en buscar todas las comodidades posibles, y delicadezas. Podemos tambien considerar una doncella que está para casarse; se aceptó la propuesta, se espera solo que llegue el tiempo de casarse, hacense grandes preparativos, y ella sola piensa en su futuro estado. Finalmente, qualquiera persona que queramos figurarnos, y cada dia vemos muchas, que piensan vivir largos años, y se enredan en mil cosas exteriores, estos para enriquecerse, aquellos para emplearse, este otro para adquirir gloria en este mundo.

Ahora, pues, mientras tal hombre está atento à pensar lo que ha de hacer en el término de un año de diez, ò de treinta, à lo mejor de sus proyectos, muchas veces tambien en la flor de sus años, la muerte que sacó las cuentas mejor que él, y con quien no se contó entre los proyectos, ò que se juzgaba, à lo menos, no tan cercana, viene à llamar de repente à la puerta de este hombre, que nada pensaba en ella. Lo sorprende un temblor de frio: no hace caso, se aumenta la calentura, es preciso ponerse en cama, tal vez no será nada; comienza à delirar, se hace séria la cosa, venga luego el Médico. Se le dán abundantes remedios, pero no mejora el enfermo; la calentura no cede, antes bien es contínua, y crece mucho mas. Se impide el estómago, se forma el catarro, nada de bueno pronostica el Médico; se trata de Sacramentos, es preciso avisar de ello al enfermo. La cosa es dificil, pero necesaria, y no hay para que perder tiempo. Se le habla, pues, por rodeos, y se le dice: Vuestra enfermedad no es peligrosa, pero puede serlo: sería bueno que os dispusieseis, y pensaseis à arreglar las cosas de vuestra familia, y alma.

¡Qué anuncio tan funesto para uno que en nada menos pensaba que en morir! Es un golpe terrible que lo atierra, arrui-

arruina todos sus proyectos, le confunde las idéas, le perturba la mente, y lo enagena, por decirlo asi, de este mundo. Me habia fabricado una casa, que aun se trabaja en ella; ¿luego ya no la habitaré? Habia comprado un mayorazgo, hacía cuenta de mejorarlo, y dilatarlo: ¿ no lo podré, segun esto, lograr? Habria sacado en este año, à lo menos, tres mil pesos de los ganados que habia de vender: casi tanto hubiera sacado de mis bosques; y en lugar de todas estas cosas, y mil otras mas, ¿ habré de pensar en el entierro? No habeis de pensar en esto, no; sino en arreglar vuestras cosas, para no dejar en pleytos à vuestros herederos. ¡ En mis cosas! son casi infinitas, todas comenzadas, y ninguna concluida. Venga mi muger, è hijos; venga el Notario. ¡ Ay de mí! no puedo mas, esperémos à mañana, tendré, tal vez, mas aliviada la mente; ¡ pero quántas veces sucede que se anochece, y no se amanece, sin haber dispuesto cosa alguna!

En medio de todos estos enredos, mientras el enfermo está mas embebido en los negocios temporales, y mas oprimido de la enfermedad, llega el Confesor: ? Y pues, hijo mio, pensais en comparecer à la presencia de Dios? Estais aparejado à dar cuenta de vuestra vida? ¡ Ah Padre! aun no he pensado en ello, esperaba el tal tiempo, queria hacer primero tal, y tal cosa; y despues de concluida, queria pensar solamente en mi salvacion. Ocho dias hace estaba tan bueno, ¿ quién me habia de decir que mi fin estaba tan cercano, y mas en la flor de mi edad? Demasiada verdad es, pero no pensaba en ello. Pensemos, pues, ahora, ya que no hay medio para volver atrás, no perdamos el tiempo que nos queda para arreglar vuestra conciencia.

Exâminar la conciencia en un tiempo en que todas las potencias del alma están casi torpes, aplicarse à un negocio, que pide toda la atencion, de que es capáz un Christriano, quando goza de perfecta salud, confesar exâctamente sus pecados, quando ha casi perdido el conocimiento, y apenas puede articular una palabra, concebir entonces la enormidad de la culpa, quando apenas percibe las cosas, estár penetrado de dolor de haber ofendido à Dios, quando solo puede sentir la violencia del mal, y el temor de la muerte, pro-

prometer de vivir mas christianamente, quando solo quedan pocas horas de vida: decidme por vuestra vida, amados hermanos mios, qué juicios se puede formar de todo esto? Es verosimil que un enfermo, el qual ha perdido la memoria, entendimiento, y voluntad, pueda en tan corto tiempo prepararse, como debe, para bien morir, quando un hombre cuerdo está persuadido que no es demasiado el atender toda la vida, quando este mismo enfermo en los designios, y proyectos que iba formando de su conversion, y penitencia, está resuelto à dedicar muchos años de su vida, quando se vé ordinariamente que la mayor parte de aquellos que han salido de una enfermedad peligrosa, en la qual recibieron los Sacramentos, apenas se acuerdan de haberlos recibido, y algunas veces se olvidan del todo?

Estamos acostumbrados à decir que los negocios serios piden tiempo, y mucha reflexion; que no es menester obrar arrebatadamente; que lo que se hace aprisa, se suele comunmente errar. Ahora pues, ¿es acaso la muerte un negocio de poca importancia? La cuenta que hemos de dar à Dios de nuestra vida, es acaso una vagatéla, y bastará pensar solo en la muerte, quando la tenemos encima, y nos arranca el alma del cuerpo?

Demasiadamente está entonces el hombre obligado à pensar en ella, quando todo lo contesta: los hijos que lloran, el marido, ò muger que se deshace en sollozos, el testamento que está para hacer, los Sacramentos que se han de recibir, el dolor que se deja ver en los rostros de los presentes, que rodéan la cama, donde la muerte ha de descargar el fatal golpe. ¡Vista horrible para el que no se la esperaba, para el que no habia jamás pensado en ella! quántos remordimientos le despedazan el corazon al verla vecina, y si les dá oidos, antes le inducen á la desesperacion, que à la penitencia.

Hay muchísimos pecados, que mientras estamos buenos, no nos cuidamos de ellos, una infinidad de cosas, sobre las quales formamos una conciencia errónea, se halla modo para hermanar las máximas del mundo con las del Evangelio, y la mayor parte de los hombres se forjan una moral à su modo,

do, que facilita los deleytes, dá campo à las pasiones, y fomenta los caprichos; pero en la hora de la muerte desaparecen las preocupaciones, se desvanecen las ilusiones, y se dejan ver las cosas como son en sí: ¿qué se hace entonces? ¡Ah Dios mio! os pido perdon, tened piedad de mí, no me desampare vuestra misericordia. Esto se dice presto; pero atended bien.

Aquel hombre, treinta años hace, que solo ha atendido al comercio, no era asesino de caminos, no era ladron, pero ha cometido infinitas injusticias, que cada una de por sí son de poco valor; pero todas juntas hacen una suma considerable. El que es de delicada conciencia, no se puede hacer tan rico en tan breve tiempo, la codicia ciega; pero la muerte hace abrir un palmo de ojo, y entonces se vé que de algunos maravedises se forman los reales, y de éstos los escudos: de todas estas menudencias no teniais cuenta, pero la ha tenido Dios. ¿Qué suma, pues, tan grande se forma al cabo de un año? quánto mayor al cabo de diez, veinte, y treinta? Es preciso, pues, restituir, ò dar orden que se restituya, ò bien condenarse: ¿qué será, pues? ¡ay de mí! ya está para morir, ya ha perdido los sentidos!

Amigo, estás ya cerca de dar cuenta de las fornicaciones, adulterios, y de todos los desordenes, y escándolos que habeis causado con vuestra mala vida. ¿Pensais en resarcir el daño? ¡Ah, yo soy un desalmado! Perdonadme Dios mio, perdonadme. Vá bien. Pero aquella doncella, à quien habeis robado el honor, no podrá casarse; aquel niño es hijo vuestro, y tendrá parte con los hermanos, de la herencia que no es suya: parémonos aqui. Vos bien conoceis todas estas injusticias, ellas provienen de aquellos infames tratos que os parecian juguetes, y con todo esto os vendiais por un hombre honesto, y bueno, ahora veis las tales injusticias, y veis tambien la necesidad de resarcirlas. ¡Dios mio, qué laberinto! qué enredos! ¿cómo saldrá de ellos? el tiempo le falta, no está en sí, y solo le quedan quatro horas de vida.

De estos exemplos, y otros muchos semejantes, que suceden freqüentemente, podeis juzgar vosotros mismos si es

tiempo aquel para arreglar los negocios del mundo, y alma, y de prepararse à comparecer delante de Dios, quando de repente llama à la puerta para que le demos cuenta, y razon de aquellas cosas en que jamás hemos pensado. Esto mismo que digo lo habeis visto vosotros muchas veces con vuestros ojos. Son pocos los años en que no hayamos visto morir personas de muerte no prevista, y que en nada menos pensaban que en ella, porque gozaban de perfecta salud, y una enfermedad de pocos dias se las llevó en la flor de sus años.

¿Qué Christiano habrá que en tales ocasiones no vuelva sobre sí, y haga reflexion del poco caso que se ha de hacer de esta vida? ¡O quán pronta es la muerte en sorprendernos! (decimos muchas veces) ocho dias hace, este hombre estaba robusto, lo ví alegre en tal casa, atendiendo solo à divertirse; vedlo ahora hecho cadaver delante de su puerta. ¡Qué desgracia! le iban bien las cosas, se hizo rico, pensaba en mayores ganancias, no pensaba en morir tan presto, y de hecho, ¿quién lo hubiera jamás creído? tan cierto es, que no conviene el fiarse de la juventud, de la salud, y robustéz. Bonísimas reflexiones, pero no se saca fruto de ellas. Queridos mios, vivamos mas alerta, y tomemos nuestras medidas de tal manera que no nos coja desprevenidos la muerte. Sobre este particular oid con atencion los consejos que os quiero dar hoy. Quiera Dios que obren en vosotros de tal manera, que os muevan à reformar vuestra vida, y llevar en adelante otra mas christiana.

SEGUNDA REFLEXION.

LA primera diligencia que debemos poner para que no nos sorprenda la muerte, es el pensar en ella, preveerla, y hacernosla, digamoslo así, familiar, aunque no estuviesen sujetos todos los hombres à este fatal tributo, y pudiesemos nosotros esperar ser del número de aquellos que no habian de morir, deberiamos, con todo, pensar en la muerte, de la misma manera que tenemos el pensamiento fijo en una desgracia, que nos amenaza, aunque estemos seguros que no nos ha de coger debajo. ¡Quánto mas, pues, debemos pensar

sar en la muerte, estando ciertos que ha de venir infaliblemente, y que se ha de seguir à ella, ò una eterna dicha, ó una eternidad de tormentos!

El pensamiento de la muerte es, à la verdad, terrible, y lleno de melancolía, proprio para turbar un ánimo. ¿Es esto así? Con todo, el Apostol San Pablo mira à la muerte como una cosa provechosa: vemos que desea la separacion del cuerpo, para unirse con Jesu-Christo: vemos à los primeros Christianos correr al martyrio, de aquella manera que corren los mundanos à sus divertimientos: vemos que desean las almas justas aquel momento en que han de dejar la cárcel del cuerpo, que les detiene, è impide el unirse con el sumo bien, que las crió, y que es su ultimo fin.

De hecho, ¿qué cosa es la muerte? es el término, y fin de infinitas miserias que nos siguen, y acompañan desde el nacimiento; el fin de una gran muchedumbre de necesidades, à que, aunque procuremos satisfacerlas, jamás dejan de importunarnos; el fin de las inquietudes, que nos turban, de las ansías que nos roen, de los afánes que nos atormentan, de los falsos gustos que nos corrompen, de las pasiones que nos tiranizan; el fin de los deseos, proyectos, trabajos, y cuidados que tenemos en la tierra, que à considerarlas bien, nos debrian hacer desear el sepulcro, como lugar de descanso, y término de todas nuestras penas. Tal es la muerte, considerada con los ojos de la fé, y de la razon.

¿Quisierais siempre estár en el mundo? No hijos mios, hemos sido criados para lograr algo, mucho mejor de lo que es esta miserable vida. No se desea el vivir, sino para gozar lo que divierte en el mundo; pero así como el hombre se cansa de todas las cosas, así tambien cansaria el vivir siempre. Pero ya que hemos nacido para morir, y no podemos desear cosa mejor en el mundo que el hacer una buena muerte, y para hacerla tal, es menester pensar siempre en ella, ¿qué provecho os causa el alejar este pensamiento? No es la muerte lo que mas me asusta, sino lo que se sigue à ella, decis comunmente todos. Por esto mismo es menester tener fijo el pensamiento en ella. ¿Si no pensamos en la muerte, cómo hemos de preveer sus consequëncias? cómo os dis-

pondréis à acabarla bien, si no os acordais que ha de acabar?

¿Pero cómo podeis olvidar una cosa que continuamente nos avisa la naturaleza toda, y la tenemos siempre à la vista? Preguntad à todas las cosas que os rodéan, observaros à vosotros mismos, y preguntad à vuestra carne, y à qualquier parte que os volvais, todo os dirá, *que habeis de morir*. Todas las cosas se consumen, y envegecen, todo perece, y todo pasa. Los años, que hacen crecer al cuerpo, se reducen à un breve espacio de tiempo, corta medida de nuestra vida. Los que mas viven, nos hacen mas patente la destruccion del cuerpo. Vuela el tiempo, à todo arrastra consigo, y nos lleva al fin. Pasa como una flor la juventud, y apenas llegamos à la edad, en que la razon madura con la experiencia, nos hace conocer à nosotros mismos, debemos inmediatamente pensar en dejar el mundo, y desde entonces comenzamos à sentir que nos faltan las fuerzas, se embotan las potencias del alma, y asi éstas, como las demás partes del cuerpo, nos dicen que llega el término, y nos llaman à la sepultura. Se vá perdiendo la memoria, el entendimiento pierde su vigór, se apagan los deseos, la vista, el oido, y los otros sentidos se entorpecen, caen los cabellos, se arrúga la piel, se aféan las facciones del rostro, todo desaparece: y despues que el tiempo nos ha despojado, y destruido, sobreviene la muerte, que descarga su último golpe, y nos traga.

No es menester, pues, disiparse, ni cegarse, ò hacerse violencia para no ver esta muerte, la qual siempre nos está al lado, nos sigue de la misma manera que la sombra, nos toma casi por la mano, nos empuja, y arroja en el sepulcro, luego que nos toca la última hora, la qual no sabemos si vendrá hoy, ò mañana; pero infaliblemente ha de venir. ¿No es ésta el enemigo, de que habla el Evangelio, que nos sigue en todas partes, con el qual es preciso ajustarse, por temor que no nos entregue à nuestro Juez, y que este Juez inexôrable no nos remita à los verdúgos, que nos arrojen en el infierno? Queridos mios, no pretendamos apartar un pensamiento tan importante; acostumbremonos à pensar en la muer-

muerte, pues es cobardía, indigna de un Christiano, el cerrar los ojos para no verla, y taparnos los oidos para no oirla.

Miradme bien, dice ella misma, y no tengais miedo en reconocerme; mi figura es horrible, os asusta; pero es menester que os acostumbreis à ella. Esta es la perfecta imagen de lo que seréis algun dia; tal qual me veis seréis vosotros, con perfecta semejanza de cadaver.

Asi han llegado à ser, y asi he tratado à vuestros parientes, amigos, y conocidos. Venid conmigo, bajemos à la sepultura, abrid el ataúd, desplegad aquel lienzo: ¿qué, os horrorizais? no importa, descubrid, y considerad; este es el cadaver de aquel avaro, de aquel tragón, de aquel deshonesto, de aquel impio tan nombrado, y tan escandaloso en el mundo, de aquella muger idolatrada de todos, y que idolatraba en sí misma. Observad, considerad, esta es obra mia.

Me complazco en sorprender, y herir al improviso al que no me esperaba, y no se acordaba de mi. Mientras tiene el ánimo embebido en los placeres, y en las cosas terrenas, entro en su casa, le tiendo en la cama, le chupo la sangre de las venas, absorbo, y seco todo el suco vitál, infundo en su rostro la palidéz, enfrio las partes del cuerpo, le arranco el alma, y como un lobo hambriento, que arrastra consigo la presa degollada, me llevo el cadaver, y lo devóro entre las tinieblas. Observad, considerad que algun dia os trataré de este modo, y este dia no está tan lejos como pensais.

Salid ahora, pero la imagen de lo que habeis visto vivamente impresa en vuestra alma, no haga que olvideis vuestro último fin. Id pues, señora, à miraros al espejo un par de horas, y observad en él, no lo que sois, sino lo que seréis dentro de breves dias. Ve, impúdico, à tus infames gustos, y reconoce mi imagen en aquella criatura que te ha trastornado los sesos, corrompido el corazon, y te ha hecho cometer tantas deshonestidades. Ve, usurero, à contar tus dineros, pero acuerdate que yo cuento con los dedos los instantes de tu vida, y que mi cuenta se acabará mas presto que la tuya. Id, bebedores, y los que haceis un Dios de vuestro vientre, id, y llenaos de vino, y comida; pero sabed

que

que dentro de poco tiempo, me embriagaré con vuestra sangre, y haré pasto de vuestra carne. Ve, alma vil, à vengarte de tu enemigo, ò à despedazar la fama de tu hermano, tambien me llegará la vez de ensangrentarme contigo, y esa vuestra lengua estará en mi poder como una hoja seca, echada à las llamas, de la qual ninguna señal queda.

Id tambien, hombres vanos, à contemplar vuestras casas, muebles, vestidos, campañas, señorios, rebaños, graneros, mercancias, y quanto os sirve para fomentar la sobervia, ambicion, y avaricia: pero acordaos que yo os despojaré para darlo à otros, à quienes lo quitaré tambien à su tiempo. En lugar de las casas, os daré un feretro; en lugar de los vestidos, y muebles, os embolveré en una sabana; en lugar de todos vuestros bienes, la podredúmbre, y gusanos; en vez de aquellos honores, y gloria que tanto deseais, el polvo, y humillacion de la sepultura. Executora de los mandatos del Omnipotente, voy delante de él, abro la tierra, bajo los pies de los miserables mortales, los precipito, y amontono unos sobre otros, y hago desaparecer succesivamente las generaciones.

¡O muerte! quán cruel sois, quán horrible es vuestra imagen, quán amargo vuestro lenguage, y terribles vuestros golpes! Sí, queridos mios, la muerte es cruel, su lenguage amargo, y los golpes que descarga son terribles. Pero ya que vosotros, y yo hemos de ser víctimas, ya que ha levantado el brazo sobre nuestras cabezas, es preciso preveerla, esperarla, y estar dispuestos para que no nos coja al improviso.

No digo yo que tengais siempre à la vista la desagradable imagen de un cadaver, cuyas carnes, ya casi podridas, os representen vuestro futuro estado, ni que el pensamiento, y el olfato, digamoslo así, sientan, y perciban continuamente el mal olor que despide. No pretendo esto, sino que en todas nuestras acciones estemos menos solícitos de lo que somos, que de lo que hemos de ser: digo que este pensamiento *he de morir*, debe preceder, y gobernar todos los otros pensamientos, deseos, proyectos, trabajos, y todos nuestros pasos; digo que pongais todos vuestros negocios

cios temporales, y espirituales en aquel estado que deberian estar, y desearíais que estuviesen à la hora de la muerte.

Es una imprudencia, y casi desatino el decir: de aqui à un año, de aqui à quatro, despues que habré acabado la tal cosa, comenzaré à arreglar mis negocios; de suerte que mi muerte no deje pleytos, ni injusticias, y no me quede algun remordimiento, así como es una locura el prometerse años, y meses, quando no estamos seguros de vivir un solo dia. Oimos todos los dias: el tal ha dejado à su muger, è hijos grandes enredos, no habia puesto en orden sus cosas; si hubiera vivido un poco mas, no hubiera sido así; tenia intencion de arreglar esto, y aquello, se desvanecieron sus proyectos, pues vino la muerte mas presto de lo que pensaba. Amados Parroquianos mios, creedme; sed diligentes en disponer todas vuestras cosas mientras estais buenos, acomodandoos al estado presente de vuestros negocios, reservandoos solo el mudar determinacion, quando ellos se muden. El alargar de un año à otro las limosnas, las restituciones, acortar las cuentas, y otras cosas semejantes, es exponerse à peligro de no hacerlo jamás. El adeudarse en cantidades que exceden las de las rentas, que se poseen, y el fiarse en una renta, solo vitalicia, es exponerse à peligro de vivir desbancado. Amados hijos mios, no os hago sin motivo una descripcion muy por menor, y os doy estos avisos, porque cada dia vemos contiendas, pleytos, injusticias, causadas de muertes no previstas, que se creian muy remotas.

¿Y si el temor de la muerte ha de hacer interesar al hombre en arreglar los negocios de su casa, quánto mas se habrá de interesar en componer, y ajustar los de la alma, que son infinitamente mas importantes, pues los temporales solo nos son importantes, en quanto estan à ellos anexos los de la alma, y conciencia? Pidamonos, pues, cada dia à nosotros mismos aquella cuenta que Dios nos puede pedir. A la noche, quando nos acostamos, podemos decir: esta noche, tal vez, será la última de mi vida. Me acuesto, es verdad, lleno de salud, y probablemente mañana aún viviré; ¿pero si en lugar de encontrame aqui, me viese delante del tribunal de Dios, que me ha de juzgar? No es esta una idea

qui-

Universidad de Deusto
Biblioteca

quimerica? lo que ha sucedido, y sucede cada dia à tantos otros, me podria, tal vez, suceder à mi. Pensad bien en ello, amados hijos mios, y la obscuridad de la noche os sirva para figuraros aquellas obscuras tinieblas, en que serán sepultados, dentro de breve tiempo, nuestros cuerpos.

En suma, tened presente la muerte en todas vuestras acciones, en qualquier circunstancia de vuestra vida, y sea aquel pensamiento el que rija vuestros proyectos, vuestros negocios, y deliberaciones. En todo quanto habeis de hacer, ò decir, especialmente en particulares ocasiones, y de mayor importancia, decid à vosotros mismos: ¿En la hora de la muerte desearé haber hecho, ò dicho tal cosa? Haria, ò diria esto, si supiese que habia de morir dentro de ocho dias? ¡Quán buen consejero es la muerte! no hay cosa mas prudente, y segura que los consejos que dá à qaien la consulta. Consultemosla pues, amados oyentes mios, entretengamonos freqüentemente con ella, bajemos algunas veces con el pensamiento al sepulcro, para considerar en qué paran, al cabo, todos nuestros cuidados, y los designios que forman los hombres en el corto tiempo que han de estar en la tierra: alli aprenderémos à obrar prudentemente en todas nuestras cosas, y à no hacer ninguna, de la qual nos podamos arrepentir en la hora de la muerte. ¡Qué remordimientos no nos han de perturbar, y trastornar en aquel punto, por no haberlo querido preveer antes! Quántas cosas no habremos querido entonces haber hecho, ò dicho! Os dejo ponderar bien esta reflexion, pues no quiero pasar adelante.

Y vos, gran Dios, en cuyas manos estan las llaves de la muerte, y el hilo endeble de nuestra fragil vida: que habeis contado nuestros dias, y solo vos sabeis el número de ellos; que nos deshaceis, quando bien os parece, como rompemos nosotros un vaso de tierra, que por un efecto de vuestra infinita sabiduria nos habeis ocultado la hora de nuestra muerte, para que esta penosa incertidúmbre nos despierte, y nos haga estar siempre en vela. Dios justo, pero terrible, que heris quando menos pensamos, esculpid en nuestra memoria nuestro último fin, y haced que un pensamiento tan sa-

saludable, y provechoso, nos sirva de preservativo contra los halagos de nuestros sentidos, contra la corrupcion de las costumbres, engaños del mundo, y violencia de nuestras pasiones. Haced que el pensamiento de la muerte sea para nosotros como una roca contra el torrente de la moda, de las preocupaciones, de las falsas opiniones, de los malos exemplos, que sea como una luz que nos ilumine, y guie nuestros pasos, y no nos deje estraviar del camino de la verdad, y justicia; de suerte, que obrando en nosotros en todo, y por todo, como hombres que hemos de morir, y comparecer ante vuestro tribunal, estemos siempre aparejados para ello, y para daros cuenta de nuestra vida.

Libradnos, Señor, por vuestra misericordia de la muerte no prevista, para que no corramos riesgo de ser juzgados de improviso. ¡Muerte improvisa, exâmen improviso, sentencia improvisa, quán terribles sois! Haced, Señor, que las temamos, y que este temor nos obligue, con la ayuda de vuestra gracia, à prevenirlas, y que estemos prontos à responderos quando llamareis à nuestras puertas. Entonces vos mismo nos daréis las manos para llevarnos con vos à la Bienaventuranza, que habeis prometido à qualquiera que espera vuestra llegada, la desea, y se prepara para ella. Asi sea.

SERMON

PARA EL NONO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LA REVERENCIA EN LA IGLESIA.

Ingresus Templum, cœpit ejicere vendentes in illo, & ementes.

Habiendo entrado Jesu-Christo en el Templo, echó à fuera à los que vendian, y compraban. *San Lucas cap.* 19. ℣. 45.

AL ver al Salvador del mundo, que era la misma dulzura, y bondad, entrar en el Templo con el azote en la mano, echar à tierra las mesas de los Banqueros, y de los que vendian palomas, arrojar à fuera à los Mercaderes, como profanos, aunque solo estuviesen en el atrio exterior, y en el umbral del Templo, y solo vendiesen cosas necesarias al sacrificio; y aunque aquel uso, y costumbre lo aprobasen los Sacerdotes, y Doctores de la ley, se echa de ver del rigor, é indignacion que usaba Jesu-Christo con aquellos, quanto le desagradan ahora la poca devocion, é irreverencia que tienen la mayor parte de los Christianos en los Templos, de los quales era solo figura el de Jerusalén, pues solo contenia la sombra de los verdaderos bienes que hacen hoy dia tan santas nuestras Iglesias, y tan res-

petables. No nos maravillemos, decia el Chrisóstomo, si indignado Dios por tantas irreverencias, y profanaciones, como de los escándalos que se cometen en el lugar sagrado, envie un rayo del Cielo que abrase à los culpados, y à nosotros que somos testigos.

¡Cosa dura, y desagradable para los Ministros de la verdadera Religion, el haber de dar tales quexas à sus hijos, quando los hereges, è infieles se jactan con razon de estar con tanta modestia, y respeto en sus Templos! ¿Pero qué otra cosa podemos hacer nosotros sino llorar, y procurar el traeros à la memoria vuestras obligaciones sobre este punto, como en los demás? Quiera Dios, amados Parroquianos mios, que quedeis persuadidos de quanto os he de decir hoy, à fin de inspirar en vuestros corazones aquellos sentimientos, y disposiciones, que debe tener el Christiano quando viene à la Iglesia, en el tiempo que está, y quando sale de ella.

PRIMERA REFLEXION.

ES cosa estraña el ver qué poca atencion, y cuidado ponen los Christianos en todo lo que pertenece al culto de Dios, quando piensan, y hacen reflexion, luego que se habla de interés, divertimientos, gustos, y placeres. El Juez quando vá à administrar justicia, el Abogado à defender la causa que se le encomendó; el Mercader, Labrador, Artesáno, y Jornalero, mientras van al trabajo, ò comercio, piensan en lo que hán de hacer, y van absortos en estos pensamientos; pero quando se trata, Dios mio, de vuestro servicio, se obra solo por costumbre, y práctica. La cosa mas séria del mundo es justamente aquella en que menos atencion se pone.

Si vais à presentaros à algun personage, que os es superior, ò por el empleo que tiene, ò por su nobleza, para ofrecerle vuestros servicios, ò para pedirle alguna gracia, pensais en el camino lo que habeis de decir, ò en el negocio que habeis de tratar, y os disponeis à comparecer delante de él con aquella modestia, y compostura que inspira la presencia de un superior, y que se ve en un plebeyo

quando se presenta à algun grande, y éste quando ha de comparecer delante del Príncipe, y la que muestra el mismo Príncipe, quando entrado en la Iglesia, baja su Real cabeza, y postra profundamente toda su magestad à la presencia del Rey supremo, cuya imagen representa, y es al mismo tiempo subdito.

¿Pero quién hay entre vosotros, amados oyentes mios, que disponiendose para venir à este sagrado Templo, ocupe todos sus pensamientos en los motivos, por los quales debe ir, y en la grandeza de un Dios omnipotente que en él habita? Yo no voy à casa de un gran Señor, ni de un Príncipe de la tierra, sino à la casa del Señor de los Señores, y delante de quien todo el universo no es otra cosa sino un grano de arena, ò una gota del rocío que precede al Sol, à cuyos primeros rayos es preciso que se disipe. Voy al lugar que él mismo se ha escogido, para vivir entre los hijos de los hombres, que está especialmente dedicado à su culto, y que llena de toda su magestad. Alli recibe todas nuestras visitas, oye nuestras súplicas, y nos reparte sus gracias. Alli tiene los ojos puestos sobre nosotros. Alli tiene reservados todos los tesoros de su bondad, el trono de la misericordia, y el manantial de los favores. Alegrate, alma mia, ahora vamos à la casa del Señor à rendirle nuestro omenage, à alabar su santo nombre, à cantar sus alabanzas, à oir su palabra, y à exponerle nuestras miserias.

¡Quántas cosas tengo que decirle! qué importantes son las cosas que tengo de tratar con él! quántas gracias he de pedirle! qué gracias no debo darle! en su mano están mis bienes, mi salud, mi vida, mi suerte, y eternidad. Le he de hablar de mi flaqueza, y él me fortalecerá; de mis penas, y él me consolará; de mis pecados, y él me perdonará; de mi familia, y él la bendecirá; de mis congojas, y él las disipará. Entraré, Señor, en vuestra casa, os adoraré en vuestro santo Templo, y saldré lleno de vuestras bendiciones. Hijos mios, decid la verdad: ¿Teneis acaso estos pensamientos, quando las obligaciones de la Religion os llaman à la Iglesia, y os disponeis à ir à ella?

Ay de mí! ¿Son estos vuestros sentimientos, quando emplean-

pleando la mañana en negociar, pagar, y satisfacer à vuestros jornaleros, ò en cosas semejantes, venís con prisas à buscar una Misa, tal vez comenzada ya, y dando por perdido el tiempo que empleais en oirla? Quando pasada media mañana en la taberna, salís de ella, no por temor de Dios, sino de la justicia, con la mente ofuscada, y torpe con los vapores del vino que habeis bebido? ò quando dejando el juego, y divertimientos para ir à la Iglesia, no tratais de otra cosa en el camino hasta llegar à ella, sino de ganancias, ò pérdidas que habeis hecho de todas las miserias, y frioleras de que teneis lleno el pensamiento?

Dilo claramente, hija mia, y ya que lo trae asi la ocasion, dejame ver libremente el corazon. Di, pues: ¿Os acordais que es esta la casa de Dios, quando para venir à ella perdeis, no sé quanto tiempo en adornaros, y vestiros, no con aquella sencilléz que encomienda San Pablo à las mugeres christianas, y que observan las que quieren dár gusto à Dios, sino con una afectacion ridícula, y llena de vanidad, para haceros ver, è inspirar en unos el amor, y celos en los otros? El tal, y la tal estarán en la funcion. Ella viste con pompa, yo no le soy inferior; ¿por qué, pues, no me he de componer como ella? Estas, y otras semejantes, que me harian salir los colores al rostro, si las dixése son vuestras ocupaciones, sí, sí, feréis mirada, sin duda; pero no se juzgará de vos, como pensais. Pasarán mas allá, y dirán, que solo venís à la Iglesia para ser vista; que la vanidad os saca de tino; que haceis mas de lo que podeis, y de lo que os permite vuestro estado; que ni vuestros pañales, ni vuestra posibilidad pueden llevar tanta pompa; que vuestra madre parece vuestra criada, y vuestro padre el Mayordomo. Los jóvenes que os tratan, asi piensan, y os muestran amar, menospreciandoos interiormente. El amor que estos os protestan, no es honesto, solo es una liviandad que no os puede dar ningun sólido establecimiento. Os condenais vos, y sois causa que otros se condenen. Profanais la casa de Dios, y sois causa que otros la profanen. ¿Quántas veces sucede que esos jóvenes solo vienen à la Iglesia para veros, asi como solo vais para ser vista, y cortejada? Los Mercaderes que Jesu-Christo echó fuera del Templo, iban à

él

él a vender palomas, y vos venis à vender vuestra alma. No os lleva, pues, à él sino la sobervia, el deseo, y gusto de ser vista, y tal vez deseos infames. Santo Dios! qué sentimientos, qué disposiciones! Queridas hijas mias, pensad esto sériamente, exâminad atentamente vuestro corazon, haceos imparcial justicia, y confesaréis que os predico, y digo la verdad.

Pero yo hablo à todos, ò con la mayor parte, quando os advierto del poco cuidado, negligencia, y disipacion que se vé en vosotros, amados hermanos mios, quando os juntais en la Iglesia. Vemos, es verdad, un corto número de almas christianas, las quales, à mas de oir todos los dias Misa, vienen tambien entre dia à adorar à Jesu-Christo, y vienen à los pies del altar, movidas de la piedad, y amor de Dios, y del deseo de santificarse; pero la mayor parte de los otros, que apenas se dejan ver los dias de fiesta; ¿cómo, y con qué motivo vienen? Vos lo sabeis, Dios mio, que conoceis la disposicion de sus corazones. Ay infelices! Quando salen de sus casas para venir à la vuestra, parece que vienen arrastrados, y en todo piensan, menos en lo que han de hacer en vuestra presencia. Hablan, chocorrean, tratan de los negocios, de los pasatiempos, buscan mil distracciones, y entran sin estár recogidos interiormente; ¿y nos maravillarémos despues que muestren tan poco recogimiento, y modestia? Sí, amados mios, no podemos dejar de maravillarnos, porque por muy distraídos, y disipados que estéis antes de entrar en la casa de Dios, quando estais en ella, casi por fuerza, habeis de vér por necesidad cosas capaces de llamar vuestra atencion, de dispertar vuestra fé, como es todo quanto contienen de mas sagrado los mysterios de nuestra Religion, de mas respetable, y capáz de mover à qualquiera que no haya perdido del todo los sentimientos de Christiano.

SE-

SEGUNDA REFLEXION.

OBservad por todas partes este Templo: Todo os habla de vuestro Dios, de vuestra vocacion, de vuestras esperanzas, de lo que habeis sido, de lo que sois, y sereis; hasta las piedras de estos arcos os hablan, y os exhortan.

Al primer entrar encontrais con el agua bendita, figura de la agua invisible de la gracia, que purifica nuestras almas, y mana para la vida eterna. Tomando la agua bendita, confesad que sois impuros, è indignos de presentaros delante de Dios, motivo que os obliga à humillaros, y anonadaros en su presencia. Despues de esto el primer objeto que se os presenta es la imagen de Jesu-Christo; ò! qué poderoso es este objeto para reprimir vuestra sobervia, y para haceros entrar en el conocimiento de vuestra nada. El es el gran libro de los Christianos, siempre abierto, y tan facil de entender de un docto, como de un ignorante. En éste estais obligados à leer como condena los vestidos inmodestos, y aquel ayre presuntuoso con que entrais en la casa de Dios. Cotejad su cabeza coronada de espinas, è inclinada hácia el pecho, con la vuestra, que con el movimiento, y meneos, demuestra su ligereza, vanidad, y disipacion: comparad sus ojos cerrados, con los vuestros llenos de altaneria, tal vez tambien de impureza, que volveis de una parte à otra sin respeto, y modestia. Observad finalmente los pies, y manos del Crucifixo, y mirad despues vuestros pies, y manos, ò Christianos infelices, y os acordad que él es el Dios à quien servis, y que debe ser vuestro modélo.

Pasad mas adelante con la vista, y mirad el altar, sobre el qual estendido Jesus, como sobre un otro Calvario, renueva continuamente el sacrificio que ofreció en la Cruz por vuestra salvacion. Este mismo altar os presenta à la vista todos los mysterios de la Religion. Aqui, Dios mio, satisfaceis enteramente à vuestra justicia, sacrificando cada dia vuestro mismo Hijo. Aqui nos mostrais el colmo de vuestro amor, dandonos toda la adorable persona de vuestro Hijo en manjar de nuestras almas. Aqui verificais los oráculos de los Profetas, y descu-

bris

bris todas las figuras, y ceremonias de la ley antígua. Este altar, divino Jesus, hace las veces de vuestra Madre la Virgen Santísima, pues os encarnais; del pesebre, porque naceis; del Calvario, pues sois en él sacrificado; del Cielo, porque estais en él sentado sobre las alas de los Querubienes. Aqui devorâis la muerte, y dais la vida; aqui satisfaceis, y rogais por nosotros; aqui consolais los afligidos, fortaleceis à los flacos, y dais mayores fuerzas à los fuertes. Aqui juntais, y renovais todas las maravillas de vuestra omnipotencia, bondad, è infinitas misericordias. Ah! queridos mios, ¿cómo podemos mirar este altar sin estár penetrados de respeto, arrebatados de la admiracion, encendidos en amor, sin sentirnos interiormente conmovidos, sin que salte nuestro corazon de contento hácia Jesu-Christo?

Y si por ser vosotros demasiado carnales, no podeis fijar la mente en la contemplacion de un mysterio, que es la perfeccion, y compendio de los demás, ó para decirlo mejor, si en lugar de mirar à este altar, volveis curiosamente la vista à todas partes, observad, à lo menos, en la entrada del Templo aquella sagrada fuente, en la qual habeis llegado à ser hijos de Dios, y de la Iglesia Cathólica. Esta os traerá à la memoria las obligaciones que habeis contraído con el Bautismo, las quales habeis mil veces violado; la gracia de la inocencia que en ella recibisteis, que desde vuestra tierna juventud habeis perdido, y tal vez aun no la habeis recuperado. Mirad à la otra parte aquel Tribunal de misericordia, asylo, esperanza, y consuelo de los pecadores; éste os hará acordar de vuestros pecados, de las confesiones, y promesas que habeis hecho à Dios, y de vuestra infidelidad; os acordaréis aqui de vuestras resoluciones, y recaidas, y tal vez tambien de vuestras profanaciones, y sacrilegios.

Este púlpito, aun quando no predico, os representa el Evangelio que desde aqui os declaro, la ley que os explico, la verdad que os enseño. ¿No os echa este mismo en rostro vuestra ignorancia, ceguedad, dureza, è insensibilidad del corazon, lo desarregladas que son vuestras costumbres, que son siempre las mismas, por mas que seais exôrtados, suplicados, y amenazados muchisimas veces? Miradlo bien, y tened en-

entendido que se levantará contra vosotros en el dia del juicio, en el qual el mismo Jesu-Christo, que habla por nosotros, se vengará del poco caso que haceis de su divina palabra.

En suma, à qualquiera parte que volvais los ojos, no podeis dejar de entrar dentro de vosotros mismos. Las sepulturas, sobre las quales caminais, os muestran el paradero que tienen, y en donde se desvanecen la vanidad, la gloria, y todos los gustos de este mundo. Las imagenes de los Santos os representan sus virtudes, las reliquias muestran que eran hombres, y que está en vuestra mano el imitarlos, y el conseguir la gloria de que gozan. Las mismas paredes, y construccion del Templo, os representan al mismo tiempo la union que debe reynar entre los Christianos, los quales solo forman un cuerpo en Jesu-Christo, de la misma manera que todas estas paredes solo forman un edificio; la union perpétua de todos los escogidos en el Cielo, quando perfeccionado ya el edificio de su santificacion, serán colocados, como otras tantas piedras preciosas, en la celestial Jerusalén.

Y si el solo mirar las Iglesias, y lo que contienen, basta para avivar nuestra fé, è infundir en nuestros corazones el respeto, y excitar en nosotros sentimientos de piedad christiana, ¿qué será, hermnanos mios muy amados, si se añade à todo esto las augustas ceremonias de nuestra santa Religion, los sagrados ornamentos de los Pontífices, Sacerdotes, y sagrados Ministros, las bendiciones, los cantos, los hymnos, el sonido de las campanas, las solemnidades de las fiestas, y aquella pompa exterior, la qual, insinuandose en el alma por medio de los sentidos, la llena de pensamientos celestiales, y lo transporta, digamoslo asi, à la morada de los bienaventurados, en donde esperamos vér algun dia cara à cara aquel Dios, cuya grandeza, y magnificencia, nos anuncia la Iglesia con sus ceremonias?

Haz ahora reflexîon, amado Parroquiano mio, y di contigo mismo: ¿Cómo es posible, que teniendo à la vista todo quanto puede fomentar, y aumentar la piedad, salga yo de la Iglesia sin sentir algun movimiento de ella? Qué insensibilidad es la mia quando miro el altar, el púlpito, el confesonario,

la fuente del agua bendita, la Cruz de Jesu Christo, las imagenes de los Santos, y todas las otras cosas, sin pensar ni en el tremendo sacrificio que se ofrece en aquel altar, ni en las verdades eternas que se predican desde aquel púlpito, ni en las obligaciones contraídas en el Bautismo, ni en los pecados que tantas veces me ha perdonado Dios en aquel Tribunal, y en los que otras tantas veces he recaido? Y si pienso en todas estas cosas, ¿cómo pueden componerse estos pensamientos tan sérios con la distraccion, fastidio, posturas indecentes, poca atencion, inmodestia, è irreverencia, que tan freqüentemente tengo en este sagrado lugar?

¿Es posible, gran Dios, que los enemigos de la Cruz se atrevan à insultaros en vuestra misma casa, y que no tengais un determinado lugar en la tierra donde vayan à ultrajaros? Hasta en vuestro mismo Tabernáculo vendrá à insultaros el licencioso, y el impio, enemigo declarado de vuestro Evangelio? Y la Iglesia será para estos tales como el Pretorio de Pilatos, en donde os llenaron de oprobrios? Infelices! no os basta insultar à Jesu-Christo, y renovar su pasion con tanta desenvoltura, é infamia, con la avaricia, con injusticias, odios, venganzas, embriaguéz, blasfemias, y toda suerte de brutalidades? No basta que hayan sido testigos de vuestros desordenes las casa en que habitais, y los lugares que freqüentais, sino que venís desvergonzadamente à deshonrar la casa de Dios, y à insultarlo en el Templo de su gloria?

Y vosotros, amados hermanos mios, que no sois reos de todas estas maldades, contra las quales no bastan las fuerzas de nuestro celo, guardos bien de tachar à otros de estos defectos, contra los quales levanto la voz; guardaos de acusar à otros en lugar de exâminaros à vosotros mismos, y de confesar los vuestros. Estais, à la verdad, con respeto en la casa de Dios, y sois edificativos; no reis jamás, no hablais, ni cometeis ninguna irreverencia, bendito sea Dios: todo el tiempo que os deteneis en el lugar sagrado, no sufris ningun pensamiento sino de cosas santas. Dios lo haga; ¿pero de qué aprovecha el tener aqui buenos pensamientos, santos deseos, afectos devotos, si apenas salís de la Iglesia, quando todos se desvanecen, y se pierden de tal modo, que no sacais ningun fruto?

TERCERA REFLEXION.

LA Reyna de Sabá llegada yá en persona à Jerusalén para vér con sus proprios ojos lo que habia esparcido la fama de la gloria de Salomon, habiendo reconocido aquella extremada sabiduría, la profunda ciencia, las riquezas del Palacio, la magnificencia de la Corte, y el buen orden que en ella reynaba, se volvió à sus proprios Estados llena de maravilla, y llevando consigo los magníficos regalos que le hizo Salomon. Vos sois, Jesus mio, el verdadero Salomon, en vos se encuentran todos los tesoros de la ciencia, y de la verdadera sabiduría. Habeis juntado en el Templo todas las riquezas de vuestra gracia. Aqui desplegais à nuestros ojos, y las vemos en todas partes, las maravillas de vuestra misericordia. Aqui, en suma, derramais la abundancia de vuestras bendiciones sobre todas las almas fieles, que os buscan con entereza, y sencilléz de corazon.

¿Pero en donde encontrarémos estas almas fieles? Quién de vosotros, amados Parroquianos mios, habiendo hecho una buena cosecha de santos pensamientos, de sentimientos de piedad, nacidos en la casa de Dios, los conserva despues de salidos, los rumia quando vuelve à su casa para la edificacion de su alma, y se exôrta à sí mismo à llevar una vida mas christiana, y conforme à lo que ha visto, hecho, y oido en el Templo del Señor, ahora haya asistido al sacrificio de la Misa, ahora haya oido la palabra de Dios, ò cantado sus alabanzas, ò bien haya ido solamente à vér, como sucede muchas veces, las ceremonias Eclesiásticas?

He adorado à Jesu-Christo sacrificado sobre el altar para bien de mi alma. El ha sacrificado por mí su cuerpo, su sangre, toda su adorable persona, ¿qué mayor sacrificio podia ofrecer por mi? Pero yo despues que estoy en este mundo, y oigo la Misa; ¿qué sacrificio he hecho à mi Salvador? Qué cosa le he ofrecido jamás, ò le puedo ofrecer para mostrar mi agradecimiento, y afecto? Ah! él renueva todos los dias el mysterio de su pasion, y yo, en quanto à mí toca, renuevo con mis pecados su humillacion, y dolores. ¡Buen Jesus,

Universidad de Deusto
Biblioteca

quánto amor nos profesais, pero quán ingratos somos nosotros!

Vengo de asistir al Oficio Divino, y he cantado Psalmos, è Hymnos con esta misma boca que tantas veces he ensuciado con blasfemias, palabras indecentes, y canciones deshonestas. ¿Hasta quando, Señor, emplearé mi lengua en alabaros, y maldeciros; en cantar vuestra gloria, y en profanár vuestro santo nombre? Quién ha visto jamás manar de una propria fuente agua dulce, y amarga? Hasta quando me mostraré siervo vuestro en la Iglesia, y en las demás partes, como si no conociera el Evangelio, y sin cuidarme de practicar sus máximas?

He oido la palabra de Dios: ¡qué verdad tan penetrante! Lo que se ha dicho sobre la vanidad, el apego à los bienes del mundo, la murmuracion, la envidia, el perdonar las injurias, parece que lo decia por mi el Predicador, me ha pintado al vivo. Son diez años, ò veinte, que siempre me predica la misma verdad. ¿Es posible que yo no haya mejorado de vida en tanto tiempo que tengo la fortuna de ser instruído en la escuela de Jesu-Christo?

Estos pensamientos, amados hermanos mios, ú otros semejantes, habian de ocupar vuestra mente quando salís de la Iglesia. ¿Pero por qué no han de ser estos el objeto de vuestros discursos, quando llegais à vuestra casa, acabado ya el Oficio? A lo menos, ¿por qué los padres, y las madres no toman ocasion de lo que han visto, ú oido en la Iglesia sus hijos, para educarlos sobre la Religion, de decirles su obligacion, y de inspirarles el amor de Dios, y el respeto debido à las cosas sagradas? Quando los llevais à algun espectáculo, ò à paseos públicos, les enseñais lo que ellos no alcanzan, explicais lo que no entienden, les haceis mil preguntas, respondeis à las suyas, y aprovechandoos de la curiosidad pueril, les enseñais muchas cosas inútiles, si no son tal vez pecaminosas. Pero quando los llevais à la Iglesia, en donde vén la fuente del Bautismo, en la qual se hicieron hijos de Dios, el Altar en que han sido ofrecidos à Jesu-Christo, la Mesa en la que dentro de breve tiempo han de comer el Pan de los Angeles, el Púlpito, que es la verdadera escuela de donde deben ser instruidos, las ceremonias que ha-

hacen tan magestuoso el Oficio Divino, cada una de las quales tiene su particular significado; y con todo ni una sola palabra se les dice sobre unos objetos tan respetables. ¿Pero cómo es posible que les habléis de ellos, si vosotros mismos no los observais? ó bien si los observais, es con tan poca reflexion, que acabadas las funciones, ya no os acordais mas de ellos. Os levantais con prisa, correis por salir de tropel, y os abandonais à toda especie de distracciones.

Al veros salir de la Iglesia, ¿quién creeria que habeis acabado de asistir al Sacrificio de la Misa, y del cuerpo, y sangre del Señor, que habeis oido la palabra de Dios, y cantado sus alabanzas? Quién no creeria antes que venís de vér una cosa profana, en que solo se haya tratado de cosas profanas? Diré aun mas: Si hubieseis salido de un Templo de ídolos, en donde hubieseis adorado el Dios del vino, y de la embriaguéz, el Dios de los deleytes, y de la disolucion, ¿podriais mostrar un exterior mas disipado, y menos Christiano? Podriais tener el ánimo mas sumergido en los divertimientos, é intereses? Hijos mios, yo hablo asi, no para humillaros, y confundiros; pero para daros à conocer, que obrando, como obrais, todo quanto veis, ú oís, todos los actos de Religion que haceis, las gracias que recibís en la casa de Dios, no os hacen ser mejores Christianos, antes bien os son absolutamente inútiles; proceded de manera, que el culto que dais à Dios en su casa contribuya à su gloria, y á vuestra santificacion.

Llegada la hora del Oficio Divino, al tocar la campana, imaginaos que Dios mismo os llama: id luego, y no digais lo que sucede tal vez: llegarémos á tiempo. Venid con alegria, diciendo interiormente aquellas palabras del Psalmo: *Me he alegrado quando se me ha dicho, irémos á la casa del Señor.* Recogeos dentro de vosotros mismos quando salís de casa, y pensad por el camino en lo que habeis de hacer, y hablad lo menos que podais, para no llegar á la Iglesia llenos de mil distracciones mundanas. Entrando en ella, traeos á la memoria, y proferid las palabras del Santo Patriarca Jacob: O quán terrible es este lugar! en verdad que es esta la casa de Dios, y la puerta del Cielo. Señor, vuestro Tem-

plo

Universidad de Deusto
Biblioteca

plo es admirable, no por los adornos que en él se vén, sino por las riquezas espirituales que contiene, y que distribuis à vuestros fieles siervos, que vienen à adoraros en espíritu, y en verdad. Entrad, pues, hijos mios, con un profundo respeto, y acordaos que no se merece menos atencion, y respeto que las casas de los Grandes, y de los Príncipes de la tierra.

Postraos inmediatamente à los pies de Jesu-Christo, humillaos profundamente ante su presencia, conoced vuestra nada, y rendidle públicamente vuestras adoraciones; decidle las enfermedades, y dolencias de vuestra alma, y suplicadle, que no permita el que vengais à su Templo, sin que os enriquezcais con los tesoros espirituales que os ofrece. Unid la intencion, y voz, à la de los Ministros, y de todos los fieles que están allí presentes. El cánto, y ceremonias de la Iglesia, suscitén en vosotros la idéa de la grandeza, poder, y gloria del Señor, à quien servís: estos pensamientos, y otros que puedan referirse al bien de vuestras almas, sea vuestra unica ocupacion en la Iglesia: de manera, que saliendo de ella, no sepais decir quienes estaban, ò no en ella. Estad en ella con postura decente, y modestia, y guardaos que vuestro exterior muestre poca atencion, enfado, vanidad, ó disipacion; antes bien se eche de vér en vuestro rostro el recogimiento, y modestia: y esto, no solo el tiempo que esteis en la Iglesia, sino tambien despues de salidos.

Conservad los buenos pensamientos que se os han ofrecido en tiempo del Oficio Divino, y de la santa Misa, como los frutos, si se puede decir asi, y como gotas de la sangre de Jesu-Christo. No dejeis desvanecer, y perderse, perdiendo de vista el altar, y la cruz de donde salieron; las santas inspiraciones, afectos devotos, y todas las gracias que ha derramado el Señor sobre vuestra alma. Acordaos de ellas para animaros en el camino de la virtud, de manera que no salgais jamás de la casa de Dios sin llenaros de un nuevo respeto por la Religion, de un nuevo gusto para las cosas del Cielo, de un deseo mayor, y mas ardiente, para llevar una vida mas conforme à la fé que públicamente profesais, quando venis à adorar en el Templo à aquel Dios que hizo el Cielo, y Tier-

Tierra, y que los llena todos de su grandeza.

Y vos, gran Dios, que queriendo habitar entre nosotros, y hacernos en alguna manera sensible vuestra presencia, habeis depositado en nuestras Iglesias las riquezas, y la gloria de la eterna Magestad que habita en el Cielo; abrid los ojos de todos aquellos que freqüentan este lugar sagrado, para que vean las maravillas que aqui obrais en favor de vuestro pueblo. Infundid en nosotros el respeto, y agradecimiento, la admiracion, y amor que os debemes tener al vér vuestro Santuario. Haced, Señor, que vengamos à él mas llenos de devocion, y que nuestra modestia sea la edificacion de los fieles, y el consuelo de los Párrocos: que busquemos, y encontremos al pie de vuestros altares una luz pura que disipe nuestras tinieblas, rija nuestros pasos, y regúle nuestra vida; una divina uncion que despierte en nosotros la fé, avive la piedad, nos esfuerce, y consuele, en medio de nuestras desgracias, que nos afligen, y de las tentaciones que nos asaltan, y de todas las miserias que nos rodean: haced, en suma, que vuestra casa sea para cada uno de nosotros, ò Dios mio, la puerta del Cielo, por la qual podamos entrar en la vida eterna. Asi sea.



SER-

SERMON

PARA EL DECIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LA VERDADERA, Y FALSA devocion.

Duo homines ascenderunt in Templum ut orarent; unus Pharisæus, & alter Publicanus.

Entraron dos hombres en el Templo à hacer oracion, el uno Fariséo, y el otro Publicano. *San Lucas cap.* 28.

QUE diversidad, amados Parroquianos mios, entre dos hombres, de los quales, el uno lleno de un alto concepto de sí mismo, y de menosprecio del proximo, vá solo al Templo para hacer vana ostentacion de sus virtudes, y de sus buenas obras, mientras que el otro, vivamente compungido, solo piensa en los pecados cometidos, y conociendo su flaqueza, se hiere el pecho, y ruega rendidamente al Cielo que le sea propicio! Este logra sus deseos, y sale justificado: quando por el contrario el Fariséo con todos sus ayunos, largas oraciones, y pretendidos méritos, sale mas sobervio, y vuelve à casa mas cargado de pecados que quando salió. Con esta parábola nos ha querido enseñar Jesu-Christo, que los mayores pecadores, quando están verdaderamente arrepentidos, y se humillan delante de Dios, se merecen su misericordia; pero al contrario aborrece sumamente aun aquellos que parecen en el exterior los mas exemplares, y mas justos, quando hacen pompa de sus obras buenas, quando aplaudiendose á sí mismos por ellas, y llenos de confianza de su proceder, se jactan interiormente, y se tienen por mejores que los otros. Nos ha querido enseñar que las devociones exteriores solo son corteza, y de nada aprovechan al que no procura reformar con cuidado su corazon, y de regular sus costumbres, segun las máximas del Evangelio. Ah! quántos se engañan, y ciegan en este punto à sí mismos! Buen Dios! quántos devotos hay engañados, y quántas devociones desaconsejadas! Veamos, pues, hermanos mios, en primer lugar, qué cosa sea la falsa, y desaconsejada devocion, y despues considerarémos quan perjudicial sea à la Religion, y al bien de nuestras almas.

PRIMERA REFLEXION.

ERA falsa la devocion de los Fariséos, porque en las cosas esenciales se habian abandonado à una suma relajacion, y se mostraban en las otras escrupulosos, y supersticiosos; transgresores de la ley en los puntos mas esenciales que la hacian sacrosanta, se iban tras las tradiciones humanas, y prácticas de poco momento. Era falsa, porque llenos de vana complacencia de sí mismos, miraban con desprecio à los demás hombres. Linces, severos, implacables en los defectos agenos, y ciegos, indulgentes, y obstinados en los proprios. Falsa, porque hacian obras, al parecer, buenas, no con fin de agradar à Dios, sino para hacerse ver, y ganarse la estima popular que juzga de su exterior por la apariencia. Por esto les avergonzó Jesu-Christo públicamente, llamandolos serpientes, raza de víboras, sepulcros enjalbegados, guias sin tino, hipócritas, lobos rapáces, bajo la piel de corderos; asi los trataba, y Dios quiera que ninguno entre los Christianos merezca tales improperios. ¡Pero ah, que los vicios de los Fariséos han llegado degraciadamente à nosotros! San Gerónimo se quexaba ya en su tiempo, y hoy dia llora la Iglesia porque encuentra en su gre-

mio muchos de aquellos, de los quales dice San Pablo que tienen la apariencia de piedad, pero sin fruto.

No hablo de los hereges, los quales desde el primero hasta el último, han sido siempre heroes de falsa devocion, y perfectos modélos de hipocresía. Han sabido afectar el lenguage, y apariencias de la mas perfecta regularidad, mientras que se entregaban à los mas infames desordenes. Los habremos visto sobrios en público, y desarreglados, y borrachos privadamente; modestos en el rostro, lascivos en el corazon; humildes, agradables, pacientes à lo exterior, y llenos de hiel interiormente; hinchados con la sobervia, y vanagloria, vendiendose por sabios, y entendidos en las escrituras, versados en los principios del moral, dando solo pasto à su entendimiento con libros infamatorios, y prohibidos, partos solos de la pasion, concebidos en el seno de el error, y paridos en las tinieblas: ostentanse hombres de alta contemplacion, sin hacer jamás oracion, sino es exteriormente para ser vistos, siempre circunspectos, y siempre inquietos para que no se lleguen à descubrir sus vicios, ò dejen de ser admiradas sus virtudes, de las quales solo llevaban puesta la máscara. De aqui procede aquel modo grave, y afectado, aquella postura devota, y gestos desmedidos, ignorados de la verdadera piedad, y que se pueden llamar librea de la mentira, y embustes.

¿No han sacado à luz, mas de una vez, la scena escandalosa de las acciones mas vergonzosas, parto de la corrupcion de las costumbres, mientras que las conversaciones privadas hacían de los que se escandalizaban por una palabra equívoca, y tal vez, por algun gracejo inocente? Se nos han levantado contra las potencias, nos las han difamado con libélos infamatorios, sin tasa, y sin respeto de la autoridad mas respetable, mientras que exercitaban cada uno de ellos el despotismo mas absoluto sobre aquellos que tenian la desgracia de serles subordinados? Qué alboroto, como si fuesen injustamente perseguidos contra aquellos que han querido reprimir sus excesos, mientras ellos maquinaban la ruína de hombres justos, y usaban toda especie de artificios para oprimirles, destruirles, y aniquilarlos? Qué ruidos contra

tra la pretendida profanacion, mientras ellos eran públicos profanadores, y sacrílegos? Pero dejemos estar estos hipócritas, y volvamos à nosotros, queridos hermanos mios, os vuelvo à decir que entre aquellos, que sinceramente se dedican à la piedad, hay muchos cuya devocion es falsa, y desaconsejada.

Vosotros oís la Misa todos los dias, os confesais cada mes, ayunais dos veces en la semana, y haceis otras muchas buenas obras, segun el método de vida que os propusisteis. ¡Todo corteza! ¿Pero culpo yo acáso todas estas cosas? No, antes bien es una vida muy buena, y edificativa; pero quisiera yo que de el mismo modo con que haceis muchas cosas, que no manda Dios expresamente, hicierais tambien aquellas que nos manda. No os impone que ayuneis dos veces à la semana, ni que deis la decima parte de vuestros bienes à los pobres, ni que hagais tantas oraciones, ni lecciones espirituales; pero quiere que seais mansos, y humildes de corazon: que lleveis con paciencia los defectos del proximo: que cumplais fielmente, por dar gusto à su Magestad, las obligaciones del estado en que su divina providencia os ha puesto: que sufrais pacientemente con buena voluntad las aflicciones, y mortificaciones. Esto es lo esencial, y con todo son estas las cosas, si haceis reflexion, de que menos os cuidais.

Vuestro amor proprio se dá por ofendido, y monta en cólera à qualquier dicho, ò hecho, sin advertencia de alguno de vuestros subditos, que os deben obedecer, y respetar. Estos os dicen, que sois sobervio, y mal contentadizo; los superiores, que faltais à las obligaciones de vuestro estado; los amigos, que de todo teneis que decir, que pretendeis reformar al mundo; los enemigos, que nada sabeis perdonar, y no dejais pasar la mas mínima injuria; que vuestro resentimiento es mas impetuoso, la cólera mas rabiosa, la venganza mas severa que la de otros muchos, los quales llevan una vida mas desarreglada que la vuestra.

¿Cómo es pues, que vuestra devocion desagrada, y es causa de disturbio al proximo, y en vez de ganar el corazon de aquellos que os están cerca, los ofendeis, y alejais? Es acaso

porque los mundanos, y menos pios, no pueden sufrir la virtud? No por cierto: porque los mas desenfrenados veneran la piedad: diré aún mas, que la aman, pero quando es verdadera, y sin ostentacion, sencilla, sin afectacion, y sin marrullería. El verdadero Christiano no busca al mundo, porque no lo ama; y no lo ama, porque conoce los peligros; pero con todo, se acomoda à sus usos, sin aprobar sus abusos: no aprueba sus máximas, pero no declama contínuamente contra aquellos, que, ò por flaqueza, ò desgracia las siguen: se alegra con el alegre, se aflige con el afligido; y haciendose todo à todos, sin ofender à su propria conciencia, hace tan amables à la virtud, y piedad, que todos quisieran ser tan devotos, y virtuosos como él. Todas las veces, pues, que no vá junta la devocion con los sentimientos de humanidad, de mansedumbre, de bondad, de complacencia, que debe inspirar la caridad christiana, es por consiguiente falsa, y mal aconsejada.

Ella es falsa, si no reprime los ímpetus de la sobervia, si no sufoca los movimientos de la ira, y los deseos de venganza; si no pone freno à la lengua, y no la modera: en suma, si no nos mueve à cumplir con las obligaciones para con Dios, y para con los hombres. Ayunar todos los Viernes, y despues al levantarse de mesa, en que cree haber hechose abstinente, murmurar del proximo, describirle la vida, engrandecer los defectos, culpar su porte, despedazar su reputacion: estár mucho tiempo en la Iglesia, y apenas llegada à casa, gritar, montarse en cólera contra el marido; tener que decir de todo; quejarse cien veces de las mismas cosas; despues de dos horas de oracion conservar el mal humor por todo el dia; hacer muchas limosnas, y obras de caridad, quejandose los criados que no se les paga, qué devocion es esta?

Pero qué especie de piedad, hijos mios, es la vuestra, si quebrantais los mandamientos de Dios, y de la Iglesia, para correr tras ciertas prácticas, y usos, que serian verdaderamente buenos, y dignos de alabanza; pero el mal uso que haceis no los hace dignos de otro nombre, que el de costumbres, ò antojos. La Iglesia os llama à la Parroquia, y vosotros andais de acá para allá, con pretexto de la devocion à tal Santo, ò Santa: murmurais contra los Obispos, porque han quitado cier-

ciertas fiestas, y las que han dejado las pasais en divertimientos. Los Labradores tienen un Santo Protector, otro tienen los Taberneros, y los Artesanos cada uno el suyo: hacen cantar Misa solemne, à la qual asisten; pero antes, y despues, y todo el restante del dia en qué se emplean estos tales? Bien lo sabeis, hermanos mios: se come, se bebe, se juega, se bayla, despues se vuelve à beber de nuevo, se come hasta hartarse, y embriagarse, vienen despues à las manos, riñen, para que no dexe de haber pecado alguno con que no ofendan à Dios. Asi se celebra la fiesta, y se cree que se ha celebrado asi por devocion: santo Dios, qué devocion!

Tocar las campanas para disipar los nublados en tiempo de pública calamidad; hacer Procesiones, y Novenas, son las devociones que os agradan, queridos mios, y en realidad son buenas. ¿Pero creeis de verdad que consista la devocion en estas cosas, y que son agradables à Dios, si por otra parte no procurais observar sus mandamientos? De qué os sirven los votos, las peregrinaciones, las Cofradias, las Procesiones, las Cruces que erigis en los campos, el pan, sal, y yervas que haceis bendecir, y otros usos semejantes, si no procurais por otra parte corregir vuestras faltas, domar los vicios, y malas inclinaciones? Si estais siempre llenos de embidia, de zelos, si sois vengativos, impacientes, enfadosos, murmuradores, mentirosos, atentos solamente à engañaros, y destruiros mútuamente? Si vivís olvidados de los Sacramentos, si no santificais las Fiestas, ò antes empleais la mayor parte en vuestras diversiones, ò en que-haceres domésticos?

Yo no culpo, Dios me libre, estas devociones exteriores, antes bien las alabo, os las aconsejo, y exórto à ellas, pues fomentan la piedad, quando existe verdaderamente en el corazon, que es su natural asiento; pero el exterior es señal de lo que debe haber en el interior: y si dentro no hay nada, todas las demostraciones exteriores son mentiras, indican una cosa que no existe, y solo sirven para engañar, y para engañaros. Dios mira al corazon, y éste quiere; pero si no es suyo; si está lleno de sobervia, de ambicion, de avaricia, é impureza: si está lleno de desprecio, odio, y embidia del proximo; si busca en todas cosas la propria satisfaccion, y no se hace

la

la menor violencia para reprimir los deseos contrarios à la ley de Dios, todos los egercicios de piedad, y devocion, son apariencias, y nada mas.

¿Qué cosa es, pues, la verdadera devocion? Es un sentimiento que fija, y aficiona el corazon al servicio de Dios, y à la observancia de sus mandamientos: es un sentimiento por el qual amamos à Dios sobre todas las cosas, y al proximo como à nosotros mismos. Amando à Dios sobre todo, procuramos darle gusto, tememos ofenderlo, y huimos las ocasiones de ello. Estamos dispuestos habitualmente à sacrificarle todo quanto tenemos de mas precioso en el mundo, antes que perder su gracia: amando al proximo, somos dulces, pacientes, misericordiosos, afables, corteses con todos, no dejando de ser ninguno nuestro proximo.

El verdadero devoto à ninguno desprecia, y de ninguno forma mal concepto, sino es de sí mismo. Exâlta las buenas partidas, y alaba el buen modo de proceder de los otros, y jamás habla del suyo. Si alguno le ofende, se acuerda que él ofende à Dios cada dia, y este pensamiento sufoca en su corazon todo principio de resentimiento: perdona qualquiera cosa à los otros, y à sí mismo nada. Si la obligacion, ò la caridad le obligan à reprehender, ò à exôrtar à otros, hace mas de lo que dice; predica con el exemplo, sin ponerse à sí por exemplar. Si reza, no lo hace por costumbre, ò por ser visto, sino porque conoce la necesidad que tiene de la gracia. Si ayuna, lo hace por mortificar al cuerpo, para domar, y enflaquecer la carne, no por ostentacion, ò por habito: lo hace en secreto, no en público, quando no son ayunos que manda la Iglesia. Encierra en su corazon la mortificacion, y no pretende que se eche de ver en el rostro: ama el recogimiento, pero no engendra en él un genio adusto, ni mal humor; sino que recibe à todos afablemente, y no les habla con tono de superior. Es sencillo, y modesto en sus acciones, sin mostrarse afectado; exâcto en cumplir con todos; se conforma con todos los usos que nada tienen de pecaminoso: no quiere distinguirse entre los demás, y solo se distingue por la dulzura de su caracter, por la pureza de sus costumbres, por la regularidad, è inocencia de su vida, por la constante exâctitud con que cumple con todas sus obligaciones, sin reputarse mejor que los que no cumplen con ellas.

Si todos los Christianos que exercitan la piedad obrasen de esta manera, no vieramos, con dolor, hacer ridícula la devocion de aquellos que se llaman en el mundo hombres de bien. Pues el verdadero devoto no es otro que un hombre de bien, el qual hace profesion de creer en Dios, en Jesu-Christo, y su Iglesia, y vive segun los dictámenes de la Fé. Solos, pues, los insensatos pueden hacer ridículo à un hombre precisamente, porque cree en Dios, en Jesu Christo, y su Iglesia, y porque regúla su vida segun su creencia. Pero porque hay por desgracia muchos falsos devotos, se confunden estos con los verdaderos; se imputan à la misma devocion todas las importunidades, por las quales los falsos devotos se hacen tan molestos, y pesados. Este es uno de los males producidos por la falsa devocion: pero quántos mas produce! quán peligrosa es!

TERCERA REFLEXION.

NInguno causa tanto daño à la Religion como el que siendo tenido por hombre de bien, no obra segun las reglas de la piedad: la reflexîon es de S. Gregorio: de hecho esta es la principal causa porque los hereges han hecho tanto mal à la Religion. Hijos mios, no os fieis de aquel hombre que está embebido en falsa doctrina, encaprichado con nuevos errores, renitente à las decisiones de la Iglesia, discípulo fiel de una secta impía; la qual, asi como las que la han precedido, con pretexto de restablecer los verdaderos principios del dogma, y moral, los destruye, aniquila, y se esfuerza à echar à tierra el edificio desde el fundamento. Observad respecto de aquel hombre el mandato expreso del Señor, que tantas veces habeis oído en el Evangelio: *Si vuestro hermano no quiere dar oídos á la Iglesia*, la qual habla, enseña, y juzga, por boca de los Obispo, unidos con el sumo Pontifice, *tenedlo como un pagano, y publicano*; quiere decir, como un profano, un público pecador, un enemigo de Dios, y de la Iglesia. Asi decimos nosotros, siguiendo el exemplo de Jesu-Christo nuestro Maestro, y modélo.

Pero

¡Pero cómo se ha de desconfiar de un hombre que no predica sino la caridad, humildad, mortificacion, y que lleva una vida tan exemplar, y austera? Sus conversaciones son graves, y castas, y llenas de respeto para con las cosas santas. Habla siempre con temor, y veneracion de los Sacramentos, y de los Ministros de la Fé; ayuna freqüentemente, hace muchas limosnas, vive como un Santo, à lo menos aparentemente. Por esto mismo, hijos mios, es mas de temer. Es un lobo, dice nuestro Señor, que para devorar las ovejas, se cubre con la piel de ellas; es un arbol, que bajo hermosas hojas, encubre frutos ponzoñosos. Si fuese lo que parece, no podria engañar à tantas almas sencillas. Con este fingido exterior pretende ganaros la voluntad, y con ésta la confianza; haced de manera que os juzgue dispuestos à darle oidos, y luego os hablará de aquellas cosas que llama los grandes principios; pero solo descubrirá poco à poco, è insensiblemente el interior de su corazon. Hoy una palabra, mañana otra, segun las ocasiones, y circunstancias; segun poco mas, ò menos, el modo con que os haceis à su modo de pensar, infundirá de gota en gota todo el veneno en vuestro corazon, y os veréis infectos, sin que lo echéis de vér. Pasaréis de la luz á las tinieblas, creyendo de pasar de las tinieblas à la luz ¿Pero por qué? Porque el demonio, à fin de engañaros, habrá tomado la figura de un Angel.

¿Quién daría fé à aquel que dixese abiertamente, que la confesion es un abuso, y la comunion inutil, y que es preciso reformar una, y otra? Este modo de hablar horrorizaría à los fieles. Es preciso que tomen, y usen de prestado el lenguage de la piedad, exâgerar la excelencia de tan augusto Sacramento, llorar las profanaciones que se hacen cada dia, suspirar en las conversaciones, por tantas comuniones sacrílegas, y por tantos directores relajados: pasar de aqui à las disposiciones, y desesperando de poder jamás llegar à la perfeccion que se requiere, tomar el partido de abandonar enteramente la comunion: comienza à omitirla por respeto, y quanto mas se aleja, tanto mas indigno se hace; llega finalmente à perder el deseo de hacerse digno, y acaba tal vez con no creer los Sacramentos.

De-

Decir de una vez que la confesion es una tiranía, y una invencion puramente humana, seria un hablar descarado, es menester tomar otro camino para engañar à un Cathólico que no quiere mudar de Religion; es menester exâgerar tanto la dificultad de la absolucion, y hacer la verdadera penitencia tan dificil, que el penitente cansado, y enfadado, solo repúte à la confesion por una tirania insoportable, de suerte que sacuda el yugo, y no se confiese mas sino con Dios.

De esta suerte se reviste tal vez de la Religion para destruirla. Ostentan un grán celo por la verdad; à fuerza de hypocresía adquieren el concepto de santidad, que engaña à los pueblos; se les hace tragar el veneno con vasos dorados, y untados los labios de miel. No hay cosa mas peligrosa en los Maestros de la mentira que la apariencia de la virtud con que se cubren, y la falsa piedad que afectan. Los disolutos, y malcreyentes, que no cesan de declamar contra la Religion, son menos de temer: *Nihil tam nocet Ecclesiæ, quam qui perverse agens, famam sanctitatis habet.*

Pero si la hypocresía de los Hereges ha causado mucho mal, la falsa devocion de la mayor parte de los Christianos, ha causado tal vez mas. Los hombres acostumbrados à adelantar sus juicios, atribuyen à la devocion los abusos, y excesos, que producen, y causan los falsos devotos; de manera, que en el dia de hoy, segun el comun modo de hablar, un *devoto* no significa otra cosa, que un impostor, y mero hypócrita. Murmurar, critiquear, no perdonar jamás, amar las proprias comodidades, procurarse todos los placeres, ser de humor melancólico, hacer siempre el ceremoniático, y censor importuno, es la idea que ha formado el mundo de qualquiera que se dedica à los exercicios de piedad. ¿Hubo jamás opinion mas peligrosa? Quál es aquel hombre de bien, que embebido en esta opinion, pueda desear el ser piadoso, ò antes no tema el poder llegar à ser semejante à aquellos que hacen profesion de serlo? ¡Qué desconcierto es este! ¿Quién es el que desacredita la devocion? El falso devoto, que hace oracion por costumbre, y murmura del proximo por principio de Religion; que lee el Evangelio todos los dias, y se vengan sin misericordia, con pretexto de defender la causa de Dios; que encuentra con-

tinuamente que decir, o bien del genio, y religion de estos, ò bien del proceder de aquellos, no segun piensa, por buen zelo, pues éste nada tiene de acre, y amargo, sino porque es de un genio mal inclinado, y nada sociable, sin rectitud de corazon, sin ánimo generoso, y sin caridad; no sabe vivir entre los hombres, ni los puede soportar. ¿Quién desacredita la Religion? Tú, ò muger, que eres un Angel en la Iglesia, y un demonio en casa; que jamàs eres tan sobervia, tan arrogante, menos docil, oficiosa, y dulce con tu marido, que en aquellos dias que os vais à confesar; que despues de leido un capitulo de Kempis, sobre la paciencia, disputais media hora con el criado, por no haber sido pronto, y diligente en una vagatela. Desacreditais la Religion, porque en lugar de haceros mas agradable, os hace mas insufrible: en vez de haceros mas atenta, y cuidadosa en vuestras obligaciones, os hace descuidar de la economía doméstica, de la educacion de vuestros hijos, y de las cosas mas esenciales.

Sucede esto asi, porque se practica la devocion por capricho, por inclinacion, y tal vez por ambicion, por interés, ò por complacencia. Para algunos es empleo, porque no tienen que hacer. Estas devociones no reforman el corazon, no desarraygan los vicios, y no hacen à los hombres mejores, ò mas christianos: en suma, no sirven para otra cosa, que para hacer resaltar las imperfecciones de la falsa devocion, y hacerlos mas insoportables. De estos efectos se echa la culpa à la devocion, que de este modo llega à ser escándalo en aquellos que han encontrado el medio de adocenarla con sus pasiones, y se sirven de ella para satisfacerlas. Estos tales piensan entretanto, que son pios, porque practican las obras exteriores de la piedad. ¿No es esta, pues, amados hermanos mios, la mas peligrosa de todas las ilusiones? Pero con todo, quán comun es?

Se contemplan en el espejo de los ayunos, de las limosnas, y de las largas oraciones, de las confesiones, comuniones, y de todas las demás exterioridades que se han prescrito: se complacen con ellas; y creyendo de abundar, fian de su propria justicia, y pierden de vista el interior. Esto necesitaba de reforma, y se habia de comenzar por esto. Pero no es

es asi: pulen, y adornan el exterior del vaso; y no echan de vér que no hay dentro cosa que eche olor de verdadera devocion: no la humildad, porque no hay cosa mas vidriosa, ni mas facil de resentirse, que un falso devoto; con todo cree que es humilde: no la caridad, no hay ninguno mas vengativo, ni menos indulgente, que un falso devoto, y con todo tiene à su bilis por zelo. ¿No es este el camino, de quien está escrito, que parece derecho, pero que vá à dar en el infierno? El falso devoto vá por él, y pretende llegar al Cielo. ¿Quién podrá jamás abrirle los ojos?

Acordaos, pues, amados hermanos mios, que la verdadera devocion no es otra cosa sino la caridad, de la qual el Apostol San Pablo hace tan bella descripcion en el capitulo trece de sus Cartas, v. 4. Vedla aqui, y acabo: *La caridad*, dice el grande Apostol, *es paciente, y benigna; la caridad no es embidiosa; no obra vanamente; no se ensobervece; no es ambiciosa; no atiende à su interés; no es desdeñosa; no juzga mal; no se alegra con los males agenos, sino que se complace en la verdad; juzga bien de todo, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo sufre.* Si asi no es vuestra devocion, aunque repartieseis todos vuestros bienes à los pobres, aunque ayunaseis toda vuestra vida, y la empleaseis en oracion, y obras buenas, vuestra devocion es falsa, y mal dirigida.

Adorable Jesus, que nos habeis dejado de vuestro Evangelio el perfecto modélo de la verdadera piedad; de aquella piedad sencilla, que nada tiene de afectado, ni singular; de aquella piedad segura, que reformando las costumbres, y corrigiendo las imperfecciones del que la practica, lo hace necesariamente mas digno de nuestra estima, y aprecio. Divino Salvador, que fuiste el mas dulce, y amable, asi como erais el mas perfectamente bien formado de los hombres: vos, que por la dulzura, y sencilléz de vuestras palabras, y de todo el exterior, erais la delicia, y admiracion de todas las almas justas, que tenian la dicha de veros, y oiros: vos, que jamás dixiste palabra alguna picante, sino contra la falsa devocion de los Fariséos; y que empleando con los pecadores la dulzura de vuestra infinita bondad, tratáste siempre aquellos hypócritas con menosprecio, è indignacion: dadnos el espiritu de

la verdadera piedad, así como nos dejaiteis las reglas, y el exemplo. Llenadnos de una devocion, que nos anime á cumplir con los mandamientos; que destruya en nosotros la sobervia, reprima la ira, y desarraygue los resentimientos: de una devocion, que no afectando singularidad, no quiera solo ser vista, no siendo austéra, y no ofendiendo à ninguno: de una devocion, la qual nos haga dóciles, sometidos à nuestros superiores, llenos de bondad, y humanidad con los inferiores, oficiosos, afables, condescendientes con todos los hombres, pacientes, resignados en vuestra santa voluntad en las mayores aflicciones, humildes siempre, y desapegados de nosotros mismos en medio de la abundancia, y vanidad del mundo: puesto que es este el espíritu de la verdadera devocion, ò Dios mio; esto es, querer todo lo que vos quereis, y hacer todo lo que vos mandais, amar lo que os agrada, y buscaros en todas cosas. De esta manera os encontrarémos, y llegarémos à la eterna felicidad, que habeis prometido à los que os sirven en espíritu, y verdad. Así sea.

SERMON

PARA EL UNDECIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LA CONVERSACION.

Solutum est vinculum linguæ ejus, & loquebatur rectè.

Se le soltó el lazo de la lengua, y hablaba perfectamente. *San Marcos cap. 7. ℣. 35.*

EL defecto mas comun de los hombres no es el ser mudo, y no poder hablar, como el mudo del Evangelio de hoy, sino el hablar demasiado, el hablar sin reflexion, sin necesidad, y discrecion; y una de las mayores gracias que hemos de pedir à Jesu-Christo, debe ser el poner freno à nuestra lengua; el poner una guarda de circunspeccion à nuestros labios; y el enseñarnos à callar, para que hablemos apropósito, pues para esto es necesario saber callar.

La mayor parte de las faltas que cada dia cometemos, proceden de nuestra lengua, ò de la agena: dice por esto el Apostol Santiago, que la lengua *está llena de mortal veneno, que infecta toda nuestra vida, y que es perfecto el que no peca con la lengua.* Sobre esto, amados Parroquianos mios, quiero daros tres advertencias, que he recogido en diversos lugares de los libros de la Sabiduria, y del bello libro de la *Imitacion de Jesu-*

Chriſto. El primero es, no digais nada que ofenda la caridad que mútuamente nos hemos de tener. El ſegundo, no hablar jamàs con paſion; huir ruidos, y diferencias. El tercero, finalmente, ſed medidos en vueſtras palabras, y no ſeais prolijos en las converſaciones. Caritativos, è indulgentes, apacibles, y modeſtos, prudentes, y circunſpectos. Aſi nos debemos portar en todas las converſaciones.

PRIMERA REFLEXION.

NO quiero repetir aqui lo que os he dicho en otra ocaſion ſobre la murmuracion, que es el vicio contra el qual grita todo el mundo, y del qual apenas hay hombre alguno que eſté exênto. Vicio que ſe nos hace intolerable, y abominamos en otros, y que no aborrecemos en noſotros miſmos; vicio del qual nos confeſamos contínuamente, y jamás nos enmendamos; vicio el mas contrario à la razon, y à la humanidad, el mayor enemigo de la Religion, y de la caridad chriſtiana; vicio que por ſer fruto de la malignidad, no puede ſer eſcuſado con la fragilidad humana; vicio, en ſuma, que produce males irremediables, y que por eſto no habia de tener eſperanza de obtener miſericordia, ſi hubieſe algun pecado irremiſible.

No me quiero alargar ſobre eſte punto: ſolo preguntaré, ¿de dónde procede aquella paſion extravagante de hablar contínuamente de las coſtumbres, y de los defectos del proximo, y de hacer de ello la materia mas comun de las converſaciones? de dónde aquel loco furor de culpar, morder, murmurar, juzgar, y condenar, y todo eſto ſin derecho, ſin autoridad, ſin exâmen, ſin pruebas, y caſi ſiempre ſin razon, y ſin juſticia? de dónde aquel frenesí de llevar la lengua de caſa en caſa, de familia en familia, de recorrer todos los eſtados, ſin perdonar à los Miniſtros de la Religion, ni à los del Príncipe, ni à quanto hay de mas ſagrado, y reſpetable? de dónde aquella ſobervia temeridad de juzgar en ſu proprio tribunal à pequeños, y grandes, à amigos, y enemigos, à parientes, y eſtraños, à vivos, y muertos, las perſonas conocidas, y deſconocidas, y de paſar de eſte modo toda la ciudad, todo el vecindario, y la provincia, cia, pronunciando inconſideradamente ſentencias contra la ambicion de eſtos, contra la injuſticia de aquellos, contra la incapacidad de unos, y la mala conducta de otros; en ſuma, contra infinitas perſonas auſentes: las quales, poſeidas del miſmo demonio, y de la miſma locura, ſacrifican à ſu miſerable lengua la mas univerſal, la mas antigua, y la mas amable de todas las leyes, que manda à los hombres amarſe, ſufrirſe, y reſpetarſe mútuamente?

¿Es poſible, que teniendo todos el miſmo origen, ſiendo todos compueſtos del miſmo lodo, capaces de las miſmas flaquezas, todos imperfectos, no teniendo nada de noſotros miſmos que nos conſtituya ſuperiores al proximo, encontrandoſe todos en eſtado de ſuplicar à los otros que nos eſcuſen, que nos perdonen, y ſufran, ſeamos objetos unos de otros de ſátyras, y de befa?

¿Pero es poſible, que ſiendo todos hijos de Dios, nueſtro comun Padre, y todos hermanos en Jeſu-Chriſto, redimidos con la miſma ſangre, llamados à la miſma dicha, miembros de un ſolo cuerpo, ſea tal nueſtra ceguedad, vileza, y bajeza, que exercitemos contra nueſtros ſemejantes la malignidad del corazon, y deſpedacemos nueſtra imagen en la perſona de nueſtros hermanos?

Sé que es caſi impoſible el poder callar del todo del proximo. Aſi como las coſas humanas ſon el comun objeto de las converſaciones, y aſi como los hombres intervienen neceſariamente en quanto ſe dice, ò ſe hace en el mundo, aſi tambien no ſe puede hablar de eſte mundo ſin hablar de los hombres: ¿pero no ſe puede hablar ſin decir mal? qué neceſidad hay de gloſar ſus faltas, exâgerar ſus defectos, deſcubrirles el corazon, y de ſilvarles ſobre coſas que tal vez jamás han penſado? qué neceſidad hay de hacerlos ridiculos, y divertirſe à ſu coſta?

Hablad en hora buena de los hechos de vueſtro proximo: ¿pero es poſible que no podais hablar bien? Es un ſobervio, y ambicioſo: ſea aſi: ¿pero ha hecho coſas dignas de alabanza? Ha favorecido à muchos: eſte es argumento en que os podeis eſtender, dejando aparte ſu ſobervia, y ambicion. Es un deshoneſto; pero es de buen corazon, compaſivo, oficioſo, buen amigo: ¿por qué no detenerſe en eſtas buenas qualidades?

por

Universidad de Deusto
Biblioteca

por qué no se han de callar las malas? Es avaro, lo concedo; pero es hombre de buenas costumbres, dá buena educacion à sus hijos; socorre tal vez à muchos bajo mano, que no sabeis; tiene talento, es cuidadoso, y cumple exâctamente con todas las obligaciones de su estado. ¿No bastan estas prendas à subministraros materia abundante à vuestras conversaciones, sin hablar de su avaricia, que de nada sirve? Pero se quiere hablar de defecto, no de virtudes. ¡Qué cosa tan indigna, Dios mio! ¿No es esto querer imitar ciertos animales, que no hacen mas que rebolcarse en el lodo, y alimentarse de él?

Pero hay algunos de los quales de ningun modo se puede hablar bien; porque están tan llenos de vicios, que ninguna buena qualidad tienen. Estos tales son muy pocos, y tal vez no conoceis à ninguno. Pero demos con todo que haya algunos: ¿qué sacamos de esto? Luego, ò callar del todo, ò hablar solo para escusarlos, y compadecerlos, acordandonos que son hombres, y de la misma naturaleza que somos nosotros. En hora buena, amados hermanos mios, os lo pido por las entrañas de Jesu-Christo, y por vuestro bien: no hableis jamás mal del ausente. Fijaos en el entendimiento, y corazon la máxîma que la murmuracion es el peor de todos los vicios, el menos escusable, el mas vil, è indigno de un hombre de bien. Haced que la caridad reprima en vosotros la mala inclinacion que os arrastra, y mueve à hablar mal: haced que ella gobierne vuestra lengua, pondére todas las palabras quando se trata del proximo, y que infunda al mismo tiempo en vuestras conversaciones la dulzura, urbanidad, y moderacion que hacen tan amables à los hombres: virtudes preciosas, de las quales el mundo solo practica por costumbre la apariencia; y que no son verdaderas, y sólidas, sino quando ván fundadas sobre la caridad. La dulzura, la modestia, la urbanidad christiana auyenten de vuestras conversaciones los ruidos, contiendas, alborotos, y sobervia, y quanto no vaya fundado sobre la honestidad, y decoro.

SE-

SEGUNDA REFLEXION.

EL Profeta Isaias, hablando de la venida de nuestro Señor, dijo yá: (42. 2.) *El no gritará, no altercará, no será triste, ni sedicioso, y no hará oir su voz en las plazas públicas.* De hecho compareció tal qual habia sido proferizado: la dulzura de su conversacion, las palabras llenas de gracia, y modestia que salian de su boca, arrebataban los ánimos, atraian los corazones, y maravillaban à qualquiera que tenia la dicha de oirlo. No tubo jamás contiendas, ni altercó con ninguno: reprehendió à los pecadores sin enojarlos; lloró por los culpados, sin desear su castigo; si alguna vez le contradixeron, no insistió en su parecer; no se irritó si lo injuriaron; y quando fue acusado, no hizo prolija defensa de palabras: no habló de sí mismo sino para atestiguar la verdad, y por la gloria de su Padre: no habló de los hombres, sino como habla un Médico del enfermo, cuya salud desea: no habló de los hombres sino para instruirlos, y santificarlos: en el tratar no fue ceñudo, ni enfadoso, ni provocador, ni desagradable: era sério sin melancolía, de un porte sencillo, sin singularidades: todo su exterior grave, pero sin sobervia, y sin fausto: todas sus conversaciones, no solo respiraban sabiduria, sino tambien humildad, dulzura, bondad, y modestia. Felices los Discipulos, que tubieron parte en sus divinas conversaciones, y en la dulce familiaridad del Salvador del mundo: pero mas dichosos aún los Christianos, que sin haberlo visto, se lo representan vivo, que trata con los hombres, y se esfuerzan à imitarlo en su vida, y conversacion.

Dichoso el hombre, de quien se puede decir, *que no grita, no altera, no es ni triste, ni inquieto, y que jamás levanta la voz* con modo áspero, altanero, è indecente. ¡Pero ay de mí! la dulzura en las conversaciones es tanto mas rara, quanto mas amable. Quién piensa de un modo, quién de otro: cada uno quiere las cosas à su modo. De aqui proceden la diversidad de pareceres, y la diferencia de opiniones: y por quanto, por desgracia nuestra, somos sobervios, y estamos llenos de amor proprio, todo lo que se opone à nuestras idéas, nos ofende, y

Universidad de Deusto
Biblioteca

nos desagrada : queremos que los demás piensen como pensamos, y hablen como hablamos, mientras que jamás queremos adaptarnos al parecer de los otros que nos contradicen ; y esta es la causa de las altercaciones , y de los gritos , que hacen tan desagradable la conversacion. Se empieza à hablar con calor , éste excita las palabras picantes , las que producen riñas sérias por una vagatela. Oid, pues , hijos mios, y conservad en la memoria lo que voy à deciros , para que os aprovecheis de ello todas las veces que se presente la ocasion.

No defendais jamás obstinadamente lo que os contradixeren , aunque tengais razon , principalmente quando las habeis de haber con ciertos sujetos, que son obstinados, ò lo que es peor, con ciertos genios fantásticos, que ponen su gusto en contradecir, y altercar; que jamás quieren adaptarse al parecer de los otros , y hablan tal vez contra lo que sienten , por el gusto que tienen de hacer pompa de un espiritu de contradiccion. Un genio de esta suerte es infinitamente desagradable, lo sé ; pero quanto mas desagradable es, tanto es mayor el merito del que lo sufre con dulzura. Quanto es él mas obstinado, tanto debeis serlo menos : quanto mas inclinado es él à contradecir , con tanto mayor cuidado debeis procurar de no darle materia de contradicion. Acordaos que la obstinacion es siempre señal de sobervia , ò de ignorancia, y poco talento. Si alguno no quiere creer lo que decís , aunque sea verdad , y tengais certidumbre moral de ello, guardaos de quererlo confirmar con alguna especie de juramento , ò ofenderòs, ò gritar, porque no quiere creer lo que decís : contentaos con decir: *Esto hay , esto no hay : todo quanto podeis decir de mas , seria demasiado , y procederia de mal principio.* Jesu-Christo mismo nos dá este consejo sábio

Quando oís ciertas proposiciones que os ofenden, no respondais sobre la marcha, de miedo que no se os escape inconsideradamente alguna palabra picante. Guardad silencio todas las veces que os reconozcais alterado, y esperad à hablar quando se os haya pasado la cólera. Casi siempre nos arrepentimos de lo que habemos dicho irritados , ò quando estabamos de mal humor ; y el hombre prudente , y discreto no debe jamás decir cosa de que pueda arrepentirse. No trabeis disputa con los

los que zahieren en sus conversaciones, y se dejan facilmente transportar de la cólera ; y si acaso dixeren alguna palabra picante , ò alguna indirecta, no os deis por entendidos: un ánimo bien regulado no dá oídos à lo que no se dice directamente por hacerle injuria ; y dejando pasar ciertas palabras , como efectos de primer movimiento, del qual el hombre no es siempre dueño , disimula , y calla , no con ayre de desprecio, que es mas injurioso que una respuesta picante , sino con ayre de prudencia , y modestia mezclada de dulzura , y cordialidad.

No useis con ninguno un modo de hablar imperioso; porque es señal de un ánimo presuntuoso , de espíritu sobervio, y altanero, que contento de sus proprias idéas , aprueba solamente lo que él dice, y desprecia à los que no hablan como él. No hagais demostracion de vuestra sabiduria con los ignorantes , y no pretendais distinguiros entre otros menos eruditos que vosotros. Sed sencillo con el sencillo, y hablad à todos de cosas que entiendan , ò en que puedan interesarse. Por lo que vosotros toca , de todo lo que tiene relacion con vuestra persona , no hableis jamás sin necesidad, ni en bien, ni en mal, y siempre lo menos que sea posible. Es cosa dificil hablar de sí mismo sin que tenga parte el amor proprio. El que habla de sus buenas qualidades , y acciones que le son honrosas , busca aprobacion, y alabanza; y la mayor parte de aquellos que hablan mal de sí , pretenden que los otros le den escusas , y lo adulen,y dicen mal, para que los otros hablen bien. Guardaos, pues , de hacer venir en las conversaciones , ò introducir en ellas materia que pueda mereceros la alabanza del que os oye , y que pueda fomentar vuestra sobervia ; pero si acaso os alaban, no andeis mendigando mayores elogios con una afectada modestia. Seamos en todas cosas sencillos, y ahora seamos alabados , ahora vituperados, no afectemos, ò demasiado sentimiento, ò demasiada indiferencia, en corresponder à uno, y otro. Entremos dentro de nosotros mismos, y acordemonos, que delante de Dios, y de los hombres somos menos de lo que debiamos ser.

En suma, desterrar de vuestras conversaciones todo quanto no concuerda con la modestia christiana. Se eche de vér ésta en el rostro, en las acciones , palabras , y en todo lo exterior.

Universidad de Deusto
Biblioteca

No seais de aquellos que no saben hablar si no levantan la voz, como el que grita, ò declama, ni tampoco de aquellos que rien demasiadamente, acordandoos de las palabras del Espíritu Santo, que dice: *El loco levanta la voz quando rie de aquello de lo que el hombre discreto apenas muestra la risa.* Pero, vuelvo à decir, haced que vuestra modestia nada tenga de afectacion, nada que ofenda, nada de severo, dando à entender que teneis buen concepto de vosotros mismos, y que menospreciais à los otros.

Callo, amados hermanos mios, de aquellas conversaciones licenciosas, en las quales el veneno de la impureza pasa de la boca de los unos al entendimiento de los otros, y de éste se difunde en el corazon para corromperlo. Si los menores donayres, y mas pequeños equívocos, en materia de impureza, son pecados mortales, qué será de las conversaciones, en las quales, para excitar el buen humor, se hacen servir las cosas mas sucias, declarandolas de mil modos, dandoles mil vueltas, y revueltas, exponiendo en varias figuras un vicio, que ni aun se deberia nombrar entre los Christianos, y cuyo solo pensamiento, por poco que lo rumiemos, hiere el corazon, y dá muerte al alma. En una palabra, ¿quereis saber quál sea el remedio mas eficáz contra todos los pecados de la lengua? No hablar jamás inconsideradamente, y hablar poco. En donde se oye muchedumbre de palabras, se vén ordinariamente muchas pecados.

TERCERA REFLEXION.

EL corazon de los necios está en su boca, pero la boca de los discretos, y prudentes está en su corazon. Linda sentencia del Espíritu Santo en el Eclesiastés; (21. 39.) y quiere decir, que los necios se dejan gobernar, y señorear de su lengua. El prudente, al contrario, gobierna su lengua, y se hace dueño de ella. No hay cosa mas amable delante de Dios, y de los hombres, que el que sabe hablar apropósito, y callar quando es menester. No entra à juzgar de las cosas que no sabe, ò no puede entender. No se interesa en saber las que no le pertenecen, ò que nada le ha de aprovechar el saberlas. Antes de hablar piensa lo que ha de decir; porque sabe que la palabra dicha no vuelve atrás. Todas sus palabras las acompañan la verdad, la sencillez, la claridad, la discrecion, y prudencia. Todos le oyen de buena gana: están todos atentos à lo que dice, porque habla poco; y habla poco, porque sabe que hemos de dar cuenta à Dios de las palabras inútiles.

El necio, al contrario, ò sea el que así llama el Espíritu Santo, cuyo ánimo, semejante à un *vaso roto*, que no puede contener ninguno licor, se derrama, se evapora, y disipa en mil cosas frívolas, que nada concluyen; pero digo mal, antes bien concluyen demasiado, pues vienen à parar en una infinidad de pecados, que no echa de vér, ò no hace escrúpulo: *El que abunda de palabras, manchará su alma*, (Eclesi. 20. 8.) dice el Sábio: de hecho, la mancha de mil maneras. Supongo que en su modo de hablar no murmure, no diga cosas deshonestas, lo que sucede raras veces; pero se vé la sobervia, y vanidad, la exâgeracion, la mentira, la curiosidad, la indiscrecion, la imprudencia, y el tiempo perdido. Así como la lengua de los habladores sigue arrebatadamente, y sin reflexion los movimientos de su alma; y así como nuestra alma, por nuestra desgracia, está sujeta à muchos movimientos desordenados, así es imposible que el hablar de estos tales no sea tambien desordenado.

He dicho que se vé la sobervia, y vanidad. Quiere decir aquel prurito de hablar continuamente, de hablar de todo, de razonar sobre todas cosas, aun sobre las que no entienden, ò no pueden entender de ningun modo. Quiere decir que somos sobervios, y pagados de nosotros mismos, y que hacemos aprecio de lo que decimos. Quiere decir que estamos persuadidos de pensar, y hablar mejor que los demás. Preocupados de esta idéa, decimos todo lo que nos viene à la boca, echamos afuera todo lo que pensamos, porque nos figuramos no pensar sino cosas razonables. Quiere decir que nos interesamos demasiado en tener alegre el corrillo, para sobresalir, y distinguirnos, y para ser el primer oráculo en la mesa, y adquirir credito de hombres de negocios. ¿No es todo esto sobervia, presuncion, y vanidad ridícula?

Digo que se vé la exâgeracion, y la mentira; la experiencia nos enseña, que el que habla mucho, dice ordinariamente mentiras. ¿Quántas veces sucede que no tenemos nada

Universidad de Deusto
Biblioteca

da que decir de verdadero, de util, de agradable sobre la materia de que se trata en la conversacion? Quántas cosas se podrian decir en quatro palabras? Pero quando se quieren decir mil, quando absolutamente, y à qualquier coste se quiere hablar, es preciso el fingir, suponer, exâgerar, engrandecer objetos, è inventar circunstancias. Y de aqui quántas aserciones temerarias, quántas gracias insulsas, quántas narraciones insipidas, cuentos inutiles, discursos que nada significan, de todo lo qual el unico fruto que se saca es abobar à los ignorantes, y enfadar à los cuerdos!

Quien quiere entrometerse, y hablar de todo, lo quiere saber todo, y de todo se informa. ¡Quántas preguntas inútiles, imprudentes, è indiscretas! ¿Como es esto? Por qué asi aquello? Qué se dice? Qué se hará? Jamás acaban de preguntar, y de replicar, ahora son, ò bien niñerias que no se merecen el tiempo que en ellas se emplea, ò bien son cosas esenciales, dignas de callarse, ò que el hombre prudente se las reserva para exâminarlas. Reflexiones imprudentes, tal vez secretas, que escapan de la boca, guardaos de confiarlas à estos habladores: ¡Valgame Dios quán importunos son, y enfadosos! Su lengua es una especie de látigo, que exercita la paciencia, y caridad de las personas cuerdas que los han de oír.

¿Hemos, pues, siempre de callar? No. El Espíritu Santo nos enseña que hay tiempo de hablar, y tiempo de callar: en todas cosas es preciso atenerse à una discreta mediania, porque todos los extremos son viciosos; pero digo que es menester hablar poco, y bien, pero jamás sin hacer reflexîon de lo que se dice, ò sin necesidad. No digo que todas las conversaciones han de ser sérias; hay gracejos inocentes, y conversaciones que recrean el ánimo sin ofender à Dios, sin hacer mal, y dár escándalo à qualquiera. Tales conversaciones, asi como el juego, el paséo, y los otros devertimientos permitidos de la Religion, son necesarios para aliviar el cuerpo, y recrear el ánimo, y por esto no son pecaminosos, con tal que no pasen los términos prescritos.

Pero digo, que aun en estas conversaciones, como en todas las demás, es menester escasear las palabras, pensarlas bien,

bien, no dejarse transportar de la imaginacion caliente, y del *flujo* de palabras que denota liviandad, que apaga el espíritu de recogimiento con que debe vivir todo Christiano. Os quejais, hijo mio, porque quando haceis oracion, estais contínuamente distraído: no me causa maravilla. El que habla tanto con los hombres, no está demasiadamente dispuesto para hablar con Dios. El entendimiento acostumbrado à vaguear por varios objetos, y à extenderse con demasiadas palabras, è inútiles, se hace incapáz de poner atencion à las cosas espirituales, y mucho menos en los actos de Religion. Hablad poco, y estaréis mas recogidos, y mas atentos en la oracion; probaréis menos distracciones, y estaréis en ella de mejor gana.

Si no hablais jamás de vosotros, de vuestros bienes, familia, y de todo lo que os pertenece, sino quando es necesario, si no hablais de los otros sino es para escusar sus faltas, y para alabar sus virtudes; si no hablais de las cosas que no entendeis, ò hablais de ellas solamente para instruiros, y con quien las entiende; si dejais à un lado los negocios de estado, en que no teneis ninguna introduccion, y nada que vér; si atentos solamente à vuestras obligaciones, y gobierno de vuestras familias, no hablais jamás de lo que acaece al vecino; si aplicaseis à vosotros mismos las reflexiones buenas, ò malas que haceis sobre lo que ha sucedido, sucede, ò sucederá, aunque no tengais parte en ello, y vuestras reflexiones no puedan acarrear ningun provecho; en suma si supierais hablar, y entreteneros con vuestra alma, haceros dueño de ella, sin perderla jamás de vista, pensar mas freqüentemente en lo que haceis, en la brevedad de la vida, y en la muerte, que os amenaza, en la eternidad que os espera, en la cuenta que habeis de dár à Dios, en la fragilidad, è inconstancia de las cosas humanas: creedme, hijos mios, seriais mas mirados en vuestras palabras, y mas circunspectos en vuestras conversaciones. Hablamos mucho porque hacemos poca reflexion: y vemos por el contrario à los hombres cuerdos, que piensan mucho, y tienen lleno el pensamiento de cosas útiles, hablar menos que los demás.

Pero la mayor parte de los hombres se asemejan à aquellos

Universidad de Deusto
Biblioteca

llos árboles que tienen muchas hojas, y jamás dán fruto, ò à ciertas plantas que solo arrojan yerba. Muchas palabras, poca cordura; muchas razones, poco juicio: la boca siempre abierta, y dispuesta siempre à hablar; el ánimo hinchado de viento, sin maduréz, ni firmeza. Como una nave sin timon, y sin Piloto, es llevada de acá para allá, donde la lleva el viento, de la misma manera la lengua del que mucho habla, no gobernada de la prudencia, y cordura, vaguéa, se desvía, y derrama en mil objetos, que por lo comun, no tienen connexion, ni precision, ni son consiguientes, porque es muy dificil, y casi imposible, hablar mucho sin caer en muchas necedades, sin hacer mil inútiles circumlocuciones, sin muchas imprudencias, indiscreciones, y pecados.

Poned, pues, Dios mio, freno à mi boca, y lengua, y una guarda de circunspeccion en mis labios. Haced que la caridad, la dulzura, prudencia, y discrecion animen nuestras conversaciones. Apartad de nosotros toda fráse maligna, sobervia, è impura. Haced que nuestro trato carezca de altanería, presuncion, pertinacia, gritos, y altercaciones. Haced que la sencilléz, la claridad, y modestia se dexen vér en todas nuestras conversaciones, y en todo nuestro exterior, no con la máscara con que los hypócritas encubren una alma presuntuosa, y desarreglada, sino como los frutos, y verdaderas señales de aquella sabiduría interior que tiene la raiz en el corazon, y está fundada sobre la caridad, y humildad christiana, por la qual el verdadero Christiano, dominando à sus pasiones, teniendolas siempre à la vista, y en la mano, gobierna sus movimientos; de manera, que no sufriendo ningun desorden en palabra, y pensaminto, no se le escapa ninguna cosa que huela à imprudencia, ò indiscrecion en sus conversaciones.

Divino Jesus, que conversando con los hombres, les habeis mostrado en vuestra santa humanidad el modélo de todas las virtudes, imprimid en nuestro corazon la imagen de vuestra adorable persona, para que teniendola continuamente presente, observemos en ella, como en el espejo de sabiduría, el modo con que debemos tratarnos unos con otros. Haced que la memoria de vuestra dulzura, y de vuestra infinita bondad, nos haga dulces, modestos, y afables con todos los hombres. En-

Enseñadnos, Salvador mio, à hablar con vos, y con nosotros mismos de nuestros pecados, de vuestra justicia, de la figura del mundo que pasa, de nuestro fin que se acerca, de las penas del Infierno, destinadas à los malos, de la eterna dicha que reservais para los justos, para que todos nuestros pensamientos, deseos, y conversacion, estén en el Cielo. Asi sea.

SERMON

PARA EL DUODECIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE EL AMOR DE DIOS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Amarás à Dios tu Señor con todo tu corazon.

San Lucas cap. 10. ℣. 27.

ESte, amados Parroquianos mios, és el primero, y mayor de los mandamientos, en el qual se encierran los demás, que se puede llamar el epílogo del Evangelio, y de nuestras obligaciones, el contenido de todas las virtudes, y de todos los merecimientos. Yo no me detendré à probaros la obligacion indispensable que la naturaleza, la razon, y que la Religion misma nos imponen de amar este Sér Supremo, el qual siendo el unico principio de todo bien, la fuente de donde derivan lo bueno, lo hermoso, lo amable de todas las criaturas, es el mismo esencialmente, sumamente, y únicamente amable. Mirad al cielo, y tierra, y quantas cosas los compo-

nen. Todo lo que sois, y teneis, nada encontrareis dentro, ò fuera de vosotros, que os predique el amor de Dios. Amar à Dios con todo el corazon es una cosa tan razonable, tan justa, y de algun modo tan natural, que aun los que entre vosotros llevan una vida incompatible con el amor de Dios, no dejan por esto de persuadirse que lo aman. ¿Qué es, pues, este amor, que creen todos los hombres de tener, y que es tan raro entre ellos? En qué consiste, y à qué nos debemos atener, para conocer si lo amamos, ò no? Esta será la primera reflexion que harémos con la claridad posible; de aquí pasarémos à vér quán grande sea nuestra ceguedad, y la compasion que merecemos, quando en vez de amar à Dios sobre todas las cosas, nos apegamos el corazon à todas las cosas de este mundo.

PRIMERA REFLEXION.

NO es aqui necesario traer muchos argumentos, y hacer un largo razonamiento para explicaros, amados hermanos mios, qué sea el amor de Dios, en qué consista, y cómo podeis conocer si lo teneis, ò no. Nuestro Señor Jesu-Christo, que en todas ocasiones dixo verdades, nos enseña con dos palabras en qué consista este amor. El que me ama, dice, guardará mis mandamientos; el que no me ama, ningun cuidado pone en guardarlos.

Qualquiera que sea vuestro estado, qualquiera que sea la situacion en que os encontrais, en quanto habeis de hacer, ò decir, y qualquiera que podais ser, Dios os hace oír su voz, y os dá sus mandamientos. Habla à grandes, y pequeños, à ricos, y pobres, al que vende, y compra, al que manda, y obedece. Está presente al consejo del Rey, vá à la frente de los exércitos, está en medio de los Jueces, está en todas partes, dá sus ordenes, y hace conocer su voluntad.

Su voluntad, pues, es que desde la mañana hasta la noche cumplais con las obligaciones de vuestro estado, y lo hagais sin ambicion, sin enfado, é impaciencia, sin descuido, y poca atencion, sin injusticia, sin engaño; pero con verdad, y buena fé, segun Dios, y vuestra conciencia.

Su voluntad es, que seais obedientes, y rendidos à los que la

la Divina providencia ha puesto sobre vosotros; que mandeis sin arrogancia, y dureza à los que os han de obedecer; y que no haciendo à los otros lo que no querriais que os hiciesen à vosotros, seais dulces, y caritativos para con los hombres. Si alguno os alaba, él quiere que os humilleis; si os insulta, que lo perdoneis, que troqueis la calumnia en oraciones, y el mal trato con la paciencia. En el comer os manda la sobriedad; en las conversaciones la prudencia, y circunspeccion; en los divertimientos la inocencia, y la moderacion; en las aflicciones la resignacion, y conformidad en su querer. Su voluntad finalmente es, que buscando en todo, y sobre todo el Reyno de los Cielos, y su justicia, hagais servir à su gloria, y al bien de vuestras almas, las riquezas, y la pobreza, los honores, y la humillacion, las penas, y los placeres, los bienes, y males de esta vida. Tal es su voluntad, tales sus preceptos: y os declara, que el que verdaderamente lo ama, los observará; pero si vosotros decís que lo amais, no cumpliendo con ellos, el Apostol San Juan os responde, que sois unos *embusteros*, y que está bien agena de vuestra boca la verdad.

Quereis, pues, hijos mios, exâminar vuestra vida, recorred todas vuestras acciones, y vuestra conducta: no os detengais en quanto pensais, sentís, ò decís de vosotros mismos, los buenos pensamientos, los afectos devotos, los movimientos sensibles de una devocion pasagera; sentirse penetrado; enternecerse leyendo un libro, ù oyendo la palabra de Dios; arrojar de quando en quando algun suspiro al Cielo; hacer bellas reflexiones sobre la bondad de Dios, sobre su misericordia, y justicia, sobre la brevedad de la vida, y vanidad del mundo; hacer buenas resoluciones para en adelante: son todas estas cosas efectos de la imaginacion; son meras ilusiones, si por otra parte no haceis quanto Dios os manda, y si no procurais huir todo quanto nos prohibe.

A la mañana, y noche os arrodillais, y con las manos cruzadas decís algunas oraciones: Dios mio, os amo con todo el corazon, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas: y pensais decir verdad; pero dos horas despues desplegais las manos para cometer algunas acciones pecaminosas, para robar lo ageno, para vengaros de vuestros enemigos, y para llenaros

Universidad de Deusto
Biblioteca

de vino. Aquella misma boca que poco antes pronunció el acto de contricion, y amor de Dios, quando llegue la ocasion se ensuciará con blasfemias, con acusaciones, con hablillas inútiles, con murmuraciones, con besos lascivos, con declaraciones provocativas, con locas protestas à aquella persona à quien habeis maleado, ò lo procurais, y con toda especie de palabras que ofenden, bien lo sabeis, y que deshonoran al mismo Dios, à quien poco antes deciais, y à quien direis dentro de poco, que lo amais con todo el corazon. ¿Vosotros lo amais con todo el corazon? ¿Quáles son las pruebas que dais para ello?

Se dice comunmente, y es demasiado verdad, que los verdaderos amigos se muestran tales en las ocasiones, y que desean las ocasiones para conocerse. Si protestandome yo amigo, nada hago de quanto os puede dar gusto; si por el contrario, habitualmente, y con deliberada voluntad hago mil cosas que os desagradan, y afligen; si en todas las ocasiones en las quales pudiera, y debiera daros muestras de mi amor, no recibis de mi sino demostraciones de ódio, de menosprecio, è indiferencia, ¿creeis vosotros que tales protestas de amistad pueden ser tenidas por sinceras? No: antes bien creeréis con razon que yo aborrezco à un tal amigo. Hijos mios, es muy facil de hacer la aplicacion. Decís cien veces al dia: Dios mio, yo os amo con todo el corazon: esto se dice presto; ¿en dónde están las pruebas de este amor?

Quando un hombre dice à otro: os tengo mucha inclinacion: creedme, os amo; puede ser que hable sinceramente, y que profese una verdadera amistad, aunque ésta no se manifieste sino es solo con palabras, puesto que no está en nuestra mano el poder, ni la ocasion de dár à las personas que amamos señales verdaderas de nuestra amistad. Pero no es lo mismo en lo que mira à Dios; pues todos los dias se nos presentan ocasiones de manifestarle nuestro amor, de nuestra propension, y de los deseos que tenemos de agradarle. Las diversas pasiones que nos contrastan, prueban continuamente nuestro amor: ni pasa dia alguno en que no se nos ofrezca ocasion oportuna de hacer algun sacrificio à Dios, y de darle por consiguiente alguna prueba de nuestro amor. Pensamientos de sobervia, movimientos de ambicion, deseos de venganza, sentimientos de ódio,

ódio, ò de embidia, impaciencias, tentaciones deshonestas, deseos de riquezas, y tantas otras pasiones; finalmente, nuestra mala inclinacion nos arrastra al mal, mientras que las luces de la conciencia, y las impresiones de la gracia nos inclinan al bien. Quando resistimos, pues, al mal para seguir las impresiones de la gracia, damos entonces à Dios pruebas de nuestro amor, que ama à Dios sobre todas las cosas, y está habitualmente dispuesto à sacrificarlas todas, y à perderlas antes que perder à su Señor.

Valga la verdad; ¿quántos sacrificios no hacemos todos los dias à las personas que queremos complacer? quántas violencias no nos hacemos por ganarnos su voluntad, ò para mantenernos en su gracia? Vosotros lo sabeis, hermanos mios, y mientras hablo, decís con voz baja, esto es verdad: paremonos, pues, en esta reflexion; demos una ojeada à lo que sucede en el mundo, y vereis lo que hace hacer à los hombres el amor de los placeres, del honor, y de riquezas. ¿Quántas cosas no se sacrifican à la ambicion, à la avaricia, à la venganza, y al libertinage? Sacrifican el descanso, la salud, la reputacion; sacrifican la virtud, la justicia, la religion, la conciencia, y alma. Os sacrifican à vos mismo, santo Dios, quando deberian por vos sacrificar todas las cosas, y con todo esto no tienen reparo en decir que os aman: ¿pero quáles son, finalmente, las muestras de vuestro amor?

Quando os habreis fatigado por el Cielo, como lo habeis hecho por la tierra; quando habreis hecho tantos actos de humildad por agradar à Dios, quantas bajezas habeis exercitado para dár gusto à los hombres; quando pondreis el mismo cuidado en hacer obras buenas, y enriqueceros delante de Dios, que poneis para aumentar vuestros bienes, y llenar vuestras arcas; quando sufrireis por su amor las enfermedades, las aflicciones, la pobreza, con la misma paciencia con que habeis sufrido los calores, el frio, las vigilias, las fatigas, y otras mil incomodidades, para enriqueceros de los bienes del mundo, y satisfacer vuestras pasiones; quando os hareis tanta violencia para amar à vuestros enemigos, y perdonarles las injurias que os han hecho, quantas han sido las penalidades à que os habeis expuesto para encontrar medios como vengaros; quando os

veré

vere tan solícitos por el bien de vuestras almas, como lo sois para los del cuerpo, divertimientos, è intereses; quando os veré, ò muger, emplear tanto tiempo à los pies de un Crucifijo, quanto perdeis en contemplaros al espejo, y en componeros; quando sereis tan cuidadosa en el buen orden de la casa, y alma para agradar à Dios, quan mirada sois en componer el cabello, adornar la cabeza, y untaros la cara, en estudiar, y remiraros en las acciones, y palabras, para parecer amable à los ojos de los hombres; finalmente, amados hermanos mios, quando os dedicareis con seriedad à regular los pensamientos, y vuestros deseos, los afectos, y el porte de vuestra vida, no segun las pasiones, è intereses temporales, no segun vuestro gusto, y vuestra idea, no atendiendo à lo que se dice, ò se hace en el mundo, sino segun lo que prescriben los mandamientos de Dios, y de la Iglesia. Decid entonces que amais à Dios, y direis la verdad; y aunque no lo digais, hablarán por vosotros vuestras acciones, por las quales solo se deja conocer el verdadero amor de Dios.

Pero si en lugar de hacer su santa voluntad, haceis solo la vuestra; si el temor de ofenderlo no contiene jamás vuestros ojos, manos, y lengua; si el temor de disgustarlo, no reprime los impetus de vuestra sobervia, ambicion, y avaricia; si éste no refrena vuestra ira, no modéra vuestros sentimientos, no sufoca las impaciencias, no impide vuestros enfados, y no mortifica vuestras malas inclinaciones, que os arrastran al mal, y os apartan del bien, no os lisongeeis, amados oyentes mios, el amor de Dios no habita en vuestros corazones, porque quien verdaderamente lo ama, observa sus preceptos, y el que no lo hace, no puede decir con verdad que lo ama.

Aunque el amor de Dios no nos haga impecables, pero nos inspira un tal horror al pecado, que ninguna cosa tememos tanto como el ofenderlo, este mismo amor nos hace cuidadosos, y circunspectos; nos hace orar, y velar sobre nosotros mismos; nos mueve á apartar las ocasiones; à poner por obra los medios que Dios ha establecido para conservarse en su gracia; à tomar para este efecto las precauciones que juzgamos mas necesarias, atendido el estado, el temperamento, y nues-

nuestra particular disposicion. El amor de Dios no nos hace incapaces de pecar; pero no puede permanecer con las costumbres pecaminosas, y perseverar, y obstinarse en el mal.

El justo ama à Dios; pues solo con amar à Dios puede ser justo: y con todo, el justo peca; pero las faltas en que incurre son un efecto de la fragilidad humana, antes que de la mala disposicion del corazon. La violencia de la tentacion, la ocasion no prevista, los artificios del demonio pueden derribarle; pero la caida es momentánea, y vuelve otra vez à reconciliarse con Dios con la misma presteza con que cayó. Del mismo modo que un caminante, tropezando en una piedra que lo hizo caer, se levanta luego, y prosigue su camino, yendo con mayor cautela, asi el justo, que andando por el camino de los mandamientos de Dios, tropieza en alguna piedra de escándalo, que lo haga infelizmente caer, levanta inmediatamente los ojos à Jesu-Christo, le pide socorro, y misericordia; y este Padre infinitamente bueno, le dá la mano, lo levanta, lo consuela, lo fortalece, de manera que camina con mayor cuidado, y con un nuevo fervor. No hay cosa, dice el Apostol, que no sea provechosa al justo. Hasta sus mismos pecados contribuyen à ello, añade San Agustin: estos lo humillan, haciendole conocer su propria flaqueza, y le enseñan à no confiar en sí mismo, y à rogar contínuamente à Dios, para que le conceda la gracia de la perseverancia. El justo peca, pero no se obstina en su proprio pecado, ni forma habito, y costumbre. El afecto dominante en él es del bien, y de la justicia, el deseo de agradar à Dios, y el temor de disgustarlo. Esta es la habitual disposicion de su ánimo, que no perdiendo jamás de vista el objeto de su amor, se deja llevar de él quanto puede.

Pero vosotros, que nada os cuidais de reformar vuestra vida, aunque conozcais que vuestro modo de vivir de ninguna manera puede agradar à Dios. Vosotros, que despues de haber cometido un pecado mortal, lo teneis con serenidad largos años, añadiendo pecados à pecados, aunque sepais que en tal estado sois enemigos de Dios; vosotros, finalmente, que nada haceis por él, y nada os importa el ofenderle, ¿con qué cara os atreveis à decir, aun hablando con él mismo, que lo amais de todo corazon? Qué mas pudierais hacer si no lo amáseis?

Si

Si lo aborrecierais del todo, pudierais ofenderlo con mayores ofensas? Antes bien debeis decir, que amais al mundo, los placeres, las riquezas, y à vosotros mismos; y aunque no lo digais, bastante se echa de vér; pero que ameis à Dios, no ciertamente. No es esta la conducta, y porte del que lo ama. Por poco que querais exâminar vuestro corazon, y hacer reflexion à quanto os he dicho hasta aqui, os vereis obligados à confesar que no amais à Dios; y si ponderais atentamente lo que voy à deciros, conocereis qual sea la ceguedad del hombre, y quan lamentable sea; pues en lugar de amar à Dios sobre todas las cosas, y descansar en él, se aficiona à las cosas del mundo, y pone en ellas su satisfaccion, y confianza.

SEGUNDA REFLEXION.

ES cosa bien estraña vér à los hombres, de qualquiera estado, y condicion que sean, aficionarse los unos à esto, los otros à aquello, cada uno segun su gusto, è inclinacion. Observad, por exemplo, al que se deja predominar de la ambicion: quántos movimientos, quántos enredos, quántas inquietudes, quántas cautelas toma, quántas injurias sufre, y disimula, qué malos ratos pasa, qué vida lleva! Amigo, habeis conseguido lo que deseabais: ¿estais contento? No: este puesto no es del todo brillante, ni de ganancia, no lo tendré mucho tiempo, pretendo alguna cosa mejor. Ea, pues, haced nuevos gastos, meteos en mayores enredos, emprended otros cuidados, y anhelos, y caed en nuevas bajezas. Nada importa: habeis obtenido el intento; se han cumplido los deseos: ¿estais contento? No: dado un paso, se quiere dár quatro mas, y despues mil. ¡Insensato que sois! ¿No echais de vér que vuestro corazon vá ensanchandose mas, y mas? Quanto uno mas se levanta, tanto mas quisiera subir; quanto mas rico es, tanto mas quisiera tener. Crecen los deseos, se aumenta la codicia, se multiplican las necesidades, y de aqui proceden mil inquietudes, y ansias, que no conociera en un estado mediano, ò bien en medio de la miseria, ò pobreza.

¿Quántos disgustos amargan los placeres, que los hombres tanto apetecen? Hay acaso alguno, de qualquier especie que

que sea, que no esté lleno de hiel? Demasiado sabido es el dicho, *que no hay rosa sin espinas*. La ciencia, los talentos, la reputacion, la gloria, aun aquella que es fruto del verdadero mérito, ván comunmente acompañadas, ó las preceden, ó siguen mil penas, que las malean, que alteran el gusto, y à nada reducen la satisfaccion que se habia fomentado en ellas. Satisfaccion que muchas veces se compra à caro precio antes de gozarse, y se pagan mucho mas quando se poseen. Esto hacía decir à Salomon las siguientes palabras, dignas por cierto del Rey mas sábio que ha habido, y que conocia mucho mejor que los demás hombres la vanidad, y poca firmeza de las cosas humanas: *Yo me he visto en la cumbre de la grandeza;* (Eclesiast. 2.) *he gozado todos, todos los placeres que jamás ha podido gozar hombre alguno en la tierra; me he aplicado al estudio de las ciencias; he considerado todo lo que pasa bajo el Cielo, los talentos, los trabajos, las locuras, los errores del entendimiento humano; he excedido en sabiduria, y gloria à todos quantos ha habido antes de mí; y despues de haber contemplado todas las cosas, y gustado de cada una de ellas, he llegado à conocer que todo es vanidad, todo congojas, y aflicciones de espíritu.*

De hecho, ¿quál es aquel hombre, que abanzado ya en edad, y enseñado por la experiencia, que no se lamente de la fortuna, de los parientes, de los amigos, y hasta de sí mismo? Tal vez dirá uno: he encontrado un amigo, travé con él estrecha amistad; pero me engañé. Otro dirá: he cobrado pasion à mi familia; y este amor ha sido para mí causa de muchas penas, y mortificaciones. Aquel dice: he trabajado por el bien público, pensaba hacerme honor; pero à mas de haber perdido el tiempo, y la salud, he logrado solo pesadumbre. Un otro se asegura de haber padecido mucho para enriquecer, creyendo de lograr al fin una vida quieta; pero se encuentra hoy dia mas inquieto que nunca. No digamos mas: Entre todos los que buscan su propria satisfaccion en las criaturas, no hay, tal vez, uno solo, que si coteja las penas, y los gustos, ponderada bien la cosa, no encuentre que los gustos no recompensan las penas, y que no quede convencido, que es una locura el apegar el corazon à las cosas

de este mundo, y poner en ellas su confianza.

Solo vos, Dios mio, podeis dar à nuestras almas aquella permanente felicidad, y las dulzuras, sin mezcla de pesar, pues con vos las amarguras se truecan en dulzuras, y consuelo. Vos solo mereceis ser el unico objeto de nuestros deseos, de nuestra inclinacion, y de nuestro amor, porque solo vos sois capáz de llenar nuestro corazon, y de satisfacerlo. A qualquiera parte que vuelva los ojos, fuera, ò dentro de mi mismo, nada encuentro en que pueda descansar mi confianza perfecta: nada que pueda dar la paz interior à mi alma, y aquella dulce tranquilidad en que consiste la felicidad de mi vida. De la manera, que no pudiendo dormir en una larga noche, nos volvemos de un lado à otro; mudamos cien veces de lugar, y de postura, sin poder encontrar una que reconcilie el sueño que deseamos, y que huye quando pensamos tenerlo; y quando nos parece que lo reconciliamos otra vez, vuelve à ausentarse de nuevo: asimismo, Dios mio, fuera de vos, no encontramos sino inquietudes, penas, y aflicciones de espíritu.

Pero supongamos, amados hermanos mios, que las cosas del mundo, a que tenemos apegado el corazon, nos dén la satisfaccion que deseamos, y esperamos. Supongamos que nuestros gustos estén libres de penas, que nuestra alegria esté exenta de afanes, y que nuestra felicidad sea perfecta; pero por perfecta que ella sea, no está segura de las revoluciones, y trastornos de las cosas humanas. Todo quanto amamos en la tierra, no es estable, y de un momento à otro lo podemos perder: los parientes, los amigos, unos despues de otros desaparecen. Algunas no previstas circunstancias nos alejan, ò nos separan para siempre de aquellos, cuya amistad, y compañia eran nuestras delicias. ¿Qué consistencia tienen nuestra fortuna, los bienes, los talentos, y nuestro mismo espíritu? ¡Quántos accidentes, quántas desgracias, y desastres, nos arrebatan lo que mas estimabamos! y entonces qué afanes, qué trastornos no probamos quando perdemos aquello à que imprudentemente nos aficionamos, y apegamos el corazon!

¡No sucede asi con vos, Dios mio! Sois un tesoro que ninguna cosa es capáz de robarnoslo. Podrá despojarme el mundo de los bienes, quitarme la reputacion, arrancarme el alma; podrá alejarme de mis parientes, separarme de los amigos; pero jamás de vos, Dios mio; à qualquiera parte que vaya, qualquier desgracia que me suceda, en qualquiera estado que me vea, os encontraré en todas partes. ¡Quán bueno es el unirse con vos! Quán feliz es el que solo os ama, y solo en vos espera.

Pero demos caso que podias gozar pacíficamente en el mundo de quanto en él amais; que no podais temer ninguno de aquellos accidentes à que está sujeta esta miserable vida; y que no se os quitará lo que poseeis en la tierra, despues de todo esto, es cosa cierta que habeis de morir, y que la muerte os ha de separar de quanto amais. Esta separacion es infalible, no está tan lejos, y tal vez en breve vendrá el momento en que os veréis obligado à decir, como los demás: A Dios parientes, amigos, empleos; à Dios heredades, à Dios bienes, divertimientos, y gloria de este mundo. ¿A quién acudiréis en aquel momento? A quién alargaréis la mano, y pediréis socorro? No será sino Dios à quien podréis levantar los ojos, él sea vuestro unico refugio, y ultima esperanza.

Arrojaréis entonces suspiros al Cielo, y exclamaréis: Señor, Señor; ¿pero lo amaréis entonces? El amor que Dios pretende del hombre es un amor de eleccion, y de preferencia; ¿pero podréis decir que lo amais por eleccion, quando no os queda que elegir? Que lo preferis à todas las demás cosas, quando todas ellas, mal que os pese, os abandonarán? Qué es, pues, Dios mio, el amor de un Christiano, el qual, no habiendoos jamás amado en vida, acude á vos en la hora de la muerte, y dice con voz lánguida: Dios mio, os amo con todo el corazon? O Jesus, bien conoceis aquel corazon, penetrais sus sentimientos, y sabeis si verdaderamente os ama; y si le concedierais la salud, vida, y fuerzas, y lo que en el mundo amába, entonces se vería si las protestas de amor fueron sinceras. Pero vos, Dios mio, no podeis ser engañado, y por esto las apreciaréis segun son en si mismas.

Unamonos, pues, á él, amados hijos mios, mientras estamos à tiempo de darle pruebas de nuestro amor, prefiriendolo à quanto poseemos de mas apreciable en este mundo, de ma-

Universidad de Deusto
Biblioteca

manera que podamos decirle con toda ingenuidad del corazon, como el Apostol San Pedro: Señor, vos sabeis que os amo, y entre todas las cosas que me están al rededor, vos sois el unico objeto de mis afectos. Amo à mis parientes, à los amigos, à las riquezas que he recibido de vuestra bondad; pero os amo mas que todas estas cosas, ò por decirlo mejor, solo las amo en quanto tienen alguna relacion con vos, y si no pudiera conservarlas, sin perderos à vos, luego os haría un perfecto sacrificio de todas ellas. Amo los placeres inocentes que permitis à la flaqueza humana, pero no estoy apegado à ellos: los dejaría al momento, quando llegasen à ser para mí ocasion de pecar, y ofenderos. Señor, despojadme de quanto poséo, y de lo que mas estimo. Vos sois dueño, estaré contento, con tal que no os pierda à vos, Dios mio, vos seréis para mi todas las cosas, porque os amo mas que à todas ellas.

Estas son las verdaderas disposiciones, y el lenguage acostumbrado de una alma christiana que ama sinceramente à Dios, y está unida con él. Pero ah! que si se debe juzgar el amor de nuestras obras, ¿quién habrá entre nosotros, amados hermanos mios, que pueda hablar asi, sin que muestren lo contrario sus acciones? Demasiada verdad es que nuestro miserable corazon está lleno de mil aficiones que lo corrompen, y tiranizan, y no le dejan levantar hácia aquel Dios que debe ser el objeto de todos nuestros afectos. Romped, pues, ó Señor, romped todas estas ataduras, destruid en nosotros todas las aficiones terrenas, y llenadnos de vuestro amor, y de un amor, que no solo se manifieste por las palabras, y protestas inútiles, sino tambien con una fidelidad constante en la observancia de vuestros Mandamientos, con una atencion contínua, para evitar todo quanto os puede desagradar, y hacernos perder vuestra gracia. Abridnos los ojos, para que conozcamos la inconsistencia de las cosas de este mundo, el qual no puede ser nuestra estable permanencia, para que vivamos en él, sirviendonos como peregrinos, sin pararnos à buscar en él nuestra satisfaccion, sin poner en él nuestra confianza, no perdiendo jamás de vista el término de nuestra peregrinacion, al qual deben referirse todos nuestros

tros deseos: esto es, à vos, ò Dios mio, que habiendonos criado para vos solamente, no habeis permitido que encontrémos una perfecta felicidad en la tierra. Sed, pues, vos solo el objeto de nuestra vida, para que no salgamos de ella, sino para amaros eternamente en el Cielo. Asi sea.

SERMON

PARA EL DECIMOTERCIO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LA SOBERVIA.

Occurrerunt ei decem viri leprosi.
Le salieron al encuentro diez leprosos. *San Lucas cap.* 17. ℣. 12.

ENtre las diferentes pasiones que nos combaten, hay una, amados hermanos mios, mucho mas peligrosa, y con todo esto nos cuidamos poco de vencerla. Entre los muchos pecados que nos hacen reos delante de Dios, hay uno, que hoy pide un exâmen mas exâcto, pero nos descuidamos tanto de él, que casi lo olvidamos. Entre los defectos que los hombres se echan mútuamente à la cara, hay uno el mas abominable, que viendolo en otros, nos desagrada mucho; y aunque lo tengamos nosotros mismos, no tenemos ojos, segun parece, para verlo. La buena opinion, la estima, la vana complacencia, el amor ciego, y desarreglado que nos tenemos, à quien lo referirémos todo: Aquel soy *yo* que es casi siempre el objeto de nuestros pensamientos, deseos, y obras:

obras: el amor proprio, la sobervia son la lepra espiritual, que infecta todo el genero humano, de la misma manera que la lepra corporal corrompe toda la sangre, y difundiendose por todas las partes del cuerpo, las debilita, y desfigura. Esta será la reflexion que hoy harémos, amados Parroquianos mios, para vuestra instruccion, y mia. Veamos, pues, si esta maldita sobervia no es el mas universal, y mas peligroso de todos los vicios, aunque sea el mas ridiculo, y mas dificil de comprehender.

PRIMERA REFLEXION.

HE dicho que la sobervia es el vicio mas universal, no solo porque predomina en todos los estados, y porque hincha mas, ó menos el corazon de los hombres, y porque se encuentra igualmente en la choza del pobre, y bajo infelices paños, como en el palacio de grandes señores, y bajo vestidos magnificos; sino tambien es universal, porque este vicio es el padre de los demás, la fuente de todas las pasiones humanas, la raiz de todos nuestros pecados, y porque esparce por todas partes su veneno, hasta en las mismas virtudes, buenas obras, y acciones mas santas.

De la sobervia nace la ambicion, y la sed insaciable de las riquezas: ella forma al impio, y disoluto: ella enciende la cólera, excita la venganza, aguza la lengua de los murmuradores; es madre de la envidia, y de los pleytos; siembra la division, introduce la discordia, turba la paz de las familias, y no nos deja gozar de aquella paz interior, que solo puede hacer dulce nuestra vida, y sin la qual jamás podemos ser dichosos.

Quitad la sobervia, y veréis desaparecer del mundo las injusticias que cometen los hombres para levantarse los unos sobre los otros. Quitad la sobervia, y cesarán de contado las guerras entre los Príncipes, las riñas entre los particulares; no habrá mas envidiosos, porque todos estarán contentos con su estado: no habrá mas enemigos, porque todos los hombres serán justos, y caritativos. El pobre no se quejará del rico, éste no despreciará al pobre; el flaco no se levantará contra el

el fuerte, y éste no querrá oprimir à aquel. Echad la sobervia, y no veréis mas al espíritu de independencia, y de rebelion, que cada dia vá cobrando mayores fuerzas, que es la causa mas fatal de las mas horribles revoluciones, que nos amedrenta con las temibles desgracias que produce, excita, y fomenta en medio del Christianismo la raza de los impios que blasfeman de todo, la raza de los hereges, que todas las cosas turban, la raza de los licenciosos, que hacen burla de todo.

La sobervia es la que despuebla las provincias para mantener el luxo en la capital, la lascivia, y los demás vicios, que por consiguiente dimanan: ella es la que cundiendo como un mal contagioso, desde la capital en toda la provincia, lleva el mismo luxo à las mas pequeñas ciudades, y hasta en las mas pequeñas villas: en donde se vén mugeres de mediana tigera seguir las modas, y peynarse como las damas mas distinguidas: en donde se vén algunos que no son nobles, ni hidalgos, tratarse como Caballeros, privarse de lo necesario en lo interior de la casa para comprar vestidos, adornos de cabeza, y otros que no conocieron sus padres, y que no dicen con su estado, y su fortuna: en donde se vén otros cubiertos aun del polvo, que poco antes sacudieron, atentos à dár una brillante educacion à sus hijos, enviandolos à las ciudades grandes, en las quales solo aprenden una suficiente cortesanía, y costumbres corrompidas, cosas que ignorarian si los hubieran tenido sus padres en el estado en que los puso la providencia, trabajando la tierra, aprendiendo un oficio, ò exercitandolos en el de sus antepasados, sin otra escuela de afuera, sino es la del Catecismo, y la del Párroco; sin otra educacion que la del temor de Dios, de la honestidad, del amor al trabajo, y de una vida inocente. De esta suerte la sobervia trastorna todas las condiciones, desorden tanto mas de temerse, quanto trae infinitos otros, y concluye arruinandolo todo, y echandolo todo à tierra.

A la sobrevia se deben atribuir todos los pleytos ridículos sobre el derecho, el grado, la precedencia, no digo solo en las ciudades, y entre las personas de consideracion, lo que no sería de maravillar, sino hasta en los lugares en donde todos son iguales, y solo se diferencian en poco mas, poco menos

nos miserias, poco mas, ò menos haberes. ¡Habemos visto en pueblos de trecientos à quatrocientos vecinos, pequeñas guerras civiles, por querer aspirar à puestos que han querido llamar con el nombre de municipales, ò Alcaldes, y al derecho de oficiales municipales! Habemos visto mas de cien veces, mayor fuego, rencor, y discordia de la que se pudiera fomentar en las mayores ciudades del Reyno!

De la misma sobervia depende aquella amarga, è inquieta envidia que tanto conmueve à los habitantes de una misma Parroquia, los quales, en lugar de amarse mútuamente, y vivir como hermanos, los vemos al contrario levantarse los unos contra los otros, hablar, murmurar, infamarse, buscar medio para hacerse daño, envidiarse los bienes, y entristecerse, y gozandose del mal, mordiendose, y despedazandose los unos à los otros. La sobervia nos es principio de cólera, origen de las enemistades, y del espiritu de la venganza: ella es la que nos hace desfogar en injurias, y amenazas, en alabanzas de nosotros mismos, y invectivas contra los otros. ¡He de sufrir yo esto, y tolerarlo impunemente! un hombre como soy yo! una muger de tal carácter! De aqui dimanan las enemistades, los odios, los deseos de venganza, los sobervios la pretenden suya, y no dudan, por mas que Dios se la haya reservado à sí solo, usurpar sus derechos: quieren ellos sentarse en su Tribunal, igualarse à él, y llenos de orgullo, todo lo ponen por obra, con el fin de satisfacer sus proprios sentimientos, y odio.

¡Quàntas escusas, pretextos, y razones frivolas no alegais quando se trata de reconciliaros con vuestros enemigos, y de dár para ello algun paso! En estas ocasiones especialmente se deja conocer vuestra sobervia, y no podeis disimular la hinchazon del corazon. Cómo! dice, debo yo ser el primero! yo le he de prevenir! à él toca, y no à mi: y siempre sale à plaza aquel *yo*. Buen Dios, qué cosa es, pues, aquel *yo*, tan precioso à vuestros ojos, tan delicado, tan sensible, que apenas se puede tocar, sin que os deis por ofendido? Es un nada que se hincha, y el sentimiento sólo procede de la estima, y concepto que tenemos de nosotros mismos. ¿Pues qué no nos es permitido el hacernos hacer justicia? Sí pe-

pero no es lícito arrojar hiel por la boca, prorrumpir en injurias, y hacerse por sí mismo la justicia. Pero sois un sobervio, que os haceis todas las cosas lícitas quando os veis ofendido.

¿De dónde dimanan las discordias en las familias, y en las casas, el mal humor, los antojos, è impaciencias quotidianas, las falsas escusas, y traídas mal à proposito? Todas estas cosas no tienen otro principio sino la sobervia. Si hay señores austéros, y ásperos, criados indóciles, y mal contentos, maridos brutales, mugeres furiosas, hijos mal inclinados, padres demasiado rigidos, ò muy fáciles, echemos la culpa à la sobervia, la qual hace que cada uno obre segun su genio particular, segun su gusto, y modo de pensar. El que ama la paz, nada permite que se la interrumpa. Unos ansian honores, y pretenden que se les trate con distincion; los otros anhelan el dinero, y no piensan en otra cosa, y por necesaria consequëncia, cada uno contrasta con todo lo que se opone à sus gustos, à su amor, y à sus idéas; y lo que causa mayor lástima es, que en todo el tiempo que se emplea en buscar la propria satisfaccion, se cree que se busca el bien, la justicia, y la verdad.

De aqui proviene, que la sobervia, aunque se insinúa, y mezcla en todas las cosas, con todo, entre todos los vicios ella es la que menos echamos de vér en nosotros mismos. Sabe ella encubrirse bajo aparentes, y lindos colores, de lo que procede el darle nombre honorífico. A el furor de distinguirse, y levantarse entre los demás, se le dá el nombre de una noble emulacion. El dár muestas de sentimiento en todo lo que hiere al amor proprio, se llama pundonor. El hablar mal de todo lo que nos desagrada, se llama amor de la justicia, y del buen orden. Esto depende de que quisieramos que todo fuese bueno; y que cada uno fuese tal, qual debe ser, o bien que nos causa fastidio el vér que ciertas personas tengan tan poco juicio, y religion, ò se porten tan mal. Ah! Dios mio, ¡quántas veces esta miserable sobervia quiere tener parte en las acciones mas respetables, y mas santas! ¿Quién sabe si yo tambien en este momento, en el qual no pretendo otro que la gloria de Dios, y el bien de vuestras almas,

Universidad de Deusto
Biblioteca

me buſco à mí miſmo? Divino Salvador mio, creemos tener zelo, y tal vez todo ſerá ſobervia.

¡Maldita ſobervia, quán activo es tu veneno, y quán contagioſo! Vuelves negro lo que era blanco, y haces mortal lo que debia ſer ſaludable: mudas el bien en mal; las buenas obras en pecados: el hombre piadoſo en hypócrita; la luz en tinieblas: los Angeles en demonios. ¿Qué coſa hay mas agradable à Dios que la limoſna? Con todo, ſi ſe hace con arrogancia, baſta para deſmerecer la vida eterna, y hacernos culpables à los ojos de Dios. ¿Qué coſa mejor que la oracion, ayuno, freqüencia de Sacramentos, y todos los demás exercicios de la piedad chriſtiana? Haced que en todas ellas ſe inſinúe el veneno de la ſobervia, y luego ſe convierten en hypocreſías, profanacion, y ſacrilegios.

Aun quando la gloria de Dios, y la ſantificacion de nueſtras almas, ſon el único objeto que nos mueven à obrar bien, y exercitar las virtudes, viene fuera de tiempo la ſobervia à emponzoñar las obras buenas; y deſpues de hechas, las devóra, y traga, haciendonos perder el fruto de ellas. Figuraos un hombre que haya llevado la vida mas chriſtiana, y ſanta: ſi en la hora de la muerte, cercano yá à preſentarſe al tribunal de Dios, le inſpira el demonio un penſamiento de ſobervia, en que ſe complazca, conſienta, y dexe de ſer humilde, y de parecer deſpreciable à ſus ojos, baſta él ſolo para hacer perder en un inſtante aquel teſoro de merecimientos que habia adquirido en treinta, ò quarenta años de una vida angelical. Perecieron ſus oraciones, ayunos, limoſnas, mortificaciones, y ſu larga penitencia.

Tal es la naturaleza, tales ſon los efectos de la ſobervia, y los infinitos males que cauſa en las almas de los hombres juſtos. ¿Quién, pues, no eſtará ſobre sí, y ſe procurará guardar de ſus artificios? El miſmo Eſpíritu Santo dijo en dos palabras lo miſmo que haſta aqui hemos dicho. Leereis en el Eccleſiaſtés, que la ſobervia es el principio, y primera raiz de los pecados: *Initium omnis peccati ſuperbia.* (cap. 10.) Guardate, decia el ſanto viejo Tobías à ſu hijo, guardate, hijo mio, de que la ſobervia jamás predomine tus penſamientos, ò palabras; porque la ſobervia es cauſa de la perdicion de todos los hombres, y de todas las deſgracias que nos afligen: *In ipſa enim initium ſumpſit omnis perditio.* (c. 4.)

Pero finalmente, ¿de dónde puede proceder eſta ſobervia? En qué fundamos aquel amor deſordenado, aquella vana complacencia de que eſtamos llenos? El mas comun de todos los vicios no es al miſmo tiempo el mas eſtraño, y el mas peligroſo?

SEGUNDA REFLEXION.

Miremonos de pies à cabeza, entremos en nueſtro corazon, volvamos la viſta à lo que nos rodea, y decidme por vueſtra vida qué ſomos, qué tenemos que pueda fomentar la ſobervia: el nacimiento, la dignidad, las riquezas, el ingenio, la ciencia, los talentos, las miſmas virtudes, ninguna coſa contienen en sí, ſi bien las conſideramos, que pueda hinchar el corazon de un hombre, que pienſa, y que no deba antes humillarle, y confundirle.

Podria decir à aquellos que ſe enſobervecen de ſu nacimiento, que el principio, y fin de todos los hombres es la coſa mas vergonzoſa que haya en el mundo, y la mas apta para humillarnos. Deſpues de haber eſtado encerrados nueve meſes en el útero materno, ſalimos gimiendo, y llorando; y deſpues de haber paſado en la tierra una vida en una ſola enfermedad de penas, de toda eſpecie de miſerias, bajamos à la ſepultura, como para eſcondernos à los ojos de los demás hombres, à quienes cauſamos horror, deſpues de haber eſpirado. Alli eſte miſerable cuerpo, mitad de noſotros miſmos, y comunmente la mitad mas atendida en vida; eſte cuerpo, digo, no es mas que un compueſto de carne, y hueſo, que ſe corrompe, ſeca, y ſe reduce finalmente à un puñado de polvo. Alli, como tambien en el útero materno, nada tienen los grandes, que les diſtinga de los plebeyos; y los epitafios que adornan ſus ſepulcros, por magníficos que ſean, dán ſolo à entender, que deſnudos ſalieron del vientre de la madre, y que han entrado deſnudos en el ſepulcro.

Podria decir, hijo mio, que ſi eſcudriñaſemos el origen de la familia, cuya antigüedad, diſtincion, y nobleza tanto oſten-

ostentais, y aun sin ir tan arriba, veriamos que venis de padres los mas plebeyos; y si quisieramos ahondar algo mas, os sacariamos cosas à la cara, que os harian avergonzar, y salir los colores. Podria deciros finalmente, que no estando en la mano de los hombres el escogerse padres, el nacimiento mas ilustre nada tiene en sí mismo que pueda llenaros de vanidad; porque no puede ser fruto de ningun mérito. Pero dexemos aparte todas estas reflexiones, voy à hacer una sola mas.

Quanto mas distinguida es vuestra familia, tanto mas obligados estais por conciencia, y por el honor que debeis à Dios, y à los hombres, de distinguiros con las virtudes, y con una vida por todos lados irreprehensible; porque si vuestro modo de vivir es indigno del nombre que llevais, y de la educacion que habeis tenido, vuestro nacimiento solo os sirve entonces para haceros mas despreciable. Exâminad, pues, y ved, no sea cosa que en lugar de fomentar la sobervia, os sea motivo de vergüenza, y humillacion.

¿Acaso, porque os distinguis entre los demás, les habeis de dár malos exemplos? Malos exemplos, tanto mas contagiosos, quanto mas distinguidos sois en la Parroquia. ¿Acaso, porque os levantais entre los del pueblo por nobleza, no se han de observar en vuestra casa los ayunos, las Témporas, la Quaresma; no habeis de cumplir con la Pascua, dispensandoos francamente de las obligaciones mas sagradas del Christianismo? Acaso, porque sois mas noble que los demás, no os habeis de avergonzar de ser un fornicador, un adúltero, manteniendo un trato infame à vista de la Parroquia, y el ser el autor de la disolucion, de la irreligion, que son las ordinarias consequëncia? Os ensoberveceis de vuestro nacimiento; pero si lo observamos con vuestras costumbres, ¿no os será el colmo de la ignominia? Y aunque no os perteneciese quanto hasta aqui llevo dicho, ¿no habeis leído, ù oído lo que dice el Ecclesiast. (3.) que los mayores deben ser los mas humildes, (Matth. 20.) y que solo aquel merece ser levantado, que se abate, y humilla mas que los otros?

Mi puesto, mi empleo, mis derechos, ¿qué significa todo esto? Quiere decir, que sois el criado, y el esclavo del público; que estais expuesto à disgustar à muchos, y à cometer mil injus-

justicias. Todos los puestos, y empleos, desde el mayor al mas ínfimo, solo son un peso que abruma las espaldas del que lo obtiene. Digo que son otras tantas cargas, no solo por motivo del tiempo, de los cuidados, de las penas, de los disgustos que consigo llevan, y de las mortificaciones, y malos ratos que nos dán, sino tambien por la cuenta que hemos de dár à un Dios sumamente justo, el qual juzgará, no segun las ideas, y errónea conciencia que se forjan la mayor parte de las personas constituidas en dignidad, sino segun las reglas infalibles de su justicia, y de la verdad.

Quántos hay, à quienes se podria decir: el cargo que obteneis no es de ningun modo fruto de vuestro mérito; lo habeis conseguido à fuerza de regalos, de instancias, de enredos, y vilezas. No teneis bastantes prendas para cumplir con las obligaciones que consigo lleva. Sería menester que no te faltáran las luces que te faltan, la prudencia que jamás habeis tenido, una constancia de que sois incapáz. Era menester que amáseis mas el trabajo; en lugar de daros à los divertimientos, atender al bien del público, y no à los intereses particulares solamente, que se os llevan todo el dia. Sería menester tener tanto zelo, que baste para hacer frente à la injusticia, ò à lo menos para que no la hicieseis. Pero vos sois una de aquellas almas viles que sacrifican las demás cosas à su proprio interés, y ambicion. Hay infinitas cosas que solo vos debriais hacerlas, pero las confiais à otros: jamás se os vé donde os llama la obligacion, antes bien os vén de continuo en aquellos lugares en donde jamás habiais de comparecer. Aquellos que hacen vuestras veces no lo hacen bien, como vos lo hariais: pero ellos hacen el mal, que debierais impedir. Un hombre solo no puede cumplir con todo; pero debe velar sobre todo, pues de todo ha de dár estrecha cuenta.

¡Y qué cuenta, santo Dios! ¿Quánto nos lamentariamos de nosotros mismos, quántos vacíos no hubieramos de llenar, si quisiesemos tomarnos cuenta à nosotros mismos? Pero nos echamos tierra à los ojos, seguimos, y nos dejamos llevar del torrente, y solo se vén de lejos las reglas antiguas, las quales se ván olvidando poco à poco, se llega à no entenderlas, y nos persuadimos finalmente, que se ha de hacer solamente lo que ha-

hacemos; qué no hemos de ser otros de los que somos, aun quando no hacemos nada de lo que debemos, y que no somos los que deberiamos ser.

Aquellas mismas personas que parecen mas cuidadosas, y mas exâctas en el cumplimiento de las obligaciones de su empleo, ¿quántas faltas no cometen, y quál es el hombre que pueda vanagloriarse de ser irreprehensible delante de Dios acerca de las obligaciones de su cargo? No hay un solo Juez, Syndico, ni Alcade de lugar alguno, que à los extremos de su vida no pueda lamentarse de sí, por no haber cumplido exâctamente con las obligaciones de su empleo. ¿Qué será, pues, de aquellos que obtienen los puestos mas importantes? Juzgad vosotros mismos, y decidme despues si hay motivo para ensobervecerse, ò bien de temblar, y por consiguiente de humillarse qualquiera hombre que piense. Teneis derechos, y privilegios, es verdad: pero todos aquellos privilegios, habiendo sido en su origen premio de la virtud, solo pueden llenaros de confusion, si no teneis el mérito de aquellos à quienes se concedieron los tales derechos, pues sin él, solo os sirven de confusion. Con esto, por honorífico que sea vuestro empleo, por qualquiera parte que lo considereis, no encontrareis cosa alguna que no baste para humillaros, especialmente si haceis reflexion à las palabras del Fspiritu Santo, que dice que los mas crueles tormentos de la otra vida se reservan para aquellos que han sido los mas poderosos en ésta. Segun esto, la sobervia es la cosa mas ridicula del mundo en un hombre puesto en dignidad; no lo es menos en aquellos que se glorían de sus riquezas.

No hay cosa que provoque tanto à vómito como lo que vemos todo el dia sobre este proposito. Gentes, cuyos padres trabajaban à jornal para ganarse el pan; gentes, que en su juventud exercitaron los oficios mas bajos; gentes, cuyos parientes mas cercanos gimen aun hoy en dia bajo el peso de la miseria, llegan à ser de poco tiempo à esta parte los mas bien acomodados, y ricos de la ciudad: ¿es esto lo que mueve el estómago? No: pero si lo es, el que ricas yá, no se conocen, y se olvidan de sí mismas; de tal suerte, que afectan un ayre señoril, y de distincion de no reconocer à sus parientes, el querer escoger en la Iglesia, y otras partes, los lugares mas señalados, el vestir, vivir, y alhajar la casa como los mas honestos, y nobles; el no querer llamar à sus hijos con el nombre que recibieron en el bautismo; de inspirarles la sobervia, de que ellos están llenos; y finalmente, el ponerles en la cabeza, que por ser ricos, pueden ir como los demás: como si el mudar fortuna, saliendo de la miseria, ennobleciese el nacimiento, y como si mudando habito, se mudáse tambien el nombre. ¡Buen Dios, qué trastorno de cosas es este, qué horrible desorden, querer ser por fuerza lo que no somos, y no querer comparecer lo que somos, y esto solo porque tenemos casa, haciendas, oro, y plata, como si añadiesen, ò quitasen las riquezas algun tanto al que las posee!

¿Pero no veis que vuestra sobervia, en lugar de borrar de la memoria de vuestros iguales lo que antes erais, sirve antes para renovarsela, y dá motivo à mil murmuraciones, aunque, por desgracia vuestra, demasiado verdaderas? Se dice, que si no hubierais sido tan ambiciosos, no os hubierais enriquecido tan presto. Se cuenta todas vuestras injusticias, las usuras, las vilezas, y tal vez vuestros embustes. Se murmura que habeis atropellado à la tal viuda; que habeis despojado à aquellos pobres huerfanos; que si se quisieran exâminar bien los medios que habeis tomado para enriqueceros, se descubriria que la mayor parte de lo que poseeis es mal ganada, y que debriais avergonzaros antes que ensoberveceros.

Ah! si quereis hacer reflexion al modo con que habeis adquirido las riquezas, ¿quán vergonzoso os pareciera, si lo mirarais con los ojos de la religion? Yo estoy bien acomodado, soy rico, es verdad: ¿pero quién sabe si la mejor porcion de lo mio, no sea fruto de injusticias, y de los hurtos de mis antepasados, y que tal vez estarán en el infierno por haber querido amontonar? Yo no he acumulado tanto; pero si hubiese de comparecer ante el Tribunal de Dios, ¿quánto no me remorderia la conciencia sabedora de lo mal ganado? Todas las veces que he comprado, ò vendido, he observado con escrúpulo las reglas del Evangelio, las leyes del estado, y las luces de la conciencia? Soy rico; pero es un artículo de fé que Dios me pedirá cuenta del uso que he hecho. Quanto mas rico soy, la cuen-

cuenta será mas terrible. Por otra parte me asegura Jesu-Christo ser cosa muy difícil, y casi imposible, que entren en el Cielo los ricos: ¿puede haber cosa mas terrible? ¡y querran ensobrevecerse los ricos! Llorad, y suspirad profundamente, dice el Apostol Santiago, por las aflicciones que os amenazan, y que habeis de sufrir. En el juntar riquezas habeis solo acumulado sobre vuestra cabeza un tesoro de cólera, que rebentará en los últimos dias de vuestra vida. ¿Puede ser éste un gran motivo de vanagloria, y sobervia?

¿Pero os hinchais, creyendo ser hombres de ingenio, ciencia, y talentos? Santo Dios! ¿qué viene à ser el ingenio, segun el modo comun de hablar del mundo? Segun algunos, solo es un talento desgraciado, que divierte una compañia à costa del proximo, burlarse de él, murmurarlo, morderlo, despedazarlo, para tener alegre el corrillo, ò bien de decir donayres, y gracias sobre materias vergonzosas; de representar à la mente de mil modos los objetos mas obscenos; de derramar el veneno que en sí fomentan, y de emponzoñar el corazon de aquellos que imprudentes les dán oidos.

Segun otros, consiste en hacer ridículo lo mas santo, y respetable; de sacar à plaza quanto han leido en aquellos libros que por todas partes salen en abundancia, y en quien estos bellos ingenios hacen gala de juntar las cosas mas absurdas, y extravagantes que han visto esparcidas acá, y allá, como si nuestro siglo fuese el lugar mas inmundo, donde ván à juntarse todas las inmundicias de los otros.

Este ingenio es el talento de hacer fortuna, de abrirse camino con mil vilezas, injusticias, y engaños; con saber hacer qualquier papel en el theatro del mundo; con tomar mil formas diversas, acomodadas al tiempo; el adaptarse, y hacerse à todo, al genio, à las costumbres, à qualquier deseo, à todos los caprichos, y hasta las extravagancias de aquellas personas, cuya gracia pretenden conseguir, ò cuya autoridad temen, pudiendo contribuir, ò impedir lo que llamamos creces, y fortuna. Si las tales personas son disolutas, se acomodan à sus desembolturas, haciendose ministros infames de sus deleytes: si son impias, ellos tambien declaman contra la religion: si son pias, se hacen ellos hypócritas: si zelosas del bien, hacen ellos obras

obras heroycas: si son relaxadas, no dudan en sacrificar sus obligaciones, y alma, para condescender con el genio de aquellas.

Un hombre honesto, que siguiendo en todas cosas las luces de su conciencia, solo se gobierna por reglas del Evangelio; que conservando siempre un mismo fondo de Religion, es el mismo hoy que ayer, y creeria deshonrarse delante de Dios, y de los hombres, si fuese hoy, diferente del de ayer; que sacrifica su reposo, y fortuna à su proprio honor, y al de su Dios; este es un hombre, de quien dice el mundo, que no tiene talento, ni ingenio.

Un joven juicioso, que no se abandona al libertinage, el qual, lejos de admirar las estravagancias de nuestros pretendidos Filósofos, y de perder el tiempo en la leyenda de estos recopiladores de mentiras, è insipidas estravagancias, solo habla con desprecio de ellos, porque alaba, y ama solamente lo verdadero, lo bueno, util, y honesto; tampoco este joven no tiene ingenio, y talento.

Una muger Christiana, la qual se emplea en las cosas domésticas, y no busca sino el agradar à su marido; que pone toda su complacencia en bien educar à sus hijos, y cuidar de la familia; que lee solo el Evangelio, ò el Kempis, y dice sus oraciones, esta no es muger de talento. En una palabra, el hombre de ingenio debe ser murmurador, ambicioso, mentiroso, hypócrita, desembuelto, è impio: estas son las prendas de los tales. El hombre recto, sencillo, inocente, caritativo, no lo tiene. Juzgad ahora, amados oyentes mios, si trae cuenta el ser hombre de talento, y si puede hacerse un elogio mas ridículo à alguno, como quando se le dice que es hombre de talento; pero en esto el demonio nos aventaja à todos.

Hay con todo otra especie de talento bueno, el qual sabe discernir, y distinguir lo verdadero de lo falso, y el bien del mal, juzgando de todo, segun los principios de una recta razon, y luces del Evangelio. Un talento que resiste à la torrente de las costumbres, y del mal exemplo que doma las pasiones, es enemigo del vicio, atiende solo al estúdio de la sabiduria, y à la práctica de las virtudes. Todo lo sacrifica por la justicia, y verdad, y se sacrificaría antes à sí mismo, que

abandonar dichas virtudes, y hacer traicion à su conciencia. Un espíritu de temor, y sobrio, que conociendo los terminos prescritos, los respeta, y no los traspasa, que penetrado de vér los estravíos monstruosos que comete el bello espíritu de nuestro siglo, y sus Filósofos, sábiamente se fortalece en la sencilléz de la fé, como en un asylo, fuera del qual, no hay seguridad alguna; fuera del qual nada se puede esperar, ni ganar; y solo se puede temer, y perder todo. Un espíritu de modestia, y circunspeccion, que no se deja predominar de la ambicion, se contenta con poco, modéra, y reprime sus deseos; y no perdiendo jamás de vista la casa de su eternidad, no dejandose engañar de la figura transitoria del mundo, ama sobre todas las cosas el Sér supremo, y eterno.

Ved aqui, amados hermanos mios, lo que no solamente, segun el lenguage de la Religion, sino tambien de la razon, y buen sentir, se llama tener espíritu. Qualquiera que gana el Paraíso, salvando su alma, es ciertamente hombre de espíritu. El que la pierde, y se condena, es un insensato. El que tiene talento, ò espíritu para perderse à si, y à los otros tambien, tiene un espíritu como el de los demonios; y el jactarse de tal talento, es lo sumo de la locura, y ceguedad.

Porque; à qué se reducen las luces del ingenio humano? Qué sabemos despues de haber empleado nuestra vida en un continuo estúdio, y trabajo? Sabemos que hay infinitas cosas que no entendemos, ni las entienden los ingenios mas claros. Quanto mas sabemos, tanto mas quedamos convencidos de nuestra ignorancia, conociendo que es nada lo que sabemos, y aun menos en comparacion de lo que ignoramos: de manera, que la ciencia mas sublime, en lugar de hincharnos el corazon, solo sirve à reprimir nuestra sobervia.

Si pudiera el hombre gloriarse con razon de alguna cosa, habia de ser de sus virtudes, y obras buenas, pues éstas han de abrir el paso à su estimacion. Pero no, aun éstas le son motivo para humillarse. Es virtuoso, pero para serlo, ha habido de hacerse larga violencia à sí mismo; sus buenas qualidades están mezcladas con imperfecciones, y el bien mismo, que por

por medio de la gracia obramos, pasando por nuestras manos, pierde de su valor. En suma, quanto bueno tenemos, de Dios viene, y todo lo malo procede de nuestro corazon, que es un abysmo de miserias. ¿Qué cosa teneis que no la hayais recibido, dice el Apostol, y si la habeis recibido, cómo podeis gloriaros?

A qualquiera parte que volvamos los ojos, no solo no encontrarémos cosa que nos pueda ensobervecer, sino que veremos que todo nos debe humillar. El nacimiento, los empleos, las riquezas, la ciencia, el ingenio, las virtudes mismas, y obras buenas, todo nos hace vér nuestra flaqueza, ignorancia, imperfecciones, miserias, y nuestra nada. Todo nos está diciendo que nada tenemos que sea nuestro, que nada podemos, y que somos infinitamente peores de lo que debiamos ser.

Y si encontramos motivos de humillacion en las mismas cosas que fomentan nuestra sobervia, ¿qué será, amados hermanos mios, si damos una ojeada al fondo inexâusto de corrupcion que tenemos en el corazon todos los hombres, si hacemos reflexion à la muchedumbre de las inclinaciones viciosas, que arrastran à algunos à los mas vergonzosos desordenes, y son motivo à otros de tanta resistencia, y violencia à sí mismos; à las inumerables maldades que han producido todos los años, y dias de nuestra vida? Hemos sido concebidos en pecado, solo tenemos de nosotros la mentira, y el pecado; y si despues de todas estas cosas se ensobervece el hombre, ¿quién podrá negar que la sobervia es el mas estraño, y ridículo de los vicios?

Gran Dios! ante quien todas las criaturas son, como si jamás hubieran sido; que aborreceis, y detestais à los sobervios; que maldecis, y os complaceis de humillar al que se atreve gloriarse, y ensobervecerse en vuestra presencia! hasta quando nos ha de engañar nuestro amor proprio, haciendonos creer que valemos algo, siendo asi que nada somos? Quándo llegarémos à vér en el Christianismo, que la sola nobleza, los solos títulos, y distincion de que pueda gloriarse un Christiano, es el haber sido admitido por hijo de Dios en el Bautismo, y coheredero de Jesu-Christo; que todas

Universidad de Deusto
Biblioteca

las riquezas del mundo, sin vuestro amor, son solo una mera pobreza, y una grave necesidad; que la verdadera sabiduria consiste en conocernos à nosotros mismos; que la verdadera gloria es el seguiros, y el verdadero ingenio, el de corresponder à vuestra gracia?

Buen Jesus, que os habeis anonadado bajo nuestra enferma naturaleza, para curar nuestra sobervia, y resarcir las funestas consequèncias, imprimid en nosotros la imagen de vuestra humillacion, y de los oprobrios de que habeis querido saciaros. Haced que el pensamiento de aquella profunda humildad, de que habeis sido un perfecto modèlo, y que tanto habeis recomendado à vuestros discípulos, sea el remedio, y el antídoto de nuestra sobervia, fuente de todas nuestras miserias. Purificadnos, Señor, de esta lepra contagiosa; haced que se disipen con ella la vana delicadeza, los excesos de ira, las disputas, los resentimientos, la altaneria, la indocilidad, las quejas, la ambicion, la envìdia, en suma todos los vìcios, todas las imperfecciones que desfiguran nuestra alma, que turban la paz, nos alejan de vos, y nos pierden.

Haced que refiramos à la gloria de Dios, y vuestra, todas nuestras cosas, pensamientos, y deseos, y jamás lo atribuyamos à la nuestra. Que no nos llenen las alabanzas de los hombres, y que no nos turben las humillaciones; que las cosas prósperas no hinchen nuestro corazon, y las adversidades nos hagan mas sumisos à vuestra mano omnipotente. Que no olvidemos jamás, divino Salvador, vuestras palabras, que para seguiros, es preciso negarse à si mismo; y que siendo estrecho el camino del Cielo, es preciso humillarse, y llegar à hacerse niños para entrar en él, que es menester humillarse à vuestro exemplo en la tierra, para ser ensalzado en el Cielo, è imitaros en vuestras humillaciones, para tener parte en vuestra gloria. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL DECIMOQUARTO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE EL SERVIR A DIOS.

Quærite primum Regnum Dei, & justitiam ejus.
Buscad en primer lugar el Reyno de Dios y su justicia. *San Matheo cap. 6. ℣. 23.*

EL mas sério, è indispensable, ò por mejor decir, el unico negocio que tenemos en este mundo, es el merecer con nuestras obras la corona de justicia que tiene Dios aparejada para los que le habrán fielmente servido en la tierra, y por consiguiente nos hemos de emplear todos en el servicio de Dios, como el unico medio que nos pueda llevar à la vida eterna. Vosotros lo sabeis, amados Parroquianos mios, lo decis, lo repiten vuestros hijos, y hasta los mayores pecadores lo confiesan, que es preciso anteponer à todas las demás cosas el Reyno de los Cielos, y salvar el alma. ¿Pero de dónde procede que vemos tan pocos Christianos buscar este Reyno, y esta justicia, viviendo piamente en Jesu-Christo, y siguiendo las máximas del Evangelio? Si mal no me engaño, proviene esto del modo como miran la mayor parte de los Christianos el servicio de Dios, representandoselo duro, y desagradable, aunque el mismo Jesu-Christo nos asegure que su yugo es suave, y su carga ligera, y que

en

en ella encontrarémos el repoſo de nueſtras almas. Exâminemos de mas cerca, y veamos qual de dos lleve la vida mas incómoda, ſi el que cumple con las obligaciones del Chriſtianiſmo, ò el que las abandona para ſeguir ſus paſiones, y vivir à ſu antojo.

PRIMERA REFLEXION.

VAmos, pues, hijos mios, à exâminar la coſa como es en sí, y aprendamos de una vez à no figurarnos un monſtruo de la piedad, pueſto que en lugar de tener en sí alguna coſa temible, gana los corazones, los atrae à sí, y los enamora.

Si os dixeſe, que conſagrandoos al ſervicio de Dios, eſtariais obligados à abandonar todas las coſas que poſeeis, y amais, el mundo, vueſtro eſtado, la fortuna, los amigos, la familia, los divertimientos, todos los guſtos poſibles, y honeſtos de eſte mundo, para no tener otro comercio que con Dios; rezar deſde la mañana haſta la noche, penſar ſolo en él, y paſar el reſto de vueſtra vida en un deſierto, y en penitencia, tendriais motivo para aſuſtaros. Y con todo, ſi todo eſto fueſe neceſario para ſalvar vueſtra alma, debriais hacerlo: porque ¿qué coſa es todo el mundo comparado con nueſtra alma? Y ſi llegamos à perder éſta, con qué podriamos redimirla?

Pero no ſe pretende tanto. El ſervicio de Dios nada tiene que no pueda acomodarſe à vueſtro eſtado, à ſu adelantamiento, à la fortuna, aun à vueſtros placeres, con tal que ſean juſtos, y honeſtos. Exercitad vueſtra profeſion, atended à vueſtros negocios, aumentad vueſtros bienes, poned en buen eſtado à vueſtra familia, amad à vueſtros parientes, vivid con los amigos, cumplid con vueſtras obligaciones, dad ſu tiempo à los exercicios del cuerpo, y recréo del alma: el Evangelio no prohibe los divertimientos, con tal que ſean, ſegun la recta razon: prohibe ſolo los exceſos, los que debriais abandonar por voſotros miſmos, pues dañan à vueſtro buen ſer, à la ſalud, à la paz, y à la fortuna.

¿Qué mudanza hará, pues, en voſotros la piedad, y en vueſtras coſtumbres? Os hará mas atentos, y cuidadoſos à las obli-

obligaciones de vueſtro eſtado, mas humanos, mas dulces, y mas afables con todos, mas ſobrios en el comer, y beber; mas mirados en el hablar, mas moderados, y diſcretos en la eleccion de los divertimientos, mas avaros del tiempo, mas diligentes en emplearlo bien, menos ſenſibles à la adverſidad de la fortuna, mas ſufridos en las aflicciones: quiere decir en ſuma, que ſirviendo à Dios, os haréis mas dignos de eſtima, eſtaréis mas quietos, y por conſiguiente ſeréis mas felices. En lugar de obrar por ambicion, ò vanagloria, trabajaréis con la mira del bien público, con eſpiritu de caridad, y de ſumiſion, por obedecer à Dios, que os ha condenado à la fatiga. En lugar de hacer limoſna, y favorecer al proximo, por compaſion meramente humana, la daréis por agradar à Jeſu-Chriſto, y por ſu amor. En una palabra, ſantificaréis todas vueſtras acciones, y ſin mudarlas, con tal que no ſean malas, haréis de ellas otras tantas buenas obras, refiriendolas à gloria de Dios. ¿Qué encontrais haſta aqui que os deſagrade, y aparte de la piedad?

? Acaſo ſerian los exercicios exteriores de la Religion? Las oraciones, el Oficio Divino, la abſtinencia, los ayunos de la Igleſia, y la freqüencia de Sacramentos? Pero qué hay en todo eſto que pueda alejar à un hombre honeſto del ſervicio de Dios? Sabeis que él os ha criado, y os conſerva; que nada podeis hacer ſin él; que os ha dado todo lo que poſeeis, y os ha hecho lo que ſois? Los ſentimienios de la naturaleza, fuera de los de la Religion, no os inſpiran, è inducen por sí à rendir al Sér ſupremo el omenage de vueſtras adoraciones, de vueſtro agradecimiento, y amor? Un hijo bien nacido, quánto cuidado pone en dár à ſu padre aquellas demonſtraciones exteriores de ternura, y reſpeto, eſpecialmente ſi encuentra en la perſona de ſu padre todo quanto ſe puede deſear de mas intereſante, y de mas amable?

¿No ſois puntuales en dár à vueſtros amigos mueſtras de afecto, y amiſtad? No les teneis atencion, y les procurais complacer? No reſpetais, y eſtimais à vueſtros ſuperiores, y procurais lograr ſu gracia? No cumplis corteſmente con todos los hombres? Pues qué, hijos mios, aquel

Dios

Dios, que es al mismo tiempo vuestro Señor, vuestro Rey, vuestro mayor amigo, vuestro todo, será él solo à quien no quereis dár alguna demostracion exterior del reconocimiento que le debeis por tantos títulos! y reputaréis por carga incómoda, penosa, y enfadosa, el postraros à sus pies por la mañana, para darle gracias de haberos conservado aquella noche, y suplicarle que eche sobre vosotros nuevas bendiciones en aquel dia? El hacer lo mismo à la noche, suplicandole que no permita que os sorprenda la muerte mientras dormis?

¿Reputaréis por cosa vergonzosa, incómoda, è insufrible, el dedicar un dia de cada semana al servicio de aquel Dios, de quien dependen todos los dias? ò bien el confesaros de quando en quando, para recibir con la absolucion de vuestros pecados la paz de vuestro corazon, y la alegria de vuestra alma? Bien lejos de ser, como se dice, la confesion una cosa dura, es al contrario, como lo confiesan todos los verdaderos penitentes, el mayor consuelo para los pecadores de quantos hay en nuestra santa Religion.

¿En qué encontrais, pues, penoso el servicio de Dios? Son acaso los ayunos, que manda la Iglesia, que os asustan? Pero la Iglesia no obliga à ellos à sus hijos quando tuviesen algun motivo legitimo para no hacerlos. Y es tal su indulgencia, y bondad sobre este punto en el dia de hoy, que no puede ser mayor. Por otra parte, ¿quántas veces sucede que nosotros mismos nos condenamos à la abstinencia, y ayunos mucho mas rigorosos que los de la Iglesia, para recobrar, y conservar la salud?

No, Dios mio, no es esto lo que hace dura la Religion. Si fuese posible unir à vuestro servicio el del demonio; la ambicion con la humildad christiana; la avaricia con el espiritu de generosidad; la corrupcion de las costumbres con la santidad de vuestras leyes; esto es, la luz con las tinieblas, el paraiso con el infierno; si permitierais el ódio, la venganza, la fornicacion, los adulterios, y todos los deleytes vergonzosos de la carne, ninguno reusaria el creer en vos, y el serviros; la libertad de conciencia, y la ambicion no harian impios. Pero para serviros es preciso hacerse violencia à sí mismo, y se quisiera,

siera, por el contrario, vivir con libertad; vos nos mandais que nos humillemos, y nosotros queremos ensalzarnos; vos nos mandais que perdonemos, y nosotros queremos vengarnos; vos pretendeis que sea casto el Christiano, y él quiere ser impuro: ved aqui lo que os asusta, lo que os sabe mal, y os parece impracticable.

¿Impracticable? ¡Buen Dios! ?Acaso, no hay Christianos en el dia de hoy, los quales, no contentos con cumplir exâctamente con las obligaciones que tenemos todos los hombres, pasan mas allá de quanto se nos manda generalmente, y voluntariamente, y con alegria se sujetan à quanto el Evangelio nos aconseja de mas perfecto? No vemos entre los Santos personas de todo sexo, de toda edad, de qualquiera complexion, las quales, sin salir del mundo, exercitan todas las virtudes christianas, y encuentran su felicidad en el servicio de Dios? Preciso es, pues, que el yugo de Jesu-Christo no sea tan pesado, ni tan desagradable como muchos piensan, puesto es tan dulce para los que se fomenten à él, y solo se lamentan los que no lo prueban. No hay duda que para saber si es cosa dura el servir à un Señor, es preciso haberlo servido, ò bien preguntarlo al que lo ha experimentado. Ahora, pues, de todos quantos han renunciado al mundo, y à sus proprias pasiones, para darse à los exercicios de piedad, y llevar una vida christiana, no habrá uno solo que no os diga con David, que vale mas un dia pasado en la Casa de Dios, que quantos podemos pasar con los pecadores; y con San Agustin, (1. Confes.) que la privacion de los deleytes, en que ponia él su propria felicidad, es mil veces mas dulce, que todos los mismo deleytes juntos.

Podria, pues, deciros, hijos mios, que vuestro modo de pensar acerca del servicio de Dios, es el mas errado que se pueda tener; que os asemejais à aquellos Israëlitas que se imaginaban la tierra prometida, como un pais inaccesible, è inhabitable: *Es una tierra*, decian, *que traga à sus habitadores*; (Num. 13. 33.) *está llena, no de hombres, sino de horribles Gigantes; somos muy flacos para hacerles resistencia; jamás llegarémos à vencerlos.* Podria añadir, que lo que parece árduo à nuestra flaca naturaleza, se hace no solo posible, sino facil, y gustoso con el auxilio de la gracia. Pero dexemos aparte todas

Universidad de Deusto
Biblioteca

estas reflexiones, pregunto solamente; ¿si no cuesta nada al pecador el satisfacer sus proprias pasiones, ò si bien mirado, su vida no sea mas penosa, y dura, de la que lleva un hombre que exercita las virtudes, y las ama?

SEGUNDA REFLEXION.

¿QUién quisiera seguir el moral, si mandáse al hombre de acongojarse para ganar el Cielo, y sufrir quanto sufre para satisfacer à su concupiscencia? Quién se daria à servir à Dios, si hubiese de padecer tantas mortificaciones, penas, y dolores, quantas es preciso que sufran los que se dejan devorar de la ambicion, y padecen sed de las riquezas, atormentados del deseo de la venganza, y arrastrados de los gustos del libertinage?

¿A quàntas penas de alma, y cuerpo no se expone el ambicioso que busca honra, y gloria en el mundo? Le interrumpen el sueño mil proyectos, succediendose unos à otros; deseoso de proteccion, hacer un enfadoso cortejo à personas dignas de desprecio; deberse deshacer en mil demostraciones de afecto, y de benevolencia con los que aborreceria, si no temiese su enemistad; en suma, ¿quánta cautela no ha de poner, qué de violencia no ha de hacerse à sí mismo? quántas fastidiosas visitas, idas, y venidas enfadosas, un penoso estar sobre sí, instancias, movimientos, enredos, inquietudes? Aquel, pues, que anhela à juntar riquezas, ¿à quántas penalidades no se expone? Viaja de noche, y de dia, en todo tiempo, y estacion; sufre el frio, la hambre, la sed; sacrifica su mismo descanso, y salud; expone à mil riesgos su vida; y sin hacer mas larga enumeracion, es cosa clara, que si todas estas cosas se empleasen en servicio de Dios, serian los hombres Santos; y si para conseguir el Cielo fuese necesario atormentarse como ellos se atormentan, el número de los verdaderos Christianos, aunque sean tan raros, sería infinitamente menor.

Parece cosa dura el perdonar à los enemigos, y haberles de amar, no siendo pequeña la dificultad que hay en reprimir los deseos de venganza: ¿pero os parece que no os cuesta nada el abandonaros à la venganza? Quántos afanes para encontrar buen

buen medio para hacer daño à vuestro enemigo? Pensais en ello noches enteras, y dias. El bien que le acontece, las alabanzas que se le dán son para vosotros motivo de tormento, y la hiel que fomentais en el corazon, es un gusano que lo roe, y lo despedaza. Id discurriendo asi de todas las pasiones, una despues de otra: exâminad, ponderad, y os vereis obligados à confesar, que si se requiere mucho para do marlas, cuesta mucho mas el satisfacerlas.

Aqui quiero tomarme la libertad de preguntar à uno de aquellos hombres, que poniendo la felicidad de la vida en los deleytes de los sentidos, y en la corrupcion de las costumbres, se dejan llevar desenfrenadamente de la mas vergonzosa de las pasiones; y asi les pregunto, si antes de entregarse à una vida disoluta le hubiese hecho alguno la descripcion de lo que le habia de suceder, y le hubiese dicho: amigo, oyeme: en vuestra mano está el escoger una de dos, ò el domar vuestras pasiones, ò bien el entregaros à ellas. Uno, y otro tienen sus deleytes, y sus penas: oyelas, y escogerás despues.

Abrazando el partido de la virtud, y servicio de Dios, habeis de huir de contado la compañia de los licenciosos, y no podeis tener con ellos otro trato, que el que pide el oficio, y decóro de la sociedad. Habeis de cuidar de no trabar amistad sino con las personas de juicio, y buenas costumbres. No leereis sino libros honestos, y útiles: no estareis jamás ocioso, habeis de procuraros solamente aquellos divertimientos inocentes, en aquellos exercicios que fortalecen el cuerpo, y lo preservan al mismo tiempo de la delicadeza, y de la corrupcion de la juventud afeminada, como en todas partes vemos. Habeis de cumplir, sin afectacion de santidad, las obligaciones del Christianismo: no habeis de faltar ningun dia en prestar à Dios aquel reconocimiento, y omenage que le debe dár qualquier hombre honesto. Finalmente, habeis de escoger un hombre discreto que dirija vuestra conciencia, y cuyos consejos habeis de seguir. Estas son, amigo, las penas que habeis de tener en el servicio de Dios. La dulzura, y provecho que tendreis en tal vida, serán el tener siempre el ánimo sosegado, y contento el corazon, lograr buena fama, mereceros el aprecio, amistad, y confianza de todo hombre honrado; el dispo-

neros una feliz vejéz, libre de muchas enfermedades, que son ordinariamente el fruto de una desordenada juventud; el no padecer tantos remordimientos en la hora de la muerte, y el morir en paz, con la esperanza de recibir en el Cielo la recompensa de vuestras virtudes, y obras buenas. Pero oye, por el contrario, quál será vuestra suerte, si seguis vuestras inclinaciones malas, y satisfaceis à las pasiones.

Empezaréis à olvidaros de los principios de la Religion, y de los sábios consejos que recibisteis en la niñéz, y que hasta ahora habeis observado. No solo no os cuidaréis del Evangelio, y de todos aquellos libros que se llaman de devocion; pero ni aun de aquellos que se conforman con la razon, y buen juicio; que nos enseñan à gozar de nosotros mismos, haciendonos dueños, y no esclavos de nuestras pasiones; que nos enseñan à penetrar nuestro sér, à estudiar qué sea el hombre, à conocernos segun Dios, y respecto de Dios; todos aquellos libros finalmente, dictados por la sabiduría acerca del bien de la naturaleza humana; que solo inspiran la virtud, y verdaderos sentimientos de honor, y la verdadera grandeza de ánimo; que apacientan el entendimiento con las solas verdades, y forman el corazon con aquellas máximas, cuya práctica hace al hombre honesto, buen ciudadano, amable, y estimable en el mundo.

En lugar de dedicaros à la leccion de tales libros, que os preservan de los errores, y de los tropiezos comunes à vuestra edad, apacentareis vuestro entendimiento, y memoria con los romances, y cuentos que sueñan, y divulgan los bellos espíritus del siglo, à fin de divertir à los que quieren apacentarse con novelas, supuestos, conjeturas, ficciones, fabulas, y con todos los infelices partos de una imaginacion que se deja llevar, y enlaza mentira con mentira en medio de las espesas tinieblas, que saliendo de un corazon corrompido, lo enturbian, y llenan de ideas que se contradicen, y chocan entre sí, que se destruyen mútuamente, como las de un hombre que sueña, y delira. Este será, amigo, vuestro manjar, y pan de cada dia: quanto mas veneno tengan tales libros, tanto mas los desearéis, y no os atreveréis à decir que no los habeis leido.

Ni solo pararéis aqui, sino que exercitaréis la nueva Religion, y el nuevo moral que habreis aprendido en ella; y dando una ojeada compasiva à los años de vuestra inocencia, quando creiais en Jesu-Christo, os confesabais, y cumpliais con la Pascua, tomaréis un nuevo camino, no creeréis mas en Dios, y os acabaréis de formar un Filósofo.

Entonces, soltando las riendas que hasta entonces os habian refrenado, seguiréis, como un caballo indómito, el ímpetu de las pasiones, que os atropellarán, y darán con vos en mil precipicios, y os entregaréis à todos los excesos de una fogosa juventud, sacrificando à vuestras inclinaciones el descanso, la salud, los bienes, la reputacion, no digo la alma, porque entonces juzgaréis no tenerla.

Ansioso, pues, de engañar, y corromper à una persona joven, emplearéis mil trazas, y artificios para conseguir vuestro intento. Quanta mayor resistencia, y virtud encontrareis en ella, se avivará tanto mas la pasion, y os atormentará con mayor fuerza. Atento únicamente à complacerla, la suplicaréis, è invocaréis como à una deidad; os abajaréis à cosas vergonzosas, à atenciones serviles, y à obras baxisimas; y despues de haber sacudido el yugo de la virtud, quando creeréis de probar libertad, echaréis de vér que habeis caido en la esclavitud mas vergonzosa, è indigna.

Por otra parte, olvidando todo respeto à los derechos respetables del matrimonio, pisando las leyes de la Religion, razon, justicia, y de la misma naturaleza, violando tal vez los derechos del hospedage, y amistad, seréis un adúltero infame, un levantador de turbulencias, autor de discordias, y escándalos, y un tal trato, y vida será para tí la fuente, y origen de mil afanes, y una semilla fecunda de sospechas, zelos, temores, inquietudes, que nacerán para tormento vuestro.

Tal vez arrastrado, no de la flaqueza del corazon, ni de las impresiones de aquel loco amor que trastorna à tantos, sino llevado solamente de un instincto, nada diferente de el de las bestias, sin alguna especie de sentimiento, ni pasion, no buscando en la disolucion sino la misma disolucion, frequentaréis aquellos lugares, cuyo solo nombre es una infamia; y asi llegaréis al cólmo del deshonor de la humanidad, haciendo en vos *los miembros de Jesu-Christo miembros de una meretriz.*

Pero

Pero las penas del ánimo, y cuerpo, no serán las solas espinas que os traspasarán, viviendo en el libertinage. Os atormentarán tambien las enfermedades del cuerpo, la gota, las contracciones de nervios, la desidia, un pecho cargado, la salud tal vez perdida para siempre, una vida sin vigor, ó por mejor decir, una vida imagen de la muerte; pues son estas las ordinarias consequüencias de los que se entregan à los excesos de esta pasion, sin hablar de los remordimientos que le son inseparables, los quales dispertarán de quando en quando, por mas que os esforzaréis à apagarlos; y despues de haber emponzoñado vuestros deleytes en vida, os reducirán à la desesperacion en la muerte.

Ahora, pues, si alguno os hubiese hablado de esta manera, mientras teniais la mente, y corazon libre, y no os habiais apartado del servicio de Dios; si os hubiera hecho el retrato que os he hecho, ¿qué horror no os hubiera causado? Hubierais reputado entonces la vida que ahora llevais como la mas infame, la mas dura, y amarga. ¿No es asi, que habeis vuelto las espaldas à Jesu-Christo, el Señor mas dulce, y mejor de todos, para servir à un tyrano que os atormenta, y no os deja descansar; que habeis abandonado esta fuente de agua viva, que mana para la vida eterna, para acudir à los charcos, en los quales solo encontrais lodo, y en quienes, aunque os revolvais, no podreis apagar la sed que os abrasa? Habeis sacudido el yugo, creyendo ser libres; pero lo habeis dejado para ser esclavo: es esto tanta verdad, que si alguno os aconseja à romper las cadenas de las pasiones, respondeis que no es posible: lo peor es, que en algunas ocasiones de tristeza, y de disgusto, las probais tan pesadas, que teneis envidia à los que viven en el temor de Dios, y cuerdos, y honestos, no se dejan dominar, como vosotros, de las pasiones.

¡Ah, amados hermanos mios, quan dignos somos de compasion quando dejamos el servicio de Dios para seguir nuestras malas inclinaciones, y la vanidad de nuestros pensamientos! En lugar de un Señor que hace felices à todos los hombres que le sirven, encontramos mil que nos tyranizan. La ambicion, el deseo de riquezas, el espíritu de luxuria, la envidia, el ódio, la venganza: ¡Buen Jesus! quántos tyranos, quán-

quántas cadenas, qué esclavitud! Muchas penas sin consuelo, y ningun deleyte sin tormento: quando, por el contrario, en vuestro servicio, ò Dios mio, no hay pena sin consuelo; y las dulzuras que se prueban, no tienen mezcla de amargura.

Alumbrad, Señor, nuestras almas con la interior uncion de la gracia, à fin que veamos, y probemos quan dulce es el serviros, y qué cosa tan amarga es el abandonaros, y desviarnos de aquel camino ancho, y espacioso, en el qual, engañado el pecador de la falsa apariencia de una libertad imaginaria, vá inútilmente tras un fantásma de felicidad, que le parece haber obtenido, quando se le escapa contínuamente de las manos. Camino errado, en el qual las flores que le parece vér al hombre, se le mudan en espinas quando las tiene en la mano; en el qual los placeres, y la alegria son un manantial de inquietudes, quando con vos, Dios mio, y en el camino estrecho de vuestro Evangelio, la tristeza, y llanto se convierten en alegria, y las espinas en otras tantas flores, de las quales nacen los frutos de vuestros divinos consuelos: consuelos inefables, que son para vuestros fieles siervos, no solamente la prenda, sino tambien las primicias, y el anticipado gozo, y gusto de las infinitas dulzuras que les teneis aparejadas en la eterna bienaventuranza. Asi sea.

SER-

SERMON

PARA EL DECIMOQUINTO DOMINGO despues de Pentecostés.

NO DILATAR LA CONVERSION.

Adolescens, tibi dico, surge.

Levantate, joven, yo te lo mando. *San Lucas cap. 7. ℣. 14.*

HEmos visto en el Domingo pasado, que si el exercicio de las virtudes, y el servicio de Dios tienen algo de penoso à nuestra naturaleza, el pecador que se abandona à sus proprias pasiones, está bien lejos de probar en ellas aquella satisfaccion, y felicidad, tras la qual anda; que el yugo de Jesu-Christo es sin comparacion mas dulce que el de las pasiones; y que finalmente, ponderado bien todo, cuesta menos à un hombre prudente el salvarse, de quanto puede costar al pecador el condenarse.

Se vén, con todo, entre los Christianos no pocos, los quales, aunque no hayan perdido la fé, llevan una vida contraria al Christianismo, se dispiertan de quando en quando, hacen nuevos propositos de enmendarse, y convertirse, suspiran tal vez el tiempo en que proponen de servir à Dios, y lo reputan por el mas feliz de su vida. ¿Pero no es una locura, amados hermanos mios, el dilatar un negocio tan importante, como el unico, del qual depende nuestra salvacion? De contado, pues, os prometeis un tiempo que no está en vuestra mano, y aunque lo estuviera, no teneis certidumbre que os habeis de aprovechar de él. Esto es lo que quiero hoy tratar, mientras os dirijo las palabras del Evangelio de hoy: *Adolescens, tibi dico, surge.* Hijo mio, creeme, levantate, y camina por el camino de la salvacion. Empieza à vivir inmediatamente como propones de cumplirlo en un tiempo, que tal vez no llegará jamás, y vive como quisieras haber vivido en la hora de la muerte.

PRIMERA REFLEXION.

ES una cosa que sorprende, y casi incomprehensible, el que no pudiendo nosotros disponer de un solo instante de tiempo, hagamos con todo cuenta de los meses, y años, con tanta seguridad, como si el hilo de nuestra vida estuviese en nuestras manos, ò que Dios nos hubiese dado palabra de dejarnos en el mundo todo el tiempo que nos pareciese. Causa compasion el vér una infeliz criatura, cuya existencia, y conservacion es un contínuo milagro de la providencia; à un hombre débil, que moviendose para dár un paso, no está seguro de dár otro; que poniendose à comer, no sabe si serán para él los ultimos bocados; que acostandose, no puede decir, mañana me levantaré; que saliendo de casa, no está cierto que volverá; y entrando en ella, no puede prometerse el volver à salir; semejante à un ciego, que yendo por un camino lleno de precipicios, no puede poner el pie en parte alguna sin temor de precipitarse: hace compasion, vuelvo à decir, una criatura que hoy existe, y mañana no será; que en este momento respira, y en el otro puede ser cadaver; hacer con todo proyectos sobre lo por venir, dividir el tiempo, distribuir los años, señalar en ellos lo que quiere, y lo que ha de hacer; considerar las penas, y los gustos segun el temor, y esperanza que ahora tiene; disponer de lo futuro, como si fuese dueño; fabricar sobre este fundamento, como si le perteneciese, ò estuviese seguro de gozarlo. En un año haré esto, en quatro esto otro, en diez estaré en estado de hacer

cer aquello, en veinte aquello de mas allá. ¡Buen Dios! qué locura!

Sé que no está prohibido el preveer lo por venir, ni el formar proyectos que no puedan ponerse por obra, sino es en cierto tiempo, ni el tomar para ello algunas medidas, ahora sea para poner en buen estado la familia, ahora sea para la conservacion de los proprios bienes, ò bien por los negocios públicos, ò particulares de cada uno. Ciertamente que el preveer lo por venir, y pensar à un tiempo que aun no ha llegado, es una de las mas bellas prerrogativas del hombre, y una de las pruebas mas convenientes de la espiritualidad del alma, cuyo pensamiento, esplayandose por la vasta extension de los siglos, vé lo pasado como si lo tuviese presente, y se representa lo venidero como si lo viese por medio de sus prudentes conjeturas.

Pero finalmente, entre todos los proyectos que formamos sobre lo por venir, no hay uno solo, al qual no nos veamos obligados à añadir: *Si vivo, si tengo tiempo*, y asi como para atender à nuestra salvacion es preciso vivir, y tener tiempo; quando dilatamos, pues, el negocio de nuestra alma, es preciso que digamos en tal ocasion, como en las demás: *Si vivo, si tengo tiempo*, atenderé à mi salvacion.

Observad, pues, ahora, amados hermanos mios, quan imprudente sea este modo de pensar. Quando se trata de las cosas de este mundo, este modo de hablar nada quiere decir; si *vivo*, compraré un empléo, fabricaré una casa, haré dinero, daré buen estado à mis hijos, y otros proyectos semejantes; pero si no vivís, qué sucederá? Si no vivo, nada haré de todo esto: otros lo harán por mí; despues de muerto no necesitaré de cosa alguna; esto es lo que decís, y por consiguiente, ahora tengais tiempo, ahora os falte para concluir tales negocios, y proyectos, poco vais à perder: porque si vivis, los pondreis por obra; los quales no podréis cumplir si moris. En tal caso, quanto pueda suceder, nada tiene que vér con uno que ya no vive.

Pero decís: De aqui à algunos años, quando llegaré à cierta edad, despues de haber dado estado à mis hijos, y acabado el tal negocio; luego que me vea libre de aquel enredo, aten-

atenderé à mi salvacion, *si vivo, si tengo tiempo*: ¿qué proyecto tan estraño es éste? Y si no vivís, si os falta el tiempo, decidme por vuestra vida, qué sucederá? Que no conseguiréis vuestra salvacion, que os condenaréis para siempre, que perderéis el Paraiso, è iréis al infierno; ved aqui un tan gran riesgo apoyado en un *si*; *si vivo, si tengo tiempo*, atenderé à mi salvacion.

Todos tendrian por un necio à aquel que arriesgáse inutilmente su vida, ò su propria felicidad, apoyado de un *si*, que no solicitáse à los Jueces en el dia de hoy, y esperáse à mañana, corriendo riesgo de perder un pleyto importante, del qual dependiese su muerte, ò ruina; que tomáse hoy las tales, y tales medidas, y tardáse à mañana, tratandose de perder la vida. Ahora, pues, os pregunto, amados hermanos mios, ¿en semejantes ocasiones se delibera el dilatat, y confiar al otro dia? No por cierto, y el hacerlo sería locura. Sería, pues, locura el dilatar à un solo dia el dár un paso, del qual dependiese vuestra vida, y vuestra fortuna; y no será insensatéz el diferir no un solo dia, sino diez años, y tal vez mas, un negocio, del qual depende la eternidad?

Pero diréis: espero que Dios me dará tiempo; él vé mi corazon, y sabe que tengo intencion de servirlo, luego que pueda....; Y en qué está fundada esta vuestra ciencia, que Dios os dará tiempo? Recorred todas las sagradas Escrituras, y encontradme un solo lugar en que Dios prometa tiempo al que dilata el convertirse; antes bien encontraréis millares en que nos exôrta à aprovecharnos del tiempo presente, y no confiar en lo por venir. Hijo mio, dice el Sabio, no tardes à convertirte al Señor, y no difieras de un dia à otro, porque su ira se encenderá de repente, y te condenará en el dia de su venganza. Caminad hasta que la luz os alumbre, no sea que os sorprenda la noche, y tinieblas. Son estas palabras del mismo Jesu-Christo.

De hecho, ¿qué significa aquella parábola de las virgines necias, las quales esperaban à echar aceyte en las lámparas al tiempo mismo en que habia de llegar el esposo? Llegó éste mientras ellas habian ido à hacer la provision, y vueltas à casa, encontraron las puertas cerradas: tocaron à ella para en-

entrar; pero el esposo les respondió, que ya no era tiempo, y que no las conocia. Jesu Christo se asemeja por sí mismo à un ladron que llega de noche à una casa, y à la hora que menos se pensaba. Ved aqui como os prometeis el tiempo, avisandoos que no lo tendréis: que seréis sorprendidos si os dejais tomar del sueño, y que no hay cosa en el mundo menos segura que el tiempo.

Con todo él vé lo interior de vuestro corazon; sabe que vuestra intencion es de servirlo en cierto tiempo; esto es cierto, y no hay duda alguna; pero esto es lo que os ha de hacer temblar: porque, ¿qué resulta de la buena intencion que ahora teneis de servir à Dios en lo futuro? No otro, sino que no lo quereis servir ahora, y por lo mismo decis: Esperad, Señor, esperad un poco, aun no ha llegado mi tiempo; tengo por ahora una cosa de mayor importancia; no puedo menos, luego que la acabe pensaré en vos. Puede haber preferencia mas injuriosa para Dios que esta? No de otra especie son los sentimientos de vuestro corazon; y por esto habeis de temer al presente, *que Dios no estará para concederos el tiempo que os prometeis, el qual no teneis para qué esperarlo, haciendoos indignos con el anteponer vuestros negocios, y placeres à su servicio.*

Pero añadiréis à esto: segun el curso ordinario de las cosas, puedo esperar que no moriré tan presto, y que tendré tiempo para atender à mi salvacion. Yo no lo sé: pero lo que puedo decir seguramente es, que segun el curso regular de las cosas, los hombres mueren en qualquiera edad, y que nuestra vida depende de un no nada, que qualquiera cosa basta para privar de vida al hombre mas robusto, y sano, y que muchas veces la salud mas fuerte es albergue de la enfermedad, y muerte. Qualquiera cosa que os pueda decir sobre esto, la habeis oido cien veces, y que tal vez vosotros lo habeis pensado, y hablado casi todos los dias de la incertidumbre de la vida, de la qual habeis visto muchisimos exemplos.

Supongamos con todo que tengais tiempo, aunque lo esperais con duda, no pudiendo vosotros tener fundamento, ò certidumbre alguna, y oponiendose esto à la amenaza que Dios os hace de sorprenderos, quando menos lo penseis: no

no me detengo, para deciros con franqueza, que segun todas las apariencias, atendereis entonces à vuestra salvacion, como lo haceis ahora.

SEGUNDA REFLEXION.

PAra que hagais en el tiempo venidero, tocante à vuestra salvacion, lo que por ahora no queréis hacer, seria necesario, ò que no encontréis tanta dificultad, ò que Dios os conceda mayores gracias, es cosa evidente, que no debeis esperar ni lo uno, ni lo otro: no os diré aqui lo que conoceis vosotros bien por propria experiencia, que los embarazos de esta vida se suceden continuamente unos tras otros, que el tiempo en que se esperaba poder lograr una vida quieta, y de no atender à otra cosa que à la salvacion, es tal vez, el menos tranquilo; despues de un enredo, se dá con otro; el tiempo pasa, y huye con una rapidéz singular; se renuevan los frios, y los calores; se aumentan los años; el hombre se acerca à largos pasos à la casa de la eternidad, y se encuentra à la puerta, diciendo siempre, su mañana.

Ahora, pues, el mayor obstáculo que encontrais en el camino del Cielo, y el que mas os atrasa son vuestras pasiones, ò los malos habitos que habeis contraido. Estos obstáculos, en lugar de disminuirse, irán creciendo, y quanto mas iréis dilatando la enmienda, tanto mas trabajo os costará el vencerlos; sobre este punto os suplico me déis atencion.

Para convertirse, y atender à la propria salvacion, son necesarias dos cosas; huir el mal, y hacer bien. Haced quantas buenas obras querais: si vivis en pecado, nada os aprovecharán para el Cielo. Huid el mal: si no haceis buenas obras, seréis réprobo, y echado al infierno, como arbol inútil al fuego. Sabemos, que quanto mas envegecidas son las costumbres, tanto mas dificil es el desarraigarlas, y contraer las opuestas. No hay cosa para el hombre mas penosa que el huir el mal en que ha siempre vivido, y el exercitar en cierta edad aquellas virtudes que jamás ha puesto en práctica quando joven. Por esto dice el Espíritu Santo, y lo confir-

ma

ma la Sabiduria : *Que el hombre , aun quando viejo , no dejará el camino que emprendió en su juventud.*

Segun esto, es cosa muy dificil el desarraigar los malos habitos envegecidos ; pero el pecador que difiere su conversion , dice algo mas , porque pretende que le sea imposible ; y la escusa ordinaria que dán algunas personas quando las exôrtamos à mudar de vida , es la siguiente : *Yo no sabré , ni podré hacerlo.* ¿ Habeis , pues , renunciado , hijo mio , à vuestra salvacion ? No : llegará tiempo , en el qual me enmendaré ; pero por ahora *no puedo.* ¡Cosa estraña à la verdad ! No quiere enmendarse , porque es muy fuerte su costumbre ; dice que no puede ser ahora , y espera poderlo hacer mas adelante. Acaso , ¿ quando mas viejo es el arbol , será mas facil el enderezarlo ? Quando ha echado mas fuertes raices , será mas facil el arrancarlo ? Quando una enfermedad es mas envegecida , se sanará mas facilmente , y que los remedios serán mas eficaces à los extremos ultimos que al principio ? Quién ha pensado jamás de un modo tan extravagante ?

Hay ciertas pasiones que ván necesariamente disminuyendose , à medida que se vá creciendo en edad. Amados hermanos mios , no os dejeis engañar , pues hay otras pasiones, con las quales nada tiene que ver la edad , y en lugar de apagarse , toman mayor vigor , y se fortalecen con la edad. Un viejo avâro , extremo de la vida , está mas apegado al dinero que nunca. La mayor parte de los borrachos que habeis visto morir , tal vez estaban en la taberna , tomados del vino, ocho dias antes de ponerse en la cama. Lo mismo sucede en casi todos los otros vicios. Todos saben quanto pueda la costumbre , y que ordinariamente se conservan hasta la muerte las malas inclinaciones , que no tuvimos cuidado de reprimir al principio.

Es verdad que ciertas pasiones no son tan vivas en cierta edad ; pero no se infiere de aqui que el pecador esté verdaderamente arrepentido. Volved à un viejo la fuerza , y vigor de la juventud , y veréis qué es lo que se puede juzgar de aquellos que no dejan el pecado , sino quando no pueden cometerlo. Un viejo impúro no hace lo que en otro tiempo , pero su corazon es el mismo. Sus pensamientos , imaginacion , y de-

deseos , dán bien a conocer la fuerza de la costumbre , quando no haya puesto ningun cuidado para reprimirla , y ha llegado à hacerse como una segunda naturaleza.

Por otra parte , para convertirse , y atender à la propria salvacion , no basta dejar el mal , es preciso obrar bien. ¿ Pensais vosotros que se doble facilmente un hombre à las obras de piedad , despues de haber pasado un tercio de su vida en una total repugnancia , y engaño , de quanto huela à piedad , y devocion ? Creeis que un alma acostumbrada mucho tiempo à no pensar en otra cosa que en la tierra , pueda , sin grandisima violencia , volver todos sus pensamientos al Cielo ? Que un hombre , que se ha alimentado solamente en toda su vida de ambicion , avaricia , è impurezas , pueda facilmente practicar las virtudes contrarias?

¿ Os podeis persuadir que un hombre , que solo haya rezado con los labios , sin atender à lo que decia de mala gana con la boca , quiero decir , que jamás haya hecho verdadera oracion , pueda mudarse de repente en hombre de piadosos deseos , y afectuosas oraciones ? Que aquel que jamás , ò casi nunca ha guardado los ayunos de la Iglesia , pueda abrazar facilmente , quando quiera , la mortificacion , y penitencia ? Y sin ir mas à la larga , puede ser verisimil que un hombre acostumbrado à descuidar de todas las cosas , se vuelva diligente en todas cosas , y sin fatiga alguna exercite todo aquello que la Religion tiene de mas penoso ? No , Dios mio, vuestra carga es ligera , y vuestro yugo suave ; pero solamente para el que se ha acostumbrado à llevarlo desde su juventud. ¡ Ay de aquellos que sacuden este amable yugo , creyendo que lo pueden tomar despues de envegecidos , bajo el yugo de las pasiones. Verán estos burladas sus esperanzas , y echarán de vér , que no habiendolo querido llevar quando podian, quando se imaginen quererlo , no podrán cargar con él. Si, no podrán entonces sin fuerzas , no pudiendo ahora con ellas; ¿ pero qué no puede el hombre con los auxilios de la gracia ? La gracia ? Ah ! Dios mio , quán poco cuerdos son los hombres ! quán injustos ! ¿ Pero qué os habeis figurado que es la gracia ? Segun parece , la juzgais un bien , del qual podeis disponer à vuestro alvedrio ? Podréis con esto desecharla en

un

un tiempo para usar de ella en otro; hoy no hacer caso de ella, para recibirla mañana? Haceis por ventura un juguete de la gracia? Asi menospreciais las riquezas de la bondad, y de la gran paciencia de vuestro Dios? Qué fundamento teneis para juzgar que la gracia, con todos sus atractivos, hermosura, fuerza, y eficacia, esté pronta à vuestra disposicion, aunque hayais hecho poco caso de ella en espacio de treinta, ò quarenta años, y debe llegarse à vosotros, quando os dará la gana de llamarla, para hacer uso de ella?

¿Pero el poco caso que habeis hecho hasta ahora, y que tal vez haceis en este instante en que os exôrto, no debria haceros temblar, y temer que os niegue Dios en adelante la misericordia que ahora os ofrece? Despues que estais en el mundo, jamás ha dejado de llamaros; quántas buenas inspiraciones, quántos buenos pensamientos, quàntos buenos deseos, quántos remordimientos de conciencia no ha excitado en vosotros. De tales pensamientos ningun caso habeis hecho, se han desvanecido; los buenos deseos de nada han servido, y habeis sacudido los remordimientos de conciencia, como ahora lo haceis. Por lo que toca à las gracias exteriores, os ha enviado Ministros que os instruyan, y nada os aprobechan, ni os habeis jamás aprovechado; se ha valido de las aflicciones para haceros volver sobre vosotros mismos; pero no por eso os habeis dado por entendidos. La muerte de vuestros amigos, y compañeros de vuestros desordenes, os habia de haber conmovido; pero no habeis dejado por eso vuestra conducta. Habeis resistido à todas estas gracias, y francamente resistís aún: ¿cómo podeis confiar que no os abandonará? Mil veces habeis oido su amenaza, que abandonará al que se obstíne en hacerle resistencia.

Yo os he llamado, dice el Señor, pero no me habeis querido oir. Os he alargado la mano, y vosotros habeis vuelto à otra parte la vista para no verme. He ido tras de vosotros, y me habeis huido; pero llegará tambien mi tiempo. Retiraré mis gracias, y os cegaréis: llamaréis entonces, y yo no os oiré. Me buscaréis, pero no me encontraréis, y moriréis en vuestro pecado. Ved aqui, amados hermanos mios, en breve sus palabras, lo ha dicho, y lo ha cumplido, y vemos

mos todos los dias los afectos de su terrible amenaza.

Los Judíos formaban en otro tiempo su pueblo escogido: empleó con ellos abundantemente los beneficios de su paternal bondad; sufrió por mucho tiempo sus infidelidades con una paciencia infinita; pero habiendose endurecido aquel pueblo, à pesar de su beneficencia, le obligó, por decirlo asi, à abandonarlo: ¿y no lo vemos hoy en dia como una viña desierta, que no cultiva mas el padre de familias, y sobre la qual el Cielo no derrama su rocío?

¿Pero no vemos en el seno del Christianismo, entre nosotros mismos, y tal vez entre los que me oyen, algunos, los quales, à fuerza de resistir à las divinas inspiraciones, se hacen insensibles à todo; à fuerza de sacudir los remordimientos de la conciencia, no sienten yá mas, y viven en medio de la maldad con una tranquilidad que prueba mejor su reprobacion? Pensais, pues, que estos tales han llegado à este estado de repente? No por cierto.

Exâminad, hijos mios, quanto os ha acontecido despues que habeis abandonado infelizmente el servicio de Dios, para dejaros arrastrar de vuestras pasiones. El vivir habitualmente en pecado mortal, es la cosa mas horrorosa para el que tiene fé: ¿de hecho, puede haber cosa mas horrible que el estar en desgracia de Dios? Con todo, poco à poco os habeis hecho familiar un estado que os causó al principio tantos desasosiegos. Las instrucciones del Cura, los libros devotos, los buenos exemplos, y todo lo que en otro tiempo os conmovia, ahora nada os turba; y si alguna cosa excita, es solo una leve impresion. ¿Qué quiere decir esto, sino que Dios se ha alejado à medida que os habeis obstinado en huir de él, y que ha retirado sus gracias à medida que las habeis despreciado?

Ved aqui como se verifica à nuestra vista lo que dice Jesu-Christo en su Evangelio, en donde habla de aquel siervo infiel, el qual, en lugar de aprovecharse del talento que le dió su amo, lo sepulta, y esconde bajo tierra: *¿Siervo malvado, qué has hecho del talento? lo he escondido: quitadselo, y dadlo à otro.* ¿Infelíz Christiano, qué uso has hecho de mis gracias? Ninguno. Os las quitaré, pues, y las daré à otro que sabrá aprovecharse de ellas. El que hará buen uso de las gracias, recibirá ma-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mayores; el que, ningun caso hiciere, quedará del todo privado de ellas: *Omni habenti, dabitur, & qui non habet, etiam quod habet, aufertur ab eo.*

Pero Dios es bueno, sus misericordias son infinitas, es mucha verdad; pero es este nuevo argumento para temer su abandono, aun quando dilateis el echaros en brazos de su misericordia. Obstinarse en el mal, porque es grande la misericordia de Dios; ser perverso, porque él es bueno; este es el cólmo de la ceguedad, y de la ingratitud.

Deduzcamos finalmente, amados hermanos mios, de quanto hasta aqui queda dicho, que la mayor de las locuras es el hacer caso de lo futuro, y abusar de lo presente; el menospreciar las gracias que actualmente nos ofrece Dios, con la esperanza que no nos las negará jamás; dilatar nuestra conversion, y salvacion, mientras que no estamos seguros de tener tiempo para ello, ni de las gracias que necesitamos para convertirnos, y para atender à nuestra salvacion. Amados hijos mios, creedme: la eternidad no es cosa para confiar à un *si*, à un *tal vez*; y es muy claro, que todos los proyectos de conversion que haceis para lo por venir, son una ilusion del espíritu infernal. Si éste os tentáse el abandonar para siempre vuestra salvacion, vosotros no le dariais ciertamente oidos: lo sabe muy bien, y por lo mismo se sirve del artificio, instigandoos para diferir de un dia à otro el negocio, el qual debria ser el de todos los dias, y momentos de nuestra vida. De esta suerte os arrastra de mes en mes, de año en año, y entretanto pasa el tiempo, toman cuerpo las malas costumbres, los auxîlios disminuyen, el corazon se endurece; y ateniendonos à mañana, venimos à formar nuestra reprobacion, y el pecador se halla en el infierno con todos los bellos proyectos que habia formado para ganar la gloria.

No permitais, Dios mio, que yo fomente una ilusion tan necia, y no por esto menos comun, y menos peligrosa. Destruid esta especie de ilusion, y encanto diabólico que me ofusca; y no me deja vér, que si deseo asegurar mi salvacion, debo hacer caso solamente del tiempo, y de las gracias presentes, que mañana no está en mi mano, y que descuidando yo de vuestros beneficios, que al presente me ofreceis, me hago mas in-

indigno para obtener otros; que si sois bueno, no sois menos justo: que vuestra cólera sigue à vuestra misericordia ultrajada, y que aquella se hace mas terrible, quanto mayor fue la misericordia que la precedió. ¡Ah, Dios mio! yá que hasta ahora he tenido la desgracia de no serviros, haced à lo menos que yo consagre el resto de mi vida: hoy, Dios mio, y no mañana: sometedme vos mismo, ò Jesus, al yugo de vuestra ley, y haced que este amable yugo, con la uncion de vuestra divina gracia, despues de haber sido mi dulzura en vida, haga perfecto mi consuelo en la hora de la muerte. Asi sea.

SERMON

PARA EL DECIMOSEXTO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE EL SANTIFICAR EL DIA de Domingo.

Si licet Sabbato curare?

Si es lícito curar los enfermos en dia de Sabado?
San Lucas cap. 14. ℣. 3.

LOS Judíos, que en todos los puntos de la ley solo tenian unas ideas groseras, llegaron à persuadirse, que ni aun las buenas obras se habian de exercitar en Sabado, y formaron crimen contra Jesu-Christo, porque hacía milagros en tal dia, para curar à los enfermos. Celebran estos el Sabado,

dice San Agustin, (in Psal. 91. lib. 4. de Gen. ad Lett. tract 3. in Joan.) pasando aquel dia en un reposo afeminado, y en un ócio perezoso, y delicioso: descansan con solo el fin de entregarse à sus placeres, atendiendo solo à divertimientos fátuos. De manera, que con el pretexto de obedecer à la ley, que manda la santificacion del Sabado, se emplean en tal dia en quebrantar los mandamientos mas esenciales de la misma ley. ¿Pero no es esta la imagen de nuestras costumbres? No es la misma la conducta de la mayor parte de los Christianos acerca de la santificacion del Domingo, de un dia tan santo, tan respetable, que en la ley Evangélica se ha substituido al Sabado de la ley antigua?

Bien lo sabeis, hermanos mios, y bien lo veis: los abusos, las profanaciones, los escándalos, en este particular parece que han llegado à lo sumo, y el dia del Señor en casi nada se diferencia de los otros, sino en que es dia de ócio, de divertimientos, y de impiedad. A este desorden, qué remedio podemos poner, sino llorar con los buenos, y poneros à la vista las razones que os obligan à consagrar à Dios, y à la santificacion de vuestra alma aquel dia, que él mismo con especialidad determinó para su gloria, y bien nuestro. Dignaos, Dios de toda bondad, dár à mis palabras la uncion de vuestra gracia, para que muevan de tal manera à mis oyentes, que saquen de ellas provecho.

PRIMERA REFLEXION.

VUestros son, Dios mio, exclama el Profeta, el dia, y la noche: el Sol que alumbra al mundo, obra es de vuestra omnipotente mano: vos hicisteis las tinieblas, y el silencio de la noche, para que los hombres, cansados del trabajo del dia, prueben la dulzura del sueño, y cobren las fuerzas que necesitan para el dia siguiente. De vos ha recibido la Aurora aquellos brillantes colores con que se adorna, quando despues de una bella noche, anuncia la venida del Sol, y nos convida à emprender el trabajo, al qual habeis condenado à todos los hombres: *Tua est dies, & tua est nox, tu fabricatus est auroram, & solem.*

To-

Todos los dias son del Señor, amados hermanos mios, y por consiguiente se deben consagrar todos à su gloria. Cada dia es para nosotros un beneficio de su providencia, una parte del espacio de tiempo que se nos concede para llegar à aquella vida bienaventurada, donde no habrá mas noche, sino que lucirá un eterno dia, cuya luz inmortal será el mismo Dios. ¡Ay de aquel que pasa entregado al ócio, y al olvido de su salvacion la mejor porcion de los dias, que se suceden uno à otro, se pasan tan apriesa, y luego que pasan no vuelven mas, de suerte que su pérdida es irreparable! Sí, Dios mio, vuestros son; y del mismo modo con que dá cuenta un jornalero à su amo de lo que ha hecho entre dia, asimismo pedireis cuenta à cada uno del modo como ha empleado todos los dias de su vida: *Tua est dies, & tua est nox.*

Pero aunque todos los dias son de Dios, hay con todo uno que se le ha de consagrar con especialidad, porque él mismo lo ha escogido, y se lo ha reservado. Oye, Moysés, dice Dios Exod. 31. 13. lo que has de decir al pueblo: que se acuerde de guardar el Sabado: trabaje en ora buena seis dias; pero el septimo lo quiero todo para mi: es este un dia santo, en el qual os prohibo el trabajar, como lo haceis en los otros: el que no lo observáre, será castigado con pena de muerte. ¿De hecho, no es cosa justísima que se dedique un dia cada semana al servicio de aquel de quien dependen todos los dias; que nos ha dado quanto tenemos, y quanto somos, y à cuya gloria debemos consiguientemente referir todos los movimientos de nuestras vida?

Dichosas aquellas almas, las quales llamadas à la soledad por especial favor de la Divina misericordia, en donde libres de los embarazos del siglo, solo se ocupan en servir à Dios, y cantar sus alabanzas: todos los dias son para ellas dias del Señor. Retiradas en lo interior de su tabernáculo, hacen en la tierra lo que los Angeles, y Santos hacen en el Cielo. Le aman, y alaban, sin que ninguna cosa los estorve, ni distrayga de una ocupacion tan santa, y delicioso.

Pero no todos son llamados à un estado tan perfecto: mientras que este pequeño número de almas escogidas está meditando en el silencio, y paz los dias antiguos, y los años

eter-

Universidad de Deusto
Biblioteca

eternos, el reſtante de los hombres ſe emplea en el trabajo de toda eſpecie. Los unos cultivan la tierra, y ſacan de ſus entrañas las riquezas que produce; otros, dedicados à las artes, y à oficios diferentes, dán formas diverſas à los productos de la tierra, para hacerlos ſervir à todas las neceſidades, y comodidades de la vida. Cada uno trabaja ſegun ſu condicion, y eſtado, y cumple con las obigaciones que lleva ſu empleo: *Exhibit homo ad opus ſuum, & ad operationem ſuam uſque ad veſperam.*

¡Adorable providencia de mi Dios! De vos ſolo reciben los hombres los talentos, la habilidad, la induſtria, y toda ciencia. Vos preſidis à nueſtros trabajos, guiais nueſtras acciones, dirigis nueſtras obras; pero quereis que deſpues de haber trabajado ſeis dias en las coſas de eſte mundo, dediquemos el ſeptimo para las del Cielo. Al llegar un dia tan ſanto, y reſpetable, ſe interrumpe todo trabajo, y la gente corre de tropél à vueſtros templos, y hacer reſonar las paredes de vueſtras alabanzas, y acciones de gracias. Vos, ò gran Dios, habeis criado el Cielo, y la tierra; vueſtra mano benéfica nos ha conſervado, y ha echado la bendicion ſobre nueſtras fatigas: nos hemos juntado aqui para daros gracias, y para pediros nuevas bendiciones para la ſemana ſiguiente. ¿Hay coſa mas razonable, y juſta? *Vere dignum, & juſtum eſt.*

Aunque el Dios à quien ſervimos no nos hubieſe mandado el conſagrarle un dia de cada ſemana, ¿los negocios de nueſtra alma no han de entrar en la diſtribucion del tiempo, y en el uſo que de él hacemos? Finalmente, Dios no tiene neceſidad de nueſtras adoraciones, y culto: baſtale ſer quien es, y todo lo que pretende de noſotros es ſolo un conſiguiente neceſario de nueſtra dependencia, y de la neceſidad que tenemos de ſus gracias. Si el Domingo es dia del Señor, porque ha querido que ſe lo conſagraſemos, podemos tambien decir, que el Domingo es dia de nueſtro bien, porque empleandolo en el ſervicio de Dios, labramos nueſtra ſantificacion, de ſuerte que ſirviendole, trabajamos para provecho nueſtro, y no por él, que no tiene neceſidad de ello.

Sé que el verdadero Chriſtiano no pierde jamás de viſta el negocio importante de ſu ſalvacion, y conſerva, en medio de

de ſus mayores ocupaciones, el eſpiritu de recogimiento, y de piedad. Se que nueſtro trabajo, de qualquiera eſpecie que ſea, bien lejos de hacernos olvidar de nueſtra alma, debria renovarnos la memoria quando trabajaſemos con buen eſpiritu, è intencion. Los que adminiſtran la juſticia, en medio de las funciones mas reſpetables de ſu encargo, no ſe olvidarian que tienen en el Cielo un Juez ſevero, à quien no ciega la paſion, que no padece preocupaciones, ni le pueden ſobornar dádivas, ni ſúplicas, y jamás ſe pondrian à juzgar los tales ſin penſar que llegará dia en que oirán de la miſma boca de Jeſu-Chriſto una ſentencia irrevocable, y un juicio ſin reparo alguno, del qual dependerá ſu ſuerte por toda la eternidad. Los que ſe exercitan en las armas, trabajos, y peligros de la guerra, ſe acordarian de aquella ultima deciſion que han de probar entre artificios del demonio, y alhagos del mundo, y de ſus paſiones. El zelo, y el valor de los que ſe diſtinguen en el ſervicio del Rey, les avergonzarian ciertamente, ſi penſáran quan cobardes ſon quando ſe trata del ſervicio de Dios, y del bien de ſus almas.

El Mercader, ò compre, ò venda, ò bien regiſtre ſus mercancias, ò bien ſaque cuenta de ſus ganancias, ò pérdidas, ſe acordaria de otras riquezas que debe amontonar, de otra cuenta que debe dár à Dios, y penſaria en aquel libro fatal que ſe ſacará en el dia del juicio, en el qual verá cada uno ſus pecados, ò ſus buenas obras. Las malas yervas, las eſpinas, las piedras, la ſequedad, y todo lo que daña al producto de la tierra, repreſentarian à los que las cultivan el cuidado que deben poner en cultivar ſu alma, y deſarraygar las malas inclinaciones que les impiden el producir frutos de bondad chriſtiana.

En ſuma, todos los hombres de qualquier eſtado, admirando las riquezas de la Providencia, y ſus maravillas, en el exceſivo número de criaturas que ſalieron de ſus manos, no ceſarian de exclamar con el Profeta: ¡quán admirables ſon, Dios mio, vueſtras obras! Todo lo que habeis hecho nos dá à conocer vueſtra infinita ſabiduria. No hay coſa alguna en el mundo que no nos obligue à reconocer en ella, no ſolo vueſtro poder, ſino tambien vueſtra bondad; ninguna que no pue-

pueda hacernos levantar el pensamiento hácia vos; porque si la menor de vuestras obras es admirable, ¿qué sereis vos, Señor, que habeis formado al universo todo con el dedo? Proverb. 8. 31. Estos, sin duda, debrian de ser, amados Parroquianos mios, los pensamientos que habian de ocuparnos al poner la vista en aquellas cosas que conocemos, y en que trabajamos. Pero ah! que sucede muy al contrario; y lo que debria levantar nuestros pensamientos al Cielo, se hace por nuestra mala disposicion obstáculo que nos estorva, y nos hace olvidar de ello. La ambicion, la vanidad, el interés presiden comunmente à nuestras obras. Atentos solamente à muchas cosas, que ahora nos parecen sérias, por las quales nos afanamos, pero que mirarémos en la hora de la muerte como juegos pueriles y meras insensateces, los negocios de nuestra conciencia, y la reforma de nuestra vida, no entran jamás en la distribucion que hacemos de los meses, y años.

Tal es, hermanos mios, la liviandad de nuestro espíritu, y corazon; y de aqui podeis inferir la necesidad que tenemos de entrar de quando en quando dentro de nosotros mismos, y de apartar el pensamiento de las cosas del mundo, que le impiden el atender al negocio de su salvacion. ¿Y os persuadis que un negocio de tanta importancia no merezca que se le dedique un dia cada semana? Con este fin se ha instituido el Domingo; y si Dios nos manda el abstenernos en tal dia de nuestros trabajos ordinarios, lo ha hecho especialmente para que atendamos à la santificacion de nuestra alma.

Con esto, de qualquier modo que considereis al Domingo, ò bien atendiendo al precepto que Dios nos impone de emplearlo en su servicio, ò bien considerando la necesidad que tenemos de recogèrnos de quando en quando para dedicarnos sériamente al negocio de nuestra alma, es cosa clara, que la santificacion del Domingo es la cosa mas necesaria del mundo, y mas justa: de lo que podeis entender facilmente el modo como deba santificarse.

SE-

SEGUNDA REFLEXION.

PAra la santificacion, pues, del Domingo, confesaréis de llano, ser cosa ridícula el pensar que baste el oir Misa, y que à nada mas estamos obligados. ¡Dios mio, quán faltos de razon están los hombres! cómo se pueden cegar en un punto tan esencial como es este? Muchas veces hemos oido haber dos preceptos distintos, que no hay para que confundir. El primero es de Dios: *Santificarás el Domingo, sirviendo devotamente al Señor.* El segundo es de la Iglesia: *Oirás Misa todos los Domingos.*

Quando oigo la Misa, asistiendo à ella con mi presencia, y con devota intencion, cumplo con el precepto de la Iglesia; pero si no hago otra cosa, y lo demás del dia lo empléo en mis ocupaciones, y divertimientos, ò dado al ocio, es cosa evidente que no santifico el Domingo, y por consiguiente, falto al precepto que me manda santificarlo: pues de otra manera, se podria decir, que el Mandamiento de Dios de santificar el Domingo, es el mismo que el de la Iglesia de oir Misa, lo qual es cosa absurda.

La santificacion del Domingo no es ciertamente una obligacion menos grave que lo es la santificacion de las fiestas. Sabeis, pues, hermanos mios, que entre los preceptos de la Iglesia hay uno que nos manda el oir Misa los dias de fiesta: y hay otro que nos manda santificarlas; pero si para santificarlas bastáse el oir Misa, ¿para qué mandarnos por otro diferente precepto el santificarlas? Tenemos, pues, todos los fieles, à mas de la obligacion de oir Misa los dias de fiesta, otra particular de santificarlas. Estamos, pues, obligados todos, no solo à oir Misa en Domingo, sino tambien à santificarlo.

Guardarás el Domingo, sirviendo á Dios devotamente. Aqui no nos dice una hora, ni dos, ni tres, sino el dia: no una pequeña parte, sino todo entero, ò à lo menos la mayor parte. Oir la Misa, es santificar una pequeña parte, pero no el dia: es servir à Dios mientras dura la Misa: pero si paran aqui los exercicios de piedad, y no pensais mas en

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dios, ni en vuestro aprovechamiento, no santificais el Domingo, y por consiguiente cometeis un pecado, que en sí es mortal: puesto que deliberadamente, y conociendolo, quereis faltar à un Mandamiento formal que nos obliga à santificar el Domingo.

Si para santificarlo bastáse oír Misa, se habria de borrar el tercer precepto del Decálogo, ò bien se habria de decir, que mandandonos Dios la santificacion del Domingo, pretendió que nos estuviesemos mano sobre mano todo aquel dia: esto es, que nos haya mandado el ocio que tanto abomina, y en tal caso el Domingo no sería ya dia del Señor, ni dedicado à su servicio, sino un dia de descanso, en que es permido à todos hacer lo que bien les parezca, con tal que se abstengan de todo lo que puede ser trabajo corporal.

El Mercader podrá emplear el tal dia en registrar sus cuentas, en visitar sus almacenes, en sacar cuentas de la ganancia, en escribir cartas, ò bien en leer alguna historia que lo divierta, con tal que esté cerrada la tienda: ¿ habrá santificado el Domingo?

El Labrador pasará el dia en reconocer sus ganados, en visitar sus campañas, en ajustar cuentas, y pagar à sus criados, y jornaleros, en comprar, y vender, con tal que no trabaje la tierra: ¿ habrá santificado el Domingo?

Los Artesanos podrán llevar de una parte à otra, ò ajustar lo que ha trabajado entre semana, y despues de comer divertirse con sus amigos, ò ir à visitar à sus parientes, con tal que no trabajen: ¿ cumplen con el precepto?

¿ Qué mas? Hay no pocos de aquellos que la profanan con un trabajo prohibido. Estos son aquellos Artesanos que trabajan dos, ò tres horas despues de la media noche del Sabado. Poco les vá à estos tales el desagradar à Dios, con tal que sus aventureros queden contentos. Estos son aquellos Mercaderes que pesan, y miden, y despachan sus mercancías à puerta cerrada en tales dias, como si vos, Dios mio, no les viéseis de qualquier modo, ò como si fuese licito lo que prohibís, con tal que no lo hagan en público. Pero estos no os temen, no respetan vuestros Mandamientos, sino al gobierno y multas de justicia.

A este tenor, ¿ quántos desordenes, y abusos no se cometen en el tiempo de la siega en la campaña? Qué descuido no se vé en aquellos que tienen la incumbencia de que no se falte à las leyes del Príncipe? Frívolos motivos de parte del que pide licencia de trabajar en Domingo, y condescendencia detestable en el que la dá. Sé que hay algunos casos en que es forzoso el trabajar; pero sé tambien que estos facilmente se multiplican, se buscan; se inventa necesidad; no se tiene ningun cuidado, porque se reputa el Domingo como los otros dias; no parece cosa indecente el trabajar en tal dia, no se tiene escrúpulo de ello; porque se considera el Domingo como un dia perdido.

Y verdaderamente es un dia perdido; esto es, para el Cielo, y ganado para el infierno: porque si en la ley de Moysés, que era solo una sombra de la nueva, mandó el Señor expresamente que fuese apedreado un hombre que solo hubiese recogido leña en dia de Sabado, ¿ quál será el castigo que daréis, Dios mio, à aquellos que con un trabajo ilícito profanan la santidad del Domingo, infinitamente mas respetable que el Sabado; vendiendo, comprando, cargando para el viage sus cabalgaduras, y todo por motivos que les parecen buenos; pues todo parece bien al que se ha forjado una conciencia errónea. Pero vos, Dios mio, los exâminaréis, vos pesaréis estos motivos con el peso de vuestra justicia. Ah! hermanos mios, hallaréis haber errado la cuenta quando compareceréis delante de él, y os juzgará, no segun vuestros pensamientos, sino segun la verdad, ley, y mandamientos que os ha dado.

? Pero qué dirémos de aquellos que pasan la mayor parte de tan santo dia en el juego, bayle, y divertimientos? Esto no es una simple profanacion, sino un exceso de ella, y del escándalo, es una especie de sacrilegio, y de abominacion; no en lugar sagrado, sino en un dia santo, que el mismo Dios ha santificado, y consagrado.

No reprehendo yo el que tomeis algun desahogo, y divertimiento, con tal que sea inocente. Ya sabeis que no pretendo de vosotros cosas que os puedan parecer demasiado rígidas. Pero ay, que puedo temer no me condene Dios, por

haber usado con vosotros de demasiada dulzura, y condescendencia, antes que por haberos tratado con severidad.

Pero al vér el relajamiento, y abusos acerca de la santificacion del Domingo, llegar à tal exceso, que el dia del Señor no es sino el dia de los divertimientos, de los desordenes, de los bayles, del juego, de la embriaguéz, de la vanidad, de las conversaciones, de los placeres, de la lujuria, y de todos los vicios. Al vér por una parte jóvenes doncellas emplear toda una mañana *en adornarse como templos*, (Ps. 143. 12.) para dejarse vér en tiempo de Misa, y dar muestra de su talle, y adornos, como deja vér un Mercader sus mercancías; por otra parte se dejan vér jóvenes insensatos, prendados de sí, y de peynarse como mugeres, y no tardará tal vez mucho que intentarán los tales vestirse como las mugeres; al vér unos, y à otros que vienen à la Iglesia à dejarse vér, à ponerse lazos, y asechanzas para corromperse, y arruinarse recíprocamente; pensar solo en esto desde la mañana hasta la noche; dedicar à la vanidad, à la impureza, aun aquel poco tiempo que pasan en la Casa de Dios: quando vemos à algunos que empiezan temprano el juego, y jamás acaban; quando vemos las mugeres, hablo de las distinguidas, y de las que no lo son, juntarse para murmurar, maltratando con sus lenguas al vecindario, y à toda la Parroquia; al ver, finalmente, personas de toda especie, y estado, emplear el Domingo, no en servir à Dios, sino en ofenderlo; no en salvar sus almas, sino en condenarlas; al vér todas estas cosas, podreis quejaros si levantamos la voz contra la profanacion, y los escándalos?

El dia de gracia ha llegado à ser dia de pecado; el dia de bendicion, el de maldicion; y lo peor que hay es, que entre todos los pecados, este es de quien menos caso se hace. La ceguedad, y la dureza de las conciencias en este punto ha llegado à tanto, que en este mismo tiempo que os predico, me reprehendeis de exâgerador, y decís dentro de vosotros mismos que soy demasiado fuerte; y que segun lo que digo, seria preciso que reputasemos, y diesemos por condenado à todo el mundo.

¿Nosotros exâgeramos? Hemos acaso inventado la ley, ò hemos

mos hecho los Mandamientos? Os podemos predicar mas de lo que está escrito? Y qué está escrito? *Santificarás el Domingo, sirviendo à Dios devotamente*: ¿y qué quiere decir esto, sino que emplearéis el Domingo en la oracion, exercicios de piedad, y buenas obras? Si lo entendeis de otra manera, decidnos en qué consista la santificacion del Domingo, qué cosa sea, y como la entendéis.

Pero si no es posible entenderlo de otra manera, ni explicarlo, si en lugar de emplear los Domingos en obras dignas de una piedad christiana, los empleais al contrario en vuestros negocios, divertimientos, y en un ocio total; si este dia dedicado al servicio de Dios, es aquel en que principalmente lo ofendeis, si cometeis mas pecados en el Domingo solo que en los otros dias de la semana, y si con todo esto, apenas hay uno que se acuse en la confesion de no haberlo santificado, quasi ninguno, que confesandose de haber murmurado, de haber condescendido con deseos impuros, ò hecho acciones deshonestas, ninguno hay digo que añada: *Y esto lo he cometido en Domingo*: aunque sea esta una circunstancia que haga mas grave el pecado; finalmente, si faltando habitualmente à un precepto formal, à una de las obligaciones mas graves de la Religion, y haciendoos por consiguiente reos cada ocho dias de un pecado mortal, no haceis el mas mínimo escrúpulo; los Curas habrán de callar sobre un punto de tanta importancia, y dejandoos arrastrar del torrente del vicio, ¿familiarizarán la severidad de la ley al relajamiento de costumbres? Será preciso, pues, para conformarse con el siglo, que llamemos bueno lo que es malo; que es licito lo que está prohibido; venial, al pecado que es mortal; y ensanchando el camino del Cielo, predicaros una Religion, y un nuevo Evangelio?

Será preciso deciros, que despues de haber oido Misa, ò à lo mas à las Vísperas, podeis emplear licitamente el restante del dia en ocio, y divertimientos? Que atendiendo una hora à la mañana, y otra à la tarde al servicio de Dios, estaréis seguros en conciencia? Que la Misa es solamente de obligacion, y los demás exercicios de piedad con que las almas fervorosas creen deber santificar el Domingo, son obras de su-

Universidad de Deusto
Biblioteca

supererogacion; esto es, que el mandamiento de Dios sobre este punto no es mandamiento, sino un mero consejo. Si os predicasemos este moral, os causaria horror: ¿os predicamos lo contrario, y decís que exâgeramos?

Esto sucede, porque pasamos de un extremo à otro, habiendo de guardar un prudente medio. Explicadnos finalmente, ¿qué quiere decir: *Santificarás el Domingo, sirviendo à Dios devotamente*? Contad, distribuid las horas desde la mañana à la noche, y decidnos, ¿quántas habeis de emplear en el servicio de Dios, para asegurarос à la noche, quando os vais à la cama, de haber santificado el Domingo? Creeis bastante la mitad, ò un tercio, ò un quarto del dia? Me parece que esta pregunta os conmueve, y os embaraza: responded lo que bien os parezca; pero acordaos que vuestras idéas, razones, pretextos, y escusas, no mudarán un punto de los Mandamientos de Dios, ni los de la Iglesia. Sabed, y acordaos, que para santificar el Domingo, es preciso que os empleeis en el servicio de Dios, como os empleais los demás dias en el trabajo: y el divertimiento que se os permite en tal dia, no debe ser mas largo que el de los otros dias. De hecho, ¿por qué motivo os habeis de tomar mayor recréo en un dia consagrado à Dios, del que quisierais tener en dia dedicado à vuestras ocupaciones? El Domingo es dia de descanso, es verdad; pero descanso de las cosas de la tierra, y dia de trabajo para las del Cielo, y para el negocio de la eternidad.

Despues de todo esto, me preguntaréis sin duda, amados Parroquianos mios, ¿cómo se ha de emplear un dia entero en el servicio de Dios, y en qué se debe ocupar un Christiano desde la mañana hasta la noche, para no tener que arrepentirse de la santificacion del Domingo? Es muy justo que os responda, y que os lo decláre; pero por quanto seria menester que me alargáse demasiado, lo haré el Domingo siguiente, entre tanto os ruego por las entrañas de Jesu-Christo, y por el bien de vuestras almas, que hagais reflexion séria à quanto hasta aqui os he dicho. Os volvemos à decir que no hemos hecho nosotros el precepto;

cepto; pero es obligacion nuestra el explicaroslo, y daros à conocer que no tiene dos sentidos: *Santificarás el Domingo, sirviendo à Dios devotamente*. Un precepto tan claro como este, no necesitaba de explicacion, y causa maravilla, no el que se quebrante, porque, ¡qué es en lo que faltamos, Dios mio! Pero es cosa que sorprende vér un grandisimo número de Christianos, cuya conducta parece arreglada, faltar à este precepto sin escrúpulo alguno, y de tal manera que jamás lo mencionan en las confesiones. Os exôrto, pues, amados hermanos mios, à que no dejeis de asistir el Domingo que viene, à fin de informaros, è instruiros en todo lo que falta que decir sobre esta materia tan importante, y en vuestras oraciones me encomiendo.

SER-

SERMON

PARA EL DECIMOSEPTIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

CONTINUACION DEL PASADO, sobre la santificacion del Domingo.

Diliges Dominum tuum ex toto corde tuo.

Amarás à tu Señor Dios con todo tu corazon. *San Matheo cap. 22. ℣. 27.*

DEspues de haberos dicho en el ultimo Sermon, que os hice, los motivos que obligan al Christiano à santificar el Domingo, procuré haceros vér, amados Parroquianos mios, qué ridiculeza es el pensar, que para cumplir con esta obligacion basta el oír Misa, emplear una, ò dos horas en el servicio de Dios, y creer que se pueda pasar lo restante del dia en diversiones, y particulares negocios. Para acabar de deciros lo que me queda sobre este asunto, me atengo à las palabras del Evangelio que habeis oído: *Amarás à tu Señor Dios*: y si es verdad que somos criados, y venidos al mundo para conocer, amar, y servir al Señor con todo el corazon, como hemos aprendido desde la niñéz: si es verdad consiguiente que debemos consagrar à su servicio, y à nuestra santificacion todos los dias, y todas las acciones de

de nuestra vida: ¿cómo es posible que haya entre nosotros un número tan grande de Christianos, los quales se ciegan de tal modo que le roban aun aquel dia que él se ha reservado con especialidad? que lo miren como un dia, del qual pueden disponer, que no lo distinguen de los otros sino con el relajamiento, poca circunspeccion, y menos piedad de la que muestra en el resto de la semana? Por poca fé que os quede, y algun sentimiento de Religion (puesto que no pienso hablar con personas que estén privadas de ello del todo) confesaréis conmigo, que hay cosa fuerte: ni se puede decir contra un abuso tan estraño, y tan estendido. ¿Pero quáles son las obras buenas, con cuyo exercicio se puede santificar el Domingo, y que podamos poner por obra desde la mañana hasta la noche? Esto es lo que voy à deciros. Tal vez repitiré algunas de las cosas dichas, pero hay algunas que jamás se dicen bastantemente.

PRIMERA REFLEXION.

DEbriamos maravillarnos por cierto, que haya Christianos, à quienes se les dió seis dias en la semana para atender à sus negocios temporales, y se vé bien que los saben emplear, encontrarse despues tan embarazados, sin saber en qué ocuparse, si quieren dedicar un dia al servicio de Dios, y à su salvacion. Es cosa à la verdad, bien estraña, que hombres distraídos continuamente en su trabajo, del qual tal vez se quejan porque no les da tiempo para atender à su salvacion, lleguen à decir friamente, que no saben en qué ocuparse el Domingo, si se les prohibe el juego, y divertimientos.

Quando os exôrtamos à orar à menudo, à recogeros, y pensar en vuestra alma, os escusais con las ocupaciones, y enredos de vuestros negocios del campo, del comercio, y del sustento: decís que apenas teneis tiempo à la mañana, y tarde para decir las oraciones, que muchas veces os veis precisados à dejarlas, y las mas de ellas à decirlas malamente: llegado despues el Domingo, dia santo, en el qual no hay trabajo, ni comercio, os parece, como lo decís, muy largo para dedicaros à las obras de piedad: os quejais que los oficios de la Iglesia son largos, y que os es molesto el sonido de la campana que os llama à la Iglesia? ¡Es-

traña cosa à la verdad! En la semana no hay tiempo para servir à Dios, el Domingo es demasiado largo para emplearlo en el servicio de Dios. Así se piensa, y se habla comunmente. Pero vamos al Domingo, y contemos las horas de un dia tan santo, que se haria insoportable, como decís, quando solo se hubiese de pensar, y dedicar todo à la devocion.

Supongamos, que, à lo menos, asistais al oficio de la Parroquia. Seria preciso ignorar los principios de la Religion para persuadirse que despues de haber oido la Misa, que dura ordinariamente media hora, se pueda cumplir con la obligacion para con Dios en la santificacion del Domingo, como si la santificacion de un dia entero pudiera ser negocio de una media hora. Yo no os volveré à repetir aqui lo que os he dicho en otra ocasion sobre la obligacion que nos ha impuesto la Iglesia à todos los Fieles de asistir regularmente à la Misa mayor de la Parroquia, pues amenaza con excomunion à qualquiera que sin motivo justo faltáse à ella tres Domingos consecutivos. (*Vease el Sermon del quarto Domingo despues de Pentec.*)

Por otra parte es inútil el responder à aquellos que preguntan si están obligados à asistir à las Vísperas. El verdadero Christiano no hace jamás tales preguntas. Está éste persuadido que habiendose de consagrar à Dios los Domingos, sería cosa ridicula el preguntar si le es lícito el defraudar el tiempo al Oficio Divino, creyendose obligado, no solo à asistir por sí mismo, sino tambien para dár buen exemplo: porque los vecinos, hijos, y criados podrian escandalizarse de su descuido en esta parte; y tambien porque si no tubiesen los Christianos una especie de obligacion de asistir en quanto puedan à todos los Oficios de la Parroquia en el dia santo del Domingo, ninguno tendria escrúpulo de dejar de asistir à ellos. Los Clerigos se verian luego solos en la Iglesia, y la funcion que se hace no tendria todo aquel ayre de solemne que le dá la muchedumbre del pueblo que concurre; porque así como la Corte del Rey es tanto mas magnifica, quanto mas numerosa es, así tambien parece que el servicio de Dios es mas magestuoso, quanto es mayor el concurso.

Así piensa el verdadero Christiano, el qual juzga deber contribuir en quanto pueda à la solemnidad de un dia tan respe-

petable, en el qual los hijos de Dios deben acudir à su templo, y darse exemplo de edificacion unos à otros con aquella ansia que manifiesta el zelo, y el fervor de la devocion christiana. Y por motivos legitimos, como sería la distancia del lugar, las calles impracticables, ò por estar enfermo, no pudiera asistir à la Iglesia, no deja por eso de hacer en su casa lo que hubiera hecho en la Iglesia, dedicandose à la oracion, y à leer libros devotos por todo el tiempo que juzga podrá durar las funciones de la Iglesia. Estos exercicios de piedad no los hace él como cosas de supererogacion, sino porque las juzga indispensables à un Christiano. Finalmente, si alguna ocasion no pensada le impide el poder hacer todo lo dicho, ò en la Iglesia, ò en su casa, el Señor que vé el interior de su corazon, y conoce su recta intencion, hará cuenta con su buena voluntad, sabiendo que no lo deja por descuido, por interés, ò por su placer.

Un Christiano como éste jamás vendrá à hacernos tal pregunta; esto es, si tiene obligacion de asistir à las Vísperas. Pero vendrán otros, que en el tiempo de Vísperas quieren atender à todas las demás cosas, menos à las del servicio de Dios, y veis por consiguiente lo que quieren significar, y lo que preguntan.

Preguntan si se podrán sentar en mesa para comer media hora antes de las Vísperas; de manera, que comiendo, y bebiendo, mientras cantamos las alabanzas al Señor, no pueden dejarse vér en la Iglesia, è imposibilitan tambien à sus criados à que puedan asistir. Debrian los tales, à lo menos el Domingo, desocuparse à buena hora, para no dár con su falta mal exemplo, y escándalo.

Preguntan si está mal hecho el estar con los naypes en la mano en el tiempo que las ovejas están aqui juntas con su Pastor, y si deben, al oir la campana, dejar el juego, y el divertimiento por el servicio de Dios.

Preguntan si es cosa mala el hacer, ò volver visitas inútiles, tal vez pecaminosas en horas destinadas à visitar à Jesu-Christo en su Templo; el detener en su casa à aquellas personas que desearian ir à la Iglesia, llegandolas tal vez à disuadir, burlandose de la devocion. Debrian las tales en estas ocasiones

mostrar que son Christianos: que no se avergüenzan de asistir à las Vísperas, y que su casa está bien regulada.

Preguntan si les es licito en tiempo del Oficio Divino ir à visitar sus campos, ò ajustar algun negocio, ò hacer algun contrato, ò registrar papeles, leer libros divertidos: ir à la caza, ò dormir, ò estar ociosos: con todo, debrian estos, quando los llama la campana, dejar todas sus diversiones, y negocios para asistir à la Casa de Dios.

Se vé en estas, y otras preguntas semejantes tan poca fé, religion, y conocimiento; son tan enfadosas, que me avergüenzo de repetirlas, y de responder à ellas. ¿Pues qué personas, que desde que se levantan, hasta la hora de ir à Misa, solo piensan en sus intereses, y negocios; que desde acabada la Misa, hasta las Vísperas, solo hablan de sus negocios, y diversiones; que desde las Vísperas, hasta la noche, solo se emplean en pasatiempos, se atreverán à preguntar si están obligados de asistir à las Vísperas?

No, amados hijos mios, no hay precepto formal que os obligue determinadamente à asistir, ni à los Maytines, ni Vísperas, ni Sermon; pero hay un precepto formal que os obliga à algo mas: puesto que sería aquello negocio de pocas horas, mientras que el precepto de que tratamos os manda consagrar à Dios todo el Domingo, ò à lo menos la mayor parte de él.

Guardarás el Domingo, sirviendo à Dios devotamente. Quiere decir, que luego despues que os disperteis à la mañana, debeis decir: *He aqui el dia que ha hecho el Señor.* Y lo ha hecho, no para que se emplee en los negocios del mundo, mucho menos en divertimientos, y en ocio; pero sí en su servicio, y en la santificacion de mi alma. Llenos de este pensamiento, vuestras oraciones serán mas largas de lo acostumbrado; de aqui pasareis al exámen de la conciencia, en el qual pensareis en los pecados cometidos, y en los beneficios que habeis recibido de Dios entre semana: ha pasado ésta, Dios mio, y nada he hecho para el bien de mi alma, y para gloria vuestra; he multiplicado mis culpas; he abusado de vuestros beneficios: compadeceos, Señor, de mí, y haced que en este dia, dedicado à vuestro servicio, recompense mi descuido, mi relajamiento,

y

y mi infidelidad, y que me renueve en el fervor, y en el amor vuestro.

Luego que hayais hecho esta oracion, y el exámen de vuestra conciencia, leereis en el Nuevo Testamento el capítulo en que se contiene el Evangelio de aquel Domingo, lo hareis de rodillas, ò de otro modo decente, con la atencion, y respeto que pide un libro tan santo. Esta leyenda os dispondrá para recibir, entender, y poner por obra las instrucciones que os damos desde este lugar, y empleando de esta suerte la mañana, vendréis à la Misa Parroquial con pensamientos, y disposiciones dignas de un Christiano; sereis de los primeros en venir, y de los últimos en salir, y asistireis de un modo útil para la edificacion de los Fieles, y para vuestra santificacion.

Despues de la Misa, hasta las Vísperas, dando el tiempo necesario à la comida, y à una honesta recreacion, os podeis ocupar antes en leer algun libro espiritual, ò en una conversacion edificativa: podeis tambien pensar en lo que habeis oído en el Sermon: lo que os ayudará, quando asistais à las Vísperas, à levantar con el canto los pensamientos, y afectos al Cielo, en donde los bienaventurados espíritus cantan eternamente las alabanzas de aquel Señor à quien servís.

Acabadas las Vísperas, podeis ir à visitar los enfermos, à consolar à los pobres, y afligidos, à instruir à vuestros hijos, ò criados, ò à leer el Nuevo Testamento, ò el Kempis, vidas de Santos, ù otro libro semejante; y finalmente, despues de dár tiempo al paseo; ò alguna otra inocente diversion, os retiraréis temprano à casa, y volviendo à repetir el exámen de la mañana, de quanto habeis hecho en la semana, os prevendreis para lo que habeis de hacer en la semana siguiente. Tendreis cuidado en preveer las ocasiones que se os podrán ofrecer de ofender à Dios, en cuya presencia propondreis el evitarlas, y el serle mas fiel en adelante. Le suplicareis por los merecimientos de Jesu Christo, que eche nuevas bendiciones sobre vosotros, vuestra casa, y bienes. Poneos à dormir con estos pensamientos, y al otro dia volvereis à tomar vuestro trabajo con nueva confianza en Dios, y en su bondad, cuya benéfica mano os conserva, mantiene, guia, y bendice quanto

ha-

haceis, para que podais cumplir con las obligaciones de vuestro estado, en que os ha puesto la Divina Providencia.

SEGUNDA REFLEXION

¡AH, hermanos mios, qué mudanza de costumbres no se veria entre nosotros, si se santificáse el Domingo como se debe! No tendriamos el dolor de ver no pocos Artesanos gastar en la Taberna quanto han ganado entre semana, y parte tal vez de lo que han de ganar en la siguiente; no sucederian las discordias, riñas, y otros desordenes, que son efectos necesarios de un tal modo de proceder, que destruye á las familias, y los pone en el estado mas deplorable. No tendriamos el dolor de vêr las personas mas distinguidas de la Parroquia pasar en el juego, y en divertimientos frívolos, el tiempo destinado al servicio de Dios, del qual nada se cuidan, y apartan tambien à sus criados, dandoles tan malos exemplos de una vida libre, quando por su carácter, y distincion debrian edificarlos con los exercicios de las virtudes, y de verdadera piedad.

Antes bien tendriamos el consuelo de vér reynar entre vosotros el espíritu de recogimiento, de modestia, y fervor, no solo en la Iglesia en tiempo de las funciones, sino tambien en vuestras casas, y hasta en las diversiones, inocentes que permite la Religion. Todos los Fieles, atentos solamente en este santo dia á su conciencia, y salvacion, pensarian con dolor de su corazon en los años de la vida pasada; y haciendo séria reflexîon sobre sí mismos, serian mas exâctos en cumplir con sus proprias obligaciones, mas atentos à referir à Dios todas sus acciones, mas mirados en su modo de pensar, y hablar, mas sufridos en los trabajos, mas caritativos, y afables con el proximo, mas cuidadosos de sus hijos, y criados; en suma, mas cuerdos, y mas Christianos en todas sus obras.

Dichoso el que ha hecho habito de dedicar todo el Domingo al servicio de Dios, y al negocio de su conciencia! Luego que este dia llega, le mira con alegria, y le reputa, no solo como el dia de gracia, sino como un dia de dulzura, y consuelo. Sí, Señor, dice el Profeta, este dia empleado en vuestra Casa, es infinitamente mejor que los demás. Este es el dia

dia en que libre de todos los cuidados que me distraen, se encuentra mi alma absorta solo en vos: ella descansa dulcemente en vuestro seno, y encuentra en la tierra la imagen de aquella paz eterna, de la qual gozan los bienaventurados en el Cielo.

¡Quàntas bendiciones no lloverian sobre vosotros, amados Parroquianos mios, si fueseis fieles en santificar el Domingo! Bendiciones, no digo solo sobre vuestras almas, pero tambien sobre vuestros bienes, campañas, y todas las otras cosas. ¿Hay que poner duda en que las bendiciones temporales que prometia Dios à los Israëlitas quando los exôrtaban à santificar el Sabado, no esté tambien aparejado el mismo à echaroslas sobre vosotros, como recompensa de vuestra fidelidad en santificar el Domingo, el qual es para los Christianos como lo era el dia del Sabado para los Judios? Antes bien por este motivo debeis mirar la sequedad, y la esterilidad de los campos, las enfermedades, y tantos otros azotes, como castigos merecidos de los Christianos por la profanacion que hacen de tantos modos del dia del Señor.

Venid despues á quejaros por haberse disminuido el número de las Fiestas de precepto. No santificais el Domingo, que solo viene de ocho en ocho dias, y despues llevais à mal que se hayan quitado algunas Fiestas? Quan bien se os podria aplicar à vosotros aquel dicho del Apostol San Pablo, sobre la ley de Moysés, que no parecia haberse dado à los Judios sino para aumentar su prevaricacion. ¿No sucede por ventura lo mismo en nuestros dias, en los quales parece que solo se hayan aumentado las Fiestas para aumentar vuestros pecados; esto es, para aumentar la embriaguez, los desordenes, los bayles, las deshonestidades, las blasfemias, los pleytos, la profanacion, y los escándalos? *Lex subintravit, ut abundaret delictum.* (Rom. 5. 20.) ¡Santo Dios, qué no podriamos decir sobre este punto, que no diriais vosotros mismos, si quisierais hacer una poca reflexion! Pero es este un asunto que pide una particular instruccion; y yo acabo ésta, resumiendo en pocas palabras lo que os he dicho en el Domingo pasado, y en este de hoy.

Dediquemos, pues, como es muy justo que lo hagamos, un dia cada semana al servicio de Dios, y al bien de nuestras al-

almas; de suerte, que estas dos cosas sean unicamente en aquel dia nuestra principal ocupacion. Es, pues, evidente, que para cumplir con estas dos cosas, no basta el oir solamente la Misa, ni tampoco los otros Oficios; porque el tiempo que empleamos en ellos, no es la mayor parte del dia, y para santificar el Domingo es menester ocuparse, à lo menos, la mayor parte en exercicios de piedad, y práctica de obras buenas.

El precepto de Dios, que nos obliga à santificar el Domingo, no es menos formal, ni menos grave de lo que lo es el precepto de la Iglesia, en virtud del qual estamos obligados à asistir à la Misa. Ahora, pues, el dejar de oir Misa en dia de Fiesta sin motivo grave, es pecado mortal; ¿cómo, pues, podrá juzgarse libre de pecado mortal el que no santifica el Domingo?

No hay ninguno, de qualquiera estado, y carácter que sea, que no pueda santificarlo, y por consiguiente ninguno hay, que esté dispensado de ello. Aun aquellas personas que están absolutamente obligadas à viajar, ò bien sea por el servicio público, ò por negocios particulares, que no pueden dilatarlo à otro dia, pueden, y deben santificarlo: en todas partes se puede rezar, exâminar la conciencia, pensar en su estado, y en las necesidades del alma. Los enfermos lo pueden santificar uniendo su intencion à la de la Iglesia, ofreciendo sus males à aquel Cordero sin mancilla que todos los ha tomado sobre sí, y que continuamente se sacrifica por nuestro amor.

Finalmente, uno de los medios mas eficaces para santificarnos à nosotros mismos, y merecernos las bendiciones del Cielo, asi espirituales, como temporales, es el emplear santamente el Domingo, enmendando lo pasado, y precaviendo lo por venir, haciendo sérias reflexiones sobre la importancia de nuestra salvacion, sobre los juicios de Dios, sobre la vanidad del mundo, en el qual somos solo pasageros, y peregrinos, sobre la casa de nuestra eternidad, à la qual nos acercamos de dia en dia, y à donde la mayor parte de los hombres llegan sin echarlo de vér, y en aquel mismo tiempo en que menos piensan dár à Dios estrecha cuenta de su vida.

Gran Dios, que habeis contado todos los instantes de esta fragil vida, y poco duradera, que tan malamente empleamos, aunque solo hemos sido criados para conoceros, amaros, y ser-

serviros, y que pensamos en todas las demás cosas, menos en las que pertenecen à vuestro servicio: ¡inspiradnos, Señor, con vuestra gracia, los sentimientos de respeto, de piedad, y de fervor, de los quales debemos estár penetrados quando llegue aquel dia, que es tan respetable à los ojos de qualquiera que tiene la dicha de vivir en el gremio de vuestra Iglesia, y de conocer los mysterios que os habeis dignado revelar!

Este es aquel dia, ò Dios todo poderoso, en el qual habeis criado desde el principio del mundo la luz que nos alumbra; este es el dia en que Jesu-Christo, el Sol de Justicia, la luz de vuestra eterna luz, salió glorioso del sepulcro, y acabó, y perfeccionó con la resurreccion la grande obra de la Redencion. Este es, finalmente, el dia en que vuestro divino Espíritu bajando sobre los Apóstoles, disipó las tinieblas del error en que estaba el mundo, y nos hizo pasar de éstas à la luz admirable del Evangelio.

No permitais, pues, ò Señor, que profanemos un dia tan santo, ni con algun trabajo prohibido, ni con un descanso ocioso, mucho menos abandonandonos à las obras de tinieblas, que son los pecados. Antes bien haced, que obrando nosotros como hijos de luz, atendamos desde la mañana hasta la noche à los exercicios santos, y obras de piedad christiana: y si nos vemos precisados à interrumpirlos, para tomar alguna honesta recreacion, haced, Señor, que no perdamos el espíritu de recogimiento, y fervor, del qual debemos estár mas llenos aquel dia que en los demás.

Haced finalmente, que nuestra exâctitud en santificar este dia, que vos mismo habeis bendecido de tantas maneras, y santificado, sea nuestro remedio contra la distraccion que lleva consigo el trabajo de entre semana. Bendecid, Dios mio, este nuestro trabajo, y haced que lo santifiquemos tambien, ofreciendolo à vos, y haciendolo à mayor gloria vuestra, para que seamos dignos de descansar con vos, y en vos en la eterna bienaventuranza. Asi sea.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON

PARA EL DECIMOOCTAVO DOMINGO despues de Pentecostés.

HACER BUEN USO DE LAS enfermedades.

Offerebant ei Paralyticum jacentem in lecto.
Presentaron à Jesu-Christo un Paralítico postrado en el lecho. *San Matheo cap. 9. ℣. 2.*

QUeriendo curar Jesu-Christo à este paralítico, le comenzó à decir: *Te son perdonados los pecados*, y quiso que fuesen testigos los Fariséos de tal cura, para darles prueba del poder que tenia de perdonar pecados: *Para que sepais que el Hijo del hombre tiene autoridad de perdonar pecados, mandó al paralítico levantarse del lecho, è irse à su casa.* ¿Qué quiere decir esto, hermanos mios, sino que las enfermedades son efecto, y castigo de los pecados, no menos que la muerte, la qual llega finalmente à romper la union de este frágil cuerpo, despues que lo ha ido arruinando poco à poco con las enfermedades. De aquí procede, que estás enfermedades, aunque mortifiquen al cuerpo, son provechosas al alma, pues nos traen à la memoria dos verdades que olvidamos facilmente, aunque siempre las deberiamos tener presentes: la primera es, que somos pecadores; la segunda, que somos mortales. Haciendonos acordar las enfermedades de

de nuestros pecados, nos obligan à purgarlos con la penitencia, y trayendonos à la memoria la muerte, nos despegamos del mundo, y nos aparejamos para bien morir.

PRIMERA REFLEXION.

POR poco que entremos dentro de nosotros mismos, encontrarémos dentro, y fuera de nosotros mismos infinitas cosas, que nos hacen tocar con la mano, que somos hijos de un padre pecador, y que somos nosotros mismos pecadores. Nuestra vida es solo un tegido de miserias, y son inútiles los trabajos que ponemos para hacernos felices en la tierra: estos mismos prueban, no solo que debemos esperar otra mejor vida, sino tambien que hemos merecido haber sido desgraciados en este mundo. La flaqueza, y juguetes de la niñéz; las pasiones de la juventud, que es la edad de imprudencia, y desenvoltura; los trabajos, è inquietudes de la edad madura; la debilidad, y enfermedades de la vejéz, son todas cosas que nos dán à conocer que somos hijos de ira; y parece que la Justicia divina nos persigue, como à tantos reos, desde nuestro nacimiento hasta la muerte.

Pero como las miserias de la naturaleza son comunes à todos los hombres, nada nos mueve: de aqui es, que para que nos acordemos de haber pecado, es preciso que nos lo dén à conocer las desgracias, y aflicciones proprias. De hecho los hijos de Jacob no reconocieron el mal tratamiento que habian hecho à su hermano Joseph, ni conocieron la enormidad de su delito, hasta que se vieron en la carcel. (Genes. 41.) El sobervio Antioco no se acordó de los excesos que executó en Jerusalén, y de las impiedades que cometió en el Templo, sino quando se vió abandonado de la fortuna, oprimido de las desgracias, y cercano à la muerte. (Mach. lib. 2. cap. 5.) solo en el tiempo de la afliccion, y principalmente en los dolores de una grave enfermedad, ò peligrosa, vuelve el pecador la vista à la vida pasada, ò bien se le representan sus pecados con toda su malicia, y con todas sus circunstancias.

Digo principalmente en el tiempo de una grave enferme-

dad, porque siendo el cuerpo la parte mas sensible que tenemos, y la causa de nuestros desordenes, los dolores que padece, nos representan todos nuestros desordenes, de la misma manera que los azotes que le dán á un muchacho, le hacen acordar su falta, por la qual es castigado: y vemos que el mismo santo Job, despues de haber sufrido con una paciencia incomparable, y sin quejarse, la pérdida de sus hijos, de sus criados, rebaños, y de todos sus bienes; luego que Dios lo hiere en el cuerpo, no puede refrenar mas sus lamentos, y prorrumpe, aunque justa, y lícitamente: *Peccavi, quid faciam tibi, ò custos hominum*? He pecado, lo confieso; ¿pero qué puedo hacer para aplacaros, ò Salvador de los hombres? (Job. 7.)

La mayor parte de los Christianos, mientras gozan una salud perfecta, jamás piensan en los pecados cometidos. Algunos abandonados del todo à su pasion dominante, no se acuerdan que tienen en el Cielo un perpétuo testigo de sus acciones, y de sus mas ocultos pensamientos: otros forjandose una conciencia errónea, y una moral acomodada à su gusto, y à sus malas inclinaciones, no vén el mal donde lo hay, y aun los pecados que no pueden dejar de confesar, pierden en su opinion una gran parte de su malicia, no solo por las escusas con que los cubren, sino por los pretextos con que les dán un falso color.

Por otra parte vemos muchos, cuya conducta es irreprehensible; pero que habiendo cometido muchos pecados en otro tiempo, ya no se acuerdan, y aun parece que pasan poca pena de ellos: bien diferentes en esto del Santo Rey David, que jamás perdió de vista su pecado. Lloraba continuamente los pecados de su juventud, y temblaba de los que habia cometido por ignorancia.

Conocia muy bien la santidad del Juez tremendo, à cuyos ojos el hombre mas puro, no está sin mancha; *el qual ha encontrado defectos aun en los Angeles*; que tiene tambien presente, y castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera, y quarta generacion; que conserva, y deposita en cierto modo nuestras maldades en el tesoro de su justicia, para castigarnos aun despues de habernos perdonado las culpas. Esto es, lo que nos vemos obligados à conocer, y confesar quando el Señor nos alienta la mano, hiere à esta nuestra carne, y nos derriba en un lecho de dolor, y enfermedad, ya que hemos hecho servir este nuestro cuerpo à las pasiones, y que ha sido el instrumento, y causa de todos nuestros desordenes; haciendose todas las partes enfermas otras tantas bocas, que nos acuerdan el desarréglo de la vida pasada.

Los ojos turbios, pero extraordinariamente encendidos con el ardor de la calentura, os hacen acordar, hijos mios, de los pecados que con ellos habeis cometido. Los labios pálidos, el paladar seco, la lengua torpe, os traen à la memoria las blasfemias, las murmuraciones, las conversaciones deshonestas, los besos lascivos, la destemplanza, y embriaguez, y vuestros demás vicios: y sin hacer yo mas larga numeracion de cosas, que os será facil el hacer, todo el cuerpo os hará conocer vuestros pecados, à los quales principalmente cooperó.

Dichosos vosotros, si mirando los dolores como un remedio para sanar al alma, besais la mano del Médico omnipotente, el qual solo hiere para sanar, y solo os castiga porque os ama. Padecerán la cabeza, el pecho, y las otras partes enfermas; pero los ayes que echaréis, se mudarán en otros tantos suspiros hácia el Cielo, y vuestra resignacion los convertirá en otros tantos actos de penitencia.

Ay cabeza mia! cabeza infelíz, que tantas veces has estado llena de pensamientos, de sobervias, y de vanos proyectos; que tantas veces he peynado con tanto cuidado, y complacencia vana, es muy justo que padezcas, y que yo sea castigado en lo mismo con que he pecado; maldita carne que has servido à tantos desordenes, es justo que pagues la pena! Desfógue, pues, en mí su malignidad la calentura, penétre el dolor todas las partes de mi cuerpo, hasta las médulas de los huesos. Señor (diré) me habeis acrecentado los dolores para que yo mas presto me compungiese, è hiciese penitencia. De esta manera habeis hecho reconocerse à si misma una alma estraviada, la qual, sin los males que padece, tal vez no hubiera vuelto jamás à vos: *Multiplicatæ sunt infirmitates eorum postea acceleraverunt.* (Psalm. 15. 4.)

Penetrados de estos sentimientos, sufrireis la enfermedad, amados Parroquianos mios, con una resignacion capáz de edi-

fi-

ficar todos los presentes; y los remedios, y medicinas que os darán para curar, os servirán de penitencia. La dieta, las bebidas amargas, las curas dolorosas serán meritorias con la resignacion. Ah! Salvador mio, os dieron à beber hiel puesto en la Cruz, siendo vos inocente; y yo que soy pecador, ¿por qué no la he de beber con paciencia?

¡Qué consuelo es para un enfermo, verdaderamente Christiano, encontrar en los mismos remedios alguna imagen de la pasion de Jesu-Christo! Cómo puede acordarse del que llama el Profeta *Varon de dolores*, sin acordarse tambien de sus penas? Considera à la cama de su enfermedad como à la Cruz, sobre la qual está estendido con su divino Maestro, y no puede dejar de exclamar: ¡*No soy yo el que vivo; es Jesu-Christo el que vive en mí: estoy crucificado con él*!

Ah! hermanos mios, quántos pecados purgados, qué tesoro de merecimiento para el Cielo no se logra en el tiempo de una enfermedad, en el qual está empleada nuestra mente en tales pensamientos, y el corazon penetrado de tales sentimientos!

¡Pero qué tesoro de mérito no pudierais hacer los que padeceis una enfermedad habitual, si la sufrierais con paciencia, uniendo vuestros dolores à los de Jesu-Christo, teniendo cuidado de santificaros, y de santificar los remedios, y medicinas que tomais para aliviarlos! Reputariamos por austero à un Christiano si practicáse con espiritu de mortificacion las abstinencias que haceis para sanar; ò si para castigar à su cuerpo quisiese voluntariamente sufrir los dolores que vosotros necesariamente padeceis. ¿Pero creeis acaso que cuesta mas el ayunar todos los dias de la vida, que el abstenerse quotidianamente, como vosotros lo haceis, de mil cosas que os agradan, y no las probais solo porque os son dañosas? Qué son los cilicios, ayunos, y mortificaciones, y todas las demás asperezas de la penitencia, en comparacion de lo que padece un hombre con el mal de gota, ù otra semejante enfermedad? Con todo tenemos por santos à aquellos que juntan à una verdadera piedad las mortificaciones del cuerpo, de las quales hablamos: ¡Por qué, pues, amado hijo mio, no podeis llegar à ser santo tambien, juntando los pensamientos piadosos

sos à los dolores que padeceis, y à la abstinencia que por necesidad habeis de guardar!

Es esta una penitencia que por fuerza hemos de padecer: es asi; pero si la recibimos con espiritu de sumision, como cosa que proviene de la mano de Dios, conociendo que nuestros pecados se merecen mucho mas; sufriendolos con paciencia, y con ánimo de purgarlos, vuestra penitencia se hace entonces voluntaria en cierto modo, y os será de tanto mérito, quanto os podria dár, si voluntariamente la hicieseis.

¿Por qué han de ser menos agradables à Dios las penitencias, y mortificaciones que nos envia, que las que nosotros mismos tomamos? Es cosa cierta, queridos hermanos mios, que las enfermedades del cuerpo son provechosas à la alma, quando las miramos con ojos de fé, y hacemos buen uso de ellas; porque nos hacen acordar de nuestros pecados, y las procuramos purgar, y satisfacer por ellos. A mas de que nos hacen acordar de la muerte, para la qual nos procuramos preparar.

SEGUNDA REFLEXION.

TOdas las cosas que nos están al rededor, nos hablan de nuestro fin. Calculando los años, los meses, dias, y horas, à medida que ván pasando, las consideramos como un espacio del corto tiempo que tenemos de vida. El Invierno que despoja nuestros campos, y la Primavera que los renueva, nos dicen que envegecemos, por no volver jamás à ser jóvenes. Las necesidades de la naturaleza que satisfacemos, y vuelven à renacer: las cautelas que debemos tomar para conservar la vida, nos están diciendo que ha de acabar. Las escrituras, papeles, y títulos que tenemos en nuestro poder, no nos hablan sino de muertes, y difuntos. Las obras, y monumentos de los siglos pasados, mientras nos hacen maravillar del ingenio, ò arte del que los hizo, nos dicen al mismo tiempo, que aquellos hombres célebres ya no existen. Los bienes, dignidades, y empleos que obtenemos, al tiempo mismo qun nos hacen acordar de los que nos han precedido, nos avisan que hemos de ceder el lugar à otros. No podemos

ga-

hablar de nuestros amigos, allegados, y de todos aquellos que hemos visto espirar, sin pensar que tambien nosotros morirémos, sin que alguno levante la voz de lo mas profundo de los sepulcros, y nos llame.

Y con todo, ¡ò insensibilidad del corazon humano! en ninguna cosa pensamos menos que en esto. Aun quando nos vemos obligados à ver la imagen de la muerte en los cadáveres que acompañamos al sepulcro, obra solo en nosotros, y nos infunde un vano horror, el qual aun no llega, por decirlo asi, à la superficie de la alma. La salud que gozamos, nos está diciendo que no durará siempre, y no echamos de vér, que los mismos alimentos, al paso que sustentan la vida, la destruyen, y abrevian: que los manjares mas saludables, bien considerados, solo son un veneno, que poco à poco vá royendo los intestinos, altéra insensiblemente los humores, cuya proporcion, y buen temperamento mantiene el origen de nuestra vida: y finalmente, que nuestro cuerpo es un vaso de lodo, que el mas mínimo viento puede derribarlo.

El famoso Alejandro, (Macch. lib. 1. cap. 10.) *que alcanzaba tantas victorias, tomaba posesion de las ciudades mas fuertes, avasallaba todas naciones, y à los Reyes; iba à lo ultimo de la tierra, y obligaba à todo el universo à callar en su presencia, no pensó jamás en su fragilidad, sino quando se vió tendido en la cama.* Entonces conoció lo que parece que ignoraba antes, que era mortal, igual à los otros hombres, y dentro de breve tiempo moriria: *Cognovit, quia moreretur.*

Quando el impio Antioco, famoso por las crueldades que usó con los siete hermanos Macabéos, corria como furioso à Jerusalén, jurando, que queria sepultar bajo las ruinas de la Ciudad Santa al Pueblo de Dios, pensaba acaso ser mortal? No; pero se acordó, y pensó en ello, quando caído de su carro, ensuciado el cuerpo, vió sus corrompidas carnes hirbiendo en gusanos, y caersele à pedazos, arrojando un fetor intolerable à si mismo, no menos que à todo su Exército, entonces se acordó, y confesó que era mortal: *Justum est, subditum esse Deo, & mortalem non paria Deo sentire.* (Macch. lib. 2. cap. 9. V. 12.)

¿Pero qué no haces tú, ò Christiano, quando apoderado

rado de la ambicion, y avaricia, solo piensas en levantarte, y engrandecerte, sin decir jamás *basta*; quando despojais à la viuda, y arruinais al huerfano para estender mas vuestro dominio, y engrandecer el patrimonio, piensas acaso que te acompaña la muerte como la sombra; que está escondida como un ladron detrás de la puerta; que te espera al lado de la cama, y que tal vez descargará el golpe al dia siguiente?

Quando aprisionado de la embidia, del ódio, y de los deseos de venganza que te roen, y despedazan el corazon, poneis asechanzas à éste, quitais la fama al otro, jurando el dár la muerte à aquel, procurando arruinar à este otro, dejandoos llevar de la sobervia contra todo lo que os desagrada, ò daña; quando en el herbor de la cólera haceis un ruido que hace huir à los hijos, y muger, escandalizando à todo el vecindario, haciendo un infierno de vuestra casa, ¿pensais entonces que solo sois un vil gusano, y que tal vez aquel mismo dia seréis pisado?

Quando pasais los dias enteros, y los mas santos, y respetables, en viles divertimientos; quando os dejais llevar del furor de una pasion vergonzosa, sacrificando el honor, el descanso, la hacienda, y alma, ¿pensais tener una sola, y que tal vez esta misma noche restituireis al que os la dió? No, hijo mio, bien lejos está entonces la muerte de vuestro pensamiento.

Pero llegará tal vez un dia en que pensaréis, quando os sorprenda la enfermedad. Cada uno de vuestros miembros levantará la voz, y dirá à la podredumbre: *tú eres mi padre*; à los gusanos: *vosotros sois mi madre, y mis hermanos*; (Job. 17.) à la tierra: *tú eres el lugar de mi descanso.* El dolor que anuncia el desconcierto de las partes, de las quales se compone todo este nuestro cuerpo, muestra su fragilidad, y conocemos entonces lo que no nos dejan vér las pasiones en el tiempo de nuestra ceguedad; esto es, que el hombre es semejante à una flor que poco dura; à una nube que se disipa, y no queda apenas rastro; que nuestros dias desaparecen como la sombra; que nuestro cuerpo se và secando como la yerva del campo; que la vida, y salud mas robusta del hombre es un soplo; que cada vez que respira el hombre, se vá, permitid que asi lo diga, una porcion, y parte de ella;

Universidad de Deusto
Biblioteca

que el movimiento del pulso es semejante à la péndula del relox, que lo llevan, è impelen à su ultima hora, la qual toca casi siempre al tiempo en que la creía mas tarda.

Estas, amados Parroquianos mios, son las saludables, y provechosas reflexiones, las que es casi imposible dejarlas de hacer en el tiempo de una enfermedad peligrosa, en la qual se está fluctuando entre el temor de la muerte, y la infeliz esperanza de alargar la vida por algun año.

Quando en un cierto estado de enfermedad habitual, en que parece que solo se vive para padecer, y solo se puede esperar que acaben los dolores con la vida, entonces vuelve el Christiano la vista al sepulcro, adonde debe ir dentro de poco tiempo, baja con el espíritu, y considera alli el estado de corrupcion de su cuerpo, causa de tantos males, que tanto le pesa, que solo desea entrar, y descansar en la tierra de donde salió: y el alma, cansada de aquella carcel, en que solo prueba aflicciones, suspira el instante de su libertad; y de la misma manera que espera el Artífice concluir un largo trabajo, asi ella espera con la destruccion del cuerpo, y del pecado en que habita, el fin de sus miserias, y dolores.

Divino Jesus, cuyo cuerpo inocente fue tan atormentado para borrar mis culpas, quando por efecto de vuestra misericordia mortificaréis esta mi carne mortal, que tantas veces se ha levantado contra vos, haced entonces que mis pensamientos, y vista se apacienten en vuestra Cruz adorable, y que esta vista me represente los pecados que he cometido, para que los purgue, juntando mis dolores á los que vos por mí habeis padecido. Pero no permitais, Dios mio, que yo haga el sordo à aquel *anuncio de muerte* que las enfermedades intiman à todos loe hombres. Dadme gracia, para que pueda decirme à mi mismo: *O tierra, oye la voz del Señor*, y preparate para bajar à la sepultura, en donde te esperan los gusanos, y podredumbre; y tú, alma mia, disponte à dejar esta habitacion terrena, y para dár cuenta de tu vida. Inspiradnos, Salvador mio, estos sentimientos, para que las enfermedades con que mortificais al cuerpo para salvar la alma, nos sirvan para purificarnos mas, y para merecernos la corona que habeis prometido à todos los que padecen con paciencia, uniendonos à vuestra Cruz,

Cruz, y à vuestros dolores. Os deseo, amados hijos mios, esta corona inmortal: *En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Sauto.* Asi sea.

SERMON

PARA EL DECIMONONO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LAS RIQUEZAS.

Abierunt, alius in villam suam, alius ad negotiationem suam.

Unos se fueron à su granja, otros à su comercio.

San Matheo cap. 22. ℣. 5.

ESte es el modo, amados hermanos mios, con que corresponden los mas de los hombres à la bondad de nuestro Dios, quando los convidamos de parte de su Divina misericordia à las bodas de su Hijo, quiero decir, al Reyno de los Cielos, en donde empezada en este mundo la union de los escogidos por medio de la fé, se perficiona por la caridad en la eterna bienaventuranza. Por mas vivos que sean los colores con que os damos à conocer la excelencia de los bienes invisibles que el Señor os tiene aparejados, tienen con todo los bienes de este mundo un encanto tan diabólico, que os ciega, y os hace insensibles à todos los convites de la gracia. No hay, pues, que estrañar que compare Jesu-Christo las riquezas à las espinas; pues no solo sufocan ellas en vuestro corazon la se-

semilla de la palabra de Dios, sino que punzan tambien, y hieren à los que imprudentemente se aficionan à ellas. ¡Pero qué espinas son estas, Dios mio! Punzan mientras se cogen, punzan quando se obtienen, punzan, y despedazan quando se pierden; de modo, que deben mirarse como el origen de todos los males de aquellos que se aficionan à ellas, ò bien las busque, ò las posean, ò bien se las quite la muerte: gran motivo de consuelo para los pobres; buen asunto, digno de la reflexion de los ricos, y para quien busca el serlo. Veamos si yo me propaso en esto, y si es verdad que las riquezas que tanto anhelamos, en lugar de hacerse desear, dán motivo de temor à qualquier hombre cuerdo.

PRIMERA REFLEXION.

QUando dijo el Apóstol San Pablo, que los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y lazos del demonio, dejandose llevar de infinitos vanos deseos, y perniciosos, que precipitan à un hombre à la condenacion: (Timoth. 1. c. 6. v. 9.) no dijo cosa que no la haya confirmado la Sabiduría, y que no veamos todos los dias con estos mismos ojos. De aqui proceden tantas usuras manifiestas que vemos en todas partes, ahora en el Mercader que vende fiado, ò en los contratos de los ganados; ahora en los pretendidos favores que hace el rico al pobre, ò en dinero, ò en géneros: usuras que se les dán nombres aparentes, y que se disfrazan de mil maneras.

De aqui proceden las rapiñas, y las otras injusticias ¿quántas no se cometen en exîgir los impuestos, los quales apenas pasan por mano ninguna antes de entrar en el erario del Príncipe à quien se deben, sin que la dexen manchada con el hurto? quántas injusticias no se cometen en las tutelas de los pupilos, de los quales apenas habrá uno solo que no pudiera quejarse? quántas, muchisimos que no quiero nombrar, en el patrocinio de sus clientes, arruinandolos con mil artificios, y marañas? La misma codicia de estos dá ocasion à otros para que inventen, y usen de inumerables rodeos, cabilaciones, y embustes para prolongar el pleyto, y aumentar los gastos con que se enriquecen.

A?

¿A quién debemos atribuir las mentiras, y extravagancias con que se ha emponzoñado el mundo, sino à la codicia de ganar, y à la impiedad? Los infaustos libros que corrompen las costumbres de las Ciudades, y Reynos, se verian difundir en tanta abundacia, si los que los componen, imprimen, ò despachan, no hubieran sacrificado su conciencia, y vendido la alma à su insaciable codicia? Dad una ojeada à todos los estados, sin exceptuar ninguno, exâminad todos los desordenes, indagad el origen, y vereis que proceden casi todos del amor à las riquezas.

¿A quién hemos de atribuir la culpa de estar las Tabernas llenas en tiempo de las funciones mas sagradas de la Iglesia, sino à los que las abren por la codicia de ganar, y que por pocos reales pisan la ley de Dios, y la del Principe? De dónde dimana que todos los Mercaderes de tráfico profanen el dia santo del Domingo, corriendo de feria en feria, haciendo contratos, empleando en sus negocios el tiempo consagrado al servicio de Dios, sino del deseo de ganar, ò del temor de perder, que les hace menospreciar las leyes mas santas de nuestra Religion?

¿De dónde procede la carestía, y falta de granos, aun en el tiempo de mayor abundancia? De dónde el sacar furtivamente los granos del país, y los abusos, fraudes, y engaños que se cometen quando es permitido el sacarlos? y las licencias sacadas, vendidas, y compradas para este fin? Qué alborotos, y ruidos no proceden de aqui, que jamás se pueden castigar con tanta severidad como merecen? Quál es, pues, el origen de todas estas cosas? Decidmelo vosotros.

¿No es acaso el amor, y aficion al oro, y à la plata, que anulan los derechos antiguos, forjan otros nuevos, son causa de homicidios, y de toda especie de maldades? Qué es lo que llena las cárceles, y hace levantar horcas? no es el oro el que ha hecho venal la justicia, y lo mas sagrado? Quién ha corrompido las costumbres, echado à tierra las leyes del honor, modestia, y buena crianza? A qué baxezas no ha expuesto à los hombres la sed del oro, y plata? El criado venderá à su amo; éste sacrificará à su criado; el amigo hará traycion al amigo; y tal vez veremos alguno, aunque sobervio, cortejar à un laca-

yo

yo, si piensa que puede servir à su ambicion, y codicia.

¡Pero qué es lo que no produce esta sed insaciable! Cierra la boca à la verdad; lleva dos balanzas, y dos medidas hasta al mismo santuario de la justicia; borra de los corazones el amor del bien público, y destruye los estados mas floridos. Yá no se puede negar que el espíritu de interés ha llegado à ser el vicio dominante, y que en todas partes se sacrifica el bien público à la avaricia, y ambicion de los particulares; y mientras dominan estas pasiones, es preciso que todo lo demás se relaxe, destruya, y precipite.

No hableis del Evangelio, Religion, verdad, obligacion, y justicia, con quien arde de sed de riquezas. Su Evangelio, Religion, y verdad es el dinero. No es decir que no lo crea, y no piense en ello, sino que interpreta à su modo el Evangelio, y lo acomoda al tiempo, y circunstancias que quiere, como si el Evangelio se pudiera mudar cada siglo, ò si Jesu-Christo hubiese de seguir las costumbres, y modas, la fé, la mudanza de los tiempos, de los usos, de las preocupaciones, y de nuestras pasiones. Vos lo dixisteis, grande Apostol, y es verdad, que la codicia es raíz de todos los males, y la fuente de todas las desgracias: *Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt à fide, & inseruerunt se doloribus multis.* (1. Timoth. 6. 10.) ¿Mas de dónde procede este furor? Es acaso porque el oro, y plata hacen al hombre mas cuerdo, mas virtuoso, y mas digno de estima? ¡Ah, hermanos mios, bien lo sabeis vosotros, y lo veis! Si la codicia de las riquezas es causa de grandes males, las riquezas mismas producen mayores, por el mal uso que hacen de ellas la mayor parte de los que las poseen.

SEGUNDA REFLEXION.

SER rico, y al mismo tiempo ser pobre de espíritu, y afecto; ser moderado en desear, dulce, y humilde de corazon; cuerdo, y de buenas costumbres; ser rico, y al mismo tiempo ser ojo del ciego, pie del cojo, consuelo de la viuda, protector del huerfano, refugio de los perseguidos, padre de los pobres; ser rico, y hacer qne reyne en su casa, en los hijos, y criados la inocencia, la virtud, y la piedad, no tratando con los impios familiarmente, no permitiendo en casa la murmuracion, ni malas costumbres; ser rico, y cumplir con las obligaciones del estado, y Religion, guardar los mandamientos, y dár à todos exemplo de humildad, y exâctitud en todas cosas; ser rico, y temeroso de Dios, usando con cautela de las riquezas, como uno que debe dár cuenta de ellas, empleandolas en buenas obras, y en santificarse à sí mismo: son estas cosas, amados hermanos mios, que no vemos.

Tener oro, y plata, sin que se apegue el corazon, sin que ponga en ellos su confianza, sin hacerse de ellos un Dios, sin fomentar la sobervia, sin hacerlos servir à la vanidad, al luxo, à la sensualidad, à la delicadeza, y à las demás pasiones, es tan dificil, como el manosear espinas sin punzarse, ò como el hacer pasar *un camello por el agujero de una aguja.* (Matth. 19.34.) Pero ser rico, y tener las manos llenas de iniquidad, los ojos de fornicacion, y de adulterios, y de *pecados continuos*, como dice San Pedro, (Epist. 2.) el corazon hinchado con la sobervia, lleno de ambicion, atormentado con los deseos de venganza; ser rico, y llevar una vida escandalosa; mantener públicamente un trato infame, y abandonarse à la disolucion mas vergonzosa; ser rico y menospreciar las leyes mas respetables de la Religion; no acordarse de confesion, ni cumplir con la Pasqua; no guardar en casa ayuno alguno, ni abstinencia; ser rico, y no pensar en otra cosa que en comer espléndidamente, que en jugar, y divertirse; ser rico, y vivir sin fé, sin ley, y Religion, *sin Dios en este mundo.* Esto es lo que vemos; y lo que es mas deplorable es, que no vemos otra cosa.

¿Son malas en sí las riquezas? No por cierto. El Señor ha hecho al pobre, y al rico; de él vienen las riquezas; no hay cosa que no sea buena en sus criaturas, dice San Pablo, ninguna que no pueda aprovechar al que la usa segun la ley, y designios de su providencia: pero como facilitan las riquezas al que las posee el modo con que satisfacer sus pasiones, son causa de tentacion, excitan la codicia, producen infinitos deseos inútiles, y pecaminosos, que se suceden uno tras otro.

Hijo mio, oyeme: quando os encontrabais en un estado de mediania, obligado à trabajar para vivir, y guardar econo-

nomía, para que no faltáse lo necesario, pareciais entonces cuerdo, de buenas costumbres, sencillo, modesto en el porte, y vestir, honesto, cortés, afable con todos, conociendo que de todos tenias necesidad; jamás te acompañabas con los que podian alterar tu porte modesto, y contenido; estabais lleno de respeto para con los superiores; dulce, y paciente con los inferiores; observante de los ayunos de la Iglesia; freqüente en recibir los Sacramentos; y en asistir à las funciones de la Parroquia, y à las instrucciones del Cura; vuestra vida era verdaderamente christiana; en suma, erais digno de estima: pero despues que habeis mejorado fortuna; despues que habeis enriquecido con aquella herencia, yá no pareceis, hijo mio, lo que antes, y os ha sucedido lo que al criado de Eliséo. (Reg. 4. 5.)

Habia curado su amo de la lepra à Naaman, que era un gran Señor del Reyno de Syria; y en reconocimiento de su milagrosa cura, ofreció al Profeta un gran regalo, que el siervo de Dios no quiso aceptar: lo que viendo Giesi, criado de Eliséo, dijo dentro de sí: mi amo ha tenido reparo de Naaman, y no ha querido recibir nada; pero yo le iré à los alcances, y me dará alguna cosa: de hecho corrió hácia él, y obtuvo un gran regalo. ¿De dónde vienes, Giesi, le dice Eliséo, qué has hecho? todo lo sé, pues lo he visto en espíritu: eres yá rico, comprarás olivares, viñas, ganados, y esclavos; pero sabe que la lepra, de la qual ha sanado Naaman, se apoderará de tu cuerpo, y de tu generacion: de hecho, aquel infelíz criado se cubrió todo de lepra: *exiit leprosus.*

He aqui, amado Parroquiano mio, tu imagen. Despues que teneis campos, viñas, ganados, oro, y plata, ninguno os conoce, ni te conoces à tí mismo. La sobervia que os ha hinchado, ha hecho mudar el tono de voz, el porte, y aun el ayre del rostro. Las riquezas te han sacado los ojos para no conocer mas vuestros parientes mas cercanos, que viven en miseria. Ellas te han hecho olvidar que tu padre trabajaba la tierra, y que solo vivia con el trabajo de sus manos; te han hecho perder el juicio, pues no echas de vér, que el modo de vestir de tu muger, è hijos, desdicen de personas tus iguales. Te han corrompido el corazon, y has cometido algunos des-

desordenes que ignoráras, si no hubieras enriquecido. Esta mudanza de estado te ha hecho altanero, è intratable. Dios libre que alguno te falte en algo, ò te desagrade: te montas en cólera; y prorrumpes en amenazas. Todos se te deben someter.

Tu fé nos es tan sencilla, y pura, despues que hecho rico has comenzado à tratar à algunos que no tienen Religion. La ignorancia te hace creer por verdades las fábulas que te cuentan; y despues que vistes como ellos, piensas que debes hablar, y vivir como lo hacen, y viven ellos. Rara vez te dejas vér en la Parroquia, en la qual pretendes un lugar distinguido, temiendo el mezclarte con los plebeyos: esto es, tus hermanos, hermanas, tio, tia, con los amigos antiguos, con tus condiscípulos. En otro tiempo comias casi siempre sin probar sino rara vez la carne, y gozabas perfecta salud; despues que has enriquecido, te daña el aceyte, y pescado, no puedes aguantar la Quaresma, necesitas licencia para comer carne, y te parece nueva dignacion el pedirla, ò por tí, ò por tercero, ¿Qué mudanza es esta? La pureza de costumbres, la sencillez, modestia, templanza, el temor de Dios, todas las virtudes se han desvanecido con la pobreza. La arrogancia la altanería, el espíritu de independencia, la sensualidad, la delicadeza, la impiedad, la vida licenciosa, todos los vicios te han acarreado el oro, y plata; y vuestra alma semejante à Giesi, criado de Eliséo, está llena de lepra: *exiit leprosus.* ¿Qué veneno, pues, encubren, y fomentan las riquezas que gasta el entendimiento, trueca las costumbres, y hace al hombre tan diferente de lo que antes era?

Pero no todos los ricos son malos. Muchos hay irreprehensibles, freqüentan los Sacramentos, hacen muchas limosnas, y edifican à toda la Parroquia. Es asi: ¿pero pensais acaso, amados hermanos, que muchos de aquellos que parecen hombres buenos, se salvan, y que les sea cosa facil el conservar la pobreza de espíritu en medio de la abundancia? Es facil que se contente con solo lo necesario el que tiene con que saciar todos los gustos, y antojos? Cómo podrá exercitar la mortificacion el que viste afeminadamente, y

duerme en delicadas plumas? En una palabra: ¿os parece que es facil el desapegar el corazon de todas las cosas à quien ninguna falta?

¿Pero las personas ricas, aquellas, que parecen irreprehensibles, jamás hacen gastos inútiles? Quántos pobres de la Parroquia mueren de hambre, mientras que sus perros, y caballos están bien pastados? El oro, y plata que brilla en sus vestidos son acaso cosas necesarias, segun piensan? Quando los tales habrán de dár cuenta à Jesu-Christo de sus rentas, os parece que serán inculpables los vestidos, criados, y otras cosas supérfluas? Lo que tiene por necesario se verá entonces que es exceso. Porque si es verdad que debe dár cuenta el rico del uso que ha hecho de sus bienes, se deduce, que es solo un mero ecónomo de sus haberes. No puede, pues, disponer, segun se le antoja, de ellos. Para quien cree, pues, que hay un Dios, y que habrá un juicio, las riquezas son, y serán de un peso terrible, un motivo de temor, causa de desasosiegos, escrúpulos, y remordimientos. Son, à la verdad, agudas espinas, que despues de haber herido de mil maneras nuestra alma, mientras vivimos la despedazan, y atormentan en la hora de la muerte.

TERCERA REFLEXION.

Figuraos, pues, amados hermanos mios, en el ultimo trance de la vida à uno de aquellos ricos que llamais felices, y cuya suerte os parece apetecible, y con la que desearíais trocar la vuestra. Vedlo, pues, reducido al extremo de su dicha. ¿Quáles pueden ser sus pensamientos, y la turbacion del ánimo, al contemplar las circunstancias en que se halla? He juntado riquezas, he aumentado la herencia de mi padre, he vivido en la abundancia, no me ha faltado nada para hacer perfecta mi comodidad, y gustos. De todo esto solo me queda ahora una muchedumbre de pecados, con los que no hubiera ensuciado mi alma, si hubiera vivido en un estado mediocre, ó pobre. ¿Qué me queda ahora de aquella mesa, y convites opiparos, de los magnificos vestidos, de la casa llena de Lacayos, y alhajada soberviamente, y en la que he gastado con

con profusion? No moriria yo con mayor confianza, si hubiera siempre habitado una pobre choza, cubierto à tejavana, y si no hubiera tenido pan para comer, ni agua para beber? Pobres labradores, pobres artesanos, pobres jornaleros, pobres de todo estado, y condicion, quán felices sois, y yo quán digno de compasion! Sobervia, sensualidad, delicadeza, fornicacion, adulterios, venganza, injusticias, vosotros sois el fruto de mi abundancia, y prosperidad, y estos miserables frutos son las reliquias que me quedan.

Entonces nos vemos forzados, Dios mio, à confesar la verdad de vuestras divinas palabras, y exclamar con vos: ¡Ay de los ricos! y dichosos los pobres! qué cosa tan dura es el dejar el mundo, quando se poseen en él todas sus dichas! quán amarga es la muerte al que ha confiado en su fortuna, y ha solo descansado en sus riquezas! pero se las arrancaréis, Dios mio, que será lo mismo que arrancarles el corazon, y las entrañas: *Divitias quas devoravit evomet, & de ventre illius extrahet eas Deus.* (Job. cap. 20. ℣. 15.) Amados hijos mios, creedme, hablo con Christianos; ninguno habrá entre vosotros que à la hora de la muerte haya querido ser rico, y no habrá ningun rico que no hubiera querido ser pobre.

Lo mas terrible que hay es, que hemos de dár en manos de un Dios, el qual solo ha venido al mundo para predicar el menosprecio de las riquezas, y el amor de la pobreza, y que por lo mismo, reprobará à qualquiera que no se hubiere conformado con el modélo que nos dejó en su persona. ¿Qué semejanza hay, pues, con su vida, y la mia? El se quiso privar voluntariamente de todo, hasta no tener donde reclinar su cabeza; y yo por el contrario he procurado que nada me faltáse, antes bien he procurado de enriquecerme, y he tenido à la pobreza por el mayor de todos los males. Jesu-Christo, mi modélo, ha sido coronado de espinas, y yo he vivido en delicias: él deseó de apagar su sed, y solo le ofrecieron hiel; mas yo he hecho un Dios de mi vientre. Desde que nació, hasta que espiró, fue *Hombre de dolores*: y yo he sido *hombre de deleytes*.... Queridos mios, confesadlo vosotros mismos. ¿El Crucifijo presentado à un rico moribundo, podrá inspirarle mucha confianza? Antes bien descu-

bre en él su condenacion, o à lo menos no tiene por que temblar? Le parece que oye de la boca del mismo Jesu-Christo aquellas terribles palabras: *Mortuus est dives, & sepultus est in inferno*: ha muerto el rico, y ha sido sepultado en el infierno.

Pero sería el acaso uno de aquellos hombres bien raros, que son ricos, y pobres al mismo tiempo: siempre están haciendo dinero, y no lo gozan jamás: comen mal, visten peor; ¡y se privan de lo necesario para juntar oro, y plata! Pasion à la verdad ininteligible, que junta, y abraza los extremos bien contrarios, riqueza, y pobreza; la posesion con la privacion; la abundancia con la carestía, que solo ama el dinero para guardarlo, contarlo, esconderlo, y enterrar con el corazon la alma, afectos, y pensamientos. ¡Quán cruel es la muerte para estos monstruos! Se vé el avaro en la cama rodeado de sus herederos, que anhelan sus riquezas, y suspiran por su ultimo suspiro. Le parece que los vé ya contar su dinero, repartirselo entre sí, y quitarse unos à otros de las manos sus despojos. Mientras se gozan los herederos con las riquezas que ya poseen, yace su cadaver en las tinieblas del sepulcro, hirviendo en gusanos; y los demonios han arrastrado al infierno su alma, que llama el Apostol, *idólatra*, y el Espiritu Santo la califica de la mas malvada, y detestable del mundo: *Avaro nihil est sceleftius.* (Eccles. 10.)

Dichoso aquel, que en medio de la abundancia, mantiene el espiritu de pobreza, sencillez, temor, templanza, cordura, y sin el qual jamás pudieron subsistir las riquezas, è inocencia! Felíz el que midiendo sus gastos con la necesidad verdadera, y no con las pasiones, se contenta con poco, aunque tenga mucho, y reputa lo que le sobra como bienes de los pobres! Bienaventurado aquel rico, que no perdiendo jamás de vista las riquezas de la gracia, pone en ellas su confianza, y afectos, y tiene desapegado el corazon de los bienes de la tierra! nada le costará el dejarlos: no lo despojará la muerte, sino que él mismo los dejará, de la misma manera que se quita un vestido, pondrá pacíficamente sus bienes, alma, y vida en manos del que se las dió, y dirá con el santo Job: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo*

vol-

volveré à entrar en ella: Nudus egressus sum de utero matris meæ, & nudus revertar illuc.

Pero por quanto à vosotros toca, oyentes mios, que teneis apegado el corazon à los bienes de este mundo, *llorad, y temed* las desgracias que os amenazan, y la horrible miseria à que os veréis reducidos en el ultimo de vuestros dias. Separandoos la muerte de las riquezas, en quienes confiais, os despedazará del mismo modo que al que le despellejan! Echando entonces una ojeada à vuestra larga vida pasada, os parecerá un sueño, y seréis semejantes à un pobre que sueña haber encontrado un tesoro, y despierta con las manos vacías: *Dormierunt somnium suum, & nihil invenierunt viri divitiarum in manibus suis.* (Psalm. 75.)

Disipad, pues, Señor, con la luz de vuestra divina gracia las tinieblas que nos ciegan, la ceguedad que pervierte la razon, corrompe el corazon, y arrastra nuestros deseos à los bienes frágiles de este mundo. Deseos insaciables, raiz de todos los males que afligen vuestro pueblo, y de todas las desgracias que le sobrevienen. Malditas riquezas que fomentan todas las pasiones, y abren el paso à toda maldad: bienes funestos, que las mas de las veces nos dá Dios en medio de su furor, y cólera, y con los quales es tan dificil entrar en el Cielo. Espinas crueles, que despues de haber herido mil veces à la alma, la despedazan à la postre con crueles sentimientos, y con remordimientos que la atormentan, no menos que con el temor de vuestros juicios, que la hacen temblar en la hora de la muerte.

Divino Jesus, quando os contemplo nacido en un pesebre, menesteroso, tratar con pobres, obrar en estos casi todos los milagros, echar maldiciones al rico, y morir finalmente desnudo en una Cruz, desaparece de mi vista quantos, atractivos tienen las riquezas, y exclamo con vos: ¡Bienaventurados los pobres que se contentan con su pobreza! Ay del rico, que confia, y busca consuelo en las riquezas! Dichoso el rico que es pobre de espiritu, y afecto, y se sirve inocentemente de sus propios bienes, para hacer un tesoro de obras buenas, à fin de enriquecerse en vuestra presencia, ò Dios mio, y ganar el Reyno de los Cielos. Os lo deseo, amados

dos Parroquianos mios, *en el nombre del Paare, del Hijo, y del Espiritu Santo.* Asi sea.

SERMON

PARA EL VIGESIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

A LOS AMOS, Y A LOS CRIADOS.

Credidit ipse, & domus ejus tota.

Creyó él, y toda su casa. *San Juan cap.* 4. ℣. 53.

QUisiera el Señor, amados hermanos mios, que quando hacemos la visita de la Parroquia, pudiesemos decir de todas las cabezas de familia lo que nos dejó escrito San Lucas en los Actos de los Apóstoles, de Cornelio Centurion; esto es, que era *hombre bueno, temeroso de Dios con toda su casa: Erat Religiosus, & timens Deum cum omni domo sua.* (cap. 10. ℣. 2.) No tendriamos el desconsuelo de oir quejarse cada dia los padres de los hijos, estos del padre, los criados del señor, ni el señor de los criados. En una casa verdaderamente christiana, en que Jesu-Christo sea, como se debe, conocido, y servido, cada uno procura de su parte cumplir con su obligacion, de suerte que reyna en aquella casa la paz, habita el Señor, y echa en ella bendiciones. Yo me acuerdo de haber hablado à padres, è hijos; hoy hablaré à los amos, y criados para obligar à aquellos que no admitan criados que no sean timoratos de Dios, y à los otros à no servir sino en casas en donde se viva christianamente.

PRI-

PRIMERA REFLEXION.

TRes son las cosas que ha juzgado dignas de su alabanza el Espiritu Santo, poniendolas en el número de las cosas mas preciosas. Una muger cuerda, un verdadero amigo, y un buen criado. A la manera que amaneciendo el Sol, parece que anima, y alegra la naturaleza, asi una muger cuerda es el ornato, y gloria de su propia casa. No hay tesoro que se pueda igualar à un verdadero amigo; y el que tiene un buen criado, debe estimarlo como à su propia vida.

No es menester que os diga yo las partidas que debe tener un criado de quien no podais quejaros: bastante notorias son; pero con todo sucede muchas veces que pretenden mucho los amos de los criados, y sin contar, ni atender à la flaqueza humana, pretenden que sean perfectos. Queréis, pues, con razon, que el criado sea fiel, diligente, laborioso, y que se interese, no solo en vuestros bienes, sino tambien en vuestra persona.

Fiel de manera, que no se apropie ninguna cosa vuestra, ni permita que otros se la apropien: fiel en administrar los bienes que tiene à cargo, con prudencia, y economia; fiel, y por consiguiente sobrio; fiel, y cuerdo, de manera, que no esparza fuera de casa lo que en ella sucede; diligente, y trabajador, no porque es visto, sino porque le obliga à ello la Religion, y conciencia.

Deseais que se interese en vuestro bien; que os respete, y obedezca; que sufra, y aguante con paciencia vuestros excesos, sin quejarse; que se entristezca en vuestras desgracias, y se alegre en vuestra fortuna; que no manifieste vuestras faltas, y defectos, ni se queje de vosotros, sino es con vosotros mismos, y que asi en vuestra presencia, como quando ausente, hable siempre bien de vosotros mismos, y con respeto. Todo es justo, y lo encontrareis sin duda en un criado que sea temeroso de Dios, que conozca su Religion, y siga sus máximas.

Esta misma respetable Religion les enseña à que os sirvan como si sirviesen à Jesu-Christo, à obrar no por temor,

ni espíritu de interés, ni con solo deseo de agradaros, sino con intencion de agradar à Dios, cumpliendo con las obligaciones de su proprio estado. Está persuadido uno de estos criados, que respetandoos, respeta à Jesu-Christo; obedeciendoos, obedecen à él mismo; y que atendiendo à vuestras cosas, y servicio, procura la santificacion de su alma. ¡Es verdaderamente un tesoro de una casa un criado verdaderamente Christiano! quán bien guardada, y servida es, quando en la persona de sus amos reconoce la de Jesu-Christo!

A mas de esto, un buen criado se merece, y atrae las bendiciones del Cielo sobre su trabajo; y como éste cede en provecho del amo, las bendiciones del Cielo se derraman en la casa donde sirven los que viven christianamente. Tales bendiciones reconoció la casa de Labán quando le servia Jacob: y en el tiempo que Joseph sirvió à Putifar, bendixo Dios su casa, multiplicó sus haberes, y le colmó de sus gracias. Y si bendice el Señor una casa, porque la sirve un buen criado, habrá sin duda que temer, que no atraiga sobre ella las maldiciones uno malo.

Por otra parte, ¿qué cuenta se ha de hacer del afecto, y fidelidad de un criado que no tenga temor de Dios? Os servirá, pero solo por el interés; obedecerá, pero solo por temor servil: trabajará mientras esteis sobre él; pero sino le habeis determinado el trabajo, ò llega à oler que estais ausentes, se estará mano sobre mano, ò se procurará dár buena vida. Despojará la casa, quando vea ocasion oportuna, sin que lo echeis de vér. ¿Quántas veces sucede verse obligados los amos à fiarse de la buena fé de los criados, sin poder temer estos ninguna cosa fuera de los remordimientos de la conciencia? Y si les falta conciencia, y fé, qué será de vosotros? ¡Ah, demasiada verdad es, que solo pueden prometerse verdadera paz los amos, cuyos criados sean verdaderos siervos de Jesu-Christo! Quien es fiel à Dios no puede ser infiel à los hombres; y se engaña, amados hermanos mios, el que se fia de la bondad de aquel criado que no tiene Dios, ni Religion. Pues en una casa donde haya hijos, ¡qué cautela no es menester tener para que los criados sean cuerdos,

y de buenas costumbres! Si nos fuera licito explicarnos en este asunto, diriamos cosas que causarian horror. Creedme, amados Parroquianos mios, los hijos de una casa, en que sirven personas desarregladas, son como los corderos en medio de los lobos. ¿Quién es, pues, el que os puede asegurar de la vida arreglada de un criado, sino su religion, piedad, y exâctitud en cumplir con las obligaciones del Christianismo? Aquel que no tiene ningun sentimiento de religion, no es de buenas costumbres; y si lo dá à entender, es una mera apariencia, que antes daña que aprovecha.

Finalmente, ¿à qué no estais expuestos, si teniendo la desgracia de probar un criado vicioso, os veis obligados à despedirlo? Publicará vuestros defectos; os achacará vicios, ò cosas ridículas que no teneis; y por temor de que no declareis lo que es, dirá de vosotros lo que no sois: esto es, que sois insoportables por vuestro genio; mal pagador por avaro; fingirá haber visto en vuestra casa algunas cosas que lo han escandalizado; y con esto hará vér que os ha dejado por escrúpulo de conciencia: manifestará los secretos de la familia, si imprudentemente se los habeis fiado: acumulará dichos, fingirá quejas, y llegará à poneros mal con vuestros amigos.

Nada de esto teneis que temer de un criado de buena vida, ò bien lo despidais, ò bien se despida él mismo de vuestro servicio. No faltará jamás à la caridad, no dejará de seros fiel; pues siendo fiel à Dios, encubrirá vuestras faltas, y solo publicará vuestras buenas partidas; y si la verdad no le permite hablar bien, la caridad lo hará callar, ò escusaros.

Sacad de todo esto, que el escoger buenos criados es cosa de mayor importancia de lo que comunmente se cree. Raros son los amos que tomen algun medio para esto, y que puedan decir con el Santo Rey David: Bien sabeis, Dios mio, que en la eleccion de personas que tomo à mi servicio, solo pongo los ojos en los que os son fieles: si alguno hay, cuya vida sea inculpable, è inocente, lo prefiero à los demás: *Oculi mei ad fideles terræ,.. Ambulans*

in via immaculata, hic mihi miniſtrabat. (Pſalm. 102.)

En la ley antigua habia prohibido Dios à ſu pueblo que ſe ſirvieſe de criados, ò criadas idólatras: ¿cómo, pues, no tendreis eſcrúpulo de tomar à vueſtro ſervicio criados de mala vida? habiais de tener entendido, que los malos Chriſtianos ſon peores que los idólotras: y ſi los admitís con el fin, que ſe convertirán en vueſtro ſervicio con los buenos conſejos que les dareis, hareis en verdad ſantamente; pero ſon raras aquellas caſas reſpetables donde los malos ſe hagan buenos. ¡Quiſiera Dios que fueran tan raras aquellas en donde los buenos ſe malean, y empeoran.

Advertid aqui, hermanos mios, la ceguedad de aquellos amos, que en lugar de infundir en ſus criados reſpeto para la Religion, no temen en inſpirarlos ſentimientos muy diverſos; ò bien con las palabras, ò con el mal exemplo. ¿Cómo, pues, no echan de vér, que ſi ſus criados penſaſen de la Religion del modo que ellos pienſan, no eſtarian ſeguros ſus bienes, ni ſu vida? Quién detendrá al criado para que no os degüelle en la cama, con el fin de robaros el dinero, ſi llega à creer lo que os oye decir; eſto es, que no hay infierno, ni paraiſo? Le detendrá acaſo el temor del ſuplicio? Pero la eſperanza de eſcapar de las manos de la juſticia, no hace atrevidos à los ſalteadores de caminos, quando no los detiene el temor de Dios? No ſabeis que el que no cree las coſas del otro mundo, es capáz de qualquier atentado, y lo cometerá, ſi juzga el poder eſcapar de la juſticia humana?

Infundís à vueſtros criados deſprecio de la Igleſia, de los Paſtores; eſto es, de aquellos hombres que no ceſan de decirles: hijo mio, reſpeta à tus amos, y obedeceles como al miſmo Dios; tén cuidado de ſus coſas como de las tuyas; amalos, y ſirvelos como al miſmo Jeſu-Chriſto. Eſto es quanto dicen los Curas: ¡y habrá deſpues amos que enſeñarán à ſus criados à burlarſe de ellos, y de ſus inſtrucciones! Podrian hacer mas eſtos perſeguidores de Jeſu-Chriſto, ſi ſus Miniſtros dixeſen à los que ſirven: burlaos de vueſtros amos, inſultadlos, robadlos, deſpojadlos, ultrajadles... Impios, quan ingratos ſois! Pero no veis las conſeqüencias, porque ſois

ſois ciegos, y no conoceis vueſtro provecho.

Y voſotros, pobres hijos mios, cuya condicion, y eſtado os obliga à ſervir, Dios os libre de dár con una de eſtas caſas de que hablo, ò en otras en donde no reyna la piedad, y por conſiguiente no habita Dios. Si es coſa importante à los amos el tener buenos criados, es tambien importante que eſtos tengan amos verdaderamente Chriſtianos.

SEGUNDA REFLEXION.

EL hombre fue criado con la condicion de haberſe de ſujetar à ſu ſemejante: lo que hizo decir à San Aguſtin, (lib. 19. de Civit. Dei) que ſi no hubiera habido pecado, jamás hubiera habido ſervidumbre: y leemos en el Geneſis, que maldiciendo Noé à Cham, le dijo que ſería el criado, y eſclavo de ſus demás hermanos; de manera, que ſi la ſervidumbre fue uno de los efectos del pecado, es parte de ſu ſatisfaccion, y penitencia.

De hecho es coſa dura para el hombre el no ſer dueño de ſus acciones, ſujeto à hacer todo el dia la voluntad agena, y jamás la propria, expueſto al mal genio, y antojos de ſus amos. Es preciſo querer lo que ellos quieren, y no querer lo que les deſagrada; cerrar los ojos à ſus defectos, y ſufrirlos con paciencia. Hijo mio, no eſtás en tu caſa, ni eres dueño de tí miſmo. Anda, y trabaja, no por tí, ſino por el amo que te dá de comer, y paga; y por conſiguiente tiene derecho de diſponer del tiempo que logras, y de tu perſona, mientras eſtás à ſu ſervicio. Convengo ſer eſte uno de los extremos mas ſenſibles à que ſe pueda reducir un hombre en eſte mundo.

Pero no hay eſtado, por penoſo que ſea, al qual no endulce la Religion con las verdades que nos enſeña, con los ſentimientos que infunde à quien pienſa, y obra ſegun ſus principios. Por dura que parezca la condicion de los que ſe vén obligados à ſervir à ſus ſemejantes, ſe hace llevadera, y tambien dulce, quando tienen la fortuna de dár con amos, cuya gloria principal es el moſtrarſe ſiervos de Jeſu-Chriſto, y de vivir ſegun ſus máximas.

Sí, hijos mios, quanto tiene de bajo, y ſenſible vueſtro eſtado, deſaparecerá luego que deis con un amo temeroſo de Dios, cuya ſemejanza reconoce en ſus criados, redimidos con la Sangre de Jeſu Chriſto, el qual nos ha hecho en cierto modo iguales à todos con ſu muerte: porque ſiendo todos noſotros miembros ſuyos, ſomos una miſma coſa en él, ſin diſtincion de eſtado, edad, y ſexo, habiendonos unido, y confundido con ſu perſona, para la qual no hay Judio, ni Gentil, ni Griego, ni Bárbaro, ni eſclavo, ni libre, ni noble, ni plebeyo. Deſvanecen todas eſtas diferencias en vueſtra preſencia, Salvador mio; llamais, y convidais al Reyno de los Cielos à pequeños, y grandes, pobres, y ricos, y à todos juzgais, ſin atender à nacimiento, ni prendas, ò eſtado, ni à quantas diſtinciones hay en el mundo. Dichoſo aquel criado, cuyo amo, penetrado de eſta verdad, trata à todos los que le ſirven, no como à criados, ſino como à amos.

Es verdad que no eſtaréis en vueſtra caſa; pero el ſervir à un tal amo, ſerá como ſi ſirvierais à vueſtro padre; y el afecto que tendreis à ſu caſa, os obligará à cuidar de ella como ſi fuera vueſtra. Eſtaréis obligados à obedecerle, pero ſin repugnancia, y con alegria, ſirviendo à un amo que manda con dulzura, y coſas pueſtas en razon. Os aviſará de vueſtras faltas, ſin daros amargas quejas: os reprehenderá quando tenga motivo, pero ſin enfurecerſe: os ſervirá de conſuelo en vueſtras afliciones; y ſi eſtais enfermos, no os enviará al hoſpital, ſino que cuidará de voſotros. Si tiene motivo juſto para deſpediros, lo hará con prudencia, y con el modo que enſeña la Religion à un amo chriſtiano, agradeciendo vueſtro ſervicio, y ſin haceros daño para con los nuevos amos que habeis encontrado; y ſi él os puede colocar por sí miſmo, no lo dejará de hacer. Eſtas ſon, hijos mios, las ventajas que tendreis ſirviendo en una caſa donde reyna la piedad.

Pero Dios os libre de haberlas con aquellos amos arrogantes que miran à ſus criados con deſprecio, como hombres diferentes de ellos, y como à tales los tratan. Tienen un modo áſpero, y ſevero, un imperio altanero, y duro, no dando à ſus criados ninguna mueſtra de agradecimiento á ſus

ſus ſervicios, aunque eſtén de ellos contentos.

A muchos de eſtos amos he conocido que jamás mandaban ſin gritar: del miſmo modo ſe quejan de las pequeñas faltas, como de las grandes, y ſus reprehenſiones iban ſiempre acompañadas con injurias, y amenazas: ſi enferman los criados, los envian al hoſpital; y ſi por decoro, ò por el qué dirán, los tienen en ſu caſa, deſcuidan mucho mas que ſi hubiera enfermado un perro, ò un caballo. Dichoſos voſotros, ſi el gaſto de la enfermedad, y medicinas, no ſe hace à cuenta de vueſtra ſoldada, ò ſi por un exceſo de vileza, y ruindad, ſe os niega por todo el tiempo que os ha hecho inhábiles la enfermedad. Eſtas ſon las ventajas de aquellos que ſirven à amos que no tienen temor de Dios.

Hay tambien otros, yá que es preciſo decirlo todo, que aunque vivan deſarregladamente, no dejan de portarſe bien con ſus criados: ¿pero en tal caſo, de qué os aprovechará eſtar bien en lo que toca al cuerpo, ſi teneis por que temer de vueſtra alma? Os parece coſa facil el ſervir à Dios en una caſa, en donde los eſcándalos, malas, è impias converſaciones, ſon las comunes diverſiones, y entretenimientos? Cómo conſervaréis el debido reſpeto à la Religion, y à ſus Miniſtros, ſi los deſpedazan con ſu lengua vueſtros amos? Os eſtorvan el poder cumplir con vueſtras obligaciones, ni os darán tiempo para ellas. Por otra parte el tratar, ù oír à perſonas que no conocen la confeſion, y Quareſma, ni otros ayunos, os infundirán el miſmo modo de penſar, y al cabo ſeréis, poco mas, ò menos, lo que ellos ſon.

Un mozo abandona el campo, y el arado para ir à ſervir à una ciudad grande: dá por ſu deſgracia en una de eſtas caſas, que ſon muchas hoy dia. Quando ſalió de ſu caſa era buen creyente, ſencillo, y de buena vida, freqüentaba los Sacramentos, era ſumiſo, y eſtaba lleno de reſpeto à la Igleſia; en una palabra, era Chriſtiano: pocos años deſpues vuelve à ſu caſa con un ayre atrevido, y arrogante; habla ſin reſpeto de la Religion, y de los Sacerdotes; ſe burla de la confeſion, y de la Quareſma; eſtá en pie mientras ſe dice la Miſa, y apenas hinca una rodilla, quando ſe levanta à Dios:

no

no asiste à las Vísperas, ò si lo hace, es para demostrar que es proprio de la bizarria el no quedarse à Completas. Solo habla necedades, y se jacta de haber hecho.... ¡ Dios mio, qué mudanza ! Pobre Cura, que puso tanto cuidado para instruirlo ! Quiera Dios que no esté mucho tiempo en la Parroquia, para que no cunda en los demás su mal pestífero. Este tal nada dejó perder de quanto vió, ù oyó en casa de su amo : peto si, al contrario, hubiera dado con uno verdaderamente Christiano, que le hubiese inspirado la piedad, que hubiese velado sobre su porte, y andanzas, no permitiendole acompañarse con malos, hubiera seguido el camino de su salvacion ; pero ahora está en el precipicio de su eterna condenacion.

Guardaos, pues, hijos mios, de ir à servir à tales casas, en donde la corrupcion de las costumbres, y el espíritu de irreligion que en ellas dominan, serian para vosotros piedras de escándalo, y serian la ruina, y perdicion de vuestras almas. No os dexeis llevar del espíritu del interés, y preferid siempre à un amo temeroso de Dios, aunque menos rico, que à otros, con quienes, aunque podais ganar mas, pero correis peligro de perder la cosa mas apreciable del mundo.

Acordaos al mismo tiempo, que la mala conducta del amo no os exîme del respeto, y sujecion que le debeis. Respetadlo, pues, sea quien fuere ; y mientras estais à su servicio, obedecedlo en todo lo que no sea contra la Religion, y la Iglesia. Tened entendido, que no podeis publicar sus faltas, antes estais obligados à encubrirlas. Sedles fieles de todos modos, no solo en el tiempo que estais en sus casas, mas tambien despues que no comeis su pan : guardaos de dicir cosas que puedan hacerles perder el credito, y reputacion ; y acordaos, que el criado que infama à amos à quienes ha servido, se infama á sí mismo.

Y vosotros, amados oyentes mios, no os olvideis, os ruego, de lo que tantas veces os he dicho en público, y en secreto, que estais obligados à cuidar de la instruccion de vuestros criados, como la de los hijos, y de darles en especial buen exemplo ; que habeis de dar cuenta à Dios del mal que ocasionan en vuestras casas los criados: exercitad, pues, vuestra au-

toridad, para que servido, y respetado Jesu-Christo; sin olvidaros, que quanto mas fieles à Dios serán vuestros criados, tanto menos tendreis que temer que os sean infieles, y mas contentos estareis con ellos. Procurad, pues, que cumplan con las obligaciones del Christianismo ; que freqüenten los Sacramentos ; que asistan à los Sermones ; que santifiquen el dia santo del Domingo ; que no freqüenten las Tabernas, y no lleven mala vida : lo que si llegais à conocer despues de haberlos corregido caritativamente, despedidlos, si no mudan de vida, no sea que atraygan sobre vuestra casa las maldiciones del Cielo.

Id vosotros delante con el buen exemplo; sed los pastores, y el modélo de vuestras familias, asi como sois la cabeza. Sea vuestro porte, y modo de pensar, y hablar el libro vivo en el qual aprendan todos sus obligaciones.

Vos, Señor, que sois el dueño de los amos, y Señor de los Señores, echad vuestra bendicion sobre todas las familias de esta Parroquia. Enseñad à los unos el mandar, y à los otros el servir. Llenadlos à todos de vuestro espíritu, para que los criados os veneren, obedezcan, y os sirvan en la persona de sus amos : y estos, que respeten vuestra imagen, y os amen en la persona de los criados, para que la piedad, y fervorosa oracion de unos, y otros, haga llover sobre todos las gracias, y bendiciones en esta vida, para que puedan merecerse la eterna. Asi sea.

SERMON

PARA EL VIGESIMOPRIMO DOMINGO despues de Pentecostés.

EL PERDON DE LOS ENEMIGOS.

Sic Pater meus cæleſtis faciet vobis, ſi non remiſeritis unuſquiſque fratri ſuo de cordibus veſtris.

Lo miſmo hará con voſotros mi Padre Celeſtial, ſi no Perdonáreis de corazon à vueſtros hermanos.

San Mathéo cap. 18. ℣. 35

Bien ſabido teneis, amados hermanos mios, pues es artículo de fé, que para entrar en el Reyno de los Cielos, es neceſario amar à Dios ſobre todas las coſas, y tambien al proximo como à noſotros miſmos: y por quanto nueſtros enemigos, por grande que ſea el mal que nos cauſan, ſon con todo nueſtros proximos, ſe ſigue neceſariamente, que para que podamos lograr el Cielo, les debemos amar, y perdonar. Es tambien conſiguiente, que el que no perdona, no tiene para que eſperar perdon; ni habrá miſericordia para aquel que no es miſericordioſo. Eſtais tan perſuadidos de eſta verdad, que en el tribunal de la penitencia, quando ſe os pregunta ſobre vueſtro ánimo para con los enemigos, reſpondeis ſin tropezar, que los perdonais; aſimiſmo en la oracion quotidiana decís à Dios: Señor, perdonanos nueſtras deudas, aſi co-

como perdonamos à nueſtros enemigos. Será, pues, inutil que me detenga à probaros la obligacion indiſpenſable que tenemos todos de perdonar à los enemigos, pueſto que todos eſtais de ello perſuadidos; pero juzgo por neceſario el indagar vueſtro corazon, y conocer ſi es verdad, como lo aſegurais, que perdonais à los que os quieren, y hacen mal: exáminarémos tambien ſi eſte precepto es tan difícil, y duro de obſervar como pretendeis.

PRIMERA REFLEXION.

Le perdono de todo corazon, no le deſeo ningun mal: y para uſar de vueſtra miſma expreſion, ſobre mí venga el mal que le deſeo..... Eſto decis; pero lo decís preſto. ¿Sabeis lo que ſignifica todo eſto en boca de un ſincero Chriſtiano? Oidlo con atencion: Señor Dios mio, que veis lo mas íntimo de mi corazon, bien ſabeis que no tengo odio à aquel, ò aquellos, teniendo tantos motivos para quejarme del mal que me ha hecho, y de los medios que toma para hacerme daño. El me ha injuriado, me ha quitado la reputacion, ha infamado mi familia, maltratado à mis hijos, y ha querido ſobornar à mis criados, me ha pueſto mal con fulano, ha pretendido mi ruina, y quien ſabe... En fin, no ha dejado paſar ocaſion para perderme: todo eſto es cierto.

Pero con todo es una criatura hecha à imagen del miſmo Dios, redimida con la ſangre de Jeſu-Chriſto, que la ha amado, que ha muerto por ella, y que la eſpera à penitencia, y le ofrece el perdon de ſus pecados. Es mi enemigo, pero no deja de ſer mi hermano, reengendrado en el bautiſmo, alimentado en el gremio de la Igleſia, admitido à la miſma meſa, y llamado à la miſma eterna bienaventuranza. Es enemigo mio, pero el carácter de enemigo no quita que ſea miembro de Jeſu-Chriſto, ni lo priva del derecho que tiene ſobre mi corazon, conſiderado como hombre, y Chriſtiano, pueſto que el odio que me profeſa, no borra la imagen de Dios, ni el carácter de Chriſtiano, que es indeleble.

El odio que me profeſa es infinitamente mas injurioſo à Dios, que à mí miſmo; con todo Dios lo ſufre, y en lugar de vengarſe, no ceſa de llenarlo de beneficios. ¿Y ſerá bue-

no, que amandolo vos, Dios mio, yo lo aborrezca? Vos sufris en vuestra presencia, y yo no podré sufrir la suya? Vos andais en busca de él, y yo volveré à otra parte los ojos para no verlo? Lo tratais como à amigo, lo llamais hijo vuestro, ¿cómo, pues, podré aborrecer al que tantas muestras dais de amor, y ternura? Le conservais sus bienes, y vida, ¿cómo podré yo pretender el vengarme en lo mismo que vos conservais? No, Dios mio, amaré al que vos amais, corresponderé à sus maldiciones con otras tantas bendiciones; à su odio con mayor amor, y à sus malos intentos con mejores deseos, y ruegos.

Recibid, Señor, el sacrificio que os hago de mis sentimientos, y pesares. Encended en mí el fuego de vuestro amor; arrancad de mi corazon la mas mínima semilla de venganza, hasta la memoria de los malos tratamientos que he tecibido de mis enemigos, à quienes os suplico que alumbréis, y les hagais conocer que el odio, y rencor de su corazon os tocan inmediatamente, pues mirais al bien, ò mal, hecho al proximo, como si se hiciera à vuestra persona. Abran de una vez los ojos, y vean lo que hacen, pues no lo conocen: *Non enim sciunt, quid faciunt.*

Este es, amados hermanos mios, el modo de pensar de un Christiano, que perdona de corazon à sus enemigos. Entrad, pues, dentro de vosotros mismos, y ved si son tales vuestros ánimos; y quando decís que perdonais à los que os persiguen, ved si vá conforme el corazon con las palabras, ò si os engaña la pasion. Estamos à la presencia de Dios, que lo vé todo: y no puede ser engañado: ¿desearíais que él os perdonáse del mismo modo que perdonais à vuestros enemigos, ò que os amáse, como les amais, y no de otro modo? Hablais ingénuamente quando decís: Perdonadnos, Señor, así como perdonamos à nuestros enemigos; tratadnos del mismo modo, y bondad: sed tan bueno para nosotros, como lo somos para con ellos? Esto es lo que os pregúnto, amados hijos mios, no os engañéis, y rumiadlo bien antes de responderme.

Pero si es verdad que perdonais de corazon à vuestro enemigo, ¿cómo es, que tanto os cuesta el reduciros à que os re-

reconcilíeis con él? Yo he de ser el primero? Si me saluda, le corresponderé: si me habla, responderé: no tengo que vér mas con él..... ¿Os parece que puede hablar de este modo un hombre que no conserva rencor en su corazon?

Sé que hay ocasiones en que no nos hemos de mostrar los primeros con deseos de reconciliarnos con el enemigo. Hay algunos genios altaneros, y estravagantes, hombres de mal proceder, con quienes de nada sirve el prevenirles con la reconciliacion. Estos tales, en lugar de corresponder con buen modo, se mostrarian mas tenaces, é insolentes. Mas yo no quiero detenerme à contar una à una todas las circunstancias sobre este asunto; pero os advierto, que en tales ocasiones no debeis fiaros de vosotros mismos, puesto que es muy dificil que seamos fieles jueces en causa propria. Habeis de consultar à vuestro Confesor, ò Director prudente, y seguir su consejo. De esta manera no tendréis por que arrepentiros, y procederéis con segura conciencia.

Porque de otro modo, ¿cómo podrémos creer que perdonais de corazon à aquel de quien vais publicando las injurias que os ha hecho, renovando contínuamente las quejas? Cómo es que mirais con sobrecejo à los que le tratan? Si lo perdonais de corazon, ¿por qué se renuevan en vuestro corazon los impetus de cólera, y venganza? Por qué mostrais menosprecio, y resentimiento en las conversaciones? El que tiene limpio el estómago, no padece en la boca efectos amargos de indigestion; ni puede manifestar la lengua la bilis, que no fomenta un pecho ingénuo.

Acabemos de una vez: ¿Lo perdonais de corazon? Por qué, pues, teneis una complacencia vana quando se murmura de él, ò quando lo veis abatido? Por qué sentís al contrario quando se habla bien de él, ò si le sale alguna cosa próspera? Por qué huís las ocasiones de verlo? De dónde procede aquella repugnancia que teneis de hablar con él? Lo perdonais? Lo amais? Pero os pudierais portar de peor modo, si lo aborrecierais, y no le perdonarais?

¡No lo haceis así con nosotros, Dios mio! Luego que habeis perdonado los pecados, los borrais de vuestra memoria: desaparecen de vuestros purísimos ojos, como una nu-

be disipada por el viento, como bola de plomo arrojada en el profundo del mar para que no comparezca jamás, los poneis en el número de las cosas que no son, ò que no han sido. Ay de aquel que no se olvida del mismo modo de la ofensa recibida: pues tampoco Dios olvidará las suyas.

A la verdad, amados hermanos mios, que si para cumplir con lo que nos manda la Ley de Dios sobre este punto, bastáse el decir, yo lo perdono, sin vencerse à si mismo para borrar de la memoria los agravios que os ha hecho el enemigo, ni para convencerlo con vuestro modo de obrar, y persuadirlo que os habeis olvidado de todo lo pasado; si mientras decis, lo perdono, no pretendo vengarme; os alegrais quando otro lo hace, y complaceis del mal que padece; si todo esto basta para perdonar de veras à los enemigos, por cierto que no es cosa muy difícil. Los idólatras hacian otro tanto; vuestra justicia no es mejor que la de los Escribas, y Fariséos, y por esto mismo no entrareis en el Reyno de los Cielos. Amad à vuestros enemigos, volved bien por mal; bendecid al que os maldice; rogad por los que os persiguen: son estas palabras de Jesu-Christo, que habla con autoridad digna de un Dios que quiere ser obedecido, y nosotros no podemos adulterar el Evangelio.

El precepto es duro, pero para el natural sobervio, ciego, y corrompido; mas para el hombre que cree en Jesu-Christo, para el pecador que se hace à si mismo justicia, para el Christiano que mira las cosas sin pasion con un entendimiento alumbrado con la luz de la fé, no es tan dificil, y duro como parece.

SEGUNDA REFLEXION.

POdria decirte, amado hijo mio, que tal vez no es tan culpable tu enemigo como parece: te quejas de él, y demos caso que con razon; pero tambien él se queja de tí, y quizá con mucha mayor razon. Uno, y otro teneis por que quejaros, pues sucede muchas veces que monten en cólera dos personas, sin tener una, ni otra motivo de agravio, consistiendo ordinariamente la diferencia en el mas, ò menos.

nos. El ha murmurado, y quitadote la reputacion, ... ¿qué pruebas tienes para persuadirte de esto? Acaso es porque asi te lo han referido? Mas cómo condenais à uno sin oirlo? Qué no sucederia si diesemos credito à quanto se dice? Llevarias à bien que tus amigos diesen oidos à las persuasiones, y dichos de un mal intencionado que los quiere apartar de vuestra amistad? Ignorais acaso, que en todas partes hay malas lenguas, que siembran cizaña, mueven discordias, y se divierten en levantar alborotos? Irán los tales à contar à vuestro vecino lo que jamás habeis soñado, y en saliendo de alli, irán à referiros lo mismo de otros que jamás habrán pensado en ello. De aqui se comienzan à mirar con sobrecejo, no se tratan mas con la antigua confianza, y suponiendose uno, y otro de mala intencion, interpretan siniestramente las acciones mas inocentes, los dichos mas sencillos; de la indiferencia se pasa à la frialdad del trato, de ésta al menosprecio, à la ojeriza, al odio que mostramos à cara descubierta en las ocasiones: y todo esto porque se ha dado oidos à un hablista que os ha hecho creer todos aquellos embustes.

Esto es lo mas que he podido averiguar quando he querido indagar el origen de vuestras enemistades: sois demasiado facil en creer, y luego que os habeis encaprichado, que este, ò aquel os miran de mal ojo, creeis que no despliegan los labios sino es para decir mal de vos: que solo intentan el causaros sinsabores, quando no solo no hablan contra vos, pero ni aun os tienen en el pensamiento. Quitaos, pues, de la cabeza todas esas ficciones, hablillas, y cuentos, y no creais à carga cerrada lo que se os dice, sino discernirlo con prudencia, y veréis que no os parecerá tan odiosa la persona contra quien os han mal informado.

Pero me direis: que no son cosas que os han contado, sino que él mismo os ha echado en rostro, diciendoos mil injurias: bien puede ser; pero decidme: ¿Es verisimil, que un hombre, sin estár embriagado, ò loco, maltrate à otro con injurias, sin que le haya dado motivo alguno para ello? Me acumula cosas que no he soñado: seria mejor asi; pero tal vez habrá otras, que solo Dios las sabe. No habeis de-

ja-

jado por esto de decirle otras tantas injurias, y os habreis defendido à satisfaccion; pero solo nos acordamos de las injurias recibidas, y no de las que hemos hecho, lo que no es justo. ¿Os parece bien, que despues de haber arrojado tanta hiel por la boca, conserveis aún en el pecho?

Pero quiero omitir todas estas, y otras muchas reflexiones que pudieramos hacer, y vamos à pensar del peor modo que podamos. Demos caso que vuestro enemigo os persiga, y aborrezca, sin haberle vosotros dado el mas mínimo motivo; supongo mas, que le hayas favorecido mucho en otro tiempo; y con este motivo, que junte el odio à la ingratitud, y os vuelva mal por bien. Son cosas dificiles de creer; pero han sucedido: tal fue el odio de Caín contra Abél; de los hijos de Jacob contra su hermano Joseph; de Saúl contra David, y de los Judios contra el Salvador: mas con todo, si quereis dár oidos à los impulsos de la naturaleza, un enemigo de este jaez, será para vosotros el mas odioso, y detestable del mundo; pero si os valeis de las luces del juicio, de la fé, y de la prudencia, en lugar de aborrecerle, le tendréis compasion, y por consiguientemente cesará el odio.

A la luz de la fé no verëis en vuestro enemigo sino un instrumento de que se vale la divina providencia para castigaros, para humillaros, y exercitar vuestra paciencia, ò bien para probar vuestra caridad, y acrisolar las virtudes: del modo que reconocia David la mano de Dios en la persona de Semei, quando éste le injuriaba, maldecia, y apedreaba. Dejadlo hacer, decia, pues es el Señor que le ha ordenado que me injurie; ¿y quién soy yo para atreverme à oponer à la voluntad de Dios, ò à pedirle el por qué me aflige?

Yo no merezco que mis enemigos me maltraten, como lo hacen; jamás les he ofendido, ni hecho mal alguno; me persiguen de valde. No hay duda; pero no hay mal que no merezca de parte de Dios, pues le he ofendido; justo es que le satisfaga, y padezca: si se ha querido servir de la malicia de mis enemigos para mortificarme, señal es que me mira con ojos de misericordia; si mis enemigos son el azote de

de que se vale, ¿puedo yo acaso maldecirlo, y romperlo? Su Magestad levantará la mano quando me convenga. Mas ha! que el odio que me profesan mis enemigos, al paso que me es de provecho, es causa de su condenacion? esto solo me aflige.

Me viene à la memoria, amados oyentes mios, un lindo pensamiento de San Juan Crysostomo. ¿Quién se irritaria contra un enfermo, que en lo fuerte de la calentura, y delirio, dixése mal de los presentes, y maltratáse à los que le están cerca de la cama? No se merecia éste la compasion, antes que el odio? Quién no echaria de vér en sus gestos, palabras, y menos el exceso del frenesí? No es mayor el mal que padece, que el que pudiera causar á los circunstantes? Los efectos de un tal enfermo proceden de la calentura, que le ha trastornado los sesos, y el mal trato que os dá vuestro enemigo, son efectos del espíritu maligno que lo atormenta, y de una furiosa pasion que le ha trastornado las potencias de la alma.

Le cegó el entendimiento para que no pudiese reconocer en vos su semejanza, ni que sois Christiano, y hermano suyo, que sois miembro del cuerpo de Jesu-Christo. A la manera que no distingue el enfermo, quando delira, los que le están cerca, piensa que vé lo que no hay; del mismo modo conmovida la fantasia de vuestro enemigo con el rencor, se le representan vicios, y defectos, de que careceis, y no le deja vér las prendas, y virtudes que os hacen dignas de estima. Por otra parte la envidia, los celos, el furor, el despécho, y otros muchos desarreglados movimientos conmueven su corazon, segun el estado en que os encontrais, ò bueno, ò malo: en una palabra, su rencor es una molesta espina que lo punza, siempre que piensa en vosotros; como un gusano que se alimenta de su hiel, que roe, y despedaza el corazon. ¡Qué infeliz es este estado! pero vosotros sois la causa, aunque inocente; ¿mas es menos digno de compasion con todo esto? Podeis dejar de compadecer un hombre à quien tanto mal causais? No sentiriais la pérdida de un hermano vuestro por quien ha muerto Jesu-Christo? En lugar de aborrecerlo, no exclamariais con vuestro divi-

no

no Maestro : Señor compadeceos de este infeliz , à quien tanto ciega la pasion ; perdonadle, pues no sabe lo que se hace.

A lo menos , ya que no quereis compadeceros de vuestro hermano , compadeceos de vuestra alma , cuya salvacion, ò condenacion depende del perdonar , ò no , à vuestros enemigos ; y para haceros tocar con la mano la ceguedad de un Christiano que quiere vengarse , oidme , ò por decir mejor , oìd al mismo Jesu-Christo. Figuraos à un rico , à quien debeis una gran cantidad de dinero , y no os es facil el pagarla ; figuraos que éste os llame , y os diga asi : Amigo , me debes quadruplicada cantidad mayor de lo que posees, te pudiera hacer envejecer en una carcel ; pero me daré por pagado, y satisfecho , con tal que perdones à tu vecino un real que te debe. ¿ No quedaria agradecido qualquiera de vosotros à tal propuesta ? No iria de contado à decir à su vecino que le perdonaba tan pequeña cantidad de que era deudor ? No lo reputaria como un hombre à quien debia su sosiego ? La parábola es facil de aplicar.

Jesu-Christo es el que os llama , y os dice : Hijo mio, eres deudor à mi justicia de muchos pecados , por los quales no pudieras satisfacer , aunque hicieras diez mil años la mas rigurosa penitencia , no puedes esperar mas que el infierno , si uso de misericordia contigo ; pero ten buen ánimo, que yo te prometo perdonarte , con tal que perdones à tu enemigo , que lo ames, y te hayas con él del mismo modo con que me he de portar hoy contigo. Con esta condicion me olvidaré de tus ofensas , te perdonaré, y quedarás mas blanco que la nive.

¡ Quán admirables son , Salvador mio , las invenciones de vuestro amor ! he merecido el infierno , y vos me librais de él , con tal que perdone à mis enemigos , y los ame ! de ningun modo se pueden comparar las ofensas que he recibido de ellos con las que he hecho à mi Dios ! Quán dulce es el perdonar con tales pactos ! Me pedís que perdone una pequeña cantidad à mis enemigos , y vos me quereis perdonar, si lo hago , una suma inmensa. Aunque fuera , Señor , à costa de toda mi sangre , y mil vidas que tuviera , les perdonára, nada serian en corejo de la gracia que me haceis en perdonar mis ofensas.

Amados hermanos mios , si alguno de vosotros no se mueve à esta ultima reflexion , digo sin miedo de errar , que no tiene fé , ni corazon , y que es el enemigo mas cruel consigo mismo ; que echa el sello à su reprobacion , cuya sentencia lleva escrita en su frente , y que no hay para él esperanza alguna de salvacion.

Todas las veces que me pongo, Dios mio , en vuestra presencia, me lleno de confusion, considerando mi miseria; se me representan de tropél los innumerables pecados que he cometido contra vos ; se apodera de mi alma la tristeza ; y el temor de vuestros juicios me penetra las médulas de los huesos , y casi llegaria à desesperarme , si no me confortáse la grandeza de vuestra misericordia. Pero yá que habeis prometido ésta al que la tiene para con el proximo , y no perdonaréis al que no lo habrá perdonado , tiemblo aún: voy exâminando mi corazon , y me digo à mí mismo : ¿ me queda aún algun rencor contra alguno de mis enemigos? yo no quiero vengarme ; pero me alegrára que Dios se vengáse por mí ? los perdono de corazon ; pero me sabe malo encontrarme con alguno , y si lo encuentro , le huyo el lado , ò lo miro con malos ojos? Atiende bien , alma mia , no sea que no perdones sincéra , é ingénuamente à tus enemigos: pues si el perdon es solo de fantasia ; si el amor consiste en palabras , estás perdida para siempre , no hay misericordia para tí.

Dichoso el que puede decir lo que decia San Gregorio Niseno: Haced, Señor, conmigo lo que con otros he hecho : *Quod ego feci , fac.* (De Orat. Dom.) Hubiera podido vengarme , y no lo he hecho , pues vos tampoco os vengais de mí : previne à mi enemigo , ofreciendole la paz , pues vos me habeis prevenido con la gracia: me he olvidado del mal que me ha hecho , pues vos os habeis olvidado de mis pecados : lo amo como lo amaba antes que me ofendiese, pues vos me amais como si jamás os hubiera ofendido. Tratadme , Señor , del mismo modo con que le trato , y no de otra manera : *Quod feci , fac.* He cumplido con vuestro mandato, pues vos cumplis con vuestra promesa : *Perdonad , y sereis perdonados.* Palabra es esta vues

vuestra, Dios mio, que disipa mis temores, alienta mis esperanzas, y el unico consuelo que me asegura vuestra misericordia. Por grandes que sean mis pecados, perdonando à mis enemigos, y amandolos por amor vuestro, estoy cierto de vuestra gracia en este mundo, y de vuestra gloria en el Cielo. Así sea.

SERMON

PARA EL VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO despues de Pentecostés.

EL RESPETO DEBIDO A LOS PRINCIPES.

Cujus est imago hæc, & superscriptio?

De quién es esta efigie, è inscripcion? *San Mathéo cap. 22. ℣. 20.*

LA falta de sumision à los Principes ha sido, amados hermanos mios, el origen de las revoluciones que han sucedido, así en la Iglesia, como en otros estados, en los quales jamás han faltado ciertos espiritus, que segun el Apostol, *menosprecian la dominacion, y blasfeman la Magestad de los Principes*: procede esto de considerar estos tales un mero hombre en el que gobierna, levantado sobre los demás ò por la ambicion ò favor, ò el acaso, ò fortuna. Bien diversa es la idéa que nos hace formar la Religion Christiana: pues nos enseña, que sola la Providencia Divina, y no el acaso, que nada es, gobierna, y mantiene todo lo que admiramos en el universo; que

que todo poder viene de arriba; y que el hacer resistencia al querer bien ordenado de los Príncipes, es obrar contra el orden establecido por Dios: verdad es esta, capáz por sí sola de reprimir el espiritu de rebelion, y de tener sujetos à los pueblos à una justa obediencia. Cada uno, pues, de nosotros, viendo el estado exterior de las cosas, las cabezas de la Religion, y la Magestad Real, diga consigo mismo: *¿De quién es esta imagen, é inscripcion? Cujus est imago hæc?* Oygo el Evangelio, y aprendo de Jesu-Christo *el dár al Cesar lo que es del Cesar, y à Dios lo que suyo es.*

PRIMERA REFLEXION.

QUando los Curas de este Reyno Christianissimo se vén obligados à predicar à su grey el respeto, y obediencia que deben al Soberano, tienen la fortuna, y ventaja de hablar à un pueblo, el qual se ha distinguido siempre con particularidad en el zelo, y tierno afecto à la persona de los Reyes. Aun quando la desgracia de algunos tiempos, y la necesidad del estado obligaron à su Magestad à aumentar los pechos, os hemos visto, amados hijos mios, olvidaros en cierto modo de vuesta miseria, para mantener el decoro del que llamamos à una voz nuestro buen Rey, y de quien, si os acontece hablar, lo haceis con expresiones dignas de hijos para con el mejor padre. Si hoy os hablo sobre este asunto, no lo hago para inspiraros aquellos sentimientos que ha impreso la naturaleza en el corazon de cada Francés, sino solo para enseñaros à santificar aquellos mismos sentimientos, considerando la persona del Principe como la imagen de la Divinidad, como la imagen del poder supremo, el qual gobierna todo el universo; de aquella Providencia universal que atiende à todas cosas, y provee à todas las criaturas; de aquella inmutable justicia que premia à los buenos, castiga à los malos, y trata à cada uno segun merece.

El Rey, dice el Apostol San Pablo, es el Ministro de Dios, al qual ha revestido de su autoridad: autoridad por consiguiente soberana, è independente del pueblo que le está subordinado; autoridad de la qual puede el mismo Rey dár al-

alguna parte à alguno de sus subditos, quedando en él la mayor, como fuente de donde se derivan los arroyos. A la manera que comunica el Sol la luz, sin que jamás le falte, así tambien el Criador comunica à sus criaturas una porcion de su poder, aunque quede enteramente en él.

¿ De dónde procede el respeto que tenemos à los Ministros de Estado, y Justicia, à los Generales de exército, y à todas las personas que emplea el Soberano en diversos gobiernos, de los quales es unica cabeza? *Cujus est imago hæc?* Procede este respeto del reconocer nosotros en tales personas una porcion de la autoridad que su Magestad les ha confiado, que les renueva, ò quita, segun bien le parece, con consejo, justicia, y razon, que es el carácter de su soberano poder. Procede de que los unos son como la boca del Monarca, que juzga; los otros como el brazo del Rey, que pelea; los otros como los ojos del Soberano, que vela. Procede finalmente, del reconocer nosotros en el mismo Monarca la imagen del Dios à quien servimos.

Del mismo Dios recibe el Rey el carácter, y poder que tiene, y en lo temporal no tiene superior en la tierra: de aqui proviene, que à solo Dios ha de dár cuenta del modo con que usa de la autoridad Real, puesto que à solo Dios hizo su juramento quando fue ungido. Luego el Evangelio es el juez que media entre el Rey, y sus subditos. Justamente, pues, mediais, Religion santa, entre el Monarca, y su pueblo: sois la medianera, y abogada nuestra para con el que nos gobierna; vos imprimis en su corazon desde sus tiernos años, y conservais en su real ánimo la libertad, los intereses, y derechos de la Nacion que tiene la dicha de ser su subdita. Sois, à la verdad, Religion divina, el lazo que con él nos une: vos la que asegurando al Rey de la fidelidad, obediencia, y amor de su pueblo, asegurais à este mismo de la prudencia, justicia, moderacion, y bondad que le hace estimar tanto à su Rey, y lo aficionan tiernamente à su persona. ¡ Quan bien asegurados están los intereses de una Nacion en manos de un Monarca, para con quien tiene ella por medianero à Jesu-Christo, y al Evangelio! Proteged, gran Dios, esta Corona, la qual, dependiendo de solo vos, es al mismo tiempo nuestra de-

defensa, y gloria del Monarca à quien la habeis dado.

¿ Qual debe ser, pues, nuestro agradecimiento para con aquel, bajo cuya sombra estamos protegidos? Bajo esta sombra exercitan pacificamente los Ministros de la Religion las funciones de la Religion, y gozan de todos los derechos que las acompañan. Bajo esta misma sombra está segura la Iglesia de Jesu-Christo contra los intentos, y esfuerzos de la heregia, contra los atentados de aquellos rebeldes espiritus, que desdeñandose de humillar sus frentes altivas al esplendor de la fé que los deslumbra, se esfuerzan protervamente à echar à tierra, y destruir lo mas santo, y sagrado de la tierra. Bajo esta misma sombra descansan los fieles sosegadamente bajo los pavellones de Jacob, y tiendas de Israël. Y à la manera que el Serafin, armado con la resplandeciente espada, que habia puesto Dios por guarda del paraiso terrestre, así el Rey defiende la puerta del Santuario, y protege à los Ministros de los sagrados Mysterios, contra las asechanzas de los impios, y protervos.

Lleno está de la Magestad Real el templo de la justicia: ella preside en todos los tribunales, y los hace respetables. Alli el Principe en la persona de sus Ministros, que exercitan en nombre de su Magestad las mas augustas de las funciones: alli, digo, el Principe vela sobre los derechos de cada ciudadano: alli es el amparo de la viuda, la defensa del huerfano, y el padre de su pueblo: alli justifica al inocente falsamente acusado, castiga al reo, y hace dár à *cada uno lo que le pertenece*. Si nuestros bienes, reputacion, y vida, están seguros; si descansamos pacificamente en nuestros lechos; si caminamos con su seguridad por los caminos reales, como en medio de las ciudades, de todas estas ventajas somos deudores al Ministerio, cuyo arreglo, y buen orden dimana del Principe: en lo qual es como la imagen de aquella Providencia universal, que atiende à todas cosas, y que las protege, y conserva.

De todo esto es facil, amados oyentes mios, el juzgar qual deba ser nuestro amor, y respeto à la persona del Rey. De hecho, sabemos que él mismo Dios declaró el modo con que se habian de consagrar las cabezas de su pueblo, las qua-

Universidad de Deusto
Biblioteca

quales llama la Escritura los ungidos del Señor. De aquí es que tanto veneraba, y respetaba David la persona de Saúl, aunque reprobado de Dios, y escogido en su lugar por Rey. De aquí procede el respeto, y sugecion que nos manda el Evangelio, y que el mismo Jesu-Christo cumplió con pagar el tributo al Cesar, aunque no estubiese comprehendido en la ley, y nada debiese à ninguno. De aquí es finalmente, que los Christianos de los primeros siglos eran los subditos mas fieles à los Emperadores, aunque estos fuesen idólatras, enemigos, y perseguidores de la Iglesia. De hecho, qualquiera que sea el Rey, ò bien idólatra, ò Christiano, y Cathòlico, vicioso, ò de buenas costumbres, jamás pierde su carácter, ni los derechos que le dá de ser obedecido, y respetado de sus subditos, à ninguno de los quales es permitido por ningun caso, aunque sea à costa de la propria vida, el rebelarse contra él.

Y si los primitivos Fieles respetaban à los Empeadores Pagános, y les obedecian en todo lo que no se oponia al Evangelio de Jesu-Christo, Señor de Señores, ¿con quánta mayor razon debemos respetar nosotros la autoridad Real? Nosotros, que tenemos la felíz suerte de vivir en un Reyno, cuyos Principes, por su inviolable union con la Iglesia Cathólica, Apostólica, y Romana, por su zelo en hacerla observar en sus estados, por su respeto à la Silla Apostólica, y Sucesor de San Pedro, han merecido el glorioso titulo de Reyes Christianisimos, y de hijos primogénitos de la Iglesia. Veneradlos, pues, amados hermanos mios, y respetadlos en la persona de todos aquellos que hacen sus veces, y que le ayudan à llevar el peso de la autoridad Real.

Ellos trabajan por nosotros; y aunque fuesen tales quales nos los representa la calumnia, y sujetos à algunas flaquezas comunes à todos los hombres, ¿hemos de olvidar por esto los beneficios que hacen al estado, y las obligaciones que les debemos? Pero ignorais, que no es posible el complacer à todos, y que las personas que han de dár empleos, viendose precisadas por necesidad à desagradar à muchos, se han de hacer muchos enemigos? Esta sola razon habia de bastar para enseñarnos que no es bien dár oidos à todo lo que se dice de los Ministros, por mas que sean murmurados, calumniados, y condenados, sin respeto à su carácter, sin atender, ni respetar la confianza que hacen de ellos los Príncipes: pues es imposible, que asi el Rey, como los Ministros, hagan el bien que quisiéran; y por esto seria la mas manifiesta injusticia el pretender que hayan de dár razon del mal que sucede, y del bien que se deja de hacer. Respetemos, amados hermanos mios, las personas que son cabezas del gobierno; atengamonos siempre à las palabras del Evangelio de hoy: *Cujus est imago hæc, & superscriptio? De quièn es esta imagen, y la inscripcion?* Acordemonos que el ofender à los tales, es ofender al mismo Principe. *Dad*, pues, *al Cesar lo que es suyo*, y al mismo tiempo *dad à Dios lo que es de Dios*: puesto que si la potencia temporal es respetable, no lo es menos la espiritual.

SEGUNDA REFLEXION.

ESTas dos Potencias se dán la mano, aunque sean independientes entre sí. El Trono descansa sobre el Altar, y éste en el Trono, sosteniendose mútuamente; y todo lo que procuráse deshacer los fundamentos de la Religion, debria hacernos temer la ruina del mismo estado: ahora, pues, los fundamentos de nuestra Religion se apoyan en el carácter, y autoridad que dió Jesu Christo à los Ministros de su Iglesia.

Si se menospreciáse este carácter; si se resistiese à la autoridad; si no se hiciese caso de las decisiones que forman el cuerpo de los Obispos; si se hiciese burla de sus censuras; si se quisiera censurar à los mismos Obispos, ¿qué seria de nosotros? Qué sucederia si quisiese mandar el que debe obedecer: si tuviesemos la cabeza en los pies, y estos en la cabeza; si se levantasen las ovejas contra su pastor; si se pisasen las sagradas leyes de la Gerarquia; si se echasen à tierra todas las leyes de la subordinacion, de modo que cada Obispo fuese Papa de su propria Diocesi, cada Cura el Obispo de su propria Parroquia, y cada uno de los fieles el juez de su propria fé? Habria tantos cismas, quantos Clerigos; tantas Re-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Religiones, quantas Parroquias hay; y tantos Evangelios, quantos particulares.

Aún no hemos llegado à este estado, gracias al Cielo: ¿pero aquel espíritu de independencia, aquel menosprecio de la sagrada autoridad, que cunde cada dia, no nos amenazan tal vez mayores desgracias? En dónde se vé aquel tierno respeto de que estaba penetrado todo fiel Christiano en otros tiempos para con la persona del Sumo Pontifice, padre comun de los Fieles, y cabeza visible de la Iglesia? En dónde aquella adhesion inviolable à la Iglesia Romana, madre de todas las demás Iglesias, el centro inmutable de la Fé, y de la union cathólica? No vemos à los Fieles mas viles, y bajos insultar su autoridad, reirse de sus excomuniones, reputar por cosa mala lo que ella llama buena: tratandola de embustera à la luz del Sol que los alumbra, à vista del universo que los vé, y de aquel Dios que oye sus blasfemias, y sufre su impiedad?

¿Con qué desvergüenza no se habla hoy dia de los Obispos, (supongo que estos no se entrometerán en lo que no los incumbe) que están en lugar de los Apóstoles, las columnas de la Iglesia, los Padres, y Jueces de la Fé, y como las niñas de los ojos de Jesu-Christo? Quánta hiel no se vomita contra ellos? de quántos modos no se procura poner tacha en su augusto carácter, y de menospreciarlo? No hay casi malvado, cuyo principal, y unico empleo no sea el infamar al Obispado, la Santa Silla, y à todas las demás personas que hacen abierta profesion de seguirla: ¿un infame calumniador, que de nada se avergüence, mucho menos de la paciencia con que se sufren sus excesos? Pero dexemos todas estas maldades aparte, solo os quiero preguntar:

¿Qué ventajas puede tener asi el público, como el particular, del menosprecio que hacen los impíos, y del esfuerzo que hacen en inspirarlo à los Fieles contra los Ministros de la Religion? Si los pueblos no estubiesen sujetos, ni al Papa, ni à los Obispos; si los Curas no se viesen obedecidos, ni respetados de los Fieles, cómo pudiera reynar el buen orden, la fidelidad, la bondad, y la justicia en las Parroquias? Nuestro principal empleo no es el exôrtar à los Fieles que tenemos à car-

cargo al exercicio de las virtudes, que hacen à un hombre christiano buen ciudadano, y fiel subdito? No predicamos el respeto, y sumision al Rey, como tambien à las personas que hacen sus veces, y lo representan? No exôrtamos à los subditos à pagar los impuestos sin quejarse, à no defraudar nada de los derechos del Principe, à temer la justicia, y à respetar los que la exercitan? No son finalmente los Ministros de la Iglesia los que con sus instrucciones, consejo, y exôrtacion, en público, y en secreto, procuran reprimir los vicios, mantener la paz, y buena harmonía en las familias, y por consiguiente en las Parroquias, Provincias, y en todo el Reyno? Los Ministros, pues, de la Iglesia, si bien se considera, forman uno de los cuerpos mas necesarios, y útiles al Estado.

Pero si pierde el credito su carácter para con el pueblo, si se procura menospreciar su autoridad, para que la desprecie el pueblo, éste no hará mas confianza de sus Pastores: sin esta confianza su ministerio será infructuoso, será inutil, ò bien seremos tenidos, no por los criados de los Fieles, sino como esclavos del pueblo: el que se juzgará con autoridad para mandarnos, pedirá, no como gracia, sino como obligacion, las cosas santas; y los que distribuyen los sagrados Mysterios, serán como otros tantos asalariados para dár à beber la Sangre de Jesu-Christo à los mas impios, y malvados quando se les antoje el pedirla. Se les arrancarán de las manos las llaves de Jesu-Christo, las quales se les han confiado; y finalmente, la Iglesia no será yá casa de Dios, sino cueva de ladrones, expuestos los bienes que en sí encierra al saquéo, *y en el lugar mas santo se hará una abominable desolacion.*

Confesemos, pues, la verdad: los impios que despedazan à los Ministros de la Religion, no tienen por objeto de su ódio à las personas de los mismos Ministros, (porque ¿cómo podrian aborrecer tanto à sus conciudadanos, amigos, y parientes?) sino à la Iglesia, à la qual les ha sido facil hacerla ridícula; pues yá casi no se observan sus mandamientos; en pocas casas grandes se guardan los ayunos, la Quaresma, ni se conoce la confesion, y Pascua. Las excomuniones con que amenaza à los Fieles que leen libros prohibi-

dos, que no se confiesan, à lo menos una vez al año, à los que faltan à la Pascua, ni asisten à las funciones de la Parroquia; y finalmente, à los Fieles que desobedecen en ciertos casos, à los quales están anexas las censuras Eclesiásticas, y las penas de excomunion, todo se hace ridículo, y se reputa por juego fátuo: los hijos abren el pecho à su madre, la pisan, escupen en la cara, la llenan de oprobrios; renuevan, Salvador mio, en vuestro cuerpo mystico las humillaciones, y quanto padeció vuestra Santísima Humanidad.

Vos haceis ahora el desentendido; pero llegará el tiempo en que os dareis à conocer para confusion de los impios enemigos vuestros. Crueles hijos, llegará algun dia, y tal vez no está muy lejos, en el qual os atormentarán los dolores de la muerte, y en el que el horror del infierno, que habeis ahora olvidado, se apoderará de vuestra alma: llamaréis entonces aquellos Ministros, cuya autoridad habeis procurado menospreciar, y cuyo carácter habeis abatido. Ellos os presentarán el Crucifijo, diciendo: *Cujus est imago hæc, & superscriptio? De quién es esta imagen, è inscripcion?* Conocereis entonces que fue el objeto de vuestra befa, y menosprecios; pero no habrá mas tiempo, ni lo será para que le restituyais su gloria, ni para que podais resarcir al daño que habeis causado con palabras, escritos, y malos exemplos.

¡Ah, amados hermanos mios, no os dexeis llevar del torrente de estos malos exemplos, y de aquellas conversaciones pestilentes que se tienen en todas partes contra la Iglesia, y sus Pastores! No os dexeis corromper del hedor, y apestado aliento de aquellas bocas infernales que vomitan blasfemias contra el Señor, y su Christo, que pisan los Santos del Altísimo, destruyen los Templos, las costumbres, y el Evangelio; que despues de haber sacudido el yugo, procuran despedazarlo, y aniquilarlo, atreviendose à levantarse contra las cosas mas sagradas, y santas que haya entre los hombres.

Mostraos en todas cosas hijos dociles de la Iglesia Cathólica, Apostólica, y Romana, en cuyo seno habeis nacido: recibid, no solo con respeto, sino con perfecta sumision de

de entendimiento, y corazon, todas las decisiones que hace aquel respetabilísimo tribunal en materias espirituales: respetad en las personas de sus Ministros su imagen, y autoridad. *No os dexeis llevar de una parte á otra del viento de las doctrinas.* Acordaos, que jamás se muda el Evangelio; que Jesu-Christo es el mismo hoy que fue ayer, y que será en todos los siglos. Llamad, y tened por bueno, y verdadero lo que dirá ser así la misma Iglesia. Recibid quanto ella aprueba, y evitad todo quanto condena, ò se aparta del respeto, y sumision perfecta, que se debe à la veracidad de sus irrefragables decisiones.

Aprended de ella, por medio de sus Pastores, à venerar la imagen del mismo Dios en la persona de los Principes, para que os mostreis en todas las ocasiones fieles subditos, y buenos vasallos, obedeciendo, no tanto por temor, quanto por amor, y por aquel tierno afecto que se merecen nuestros Reyes por tantos titulos: y rogad à Dios continuamente por la conservacion de su Magestad, por la felicidad, prosperidad, y gloria de su estado, para que derrame Dios sobre él, y su familia, toda especie de bendiciones.

Respetad al mismo tiempo todas aquellas personas à quienes dá el Rey porcion de su autoridad. Y así como respetais la imagen de Dios en la persona de los Príncipes, respetad tambien la imagen de estos en sus Consejeros, y Magistrados, que administran en su nombre la justicia; en los Oficiales que mandan los exércitos; en suma, en todas aquellas personas que nos dán sus ordenes, y velan para que se cumplan; no perdiendo jamás de vista las palabras de San Pablo, que habeis oido en la Epistola de esta mañana: *El tributo, à quien debeis el tributo; los impuestos, à quien debeis los impuestos; el miedo, à quien debeis el miedo; el honor, à quien lo debeis.* ¡Qué bella expresion!

Esculpidla, Dios mio, en los corazones de mis oyentes; alejad de ellos el espíritu de sobervia, de independencia, de rebelion, que es el origen de las desgracias. Confundid à los enemigos de la Iglesia, que lo son al mismo tiempo del Estado; pero confundidlos de modo, que alumbrandolos vuestra misericordia, vean el profundo abismo en que ván à precipi-

tarle à sí, y à los que les dán oídos. Dad, Señor, à vuestros Ministros aquella fortaleza divina que les habeis prometido, para confundir á los sobervios que se atreven à levantar contra vuestra eterna bondad. Sostened con vuestro omnipotente brazo, y defended al *hombre de vuestra diestra*, sobre el trono en que lo habeis colocado: conservad en el el espíritu de sabiduría, y de prudencia, que recibió con la uncion del aceyte sagrado, para que mejor conozca, que si la felicidad del Estado depende del respeto, fidelidad, y amor que el súbdito debe al Príncipe, tambien estriva en las máximas del Evangelio que predicamos, y en el moral de Jesu-Christo, cuyos Ministros somos. Que esta Religion divina es el mas seguro sustentáculo del Trono, y que protegiendola el Rey, se forma su propria gloria. Alargad, Dios mio, y conservad la vida de nuestro Monarca: bendicid la casa de San Luis, y haced que se multipliquen los ramos de esta Augusta Familia, y se estiendan para la felicidad de los pueblos, y para gloria de vuestro santo nombre. Así sea.

SERMON

PARA EL VIGESIMOTERCIO DOMINGO despues de Pentecostés.

SOBRE LOS TRABAJOS.

Confide, filia; fides tua te salvam facit.

Tén buen ánimo, hija mia; te ha valido tu fé.
San Mathéo cap. 19. ℣. 22.

EL mas dulce, y permanente consuelo que podemos tener en nuestros trabajos; el remedio mas excelente, y eficáz para los males que nos afligen, es la Fé. Si en tiempo de la adversidad nos dejamos llevar de la impaciencia, es porque olvidamos el Evangelio que profesamos, el Dios à quien servimos, las verdades eternas de nuestra divina Religion, que endulzan lo que prueba de mas amargo, penoso, è insoportable nuestra flaca naturaleza: de donde procede, que las penas de esta vida, en lugar de contribuir à nuestra santificacion, son al contrario motivo, y causa de nuestra ruina.

¿Acaso las quejas, y falta de resignacion que nos hace perder el mérito del padecer, disminuyen la fuerza del mal, y nos alivian? No por cierto, amados hermanos mios: bien conoceis vosotros, que la impaciencia solo exâspéra el mal, y lo hace mas sensible: en lo que somos del todo infelices,

Universidad de Deusto
Biblioteca

puesto que sufrimos sin consuelo, padecemos sin mérito, y por consiguiente sin esperanza; y lo que es mucho peor, las aflicciones, y trabajos, en lugar de borrar nuestros pecados, producen otros, que merecen nuevo castigo. Alumbrad, Dios mio, nuestras almas; abridnos vuestro Evangelio; mostradnos vuestra Cruz, y enseñadnos à padecer.

PRIMERA REFLEXION.

TU padeces, hijo mio, lo veo: te oprime una enfermedad incurable, y nada aprovechan los remedios; las desgracias te han reducido à un extremo deplorable; tienes un hijo indócil, y disoluto, que con sus desordenes, y mala vida, te dá cada dia motivo de disgusto; tienes un enemigo que te persigue, que procura arruinarte, que te infama, y no te puede ver. Una muerte repentina se te llevó la persona que mas amabas en el mundo, y el otro que reputabas por amigo, te ha hecho traycion. Son estas cosas desagradables, no hay duda, compadezco tu desgracia: pero con todo, oyeme, y despues de haber ponderado las reflexîones que voy à hacer, juzgarás tú mismo si tienes verdadero motivo para entristecerte, y atormentarte cada instante, en que os veo apoderado de una melancolía, que casi se acerca à la desesperacion.

Podria decir en primer lugar, que hay otros muchos en la ciudad, Parroquia, y vecindario, que son mas desgraciados, y padecen mucho mas: que las mismas personas, cuya suerte envidiais, tienen no menores aflicciones interiores, que tal vez no trocarias por las tuyas. Podria añadir, que de nada sirve el quejarte, puesto que no pueden las quejas remediar el daño. Habeis prorrumpido en injurias contra vuestro enemigo que os ha ofendido; ¿pero qué habeis logrado con ellas? Ha perdido el ódio? y vos habeis disminuido su malicia? No ciertamente. Mucho tiempo hace que jamás cesas, muger, de gritar contra el marido, porque malvarata lo que tiene en el juego, en gastos supersluos, y en sus desordenes, y mala vida: ¿pero vuestros gritos, y furias le han hecho entrar en juicio? No por cierto. Oprimido de la tristeza, y necesidad, has llegado à desesperarte tanto, que intentabis darte la muerte: ¿fue esto motivo para que enriquecieras? se han mejorado tus cosas? y tus penas se han aliviado? has dado vida al amigo que murió? Luego la impaciencia solo sirve para exâsperar el mal: al que añadiste la desesperacion, que es un mal mayor: ¿y os parece que un mal añadido à otro pueda serviros de remedio?

Ved aqui qué os podria decir en vuestros males: pero me respondereis, que los habeis oído cien veces; que decís esto mismo à los que están afligidos; pero que solo son palabras, y no consuelos. Abrid, pues, los ojos de la fé; levantadlos al Cielo, y vereis à la mano paterna, que descarga sobre vosotros el golpe; que os prueba, y os aflige. Ella es la causa de vuestra desgracia, y daño. La enfermedad, la pobreza, la malicia de vuestros enemigos, solo son instrumentos, de los quales se vale Dios para afligiros: no os habeis de irritar contra ellos; mirad la mano que os castiga: pues de ésta provienen vuestras desgracias, dolores, y aflicciones, de los quales os quejais.

Veía bien esta poderosa mano el Santo Job, y en solo ella tenia puestos los ojos, en medio de sus tribulaciones; y habiendo perdido en un solo dia muchos bienes, y toda su familia, no se quejó contra el fuego del Cielo que abrasó la mayor parte de sus ganados, ni contra los ladrones que le robaron lo demás, ni contra el viento impetuoso que echó à tierra la casa, en donde estaban sus hijos, quedando estos sepultados en sus ruinas. No es, decia, el fuego del Cielo, ni los ladrones, ni la tempestad, los que me han despojado de quanto tenia, sino el Señor: *Dominus abstulit.* Y quando tendido yá en el muladar, lleno de llagas, y podredumbre, sin esperanza de ayuda, y consuelo, lo cargaba de injurias su muger, tratandolo de mentecato, y exôrtandolo à que maldixese al Cielo, y deseáse la muerte, calla, muger, decia, hablas sin consideracion, y juicio: si hemos recibido de Dios los bienes que teniamos, ¿por qué no hemos de recibir del mismo los males que nos afligen?

¿Pero cómo es posible, direis, que se complazca Dios en afligirnos, si es la misma bondad, y nada aborrece de quan-

quanto ha hecho, sino que lo estima infinitamente? Pues qué es imposible que un padre castigue à sus hijos; que haga pagar un Juez la pena à un reo que la ha merecido; que un Médico dé à un enfermo remedios amargos para curarlo? Será mejor abandonar à un hijo en sus desordenes, antes que corregirlo? Será mejor dejar morir à un enfermo, antes que sanarlo con medicinas amargas, ò con una cura penosa? Qual es aquel padre, dice San Pablo, que no corrija, ni castigue al hijo que lo merece? Y si Dios no os castigáse, no seriais del número de sus hijos, y os trataria como à estraño, y desconocido: *Ergo adulteri, & non filii estis* (Epist. ad Hebr. c. 12.)

Os he oido decir algunas veces, quejandoos con Dios: ¿Qué mal he cometido, Señor, para que asi me castigueis? Qué mal habeis hecho? Comenzad à exâminar los mandamientos, y ved si hay alguno, al qual no hayais faltado muchas veces por pensamiento, palabra, obra, ò deseo. ¿Qué mal habeis hecho? Volved la vista à la vida que hasta aqui habeis llevado, exâminad los años de vuestra juventud, y considerad las veces que habeis ofendido à Dios gravemente, y preguntadnos despues quál es el mal que habeis hecho para que el Señor os castigue.

Segun parece, ningun caso haces de las deshonestidades, de los habitos vergonzosos en que tanto tiempo habeis estado sumergidos, y aun ahora sentis los efectos. Reputais, segun se vé, por cosa de poco mas, ò menos, la sobervia, la ambicion, la vanidad, la cólera, la envidia, el ódio, y venganza. No haceis caso de la desemboltura, de la destemplanza, de los desordenes, y excesos en vuestro porte, y vida. ¿Qué diré de aquel afecto desordenado de riquezas, de la avaricia, hasta chupar la sangre de los pobres? de aquella tibieza, è indiferencia en el servicio de Dios, y el total olvido de las cosas del Cielo? Todo esto lo reputais por cosa indiferente, y no pensais en ello: pero os hace culpables en la presencia de Dios; y si asi es, es tambien justo que seais castigados.

¿Qué penitencia habeis hecho para purgar tantos pecados? Qué ayunos, mortificaciones, y limosnas habeis hecho? dónde

de están las buenas obras, la devocion, y el fervor? Y si despues de tantos pecados no habeis derramado una sola lagrima; si despues de tantas infidelidades no habeis arrojado un solo suspiro; si despues de tan grande avaricia os contentais con dár un dinero à un pobre que os pide limosna; si despues de tan grande sobervia no quereis sujetaros à una pequeña humillacion; si despues de tantas impurezas no castigais la carne, ¿con qué cara os atreyereis à quejaros de los males que Dios os envia? Se queja el reo, conducido al suplicio, del Juez que lo condenó, ò se irrita contra el verdugo que executa la sentencia? Es justo que haga el Cielo justicia, puesto que reusais vosotros el daros un justo castigo.

¡Quan mal piensa, Dios mio, el pecador! Quisiera pecar sin ser castigado; esto es, quisiera que vos no fueseis justo; que no fuerais Dios. Dejadlo, pues, Señor, vivir à su antojo, no lo castigueis, dejadlo engordar, como à víctima destinada al infierno, en donde teneis un fuego eterno, que satisfará à vuestra justicia. Perdonadle en este mundo, pues le hareis penar eternamente en el infierno. ¿Pero qué he dicho? Castigadme, Señor; despojadme de todos mis bienes; vengan los dolores, y males à afligir este cuerpo; multipliquense mis desgracias; herid, quemad, no perdoneis, Dios mio, à tribulacion alguna mientras vivo, con tal que purgue mis maldades, y tengais misericordia de mí en la otra vida.

Pero tú has llevado hasta ahora una vida inocente, has servido à Dios con puro corazon, has caminado con temor por el camino de sus mandamientos, no te remuerde la conciencia de algun pecado que pueda merecer las penas que padeces; y asi no vés, ni sabes por qué te aflige Dios. Asi hablaba el Santo Job, testificando al Cielo su inocencia; pero conocia al mismo tiempo, que el mas puro, è inocente à los ojos de los hombres, no lo es à los de Dios. (Job. 9. 30.) *Si hubiera sido lavado*, decia él, *con nieve, y la blancura de mis manos ofuscasen à los ojos con su esplendor, vuestra luz, Dios mio, me haria vér á mi mismo cubierto de suciedad.* (ibid. 15.) *Y aunque tubiera alguna prueba de mi inocencia,*

no tendria que reſponder, antes bien pediria por favor à mi Juez que me perdonáſe.

Añadid à todo eſto, amados hermanos mios, que las tribulaciones, no solo ſirven para purgar los pecados cometidos, ſino que nos preſervan tambien de los que podiamos cometer. Haciais buen uſo de vueſtros bienes; pero con todo os priva Dios de ellos, porque veia en vueſtro interior alguna diſpoſicion de avaricia, tal vez de prodigalidad, de ſobervia, ò vanagloria. Si al principio ſirvieron para vueſtro bien, tal vez mas adelante os hubieran perdido: pero Dios, que tiene todas las coſas preſentes, lo previó, y os las ha quitado; debeis agradecerſelo. Ha permitido que fuerais infamados, porque os eſtimabais en mucho, y anhelabais el aplauſo de los hombres: era, pues, neceſaria alguna humillacion; porque ſi no, tal vez os hubiera perdido aquella vana complacencia; la qual, aunque no echabais de vér, pero conocia Dios, y veia la hinchazon del corazon, que ha querido curar; y lo mucho que lo habeis ſentido, os dará à conocer la ſobervia que teniais, y por conſiguiente lo neceſaria que os era la cura.

¿Cómo ſe podrá juzgar de la humildad, modeſtia, caridad, y paciencia de aquel que jamás ha ſido probado? Las tribulaciones ſon el criſol de las virtudes chriſtianas, en donde ellas ſe purifican, y fortalecen, como el oro en el fuego, y no de otra manera probais, Dios mio, à las almas juſtas. Aſi nos parecemos à Jeſu-Chriſto, à quien es preciſo que imitemos para ſer contados en el número de los eſcogidos.

Oygamos, amados hermanos mios, al Apoſtol San Pablo: *Fue neceſario*, dice, *que padecieſe Jeſu-Chriſto, para que entráſe en la gloria de ſu Padre.* Terribles ſon eſtas palabras; porque ſi fue neceſario que el Hijo de Dios padecieſe para entrar en ſu gloria; y ſi es impoſible que entremos noſotros por otro camino que éſte de Jeſu Chriſto, pueſto que él miſmo es el camino, ſerá tambien impoſible que nos ſalvemos, ſino es con la tribulacion, y padecer: no hay otro camino, por eſte es preciſo paſar, ſi queremos ſalvarnos.

Os

Os aſuſtan à primera viſta aquellas palabras: el que no habrá participado del caliz de Jeſu-Chriſto, no tendrá tampoco parte en ſu gloria. Son duras, à la verdad; pero es preciſo confeſar tambien, que las penas mas amargas pierden ſu vigor, y ſon de conſuelo à las perſonas mas afligidas, quando las miran con los ojos de la fé, y juzgan de ellas ſegun las máximas del Evangelio.

SEGUNDA REFLEXION.

IMaginaos, amados hermanos mios, à un hombre poſeído de la triſteza, ſumergido en un profundo dolor, ò bien porque ha ſufrido, y recibido un deshonor públicamente, ò porque ha tenido una pérdida conſiderable, que lo obliga à ir à pedir limoſna, ò por haberle ſobrevenido una enfermedad incurable, que lo ha reducido à la cama por toda la vida; ò bien que le ha quitado la muerte la perſona que mas amaba, y de quien dependia ſu fortuna, y felicidad; ved aqui lo que llamo yo afliciones.

Eſte hombre, pues, à qualquiera parte que ſe vuelva no halla conſuelo ſino en Jeſu-Chriſto. O bien ſe queja de ſí miſmo, por no haber hecho eſto, ò por haber dejado de tomar tales medidas, que hubieran podido evitar la deſgracia. Luego echa la culpa à otros, atormentandole el rencor, la ira, y el deſeo de venganza, jurando de no perdonarla à quien fue el motivo de ſu ruina. Quanto mas pienſa en ſu eſtado, tanto peor lo encuentra. Le ſirven de mayor tormento ſus penſamientos: ſe deſeſpera, y quiſiera darſe à ſí miſmo, y à otros la muerte.

Tal vez, para rehacer las pérdidas paſadas, cometerá injuſticias, bajezas, de nada ſe avergonzará, y juzgará ſerle lícita toda eſpecie de maldades: para ſalir de ſu infeliz eſtado, venderá à ſu alma: con eſto eſpera poder remediar el daño. ¡Quánto no aflige una alma que atribulada no ſe vuelve à Jeſu-Chriſto, y buſca en él conſuelo! Se le aumenta el dolor, y ſu triſteza es como una llaga incurable. Pero demos caſo, que eſta alma abra los ojos de la fé; ¿quánto conſuelo, y dul-

Universidad de Deusto
Biblioteca

zura encontrará en las verdades que esta misma fé nos enseña?

Sí, Dios mio, de vos me viene el mal que padezco: de qualquier modo que me haya venido, ha venido porque así lo habeis dispuesto. El dia, y el momento en que me vino, lo teniais notado en los decretos eternos de vuestra Providencia. ¿Cómo, pues, me podré quejar, habiendolo vos ordenado así? *No, Dios mio, sino que guardaré silencio, no desplegaré los labios, porque vos sois el autor. Obmutui, & non aperui os meum, quoniam tu fecisti.*

¿De hecho, cómo podré tener por malo lo que de vos me viene? No sois vos la justicia, la sabiduria, y bondad misma, y todo quanto haceis no lo haceis para mi mayor bien? Vos me castigais, y no solo lo sufro, y padezco justamente, sino que tambien merecia mayor castigo, pues nada es el mal que padezco con el que he cometido: ¡quánto mas enorme es el peso de mis maldades, que el de mis aflicciones! pues al pesar unas, y otras fielmente, necesito de vuestra pasion, de vuestra muerte, sangre, merecimientos, y de toda vuestra misericordia, quan grande es, para que el peso de mis pecados no me haga caer en el infierno. Vos me castigais en este mundo para librarme de un castigo eterno: ¿quántas gracias no os debo dár? Bendito seais, Salvador mio, por la tribulacion que me habeis enviado.

Me era necesaria, para que volviese sobre mí, pues no solo os habia olvidado à vos, sino tambien à mis maldades, y vuestra justicia. Confiaba solamente en mis bienes, salud, credito, y en las criaturas. Vos me habeis quitado todos estos bienes futiles, y llenos de zozobras, y me habeis hecho conocer, que solo vos sois el unico bien en que debo poner mi unica esperanza. ¡Quán bueno habeis sido para mí, quitandome lo que fomentaba mi sobervia, y vanidad en la tierra!

Infelíz de mí, pues no pensaba que dependiese yo de vos en todas cosas. Como un novillo que no ha probado el yugo, y como caballo desbocado, è indomito, corria tras mis apetitos, me alejaba de vos, y me iba por el camino de mi perdicion. Pero los golpes que sobre mi habeis descargado, me han hecho acordar que tengo un Señor; la tribulacion que me habeis enviado, ha sido para mí un freno, y yugo con que me habeis domado. *Castigasti me, & eruditus sum, quasi juvenculus indomitus.* (Jerem. 31. 18.)

¿Pero quién soy yo, Dios mio, para que me juzgueis digno de ser partícipe de vuestro caliz? No es este con toda su amargura la herencia de las almas justas? Las persecuciones, las humillaciones, las penas, no son el comun patrimonio de los escogidos? No habeis tratado así à vuestros fieles siervos? La Cruz, no es prenda de vuestros amigos? no habeis cargado la mas pesada en los hombros de los que mas amais? no son los mas perseguidos, y afligidos los que mas de cerca os siguien? Las tribulaciones, no son prendas de la gloria que habeis destinado à vuestros siervos?

¡Quán grande es, pues, mi fortuna, Dios mio, puesto que me tratais como à escogido, siendo yo un miserable pecador, indigno de ser llamado hijo vuestro, y mas indigno de seguir de cerca vuestras huellas! Bien me dá à conocer esto mismo, que quereis ponerme en el numero de vuestros discipulos, para que llegue à ser una de aquellas piedras vivas que deben servir para el edificio de Jerusalen celestial, de la qual sois vos el fundamento, y la piedra angular. Vos me habeis sacado de la masa de corrupcion, como un Cantero corta una piedra informe, y descomunal de un monte, y la pule, y trabaja, para colocarla en el sitio que tiene determinado.

Sí, Dios mio, soy una piedra tosca, è informe; ¡quán duro soy, quán frio, è insensible para las cosas del Cielo! quán apegado à las de la tierra! quán lleno de amor proprio! quánto os ofende este amor en una alma que habeis criado à vuestra semejanza! Descargad, pues, Señor, sobre esta dura piedra los golpes de la tribulacion; cortad, romped, igualad, allanad, pulid, y formadme, Dios, qual debo ser para perficionar el edificio espiritual, del qual son piedras vivas vuestros escogidos. Conozco vuestros altos designios, y los ve-

ne-

Universidad de Deusto
Biblioteca

nero; recibo, no solo con sumision, sino tambien con agradecimiento, y alegria, esta afliccion, como la señal mas segura de vuestro amor, y misericordia.

Abrazo con todo mi corazon la cruz que habeis puesto sobre mis hombros: *O bona crux!* O cruz preciosa, tesoro inestimable, cuyo valor no conocia antes; temia, y huia de lo que habia de haber deseado, y buscado! Ahora veo que es digna de anteponerse à todos los placeres, y gloria del mundo. ¡O humillacion, ò dolor, ò pena, ò cruz, quánto os amo, pues me haceis partícipe de aquel caliz, que ha apurado el mismo Jesu-Christo hasta las heces! Qué dulzura no pruebo en la amargura, qué consuelo en las penas, qué alegria en las tribulaciones! Quán preciosa, y quán buena es para mí esta cruz! *O bona crux.*

Aunque se me diera à escoger, ò bien la cruz que llevo, ò bien los gustos de aquellos que aman tanto à este mundo, por mas que en mi mano estubiese el descargarme de esta cruz, y el dejar de beber el caliz amargo que me presentais, Dios mio, no me apartaria de la cruz, porque no quisisteis bajar de la vuestra; beberia este caliz, porque vos me lo ofreceis, y quereis que lo pruebe. Adorable Jesus mio, mi cruz junta con la vuestra, será mi tesoro, y mi esperanza: juntaré mis tribulaciones à vuestros dolores; y formando de todo un *hacecillo de myrra, lo pondré sobre mi pecho*, y me preservará de la corrupcion del pecado, contra los olores de muerte que me rodean: *Fasciculus mirrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur.* Asi habla una alma christiana, que levanta los ojos à Jesu-Christo en su tribulacion.

¿Qué ceguedad es, pues, la vuestra, amados oyentes mios; en dónde está vuestra fé, quando os abandonais à una suma tristeza, y prorrumpis en quejas mas amargas que el dolor que os las hace arrojar? En dónde está, quando llenos de impaciencia os esforzais à sacudir la cruz que el mismo Jesu-Christo os ha puesto sobre los hombros, y maldecis del caliz que os presenta? Hijos mios, es preciso que lleveis esta cruz; vosotros la arrastrais, y se os hace mas pesada; es preciso que apureis el caliz, y vosotros tomando à sorbos, y de mala gana, se

se os hace mas amargo. ¿De qué os aprovecha el impacientaros, si no podeis disminuir las penas, antes bien crecen, y os atormentan sin fruto? Pero yá que asi lo quereis, padecereis doblado en esta vida, y mucho mas en la otra. Ved aqui lo que ganais, y lo que produce vuestra impaciencia.

¿Quánto mejor nos estaria ir en busca de la cruz, el desearla, y buscarla como à un tesoro? Quisiera Dios, amados hermanos mios, que fuese nuestra fé tan viva, y tan encendido nuestro amor à Jesu-Christo, que nos hiciese amar el padecer. Los Santos que están en el Cielo no eran diversos, ni de diferente naturaleza de la nuestra, y con todo se alegraban en las tribulaciones, las miraban como la cosa mas preciosa, eran sus delicias: ¡quán lejos estamos de esta perfeccion!

Pero yo no pretendo con esto, que vayais en busca de penas, antes bien (*hablo à lo humano, por motivo de nuestra flaca naturaleza*) procurad evitarlas mientras podais, y endulzarlas lo mejor que se pueda. Aún diré mas: huid las cruces, y las tribulaciones en hora buena; pero à lo menos quando os las envia Dios, mientras estais precisados à llevarlas, sufridlas con paciencia, y no os quejeis, como lo acostumbrais à hacer: ¡ay de mí, quan infeliz soy, y digno de compasion! ¿No veis que mentis à Jesu-Christo, y à su Evangelio? Si no teneis bastante virtud para alegraros en medio de los trabajos, tenedla à lo menos para humillaros, y someteros à la voluntad del que os los envia; y quando digais: *apartad, Señor, de mí este caliz*, añadid por lo menos: *pero hagase, Señor, vuestra santa voluntad, y no la mia*; porque siempre me es provechoso vuestro querer, y el mio me es siempre dañoso; pues pidiendoos que me libreis de mis dolores, yo no sé lo que me pido.

Oid, hermanos mios: quando algo os aflige, encontrais algun alivio, confiando vuestro corazon à algun amigo verdadero: la confianza que le haceis, y la parte que se toma él en vuestra afliccion, parece que la alivia un tanto: ahora, pues, ¿hay algun amigo mejor, y mas verdadero, que Jesu-Christo?

Po-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Podeis encontrar uno que mas os quiera, que se interese mas en vuestro bien, que mejor lo conozca, y que pueda remediar mas pronta, y eficazmente vuestros males? Vinid, pues, à abrirle vuestro corazon, y confiarle todos vuestros males: escondeos en sus adorables llagas; y vuestras penas se unirán, y confundirán con las suyas, como se mezclan, y confunden las aguas en el abismo del mar. Abraza la cruz, amado hijo mio, y vereis como se insinúa poco à poco en vuestra alma una virtud interior, que endulzará la amargura de vuestras tribulaciones.

Divino Jesus, quando os considero clavado en una Cruz por mis pecados, me parece que haceis resonar en mis oidos aquellas palabras, que dixisteis por boca de vuestro Profeta: (Thren. 1.) *Attendite, & videte si est dolor sicut dolor meus.* Alma christiana, padeces, y te quejas; pero pon los ojos en mi persona; considera si tus dolores se pueden cotejar con los mios. Despues de haber vivido mas de treinta años en pobreza, trabajos, y humillacion; despues de haber sido ultrajado, espiré en una Cruz lleno, y saciado de oprobrios por tu amor. Coteja mi pobreza con la tuya, mis humillaciones, y dolores con los tuyos, quanto he padecido por causa de mis enemigos, y quanto padeces tú por causa de los tuyos; exâmina, pues, si se puede comparar tu afliccion con la mia: *Attendite, & videte si est dolor sicut dolor meus.*

He expuesto mi cabeza al furor de aquellos que la han machacado como à un ayunque; he ofrecido mis mexillas à los que las abofeteaban, y escupian; no he desplegado los labios, ni para defenderme, ni para quejarme, aunque fuese inocente; me he dejado llevar à la muerte, como un cordero al sacrificio, y todo lo he sufrido, porque te amo, y para cargar con tus pecados. ¿Y será posible, que siendo tú culpable, nada quieras sufrir por amor de aquel, que siendo inocente, ha padecido tanto por tí?

¡Ah, Salvador mio, quán verdaderas, y quán penetrantes son estas palabras! Me llenan de confusion, haciendome

me conocer mi ceguedad, mi ingratitud, y quan injustas son mis quejas; infunden al mismo tiempo en mi alma una divina uncion, que me fortalece, y hace desvanecer mis penas. Sí, Dios mio, vuestra Cruz es la vara mysteriosa, con que vuestro siervo Moysés endulzaba las aguas: me siento mas consolado una hora que esté à los pies de esta Cruz adorable, que quantas penas me pudieran causar todas las tribulaciones de toda mi vida. A ella, pues, vendré à consolarme en adelante, y à convencerme de que las tribulaciones son un efecto de vuestra misericordia, prenda de vuestro amor, y camino para llegar al eterno descanso de vuestra gloria, la qual os deseo, amados hijos mios, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo.* Asi sea.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SERMON

PARA EL VIGESIMOQUARTO DOMINGO despues de Pentecostés.

RECOPILACION DE TODOS ESTOS Sermones, sobre los Domingos.

Cælum & terra transibunt; verba autem mea non præteribunt.

Dejarán de ser el Cielo, y la tierra; pero mis palabras permanecerán para siempre. *San Mathéo cap.* 24. ℣. 35.

HEmos llegado hoy, amados Parroquianos mios, al ultimo Domingo del año Eclesiástico, en el espacio del qual os he anunciado de parte de Jesu-Christo aquella palabra eterna, que no deja jamás de hacerse oir desde estos Púlpitos para la santificacion de los unos, y reprobacion de los otros. No sucede à la palabra de Dios lo que à ciertos remedios, que si no aprovechan, no causan daño alguno; antes bien, al contrario, debe producir necesariamente en el ánimo del que la oye, ò bueno, ò mal efecto: porque si no hace abrir los ojos, ciega; si no compunge, endurece el corazon: *Verbum meum non revertetur ad me vacuum.* Escu-

chandola, ó s, con respeto, conservándola en el corazon, y practicando lo que enseña, santificará vuestras almas: pero si por el contrario no haceis caso de ella, y la menospreciais, despues de haberos endurecido, será causa de vuestra condenacion. Pero de qualquier modo que la recibais; qualquiera que sea el uso que hagais de ella, sereis sobre ello juzgados: ni tendrán parte en tal juicio, ò vuestras particulares ideas, ò la falsa opinion que os habeis forjado, haciendoos una Religion, y conciencia à vuestro antojo. De aqui es, que despues de habernos el Señor puesto à la vista la imagen del juicio universal, nos asegura, que se acabarán el Cielo, y la tierra; pero que sus divinas palabras no perecerán. Concluiré, pues, las instrucciones de este año christiano con las mismas palabras: *Cælum, & terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.*

PRIMERA REFLEXION.

LA libertad de pensar, hablar, y escribir en materia de Religion, ha llegado à tanto exceso, que vemos tantas Religiones, quantas son las conciencias. Nuestros padres, cuya fé era tanto mas pura, quanto mas sencilla, hubieran tenido por monstruos, y peste pública à los incrédulos, è impios de nuestro tiempo. Pero ahora casi ninguno se escandaliza; solo se dice, que *cada uno piensa à su modo*; y con su *modo de pensar*; esto es, de disparatar, y blasfemar de quanto hay de mas santo, de hacer ridículo las cosas mas sagradas: con su *modo de pensar*; esto es, de pisar el Evangelio, la Religion, la Iglesia, sus Ministros, los Sacramentos, las ceremonias, las leyes, y ha cundido en todo genero de personas un cierto espíritu de tolerancia, que lo sufre todo, menos la verdad.

Esta fatal indiferencia, acerca de la Religion, comienza yá à esparcirse entre el volgo. A fuerza de vér, y oír à algunas personas graves, tal vez constituidas en dignidad, que no tienen fé, que reputan por juego la fornicacion, los adulterios, y la disolucion mas libre, se acostumbraba à tole-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rar el vulgo los escándalos. Estos desordenes yá no les causan aquel horror que les hacia en otro tiempo: finalmente, juzga que no es tan grande el mal, puesto que vén à personas instruidas, y entendidas, que no hacen caso, ni escrúpulo de ello, antes bien los toleran, y miran con suma indiferencia.

Abandonar la confesion, no cumplir con la Pasqua, no conocer ayuno, ni abstinencia, menospreciar las leyes de la Iglesia, reirse de sus amenazas, y censuras, mantener un trato infame à vista de toda la Parroquia: todas estas cosas se reputan hoy dia frioleras; no se hacen al escondite, antes bien se hace gala de ello; y aquellos que en los primeros siglos de la Iglesia se les hubiera apartado de la comunion de los Fieles, privados de entrar en la Iglesia por toda la vida, y despues de ella privados de sepultura Eclesiástica, los vemos mezclados con los verdaderos Christianos en vida, y en muerte, en nada se distinguen, se usa de tanta indulgencia con el vicio, como con la persona.

El que hace profesion manifiesta de no creer cosa alguna; el que se burla del que cree; el que ha hecho renuncia de la Fé, y del Bautismo; el que asiste, y oye Misa, hablando de ella como Calvino; el que hace del que adora à Jesu Christo en la Iglesia, y blasfema de él en su casa; quierò decir, un apóstata, un embustero, un hypócrita, un impio, un malvado, que para no perder el empleo, ò la paga, se vende por Cathólico Apostólico Romano, mientras despedaza à la Iglesia; *un hombre de este jaéz, es aquel hombre de bien*, que *piensa à su modo*.

Un infame violador de la inociencia, que despues de haber abusado de la fragilidad, y miseria de una pobre doncella, la deshonra, y la obliga à que sirva à todas las abominaciones de su deshonestidad, ò que dá al mundo unos infelices, que no teniendo, ni padres, ni estado, aunque inocentes, y libres de la maldad, cuyo fruto son, no dejan de llevar siempre impresa la ignominia: *este hombre es el hombre de bien*, que *piensa à su modo*.

Aquel, que pisando, y violando los derechos del matrimonio, deshonra a su muger, abandona à sus proprios hijos, para desordenar à otra familia, confundiendo los hijos legítimos con los bastardos, contra las leyes de la equidad, del honor, y de la misma naturaleza: *este es aquel hombre de bien*, que *tiene su modo de pensar*.

¿Pero de quándo acá los desordenes mas horribles, y las injusticias mas manifiestas han perdido para con los hombres su enormidad? De quándo acá la ley de Dios, la de la razon, y naturaleza se han mudado? Acaso la voz, y libros de los impios han llegado à destruir las verdades del Evangelio? No está tan entera la Religion de Jesu-Christo hoy en dia, como lo estaba en tiempo de los Apóstoles? O bien sus Ministros no conservan el mismo carácter, y autoridad que entonces? Se han destruido por ventura las leyes de esta Religion divina, y el que la viola se hace menos culpable del que lo sería si hubiera vivido en el primer siglo de la Iglesia?

El disminuirse la fé, la tibieza de la caridad, el relajamiento de las costumbres, obligando à la Iglesia à usar de mayor indulgencia, han mudado la naturaleza de las cosas? Serán menos culpables los hijos, porque es menos severa la madre? Y dejarán de ser delitos los que tan freqüentemente se cometen, porque se toleran, y disimulan? No, amados hermanos mios, el Evangelio es el mismo hoy que ayer, y será el mismo por todos los siglos. Pasarán el Cielo, y la tierra; pero la palabra que contiene este libro divino no pasarán jamás: *Verba autem mea non præteribunt*.

Esta divina palabra ha destruido la vana sabiduria de aquellos que pretendian ser sábios: ha aniquilado la falsa prudencia de los que se vendian por prudentes. Ella ha confundido al Judío, al Gentil, al Griego, al Bárbaro: ha echado à tierra todos los cedros del Lybano; y levantandose sobre las ruinas de esta inmensa muchedumbre de opiniones, de sistémas, de errores, que perdieron la razon humana, las blasfemias del impio, las extravagancias del pretendido Filósofo, los sueños del Herege, todo quanto ha sa-

sabido inventar la sobervia, y corrupcion de costumbres contra la pureza de la Fe, ò del moral, nada ha perdido de su sér, y vigor.

Las nubes se forman, se condensan, y desvanecen sin que se altere, ò mude la luz del Sol. Lo mismo sucederá, Dios mio, con aquellos partos de tinieblas: se levantan hoy dia con tanto atrevimiento contra la verdad de vuestro Evangelio, con aquellas obras pestilenciales, con aquellos horribles escritos, que infectan nuestras Ciudades, y Villas. Como la nube cargada, que viene à cubrirnos de tinieblas, y mal olor, los deshareis, Dios mio: ella pasará, pero vuestra palabra permanecerá eternamente.

Pasareis, espíritus sobervios, que habeis arrojado tales tinieblas; que las aumentais, y os complaceis en medio de ellas, como en vuestro elemento; que las fomentais con la mentira, y vivís en medio de la Iglesia para arrancar las entrañas à vuestras Madres, à quien pretendeis quitar los ojos, enfureciendoos contra sus Ministros; que sorprefando las trincheras mas sagradas, llevais el furor, y la insolencia hasta el mismo Santuario: de modo, que se os pudiera aplicar en un sentido moral, aunque verdadero, lo que dice la Escritura del Rey Antioco, y de su raiz pecadora; pues lleno de arrogancia entró en el Templo de Jerusalén, saqueó, y arruinó sus adornos, y todas las riquezas de la Casa de Dios: riquezas, y adornos, que eran figura de nuestros Sacramentos, y mysterios, y de todos los bienes espir ituales, que son el tesoro de la Iglesia Christiana, y que quisierais poder aniquilar con vuestros desprecios, insultos, ultrages, y con todo el veneno que procurais derramar sobre la Religion de Jesu Christo, y sobre el que la predica, sin respeto, ni à la autoridad del Rey, ni al respetable carácter de aquellos Magistrados, que se oponen, juntos con los primeros Pastores, con tanto zelo contra los impios: *Intravit in sanctificationem cum superbia.... & comminuit omnia.* (Lib. 1. Machab. c. 1.)

Pero sereis acaso vosotros aquella quarta bestia, profetizada por Daniel, (c. 7. v. 25.) que levantará la voz contra la

la soberana Magestad, que hará todo esfuerzo *para destruir à los Santos del Altissimo, y pensará mudar los tiempos, y las leyes.* Infelices escritores, que os atreveis llamaros Filósofos: si no sois el animal de Daniel, sois los enviados, y ministros de él; pero solo tendreis un tiempo, *usque ad tempus.* Luego que pasareis con todas vuestras obras, sereis semejantes à vuestros predecesores, y se confirmará en vosotros lo que se lee en el libro de Job: (c. 20. v. 5. 6. 7.) *La gloria del impio luego se desvanece: la alegria del hypócrita no dura sino un instante. Si su sobervia le levantáre hasta el Cielo, y tocáse con su cabeza las nubes, perecerá al fin, y será arrojado como el estiercol, y el que vió su grandeza dirá: dónde está? Quasi sterquilinium in fine perdetur, & qui eum viderunt, dicent: ubi est?*

No sucederá asi, Dios mio, con vuestra palabra, ni con el que la oye, y observa vuestra santa ley. Mientras que el nombre del impío será un oprobrio, y se podrecerá, segun la expresion del Espíritu Santo en el libro de los Proverbios, (c. 10. v. 7.) el nombre, y memoria del justo será ensalzado con elogios, y bendiciones: *Memoria justi cum laudibus, & nomen impiorum putrescet.*

Tapaos, pues, los oidos, amados hijos mios, siempre que oygais aquellas conversaciones impias, que procuran arruinar el fundamento de la fé que profesais, y apartad con horror todo aquello que se opone à la palabra Evangélica, que os predican vuestros Curas. Pero guardaos, no sea que manteniendo estos principios de fé, los acomodeis à las máximas del mundo. Acordaos, que el moral, y doctrina de Jesu-Christo no sufren tal mezcla. Pues sería lo mismo acomodar la ley de Dios a vuestros gustos, y falsa conciencia, que abandonarla. ¡Santo Dios, quántas conciencias hay de estas en el mundo!

Lo he dicho cien veces, y lo vuelvo à decir hoy. Vemos à muchos Christianos, que cumplen exáctamente con las obligaciones exteriores de la Religion, y que les sabria mal faltar à ellas. Asisten à los oficios divinos, frequentan Sacramentos, y juntan con esta corteza de Christianos

una

una suma ambicion, un amor excesivo à las riquezas, y ódio contra sus enemigos. Mil veces juntan, no sé cómo, el Evangelio con sus pasiones, y Jesu-Christo con el mundo.

Todos los hombres tienen sus particulares inclinaciones, y gustos; cada uno tiene su pasion dominante, y para satisfacerla se cierran los ojos à la verdad. Acerca de ella se reputan rigidos los Moralistas, los Confesores muy severos, los Predicadores demasiado celosos. Luego que el pecador se ha forjado una conciencia errónea, los Doctores mas sábios, los Directores mas prudentes, los Predicadores mas justos, no son capaces de hacerle dejar su opinion. Representadle mil pasos de la Escritura, la autoridad de los Padres, las Bulas de los Papas, las decisiones de los Concilios, ninguna fuerza le hacen. Cada uno se alhaga, inventa razones, encuentra pretextos, alega escusas, y todo le parece de molde à su opinion. Pero en fin, amados hermanos mios, llegais à persuadiros, que todas vuestras ideas, discursos, y errores, pueden quitar una jota del Evangelio, ni mudar un vocablo de la palabra de Jesu-Christo? Pero algun dia echaréis de vér quán errada fue vuestra cuenta, quando os presentaréis delante de Dios, el qual os juzgará con justicia, y verdad. Entonces conocereis la fuerza de sus divinas palabras: *Verba autem mea non præteribunt*: mi palabra permanecerá.

SEGUNDA REFLEXION.

EL *Cielo, y la tierra*, dice el Apostol San Pedro en la Epistola que hemos leido hoy, (2. Petr. c. 3. v. 7.) *se conservan en fuerza de la palabra del Señor, y se reservan para acrecentar el fuego en el dia del Juicio, y para la perdicion de los impios.* Este hermoso universo, en que habeis manifestado, Dios mio, la magnificencia de vuestra gloria, desaparecerá de repente en vuestra presencia; y asi como la cera vecina al fuego se derrite, asi vuestro soplo anonadará este mundo, que criasteis con vuestra palabra.

To-

Todo lo que las ciencias, las artes, los ingenios, la habilidad, è industria de los hombres han podido añadir à la hermosura, y riquezas del universo; todas aquellas obras, en que se han exercitado la fuerza, y la flaqueza, la justa, y desvariada razon; aquel inmenso número de volúmenes, formados unos de otros, aumentados, yá para la gloria de los ingenios, yá tambien para su confusion, para honor, y deshonra del siglo, que ha visto producir unos y otros; aquella mezcla de luz, y tinieblas de mentira, y de verdad, de bien, y mal, todo esto en medio de las llamas, será delante de vos, Dios mio, lo que à los nuestros un puñado de arena, que la disipa el viento, y no queda rastro de ella.

Todo perecerá, y no se verá mas; pero la palabra de vuestro Evangelio quedará sola para destruir el universo. Las Naciones inmensas, juntas à los pies de vuestro tribunal supremo, verán que solo media entre ellas, y vos el Evangelio, por el qual serán juzgadas. No se podrá entonces alegar por escusa, ni la costumbre ni las preocupaciones, ni la ignorancia, ni los errores, ni la pretendida necesidad, ni la conveniencia imaginaria, ni la opinion del siglo, ninguna de estas cosas regulará la sentencia que pronunciará Dios contra nosotros.

Su palabra, anunciada desde el principio del mundo por los Patriarcas, y Profetas; el Evangelio publicado por Jesu-Christo, y predicado por los Apóstoles por todo el universo, y que pasando de boca en boca, nos ha llegado à nosotros, para pasar del mismo modo à las naciones venideras, y generaciones hasta la fin de los siglos, ella misma será nuestro Juez. No será entonces tiempo de decir, como se dice ahora: yo no sé, no creo, pienso, no pienso; vuestro modo de pensar, y obrar se cotejarán con la palabra que ahora predicamos; y si vuestra vida no será conforme al Evangelio, podeis estar seguros de vuestra condenacion.

Mas yo no sabía; debias saberlo: tenias la ley, y los Profetas, habia Iglesia, y Pastores, habias de consultarlos, y

Universidad de Deusto
Biblioteca

seguirlos. Claramente os he dado à conocer, que era yo el que hablaba, y enseñaba por medio de ellos: *Quien os oye, à mí me oye, y el que os desprecia, à mí me desprecia.* ¿Entendeis esta palabra? Ella no ha perecido, sino que queda para confundiros.

Pero yo no creia: ¿qué motivo tenias para no creer? qué faltaba à mi Evangelio, para que fuese digno de creerse? Su establecimiento, progresos, las persecuciones, los triunfos de la Iglesia, las profecias, mi nacimiento, vida, y muerte, y mi Sangre, la de los Mártyres, la conversion del mundo; qué mas querias? La excelencia de la doctrina, la santidad de mi moral, los milagros de mi gracia... ¿qué mas se podia hacer para convenceros?

Pero no creias: ¿de qué sirve esta escusa à los que se esforzaban para resistir à la evidencia de los motivos que os movian à creer, para matar la luz que los obligaba à vér; para sufocar los remordimientos de la conciencia, que hasta vuestro ultimo suspiro no cesó de avisaros de vuestra incredulidad? Ved, pues, qual sea la fuerza de vuestros raciocinios contra la verdad del Evangelio. ¿Dónde están aquellos evidentes argumentos, la profunda erudicion, y la Filosofia, que tanto jactabais? Exâminad, ponderad, y ved que nada queda: solo existe mi palabra: *El que no creerá, será condenado*; y esta es la que os ha de juzgar.

Me he atenido à lo que practicaban los otros; he seguido el uso, esta era la costumbre... Pero si el uso era contrario à la ley; si la costumbre se oponia al Evangelio, ¿por qué sacrificabas mi ley à la costumbre, y abusabas de mi Evangelio? Yá os dixe que el camino ancho por donde tantos caminaban era el de la condenacion: ¿si los otros perdian su alma, tambien la habias de perder tú? Jamás dixe, que yo fuese el uso, pero sí la verdad: *Ego sum veritas.* Esta es la palabra que jamás perecerá, y que ahora os condena.

Pero yo no me podia portar de otra manera: tenia amigos, y protectores, à quienes no queria disgustar; el estado que

que habia de mantener, el sustento que habia de buscar, y una familia que debia de poner en buen ser. Si me hubiera portado de otra manera, perdiera sin duda el cariño, y proteccion de aquellos personages de quienes mi fortuna dependia: lo hubiera tal vez perdido todo, y quizá tambien la vida... Llamadlos, pues, ahora à vuestra ayuda; vengan esos personages à protegeros, y libraros de un Dios vivo: *Surgant, & opitulentur vobis.* Los mandatos que os dieron; las prohibiciones que os hicieron, su ambicion, su politica, y sus máximas, todo pasó yá: pero esta palabra, *se ha de obedecer antes à Dios que à los hombres*; esta palabra, digo, no ha pasado, esta os confunde, os oprime, os cierra la boca, y os declara réprobos.

De esta manera, amados oyentes mios, se cotejarán todos los movimientos de nuestra alma con la palabra de Jesu-Christo; todas las opiniones, è ideas, todos los modos de pensar, que han fomentado la ambicion, la avaricia, y libertinage; todos aquellos infelices sistémas, que producen los impios para destruir la fé; aquellas atrevidas máximas, aquellos libros abominables, aquellos edificios de error, que tienen su fundamento sobre la mentira, sobre la maldad, è impureza, todo se vendrá abajo al abrirse el Evangelio, y perecerá al oir la palabra de Dios: todas las piedras de escándalo se quebrarán, y aniquilarán. Aquellas viles almas, aquellos Maestros de error serán arrojados à las tinieblas perpétuas del infierno, de donde ellos mismos sacan hoy dia tantas opiniones falsas, tantas mentiras, tantas blasfemias, y tanta abominacion.

Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum. Dichoso aquel, que no se ha dejado corromper de los consejos de los impios; que no ha seguido el camino de los pecadores, ni se ha dejado vencer de las enormes máximas del vicio, y libertinage. Dichoso aquel hombre, à quien no han pervertido los libros malos, ni han maleado las conversaciones, ni se ha dejado llevar del torrente del uso, y de los malos exemplos. Dichoso el que no se conforma con el presente

ſiglo : el qual juzga de la verdad , y mentira , del bien , y del mal , no ſegun los principios de la Fé ; que no antepone ſu juicio à las luces del Evangelio. Bienaventurado el hombre que conforma ſus penſamientos , deſeos , y vida ſegun la ley de Dios ; que la ama inviolablemente , y la reputa el centro de la juſticia , y verdad.

Eſta ley ſe os puſo à la viſta , amados Parroquianos mios , deſde vueſtros tiernos años. Apenas hubiſteis aprendido el ſanto nombre de Dios , quando ſe os habló de ſu ley , y oiſteis ſu palabra : éſta fue como una leche preciosa con que ſe alimentaban vueſtras almas para crecer en la gracia , y virtud. Eſta miſma eſtá continuamente en la boca , y manos de vueſtros Párrocos , como un manjar , à quien dán diferentes guſtos , ſegun vueſtra capacidad , y ſegun las neceſidades , y diſpoſicion de cada uno de voſotros.

Pueſto que no es nueſtro único intento el tener ſuſpenſos con diſcurſos pompoſos , con la ſutil , y vana elocüencia humana , os exôrtamos , à la manera que un padre que educa à ſus hijos , como una madre que procura criar con un tierno amor , y cuidado al fruto de ſu vientre ; pues ninguna coſa amamos mas en eſte mundo que el bien de vueſtras almas : *Quoniam cariſsimi nobis facti eſtis.*

Y ſi noſotros miſmos tenemos la deſgracia de errar , y caer ; noſotros , digo , que enſeñamos à los otros ; ſi echais de vér en noſotros alguna coſa que no ſea conforme al Evangelio que os predicamos , acordaos , amados hijos mios , que no ſe os pedirá cuenta por las acciones de vueſtros Curas , ſino de quanto les habeis oido decir deſde los Púlpitos. Compadeceos de nueſtra fragilidad , y rogad à Dios por nueſtra converſion , como lo hacemos por la vueſtra.

La doctrina que predicamos no es nueſtra , ſino de Jeſu-Chriſto , que nos ha honrado con ſu Miſion. Los Curas nueſtros predeceſores , que os han inſtruido deſde eſte lu-

lugar , no hablaron diverſamente de noſotros , y los que nos ſuccedan , ſolo os podrán predicar eſtas miſmas verdades.

Eſtas miſmas encontraréis en todos los libros devotos , aprobados por los primeros Paſtores. Jamás han ſalido tantos como ſalen ahora : jamás fue tan abundante el pan de la palabra divina , ni tubieron los hombres tantos auxîlios , y medios para imponerſe en la Religion , y en la verdadera virtud. La ignorancia ſe ha hecho hoy dia mas culpable , y el vicio , è impiedad ſon mucho menos dignos de eſcuſa.

Procurad , pues , leer eſtos libros , dictados por la divina ſabiduria , y piedad de Jeſu-Chriſto , y no vayais à emponzoñaros el entendimiento con la leyenda de aquellas obras , compueſtas por el padre de la mentira para perder las almas. ¿ Quál ſerá el hombre , que pudiendo beber , y bañarſe en una fuente de agua pura , y chriſtalina , vaya à apagar ſu ſed , y calor en un charco de agua turbia , y corrompida ? Pues no es otra la ceguedad , y locura del que antepone los ſueños , fabulas , y las tinieblas de la incredulidad à la doctrina del Evangelio.

Sea , pues , eſte divino libro vueſtro comun manjar , y como el pan de cada dia ; eſto es , el Evangelio explicado por los Obiſpos que gobiernan la Igleſia de Dios ; de los Obiſpos , digo , unidos à la Cáthedra de Roma , y al Sumo Pontifice , con los ſentimientos de una miſma fé ; pues todo lo que ſe aparta de la obediencia , y reſpeto debido à la Igleſia univerſal , en lugar de edificar , es la deſtruccion , y ruina de la Fé , y de los Fieles : *Quidquid à matrice diſceſſerit... ſubſtantiam ſalutis amittit.* (S. Cypr. de Unit. Eccleſ.)

Ruego al Padre de las luces , y autor de todo bien , quiera imprimir ſu ley en los corazones de todos , y dár el vigor , y uncion de ſu divino eſpiritu à las palabras que nos pone en la boca. Que os inſpire con ſu gracia , no ſolo adverſion , mas tambien un ſanto horror à todo lo que pa-

parezca que se aparta de aquella fé que recibisteis en el Bautismo. Acordaos de lo que escribia el Apostol San Pablo à Timotheo. (Epist. 2. cap. 3. & 4.) No puedo acabar de mejor modo, que diciendoos sus mismas palabras.

Sabe, pues, le decia, *que llegarán à la fin tiempos escabrosos, y peligrosos: veránse hombres hinchados de sobervia, amantes solo de sí mismos, avaros, vanaglorioſos, altaneros, blasfemos, desobedientes al Padre, y Madre*; esto es, à Jesu-Christo, y à su Iglesia; *ingratos, sin afecto, y sin fé, calumniadores, disolutos, sin humanidad, ni amor al bien, traydores, livianos, inconstantes, proterbos, amantes del deleyte, y enemigos de Dios*: Pero tú, Timotheo, no les dés oidos, *huyelos*, y no tengas con ellos trato alguno, *& hos devita*. Solo tendrán un tiempo; sus errores, y locuras se dejarán ver algun dia como son en sí. Pasarán del mismo modo que los que las oyen, y siguen; como tambien los que las protegen, y mantienen. El ruido que mueven en el mundo, pasará como un trueno; y la verdad, semejante à los rayos del Sol, disipará con su luz todas estas espesas nubes, que nos asustan, que prueban nuestra fé, exercitan nuestra paciencia, y que hacen brillar mas la virtud del que las padece por la justicia. El Cielo, y tierra se acabarán; pero la palabra de Jesu-Christo no podrá perecer: *Cælum, & terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.*

Ley de mi Dios, ley santa, incorruptible, inmutable, eterna, que todo lo decides, gobiernas, y ordenas, segun la verdad; que apruebas, ò condenas, corriges, y riges todas las cosas, segun justicia, sin atender à nuestras ideas, sin condescender con nuestros gustos, sin tener reparo de nuestras opiniones. Regla inmutable, independiente de lugar, tiempo, costumbres, personas, perjuicios, y errores. Ley de mi Dios, sola sois la luz de mi conciencia, y la norma de mi vida; tú disiparás las tinieblas, que han levantado en mi alma las pasiones, quitarás mis dudas, guiarás mis pasos, destruirás todas las ilusiones de mi amor proprio. Consultandote, no viviré engañado; oyendote, no me pervertiré; siguiendote, no me perderé, sino que me conducirás à aquel Dios, que es fuente perpétua de gracia, y de bondad. Asi sea.

FIN DE LA OBRA.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca